

antología
de autores griegos
y latinos



antología
de autores griegos
y latinos



INDICE

INTRODUCCION	5
LA POESIA EPICA	7
Homero	9
<i>La Odisea</i>	11
Rapsodia V	11
Rapsodia VI	19
Rapsodia VII	25
Rapsodia VIII	31
Rapsodia IX	41
Rapsodia X	51
Rapsodia XI	61
Rapsodia XII	71
Rapsodia XIII	79
Rapsodia XXI	87
LA POESIA LIRICA	95
Safo	95
<i>Poesía (Selección)</i>	96
Píndaro	99
<i>Pítica Primera</i>	99
Anacreonte	105
<i>Poesías (Selección)</i>	105
LA TRAGEDIA GRIEGA	109
Sófocles	113
<i>Edipo Rey</i>	15
Eurípides	181
<i>Medea</i>	183
LA COMEDIA GRIEGA	205
Aristófanes	207
<i>La Asamblea de las Mujeres.</i>	209
LA PROSA NARRATIVA	235
• Antecedentes y características de la novela griega.	235
• El autor y la ubicación cronológica de <i>Dafnis y Cloe</i> .	237
• Antecedentes de <i>Dafnis y Cloe</i> .	237
• Influencia de <i>Dafnis y Cloe</i> en siglos posteriores	237
• Influencia de <i>Dafnis y Cloe</i> en otras artes.	237
<i>Las Pastorelas de Dafnis y Cloe de Longo.</i>	239
Aristóteles	283
La Poética	283
<i>Poética de Aristóteles</i>	285
LA COMEDIA LATINA	307
Tito Marcio Plauto	307
<i>Anfitrión</i>	309

Esta publicación tiene fines didácticos y de investigación científica acorde a lo establecido en el artículo 18 y análogos de nueva Ley Federal de Derechos de Autor.

Esta edición consta de 5,000 ejemplares y se terminó de imprimir en noviembre de 1983, a cargo de la secretaría de divulgación del Colegio de Ciencias y Humanidades, U.N.A.M.

PRESENTACION

LA ORATORIA	343
Cicerón	
<i>Discurso de Marco Tulio Cicerón mediante el cual expulsó a L. Catilina pronunciado en el senado.</i>	345
EPOPEYA CULTA LATINA	355
Virgilio	355
<i>La Eneida</i>	357
Libro I	357
Libro II	373
Libro IV	389
Libro XX	403
LIRICA LATINA	
Catulo	
<i>Carmenes (Selección)</i>	
OTRAS MANIFESTACIONES EN PROSA	427
Publio Ovidio Nasón	
<i>Las Metamorfosis</i>	
"Perseo"	
"Orfeo y Eurídice"	429
"Midás"	430
"Teséo y el Minotauro"	431
BIBLIOGRAFIA GENERAL	439

La *Antología de Autores Griegos y Latinos* que presentamos, ha sido preparada gracias a la colaboración de los profesores Isabel Alonso, Josefina Clavel, Carlos Chávez, Matilde González, Ma. Teresa Gutiérrez, Salvador Munguía y Fernando Nieto del Area de Talleres de los planteles del CCH.

El material que la integra es muy diverso, ya que incluye todos los géneros y a autores griegos y romanos, lo que permitirá que en cada curso profesores y alumnos elijan los que respondan a sus necesidades de estudio. En muchos casos se incluyen obras completas y en otros selecciones lo suficientemente amplias para dar una imagen del género y autor correspondiente.

Además de los profesores mencionados colaboraron en la preparación de la antología los encargados de Sección del Area de Talleres de los planteles del CCH, profesores Raúl Castellanos Magdaleno, Eduardo Hernández Hernández, Marta Obregón Lavín, Arnulfo Sánchez González y Frida Zacacla Sampieri quien coordinó los trabajos y la selección de materiales que la integran.

SECRETARÍA DE DIVULGACION
COORDINACION DEL CCH.

INTRODUCCION

En esta antología se presentan los textos y autores que mejor ilustran la poesía y la prosa grecolatinas, durante el período comprendido entre los siglos IX a.C al I d.C.

Tarea difícil es privilegiar a ciertos autores en detrimento de otros; sin embargo, el límite que impone el espacio hizo necesario elegir a aquellos que han despertado mayor interés en los alumnos de cursos anteriores. Por otra parte, se ha tenido cuidado de seleccionar las traducciones más idóneas para el nivel de bachillerato.

Para la presentación de los textos se ha seguido un criterio cronológico y, en su elección, un hilo conductor: en *La Odisea* el carácter y la personalidad de Odiseo, expresados a través de sus aventuras; en la célebre poetisa Safo, el amor, la sensualidad y la pasión, en Anacreonte, los placeres de la vida, el amor, el vino y el erotismo, en Píndaro, los cantos triunfales.

De los trágicos griegos, se destacan las obras que mayor celebridad han alcanzado en todos los tiempos por el humanismo de sus personajes: *Edipo rey* y *Medea*; en la comedia, *La asamblea de mujeres* se eligió por la vigencia de su temática.

Para completar el panorama de los géneros literarios cultivados por los griegos, se incluye la novela *Dafnis y Cloe*. Y se consideró que un texto filosófico que versa en su mayor parte sobre literatura, como es la *Poética* de Aristóteles, no podía descartarse en esta selección por la relevancia de los juicios que aporta.

Respecto a los autores latinos ha de decirse que, sin menospreciar su importancia, sólo se incluyeron a aquellos que incuestionablemente representan las letras latinas.

De Plauto se eligió *Anfitrión* para evidenciar la evolución de la comedia por un lado y, por otro, para mostrar el reflejo satírico de la época en que el autor vivió. De Cicerón, se escogió la *Primera Catilinaria* por dos razones: una para ilustrar el género de la oratoria en la Antigüedad Clásica; la otra, por ser el tema de la obra un asunto político presente en el proceso de maduración de todo Estado.

No se podía prescindir de *La Eneida* de Virgilio por ser ésta una obra que forma parte y expresa el apogeo de la cultura romana. Asimismo, y retomando el hilo de la lírica griega, pareció interesante presentar de Cátulo aquellos poemas que presentan en hermosas imágenes la tormentosa vida del autor. Se concluye con *Las metamorfosis* de Ovidio por constituir una recapitulación de la concepción mitológica de la cultura clásica.

Cabe mencionar que con esta antología no se pretende que el profesor vea en clase la totalidad de los textos, ni tampoco que se sienta limitado a estudiar sólo las obras que aquí se incluyen.

Es deseo de los autores de esta antología brindar un material de apoyo útil a profesores y estudiantes del Colegio y recoger sugerencias que puedan enriquecerla en el futuro.

LA POESIA EPICA

Las más antiguas formas que se conservan de la poesía, son aquellas que más se aproximan a la prosa, o sea, las de una poesía esencialmente narrativa que conocemos con el nombre de épica. El adjetivo épico procede de un sustantivo griego "epos" que significa "lo que se expresa por la palabra" y también discurso, narración, recitativo, relato o cuento. Quiero decir que este vocablo se refiere a lo que la palabra alude, a la cosa designada o señalada por ella y no a la palabra en sí misma y en cuanto a tal.

Homero

La Ilíada y la *Odisea* fueron compuestas hacia el siglo IX o el siglo VIII a.C. Su estilo, construcción e índole suponen la existencia de un autor único; y sin abandonar la tradición antigua y universalmente aceptada de que el autor se llamaba Homero y que éste procedía de la costa griega del Asia Menor, seguro que el autor no sacó la épica de la nada, que su obra representa la culminación de una larga tradición de aedos, que a esta tradición debe sus temas, su lengua, su métrica, y muchos de los recursos de que se vale para hacer su obra inteligible y atractiva. Acaso incorporó en ella fragmentos de anteriores poemas, aunque adaptándolos al objeto. Su texto, en el estado actual, tampoco está exento de interpolaciones y de cambios lingüísticos posteriores. Pero el giro creador del gran poeta es manifiesto a lo largo de los poemas, los cuales no pueden ser obra de una escuela de poetas, sino de un hombre solo, nutrido en una rica tradición.

La Ilíada nos relata el asedio de Troya. Su tema, "la cólera de Aquiles", se convierte en un tema trágico cuyo protagonista es Aquiles.

La *Odisea* es historia de aventuras, y no arranca de los cantos heroicos, sino de vetustos cuentos y narraciones folklóricos.

La *Ilíada* y la *Odisea* son epopeyas heroicas. Celebran las hazañas de una generación ya desaparecida que era capaz de realizar imposibles para los hombres.

Sus valores corresponden a una edad que todo lo juzga a la talla del hombre heroico, tan señalado en la guerra como en el consejo. Los poemas son el eco de acontecimientos que agitaron al mundo, y lo mismo que otras epopeyas heroicas, fueron compuestos como un segundo acto que siguió a la guerra y a la conquista. Los conquistadores comienzan a instalarse en sus nuevos dominios y en aquella civilización naciente los aedos divierten a sus amos recitando hechos heroicos. Homero está ya lejos de la guerra que canta, pero se ha apropiado de las nociones de la Edad heroica, y es un aedo auténtico, educado en la rapsodia y la recitación. Compone para oyentes, no para lectores, y su arte es el arte que se desarrolló en las cortes de los conquistadores griegos y los colonos de Jonia.

La Edad heroica de Grecia es la fuente de la traducción épica. Corresponde a los siglos XIII y XII a.c., cuando las tribus griegas confederadas trataron de establecer nuevos reinos en el Asia Menor y en Egipto.

Conocemos por documentos históricos la inquietud que este empeño despertó entre los faraones y los monarcas hititas, pero, entre los griegos, la imaginación poética vino a cristalizar aquellas luchas de razas en torno al sitio de Troya, la opulenta fortaleza que resguardaba el paso de Europa y Asia, sobre los Dardanelos.

En esta elaboración poética, muchos acontecimientos resultaron adulterados pero los aedos épicos conservaban la memoria de los esfuerzos y victorias, también de los desastres, de aquella época en que todavía los hombres eran hijos de los dioses.

LA ODISEA

RAPSODIA V

LA Balsa de Odiseo

La Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titón, para llevar la luz a los inmortales y a los mortales, cuando los dioses se reunieron en junta, sin que faltara Zeus altitonante cuyo poder es grandísimo. Y Atenea, trayendo a la memoria los muchos infortunios de Odiseo, los refirió a las deidades; interesándose por el héroe, que se hallaba entonces en el palacio de la ninfa:

7 *Atenea.*—¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Ningún rey, que empuñe cetro, sea benigno, ni blando, ni suave, ni emplee el entendimiento en cosas justas; antes, por el contrario, proceda siempre con crueldad y lleve al cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divino Odiseo, entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con blandura de padre. Hállase en una isla atormentado por fuertes pesares: en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza; y no le es posible llegar a su patria porque le faltan naves provistas de remos y compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar. Y ahora quieren matarle el hijo amado así que torne a su casa, pues ha ido a la sagrada Pilos y a la divina Lacedonia en busca de noticias de su padre.

21 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

22 *Zeus.*—¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¡No formaste tú misma ese proyecto: que Odiseo, al tornar a su tierra, se vengaría de aquéllos? Pues acompaña con discreción a Telémaco, ya que puedes hacerlo, a fin de que se restituya incólume a su patria y los pretendientes que están en la nave tengan que volverse.

28 Dijo, y dirigiéndose a Hermes, su hijo amado, hablóle de esta suerte.

29 *Zeus.*—¡Hermes! Ya que en lo demás eres tú el mensajero, ve a decir a la ninfa de hermosas trenzas nuestra firme resolución —que el paciente Odiseo torne a su patria— para que el héroe emprenda el regreso sin ir acompañado ni por los dioses ni por los mortales hombres: navegando en una balsa hecha con gran número de ataduras, llegará en veinte días y padeciendo trabajos a la fértil Esqueria, a la tierra de los teacios, que por su linaje son cercanos a los dioses; y ellos le honrarán cordialmente, como a una deidad, y le enviarán en un bajel a su patria tierra, después de regalarle bronce, oro en abundancia, vestidos, y tantas cosas como jamás sacara de Troja si llegase indemne y habiendo obtenido la parte de botín que le correspondiese. Dispuesto está por la Parca que Odiseo vea a sus amigos y llegue a su casa de alto techo y a su patria.

43 Así dijo. El mensajero Argifontes no fue desobediente; al punto ató a sus pies los áureos divinos talares, que le llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece los ojos de los hombres que quiere o despierta a los que duermen. Teniéndola en las manos, el poderoso Argifontes emprendió el vuelo y, al llegar a la Pieria, bajó de éter al ponto y comenzó a volar rápidamente sobre las olas, como la gaviota que, pescando peces en los grandes senos del mar estéril, moja en el gua del mar sus tupidas alas: tal parecía Hermes mientras volaba por encima del gran oleaje. Cuando hubo arribado a aquella isla tan lejana, salió del violáceo ponto, saltó en tierra,

prosiguió su camino hacia la vasta gruta donde moraba la ninfa de hermosas trenzas, y hallóla dentro. Ardía en el hogar un gran fuego, y el olor del hendible cedro y de la tuya, que en él se quemaban, difundíase por la isla hasta muy lejos; mientras ella, cantando con voz hermosa, tejía en el interior con lanzadera de oro. Rodeando la gruta, había crecido una verde selva de chopos, álamos y cipreses olorosos, donde anidaban aves de luengas alas: buhos, gavilanes y cornejas marinas, de ancha lengua, que se ocupaban en cosas del mar. Allí mismo, junto a la honda cueva, extendíase una viña floreciente, cargada de uvas; y cuatro fuentes manaban, muy cerca la una de la otra, dejando correr en varias direcciones sus aguas cristalinas. Veíanse en contorno verdes y amenos prados de violetas y apio; y, al llegar allí, hasta un inmortal se hubiese admirado, sintiendo que se le alegraba el corazón. Detúvose el Argifontes a contemplar aquello; y después de admirarlo, penetró en la ancha gruta, y fue conocido por Calipso, la divina entre las diosas, desde que a ella se presentó —que los dioses inmortales se reconocen mutuamente aunque vivan apartados—; pero no halló al magnánimo Odiseo, que estaba llorando en la ribera, donde tantas veces, consumiendo su ánimo con lágrimas, suspiros y dolores, fijaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y Calipso, la divina entre las diosas, hizo sentar a Hermes en espléndido y magnífico sitio, y preguntóle de esta suerte:

87 *Calipso*.—¿Por qué, oh Hermes, el de la áurea vara, venerable y caro, vienes a mi morada? Antes no solías frecuentarla. Di que deseas, pues mi ánimo me impulsa a ejecutarlo si de mí depende y es ello posible. Pero sígueme, a fin de que te ofrezca los dones de la hospitalidad.

92 Habiendo hablado de semejante modo, la diosa púsole delante una mesa, que había llenado de ambrosía y mezcló el rojo néctar. Allí bebió y comió el mensajero de Argifontes. Y cuando hubo cenado y repuesto su ánimo con la comida, respondió a Calipso con estas palabras:

97 *Hermes*.—Me preguntas, oh diosa, a mí, que soy dios, por qué he venido. Voy a decírtelo con sinceridad, ya que así lo mandas. Zeus me ordenó que viniese, sin que yo lo deseara: ¿quién pasaría de buen grado tanta agua salada que ni decirse puede, mayormente no habiendo por ahí ninguna ciudad en que los mortales hagan sacrificios a los dioses y les inmolen selectas hecatombes? Mas no le es posible a ningún dios ni traspasar ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida. Dice que está contigo un varón, que es el más infortunado de cuantos combatieron alrededor de la ciudad de Priamo durante nueve años y, en el décimo, habiéndola destruido, tornaron a sus casas; pero en la vuelta ofendieron a Atenea, y la diosa hizo que se levantara un viento desfavorable e hinchadas olas. En éstas hallaron la muerte sus esforzados compañeros; y a él trajéronlo acá el viento y el oleaje. Y Zeus te manda que a tal varón le permitas que se vaya cuanto antes; porque no es su destino morir lejos de los suyos, sino que la Parca tiene dispuesto que los vuelva a ver, llegando a su casa de elevada techumbre y a su patria tierra.

116 Así dijo. Estremecióse Calipso, la divina entre las diosas, y respondió con estas aladas palabras:

118 *Calipso*.—Sois, oh dioses, malignos y celosos como nadie, pues sentís envidia de las diosas que no se recatan de dormir con el hombre a quien han tomado por esposo. Así, cuando la Aurora de rosáceos dedos arrebató a Orión, le tuvisteis envidia vosotros los dioses, que vivís sin cuidados, hasta que la casata Ártemis, la de trono de oro, lo mató en Ortigia alcanzándole con sus dulces flechas. Asimismo, cuando Deméter, la de hermosas trenzas, cediendo a los impulsos de su corazón,

juntóse en amor y cama con Yasión en una tierra noval labrada tres veces, Zeus, que no tardó en saberlo, mató al héroe hiriéndole con el ardiente rayo. Y así también me tenéis envidia, oh dioses, porque está conmigo un hombre mortal; a quien salvé cuando bogaba solo y montado en una quilla, después que Zeus le hendió la nave, en medio del vinoso ponto, arrojando contra la misma el ardiente rayo. Ahí acabaron la vida sus fuertes compañeros; mas a él trajéronlo acá el viento y el oleaje. Y le acogí amigablemente, le mantuve y díjele a menudo que le haría inmortal y libre de la vejez por siempre jamás. Pero, ya que no le es posible a ningún dios ni transgredir ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida, váyase aquél por el mar estéril, si ése le incita y se lo manda; que yo no le he de despedir —pues no dispongo de naves provistas de remos, ni puedo darle compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar—, aunque le aconsejaré de muy buena voluntad, sin ocultarle nada, para que llegue sano y salvo a su patria tierra.

145 Replicóle el mensajero Argifontes:

146 *Hermes*.—Despídele pronto y teme la cólera de Zeus; no sea que este dios, irritándose, se ensañe contra ti en lo sucesivo.

148 En diciendo esto, partió el poderoso Argifontes; y la venerada ninfa, oído el mensaje de Zeus, fue a buscar el magnánimo Odiseo. Hallóle sentado en la playa, que allí se estaba, sin que sus ojos se secasen del continuo llanto, y consumía su dulce vida suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no le era grata. Obligado a pernoctar en la profunda cueva, durmiendo con la ninfa que le quería sin que él la quisiese, pasaba el día sentado en las rocas de la ribera del mar y consumiendo su ánimo en lágrimas, suspiros y dolores, clavaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y, pasándose cerca de él, díjole de esta suerte la divina entre las diosas:

160 *Calipso*.—¿Desdichado! No llores más ni consumas tu vida pues de muy buen grado dejaré que partas. Ea, corta maderos grandes: y, ensamblándolos con el bronce, forma una extensa balsa y cúbrela con piso de tablas, para que te lleve por el obscuro ponto. Yo pondré en ella pan, agua y el rojo vino, regocijador del ánimo, que te librarán de padecer hambre; te daré vestidos y te mandaré próspero viento, a fin de que llegues sano y salvo a tu patria tierra si lo quieren los dioses que habitan el anchuroso cielo; los cuales me aventajan, así en trazar desigios como en llevarlos a término.

171 Así dijo. Estremecióse el paciente divinal Odiseo y respondió con estas aladas palabras:

173 *Odiseo*.—Algo revuelves en tu pensamiento, oh diosa, y no por cierto mi partida, al ordenarme que atravesase en una balsa el gran abismo del mar, tan terrible y peligroso que no lo pasaran fácilmente naves de buenas proporciones, veleras, animadas por un viento favorable que les enviara Zeus. Yo no subiría en la balsa, mal de tu grado, si no te resolvieras a prestarme firme juramento de que no maquinárs causarme ningún otro pernicioso daño.

180 Así habló, Sonrióse Calipso, la divina entre las diosas; y, acariciándole con la mano, le dijo estas palabras:

182 *Calipso*.—Eres en verdad injusto, aunque no sueles pensar cosas livianas, cuando tales palabras te has atrevido a proferir. Sépalo ahora la Tierra y desde arriba el anchuroso Cielo y el agua corriente de la Estix —que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses—: no maquinare contra ti ningún pernicioso daño, y pienso y he de aconsejarte cuanto para mí misma

discurriera si en tan grande necesidad me viese. Mi intención es justa, y en mi pecho no se encierra un ánimo férreo, sino compasivo.

192 Cuando así hubo hablado, la divina entre las diosas echó a andar aceleradamente y Odiseo fue siguiendo las pisadas de la deidad. Llegaron a la profunda cueva la diosa y el varón, éste se acomodó en la silla de donde se había levantado Hermes, y la ninfa sirvióle toda clase de alimentos, así comestibles como bebidas, de lo que se mantienen los mortales hombres. Luego sentóse ella enfrente del divino Odiseo, y sirviéronle las criadas ambrosía y néctar. Cada uno echó mano a las viandas que tenía delante; y, apenas se hubieron saciado de comer y de beber, Calipso, la divina entre las diosas, rompió el silencio y dijo:

203 *Calipso*.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Así, pues, deseas irte en seguida a tu casa y a tu patria tierra? Sé, esto no obstante, dichoso. Pero, si tu inteligencia conociese los males que habrás de padecer fatalmente antes de llegar a tu patria, te quedarás conmigo, custodiando esta morada, y fueras inmortal, aunque estés deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces soledad todos los días. Yo me jacto de no serle inferior ni en el cuerpo ni en el natural, que no pueden las mortales competir con las diosas ni por su cuerpo ni por su belleza.

214 Respondióle el ingenioso Odiseo:

215 *Odiseo*.—¡No te enojas conmigo, veneranda deidad! Conozco muy bien que la prudente Penlopea te es inferior en belleza y en estatura; siendo ella mortal tú inmortal y exenta de la vejez. Esto no obstante, deseo y anhelo continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta. Y si alguno de los dioses quisiera aniquilarme en el vinoso ponto, lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho y tan paciente es para los dolores; pues he padecido muy mucho así en el mar como en la guerra, y venga este mal tras de los otros.

225 Así habló. Púsose el sol y sobrevino la obscuridad. Retiráronse entonces a lo más hondo de la profunda cueva; y allí, muy juntos, hallaron en el amor contentamiento.

228 Mas, no bien se mostró la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, vistióse Odiseo la túnica y el manto; y ella se puso amplia vestidura, fina y hermosa, ciñó el talle con lindo cinturón de oro, veló su cabeza, y ocupóse en disponer la partida del magnánimo Odiseo. Dióle una gran segur que pudiera manejar, de bronce, aguda de entrambas partes, con un hermoso astil de olivo bien ajustado: entrególe después una azuela muy pulimentada; y le llevó a un extremo de la isla, donde habían crecido altos árboles —chopos, álamos y el abeto que sube hasta el cielo—, todos los cuales estaban secos desde antiguo y eran muy duros y a propósito para mantenerse a flote sobre las aguas. Y tan presto como le hubo enseñado donde habían crecido aquellos grandes árboles, Calipso, la divina entre las diosas, volvió a su morada, y él se puso a cortar troncos y no tardó en dar fin a su trabajo. Derribó veinte, que desbastó con el bronce, pulió con habilidad y enderezó por medio de un nivel. Calipso, la divina entre las diosas, trájole unos barrenos con los cuales taladró el héroe todas las piezas que unió luego, sujetándolas con clavos y clavijas. Cuan ancho es el redondeado fondo de un buen navío de carga, que hábil artifice construyera, tan grande hizo Odiseo la balsa. Labró después la cubierta, adaptándola a espesas vigas y dándole remate con un piso de largos tablones; puso en el centro un mástil con su correspondiente entena, y fabricó un timón para regir la balsa. A ésta la protegió por todas partes con mimbres entretrejidos, que fuesen reparo de las olas, y la lastró con abundante madera. Mientras tanto Calipso, la divina entre las diosas, trájole lienzo para las velas; y Odiseo las construyó con gran

habilidad. Y atando en la balsa cuerdas, maromas y bolinas, echólo por medio de unos paralelos al mar divino.

262 Al cuarto día ya todo estaba terminado, y al quinto despidióle de la isla la divina Calipso, después de lavarlo y vestirle perfumadas vestiduras. Entrególe la diosa un pellejo de negro vino, otro grande de agua, un saco de provisiones y muchos manjares gratos al ánimo; y mandóle favorable y plácido viento. Gozoso desplegó las velas el divinal Odiseo y, sentándose, comenzó a regir hábilmente la balsa con el timón, sin que el sueño cayese en sus párpados, mientras contemplaba las Pléyades, el Bootes, que se pone muy tarde, y la Osa, llamada el Carro por sobrenombre, la cual gira siempre en el mismo lugar, acecha a Orión y es la única que no se baña en el Océano; pues habiale ordenado Calipso, la divina entre las diosas, que tuviera la Osa a la mano izquierda durante la travesía. Diecisiete días navegó, atravesando el mar, y al décimocuarto pudo ver los umbrosos montes del país de los feacios en la parte más cercana, apareciéndosele como un escudo en medio del sombrío ponto.

282 El poderoso Posidón, que sacude la tierra, regresaba entonces del país de los etíopes y vio a Odiseo de lejos, desde los montes Solimos, pues se le apareció navegando por el ponto. Encendióse en ira la deidad y, sacudiendo la cabeza, habló entre sí de semejante modo:

286 *Posidón*.—¡Oh dioses! Sin duda cambiaron las deidades sus propósitos en orden a Odiseo, mientras yo me hallaba entre los etíopes. Ya está junto a la tierra de los feacios, donde es fatal que se libre del cúmulo de desgracias que le han alcanzado. Creo, no obstante, que aún habrán de cargar sobre él no pocos males.

291 Dijo; y, echando mano al tridente, congregó las nubes y turbó el mar; suscitó grandes torbellinos de toda clase de vientos; cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Soplaron a la vez el Euro, el Noto, el impetuoso Céforo y el Bóreas que, nacido en el éter, levanta grandes olas. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo; y el héroe, gimiendo, a su magnánimo espíritu, así le hablaba:

299 *Odiseo*.—¡Ay de mí, desdichado! ¿qué es lo que, por fin, me va a suceder? Temo que salgan verídicas las predicciones de la diosa, la cual me aseguraba que había de pasar grandes trabajos en el ponto antes de volver a la patria tierra, pues ahora todo se está cumpliendo. ¡Con qué nubes ha cerrado Zeus el anchuroso cielo! Y ha conturbado el mar; y arrecian los torbellinos de toda clase de vientos. Ahora me espera, a buen seguro, una terrible muerte. ¡Oh, una y mil veces dichosos los dánaos que perecieron en la vasta Troya, luchando por complacer a los Atridas! ¡Así hubiera yo muerto también, cumpliéndose mi destino, el día en que multitud de teucros me arrojaban broncíneas lanzas junto al cadáver del Pelión! Allí obtuviera honras fúnebres y los aqueos ensalzaran mi gloria: pero dispone el hado que yo sucumba con deplorable muerte.

313 Mientras esto decía, vino una grande ola que desde lo alto cayó norrendamente sobre Odiseo e hizo que la balsa zozobrará. Fue arrojado el héroe lejos de la balsa, sus manos dejaron el timón, llegó un horrible torbellino de mezclados vientos que rompió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron en el ponto a gran distancia. Mucho tiempo permaneció Odiseo sumergido, que no pudo salir a flote inmediatamente por el gran ímpetu de las olas y porque le pesaban los vestidos que le había entregado la divinal Calipso. Sobrenadó, por fin, despidiendo de la boca el agua amarga que asimismo le corría de la cabeza en sonoros chorros. Mas,

aunque fatigado, no perdía de vista la balsa; sino que, moviéndose con vigor por entre las olas, la asió y se sentó en medio de ella para evitar la muerte. El gran oleaje llevaba la balsa de acá para allá, según la corriente. Del mismo modo que el otoñal Bóreas arrastra por la llanura unos villanos, que entre sí se entretejen espesos; así los vientos conducían la balsa por el piélagos, de acá para allá: unas veces el Noto la arrojaba al Bóreas, para que se la llevase, y en otras ocasiones el Euro la cedía al Céforo a fin de que éste la persiguiera.

333 Pero vióle Ino Leucotea, hija de Cadmo la de pies hermosos, que antes había sido mortal dotada de voz, y entonces, residiendo en lo hondo del mar, disfrutaba de honores divinos. Y como se apiadara de Odiseo, al contemplarle errabundo y abrumado por la fatiga, transfiguróse en mergo, salió volando del abismo del mar y, posándose en la balsa construida con muchas ataduras, díjole estas palabras:

339 Ino.—¡Desdichado! ¿Por qué Posidón, que sacude la tierra, se airó tan fieramente contigo y te está suscitando multitud de males? No lograrás anonadarte por mucho que lo anhele. Haz lo que voy a decir, pues me figuro que no te falta prudencia: quítate esos vestidos, deja la balsa para que los vientos se la lleven y, nadando con las manos, procura llegar a la tierra de los feacios, donde la Parca ha dispuesto que te salves. Toma, extiende este velo inmortal debajo de tu pecho y no temas padecer, ni morir tampoco. Y así que toques con tus manos la tierra firme, quítatelo y arrojalo en el vinoso ponto, muy lejos del continente, volviéndote a otro lado.

351 Dichas estas palabras, la diosa le entregó el velo, y transfigurada en mergo, tornó a sumergirse en el undoso ponto y las negruzcas olas la cubrieron. Mas el paciente divinal Odiseo estaba indeciso y, gimiendo, habló de esta guisa a su corazón magnánimo:

355 Odiseo.—¡Ay de mí! No sea que alguno de los mortales me tienda un lazo, cuando me da la orden de que desampare la balsa. No obedeceré todavía, que con mis ojos veo que está muy lejana la tierra donde, según afirman, he de hallar refugio; antes procederé de esta suerte por ser, a mi juicio, lo mejor: mientras los maderos están sujetados por las clavijas, seguiré aquí y sufriré los males que haya de padecer, y luego que las olas deshagan la balsa me pondré a nadar; pues no se me ocurre nada más provechoso.

365 Tales cosas revolvía en su mente y en su corazón, cuando Posidón, que sacude la tierra, alzó una oleada tremenda, difícil de resistir, alta como un techo, y empujóla contra el héroe. De la suerte que impetuoso viento revuelve un montón de pajas secas, dispersándolas por este y por el otro lado; de la misma manera desbarató la ola los grandes leños de la balsa. Pero Odiseo asió una de las tablas y se puso a caballo en ella; desnudóse los vestidos que la divinal Calipso le había regalado, extendió prestamente el velo debajo de su pecho y se dejó caer en el agua boca abajo, con los brazos abiertos, deseoso de nadar. Vióle el poderoso dios que sacude la tierra y, moviendo la cabeza, habló de semejante modo:

377 Posidón.—Ahora que has padecido tantos males, vaga por el ponto hasta que llegues a juntarte con esos hombres, alumnos de Zeus. Se me figura que ni aun así te parecerán pocas tus desgracias.

380 Dicho esto, picó con el látigo a los corceles de hermosas crines, y se fue a Egas, donde posee inclita morada.

382 Entonces Atenea, hija de Zeus, ordenó otra cosa. Cerró el camino a los vientos y les mandó que se sosegaran y durmieran; y, haciendo soplar el rápido Bóreas, quebró las olas hasta que Odiseo, del linaje de Zeus, librándose de la muerte y de las Parcas, llegase a los feacios, amantes de manejar los remos.

388 Dos días con sus noches anduvo errante el héroe sobre las densas olas, y su corazón presa gióle la muerte en repetidos casos. Mas, tan luego como la Aurora, de hermosas trenzas, dio principio al tercer día, cesó el vendaval, reinó sosegada calma y Odiseo pudo ver, desde lo alto de una ingente ola y aguzando mucho la vista, que la tierra se hallaba cerca. Cuan grata se les presenta a los hijos la vida de un padre que estaba postrado por la enfermedad y padecía graves dolores, consumiéndose desde largo tiempo a causa de la persecución de horrendo numen, si los dioses le libran felizmente del mal: tan agradable a pareció para Odiseo la tierra y el bosque. Nadaba, pues, esforzándose por asentar el pie en tierra firme; mas, así que estuvo tan cercano a la orilla que hasta ella hubieran llegado sus gritos, oyó el estrépito con que en las peñas se rompía el mar. Bramaban las inmensas olas, azotando horrenadamente la árida costa, y todo estaba cubierto de salada espuma; pues allí no había puertos, donde las naves se acogiesen, ni siquiera ensenadas, sino orillas abruptas, rocas y escollos. Entonces desmayaron las rodillas y el corazón de Odiseo; y el héroe, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

408 Odiseo.—¡Ay de mí! Después que Zeus me concedió que viese inesperada tierra, y acabé de surcar este abismo, ningún paraje descubro por donde consiga salir del espumoso mar. Por defuera hay agudos peñascos a cuyo alrededor braman las olas impetuosamente, y la roca se levanta lisa; y aquí es el mar tan hondo que no puedo afirmar los pies para librarme del mal. No sea que, cuando me disponga a salir ingente ola me arrebatte y dé conmigo en el pétreo peñasco; y me salga en vano mi intento. Mas, si voy nadando, en busca de una playa o de un puerto de mar, temo que nuevamente me arrebatte la tempestad y me lleve al ponto, abundante en peces, haciéndome proferir hondos suspiros; o que una deidad incite contra mí algún monstruo marino, como los que cría en gran abundancia la ilustre Anfítrite; pues sé que el inclito dios que bate la tierra está enojado conmigo.

424 Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, una oleada lo llevó a la áspera ribera. Allí se habría desgarrado la piel y roto los huesos, si Atenea, la deidad de ojos de lechuza, no le hubiese sugerido en el ánimo lo que llevó a efecto: lanzóse a la roca, la asió con ambas manos y, gimiendo permaneció adherido a ella hasta que la enorme ola hubo pasado. De esta suerte le evitó; mas, el refluir, dióle tal acometida, que lo echó en el ponto y bien adentro. Así como el pulpo, cuando lo sacan de su escondrijo, lleva pegadas en los tentáculos muchas pedrezuelas; así, la piel de las fornidas manos de Odiseo se desgarró y quedó en las rocas, mientras le cubría inmensa ola. Y allí acabara el infeliz Odiseo contra lo dispuesto por el hado, si Atenea, la deidad de los ojos de lechuza, no le inspirara prudencia. Salió a flote y, apartándose de las olas que se estrellan con estrépito en la ribera, nadó a lo largo de la orilla, mirando a la tierra, por si hallaba alguna playa que las olas batieran oblicuamente o algún puerto de mar. Mas como llegase, nadando, a la boca de un río de hermosa corriente, el lugar parecióle muy a propósito por carecer de rocas y formar un reparo contra el viento. Y conociendo que era un río que desbalagaba, suplicóle así en su corazón:

445 Odiseo.—¡Óyeme, oh soberano, quienquiera que seas! Vengo a ti, tan deseado, huyendo del ponto y de las amenazas de Posidón. Es digno de respeto aun para los inmortales dioses el hombre que se presenta errabundo, como llevo ahora

a tu corriente y a tus rodillas después de pasar muchos trabajos. ¡Oh, rey, apiadate de mí, ya que me glorio de ser tu suplicante!

451 Así dijo. En seguida suspendió el río su corriente, apaciguó las olas, mandó la calma delante de sí y salvó a Odiseo en la desembocadura. El héroe dobló entonces las rodillas y los fuertes brazos, pues su corazón esta fatigado de luchar con el mar. Tenía Odiseo todo el cuerpo hinchado, de su boca y de su nariz manaba en abundancia el agua del mar; y, falto de aliento y de voz, quedóse tendido y sin fuerzas porque el terrible cansancio le abrumaba. Cuando ya respiró y recobró el ánimo en su corazón, desató el velo de la diosa y arrojólo en el río, que corría hacia el mar: llevóse el velo una ola grande en la dirección de la corriente y pronto Ino lo tuvo en sus manos. Odiseo se apartó del río, echóse al pie de unos juncos, besó la fértil tierra y, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

465 *Odiseo.*—¡Ay de mí! ¿Qué no padezco? ¿Qué es lo que al fin me va a suceder? Si paso la molesta noche junto al río, quizás la dañosa helada y el fresco rocío me acaben y exhale yo el último aliento a causa de mi debilidad; y una brisa glacial viene del río antes de rayar el alba. Y si subo al collado y me duermo entre los espesos arbustos de la selva umbría, como me dejen el frío y el cansancio y me venga dulce sueño, temo ser presa y pasto de las fieras.

474 Después de meditarlo, se le ofreció como mejor el último lance. Fuese, pues, a la selva que halló cerca del agua, en un altozano, y metióse debajo de dos arbustos que habían nacido en un mismo lugar y eran un acebuche y un olivo. Ni el húmedo soplo de los vientos pasaba por entre ambos, ni el resplandeciente sol los hería con sus rayos, ni la lluvia los penetraba del todo: tan espesos y entrelazados habían crecido. Debajo de ellos se introdujo Odiseo y al instante aparejóse con sus manos ancha cama, pues había tal abundancia de serojas que bastaran para abrigar a dos o tres hombres en lo más fuerte del invierno por riguroso que fuese. Mucho holgó de verlas el paciente divinal Odiseo, que se acostó en medio y se cubrió con multitud de ellas. Así como el que vive en remoto campo y no tiene vecinos, esconde un tizón en la negra ceniza para conservar el fuego y no tener que ir a encenderlo a otra parte; de esta suerte se cubrió Odiseo con la hojarasca. Y Atenea infundióle en los ojos dulce sueño y le cerró los párpados para que cuanto antes se librara del penoso cansancio.

LLEGADA DE ODISEO AL PAÍS DE LOS FEACIOS

Mientras así dormía el paciente y divinal Odiseo, rendido del sueño y del cansancio, Atenea se fue al pueblo y a la ciudad de los feacios, los cuales habitaron antiguamente en la espaciosa Hiperea, junto a los Ciclopes, varones soberbios que les causaban daño porque eran más robustos. De allí los sacó Nausíto, semejante a un dios: condújolos a Esqueria, lejos de los hombres industriosos, donde hicieron morada; construyó un muro alrededor de la ciudad, edificó casas, erigió templos a las divinidades y repartió los campos. Mas ya entonces, vencido por la Parca, había bajado al Hades y reinaba Alcínoo, cuyos consejos eran inspirados por los propios dioses; y al palacio de éste enderezó Atenea, la deidad de ojos de lechuza, pensando en la vuelta del magnánimo Odiseo. Penetró la diosa en la estancia labrada con gran primor en que dormía una doncella parecida a los inmortales por su natural y por su hermosura: Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo; junto a ella, a uno y otro lado de la entrada, hallábanse dos esclavas a quienes las Gracias habían dotado de belleza, y las magníficas hojas de la puerta estaban entornadas. Atenea se lanzó, como un soplo de viento, a la cama de la joven; púsose sobre su cabeza y empezó a hablarle, tomando el aspecto de la hija de Diamante, el célebre marino, que tenía la edad de Nausícaa y érale muy grata. De tal suerte transfigurada, dijo Atenea, la de ojos de lechuza:

25 *Atenea.*—¡Nausícaa! ¿Por qué tu madre te parió tan floja? Tienes descuidadas las espléndidas vestiduras y está cercano tu casamiento, en el cual has de llevar lindas ropas, dando parte también a los que te conduzcan; que así se consigue gran fama entre los hombres y se huelgan el padre y la venerada madre. Vayamos, pues, a lavar tan luego como despunte la aurora, y te acompañaré y ayudaré para que en seguida lo tengas aparejado todo; que no ha de prolongarse mucho tu doncellez, puesto que ya te pretenden los mejores de todos los feacios, cuyo linaje es también el tuyo. Ea, insta a tu ilustre padre para que mande prevenir antes de rayar el alba las mulas y el carro en que llevarás los cingalos; los peplos y los espléndidos cobertores. Para ti misma es mejor ir de este modo que no a pie, pues los lavaderos se hallan a gran distancia de la ciudad.

41 Cuando así hubo hablado, Atenea, la de ojos de lechuza, fuése al Olimpo, donde dicen que está la mansión perenne y segura de las deidades; a la cual ni la agitan los vientos ni la lluvia la moja, ni la nieve la cubre —pues el tiempo es allí constantemente sereno y sin nubes—, y en cambio la envuelve esplendorosa claridad: en ella disfrutan perdurable dicha los bienaventurados dioses. Allí se encaminó, pues, la de ojos de lechuza tan luego como hubo aconsejado a la doncella.

48 Pronto llegó la Aurora, la de hermoso trono, y despertó a Nausícaa, la del lindo pepló; y la doncella, admirada del sueño, se fue por el palacio a contárselo a sus progenitores, al padre querido y a la madre, y a entrambos los halló dentro: a ésta, sentada junto al fuego, con las siervas, hilando lana de color purpúreo; y a aquél, cuando iba a salir para reunirse en consejo con los ilustres príncipes, pues los más nobles feacios le habían llamado. Detúvose Nausícaa muy cerca de su padre y así le dijo:

57 *Nausícaa*.—¡Padre querido! ¿No querías aparejarme un carro alto, de fuertes ruedas, en el cual lleve al río, para lavarlos, los hermosos vestidos que tengo sucios? A ti mismo te conviene llevar vestiduras limpias, cuando con los varones más principales deliberas en el consejo. Tienes, además, cinco hijos en el palacio: dos ya casados, y tres que son mancebos florecientes y cuantas veces van al baile quieren llevar vestidos limpios; y tales cosas están a mi cuidado.

66 Así dijo; pues dióle vergüenza nombrar las florecientes nupcias a su padre. Más él, comprendiéndolo todo, le respondió con estas palabras:

68 *Alcínoo*.—No te negaré, oh hija, ni las mulas ni cosa alguna. Ve, y los esclavos te aparejarán un carro alto, de fuertes ruedas, provisto de tablado.

71 Dichas tales palabras, dió la orden a los esclavos, que al punto le obedecieron. Aparejaron fuera de la casa un carro de fuertes ruedas, propio para mulas; y, trayéndolas, unciéronlas al yugo. Mientras tanto, la doncella sacaba de la habitación los espléndidos vestidos y los colocaba en el pulido carro. Su madre púsole en una cesta toda clase de gratos manjares y viandas; echóle vino en un cuero de cabra; y cuando aquélla subió al carro, entrególe líquido aceite en una ampolla de oro a fin de que se ungiese con sus esclavas. *Nausícaa* tomó el látigo y, asiendo las lustrosas riendas, azotó las mulas para que corrieran. Arrancaron éstas con estrépito y trotaron ágilmente, llevando los vestidos y a la doncella, que no iba sola, sino acompañada de sus criadas.

85 Tan pronto como llegaron a la bellísima corriente del río, donde había unos lavaderos perennes con agua abundante y cristalina para lavar hasta lo más sucio, desuncieron las mulas y echáronlas hacia el vorticoso río a pacer la dulce grama. Tomaron del carro los vestidos, lleváronlos al agua profunda y los pisotearon en las pilas, compitiendo unas con otras en hacerlo con presteza. Después que los hubieron limpiado, quitándoles toda la inmundicia, tendiéronlos con orden en los guijarros de la costa, que el mar lavaba con gran frecuencia. Acto continuo se bañaron, se ungiéron con pingüe aceite y se pusieron a comer a orillas del río, mientras las vestiduras se secaban a los rayos del sol. Apenas las esclavas y *Nausícaa* se hubieron saciado de comida, quitáronse los velos y jugaron a la pelota; y entre ellas *Nausícaa*, la de los niveos brazos, comenzó a cantar. Cual *Ártemis*, que se complace en tirar flechas, va por el altísimo monte *Taigeto* o por el *Erimanto*, donde se deleita en perseguir a los jabalíes o a los veloces ciervos, y en sus juegos tienen parte las ninfas agrestes, hijas de *Zeus* que lleva la égida, holgándose *Leto* de contemplarlo; y aquélla levanta su cabeza y su frente por encima de los demás y es fácil distinguirla, aunque todas son hermosas: de igual suerte la doncella, libre aún, sobresalía entre las esclavas.

110 Mas cuando ya estaba a punto de volver a su morada, unciendo las mulas y plegando los hermosos vestidos, *Atenea*, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa para que *Odiseo* recordara del sueño y viese a aquella doncella de lindos ojos, que debía llevarlo a la ciudad de los feacios. La princesa arrojó la pelota a una de las esclavas y erró el tiro, echándola en un hondo remolino; y todas gritaron muy recio. Despertó entonces el divinal *Odiseo* y, sentándose, revolvía en su mente y en su corazón estos pensamientos:

119 *Odiseo*.—¡Ay de mí! ¿Qué hombres deben de habitar esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses? Desde aquí se oyó la femenil gritería de jóvenes ninfas que residen en las altas cumbres de las montañas, en las fuentes de los ríos y en los prados cubiertos de

hierba. ¿Me hallo, por ventura, cerca de hombres de voz articulada? Ea, yo mismo probaré a salir e intentaré verlo.

127 Hablando así, el divinal *Odiseo* salió de entre los arbustos y en la poblada selva desgajó con su fornida mano una rama frondosa con que pudiera cubrirse las partes verendas. Púsose en camino de igual manera que un montaraz león, confiado en sus fuerzas, siguen andando a pesar de la lluvia o del viento, y le arden los ojos, y se echa sobre los bueyes, las ojevas o las agrestes ciervas, pues el vientre le incita que vaya a una sólida casa e intente acometer al ganado; de tal modo había de presentarse *Odiseo* a las doncellas de hermosas trenzas, aunque estaba desnudo, pues la necesidad le obligaba. Y se les apareció horrible, afeado por el sarro del mar; y todas huyeron, dispersándose por las orillas prominentes. Pero se quedó sola e inmóvil la hija de *Alcínoo*, porque *Atenea* dióle ánimo a su corazón y libró del temor a sus miembros. Siguió, pues, delante del héroe sin huir; y *Odiseo* meditaba si convendría rogar a la doncella de lindos ojos, abrazándola por las rodillas, o suplicarle, desde lejos y con dulces palabras que le mostrara la ciudad y le diera con que vestirse. Pensándolo bien, le pareció que lo mejor sería rogarle desde lejos con suaves voces: no fuese a irritarse la doncella si le abrazaba las rodillas. Y entonces pronunció estas dulces e insinuantes palabras:

149 *Odiseo*.—¡Yo te imploro, oh reina, seas diosa o mortal! Si eres una de las deidades que poseen el anchuroso cielo, te hallo muy parecida a *Ártemis*, hija del gran *Zeus*, por tu hermosura, por tu grandeza y por tu natural; y si naciste de los hombres que moran en la tierra, dichosos mil veces tu padre, tu venerada madre y tus hermanos, pues su alma debe de alegrarse a todas horas intensamente cuando ven a tal retoño salir a las danzas. Y dichosísimo en su corazón, más que otro alguno, quien consiga, descollando por la esplendidez de sus donaciones nupciales, llevarte a su casa por esposa. Que nunca se ofreció a mis ojos un mortal semejante, ni hombre ni mujer, y me he quedado atónito al contemplarte. Solamente una vez vi algo que se te pudiera comparar en un joven retoño de palmera, que creció en *Delos*, junto al ara de *Apolo* (estuve allí con numeroso pueblo, en aquel viaje del cual habían de seguirme funestos males): dela suerte que a la vista del retoño quedéme estupefacto mucho tiempo, pues jamás había brotado de la tierra un vástago como aquél; de la misma manera te contemplo con admiración, oh mujer, y me tienes absorto y me infunde miedo abrazar tus rodillas, aunque estoy abrumado por un pesar muy grande. Ayer pude salir del víinoso ponto, después de veinte días de permanencia en el mar, en el cual me vi a merced de las olas y de los veloces torbellinos desde que desamparé la isla *Ogigia*; y algún numen me ha echado acá, para que padezca nuevas desgracias, que no espero que éstas se hayan acabado, antes los dioses deben prepararme otras muchas todavía. Pero tú, oh reina, apiádate de mí, ya que eres la primera persona a quien me acerco después de soportar tantos males y me son desconocidos los hombres que viven en la ciudad y en esta comarca. Muéstrame la población y dame un trapo para atármelo alrededor del cuerpo, si al venir trajiste alguno para envolver la ropa. Y los dioses te concedan cuanto en tu corazón anheles: marido, familia y feliz concordia: pues no hay nada mejor ni más útil que el que gobiernen su casa el marido y la mujer con ánimo concorde, lo cual produce gran pena a sus enemigos y alegría a los que los quieren, y son ellos los que más aprecian sus ventajas.

186 Respondió *Nausícaa*, la de los niveos brazos:

187 *Nausícaa*.—¡Forastero! Ya que no me pareces ni vil ni insensato, sabe que el mismo *Zeus Olímpico* distribuye la felicidad a los buenos y a los malos, y si te

envío esas penas debes sufrirlas pacientemente; mas ahora, que has llegado a nuestra ciudad y a nuestra tierra, no carecerás de vestido ni de ninguna de las cosas que por decoro ha de alcanzar un mísero suplicante. Te mostraré la población y te diré el nombre de sus habitantes: los feacios poseen la ciudad y la comarca, y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, cuyo es el imperio y el poder entre los feacios.

198 Dijo; y dio esta orden a las esclavas, de hermosas trenzas:

199 *Nausícaa*.—¡Deteneos, esclavas! ¿Adónde huís, por ver a un hombre? ¿Pensáis acaso que sea un enemigo? No hay ni habrá nunca un mortal terrible que venga a hostilizar la tierra de los feacios, pues a éstos los quieren mucho los inmortales. Vivimos separadamente y nos circunda el mar alborotado; somos los últimos de los hombres, y ningún otro mortal tiene comercio con nosotros. Éste es un infeliz que viene perdido y es necesario socorrerle, pues todos los forasteros y pobres son de Zeus y un exiguo don que se les haga les es grato. Así pues, esclavas, dadle de comer y de beber al forastero, y lavadle en el río, en un lugar que esté resguardado del viento.

211 Así dijo. Detuviéronse las esclavas y, animándose mutuamente, hicieron sentar a Odiseo en un lugar abrigado, conforme a lo dispuesto por *Nausícaa*, hija del magnánimo Alcínoo; dejaron cerca de él un manto y una túnica para que se vistiera; entregáronle, en ampolla de oro, líquido aceite, y le invitaron a lavarse en la corriente del río. Y entonces el divinal Odiseo les habló diciendo:

218 *Odiseo*.—¡Esclavas! Alejaos un poco a fin de que lave de mis hombros el sarro del mar y me unja después con el aceite, del cual mucho ha que mi cuerpo se ve privado. Yo no puedo tomar el baño ante vosotras, pues haríase vergüenza ponerme desnudo entre jóvenes de hermosas trenzas.

223 Así dijo. Ellas se apartaron y fueron a contárselo a *Nausícaa*. Entre tanto el divinal Odiseo se lavaba en el río quitando de su cuerpo el sarro del mar que le cubría la espalda y los anchurosos hombros, y se limpiaba la cabeza de la espuma que en ella había dejado el mar estéril. Más después que, ya lavado, se ungió con el pingüe aceite y se puso los vestidos que la doncella, libre aún, le había dado, Atenea, hija de Zeus, hizo que pareciese más alto y más grueso, y que de su cabeza colgaran ensortijados cabellos que a flores de jacinto semejaban. Y así como el hombre experto, a quien Hefesto y Palas Atenea enseñaron artes de toda especie, cerca de oro la plata y hace lindos trabajos, de semejante modo Atenea difundió la gracia por la cabeza y por los hombros de Odiseo. Éste, apartándose un poco, se sentó en la ribera del mar y resplandecía por su gracia y hermosura. Admiróse la doncella y dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

239 *Nausícaa*.—Oíd, esclavas de niveos brazos, lo que os voy a decir: no sin la voluntad de los dioses que habitan en el Olimpo, viene ese hombre a los deiformes feacios. Al principio se me ofreció como un fulano despreciable, pero ahora se asemeja a los dioses que poseen el anchuroso cielo. ¡Ojalá a tal varón pudiera llamársele marido, viviendo acá: ojalá le pluguere quedarse con nosotros! Mas, oh esclavas, dadle de comer y de beber al forastero.

247 Así dijo. Ellas la escucharon y obedecieron, llevándole alimentos y bebida. Y el paciente divinal Odiseo bebió y comió ávidamente, pues hacía mucho tiempo que estaba en ayunas.

251 Entonces *Nausícaa*, la de los niveos brazos, ordenó otras cosas: puso en el hermoso carro la ropa bien doblada, unció las mulas de fuertes cascos, montó ella misma y, llamando a Odiseo, exhortóle de semejante modo:

255 *Nausícaa*.—Levántate ya, oh forastero, y partamos para la población: a fin de que te guíe a la casa de mi discreto padre, donde te puedo asegurar que verás a los más ilustres de todos los feacios. Pero procede de esta manera, ya que no me parece falto de juicio: mientras vayamos por el campo, por terrenos cultivados por el hombre, anda ligeramente con las esclavas detrás de las mulas y el carro, y yo te enseñaré el camino por donde se sube a la ciudad, que está cercada por alto y torreado muro y tiene a uno y otro lado un hermoso puerto de boca estrecha adonde son conducidas las corvas embarcaciones, pues hay estancias seguras para todas. Junto a un magnífico templo de Posidón se halla el ágora, labrada con piedras de acarreo, profundamente hundidas: allí guardan los aparejos de las negras naves, los gúmenas y los cables, y aguzan los remos; pues los feacios no se cuidan de arcos ni de aljabas, sino de mástiles y de remos de navíos bien proporcionados con los cuales atraviesan alegres el espumoso mar. Ahora quiero evitar sus amargos dichos; no sea que alguien me censure después —que hay en la población hombres insolentísimos— u otro peor hable así al encontrarnos: “¿Quién es ese forastero tan alto y tan hermoso que sigue a *Nausícaa*? ¿Dónde lo halló? Debe de ser su esposo. Quizá haya recogido a un hombre de lejanas tierras que iría errante por haberse extraviado de su nave, puesto que no los hay en estos contornos; o por ventura es un dios que, accediendo a sus repetidas instancias, descendió del cielo y lo tendrá consigo todos los días. Tanto mejor si ella fue a buscar marido en otra parte y menosprecia el pueblo de los feacios, en el cual la pretenden muchos e ilustres varones.” Así dirán y tendré que sufrir tamaños ultrajes. Y también yo me indignaría contra la que tal hiciera; contra la que, a despecho de su padre y de su madre todavía vivos, se juntara con hombres antes de haber contraído público matrimonio. Oh forastero, entiende bien lo que voy a decir, para que pronto logres de mi padre que te dé compañeros y te haga conducir a tu patria. Hallarás junto al camino un hermoso bosque de álamos, consagrado a Atenea, en el cual mana una fuente y a su alrededor se extiende un prado: allí tiene mi padre un campo y una viña floreciente, tan cerca de la ciudad que puede oírse el grito que en ésta se dé. Siéntate en aquel lugar y aguarda que nosotras, entrando en la población lleguemos al palacio de mi padre. Y cuando juzgues que ya habremos de estar en casa, encamínate también a la ciudad de los feacios y pregunta por la morada de mi padre, del magnánimo Alcínoo; la cual es fácil de conocer y a ella te guiará hasta un niño, pues las demás casas de los feacios son muy diferentes de la del héroe Alcínoo. Después que entres en el palacio y en patio del mismo, atravesarás la sala rápidamente hasta que llegues adonde mi madre, sentada al resplandor del fuego del hogar, de espaldas a una columna, hila lana purpúrea, cosa admirable de ver, y tiene detrás de ella a las esclavas. Allí también, cerca del hogar, se levanta el trono en que mi padre se sienta y bebe vino como un inmortal. Pasa por delante de él y tiende los brazos a las rodillas de mi madre, para que pronto amanezca el alegre día de tu regreso a la patria, por lejos que ésta se halle. Pues si mi madre te fuere benévola, puedes concebir la esperanza de ver a tus amigos y de llegar a tu casa bien labrada y a tu patria tierra.

316 Diciendo así, arreó con el lustroso azote las mulas, que dejaron al punto la corriente del río, pues trotaban muy bien y alargaban el paso en la carrera. *Nausícaa* tenía las riendas, para que pudiesen seguirla a pie las esclavas y Odiseo, y agujaba con gran discreción a las mulas. Poníase el sol cuando llegaron al magnífico bosque consagrado a Atenea. Odiseo se quedó en él y acto seguido suplicó de esta manera a la hija del gran Zeus:

ENTRADA DE ODISEO EN EL PALACIO DE ALCÍNOO

324 *Odiseo*.—¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Atiéndeme ahora, ya que nunca lo hiciste cuando me maltrataba el inclito dios que bate la tierra. Concédeme que, al llegar a los feacios, me reciban éstos como amigo y de mí se apiaden.

328 Así dijo rogando y le oyó Palas Atenea. Pero la diosa no se le apareció aún, porque temía a su tío paterno, quien estuvo vivamente irritado contra el divinal Odiseo, en tanto el héroe no arribó a su patria.

Mientras así rogaba el paciente divinal Odiseo, la doncella era conducida a la ciudad por las vigorosas mulas. Apenas hubo llegado a la inclita morada de su padre, paró en el umbral; sus hermanos, que se asemejaban a los dioses, pusieron a su alrededor, desengancharon las mulas y llevaron los vestidos adentro de la casa; y ella se encaminó a su habitación, donde encendía fuego la anciana Eurimedusa de Apira, su camarera, a quien en otro tiempo habían traído de allá en las corvas naves y elegido para ofrecérsela como regalo a Alcínoo, que reinaba sobre todos los feacios y era escuchado por el pueblo cual si fuese un dios. Ésta fue la que crió a Nausícaa, de niveos brazos, en el palacio; y entonces le encendía fuego y le aparejaba cena.

14 En aquel punto levantábase Odiseo, para ir a la ciudad; y Atenea, que le quería bien, envolvióle en copiosa nube: no fuera que alguno de los magnánimos feacios, saliéndole al camino, le zahiriese con palabras y le preguntase quién era. Mas, al entrar el héroe en la agradable población, se le hizo encontradiza Atenea, la deidad de ojos de lechuza, transfigurada en joven doncella que llevaba un cántaro, y se detuvo delante de él. Y el divinal Odiseo le dirigió esta pregunta:

22 *Odiseo*.—¡Oh hija! ¿No podrías llevarme al palacio de Alcínoo, que reina sobre estos hombres? Soy un forastero que, después de padecer mucho, he llegado acá, viniendo de lejos, de una tierra apartada; y no conozco a ninguno de los hombres que habitan esta ciudad y estos campos.

27 Respondióle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

28 *Atenea*.—Yo te mostraré, oh forastero venerable, el palacio de que hablas, pues está cerca de la mansión de mi eximio padre. Anda sin desplegar los labios, y te guiaré en el camino; pero no mires a los hombres ni les hagas preguntas, que ni son muy sufridos con los forasteros ni acogen amistosamente al que viene de otro país. Aquéllos, fiando en sus rápidos bajeles, atraviesan el gran abismo del mar por concesión de Posidón, que sacude la tierra; y sus embarcaciones son tan ligeras como las alas o el pensamiento.

37 Cuando así hubo dicho, Palas Atenea caminó a buen paso y Odiseo fue siguiendo las pisadas de la diosa. Y los feacios ínclitos navegantes, no cayeron en la cuenta de que anduviese por la ciudad y entre ellos porque no lo permitió Atenea, la terrible deidad de hermosas trenzas, la cual, usando de benevolencia, cubrióle con una niebla divina. Atónito contemplaba Odiseo los puertos, las naves bien proporcionadas, las ágoras de aquellos héroes y los muros grandes, altos, provistos de empalizadas, que era cosa admirable de ver. Pero, no bien llegaron al magnífico palacio del rey, Atenea, la deidad de ojos de lechuza, comenzó a hablarle de esta guisa:

48 *Atenea*.—Este es, padre huésped, el palacio que me pediste te mostrara: hallaras en él a los reyes, alumnos de Zeus, celebrando un banquete; pero vete adentro y no se turbe tu ánimo, que el hombre, si es audaz, es más afortunado en lo que emprende, aunque haya venido de otra tierra. Entrando en la sala, hallarás primero a la reina, cuyo nombre es Arete, procede de los mismos ascendientes que engendraron al rey Alcínoo. En un principio, engendraron a Nausitoo el dios

Posidón, que sacude la tierra, y Peribea, la más hermosa de las mujeres, hija menor del magnánimo Eurimedonte, el cual había reinado en otro tiempo sobre los orgullosos Gigantes. Pero éste perdió a su pueblo malvado y pereció él mismo; y Posidón tuvo en aquella un hijo, el magnánimo Nausíto, que luego imperó sobre los feacios. Nausíto engendró a Rexénor y a Alcínoo; mas, estando el primero recién casado y sin hijos varones, fue muerto por Apolo, el del arco de plata, y dejó en el palacio una sola hija, Arete, a quien Alcínoo tomó por consorte y se ve honrada por él como ninguna de las mujeres de la tierra que gobiernan una casa y viven sometidas a sus esposos. Así, tan cordialmente, ha sido y es honrada de sus hijos, del mismo Alcínoo y de los ciudadanos, que la contemplan como a una diosa y la saludan con cariñosas palabras cuando anda por la ciudad. No carece de buen entendimiento y dirime los litigios de aquellos, para los cuales siente benevolencia, aunque sean hombres. Si ella te fuere benévola, ten esperanza de ver a tus amigos y de llegar a tu casa de elevado techo y a tu patria tierra.

78 Cuando Atenea, la de ojos de lechuza hubo dicho esto, se fue por cima del mar; y, saliendo de la encantadora Esqueria, llegó a Maratón y a Atenas, la de anchas calles, y entróse en la tan sólidamente construida morada de Erecteo. Ya Odiseo enderezaba sus pasos a la ínclita casa de Alcínoo y, antes de llegar frente al bronceo umbral, meditó en su ánimo muchas cosas; pues la mansión excelsa del magnánimo Alcínoo resplandecía con el brillo del sol o de la luna. A derecha e izquierda corrían sendos muros de bronce desde el umbral al fondo; en lo alto de ellos extendíase una cornisa de lapislázuli; puertas de oro cerraban por dentro la casa sólidamente construida; las dos jambas eran de plata y arrancaban del bronceo umbral; apoyábase en ellas argénteo dintel y el anillo de la puerta era de oro. Estaban a entrambos lados unos perros de plata y oro, inmortales y exentos para siempre de la vejez, que Hefesto había fabricado con sabia inteligencia para que guardaran la casa del magnánimo Alcínoo. Había sillones arrimados a la una y a la otra de las paredes, cuya serie llegaba sin interrupción desde el umbral a lo más hondo, y cubrían los delicados tapices hábilmente tejidos, obra de las mujeres. Sentábanse allí los príncipes feacios a beber y a comer, pues de continuo celebraban banquetes. Sobre pedestales muy bien hechos hallábanse de pie unos niños de oro, los cuales alumbraban de noche, con hachas encendidas en las manos, a los convidados que hubiera en la casa. Cincuenta esclavas tiene Alcínoo en su palacio; unas quebraban con la muela el rubio trigo; otras tejen telas y, sentadas, hacen voltear los husos, moviendo las manos cual si fuesen hojas de excelso plátano, y las bien labradas telas relucen como si destilaran aceite líquido. Cuanto los feacios son expertos sobre todos los hombres en conducir una velera nave por el ponto, así sobresalen grandemente las mujeres en fabricar lienzos, pues Atenea les ha concedido que sepan hacer bellísimas labores y posean excelente ingenio. En el exterior del patio, cabe a las puertas, hay un gran jardín de cuatro jugadas, y alrededor del mismo se extiende un seto por entrambos lados. Allí han crecido grandes y florecientes árboles: perales, granados, manzanos de espléndidas pomas, dulces higueras y verdes olivos. Los frutos de estos árboles no se pierden ni faltan, ni en invierno ni en verano: son perennes; y el Céfiro, soplando constantemente, a un mismo tiempo produce unos y madura otros. La pera envejece sobre la pera, la manzana sobre la manzana, la uva sobre la uva y el higo sobre el higo. Allí han plantado una viña muy fructífera y parte de sus uvas se secan al sol en un lugar abrigado y llano, a otras las vendimian, a otras las pisan, y están delante las verdes, que dejan caer la flor, y las que empiezan a negrear. Allí en el fondo del huerto,

crecían liños de legumbres de toda clase, siempre lozanas. Hay en él dos fuentes: una corre por todo el huerto; la otra va hacia la excelsa morada y sale debajo del umbral, adonde acuden por agua los ciudadanos. Tales eran los espléndidos presentes de los dioses en el palacio de Alcínoo.

133 Detuvo el paciente divinal Odiseo a contemplar todo aquello; y, después de admirarlo, pasó rápidamente el umbral, entró en la casa y halló a los caudillos y príncipes de los feacios ofreciendo con las copas libaciones al vigilante Argifontes, que era el último a quien las hacían cuando ya determinaban acostarse; mas el paciente divinal Odiseo anduvo por el palacio, envuelto en la espesa nube con que lo cubrió Atenea, hasta llegar adonde estaban Arete y el rey Alcínoo. Entonces tendió Odiseo sus brazos a las rodillas de Arete, disipóse la divinal niebla, enmudecieron todos los de la casa al reparar en aquel hombre a quien contemplaban admirados, y Odiseo comenzó su ruego de esta manera:

146 *Odiseo.*—¡Arete, hija de Rexénor, que parecía un dios! Después de sufrir mucho, vengo a tu esposo, a tus rodillas y a estos convidados, a quienes permitan los dioses vivir felizmente y entregar su herencia a los hijos que dejen en sus palacios, así como también los honores que el pueblo les haya conferido. Mas aprestadme hombres que me conduzcan, para que muy pronto vuelva a la patria; pues hace mucho tiempo que ando lejos de los amigos, padeciendo infortunios.

153 Dicho esto, sentóse junto a la lumbre del hogar, en la ceniza; y todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero, al fin, el anciano héroe Equeneo, que era el de más edad entre los varones feacios y descollaba por su elocuencia, sabiendo muchas y muy antiguas cosas, les arengó benévolamente y les dijo:

159 *Equeneo.*—¡Alcínoo! No es bueno ni decoroso para ti que el huésped esté sentado en tierra, sobre la ceniza del hogar; y estos se hallan cohibidos, esperando que hables. Ea, pues, levántale, hazle sentar en una silla de clavazón de plata, y manda a los heraldos que mezclen vino para ofrecer libaciones a Zeus, que se huelga con el rayo, dios que acompaña a los venerados suplicantes. Y tráigale de cenar la despensera, de aquellas viandas que allá dentro se guardan.

167 Cuando esto oyó la sacra potestad de Alcínoo, asiendo por la mano al prudente y sagaz Odiseo, alzóle de junto al fuego e hizo lo sentar en una silla espléndida, mandando que se le cediese un hijo suyo, el valeroso Laodomante, que se sentaba a su lado y érale muy querido. Una esclava dióle aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata y puso delante de Odiseo una pulimentada mesa. La veneranda despensera trájole pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándole con los que tenía guardados. El paciente divinal Odiseo comenzó a beber y a comer; y entonces el poderoso Alcínoo dijo al heraldo:

179 *Alcínoo.*—¡Pontónoo! Mezcla vino en la cratera y distribúyelo a cuantos se encuentren en el palacio, a fin de que hagamos libaciones a Zeus, que se huelga con el rayo, dios que acompaña a los venerandos suplicantes.

182 Así se expresó. Pontónoo mezcló el dulce vino y lo distribuyó a todos los presentes, después de haber ofrecido en copas las primicias. Y cuando hubieron hecho la libación y bebido cuanto plugo a su ánimo, Alcínoo les arengó diciéndoles de esta suerte:

186 *Alcínoo.*—¡Oíd, caudillos y príncipes de los feacios, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ahora, que habéis cenado, idos a acostar en vuestras casas, mañana, así que rompa el día, llamaremos a un número mayor de ancianos, trataremos al forastero como a huésped en el palacio, ofreceremos a las deidades

hermosos sacrificios, y hablaremos de su acompañamiento para que pueda, sin fatigas ni molestias y acompañándole nosotros, llegar rápida y alegremente a su patria tierra, aunque esté muy lejos, y no haya de padecer mal ni daño alguno antes de tornar a su país; que, ya en su casa, padecerá lo que el hado y las graves Hilanderas dispusieron al hilar el hilo cuando su madre lo dio a luz. Y si fuere uno de los inmortales, que ha bajado del cielo, algo nos preparan los dioses; pues hasta aquí siempre se nos han aparecido claramente cuando les ofrecemos magníficas hecatombes, y comen, sentados con nosotros, donde comemos los demás. Y si algún solitario caminante se encuentra con ellos, no se le ocultan; porque estamos tan cercanos a los mismos por nuestro linaje como los Ciclopes y la salvaje raza de los Gigantes.

208 Respondióle el ingenioso Odiseo.

209 *Odiseo.*—¡Alcinoo! Piensa otra cosa, pues no soy semejante ni en cuerpo ni en natural a los inmortales que poseen el anchuroso cielo, sino a los mortales hombres: puedo equipararme por mis penas a los varones de quienes sepáis que han soportado más desgracias, y contaría males aun mayores que los suyos si os dijese cuántos he padecido por la voluntad de los dioses. Mas dejadme cenar, aunque me siento angustiado; que no hay cosa tan importuna como el vientre, que nos obliga a pensar en él aun hallándonos muy afligidos o con el ánimo lleno de pesares como me veo yo ahora, nos incita siempre a comer y a beber, y en la actualidad me hace echar en olvido los trabajos que he padecido, mandándome que lo sacie. Y vosotros daos prisa, así que se muestre la aurora, y haced que yo, oh desgraciado, vuelva a mi patria, no obstante lo mucho que he padecido. No se me acabe la vida sin ver nuevamente mis posesiones, mis esclavos y mi gran casa de elevado techo.

226 Así dijo. Todos aprobaron sus palabras y aconsejaron que al huésped se le llevase a la patria, ya que era razonable cuanto decía. Hechas las libaciones y habiendo bebido todos cuanto les plugo, fueron a recogerse en sus respectivas moradas; pero el divinal Odiseo se quedó en el palacio y a par de él sentáronse Arete y el deiforme Alcinoo, mientras las esclavas retiraban lo que había servido para el banquete. Arete, la de los niveos brazos, fue la primera en hablar, pues contemplando los hermosos vestidos de Odiseo, reconoció el manto y la túnica, que había labrado con sus siervas. Y en seguida habló al héroe con estas aladas palabras:

237 *Arete.*—¡Huésped! Primeramente quiero preguntarte yo misma: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Quién te dio esos vestidos? ¿No dices que llegaste vagando por el ponto?

240 Respondióle el ingenioso Odiseo:

241 *Odiseo.*—Difícil sería, oh reina, contar menudamente mis infortunios, pues me los enviaron en gran abundancia los dioses celestiales; mas te hablaré de aquello de lo que me preguntas e interrogas. Hay en el mar una isla lejana, Ogia, donde mora la hija de Atlante, la dolosa Calipso, de lindas trenzas, deidad poderosa que no se comunica con ninguno de los dioses ni de los mortales hombres; pero a mí, oh desdichado, me llevó a su hogar algún numen después que Zeus hendió con el ardiente rayo mi veloz nave en medio del vinoso ponto. Perecieron mis esforzados compañeros, mas yo me abracé a la quilla del corvo bajel, anduve errante nueve días y en la décima y oscura noche lleváronme los dioses a la isla Ogia, donde mora Calipso, de lindas trenzas, terrible diosa; ésta me recogió, me trató solícita y amorosamente, me mantuvo y díjome a menudo que me haría inmortal y exento de la senectud para siempre, sin que jamás lograra llevar la persuasión a mi ánimo. Allí estuve detenido siete años, y rogué incesantemente con

lágrimas las divinales vestiduras que me dio Calipso. Pero cuando vino el año octavo, me exhortó y me invitó a partir; sea a causa de algún mensaje de Zeus, sea porque su mismo mensaje de Zeus, sea porque su mismo pensamiento hubiese variado. Envióme en una balsa hecha con buen número de ataduras, me dio abundante pan y dulce vino, me puso vestidos divinales y me mandó favorable y plácido viento. Diecisiete días navegué, atravesando el ponto; el décimo octavo pude divisar los umbrosos montes de vuestra tierra y a mí, oh infeliz se me alegró el corazón. Mas aún había de encontrarme con grandes trabajos que me suscitara Posidón, que sacude contra la tierra: el dios levantó vientos contrarios, impidiéndome el camino, y conmovió el mar inmenso; de suerte que las olas no me permitían a mí, que daba profundos suspiros, ir en la balsa y ésta fue desbaratada muy pronto por la tempestad. Entonces nadé, atrevesando el abismo, hasta que me el viento y el agua me acercaron a vuestro país. Al salir del mar, la ola me hubiese estrellado contra la tierra firme, arrojándome a unos peñascos y a un lugar funesto; pero retrocedí nadando y llegué a un río, paraje que me pareció muy oportuno por carecer de rocas y formar como un reparo contra los vientos. Me dejé caer sobre la tierra, cobrando aliento; pero sobrevino la divina noche y me alejé del río, que las celestiales lluvias alimentan, me eché a dormir entre unos arbustos, después de haber amontonado serojas a mi alrededor, e infudióme un dios profundísimo sueño. Allí, entre las hojas y con el corazón triste, dormí toda la noche, toda la mañana y el mediodía; y al ponerse el sol dejéme el dulce sueño. Vi entonces a las siervas de tu hija jugando en la playa junto con ella, que parecía una diosa. La imploré y no le faltó buen juicio, como no era de esperar que demostrase que en sus actos una persona joven que se hallara en tal trance, porque los mozos siempre se portan inconsiderablemente. Diome abundante pan y vino tinto, mandó que me lavaran en el río y me entregó estas vestiduras. Tal es lo que, aunque angustiado, deseaba contarte, conforme a la verdad de lo ocurrido.

298 Respondióle Alcinoo diciendo:

299 *Alcinoo.*—¡Huésped! En verdad que mi hija no tomó el acuerdo más conveniente; ya que no te trajo a nuestro palacio, con las esclavas, habiendo sido la primera persona a quien suplicaste.

302 Contestóle el ingenioso Odiseo:

303 *Odiseo.*—¡Oh héroe! No por eso reprendas a tan eximia doncella, que ya me invitó a seguirla con las esclavas; mas yo no quise por temor y respeto: no fuera que mi vista te irritara, pues somos muy suspicaces los hombres que vivimos en la tierra.

308 Respondióle Alcinoo diciendo:

309 *Alcinoo.*—¡Huésped! No encierra mi pecho corazón de tal índole que se irrite sin motivo, y lo mejor es siempre lo más justo. Ojalá, ¡por el padre Zeus, Atenea y Apolo!, que siendo cual eres y pensando como yo pienso, tomases a mi hija por mujer y fueras llamado yerno mío, permaneciendo con nosotros. Dírate casa y riquezas, si de buen grado te quedaras; que contra tu voluntad ningún feacio te ha de detener, pues eso disgustaría al padre Zeus. Y desde ahora decidido, para que lo sepas bien, que tu viaje se haga mañana: en durmiéndote, vencido del sueño, los compañeros remarán por el mar en calma hasta que llegues a tu patria y a tu casa, o adonde te fuere grato, aunque esté mucho más lejos que Eubea; la cual dicen que se halla muy distante los ciudadanos que la vieron cuando llevaron al rubio Radamantis a visitar a Titio, hijo de la Tierra: fueron allá y en un solo día y sin cansarse terminaron el viaje y se restituyeron a sus casas. Tú mismo apreciarás cuán

excelentes son mis naves y cuán hábiles los jóvenes en batir el mar con los remos.

329 Así dijo. Alegróse el paciente divinal Odiseo y, orando, habló de esta manera:

331 *Odiseo.*—¡Padre Zeus! Ojalá que Alcínoo lleve a cumplimiento cuanto ha dicho; que su gloria jamás se extinga sobre la fértil tierra y que logre yo volver a mi patria.

334 Así éstos conversaban. Arete, la de los niveos brazos, mandó a las esclavas que pusieron un lecho debajo del pórtico, lo proveyesen de hermosas colchas de púrpura, extendiesen por encima tapetes, y dejasen afelpadas túnicas para abrigarse. Las doncellas salieron del palacio llevando en sus manos hachas encendidas, y en acabando de hacer diligentemente y le llamaron con estas palabras:

342 *Las doncellas.*—Levántate, huésped, y vete a acostar, que ya está hecha tu cama. Así dijeron, y le pareció grato dormir. De este modo el paciente divinal Odiseo durmió allí, en torneado lecho, debajo del sonoro pórtico. Y Alcínoo se acostó en el interior de la excelsa mansión y a su lado la reina, después de aparejarle lecho y cama.

RAPSODIA VIII

PRESENTACIÓN DE ODISEO A LOS FEACIOS

No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, levantáronse de la cama la sacra potestad de Alcínoo y Odiseo, del linaje de Zeus, asolador de ciudades. La sacra potestad de Alcínoo se puso al frente de los demás, y juntos se encaminaron al ágora que los feacios habían construido cerca de las naves. Tan luego como llegaron, sentáronse en unas piedras pulidas, los unos al lado de los otros; mientras Palas Atenea, transfigurada en heraldo del prudente Alcínoo, recorría la ciudad y pensaba en la vuelta del magnánimo Odiseo a su patria. Y la diosa, allegándose a cada varón, decía estas palabras:

11 *Atenea.*—Ea, caudillos y príncipes de los feacios! Id al ágora para que oigáis hablar del forastero que no ha mucho llegó a la casa del prudente Alcínoo, después de andar errante por el ponto, y es un varón que se asemeja por su cuerpo a los inmortales.

15 Diciendo así, moviales el corazón y el ánimo. El ágora y los asientos llenáronse bien presto de varones que se iban juntando, y eran en gran número los que contemplaban con admiración al prudente hijo de Laertes, pues Atenea esparció mil gracias por la cabeza y los hombros de Odiseo e hizo que pareciese más alto y más grueso para que a todos los feacios les fuera grato, temible y venerable, y llevara a término los muchos juegos con que éstos habían de probarlo. Y no bien acudieron los ciudadanos, una vez reunidos todos, Alcínoo les arengó de esta manera:

26 *Alcínoo.*—¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Este forastero, que no sé quién es, llegó errante a mi palacio —ya venga de los hombres de Oriente, ya de los de Occidente— y nos suplica con mucha insistencia que tomemos la firme resolución de acompañarlo a su patria. Apresurémonos, pues, a conducirlo, como anteriormente lo hicimos con tantos otros; ya que ninguno de los que vinieron a mi casa hubo de estar largo tiempo suspirando por la vuelta. Ea, pues, echemos al mar divino una negra nave sin estrenar y escójanse de entre el pueblo los cincuenta y dos mancebos que hasta aquí hayan sido los más excelentes. Y, atando bien los remos a los bancos, salgan de la embarcación y aparejen en seguida un convite en mi palacio; que a todos lo he de dar muy abundante. Esto mando a los jóvenes; pero vosotros; reyes portadores de cetro, venid a mi hermosa mansión para que festejemos en la sala a nuestro huésped. Nadie se me niegue. Y llamad a Demódoco, el divino aedo a quien los números otorgaron gran maestría en el canto para deleitar a los hombres, siempre que al cantar le incita su ánimo.

46 Cuando así hubo hablado, comenzó a caminar: siguiéronle los reyes, portadores de cetro, y el heraldo fue a llamar al divinal aedo. Los cincuenta y dos jóvenes elegidos, cumpliendo la orden del rey, enderezaron a la ribera del estéril mar; y, en llegando a do estaba la negra embarcación, echáronla al mar profundo, pusieron el mástil y el velamen, y ataron los remos con correas, haciéndolo todo de conveniente manera. Extendieron después las blancas velas, anclaron la nave donde el agua era profunda, y acto continuo se fueron a la gran casa del prudente Alcínoo. Llenáronse los pórticos, el recinto de los patios y las salas con los hombres que allí

se congregaron; pues eran muchos, entre jóvenes y ancianos. Para ellos inmoló Alcínoo doce ovejas, ocho puercos de albos dientes y dos flexípedes bueyes: todos fueron desollados y preparados, y aparejóse una agradable comida.

62 Presentóse el heraldo con el amable aedo a quien la Musa quería extremadamente y le había dado un bien y un mal: privóle de la vista, pero le concedió el dulce canto. Pontónoo le puso en medio de los convidados una silla de clavazón de plata, arrimándola a excelsa columna; y el heraldo le colgó de un clavo la melodiosa cítara más arriba de la cabeza, enseñóle a tomarla con las manos y le acercó un canastillo, una linda mesa y una copa de vino para que bebiese siempre que su ánimo se lo aconsejara. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y apenas saciado el deseo de comer y de beber, la Musa excitó al aedo a que celebrase la gloria de los guerreros con un cantar cuya fama llegaba entonces al anchuroso cielo: la disputa de Odiseo y del Pelida Aquileo, quienes en el suntuoso banquete en honor de los dioses contendieron con horribles palabras, mientras el rey de los hombres Agamenón se regocijaba en ánimo al ver que reñían los mejores de los aqueos; pues Febo Apolo se lo había pronosticado en la divina Pito, cuando el héroe pasó el umbral de piedra y fue a consultarle, diciéndole que desde aquel punto comenzaría a desarrollarse la calamidad entre teucros y dánaos por la decisión del gran Zeus.

83 Tal era lo que cantaba el ínclito aedo. Odiseo tomó con sus robustas manos el gran manto de color de púrpura y se lo echó por encima de la cabeza, cubriendo su faz hermosa, pues dábale vergüenza que brotaran lágrimas de sus ojos delante de los feacios; y así que el divinal aedo dejó de cantar, enjugóse las lágrimas, se quitó el manto de la cabeza y, asiendo una copa doble, hizo libaciones a las deidades. Pero, cuando aquél volvió a comenzar —habiéndole pedido los más nobles feacios que cantase, porque se deleitaban con sus relatos—, Odiseo se cubrió nuevamente la cabeza y tornó a llorar. A todos les pasó inadvertido que derramara lágrimas menos a Alcínoo; el cual, sentado junto a él, lo reparó y notó, oyendo asimismo que suspiraba profundamente. Y entonces dijo el rey a los feacios, amantes de manejar los remos:

97 *Alcino*.—¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios! Como ya hemos gozado del común banquete y de la cítara, que es la compañera del festín espléndido, salgamos a probar toda clase de juegos; para que el huésped participe a sus amigos, después que se haya restituido a la patria, cuánto superamos a los demás hombres en el pugilato, lucha, salto y carrera.

104 Cuando así hubo hablado, comenzó a caminar, y los demás lo siguieron. El heraldo colgó del clavo la melodiosa cítara y, asiendo de la mano a Demódoco, lo sacó de la casa y lo fue guiando por el mismo camino por donde iban los nobles feacios a admirar los juegos. Encamináronse todos al ágora, seguidos de una turba numerosa; inmensa; y allí se pusieron en pie muchos y vigorosos jóvenes. Levantáronse Acróneo, Ocíalo, Elatreo, Nauteo, Primneo, Anquíalo, Eretmeo, Ponteo, Proro, Toón, Anabesíneo y Anfíalo, hijo de Políneo Tectónida; levantóse también Euríalo, igual a Ares, funesto a los mortales, y Naubólides, el más excelente en cuerpo y hermosura de todos los feacios después del intachable Laodamante; y alzaronse, por fin, los tres hijos del egregio Alcínoo: Laodamante, Halio y Clitoneo, parecido a un dios. Empezaron a competir en la carrera. Partieron simultáneamente en la raya, y volaban ligeros y levantando polvo por la llanura. Entre ellos descollaba mucho en el correr el exímio Clitoneo, y cuan largo es el surco que abren dos mulas en campo noval, tanto se adelantó a los demás, que

le seguían rezagados. Salieron a desafío otros en la fatigosa lucha, y Euríalo venció a cuantos en ella sobresalían. En el salto fue Anfíalo superior a los demás; en arrojar el disco señalóse Elatreo sobre todos y en el pugilato, Laodamante, el buen hijo de Alcínoo. Y cuando todos hubieron recreado su ánimo con los juegos. Laodamante, hijo de Alcínoo, hablóles de esta suerte:

133 *Laodamante*.—Venid, amigos, y preguntemos al huésped si conoce o ha aprendido algún juego. Que no tiene mala presencia, a juzgar por su naturaleza, por sus muslos, piernas y brazos, por su robusta cerviz y por su gran vigor; ni le ha desamparado todavía la juventud; aunque está quebrantado por muchos males, pues no creo que haya cosa alguna que pueda compararse con el mar para abatir a un hombre por fuerte que sea.

140 Euríalo le contestó en seguida:

141 *Euríalo*.—¡Laodamante! Muy oportunas son tus razones. Ve tú mismo y provócale repitiéndoselas.

143 Apenas lo oyó, adelantóse el buen hijo de Alcínoo, púsose en medio de todos y dijo a Odiseo:

145 *Laodamante*.—Ea, padre huésped, ven tú también a probar la mano en los juegos, si aprendiste alguno; y debes de conocerlos, que no hay gloria más ilustre para el varón en nuestra vida, que la de campar por las obras de sus pies o de sus manos. Ea, pues, ven a ejercitarte y echa del alma las penas, pues tu viaje no se diferirá mucho: ya la nave ha sido botada y los que te han de acompañar están prestos.

152 Respondióle el ingenioso Odiseo:

153 *Odiseo*.—¡Laodamante! ¿Por qué me ordenáis tales cosas para hacerme burla? Más que en los juegos ocúpase mi alma en sus penas, que son muchísimas las que he padecido y arrostrado. Y ahora, anhelando volver a la patria, me siento en vuestra ágora, para suplicar al rey a todo el pueblo.

158 Mas Euríalo le contestó, echándole en cara este baldón:

159 *Euríalo*.—¡Huésped! No creo, en verdad, que seas varón instruido en los muchos juegos que se usan entre los hombres; antes pareces capitán de marineros traficantes, sepultado asiduamente en la nave de muchos bancos para cuidar de la carga y vigilar las mercancías y el lucro debido a las rapiñas. No, no tienes traza de atleta.

165 Mirándole con torva faz, le repuso el ingenioso Odiseo:

166 *Odiseo*.—¡Huésped! Mal hablaste y me pareces un insensato. Los dioses no han repartido de igual modo a todos los hombres sus amables presentes: hermosura, ingenio y elocuencia. Hombre hay que, inferior por su aspecto, recibe de una deidad el adorno de la facundia y ya todos se complacen en mirarlo, cuando los arenga con firme voz suave modestia, y le contemplan como a un numen si por la ciudad anda; mientras que, por el contrario, otro se parece a los inmortales por su exterior y no tiene donaire alguno en sus dichos. Así tu aspecto es distinguido y un dios no te habría configurado de otra suerte; mas tu inteligencia es ruda. Me has movido el ánimo en el pecho con decirme cosas inconvenientes. No soy ignorante en los juegos, como tú afirmas, antes pienso que me podían contar entre los primeros mientras tuve confianza en mi juventud y en mis manos. Ahora me hallo agobiado por la desgracia y las fatigas, pues he tenido que sufrir mucho, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles olas. Pero aun así, siquiera haya padecido gran copia de males, probaré la mano en los juegos: tus palabras fueron mordaces y me incitaste al proferirlas.

males, probaré la mano en los juegos: tus palabras fueron mordaces y me incitaste al proferirlas.

186 Dijo; y, levantándose impetuosamente sin dejar el manto, tomó un disco mayor, más grueso y mucho más pesado que el que solían tirar los feacios. Hízole dar algunas vueltas, despidiólo del robusto brazo, y la piedra partió silbando y con tal ímpetu que los feacios, ilustres navegantes que usan largos remos se inclinaron al suelo. El disco, corriendo veloz desde que lo soltó la mano, pasó las señales de todos los tiros. Y Atenea, transfigurada en varón, puso la conveniente señal y así les dijo:

195 *Atenea*.—Hasta un ciego, oh huésped, distinguiría a tientas la señal de tu golpe, porque no está mezclada con la multitud de las otras, sino mucho más allá. En ese juego puedes estar tranquilo que ninguno de los feacios llegará a tu golpe y mucho menos logrará pasarlo.

199 Así habló. Regocijóse el paciente divinal Odiseo, holgándose de haber dado, dentro del circo, con un compañero benévolo. Y entonces dijo a los feacios, con voz ya más suave.

202 *Odiseo*.—Llegad a esta señal, oh jóvenes y espero que pronto enviaré otro disco o tan lejos o más aún. Y en los restantes juegos, aquél a quien le impulse el corazón y el ánimo a probarse conmigo, venga acá —ya que me habéis encolerizado fuertemente—, pues en el pugilato, la lucha o la carrera, a nadie rehúso de entre todos los feacios una excepción del mismo Laodamante, que es mi huésped: ¿quién lucharía con el que le acoge amistosamente? Insensato y miserable es el que provoca en los juegos al que le ha recibido como huésped en tierra extraña, pues con ello a sí mismo se perjudica. De los demás a ninguno rechazo ni desprecio; sino que a mi ánimo es conocerlos y probarme con todos frente a frente; pues no soy completamente inepto para cuantos juegos se hallan en uso entre los hombres. Sé manejar bien el pulido arco, y sería quien primero hiriese a un hombre, si lo disparara contra una turba de enemigos, aunque gran número de compañeros estuviesen a mi lado, tirándoles flechas. El único que logra ba vencerme, cuando los aqueos nos servíamos del arco allá en el pueblo de los troyanos, era Filoctetes; mas yo os aseguro que les llevo gran ventaja a todos los demás, a cuantos mortales viven actualmente y comen pan en el mundo, pues no me atreviera a competir con los antiguos varones —ni con Heracles, ni con Eurito ecaliense— que hasta con los inmortales contendían con el arco. Por ello murió el gran Eurito en edad temprana y no pudo llegar a viejo en su palacio: lo mató Apolo, irritado de que le desafiase a tirar con el arco. Tan sólo en el correr temeraria que alguno de los feacios me superará, pues me quebrantaron de deplorable manera muchísimas olas, no siempre tuve provisiones en la nave, y mis miembros están desfallecidos.

234 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y solamente Alcínoo le contestó diciendo:

236 *Alcínoo*.—¡Huésped! No nos desplazieron tus palabras, ya que con ellas te propusiste mostrar el valor que tienes, enojado de que ese hombre te increpase dentro del circo, siendo así que ningún mortal que pensara razonablemente pondría tacha a tu bravura. Mas ahora, presta atención a mis palabras, para que, cuando estés en tu casa y comiendo con tu esposa y tus hijos te acuerdes de nuestra destreza, puedas referir a algún otro héroe que obras nos asignó Zeus desde nuestros antepasados. No somos irreprochables púgiles ni luchadores, sino muy ligeros en el correr y excelentes en gobernar las naves; y siempre nos placen los convites, la cítara, los bailes, las vestiduras limpias, los baños calientes y la cama. Pero, ea, danzadores

feacios, salid los más hábiles a bailar; para que el huésped diga a sus amigos, al volver a su morada, cuánto sobrepujamos a los demás hombres en la navegación, la carrera, el baile y el canto. Y vaya alguno en busca de la cítara, que quedó en nuestro palacio, y tráigala presto a Demódoco.

256 Así dijo el deiforme Alcínoo. Levantóse el heraldo y fue a traer del palacio del rey la hueca cítara. Alzaronse también nueve jueces, que habían sido elegidos entre los ciudadanos y cuidaban de todo lo relativo a los juegos; y al instante allanaron el piso y formaron un ancho y hermoso corro. Volvió el heraldo y trajo la melodiosa cítara a Demódoco; éste se puso en medio, y los adolescentes hábiles en la danza, habiéndose colocado a su alrededor, hirieron con los pies el divinal circo. Y Odiseo contemplaba con gran admiración los rápidos y deslumbradores movimientos que con los pies hacían.

266 Mas el aedo, pulsando la cítara empezó a cantar hermosamente los amores de Ares y Afrodita, la de bella corona, cómo se unieron a hurto y por vez primera en casa de Hefesto, y cómo aquél hizo muchos regalos e inflamó el lecho marital del soberano dios. El Sol, que vio el amoroso acceso, fue en seguida a contárselo a Hefesto; y éste, al oír la punzante nueva se encaminó a su fragua, agitando en lo íntimo de su alma ardides siniestros, puso encima del tajo el enorme yunque, y fabricó unos hilos inquebrantables para que permanecieran firmes donde los dejara. Después que, poseído de cólera contra Ares, construyó esta trampa, fué a la habitación en que tenía el lecho y extendió los hilos en círculo y por todas partes alrededor de los pies de la cama y colgando de las vigas; como tenues hilos de araña que nadie hubiese podido ver, aunque fuera alguno de los bienaventurados dioses, por haberos labrado aquél con gran artificio. Y no bien acabó de sujetar la trampa en torno de la cama, fingió que se encaminaba a Lemnos, ciudad bien construida, que es para él la más agradable de todas las tierras. No en balde estaba al acecho Ares, que usa áureas riendas; y cuando vio que Hefesto, el ilustre artífice, se alejaba, fuere al palacio de este inclito dios, ávido del amor de Citera, la de hermosa corona. Afrodita, recién venida de junto a su padre, el prepotente Cronión, se hallaba sentada; y Ares, entrando en la casa, tomóla de la mano y así le dijo: “Ven al lecho, amada mía, y acostémonos; que ya Hefesto no está entre nosotros, pues partió sin duda hacia Lemnos y los sinties de bárbaro lenguaje.” Así se expresó; y a ella parecióle grato acostarse. Metieronse ambos en la cama, y se extendieron a su alrededor los lazos artificiosos del prudente Hefesto, de tal suerte que aquéllos no podían mover ni levantar ninguno de sus miembros; y entonces comprendieron que no había medio de escapar. No tardó en presentárseles el inclito Cojo de ambos pies, que se volvió antes de llegar a la tierra de Lemnos, porque el Sol estaba en acecho y fue a avisarle. Encaminóse a su casa con el corazón triste, detúvose en el umbral y, poseído de feroz cólera, gritó de un modo tan horrible que le oyeron todos los dioses: “¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Venid a presenciar estas cosas ridículas e intolerables: Afrodita hija de Zeus, me infama de continuo, a mí, que soy cojo, queriendo al pernicioso Ares porque es gallardo y tiene los pies sanos, mientras que yo nací débil; mas de ello nadie tiene la culpa sino mis padres, que no debieron haberme engendrado. Veréis cómo se han acostado en mi lecho y duermen, amorosamente unidos, y yo me angustio al contemplarlo. Mas no espero que les dure el yacer de este modo, ni siquiera breves instantes, aunque mucho me amen: pronto querrán entrambos no dormir, pero los engañosos lazos los sujetarán hasta que el padre me restituya íntegra la dote que le entregué por su hija desvergonzada. Que ésta es hermosa,

pero no sabe contenerse." Así dijo; y los dioses se juntaron en la morada de pavimento de bronce. Compareció Posidón, que ciñe la tierra; presentóse también el benéfico Hermes; llegó asimismo el soberano Apolo, que hierde de lejos. Las diosas quedáronse, por pudor, cada una en su casa. Detuviéronse los dioses, dadores de los bienes, en el umbral; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados númenes al ver el artificio del ingenioso Hefesto. Y uno de ellos dijo al que tenía más cerca: "No prosperan las malas acciones y el más tardo alcanza al más ágil; como ahora Hefesto, que es cojo y lento, aprisionó con su artificio a Ares, el más veloz de los dioses que poseen el Olimpo; quien tendrá que pagarle la multa del adulterio." Así éstos conversaban. Mas el soberano Apolo, hijo de Zeus, habló a Hermes de esta manera: "¡Hermes, hijo de Zeus, mensajero, dador de bienes! ¡Querías, preso en fuertes vínculos, dormir en la cama con la áurea Afrodita?" Respondióle el mensajero Argifontes: "¡Ojalá sucediera lo que has dicho, oh soberano Apolo, que hieres de lejos! ¡Envolvieranme triple número de inextricables vínculos, y vosotros los dioses y aun las diosas todas me estuvierais mirando, con tal que yo durmiese con la áurea Afrodita!" Así se expresó; y alzóse nueva risa entre los inmortales dioses. Pero Posidón no se reía, sino que suplicaba continuamente a Hefesto, el ilustre artífice, que pusiera en libertad a Ares. Y, hablándole, estas aladas palabras le decía: "Desátale, que yo te prometo que pagará, como lo mandas, cuanto sea justo entre los inmortales dioses." Replicóle entonces el inclito Cojo de ambos pies: "No me ordenes semejante cosa, oh Posidón que ciñes la tierra, pues son malas las cauciones que por los malos se prestan. ¿Cómo te podría apremiar yo ante los inmortales dioses, si Ares se fuera suelto y, libre ya de los vínculos, rehusara satisfacer la deuda?" Contestó Posidón, que sacude la tierra: "Si Ares huyere, rehusando satisfacer la deuda, yo mismo te lo pagaré todo." Respondióle el inclito Cojo de ambos pies: "No es posible, ni sería conveniente, negarte lo que pides." Dicho esto, la fuerza de Hefesto les quitó los lazos. Ellos, al verse libres de los mismos, que tan recios eran, se levantaron sin tardanza y fuéronse él a Tracia y la risueña Afrodita a Chipre y Pafos, donde tiene un bosque y un perfumado altar: allí las Gracias la lavaron, la ungieron con el aceite divino que hermosea a los sempiternos dioses y le pusieron lindas vestiduras que dejaban admirado a quien las contemplaba.

367 Tal era lo que cantaba el inclito aedo, y holgábase de oírlo Odiseo y los feacios, que usan largos remos y son ilustres navegantes.

370 Alcínoo mandó entonces que Halio y Laodamante bailaran solos, pues con ellos no competía nadie. Al momento tomaron en sus manos una linda pelota de color de púrpura, que les había hecho el habilidoso Pólipo; y el uno, echándose hacia atrás, la arrojaba a las sombrías nubes, y el otro, dando un salto, la cogía fácilmente antes de volver a tocar con sus pies el suelo. Tan pronto como se probaron en tirar la pelota rectamente, pusieronse a bailar en la fértil tierra, alternando con frecuencia. Aplaudieron los demás jóvenes que estaban en el circo, y se promovió una recia gritería. Y entonces el divinal Odiseo habló a Alcínoo de esta manera:

382 *Odiseo*.—¡Rey alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Prometiste demostrar que vuestros danzadores son excelentes y lo has cumplido. Atónito me quedo al contemplarlos.

385 Así dijo. Alegróse la sacra potestad de Alcínoo y al punto habló así a los feacios, amantes de manejar los remos:

387 *Alcínoo*.—¡Oid, caudillos y príncipes de los feacios! Paréceme el huésped

muy sensato. Ea, pues, ofrezcámosle los dones de la hospitalidad, que esto es lo que cumple. Doce preclaros reyes gobernáis como príncipes la población y yo soy el treceno: traiga cada uno un manto bien lavado, una túnica y un talento de preciosos oro; y vayamos todos juntos a llevárselo al huésped para que, al verlo en sus manos, asista a la cena con el corazón alegre. Y apacígüelo Eurialo con palabras y un regalo, porque no habló de conveniente modo.

398 Así les arengó. Todos lo aplaudieron y poniéndolo por obra, enviaron a sus respectivos heraldos para que les trajeran los presentes. Y Eurialo respondió de esta suerte:

401 *Eurialo*.—¡Rey Alcínoo, el más preclaro de todos los ciudadanos! Yo apaciguaré al huésped, como lo mandas, y le daré esta espada de bronce, que tiene la empuñadura de plata y en torno suyo una vaina de marfil recién cortado. Será un presente muy digno de tal persona.

406 Diciendo así, puso en las manos de Odiseo la espada guarnecida de argéteos clavos y pronunció estas aladas palabras:

408 *Eurialo*.—¡Salud, padre huésped! Si alguna de mis palabras te ha molestado, llévensela cuando antes los impetuosos torbellinos. Y las deidades te permitan ver nuevamente a tu esposa y llegar a tu patria, ya que hace tanto tiempo que padeces trabajos lejos de los tuyos.

412 Respondióle el ingenioso Odiseo:

413 *Odiseo*.—¡Muchas saludes te doy también, amigo! Los dioses te concedan felicidades y ojalá que nunca echés de menos esta espada de que me haces presente, después de apaciguarme con tus palabras.

416 Dijo; y echóse al hombro aquella espada guarnecida de argéteos clavos. Al ponerse el sol, ya Odiseo tenía delante de sí los hermosos presentes. Introdujéronlos en la casa de Alcínoo los conspicuos heraldos e hicieron cargo de ellos los vástagos del ilustre rey, quienes transportaron los bellísimos regalos adonde estaba su veneranda madre. Volvieron todos al palacio, precedidos por la sacra potestad de Alcínoo, y sentáronse en elevadas sillas. Y entonces la potestad de Alcínoo dijo a Arete:

424 *Alcínoo*.—Trae, mujer, un arca muy hermosa, la que mejor sea; y mete en la misma un manto bien lavado y una túnica. Poned al fuego una caldera de bronce y calentad agua para que el huésped se lave y, viendo colocados por orden cuantos presentes acaban de traerle los eximios feacios, se regocije con el banquete y el canto del aedo. Y yo le daré mi hermosísima copa de oro, a fin de que se acuerde de mí todos los días al ofrecer en su casa libaciones a Zeus y a los restantes dioses.

433 Así dijo. Arete mandó a las esclavas que pusiesen en seguida un gran trípode al fuego. Ellas llevaron al ardiente fuego un trípode que servía para los baños, echaron agua en la caldera y, recogieron leña, encendieronla debajo. Las llamas rodearon el vientre de la caldera y calentóse el agua. Entre tanto sacó Arete de su habitación un arca muy hermosa y puso en la misma los bellos dones—vestiduras y oro— que habían traído los feacios, y además un manto y una hermosa túnica. Y seguidamente habló al héroe con estas aladas palabras:

443 *Arete*.—Examina tú mismo la tapa y échale pronto un nudo; no sea que te hurten alguna cosa en el camino, cuando en la negra nave estés entregado al dulce sueño.

446 Apenas oyó estas palabras el paciente divinal Odiseo, encajó la tapa y le echó un complicado nudo que le enseñó a hacer la veneranda Circe. Acto seguido invitóle la despensera a bañarse en una pila; y Odiseo vio con agrado el baño

caliente, porque no cuidaba de su persona desde que partió de la casa de Calipso, la de los hermosos cabellos; que en ella estuvo siempre atendido como un dios. Y lavado ya y ungido con aceite por las esclavas, que le pusieron una túnica y un hermoso manto, salió y fué hacia los hombres, bebedores de vino, que allí estaban; pero Nausícaa, a quien las deidades habían dotado de belleza, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, se admiró al clavar los ojos en Odiseo y le dijo estas aladas palabras:

461 *Nausícaa*.—Salve, huésped, para que en alguna ocasión, cuando estés de vuelta en tu patria, te acuerdes de mí; que me debes antes que a nadie el rescate de tu vida.

463 Respondióle el ingenioso Odiseo:

464 *Odiseo*.—¡Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo! Concédame Zeus, el tonante esposo de Hera, que llegue a mi casa y vea el día de mi regreso; que allí te invocaré todos los días, como a una diosa, porque fuiste tú, oh doncella, quien me salvó la vida.

469 Dijo, y fue a sentarse junto al rey Alcínoo, cuando ya se distribuían las porciones y se mezclaba el vino. Presentóse el heraldo con el amable aedo Demódoco, tan honrado por la gente, y le hizo sentar en medio de los convidados, arrimándolo a excelsa columna. Y entonces el ingenioso Odiseo, cortando una tajada del espinazo de un puerco de blancos dientes, del cual quedaba a ún la mayor parte y estaba cubierto de abundante grasa, habló al heraldo de esta manera:

477 *Odiseo*.—¡Heraldo! Toma, llévale esta carne a Demódoco para que coma y así le obsequiaré, aunque estoy afligido; que a los aedos por doquier les tributan honor y reverencia los hombres terrestres, porque la Musa les ha enseñado el canto lo ama a todos.

482 Así dijo; y el heraldo puso la carne en las manos del héroe Demódoco, quien, al recibirla, sintió que se le alegraba el alma. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y cuando hubieron satisfecho las ganas de beber y de comer, el ingenioso Odiseo habló a Demódoco de esta manera:

487 *Odiseo*.—¡Demódoco! Yo te alabo más que a otro mortal cualquiera, pues deben de haberte enseñado la Musa, hijo de Zeus, o el mismo Apolo, a juzgar por lo primorosamente que cantas el azar de los aqueos y todo lo que llevaron a cabo, padecieron y soportaron, como si tú en persona lo hubieras visto o se lo hubieses oído referir a alguno de ellos. Más, ea, pasa a otro asunto y canta cómo estaba dispuesto el caballo de madera construido por Epeo con la ayuda de Atenea; máquina engañosa que el divinal Odiseo llevó a la acrópolis, después de llenarla con los guerreros que arruinaron a Troya. Si esto lo cuentas como se debe, yo diré a todos los hombres que una deidad benévola te concedió el divino canto.

499 Así habló; y el aedo, movido por divinal impulso, entonó un canto cuyo comienzo era que los argivos diéronse a la mar en sus naves de muchos bancos, después de haber incendiado el campamento, mientras algunos ya se hallaban con el celeberrimo Odiseo en el ágora de los teucros, ocultos por el caballo que estos mismos llevaron arrastrando hasta la acrópolis. El caballo estaba en pie, y los teucros, sentados a su alrededor, decían muy confusas razones y vacilaban en la elección de uno de estos tres pareceres; hender el vacío leño con el cruel bronce, subirlo a una altura y despeñarlo, o dejar el gran simulacro como ofrenda propiciatoria a los dioses; esta última resolución debía prevalecer, porque era fatal que la ciudad se arruinase, cuando o tuviera dentro aquel enorme caballo de madera donde estaban los más valientes argivos, que causaron a los teucros el estrago y la muerte.

Cantó cómo los aqueos, saliendo del caballo y dejando la hueca emboscada, asolaron la ciudad; cantó asimismo cómo, dispersos unos por un lado y otros por otro, iban devastando la excelsa urbe, mientras que Odiseo, cual si fuese Ares, tomaba el camino de la casa de Deifobo, juntamente con el deiforme Menelao. Y refirió cómo aquél había osado sostener un terrible combate, del cual alcanzó victoria por el favor de la magnánima Atenea.

521 Tal fue lo que cantó el eximio aedo; y en tanto consumíase Odiseo, y las lágrimas manaban de sus párpados y le regaban las mejillas. De la suerte que una mujer llora, abrazada a su marido, que cayó delante de su población y de su gente para que se librasen del día cruel la ciudad y los hijos —al verlo moribundo y palpitante se le echa encima y profiere agudos gritos, los contrarios la golpean con las picas en el dorso y en las espaldas trayéndole la esclavitud a fin de que padezca trabajos e infortunios, y el dolor miserando deshace sus mejillas—; de semejante manera Odiseo derramaba de sus ojos tantas lágrimas que movían a compasión. A todos les pasó inadvertido que vertiera lágrimas, menos a Alcínoo; el cual, sentado junto a él, lo advirtió y notó, oyendo asimismo que suspiraba profundamente. Y en seguida dijo a los feacios, amantes de manejar los remos:

536 *Alcínoo*.—¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios! Cese Demódoco de tocar la melodiosa cítara, pues quizás lo que canta no les sea grato a todos los oyentes. Desde que empezamos la cena y se levantó el divinal aedo, el huésped no ha dejado de verter doloroso llanto; sin duda le vino al alma algún pesar. Mas, ea, cese aquél para que nos regocijemos todos, así los albergadores del huésped como el huésped mismo; que es lo mejor que se puede hacer, ya que por el venerable huésped se han preparado estas cosas, su conducción y los dones que le hemos hecho en demostración de aprecio. Como a un hermano debe tratar al huésped y al suplicante, quien tenga un poco de sensatez. Y así, no has de ocultar tampoco con astuto designio lo que voy a preguntarte, sino que será mucho mejor que lo manifiestes. Dime el nombre con que allá te llamaban tu padre y tu madre, los habitantes de la ciudad y los vecinos de los alrededores; que ningún hombre bueno o malo deja de tener el suyo desde que nace, porque los padres lo imponen a cuantos engendran. Nómbrame también tu país, tu pueblo y tu ciudad, para que nuestros bajeles, proponiéndose cumplir tu propósito con su inteligencia, te conduzcan allá; pues entre los feacios no hay pilotos, ni sus naves están provistas de timones como los restantes barcos, sino que ya saben ellas los pensamientos y el querer de los hombres, conocen las ciudades y los fértiles campos de todos los países, atraviesan rápidamente el abismo del mar, aunque cualquier vapor o niebla las cubra, y no sienten temor alguno de recibir daño o de perderse; si bien oí decir a mi padre Nausítoos que Posidón nos mira con malos ojos porque conducimos sin recibir daño a todos los hombres, y afirmaba que el dios haría naufragar en el obscuro ponto un bien construido bajel de los feacios, al volver de conducir a alguien, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así se expresaba el anciano; mas el dios lo cumplirá o no, según le plegue. Ea, habla y cuéntame sinceramente por dónde anduviste perdido y a qué regiones llegaste, especificando qué gentes y qué ciudades bien pobladas había en ellas; así como también cuáles hombres eran crueles, salvajes e injustos, y cuáles hospitalarios y temerosos de los dioses. Dime por qué lloras y te lamentas en tu ánimo cuando oyes referir el azar de los argivos, de los dánaos y de Ilión. Diéronselo las deidades, que decretaron la muerte de aquellos hombres para que sirvieran a los venideros de asunto para sus cantos. ¿Acaso perdiste delante de Ilión algún deudo como tu yerno ilustre o tu

suegro, que son las personas más queridas después de las ligas con nosotros por la sangre y el linaje? ¿O fue, por ventura, un esforzado y agradable compañero, ya que no es inferior a un hermano el compañero dotado de prudencia?

RAPSODIA IX

RELATOS A ALCÍNOO. CICLOPEA

Respondióle el ingenioso Odiseo:

2 *Odiseo*.—“¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! En verdad que es linda cosa oír a un aedo como éste, cuya voz se asemeja a la de un numen. No ceo que haya cosa tan agradable como ver que la alegría reina en todo el pueblo y que los convidados, sentados ordenadamente en el palacio ante las mesas, abastecidas de pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el escanciador saca vino de la cratera y lo va echando en las copas. Tal espectáculo me parece bellissimo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuente mis luctuosas desdichas, para que llore aún más y prorrumpe en gemidos. ¿Cuál cosa relataré en primer término, cuál en último lugar, siendo tantos los infortunios que me enviaron los celestiales dioses? Lo primero, quiero deciros mi nombre para que lo sepáis, y en adelante, después que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro huésped, a pesar de vivir en una casa que está muy lejos. Soy Odiseo Laertiada, tan conocido de los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo. Habito en Ítaca, que se ve a distancia: en ella está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno hay muchas islas cercanas entre sí, como Duliqueo, Same y la selvosa Zacinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar, está situada la más remota hacia el Occidente — las restantes, algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía —, es áspera, pero buena criadora de mancebos; y yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria. Calipso, la divina entre las deidades, me detuvo allá, en huecas grutas, anhelando que fuese su esposo; y de la misma suerte la dolosa Circe de Egea me acogió anteriormente en su palacio, deseando también tomarme por marido; ni aquella ni ésta consiguieron infundir convicción a mi ánimo. No hay cosa más dulce que la patria y los padres, aunque se habite en una casa opulenta, pero lejana, en país extraño, apartada de aquéllos. Pero voy a contarte mi vuelta, llena de trabajos, la cual me ordenó Zeus desde que salí de Troya.

39 “Habiendo partido de Ilión, llevóme el viento al país de los cícones, a Ismaro: entré a saco la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho vino y, mientras degollaban en la playa gran número de ovejas y de flexípedes bueyes de retorcidos cuernos, los cícones fueron a llamar a otros cícones vecinos suyos; los cuales eran más en número y más fuertes, habitaban el interior del país y sabían pelear a caballo con los hombres y aun a pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos, cuantos son las hojas y flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó a nosotros, ¡oh infelices!, el funesto destino que nos había ordenado Zeus a fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto a las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las bronceas lanzas. Mientras duró la mañana y fuese aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su arremetida, aunque eran en superior número. Mas luego, cuando el sol se encaminó el ocaso, los cícones derrotaron a los aqueos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de

hermosas grebas, de cada embarcación, y los restantes nos libramos de la muerte y del destino.

62 “Desde allí seguimos adelante con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Mas no comenzaron a moverse los corvos bajeles hasa haber llamado tres veces a cada uno de los míseros compañeros que acabaron su vida en el llano, heridos por los cícones. Zeus, que amontona las nubes, suscitó contra los barcos el viento Bóreas y una tempestad deshecha cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Las naves iban de través, cabeceando; y el impetuoso viento rasgó las velas en tres o cuatro pedazos. Entonces las amainamos, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, a fuerza de remos, llevamos aquéllas a tierra firme. Allí permanecemos constantemente echados dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas, al punto que la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas y nos sentamos en las naves, que eran conducidas por el viento y los pilotos. Y habría llegado incólume a la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas, que me desviaron al doblar el cabo de Malea, no me hubieran obligado a vagar lejos de Citera.

82 “Desde allí dañosos vientos leváronme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra en los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, y pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros —dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fue un heraldo— para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaron este fruto, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Más yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

105 “Desde allí continuamos la navegación con ánimo afligido, y llegamos a la tierra de los ciclopes soberbios y sin ley; quienes, confiados en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni labran los campos, sino que todo les nace sin semilla y sin arada —trigo, cebada y vides, que producen vino de unos grandes racimos— y se lo hace crecer la lluvia enviada por Zeus. No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco, sino que viven en las cumbres de los altos montes, dentro de escavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se entrometen los unos con los otros.

116 “Delante del puerto, no muy cercana ni a gran distancia tampoco de la región de los ciclopes, hay una isleta poblada de bosque, con una infinidad de cabras monteses, pues no las ahuyenta el paso de hombre alguno ni van allá los cazadores, que se fatigan recorriendo las selvas en las cumbres de las montañas. No se ven en ella ni rebaños ni labradíos, sino que el terreno está siempre sin sembrar y sin arar, carece de hombres, y cría bastantes cabras. Pues los ciclopes no tienen naves de rojas proas, ni poseen artifices que se las construyan de muchos bancos —como las que transportan mercancías a distintas poblaciones en los frecuentes

viajes que los hombres efectúan por mar, yendo los unos en busca de los otros—, los cuales hubieran podido hacer que fuese muy poblado aquella isla, que no es mala y daría a su tiempo frutos de toda especie, porque tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tiernos y allí la vid jamás se perdiera. La parte inferior es llana y labradera; y podrían segarse en la estación oportuna mieses altísimas por ser el suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto, donde no se requieren amarras, ni es preciso echar áncoras, ni atar cuerdas; pues, en aportando allí, se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo de los marineros les incita a partir y el viento sopla. En lo alto del puerto mana una fuente de agua límpida, debajo de una cueva a cuyo alrededor han crecido álamos. Allá, pues, nos llevaron las naves, y algún dios debió de guiarnos en aquella noche oscura en la que nada distinguíamos, pues la niebla era cerrada alrededor de los bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cubrían los nubarrones. Nadie vio con sus ojos la isla ni las ingentes olas que se quebraban en la tierra, hasta que las naves de muchos bancos hubieron abordado. Entonces amainamos todas las velas, saltamos a la orilla del mar y, entregándonos al sueño, aguardamos que amaneciera la divina Aurora.

152 “No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Zeus que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos facilitó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aún no faltaba en las naves, pues habíamos hecho gran provisión de ánforas al tomar la sagrada ciudad de los cícones. Estando allí echábamos la vista a la tierra de los ciclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces que ellos daban, y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los llamé a junta y les dije estas razones:

172 *Odiseo*.—Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y procuraré averiguar qué hombres son aquéllos: si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de las deidades.

177 “Cuando así hube hablado, subí a la nave y ordené a los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos a dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelsa gruta, a la cual daban sombra algunos laureles: en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba a los hombres que viven de pan, sino a una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

193 “Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos a andar, con un pellejo de cabra lleno de negro y dulce vino que me había dado Marón, vástago de Evantes y

sacerdote de Apolo, el dios tutelar de Ismaro; porque respetándole, lo salvamos con su mujer e hijos que vivían en un espeso bosque consagrado a Febo Apolo. Hízome Marón ricos dones, pues me regaló siete talentos de oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánforas de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que no conocían sus siervos ni sus esclavas, sino tan sólo él, su esposa y una despensera. Cuando bebían este rojo licor, dulce como la miel echaban una copa del mismo en veinte de agua; y de la cratera salía un olor tan suave y divinal, que no sin pena se hubiese renunciado a saborearlo. De este vino llevaba un gran odre completamente lleno y además viandas en un zurrón; pues ya desde el primer instante se figuró mi ánimo generoso que se nos presentaría un hombre dotado de extraordinaria fuerza, salvaje, e ignorante de la justicia y de las leyes.

216 "Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos con él, porque estaba apacientando las pingües ovejas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admiración y una por una todas las cosas; había zarzos cargados de quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos, hallándose encerrados separadamente los mayores, los medianos y los recientes; y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y barreños, de que se servía para ordeñas. Los compañeros empezaron a suplicarme que nos apoderásemos de algunos quesos y nos fuéramos; y que luego, sacando prestamente de lo establos los cabritos y los corderos, y conduciéndolos a la velera nave, surcáramos de nuevo el salabore mar. Mas yo no me dejé persuadir —mucho mejor hubiera sido seguir su consejo— con el propósito de ver a aquél y probar si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Pero su venida no había de serles grata a mis compañeros.

231 "Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le guardamos, sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Traía una gran carga de leña seca para preparar su comida y descargóla dentro de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso antro todas las pingües ovejas que tenía que ordeñar, dejando a la puerta, dentro del recinto de altas paredes, los carneros y los bucos. Después cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó a la entrada! Sentóse enseguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. A la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en castillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela y así le serviría de cena. Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego, y al vernos, nos hizo estas preguntas:

252 "Polifemo:—¡Oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

256 "Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

259 "Odiseo.—Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos llevan por el gran abismo del mar; deseosos de volver a nuestra patria llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamenón Atrida, cuya gloria es inmensa debajo del cielo—; tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer!—, y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras

presentarnos los dones de la hospitalidad o hacernos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros los venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerandos huéspedes.

272 "Así le hablé; y respondiome en seguida con ánimo cruel:

273 "Polifemo.—¡Oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera; que los Ciclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temor a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventura, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, al fin de que yo lo sepa.

281 "Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida a mi que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

283 "Odiseo.—Posidón, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas, en los confines de vuestra tierra; el viento que soplabá del ponto se la llevó y pude librarme, junto con éstos, de una muerte terrible.

287 "Así le dije. El Cíclope, con ánimo cruel, no me dio respuesta; pero, levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos a tierra con tamaña violencia que el encéfalo fluyó del suelo y mojó el piso. De contado despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como montaraz león no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El Cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Cíclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora.

307 "Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, el Cíclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo. En acabando de comer, sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió a colocar, del mismo modo que si a un carcaj le pusiera su tapa. Mientras el Cíclope agujijaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestras trazas, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara la victoria. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivo verde, que el Cíclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar; tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Acerquéme a ella y corté una estaca

como de una braza, que di a los compañeros mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, agucé uno de sus cabos, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el ojo del Ciclope cuando el dulce sueño le rindiese. Cayóles la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Ciclope con el rebaño de hermoso vellón, que venía de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingües reses, sin dejar a ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedrejón, que llevó a pulso; sentóse, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales cosas, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces lleguéme al Ciclope, y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

347 "Odiseo.—Toma, Ciclope, bebe bino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases de mí y me enviaras a mi casa, pero tú te enfureces de intolerable modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los muchos hombres que existen, si no te portas como debieras?"

353 "Así le dije. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

355 "Polifemo.—Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual huelgues. Pues también a los Cyclopes la fértil tierra les produce vino en gruesos racimos que crecen con la lluvia enviada por Zeus; mas esto se compone de ambrosía y néctar.

360 "Así habló, y volvió a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Ciclope, dijele con suaves palabras:

364 "Odiseo.—¡Ciclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre y voy a decirte; pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

368 "Así le hablé: y enseguida me respondió con ánimo cruel:

369 "Polifemo.—A Nadie me lo comeré al último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca.

371 "Dijo, tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y vencióle el sueño, que todo lo rinde: salíale de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros; no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde; estaba a punto de arder y relumbraba intensamente, fui y la saqué del fuego; rodéronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Ciclope, y yo, alzándome, hacía la girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mastil de un navío, otros lo mueven por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ignea punta, la hacíamos girar en el ojo del Ciclope y la sangre brotaba alrededor del ardiente palo. Quemóle el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces

crepitan por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o una hacha que rechina grandemente, de igual manera rechinaba el ojo del Ciclope en torno de la estaca de olivo. Dió el Ciclope un fuerte y horrenoso gemido, retumbó la roca, y nosotros amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cyclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces, acudieron muchos, quién por un lado y quién por otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

403 "Los cyclopes.—¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O, por ventura, te matan con engaño o con fuerza?"

407 "Respondióles desde la cueva el robusto Polifemo:

408 "Polifemo.—¡Oh, amigos! "Nadie" me mata con engaño, no con fuerza.

409 "Y ellos le contestaron con estas aladas palabras.

410 "Los cyclopes.—Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus; pero, ruega a tu padre, el soberano Posidón.

413 "Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Ciclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó a la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas; ¡tan mentecato esperaba que yo fuese! Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor, y si hallaría al algún arbitrio para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y oscura lana; y, sin desplegar los labios, los ató de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Ciclope: y así el del centro llevaba a un hombre y los otros dos iban a entrambos lados para que salvaran a mis compañeros. Tres carneros llevaban, por tanto, a cada varón; mas yo, viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo así por la espalda, me deslicé al vedijudo vientre y me quedé agarrado con ambas manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divina Aurora.

437 "Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer, y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo a todas las reses que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados a los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fue mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo, que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

447 "Polifemo.—¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando a buen paso, pacías el primero de las tiernas flores de la hierba, llegabas el primero a las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba volver al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quién cegó un hombre malvado con sus perniciosos

compañeros, perturbándole las mentes con el vino, Nadie, pero me figuro que aun no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido a golpes, se esparciría acá y acullá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha causado ese despreciable Nadie.

461 "Diciendo así, dejó el carnero y lo hechó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, soltéme del carnero y desaté a los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin a la nave. Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros, que nos habíamos librado de la muerte, y empezaron a gemir y a sollozar por los demás. Pero yo, haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos a surcar el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar. Y, en estando tan lejos cuando se deja oír un hombre que grita, hablé al Ciclope en estas mordaces palabras:

475 "Odiseo.—¡Ciclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta a los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu misma morada; por eso Zeus y los demás dioses te han castigado.

480 "Así le dije; y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojóla delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron a tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echéla al mar y ordené a mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Ciclope, a pesar de que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

494 "Los compañeros.—¡Desgraciados! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo volver la nave a tierra firme donde creíamos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero peñón. ¡Tan lejos llegan sus tiros!

500 "Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi corazón magnánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

502 "Odiseo.—¡Ciclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fue Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca.

506 "Así dije; y él, dando un suspiro, respondió:

507 "Polifemo.—¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelente y grande, Telémaco Aurimida, el cual descollaba en el arte adivinatoria y llegó a la senectud profetizando entre los ciclopes; éste, pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo, subyugándome con el vino. Pero, ea, vuelve, Odiseo, para que te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte al inclito dios que bate la tierra, a que te conduzca a la

patria; que soy su hijo y él se gloria de ser mi padre. Y será él, si te place, quien me curará y no otro alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres.

522 "Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo:

523 "Odiseo.—¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, cómo ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!

526 "Así dije. Y el Ciclope oró en seguida al soberano Posidón, alzando las manos al estrellado cielo:

528 "Polifemo.—¡Óyeme, Posidón que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorias de ser mi padre, concédeme que Odiseo, asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y volver a su bien construida casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros y se encuentre con nuevas cuitas en su morada.

536 "Así dijo rogando, y le oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Ciclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciendo voltear con fuerza inmensa, arrojólo detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, hiciéronla llegar a tierra firme.

543 "Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y tomando de la cóncava embarcación las reses del Ciclope, nos la repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrificé en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todo reina, quemando en su obsequio ambos muslos, pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba cómo podrían llegar a perderse todas mis naves de muchos bancos con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

585 "Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.

RAPSODIA X

LO RELATIVO A ÉOLO, A LOS LESTRIGONES Y A CIRCE

Llegamos a la isla Eolia, donde moraba Éolo Hipótada, caro a los inmortales dioses; isla flotante, a la cual cerca bronceo e inquebrantable muro, y en cuyo interior álzase escarpada roca. A Éolo nacióronle doce vástagos en el palacio: seis hijas y seis hijos florecientes; y dio aquéllas a éstos para que fuesen sus esposas. Todos juntos, a la vera de su padre querido y de su madre venerada, disfrutaban de un continuo banquete en el que se les sirven muchísimos manjares. Durante el día percíbese en la casa el olor del asado y resuena toda con la flauta; y por la noche duerme cada uno con su púdica mujer sobre tapetes, en torneado lecho. Llegamos, pues, a su ciudad y a sus magníficas viviendas, y Éolo tratóme como a un amigo por espacio de un mes y me hizo preguntas sobre muchas cosas —sobre Ilión, sobre las naves de los argivos, sobre la vuelta de los aqueos—, de todo lo cual le informe debidamente. Cuando quise partir y le rogué que me despidiera, no se negó y preparó mi viaje. Dióme entonces, encerrados en un cuero de un buey de nueve años que antes había desollado, los soplos de los mugidores vientos; pues el Cronida habíale hecho árbitro de ellos, con facultad de aquietar o de excitar al que quisiera. Y ató dicho pellejo en la cóncava nave con un reluciente hilo de plata, de manera que no saliese ni el menor soplo; enviándome el Céfito para que, soplando, llevara nuestras naves y a nosotros en ellas. Mas, en vez de suceder así, había de perdernos nuestra propia imprudencia.

28 “Navegamos seguidamente por espacio de nueve días con sus noches. Y en el décimo se nos mostró la tierra patria, donde vimos a los que encendían fuego cerca del mar. Entonces me sentí fatigado y me rindió el dulce sueño; pues había gobernado continuamente el timón de la nave, que no quise confiar a ninguno de los amigos para que llegáramos más pronto. Los compañeros hablaban los unos con los otros de lo que yo llevaba a mi palacio, figurándose que era oro y plata, recibidos como dádiva del magnánimo Éolo Hipótada. Y alguno de ellos dijo de esta suerte al que tenía más cercano:

38 “*Una voz.*—¡Oh dioses! ¡Cuán querido y honrado es este varón, de cuantos hombres habitan en las ciudades y tierras adonde llega! Muchos y valiosos objetos se ha llevado del botín de Troya; mientras que los demás, con haber hecho el mismo viaje, volveremos a casa con las manos vacías. Y ahora Éolo, obsequiándole como a un amigo, acaba de darle estas cosas. Ea, veamos pronto lo que son, y cuánto oro y plata hay en el cuero.

46 “Así hablaban. Prevaleció aquel mal consejo y, desatando mis amigos el odre, escapándose con gran ímpetu todos los vientos. En seguida arrebató las naves una tempestad y llevólas al ponto: ellos lloraban, al verse lejos de la patria; y yo, recordando medité en mi inocente pecho si debía tirarme del bajel y morir en el ponto, o sufrirlo todo en silencio y permanecer entre los vivos. Lo sufrí, quedéme en el barco y, cubriéndome, me acosté de nuevo. Las naves tornaron a ser llevadas a la isla Eolia por la funesta tempestad que promovió el viento, mientras gemían cuantos me acompañaban.

56 “Llegados allá, saltamos en tierra, hicimos aguada, y a la hora empezamos a comer junto a las veleras naves. Mas, así que hubimos gustado la comida y la

bebida, tomé un heraldo y un compañero y encaminándonos al ínclito palacio de Éolo, hallamos a éste celebrando un banquete con su esposa y sus hijos. Llegados a la casa, nos sentamos al umbral, cerca de las jambas; y ellos se pasmaron al vernos y nos hicieron estas preguntas:

64 "Los hijos de Éolo.—¿Cómo aquí, Odiseo? ¿Qué funesto numen te persigue? Nosotros te enviamos con gran recaudo para que llegases a tu patria y a tu casa, o a cualquier sitio que te pluguiera.

67 "Odiseo.—Mis imprudentes compañeros y un sueño pernicioso causaron-me este daño; pero remediadlo vosotros, oh amigos, ya que podéis hacerlo.

70 "Así me expresé, halagándoles con suaves palabras. Todos enmudecieron y, por fin, el padre me respondió:

72 "Éolo.—¡Sal de la isla y muy pronto, malvado más que ninguno de los que hoy viven! No me es permitido tomar a mi cuidado y asegurarle la vuelta a varón que se ha hecho odioso a los bienaventurados dioses. Vete noramala; pues si viniste ahora es porque los inmortales te aborrecen.

76 "Hablando de esta manera me despidió del palacio a mí, que profería hondos suspiros. Luego seguimos adelante, con el corazón angustiado. Y ya iba agotando el ánimo de los hombres aquel molesto remar, que a nuestra necesidad debíamos; pues no se presentaba medio alguno de volver a la patria.

80 "Navegamos sin interrupción seis días con sus noches, y al séptimo llegamos Telépolode Lamos, la excelsa ciudad de Lestrigoria, donde el pastor, al recojer su rebaño, llama a otro que sale en seguida con el suyo. Allí un hombre que no durmiese, podría ganar dos salarios: uno, guardando bueyes; y otro, apacentando blancas ovejas. ¡Tan inmediatamente sucede al pastor del día el de la noche! Apenas arribamos al magnífico puerto, el cual estaba rodeado de ambas partes por escarpadas rocas y tenía en sus extremos riberas prominentes y opuestas que dejaban un estrecho paso, todos llevaron a éste las corvas naves, y las amarraron en el cóncavo puerto, muy juntas, porque allí no se levantan olas grandes ni pequeñas y una plácida calma reina en derredor; mas yo dejé mi negra embarcación fuera del puerto, cabe uno de sus extremos, e hice atar las amarras a un peñasco. Subi luego a una áspera atalaya y desde ella no columbré labores de bueyes ni de hombres, sino tan sólo humo que se alzaba de la tierra. Quise enviar algunos compañeros para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella comarca; y designé a dos, haciéndoles acompañar por un tercero, que fue un heraldo. Fuéronse y, siguiendo un camino llano por donde las carretas arrastraban la leña de los altos montes a la ciudad, poco antes de llegar a la población encontraron una doncella, la eximia hija del lestrigón Antífates, que bajaba a la fuente Artacia, de hermosa corriente, pues allá iban a proveerse de agua los ciudadanos. Detuviéronse y hablaron a la joven, preguntándole quién era el rey y sobre quiénes reinaba; y ella les mostró en seguida la elevada casa de su padre. Llegáronse entonces a la magnífica morada, hallaron dentro a la esposa, que era alta como la cumbre de un monte, y cobráronle no poco miedo. La mujer llamó del ágora a su marido el preclaro Antífates, y éste maquinó contra mis compañeros cruda muerte: agarrando prestamente a uno, a parejose con su cuerpo la cena, mientras los otros dos volvían a los barcos en precipitada fuga. Antífates gritó por la ciudad y, al oírle, acudieron de todos lados innumerables forzudos lestrigones, que no parecían hombres, sino gigantes, y desde las peñas tiraron pedruscos muy pesados; pronto se alzó en las naves un deplorable estruendo causado a la vez por los gritos de los que morían y por la rotura de los barcos; y los lestrigones, atravesando a los hombres como si fueran peces, se los llevaban

para celebrar nefando festín. Mientras así los mataban en el hondísimo puerto, saqué la aguda espada que llevaba junto al muslo y corté las amarras de mi bajel de azulada proa. Acto continuo exhorté a mis amigos, mandándoles que batieran los remos para librarnos de aquel peligro; y todos azotaron el mar por el temor de la muerte. Con satisfacción huimos en mi nave desde las rocas prominentes al ponto; mas las restantes se perdieron en aquel sitio todas juntas.

133 "Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosamente de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros. Llegamos luego a la isla Eea, donde moraba Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz, hermana carnal del terrible Eetes; pues ambos fueron engendrados por el Sol, que alumbró a los mortales, y tienen por madre a Perse, hija del Océano. Acercamos silenciosamente el barco a la ribera, haciéndolo entrar en un amplio puerto, y alguna divinidad debió de conducirnos. Saltamos en tierra, permanecimos echados dos días con sus noches, y nos roían el ánimo el cansancio y los pesares. Mas al punto que la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, tomé mi lanza y mi aguda espada y me fui prestamente desde la nave a una atalaya, por si conseguía ver labores de hombres mortales u oír su voz. Y, habiendo subido a una altura muy escarpada, me paré y aparecióseme el humo que se alzaba de la espaciosa tierra, en el palacio de Circe, entre un espeso encinar y una selva. Al punto que divisé el negro humo, se me ocurrió en la mente y en el ánimo ir yo en persona a enterarme; mas, considerándolo bien, parecióme mejor regresar a la orilla, donde se hallaba la velera nave, disponer que comiesen mis compañeros y enviar a algunos para que se informaran. Empecé la vuelta, y ya estaba a poca distancia del corvo bajel, cuando algún dios me tuvo compasión al verme solo, y me deparó en el camino un gran ciervo de altos cuernos; que desde el pasto de la selva bajaba al río para beber, pues el calor del sol le había entrado. Apenas se presentó, acertéle con la lanza en el espinazo, en medio de la espalda, de tal manera que el bronce lo atravesó de lleno en lleno. Cayó el ciervo, quedando tendido en el polvo, y perdió la vida. Lleguéme a él y saquéle la broncea lanza, poniéndola en el suelo; arranqué después varitas y mimbres, y formé una sogá como de una braza, bien torcida de ambas partes, con la cual pudiera atar juntos los pies de la enorme bestia. Me la colgué al cuello y enderecé mis pasos a la negra nave, apoyándome en la pica; ya que no hubiera podido sostenerla en la espalda con sólo la otra mano, por ser tan grande aquella pieza. Por fin la dejé en tierra, junto a la embarcación; y comencé a animar a mis compañeros, acercándome a los mismos y hablándoles con dulces palabras

174 "Odiseo.—¡Amigos! No descenderemos a la morada de Hades, aunque nos sintamos afligidos, hasta que no nos llegue el día fatal. Mas, ea, en cuanto haya viveres y bebida en la embarcación, pensemos en comer y no nos dejemos consumir por el hambre.

178 "Así les dije; y, obedeciendo al instante mis palabras, quitáronse la ropa con que se habían tapado allí en la playa del mar estéril, y admiraron el ciervo, pues era grandísimo aquel bestión. Después que se hubieron deleitado en contemplarlo con sus propios ojos, laváronse las manos y aparejaron un banquete espléndido. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y llegó la noche, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, no bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, reuní en junta a mis amigos y les hable de esta manera:

189 "Odiseo.—Oíd mis palabras compañeros, aunque padezcáis tantos males. ¡Oh amigos! Puesto que ignoramos dónde está el poniente y el sitio en que

aparece la aurora, por dónde el sol que alumbró a los mortales desciende debajo de la tierra y por dónde vuelve a salir; examinemos prestamente si nos será posible tomar alguna resolución, aunque yo no lo espero. Desde escarpada altura he contemplado esta isla, que es baja y a su alrededor forma una corona el ponto inmenso y con mis propios ojos he visto salir humo de en medio de ella, por entre los espesos encinares y la selva.

198 "Así dije. A todos se les quebraba el corazón acordándose de los hechos de legistrón Antilanes y de las violencias del feroz Cíclope, que se comían a los hombres, y se echaron a llorar rudosamente, vertiendo abundantes lágrimas; aunque de nada les sirvió su llanto.

203 "Formé con mis compañeros de hermosas grebas dos secciones, a las que di sendos capitanes; pues yo me puse al frente de una y el deiforme Euríloco mandaba la otra. Echamos suertes en bronceo yelmo y, como saliera la del magnánimo Euríloco, partió con veintidos compañeros que lloraban; y nos dejaron a nosotros, que también sollozábamos. Dentro de un valle y en lugar vistoso descubrieron el palacio de Circe, construido de piedra pulimentada. En torno suyo encontrábase lobos montaraces y leones, a los que Circe había encantado, dándoles funestas drogas; pero estos animales no acometieron a mis hombres, sino que, levantándose, fueron a halagarles con sus colas larguísimas. Bien así como los perros halagan a su amo siempre que vuelve del festín, porque les trae algo que satisface su apetito; de esta manera los lobos, de uñas fuertes y los leones fueron a halagar a mis compañeros que se asustaron de ver tan espantosos monstruos. En llegando a la mansión de la diosa de lindas trenzas, detuviéronse en el vestíbulo y oyeron a Circe que con voz pulcra cantaba en el interior, mientras labraba una tela grande, divinal y tan fina, elegante y espléndida, como son las labores de las diosas. Y Polites, caudillo de hombres, que era para mí el más caro y respetable de los compañeros, empezó a hablarles de esta manera:

226 "Polites.—¡Oh amigos! En el interior está cantando hermosamente alguna diosa o mujer que labra una gran tela, y hace resonar todo el pavimento. Llamémosla cuanto antes.

220 "Así les dijo: y ellos la llamaron a voces. Circe se alzó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y siguiéronla todos imprudentemente, a excepción Euríloco, que se quedó fuera por temor a algún daño. Cuando los tuvo adentro, los hizo sentar en sillas y sillones, confeccionó un potaje de queso, harina y miel fresca con vino de Prammio, y echó en él drogas perniciosas para que los míos olvidaran por entero la tierra patria. Díoselo, bebieron, y, de contado, los tocó con una varita y los encerró en pocilgas. Y tenían la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo como los puercos, pero sus mientes quedaron tan enteras como antes. Así fueron encerrados y todos lloraban; y Circe les echó, para comer, fabucos, bellotas y el fruto del cornejo, que es lo que comen los puercos, que se echan en la tierra.

244 "Euríloco volvió sin dilación al ligero y negro bajel, para enterarnos de la aciaga suerte que les había cabido a los compañeros. Mas no le era posible proferir una sola palabra, no obstante su deseo, por tener el corazón sumido en grave dolor; los ojos se le llenaron de lágrimas y su ánimo únicamente en sollozar pensaba. Todos le contemplábamos con asombro y le hacíamos preguntas, hasta que por fin nos contó la pérdida de los demás compañeros.

251 Euríloco.—Nos alejamos por el encinar como mandaste, preclaro Odiseo, y dentro de un valle y en lugar vistoso descubrimos un hermoso palacio, hecho de piedra pulimentada. Allí, alguna diosa o mujer cantaba con voz sonora,

labrando una gran tela. Llamáronla a voces. Alzóse en seguida, abrió la magnífica puerta, nos llamó, y siguiéronla todos imprudentemente; pero yo me quedé afuera, temiendo que hubiese algún engaño. Todos a una desaparecieron y ninguno ha vuelto a presentarse, aunque he permanecido acechándolos un buen rato.

261 "Así dijo. Yo entonces, colgándome del hombro la grande broncea espada, de clavazón de plata, y tomando el arco, le mandé que sin pérdida de tiempo me guiase por el camino que habían seguido. Mas él comenzó a suplicarme, abrazando con entrambas manos mis rodillas; y entre lamentos decía estas aladas palabras:

266 "Euríloco.—¡Oh alumno de Zeus! No me lleves allá, mal de mi grado: déjame aquí; pues sé que no volverás ni traerás a ninguno de tus compañeros. Huyamos en seguida con los presentes, que aún nos podremos librar del día cruel.

270 "Así me habló; y le contesté diciendo:

271 "Odiseo.—¡Euríloco! Quédate tú en este lugar, a comer y a beber junto a la cóncava y negra embarcación; mas yo iré, que la dura necesidad me lo manda.

274 "Dicho esto, aléjeme de la nave y del mar. Pero cuando, yendo por el sacro valle, estaba a punto de llegar al gran palacio de Circe, la conocedora de muchas drogas, y ya enderezaba mis pasos al mismo, salióme al encuentro Hermes, el de la áurea vara, en figura de un mancebo barbiponiente y graciosísimo en la flor de la juventud. Y tomándome la mano, me habló diciendo:

281 "Hermes.—¡Ah infeliz! ¿Adónde vas por esos altozanos, solo y sin conocer la comarca? Tus amigos han sido encerrados en el palacio de Circe, como puercos, y se hallan en pocilgas sólidamente labradas. ¿Vienes quizá a libertarlos? Pues no creo que vuelvas, antes te quedarás donde están ellos. Ea, quiero preservarte de todo mal, quiero salvarte; toma este excelente remedio, que apartará de tu cabeza el día cruel, y ve a la morada de Circe, cuyos malos intentos he de referirte íntegramente. Te preparará una mixtura y te echará drogas en el manjar; mas, con todo eso, no podrá encantarte porque lo impedirá el excelente remedio que vas a recibir. Te diré ahora lo que ocurrirá después. Cuando Circe te hiriere con su larguísima vara, tira de la aguda espada que llevas cabe el muslo, y acométela como si desearas matarla. Entonces, cobrándote algún temor, te invitará a que yazgas con ella: tú no te niegues a participar del lecho de la diosa, para que libre a tus amigos y te acoja benignamente, pero hazle prestar el solemne juramento de los bienaventurados dioses de que no maquinará contra ti ningún otro funesto daño: no sea que, cuando te desnudes de las armas, te prive de tu valor y de tu fuerza.

302 "Cuando así hubo dicho, el Argifontes me dio el remedio, arrancando de tierra una planta cuya naturaleza me enseñó. Tenía negra la raíz y era blanca como la leche su flor, llamándola *moly* los dioses, y es muy difícil de arrancar para un mortal; pero las deidades lo pueden todo.

307 "Hermes se fue al vasto Olimpo, por entre la selvosa isla; y yo me encaminé a la morada de Circe, revolviendo en mi corazón muchas trazas. Llegado al palacio de la diosa de lindas trenzas, paréme en el umbral y empecé a dar gritos; la deidad oyó mi voz y, alzándose al punto, abrió la magnífica puerta y me llamó; y yo, con el corazón angustiado, me fui tras ella. Cuando me hubo introducido, hízome sentar en una silla de argenteos clavos, hermosa, labrada, con un escaño para los pies; y en copa de oro preparóme la mixtura para que bebiese, echando en la misma cierta droga y maquinando en su mente cosas perversas. Mas, tan luego como me la dio y bebí, sin que lograra encantarme, tocóme con la vara mientras me decía estas palabras:

320 "Circe.—Ve ahora a la pocilga y échate con tus compañeros.

321 "Así habló. Desenvainé la aguda espada que llevaba cerca del muslo y arremetí contra Circe, como deseando matarla. Ella lanzó agudos gritos, se echó al suelo, me abrazó por las rodillas y me dirigió entre sollozos, estas aladas palabras:

325 "Circe.—¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? Me tiene suspensa que hayas bebido estas drogas sin quedar encantado, pues ningún otro pudo resistirlas, tan luego como las tomó y pasaron el cerco de sus dientes. Alienta en tu pecho un ánimo indomable. Eres sin duda aquel Odiseo de multiforme ingenio, de quien me hablaba siempre el Argifontes que lleva áurea vara, asegurándome que vendrías cuando volviesses de Troya en la negra y velera nave. Mas, ea, envaina la espada y vámonos a la cama para que, unidos por el lecho y el amor, crezca entre nosotros la confianza.

336 "Así se expresó; y le repliqué diciendo:

337 "Odiseo.—¡Oh, Circe! ¿Cómo me pides que te sea benévolo, después que en este mismo palacio convertiste a mis compañeros en cerdos y ahora me detienes a mí maquinando engaños y me ordenas que entre en tu habitación y suba a tu lecho a fin de privarme del valor y de la fuerza. ¿apenas deje las armas? Yo no quería subir a la cama, si no te atrevieras, oh diosa, a prestar solemne juramento de que no maquinará contra mí ningún otro pernicioso daño.

345 "Así le dije. Juré al instante, como se lo mandaba. Y en seguida que hubo prestado el juramento, subí al magnífico lecho de Circe.

348 "Adezeaban el palacio cuatro siervas, que son las criadas de Circe y han nacido de las fuentes, de los bosques, o de los sagrados ríos que corren hacia el mar. Ocupábase una en cubrir los sillones con hermosos tapétes de púrpura, dejando a los pies un lienzo; colocaba otra argénteas mesas delante de los asientos, poniendo encima canastillos de oro; mezclaba la tercera el dulce y suave vino en una cratera de plata y lo distribuía en áureas copas; y la cuarta traía agua y encendía un gran fuego debajo del trípode donde aquélla se calentaba. Y en cuanto el agua hirvió dentro del reluciente bronce, llevéme a la bañera y allí me lavó, echándome la deliciosa agua del gran trípode a la cabeza y a los hombros hasta quitarme de los miembros la fatiga que roe el ánimo. Después que me hubo lavado y ungido con pingüe aceite, vistíome un hermoso manto y una túnica, y me condujo, para que me sentase, a una silla de argénteos clavos, hermosa, labrada y provista de un escabel para los pies. Una esclava diome aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata y me puso delante una pulimentada mesa. La veneranda dispensera trajo pan, y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándome con los que tenía guardados. Circe invitóme a comer, pero no le plugo a mi ánimo y seguí quieto, pensando en otras cosas, pues mi corazón presagiaba desgracias.

375 "Cuando Circe notó que yo seguía quieto, sin echar mano a los manjares, y abrumado por fuerte pesar, se vino a mi lado y me habló con estas aladas palabras:

378 "Circe.—¿Por qué, Odiseo, permaneces así, como un mudo, y consumes tu ánimo, sin tocar la comida ni la bebida? Sospechas que haya algún engaño y has de desear todo temor, pues ya te presté solemne juramento.

382 "Así se expresó; y le repuse diciendo:

383 "Odiseo.—¡Oh, Circe! ¿Qué hombre, que fuese razonable, osara probar la comida y la bebida antes de libertar a los compañeros y contemplarlos con sus propios ojos? Si me invitas a beber y a comer, suelta mis fieles amigos para que con mis ojos pueda verlos.

388 "Así dije. Circe salió del palacio con la vara en la mano, abrió las puertas de la pocilga y sacó a mis compañeros en figura de puercos de nueve años. Colocáronse delante y anduvo por entre ellos, untándolos con una nueva droga: en el acto cayeron de los miembros las cerdas que antes les hizo crecer la perniciosa droga suministrada por la veneranda Circe, y mis amigos tornaron a ser hombres, pero más jóvenes aún y mucho más hermosos y más altos. Conociéronme y uno por uno me estrecharon la mano. Alzóse entre todos un dulce llanto, la casa resonaba fuertemente y la misma deidad hubo de apiadarse. Y deteniéndose junto a mí, dijo de esta suerte la divina entre las diosas:

401 "Circe.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Ve ahora adonde tienes la velera nave en la orilla del mar y ante todo sacadla a tierra firme; llevad a las grutas las riquezas y los aparejos todos, y trae en seguida tus fieles compañeros.

406 "Así habló, y mi ánimo generoso se dejó persuadir. Enderecé el camino a la velera nave y a la orilla del mar, y hallé junto a aquélla a mis fieles compañeros, que se lamentaban tristemente y derramaban abundantes lágrimas. Así como las terneras que tienen su cuadra en el campo, saltan y van juntas al encuentro de las gregales vacas que vuelven al aprisco hartas de hierba; y ya los cercados no las detienen, sino que, mugiendo sin cesar, corren en torno de las madres: así aquéllos, al verme con sus propios ojos, me rodearon llorando, pues a su ánimo les produjo casi el mismo efecto que si hubiesen llegado a su patria y a su ciudad, a la áspera itaca donde se habían criado y nacido. Y sollozando, estas aladas palabras me decía:

419 "Los compañeros.—Tu vuelta, oh alumno de Zeus, nos alegra tanto como si hubiésemos llegado a itaca, nuestra patria tierra. Mas, ea, cuéntanos la pérdida de los demás.

422 "Así hablaban. Entonces les dije con suaves palabras:

423 "Odiseo.—Primeramente saquemos la nave a tierra firme y llevemos a las grutas nuestras riquezas y los aparejos todos; y después daos prisa en seguirme juntos para que veáis cómo los amigos beben y comen en la sagrada mansión de Circe, pues todo lo tienen en gran abundancia.

428 "Así les hablé; y al instante obedecieron mi mandato. Euriloco fue el único que intentó detener a los compañeros, diciéndoles estas aladas palabras:

431 "Euriloco.—¡Ah, infelices! ¿Adónde vamos? ¿Por qué buscáis vuestro daño, yendo al palacio de Circe, que a todos nos transformará en puercos, lobos o leones para que le guardemos, mal de nuestro grado, su espaciosa mansión? Se repetirá lo que ocurrió con el Ciclope cuando los nuestros llegaron a su cueva con el audaz Odiseo y perecieron por la loca temeridad de éste.

438 "Así dijo. Yo revolvía en mi pensamiento desenvainar la espada de larga punta, que llevaba a un lado del vigoroso muslo, y de un golpe echarle la cabeza al suelo, aunque Euriloco era deudo mío muy cercano; pero me contuvieron los amigos, unos por un lado y otros por el opuesto, diciéndome con dulces palabras:

443 "Los compañeros.—¡Alumno de Zeus! A éste lo dejaremos aquí, si tú lo mandas, y se quedará a guardar la nave; pero a nosotros llévanos a la sagrada mansión de Circe.

446 "Hablando así, alejáronse de la nave y del mar. Y Euriloco no se quedó cerca del cóncavo bajel; pues fue siguiéndonos, amedrentado por mi terrible amenaza.

449 "Entre tanto Circe lavó cuidadosamente en su morada a los demás compañeros, los ungió con pingüe aceite, les puso lanosos mantos y túnicas; y ya los hallamos celebrando alegre banquete en el palacio. Después que se vieron los unos a los otros y contaron lo ocurrido, comenzaron a sollozar y la casa resonaba en torno suyo. La divina entre las diosas se detuvo entonces a mi lado y me habló de esta manera:

456 "Circe.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Ahora dad tregua al copioso llanto: sé yo también cuántas fatigas habéis soportado en el ponto abundante en peces, y cuántos hombres enemigos os dañaron en la tierra. Mas, ea, comed viandas y bebed vino hasta que recobréis el ánimo que teniais en el pecho cuando por primera vez dejastéis vuestra patria, la escabrosa Itaca. Actualmente estáis flacos y desmayados, trayendo de continuo a la memoria la peregrinación molesta, y no cabe en vuestro ánimo la alegría, por lo mucho que habéis padecido.

466 "Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Allí nos quedamos día tras día un año entero y siempre tuvimos en los banquetes carne en abundancia y dulce vino. Mas cuando se acabó el año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, llamáronme los fieles compañeros y me hablaron de este modo:

472 "Los compañeros.—¡Ilustre! Acuérdate ya de la patria tierra, si el destino ha decretado que te salves y llegues a tu casa, de alta techumbre, y a la patria tierra.

475 "Así dijeron, y mi ánimo generoso se dejó persuadir. Y todo aquel día hasta la puesta del sol estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino obscuridad, acostaron los compañeros en las oscuras salas.

480 "Mas yo subí a la magnífica cama de Circe y empecé a suplicar a la deidad, que oyó mi voz y a la cual abracé las rodillas. Y, hablándole, estas aladas palabras le decía:

483 "Odiseo.—¡Oh, Circe! Cúmpleme la promesa que me hiciste de mandarme a mi casa. Ya mi ánimo me incita a partir y también el de los compañeros, quienes apuran mi corazón, rodeándome llorosos, cuando tú estás lejos.

487 "Así habló. Y la divina entre las diosas contestóme acto seguido:

488 "Circe.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No os quedéis por mas tiempo en esta casa, mal de vuestro grado. Pero ante todas cosas habéis de emprender un viaje a la morada de Hades y de la veneranda Persefona, para consultar el alma del tebano Tiresias, adivino ciego, cuyas mentes se conservan íntegras. A él tan sólo, después de muerto, dióle Persefona inteligencia y saber; pues los demás revolotean como sombras.

496 "Así dijo. Sentí que se me partía el corazón y, sentado en el lecho, lloraba y no quería vivir ni ver más la lumbre del sol. Pero cuando me harté de llorar y de dar vuelcos en la cama, le contesté con estas palabras:

501 "Odiseo.—¡Oh, Circe! ¿Quién nos guiará en ese viaje, ya que ningún hombre ha llegado jamás al Hades en negro navío?

503 "Así le habló. Respondióme en el acto la divina entre las diosas:

504 "Circe.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No te dé cuidado el deseo de tener quien te guíe el negro bajel: iza el mástil, descoge las

blancas velas y quédate sentado, que el soplo del Bóreas conducirá la nave. Y cuando hayas atravesado el Océano y llegues adonde hay una playa estrecha y bosques consagrados a Persefona y elevados álamos y estériles sauces, detén la nave en el Océano, de profundos remolinos, y encamínate a la tenebrosa morada de Hades. Allí el Piriflegón y el Cocito, que es un arroyo del agua de la Estix, llevan sus aguas a: Acuéronte; y hay una roca en el lugar donde confluyen aquellos sonoros ríos. Acercándote, pués, a este paraje, como te lo mando, oh héroe, abre un hoyo que tenga un codo por cada lado; haz en torno suyo una libación a todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino y a la tercera vez con agua; y polvoréalalo de blanca harina. Eleva después muchas súplicas a las inanes cabezas de los muertos y vota que, en llegando a Itaca, les sacrificarás en el palacio una vaca no paridera, la mejor que haya, y llenarás la pira de cosa excelente, en su obsequio; y también que a Tiresias le inmolarás aparte un carnero completamente negro que descuelle entre vuestros rebaños. Así que hayas invocado con tus preces al inclito pueblo de los difuntos, sacrifica un carnero y una oveja negra, volviendo el rostro al Erebo, y apártate un poco hacia la corriente del río; allí acudirán muchas almas de los que murieron. Exhorta en seguida a los compañeros y mándales que desuelen las reses, tomándolas del suelo donde yacerán degolladas por el cruel bronce, y las quemem prestamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la veneranda Persefona; y tú desenvaina la espada que llevas cabe al muslo, siéntate y no permitas que las inanes cabezas de los muertos se acerquen a la sangre hasta que hayas interrogado a Tiresias. Pronto comparecerá el adivino, príncipe de hombres, y te dirá el camino que has de seguir, cuál será su duración y cómo podrás volver a la patria, atravesando el mar en peces abundosos.

541 "Así dijo, y al momento llegó la Aurora, de aureo trono. Circe me vistió un manto y una túnica; y se puso amplia vestidura blanca, fina y hermosa, ciñó el talle con lindo cinturón de oro y veló su cabeza. Yo anduve por la casa y amonesté a los compañeros, acercándome a ellos y hablándoles con dulces palabras:

548 "Odiseo.—No permanezcáis acostados, disfrutando del dulce sueño. Partamos ya, pues la veneranda Circe me lo aconseja.

550 "Así les dije; y su ánimo generoso se dejó persuadir. Mas ni de allí pude llevarme indemnes todos los compañeros. Un tal Elpénor, el más joven de todos, que ni era muy valiente en los combates, ni estaba muy en su juicio, yendo a buscar la frescura después que se cargara de vino, habíase acostado separadamente de sus compañeros en la sagrada mansión de Circe; y al oír el vocerío y estrépito de los camaradas que empezaban a moverse, se levantó de súbito, olvidósele volver atrás a fin de bajar por la larga escalera, cayó desde el techo, se le rompieron las vértebras del cuello y su alma descendió al Hades.

561 "Cuando ya todos se hubieron reunido, les dije estas palabras:

562 "Odiseo.—Creéis sin duda que vamos a casa, a nuestra patria tierra; pues bien, Circe nos ha indicado que hemos de hacer un viaje a la morada de Hades y de la veneranda Persefona para consultar el alma del tebano Tiresias.

566 "Así les habló. A todos se les partía el corazón y, sentándose allí mismo, lloraban y se mesaban los cabellos. Mas ningún provecho sacaron de sus lamentaciones.

569 "Tan luego como nos encaminamos, afligidos, a la velera nave y a la orilla del mar, vertiendo copiosas lágrimas, acudió Circe y ató al oscuro bajel un carnero y una oveja negra. Y al hacerlo logró pasar inadvertida muy fácilmente pues,

¿quién podrá ver con sus propios ojos a una deidad que va o viene si a ella no le place?

RAPSODIA XI

EVOCACION DE LOS MUERTOS

“En llegando a la nave y al divino mar, echamos al agua la negra embarcación, izamos el mástil y descogimos el velamen; cargamos luego las reses, y por fin nos embarcamos nosotros, muy tristes y vertiendo copiosas lágrimas. Por detrás de la nave de azulada proa soplaba favorable viento, que henchía las velas; buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz. Colocados cada uno de los aparejos en su sitio, nos sentamos en la nave. A ésta conducíala el viento y el piloto, y durante el día fue andando a velas desplegadas, hasta que se puso el sol y las tinieblas ocuparon todos los caminos.

13 “Entonces arribamos a los confines del Océano, de profunda corriente. Allí están el pueblo y la ciudad de los Cimerios entre nieblas y nubes, sin que jamás el sol resplandeciente los ilumine con sus rayos, ni cuando sube al cielo estrellado, ni cuando vuelve del cielo a la tierra, pues una noche perniciosa se extiende sobre los míseros mortales. A este paraje fue nuestro bajel, que sacamos a la playa; y nosotros, asiendo las ovejas, anduvimos a lo largo de la corriente del Océano hasta llegar al sitio indicado por Circe.

23 “Allí Perimedes y Euriloco sostuvieron las víctimas, y yo, desenvainando la aguda espada que cabe el muslo llevaba, abrí un hoyo de un codo por lado; hice a su alrededor libación a todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino y a la tercera vez con agua; y lo despolvoreé todo con blanca harina. Acto seguido supliqué con fervor a las inanes cabezas de los muertos, y voté que, cuando llegara a Itaca, les sacrificaría en el palacio una vaca no paridera, la mejor que hubiese, y que en su obsequio llenaría la pira de cosas excelentes, y también que a Tiresias le inmolaría aparte un carnero completamente negro que descollase entre nuestros rebaños. Después de haber rogado con votos y súplicas al pueblo de los difuntos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre y al instante se congregaron, saliendo del Erebo, las almas de los fallecidos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron muchos males, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por broncíneas lanzas, y mostraban ensangrentadas armaduras; agitábanse todas con grandísimo murmurio alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro; y el pálido terror se enseñoreó de mí. Al punto exhorté a los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemaran inmediatamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la veneranda Persofoea; y yo, desenvainando la aguda espada que cabe al muslo llevaba me senté y no permití que las inanes cabezas de los muertos se acercaran a la sangre antes que hubiese interrogado a Tiresias.

51 “La primera que vino fue el alma de nuestro compañero Elpénor, el cual aún no había recibido sepultura en la tierra inmensa; pues dejamos su cuerpo en la mansión de Circe sin enterrarlo ni llorarlo porque nos apremiaban otros trabajos. Al verlo lloré, le compadecí en mi corazón, y, hablándole, le dije estas aladas palabras:

57 "Odiseo.—¡Oh, Elpénor! ¿Cómo viniste a estas tinieblas caliginosas? Tu has llegado a pie, antes que yo en la negra nave.

59 "Así le hablé; y él, dando un suspiro, me respondió con estas palabras:

60 "Elpénor.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Dañáronme la mala voluntad de algún dios y el exceso de vino. Habiéndome acostado en la mansión de Circe, no pensé en volver atrás, a fin de bajar por la larga escalera, y caí desde el techo; se me rompieron las vértebras del cuello y mi alma descendió a la mansión de Hades. Ahora te suplico en nombre de los que se quedaron en tu casa y no están presentes —de tu esposa, de tu padre, que te crió cuando eras niño, y de Telémaco, el único vástago que dejaste en el palacio—: sé que, partiendo de acá, de la morada de Hades, detendrás la bien construida nave en la isla Eea; pues yo te ruego, oh rey, que al llegar te acuerdes de mí. No te vayas, dejando mi cuerpo sin llorarle ni enterrarle, a fin de que no excite contra ti la cólera de los dioses; por el contrario, quema mi cadáver con las armas de que me servía y erígeme un túmulo en la ribera del espumoso mar, para que de este hombre desgraciado tengan noticia los venideros. Hazlo así y clava en el túmulo aquel remo con que, estando vivo, bogaba yo con mis compañeros.

79 "Tales fueron sus palabras; y le respondí diciendo:

80 "Odiseo.—Todo te lo haré, oh infeliz, todo te lo llevaré a cumplimiento.

81 "De tal suerte, sentados ambos, nos decíamos estas tristes razones: yo tenía la espada levantada sobre la sangre; y mi compañero, desde la parte opuesta, hablaba largamente.

84 "Vino luego el alma de mi difunda madre Anticlea, hija del magnánimo Autólico; a la cual había dejado viva cuando partí para la sagrada Ilión. Lloré al verla, compadeciéndola en mi corazón; mas con todo eso, a pesar de sentirme muy afligido, no permití que se acercara a la sangre antes de interrogar a Tiresias.

90 "Vino después el alma de Tiresias, el tebano, que empuñaba áureo cetro. Conocióme, y me habló de esta manera:

92 "Tiresias.—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¿Por qué, oh infeliz, has dejado la luz del sol y vienes a ver a los muertos y esta región desapacible? Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que, bebiendo sangre, te revele la verdad de lo que quieras.

97 "Así dijo. Me aparté y metí la espada en la vaina guarnecida de argenteos clavos. El eximio vate bebió la negra sangre, y hablóme al punto con estas palabras:

100 "Tiresias.—Buscas la dulce vuelta, preclaro Odiseo, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste el hijo. Pero aún llegaríais a la patria, después de padecer trabajos, si quisieras contener tu ánimo y el de tus compañeros así que ancles la bien construida embarcación en la isla Trinacia, escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y pingües ovejas del Sol, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejaras indemnes, ocupádotte tan sólo en preparar tu vuelta, aún llegaríais a Itaca, después de soportar muchas fatigas; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú: te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido todos los compañeros, en nave ajena, y hallarás en tu palacio otra plaga: unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden a tu divina consorte a la cual ofrecen regalos de boda. Tú, en llegando, vengarás sus demasías. Mas luego que en tu mansión hayas dado muerte a los pretendientes, ya con astucia, ya cara a cara con el agudo bronce, toma un manejable remo y anda hasta que llegues a aquellos

hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares sazonados con sal, ni conocen las naves de encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello te diré una señal muy manifiesta, que no te pasará inadvertida. Cuando encuentres otro caminante y te dijere que llevas un aventador sobre el gallardo hombro, clava en tierra el manejable remo, haz al soberano Posidón hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelve a tu casa, donde sacrificarás sagradas hecatombes a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo, a todos por su orden. Te vendrá más adelante y lejos del mar una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez; y a tu alrededor los ciudadanos serán dichosos. Cuanto te digo es cierto.

138 "Así se expresó; y yo le respondí:

139 "Odiseo.—¡Tiresias! Esas cosas decretáronlas sin duda los propios dioses. Mas, ea, habla y responde sinceramente. Veo el alma de mi difunta madre, que está silenciosa junto a la sangre, sin que se atreva a mirar frente a frente a su hijo ni a dirigirle la voz. Dime, oh rey, cómo podrá reconocermme.

145 "Así le hablé; y al punto me contestó diciendo:

146 "Tiresias.—Con unas sencillas palabras que pronuncie te lo daré a entender. Aquel de los difuntos a quien permitieres que se acerque a la sangre te dará noticias ciertas; aquel a quien se lo negares, se volverá en seguida.

150 "Diciendo así, el alma del soberano Tiresias se fue a la morada de Hades apenas hubo proferido los oráculos. Mas yo me estuve quedo hasta que vino mi madre y bebió la negruzca sangre. Reconocióme de súbito y díjome entre sollozos estas aladas palabras:

155 "Anticlea.—¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta obscuridad tenebrosa? Difícil es que los vivientes puedan contemplar estos lugares, separados como están por grandes ríos, por impetuosas corrientes y, principalmente, por el Océano, que no se puede atravesar a pie sino en una nave bien construida. ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste a Itaca, ni viste a tu mujer en el palacio?

163 "Así dijo; y yo le respondí de esta suerte:

164 "Odiseo.—¡Madre mía! La necesidad me trajo a la morada de Hades, a consultar el alma de Tiresias el tebano; pero aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra; pues voy siempre errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al divino Agamenón hasta Ilión, la de hermosos corceles, para combatir con los troyanos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Cuál hado de la aterradora muerte acabó contigo? ¿Fue una larga enfermedad, o Artemis, que se complace en tirar flechas, la que te mató con sus suaves tiros? Háblame de mi padre y del hijo que dejé, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos o la tiene algún otro varón, porque se figura que ya no he de volver. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, o ya se casó con el mejor de los aqueos.

180 "Así le hablé; y respondíome en seguida mi veneranda madre:

181 "Anticlea.—Aquella continúa en tu palacio, con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar. Nadie posee aún tu hermosa autoridad real; Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas: sino que en el invierno duerme entre los esclavos de

la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestiduras; y, no bien llega el verano y el fructífero otoño, se le ponen por todas partes, en la fértil viña, humildes lechos de hojas secas donde yace afligido y acrecienta sus penas anhelando tu regreso, además de sufrir las molestias de la senectud a que ha llegado. Así morí yo también, cumpliendo mi destino: ni la que con certera vista se complace en arrojar saetas, me hirió con sus suaves tiros en el palacio, ni me acometió enfermedad alguna de las que se llevan en el vigor de los miembros por una odiosa consunción; antes bien la soledad que de ti sentía y la memoria de tus cuidados y de tu ternura, preclaro Odiseo, me privaron de la dulce vida.

204 "Así se expresó. Quise entonces efectuar el designio, que tenía formado en mi espíritu, de abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué a ella, pues el ánimo incitábame a abrazarla; tres veces se me fue volando de entre las manos como sombra o sueño. Entonces sentí en mi corazón un agudo dolor que iba en aumento, y dije a mi madre estas aladas palabras:

210 "*Odiseo*.—¡Madre mía! ¡Por qué huyes cuando a ti me acerco, ansioso de asirte, a fin de que en la misma morada de Hades nos echemos en brazos el uno del otro y nos saciemos de triste llanto? ¡Por ventura envíome esta vana imagen la ilustre Persefonea, para que se acrecienten mis lamentos y suspiros?

215 "Así le dije; y al momento me contestó mi veneranda madre:

216 "*Anticlea*.—¡Ay de mi hijo mío, el más desgraciado de todos los hombres! No te engaña Persefonea, hija de Zeus, sino que ésta es la condición de los mortales cuando fallecen: los nervios ya no mantienen unidos la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta; y el alma se va volando, como un sueño. Mas, procura volver lo antes posible a la luz y llévate sabidas todas estas cosas para que luego las refieras a tu consorte.

225 "Mientras así conversábamos, vinieron —enviadas por la ilustre Persefonea— cuantas mujeres fueron esposas o hijas de eximios varones. Reuniéronse en tropel alrededor de la negra sangre, y yo pensaba de qué modo podría interrogarlas por separado. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente: desenvainé la espada de larga punta que traía al lado del muslo y no permití que bebieran a un tiempo la denegrida sangre. Entonces se fueron acercando sucesivamente, me declararon su respectivo linaje, y a todas les hice preguntas.

235 "La primera que vi fue Tiro, de ilustre nacimiento, la cual manifesté que era hija del insigne Salmoneo y esposa de Creteo Eólida. Habíase enamorado de un río que es el más bello de los que discurren por el orbe, el divinal Enipeo, y frecuentaba los sitios próximos a su hermosa corriente; pero el que cife y bate la tierra, tomando la figura de Enipeo, se acostó con ella en la desembocadura del vorticoso río. La ola purpúrea, grande como una montaña, se encorvó alrededor de entrambos, y ocultó al dios y a la mujer mortal. Posidón desatóle a la doncella el virgíneo cinto y le infundió sueño. Mas, tan pronto como hubo logrado sus amorosos deseos, le tomó la mano y le dijo estas palabras:

248 "*Posidón*. Huélgate, mujer, con este amor. En el transcurso del año parirás hijos ilustres, que nunca son estériles las uniones de los inmortales. Cuidalos y críalos. Ahora vuelve a tu casa y abstente de nombrarme, pues sólo soy para tí Posidón, que sacude la tierra.

253 "Cuando esto hubo dicho, sumergiósese en el agitado ponto. Tiro quedó encinta y parió a Pelias y a Neleo, que habían de ser esforzados servidores del gran Zeus; y viveron Pelias, rico en ganado, en la extensa Yaolco, y Neleo, en la arenosa

Pilos. Además, la reina de las mujeres tuvo de Creteo otros hijos: Esón, Feres y Amitaón, que combatía en carro.

260 "Después vi a Antíope, hija de Asopo, que se gloriaba de haber dormido en brazos de Zeus. Parió dos hijos —Anfrión y Zeto—, los primeros que fundaron y torrearon a Tebas, la de las siete puertas; pues no hubieran podido habitar aquella vasta ciudad desguarnecida de torres, no obstante ser ellos muy esforzados.

266 "Después vi a Alemena, esposa de Anfitrión, la cual del abrazo del gran Zeus tuvo al fornido Heracles, de corazón de león; y luego parió a Megara, hija del animoso Creonte, a la cual tuvo por mujer el Anfitriónida, de valor siempre indómito.

271 "Vi también a la madre de Edipo, la bella Epicasta, que cometió sin querer una gran falta, casándose con su hijo; pues éste, luego de matar a su propio padre, la tomó por esposa. No tardaron los dioses en revelar a los hombres lo que había ocurrido: y, con todo, Edipo, si bien tuvo sus contratiempos, siguió reinando sobre los cadmeos en la agradable Tebas, por los perniciosos designios de las deidades; mas ella, abrumada por el dolor, fuese a la morada de Hades, de sólidas puertas, atando un lazo al elevado techo, y dejóle tantos dolores como causan las Erinies de una madre.

281 "Vi igualmente a la bellísima Cloris —a quien por su hermosura tomó Neleo por esposa, consignándole una dote inmensa—, hija menor de Anfrión Yásida, el que imperaba poderosamente en Orcómeno Minieo: ésta reinó en Pilos y tuvo de Neleo hijos ilustres: Néstor, Cromio y el arrogante Periclímeno. Parió después a la ilustre Pero, encanto de los mortales, que fue pretendida por todos sus vecinos; mas Neleo se empeñó en no darla sino al que le trajese de Filace las vacas de retorcidos cuernos y espaciosa frente del robusto Ificlo; empresa difícil de llevar al cabo. Tan sólo un eximio vate prometió presentárselas; pero el hado funesto de un dios, juntamente con unas fuertes cadenas y los boyeros del campo, se lo impidieron. Mas, después que pasaron días y meses y, transcurrido el año, volvieron a sucederse las estaciones, el robusto Ificlo soltó al adivino, que le había revelado todos los oráculos, y cumplióse entonces la voluntad de Zeus.

298 "Vi también a Leda, la esposa de Tíndaro, que le parió dos hijos de ánimo esforzado: Cástor, domador de caballos y Polideuces, excelente púgil. A éstos los mantiene vivos la alma tierra y son honrados por Zeus debajo de ella; de suerte que viven y mueren alternativamente, pues el día que vive el uno muere el otro y viceversa. Ambos disfrutaron de los mismos honores que los númerones.

305 "Después vi a Ifimedia, esposa de Aloeo, la cual se preciaba de haber tenido acceso con Posidón. Había dado a luz dos hijos de corta vida: Oto —igual a un dios, y el celeberrimo Efiltes; que fueron los mayores hombres que criara la fértil tierra y los más gallardos, si se exceptúa al ínclito Orión, pues a los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de estatura. Oto y Efiltes amenazaron a los inmortales del Olimpo con llevarles el tumulto de la impetuosa guerra. Quisieron poner el Osa sobre el Olimpo, y encima del Osa el frondoso Pelión, para que el cielo les fuese accesible. Y dieran fin a su traza, si hubiesen llegado a la flor de la juventud; pero el hijo de Zeus, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, exterminólos a entrambos antes que el vello floreciese debajo de sus sienes y su barba se cubriera de suaves pelos.

321 "Vi a Fedra, a Procris y a la hermosa Ariadna, hija del artero Minos, que Teso se llevó de Creta al feraz territorio de la sagrada Atenas: mas no pudo

lograrla, porque Artemis la mató en Día, situada en medio de las olas, por la acusación de Dióniso.

326 "Vi a Mera, a Clímene y a la odiosa Erifile, que aceptó el preciado oro por traicionar a su marido. Y no pudiera decir ni nombrar todas las mujeres e hijas de héroes que vi después, porque antes llegara a su término la divinal noche. Mas ya es hora de dormir, sea yendo a la velera nave donde están los compañeros, sea permaneciendo aquí. Y cuidarán de acompañarme a mi patria los dioses, y también vosotros."

333 Así se expresó. Enmudecieron los oyentes en el obscuro palacio, y quedaron silenciosos, arrobados por el placer de oírle. Pero Arete, la de los niveos brazos, empezó a hablarles diciendo:

336 *Arete.*—¡Feacios! ¿Qué os parece este hombre por su aspecto, estatura y sereno juicio? Es mi huésped, pero de semejante honra participáis todos. Por tanto, no apresuréis su partida; ni le escatiméis las dádivas, ya que se halla en la necesidad y abundan en vuestros palacios las riquezas, por la voluntad de los dioses.

342 Entonces el anciano héroe Equeneo, que era el de más edad de los feacios, hablóles de esta suerte:

344 *Equeneo.*—¡Amigos! Nada nos ha dicho la sensata reina que no sea a propósito y conveniente. Obedecedla, pues; aunque Alcínoo es quien puede, con sus palabras y obras, dar el ejemplo.

347 Alcínoo le contestó de esta manera.

348 *Alcínoo.*—Se cumplirá lo que decís en cuanto yo viva y reine sobre los feacios, amantes de manejar los remos. El huésped, siquiera esté deseoso de volver a su patria, resignese a quedarse aquí hasta mañana, a fin de que le prepare todos los regalos. Y de su partida se cuidarán todos los varones y principalmente yo, cuyo es el mando en este pueblo.

354 El ingenioso Odiseo respondió diciendo:

355 *Odiseo.*—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Si me mandarais quedarme aquí un año entero y durante el mismo dispusierais mi vuelta y me hicierais espléndidos presentes, me quedaría de muy buena gana; pues fuera mejor llegar a la patria con las manos llenas y verme así más honrado y querido de cuantos hombres presenciasen mi regreso a Itaca.

362 Entonces Alcínoo le contestó, hablándole de esta guisa:

363 *Alcínoo.*—¡Oh, Odiseo! Al verte no sospechamos que seas un impostor ni un embustero, como otros muchos que cría la obscura tierra; los cuales, dispersos por doquier, forjan mentiras que nadie logra descubrir: tú das belleza a las palabras, tienes excelente ingenio e hiciste la narración con tanta habilidad como un aedo, contándonos los deplorables trabajos de todos los argivos y de ti mismo. Mas, ea, habla y dime sinceramente si viste a algunos de los deiformes amigos que te acompañaron a Ilión y allí recibieron la fatal muerte. La noche es muy larga, inmensa, y aún no llegó la hora de recogerse en el palacio. Cuéntame, pues, esas hazañas admirables; que yo me quedaría hasta la divinal aurora, si te decidieras a referirme en esta sala tus desventuras.

377 Respondióle el ingenioso Odiseo:

378 *Odiseo.*—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Hay horas oportunas para largos relatos y horas destinadas al sueño; mas si tienes todavía voluntad de escucharme, no me niego a referirte otros hechos aún más miserandos: los infortunios de mis compañeros que, después de haber escapado de

la luctuosa guerra de los teucros, murieron al volver a su patria porque así lo quiso una mujer perversa.

385 "Después que la casta Persefona hubo dispersado acá y acullá las almas de las mujeres, presentóse muy angustiada la de Agamenón Atrida; a cuyo alrededor se congregaban las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino. Reconocióme así que bebió la negra sangre y al punto comenzó a llorar ruidosamente; derramaba copiosas lágrimas y me tendía las manos con el deseo de abrazarme; mas yo no disfrutaba del firme vigor, ni de la fortaleza que antes tenía en los flexibles miembros. Al verlo lloré, y, compadeciéndole en mi corazón, le dije estas aladas palabras:

397 *Odiseo.*—¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! ¿Cuál hado de la aterradora muerte te quitó la vida? ¿Acaso Posidón te mató en tus naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, o unos hombres enemigos acabaron contigo en la tierra firme, porque te llevabas sus bueyes y sus hermosos rebaños de ovejas o porque combatías por apoderarte de su ciudad y de sus mujeres?

404 "Así le dije; y me respondió en seguida:

405 *Agamenón.*—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardidés! Ni Posidón me mató en las naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, ni hombres enemigos acabaron conmigo en la tierra firme; Egisto fue quien me preparó la muerte y el hado, pues, de acuerdo con mi funesta esposa, me llamó a su casa, me dio de comer y me quitó la vida como se mata a un buey junto a un pesebre. Morí de este modo, padeciendo deplorable muerte; y a mi alrededor fueron asesinados mis compañeros, unos en pos de otros, como en la casa de un hombre rico y poderosísimo son degollados los puercos de albos dientes para una comida de bodas, un festín a escote, o un banquete espléndido. Ya has presenciado la matanza de un tropel de hombres que son muertos aisladamente en el duro combate; pero hubieras sentido grandísima compasión al contemplar aquel espectáculo, al ver cómo yacíamos en la sala alrededor de la cratera y de las mesas llenas y cómo el suelo manaba sangre por todos lados. Oí la misérrima voz de Casandra, hija de Priamo, a la cual estaba matando, junto a mí, la dolosa Clitemnestra; y yo, en tierra y moribundo, alzaba los brazos para asirle la espalda. Mas la descarada fuese luego, sin que se dignara bajarme los párpados ni cerrarme la boca, aunque me veía descender a la morada de Hades. Así es que nada hay tan horrible e impudente como la mujer que concibe en su espíritu intentos como el de aquélla, que cometió la inicua acción de tramar la muerte contra su esposo legítimo. Figurábame que, al tornar a mi casa, se alegrarían mis hijos y mis esclavos; pero aquélla ladina más que otra alguna en cometer maldades, cubrióse de infamia a sí misma y hasta a las mujeres que han de nacer, por virtuosas que fueren.

435 "Así se expresó; y le contesté diciendo:

436 *Odiseo.*—¡Oh, dioses! En verdad que el largovidente Zeus a borreció de extraordinaria manera la estirpe de Atreo, ya desde su origen, a causa de la perfidia de las mujeres: por Helena nos perdimos muchos, y Clitemnestra te preparó una celada mientras te hallabas ausente.

440 "Así le hablé; y en seguida me respondió:

441 *Agamenón.*—Por tanto jamás seas benévolo con tu mujer ni le descubras todo lo que piensas; antes bien, participale unas cosas y ocúltale otras. Mas a tí, oh Odiseo, no te vendrá la muerte por culpa de tu mujer, porque la prudente Penlopea, hija de Icarío, es muy sensata y sus intentos son razonables. La dejamos

recién casada al partir para la guerra y daba el pecho a su hijo, infante todavía; el cual debe de contarse ahora, feliz y dichoso, en el número de los hombres. Y su padre, volviendo a la patria, le verá; y él abrazará a su padre, como es justo. Pero mi esposa no dejó que me saciara contemplando con estos ojos al mío, ya que me mató antes. Otra cosa voy a decir que pondrás en tu corazón: al tomar puerto en la patria tierra, hazlo ocultamente y no a la descubierta, pues ya no hay que fiar en las mujeres. Mas, ea, habla y dime sinceramente si oíste que mi hijo vive en Orcómeno, o en la arenosa Pilos o quizás con Menelao en la extensa Esparta; pues el divinal Orestes aún no ha desaparecido de la tierra.

462 "De esta suerte habló; y le respondí diciendo:

463 "Odiseo.—¡Oh, Atrida! ¡Por qué me haces esa pregunta? Ignoro si aquel vive o ha muerto, y es malo hablar inútilmente.

465 "Mientras nosotros estábamos afligidos, diciéndonos tan tristes razones y derramando copiosas lágrimas, vinieron las almas de Aquileo Pelida, de Patroelo, del intachable Antiloco y de Ayante, que fue el más excelente de todos los dánaos en cuerpo y hermosura, después del eximio Pelión. Reconocióme el alma del Eácida, el de los pies ligeros, y lamentándose me dijo estas aladas palabras:

473 "Aquileo.—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en virtudes! ¡Desdichado! ¿Qué otra empresa mayor que las pasadas revuelves en tu pecho? ¿Cómo te atreves a bajar a la mansión de Hades, donde residen los muertos, que están privados de sentido y son imágenes de los hombres que ya fallecieron?

477 "Así se expresó; y le respondí diciendo:

478 "Odiseo.—¡Oh Aquileo, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! Vine por el oráculo de Tiresias, a ver si me daba algún consejo para llegar a la escabrosa Itaca; que aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, sino que padezco infortunios continuamente. Pero tú, oh Aquileo, eres el más dichoso de todos los hombres que nacieron y han de nacer, puesto que antes, cuando vivías, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquileo, no has de entristecerte por que estés muerto.

487 "Así le dije, y me contestó en seguida:

488 "Aquileo.—No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría ser labrador y servir a otro, o un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos. Mas, ea, hálame de mi ilustre hijo: dime si fue a la guerra para ser el primero en las batallas, o se quedó en casa. Cuéntame también si oíste algo de eximio Peleo y si conserva la dignidad real entre los numerosos mirmidones, o le menosprecia en la Hérade y en Ptia porque la senectud debilitó sus pies y sus manos. ¡Así pudiera valerle, a los rayos del sol, siendo yo cual era en la vasta Troya, cuando mataba guerreros muy fuertes, combatiendo por los argivos. Si; siendo tal, volviese, aunque por breve tiempo, a la casa de mi padre, daríales terrible prueba de mi valor y de mis invictas manos a cuantos le hagan violencia o intenten quitarle la dignidad regia!

504 "Así habló; y le contesté diciendo:

505 "Odiseo.—Nada ciertamente he sabido del intachable Peleo; mas de tu hijo Neoptólemo te diré toda la verdad, como lo mandas, pues yo mismo lo llevé, en una cóncava y bien proporcionada nave, desde esciro al campamento de los aqueos, de hermosas grebas. Cuando teníamos consejo en los alrededores de la ciudad de Troya, hablaba siempre antes que ninguno y sin errar; y de ordinario tan sólo el divino Néstor y yo le aventajábamos. Mas, cuando peleábamos con las

bronceas armas en la llanura de los troyanos, nunca se quedaba entre muchos guerreros ni en la turba; sino que se adelantaba a toda prisa un buen espacio, no cediendo a nadie en valor, y mataba a gran número de hombres en el terrible combate. Yo no pudiera decir ni nombrar a cuántos guerreros dio muerte, luchando por los argivos; pero referiré que mató con el bronce a un varón como el héroe Eurípilo Teléfida, en torno del cual perdieron la vida muchos de sus compañeros ceteos a causa de los presentes que se habían enviado a una mujer. Aún no he conseguido ver un hombre más gallardo, fuera del divinal Memnón. Y cuando los más valientes argivos penetramos en el caballo que fabricó Epeo y a mí se me confió todo (así el abrir como el cerrar la sólida emboscada), los caudillos y príncipes de los dánaos se enjugaban las lágrimas y les temblaban los miembros; pero nunca vi con estos ojos que a él se le mudara el color de la linda faz, ni que se secara las lágrimas de las mejillas: sino que me suplicaba con insistencia que le dejase salir del caballo, y acariciaba el puño de la espada y la lanza que el bronce hacia ponderosa, meditando males contra los teucros. Y así que devastamos la excelsa ciudad de Priamo y hubo recibido su parte de botín y además una señalada recompensa, embarcóse sano y salvo, sin que le hubiesen herido con el agudo bronce ni de cerca ni de lejos, como ocurre frecuentemente en las batallas, pues Ares se enfurece contra todos sin distinción alguna.

538 "Así dije; y el alma del Eácida, el de pies ligeros, se fue a buen paso por la pradera de asfódelos, gozosa de que le hubiesen participado que su hijo era insigne:

541 "Las otras almas de los muertos se quedaron aún y nos refirieron, muy tristes, sus respectivas cuitas. Sólo el alma de Ayante Telamoniada permanecía algo distante, enojada porque le vencí en el juicio que se celebró cerca de las naves para adjudicar las armas de Aquileo; juicio propuesto por la veneranda madre del héroe y fallado por los teucros y por Palas Atenea. ¡Ojalá no le hubiese vencido en el fallo! Por tales armas guarda la tierra en su seno una cabeza cual la de Ayante, quien, por su gallardía y sus proezas, descollaba entre los dánaos después del intachable Pelión. Mas entonces le dije con suaves palabras:

553 "Odiseo.—¡Oh Ayante, hijo del egregio Telamón! ¿No debías, ni aun después de muerto, deponer la cólera que contra mí concebiste con motivo de las perniciosas armas? Los dioses las convirtieron en una plaga contra los argivos, ya que periciste tú, que tal baluarte eras para todos. A los aqueos nos ha dejado tu muerte constantemente afligidos, tanto como la del Pelida Aquileo. Mas nadie tuvo la culpa sino Zeus, que, tocado del odio contra los belicosos dánaos, te impuso semejante destino. Ea, ven aquí, oh rey, a escuchar mis palabras; y reprime tu ira y tu corazón valeroso.

563 "Así le hablé; pero nada me respondió y se fue hacia el Érebo a juntarse con las otras almas de los difuntos. Desde allí quizá me hubiese dicho algo, aunque estaba irritado o por lo menos yo a él, pero en mi pecho incitábame el corazón a ver las almas de los demás muertos.

568 "Allí vi a Minos, ilustre vástago de Zeus, sentado y empuñando áureo cetro, pues administraba justicia a los difuntos. Estos, unos sentados y otros en pie a su alrededor, exponían sus causas al soberano en la morada de Hades.

572 "Vi después al gigantesco Orión, el cual perseguía por la pradera de asfódelos las fieras que antes había herido de muerte en las solitarias montañas, manejando irrompible clava toda de bronce.

576 "Vi también a Titio, el hijo de la augusta Tierra, echado en el suelo, donde ocupaba nueve yugadas. Dos buitres, uno de cada lado, le roían el hígado,

penetrando con el pico en sus entrañas, sin que pudiera rechazarlos con las manos; porque intentó hacer fuerza a Leto, la gloriosa consorte de Zeus, que se encaminaba a Pito por entre la amena Panopeo.

582 “Vi asimismo a Tántalo, el cual padecía crueles tormentos, de pie en un lago cuya agua le llegaba a la barba. Tenía sed y no conseguía tomar el agua y beber: cuantas veces se bajaba el anciano con la intención de beber, otras tantas desaparecía el agua absorbida por la tierra; la cual se mostraba negruzca en torno a sus pies y un dios la secaba. Encima de él colgaban las frutas de altos árboles —perales, manzanos de espléndidas pomos, higueras y verdes olivos—; y cuando el viejo levantaba los brazos para cogerlas, el viento se las llevaba a las sombrías nubes.

593 “Vi de igual modo a Císifo, el cual padecía duros trabajos empujando con entrambas manos una enorme piedra. Forcejeaba con los pies y las manos e iba conduciendo la piedra hacia la cumbre de un monte; pero cuando ya le faltaba poco para doblarla, una fuerza poderosa derrocaba la insolente piedra, que caía rodando a la llanura. Tornaba entonces a empujarla, haciendo fuerza, y el sudor le corría de los miembros y el polvo se levantaba sobre su cabeza.

601 “Vi después, al fornido Heracles o, por mejor decir, su imagen; pues él está con los inmortales dioses, se deleita en sus banquetes, y tiene por esposa a Hebe, la de los pies hermosos, hija de Zeus y de Hera, la de las áureas sandalias. En torno suyo dejábase oír la gritería de los muertos —cual si fueran aves—, que huían espantados a todas partes; y Heracles, semejante a tenebrosa noche, traía desnudo el arco con la flecha sobre la cuerda, y volvía los ojos atrozmente como si fuese a disparar. Llevaba alrededor del pecho un tahalí de oro, de horrenda vista, en el cual se habían labrado obras admirables: osos, agrestes jabalíes, leones de relucientes ojos, luchas, combates, matanzas y homicidios. Ni el mismo que con su arte construyó aquel tahalí, hubiera podido hacer otro igual. Reconocióme Heracles, apenas me vio con sus ojos, y lamentándose me dijo estas aladas palabras:

617 “*Heracles.*—¡Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardidés! ¡Ah, mísero! Sin duda te persigue algún hado funesto, como el que yo padecía mientras me alumbraban los rayos del sol. Aunque era hijo de Zeus Cronida, hube de arrostrar males sin cuento por verme sometido a un hombre muy inferior que me ordenaba penosos trabajos. Una vez me envié aquí para que sacara el can, figurándose que ningún otro trabajo sería más difícil; y yo me lo llevé y lo saqué del Hades, guiado por Hermes y por Atenea, la de ojos de lechuza.

627 “Cuando así hubo dicho, volvió a internarse en la morada de Hades y yo me quedé inmóvil, por si acaso venía algún héroe de los que murieron anteriormente y hubiera visto a los hombres antiguos a quienes deseaba conocer (a Teseo, y a Pirítoo, hijos gloriosos de las deidades); pero congregóse, antes que llegaran, un sinnúmero de difuntos con gritería inmensa, y el pálido terror se apoderó de mí, temiendo que la ilustre Persefonea no me enviase del Hades la cabeza de Gorgo, horrendo monstruo. Volví en seguida al bajel y ordené a mis compañeros que se embarcaran y desataran las amarras. Embarcáronse acto continuo y se sentaron en los bancos. Y la onda de la corriente llevaba nuestra embarcación por el río Océano, empujada al principio por los remos y más adelante por próspero viento.

RAPSODIA XII

LAS SIRENAS, ESCILA CARIBDIS, LAS VACAS DEL SOL

“Tan luego como la nave, dejando la corriente del río Océano, llegó a las olas del vasto mar y a la isla Eea —donde están la mansión y las danzas de la Aurora, hija de la mañana, y el orto del Sol—, la sacamos a la arena, después de saltar a la playa, nos entregamos al sueño, y aguardamos la aparición de la divinal Aurora.

8 “Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, envié algunos compañeros a la morada de Circe para que trajesen el cadáver del difunto Elpénor. Luego cortamos troncos y, afligidos y vertiendo abundantes lágrimas, celebramos las exequias en el lugar más eminente de la orilla. Y no bien hubimos quemado el cadáver y las armas del difunto, le erigimos un túmulo, con su correspondiente cípe, y clavámos en la parte más alta el manejable remo.

16 “Mientras en tales cosas nos ocupábamos, no se le encubrió a Circe nuestra llegada del Hades, y se atavió y vino muy presto con criadas que traían pan, mucha carne y vino rojo, de color de fuego. Y puesta en medio de nosotros, dijo así la divina entre las diosas:

21 “*Circe.*—¡Oh desdichados, que viviendo aún, bajasteis a la morada de Hades, y habréis muerto dos veces cuando los demás hombres mueren una sola! Ea, quedaos aquí, y comed manjares y bebed vino, todo el día de hoy; pues así que despunte la aurora volveréis a navegar, y yo os mostraré el camino y os indicaré cuanto sea preciso para que no padezcáis, a causa de una maquinación funesta, ningún infortunio ni en el mar ni en la tierra firme.

28 “Así dijo: y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Apenas el sol se puso y sobrevino la obscuridad, los demás se acostaron junto a las amarras del buque. Pero a mí Circe me cogió de la mano, me hizo sentar separadamente de los compañeros y, acomodándose cerca de mí, me preguntó cuanto me había ocurrido; y yo se lo conté por su orden. Entonces me dijo estas palabras la veneranda Circe:

37 “*Circe.*—Así, pues, se han llevado a cumplimiento todas estas cosas. Oye ahora lo que voy a decir y un dios en persona te lo recordará más tarde. Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeñuelos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a sus hogares; sino que le hechizan las sirenas con el sonoro canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que ninguno las oiga; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arriado a la parte inferior del mástil, y que las sogas se liguén al mismo; y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas. Y caso de que supliques o mandes a los compañeros que te suelten, átente con más lazos todavía.

55 “Después que tus compañeros hayan conseguido llevaros más allá de las Sirenas, no te indicaré con precisión cuál de los dos caminos te cumple recorrer; considéralo en tu ánimo, pues voy a decir lo que hay en ambas partes. A un lado se

alzan peñas prominentes, contra las cuáles rugen las inmensas olas de la ojizarca Anfítrite: llámanlas Erráticas los bienaventurados dioses. Por allí no pasan las aves sin peligro, ni aun las tímidas palomas que llevan la ambrosia al padre Zeus; pues cada vez la lisa peña arrebató alguna y el padre manda otra para completar el número. Ninguna embarcación de hombres, en llegando allá, pudo escapar salva; pues las olas del mar y las tempestades, cargadas de pernicioso fuego, se llevan juntamente las tablas del barco y los cuerpos de los hombres. Tan sólo logro doblar aquellas rocas una nave surcadora del ponto, Argo, por todos tan celebrada, al volver del país de Eetes; y también a ésta habríala estrellado el oleaje contra las grandes peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar junto a ellas por su afecto a Jasón.

73 "Al lado opuesto hay dos escollos. El uno alcanza al anchuroso cielo con su pico agudo, coronado por el pardo nubarrón que jamás le suelta; en términos que la cima no aparece despejada nunca, ni siquiera en verano, ni en otoño. Ningún hombre mortal, aunque tuviese veinte manos e igual número de pies, podría subir al tal escollo ni bajar de él, pues la roca es tan lisa que semeja pulimentada. En medio del escollo hay un antro sombrío que mira al ocaso, hacia el Erebo, y a él enderezaréis el rumbo de la cóncava nave, preclaro Odiseo. Ni un hombre joven, que disparara el arco desde la cóncava nave, podría llegar con sus tiros a la profunda cueva. Allí mora Escila, que aúlla terriblemente, con voz semejante a la de una perra recién nacida, y es un monstruo perverso a quien nadie se alegrara de ver, aunque fuese un dios el que con ella se encontrase. Tiene doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimo, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres hileras de abundantes y apretados dientes, llenos de negra muerte. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, saca las cabezas fuera de aquel horrendo bátraco y, registrando alrededor del escollo, pesca delfines, perros de mar, y también, si puede cogerlo, alguno de los monstruos mayores que cría en cantidad inmensa la ruidosa Anfítrite. Por allí jamás pasó embarcación cuyos marineros pudieran gloriarse de haber escapado indemnes; pues Escila les arrebató con sus cabezas sendos hombres de la nave de azulada proa.

101 "El otro escollo es más bajo y lo verás, Odiseo, cerca del primero; pues hállase a tiro de flecha. Hay ahí un cabrahigo grande y frondoso, y a su pie la divinal Caribdis sorbe la turbia agua. Tres veces al día la echa fuera y otras tantas vuelve a sorberla de un modo horrible. No te encuentres allí cuando la sorbe, pues ni el que sacude la tierra podría librarte de la perdición. Debes, por el contrario, acercarte mucho al escollo de Escila y hacer que tu nave pase rápidamente; pues mejor es que eches de menos a seis compañeros que no a todos juntos.

111 "Así se expresó; y le contesté diciendo:

112 "Odiseo.—Ea, oh diosa, háblame sinceramente: Si por algún medio lograste escapar de la funesta Caribdis, ¿podré rechazar a Escila cuando quiera dañar a mis compañeros?

115 "Así le dije, y al punto me respondió la divina entre las diosas:

116 "Circe.—¡Oh, infeliz! ¿Aún piensas en obras y trabajos bélicos, y no has de ceder ni ante los inmortales dioses? Escila no es mortal, sino una plaga impercedera, grave, terrible, cruel e ineluctable. Contra ella no hay que defenderse; huir de su lado es lo mejor. Si, armándote, demoras junto al peñasco, temo que se lanzará otra vez y te arrebatará con sus cabezas sendos varones. Debes hacer, por tanto, que tu navío pase ligero, e invocar, dando gritos, a Crateis, madre de Escila, que les parió tal plaga a los mortales; y ésta la contendrá para que no os acometa nuevamente.

12/ "Llegarás más tarde a la isla de Trinacia, donde pacen las muchas vacas y pingües ovejas del Sol. Siete son las vacadas, otras tantas las hermosas greyes de ovejas, y cada una está formada por cincuenta cabezas. Dicho ganado no se reproduce ni muere, y son sus pastoras dos deidades, dos ninfas de hermosas trenzas: Faetusa y Lampetia; las cuales concibió del Sol Hiperión la divina Neera. La veneranda madre, después que las dio a luz y las hubo criado, llevólas a la isla de Trinacia, allá muy lejos, para que guardaran las ovejas de su padre y las vacas de retorcidos cuernos. Si a éstas las dejaras indemnes, ocupándote tan sólo en preparar tu regreso, aun llegarías a Itaca, después de pasar muchos trabajos; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú escapes, llegarás tarde y mal a la patria, después de perder todos los compañeros.

142 "Así dijo; y al punto apareció la Aurora, de áureo solio. La divina entre las diosas se internó en la isla, y yo, encaminándome al bajel, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse acto continuo y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Por detrás de la nave de azulada proa soplabá próspero viento que henchía las velas; buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas deidad poderosa, dotada de voz. Colocados los aparejos cada uno en su sitio, nos sentamos en la nave, que era conducida por el viento y el piloto. Entonces alcé la voz a mis compañeros, con el corazón triste, y les hablé de este modo:

154 "Odiseo.—¡Oh amigos! No conviene que sean únicamente uno o dos quienes conozcan los vaticinios que me reveló Circe, la divina entre las diosas; y os los voy a referir para que, sabedores de ellos, o muramos o nos salvemos, librándonos de la muerte y de la Parca. Nos ordena lo primero rehuir la voz de las divinales sirenas y el florido prado en que éstas moran. Manifestóme que tan sólo yo debo oírlas; pero atadme con fuertes lazos, de pie y arrimado a la parte inferior del mástil —para que me esté allí sin moverme—, y las sogas líguense al mismo. Y en el caso de que os ruegue o mande que me soltéis, atadme con más lazos todavía.

165 Mientras hablaba, declarando estas cosas a mis compañeros, la nave, bien construídállegó muy presto a la isla de las sirenas, pues la empujaba favorable viento. Desde aquél instante echóse el viento y reino sosegada calma, pues algún numen adormeció las olas. Levantáronse mis compañeros, amainaron las velas y pusieronlas en la cóncava nave; y, habiéndose sentado nuevamente en los bancos, emblanquecían el agua, agitándola con los remos de pulimentado abeto. Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce en pedacitos, que me puse luego a apretar con mis robustas manos. Pronto se calentó la cera, porque hubo de ceder a la gran fuerza y a los rayos del soberano Sol Hiperiónida, y fui tapando con ella los oídos de todos los compañeros. Atáronme éstos en la nave, de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las sogas al mismo; y, sentándose en los bancos, tomaron a batir con los remos el espumoso mar. Hicimos andar la nave muy rápidamente, y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allá pudieran llegar nuestras voces, no se les encubrió a las sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto:

184 "Las sirenas.—¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuántas fatigas padecie-

ron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra.

192 "Esto dijeron con su hermosa voz. Sintióse mi corazón con ganas de oirlas, y moví las orejas, mandando a los compañeros que me desatasen; pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y, levantándose al punto Perimedes y Euriloco, atáronme con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, quitáronse mis fieles compañeros la cera con que había yo tapado sus oídos y me soltaron las ligaduras.

201 "Al poco rato de haber dejado atrás la isla de las sirenas, vi humo e ingentes olas y percibí fuerte estruendo. Los míos, amedrentados, hicieron volar los remos, que cayeron con gran fragor en la corriente; y la nave se detuvo porque ya las manos no batían los largos remos. A la hora anduve por la embarcación y amonesté a los compañeros, acercándome a ellos y hablándoles con dulces palabras:

208 "Odiseo.—¡Oh amigos! No somos novatos en padecer desgracias y la que se nos presenta no es mayor que la experimentada cuando el Ciclope, valiéndose de su poderosa fuerza, nos encerró en la excavada gruta. Pero de allí nos escapamos también por mi valor, decisión y prudencia, como me figuro que todos recordaréis. Ahora, ea hagamos todos lo que voy a decir. Vosotros, sentados en los bancos, batid con los remos las grandes olas del mar, por si acaso Zeus nos concede que escapemos de esta desgracia, librándonos de la muerte. Y a ti, piloto, voy a darte una orden que fijarás en tu memoria, puesto que gobiernas el timón de la cóncava nave. Apártala de ese humo y de esas olas, y procura acercarla al escollo, no sea que la nave se lance allá, sin que tú lo adviertas, y a todos nos lleves a la ruina.

222 "Así les dije, y obedecieron sin tardanza ni mandato. No les hablé de Escila, azar inevitable, para que los compañeros no dejaran de remar, escondiéndose dentro del navío. Olvidé entonces la penosa recomendación de Circe de que no me armase de ningún modo; y, poniéndome la magnífica armadura, tomé dos grandes lanzas y subí al tablado de proa, lugar desde donde esperaba ver primeramente a la pétreo Escila que iba a producir tal estrago en mis compañeros. Mas no pude verla en lado alguno y mis ojos se cansaron de mirar a todas partes registrando la obscura peña.

234 "Pasábamos el estrecho Torando, pues a un lado estaba Escila y al otro la divina Caribdis, que sorbía de norribe manera la salobre agua del mar. Al vomitarla dejaba oír sordo murmurio, revolviéndose toda como una caldera que está sobre un gran fuego, y la espuma caía sobre las cumbres de ambos escollos. Mas, apenas sorbía la salobre agua del mar, mostrábase agitada interiormente, el peñasco sonaba alrededor un espantoso ruido y en lo hondo se descubría la tierra mezclada con cerúlea arena. El pálido temor se enseñoreó de los míos, y mientras contemplábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató de la cóncava embarcación los seis compañeros que más sobresalían por sus manos y por su fuerza. Cuando quise volver los ojos a la velera nave y a los amigos, ya vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados a lo alto y me llamaban con el corazón afligido, pronunciando mi nombre por la vez postrera. Dè la suerte que el pescador, al echar desde un promontorio el cebo a los pececillos valiéndose de la lengua caña, arroja al ponto el cuerno de un toro montaraz y así que coge un pez lo saca palpitante; de esta manera, mis compañeros, palpitantes también, eran llevados a las rocas y allí, en la entrada de la cueva, devorábalos Escila mientras gritaban y me tendían los brazos en aquella lucha horrible. De todo lo que padecí, peregrinando

por el mar, fue este espectáculo el más lastimoso que vieron mis ojos.

260 "Después que nos hubimos escapado de aquellas rocas, de la horrenda Caribdis y de Escila, llegamos muy pronto a la intachable isla del dios, donde estaban las hermosas vacas de ancha frente, y muchas pingües ovejas del Sol, hijo de Hiperión. Desde el mar en la negra nave, oí el mugido de las vacas encerradas en los establos y el balido de las ovejas, y me acordé de las palabras del vate ciego Tiresias el tebano, y de Circe de Eea, los cuales me encargaron reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales. Y entonces, con el corazón afligido, dije a los compañeros:

271 "Odiseo.—Oíd mis palabras, amigos, aunque padezcáis tantos males, para que os revele los oráculos de Tiresias y de Circe de Eea: los cuales me encargaron reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales, diciendo que allí nos aguarda el más terrible de los infortunios. Por tanto, encaminad el negro bajel por fuera de la isla.

277 "Así les dije. A todos se les partía el corazón, y Euriloco me respondió en seg. >>> con estas odiosas palabras:

279 "Euriloco.—Eres cruel, Odiseo, disfrutas de vigor grandísimo, y tus miembros no se cansan, y debes de ser de hierro, ya que no permites a los tuyos, molidos de la fatiga y del sueño, tomar tierra en esa isla azotada por las olas, donde aparejaríamos una agradable cena; sino que les mandas que se alejen y durante la rápida noche anden a la ventura por el sombrío ponto. Por la noche se levantan fuertes vientos, azotes de las naves. ¿Adónde iremos, para librarnos de una muerte cruel, si de súbito viene una borrasca suscitada por el Noto o por el impetuoso Céfiro, que son los primeros en destruir una embarcación hasta contra la voluntad de los soberanos dioses? Obedezcamos ahora a la obscura noche y aparejemos la comida junto a la velera nave; y al amanecer nos embarcaremos nuevamente para lanzarnos al dilatado ponto.

204 "Tales razones profirió Euriloco y los demás compañeros las aprobaron. Conoci entonces que algún dios meditaba causarnos daño y, dirigiéndome a aquél, le dije estas aladas palabras:

287 "Odiseo.—¡Euriloco! Gran fuerza me hacéis porque estoy solo. Mas, ea, prometed todos con firme juramento que si damos con alguna manada de vacas o grey numerosa de ovejas, ninguno de vosotros matará, cediendo a tunesta locura, ni una vaca tan sólo, ni una oveja; sino que comeréis tranquilos los manjares que nos dio la inmortal Circe.

303 "Así les hablé; y en seguida juraron, como se los mandaba. Apenas hubieron acabado de prestar el juramento, detuvimos la bien construida nave en el hondo puerto, cabe a una fuente de agua dulce; y los compañeros desembarcaron, y luego aparejaron muy hábilmente la comida. Ya satisfecho el deseo de comer y de beber, lloraron, acordándose de los amigos a quienes devoró Escila después de arrebatálos de la cóncava embarcación; y mientras lloraban les sobrevino dulce sueño. Cuando la noche hubo llegado a su último tercio y ya los astros declinaban, Zeus, que amontona las nubes, suscitó un viento impetuoso y una tempestad deshecha, cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, pusimos la nave en seguridad, llevándola a una profunda cueva, donde las Ninfas tenían asientos y hermosos lugares para las danzas. Acto continuo los reuní a todos en junta y les hablé de esta manera:

320 "Odiseo.—¡Oh amigos! Puesto que hay en la velera nave alimentos y

bebida, abstengámonos de tocar esas vacas, a fin de que no venga ningún mal, porque tanto las vacas como los pingües ovejas son de un dios terrible, del Sol, que todo lo ve y todo lo oye.

324 "Así les dije, y su ánimo generoso se dejó persuadir. Durante un mes entero sopló incesantemente el Noto, sin que se levantaran otros vientos que el Euro y el Noto; y mientras no les faltó pan y rojo vino, abstuvieron de tocar las vacas por el deseo de conservar la vida. Pero tan pronto como, agotados todos los víveres de la nave, vieron obligados a ir errantes tras de alguna presa —peces o aves, cuanto les viniese a las manos—, pescando con corvos anzuelos, porque el hambre les atormentaba el vientre; yo me interné en la isla con el fin de orar a los dioses y ver si alguno me mostraba el camino para llegar a la patria. Después que, andando por la isla, estuve lejos de los míos, me lavé las manos en un lugar resguardado del viento, y oré a todos los dioses que habitan el Olimpo, los cuales infundieron en mis párpados dulces sueños. Y en tanto, Euriloco comenzó a hablar con los amigos para darles este pernicioso consejo:

340 "Euriloco.—Oid mis palabras, compañeros, aunque padezcáis tantos infortunios. Todas las muertes son odiosas a los infelices mortales, pero ninguna es tan mísera como morir de hambre y cumplir de esta suerte el propio destino. Ea, tomemos las más excelentes de las vacas del Sol y ofrezcamos un sacrificio a los dioses que poseen el anchuroso cielo. Si consiguiésemos volver a Itaca, la patria tierra, erigiríamos un rico templo al Sol, hijo de Hiperión, poniendo en él muchos y preciosos simulacros. Y si, irritado a causa de las vacas de erguidos cuernos, quisiera el Sol perder nuestra nave y lo consienten los restantes dioses, prefiero morir de una vez, tragando el agua de las olas, a consumirme con lentitud, en una isla inhabitada.

352 "Así habló Euriloco y aplaudiéronle los demás compañeros. Seguidamente, habiendo echado mano a las más excelentes vacas del Sol, que estaban allí cerca —pues las hermosas vacas de retorcidos cuernos y ancha frente pacían a poca distancia de la nave de azulada proa—, se pusieron a su alrededor y oraron a los dioses, después de arrancar tiernas hojas de una alta encina, porque ya no tenían blanca cebada que en la nave de muchos bancos. Terminada la plegaria, degollaron y desollaron las reses; luego cortaron los muslos, los pringaron con gordura por uno y otro lado y los cubrieron de trozos de carne; y como carecían de vino que pudiesen verter en el fuego sacro, hicieron libaciones con agua mientras asaban los intestinos. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y, dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, lo espetaron en los asadores.

366 "Entonces huyó de mis párpados el dulce sueño y emprendí el regreso a la velera nave y a la orilla del mar. Al acercarme al corvo bajel, llegó hasta mí el suave olor de la grasa quemada y, dando un suspiro, clamé de este modo a los inmortales dioses:

371 "Odiseo.—¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Para mi daño, sin duda, me adormecisteis con el cruel sueño; y mientras tanto, los compañeros, quedándose aquí, han consumado un gran delito.

374 "Lampetia, la del ancho peplo, fue como mensajera veloz a decirle al Sol, hijo de Hiperión, que habíamos dado muerte a sus vacas. Inmediatamente el Sol, con el corazón airado, habló de esta guisa a los inmortales:

377 "El Sol.—¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Castigad a los compañeros de Odiseo Laertiada, pues, ensoberbeciéndose, han matado mis vacas; y yo me holgaba de verlas así al subir el estrellado cielo, como volver

nuevamente del cielo a la tierra. Que si no se me diere la condigna compensación por estas vacas, descenderé a la morada de Hades y alumbraré a los muertos.

384 "Y Zeus, que amontona las nubes, le respondió diciendo:

385 "Zeus.—¡Oh Sol! Sigue alumbrando a los inmortales y a los mortales hombres que viven en la fértil tierra; pues yo despediré el ardiente rayo contra su velera nave, y la haré pedazos en el vinoso ponto.

389 "Esto me lo refirió Calipso, la de hermosa cabellera, y afirmaba que se lo había oído contar a Hermes, el mensajero.

391 "Luego que hube llegado a la nave y al mar, reprimí a mis compañeros —acercándome ora a éste, ora a aquél— mas no pudimos hallar remedio alguno, porque ya las vacas estaban muertas. Pronto los dioses les mostraron varios prodigios: los cueros serpeaban, las carnes asadas y las crudas mugían en los asadores, y dejábanse oír voces como de vacas.

397 "Por seis días mis fieles compañeros celebraron festines, para los cuales echaban mano a las mejores vacas del Sol, mas, así que Zeus Cronión nos trajo el séptimo día, cesó la violencia del vendaval que causaba la tempestad y nos embarcamos, lanzando la nave al vasto ponto después de izar el mástil y de descoger las blancas velas.

403 "Cuando hubimos dejado atrás aquella isla y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente cielo y mar, Zeus colocó por cima de la cóncava nave una parda nube debajo de la cual se oscureció el ponto. No anduvo la embarcación largo rato, pues sopló en seguida el estridente Céfito y, desencadenándose, produjo gran tempestad: un torbellino rompió los dos cables del mástil, que se vino hacia atrás, y todos los aparejos se juntaron en la sentina. El mástil, al caer en la popa, hirió la cabeza del piloto, aplastándole todos los huesos; cayó el piloto desde el tablado, como salta un buzo, y su alma generosa se separó de los huesos. Zeus despidió un trueno y al propio tiempo arrojó un rayo en nuestra nave; ésta se estremeció, al ser herida por el rayo de Zeus, llenándose del olor del azufre; y mis hombres cayeron en el agua. Llévalos el oleaje alrededor del negro bajel como cornejas, y un dios les privó de la vuelta a la patria.

420 "Segui andando por la nave, hasta que el ímpetu del mar separó a los flancos de la quilla, la cual flotó sola en el agua; y el mástil se rompió en su unión con ella. Sobre el mástil hallábanse una sogá hecha de cuero de buey; até con ella mástil y quilla y, sentándome en ambos, dejéme llevar por los perniciosos vientos.

426 "Pronto cesó el sopló violento del Céfito, que causaba la tempestad, y de repente sobrevino el Noto, el cual me afligió el ánimo con llevarme de nuevo hacia la pernicioso Caribdis. Toda la noche anduve a merced de las olas, y al salir el sol llegué al escollo de Escila y a la horrenda Caribdis, que estaba sorbiendo la salobre agua del mar; pero yo me lancé al alto cabrahigo y me agarré como un murciélago, sin que pudiera afirmar los pies en parte alguna ni tampoco encaramarme en el árbol, porque estaban lejos las raíces y a gran altura los largos y gruesos ramos que daban sombra a Caribdis. Me mantuve, pues, reciamente asido, esperando que Caribdis devolviera el mástil y la quilla; y éstos aparecieron por fin, cumpliéndose mi deseo. A la hora en que el juez se levanta en el ágora, después de haber fallado muchas causas de jóvenes litigantes, dejáronse ver los maderos fuera ya de Caribdis. Soltéme de pies y manos y caí con gran estrépito en medio del agua, junto a los larguísimos maderos; y, sentándome encima, me puse a remar con los brazos. Y no permitió el padre de los hombres y de los dioses que Escila me viese, pues no me hubiera librado de una terrible muerte.

447 "Desde aquel lugar fui errante nueve días y en la noche del décimo lleváronme los dioses a la isla Ogigia, donde vive Calipso, la de lindas trenzas deidad poderosa, dotada de voz; la cual me acogió amistosamente y tuvo gran cuenta conmigo. Mas, ¿a qué contar el resto? Os lo referí ayer en esta casa a ti y a tu ilustre esposa, y me es enojoso repetir lo que queda explicado claramente."

PARTIDA DE ODISEO DEL PAÍS DE LOS FEACIOS Y SU LLEGADA A ÍTACA

Así dijo. Enmudecieron los oyentes y, arrobados por el placer de escucharle, se quedaron silenciosos en el obscuro palacio. Mas Alcínoo le respondió diciendo:

4 Alcínoo.—¡Oh, Odiseo! Pues llegaste a mi mansión de pavimento de bronce y elevada techumbre, creo que tornarás a tu patria sin tener que andar vagueando, aunque sean en tan gran número los males que hasta ahora has padecido. Y dirigiéndome a vosotros todos, los que siempre bebéis en mi palacio el negro vino de honor y ois al aedo, mirad lo que os encargo: ya tiene el huésped en pulimentada arca vestiduras y oro labrado y los demás presentes que los consejeros feacios le han traído; ea, démosle sendos trípodes grandes y calderos; y reunámonos después para hacer una colecta por la población, porque nos sería difícil a cada uno de nosotros obsequiarle con tal regalo, valiéndonos de sola nuestra posibilidad.

16 Así les habló Alcínoo, y a todos les plugo cuanto dijo. Salieron entonces para acostarse en sus respectivas casas; y así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, encamináronse diligentemente hacia la nave, llevando a ella el varonil bronce. La sacra potestad de Alcínoo fue también, y él mismo colocó los presentes debajo de los bancos: no fuera que se dañara alguno de los hombres cuando, para mover la embarcación, aprestasen con los remos. Acto continuo trasladáronse al palacio de Alcínoo y se ocuparon en aparejar el convite.

24 Para ellos la sacra potestad de Alcínoo sacrificó un buey a Zeus Cronida, el dios de las sombrías nubes, que reina sobre todos. Quemados los muslos, celebraron suntuoso festín, y cantó el divinal aedo, Demódoco, tan honrado por el pueblo. Mas Odiseo volvía a menudo la cabeza hacia el sol resplandeciente, con gran afán de que se pusiera, pues ya anhelaba irse a su patria. Como el labrador apetece la cena después de pasar el día rompiendo con la yunta de negros bueyes y el sólido arado una tierra noval, se le pone el sol muy a su gusto para ir a comer, y, al andar, siente el cansancio en las rodillas; así, con ese gozo, vio Odiseo que se ponía el sol. Y al momento, dirigiéndose a los feacios, amantes de manejar los remos, y especialmente a Alcínoo, les habló de esta manera:

38 Odiseo.—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los conciudadanos! Ofreced las libaciones, despedídme sano y salvo, y vosotros quedad con alegría. Ya se ha cumplido cuanto mi ánimo deseaba: mi expedición y las amistosas dádivas: hagan los dioses celestiales que éstas sean para mi dicha y que halle en mi palacio a mi irreprochable consorte e incólumes a los amigos. Y vosotros, que os quedáis, sed el gozo de vuestras legítimas mujeres y de vuestros hijos; los dioses os concedan toda clase de bienes, y jamás a esta población le sobrevenga mal alguno.

47 Así se expresó. Todos aplaudieron sus palabras y aconsejaron que se llevase al huésped a su patria, puesto que hablaba razonablemente. Y entonces la potestad de Alcínoo dijo al heraldo:

50 Alcínoo.—¡Pontónoo! Mezcla el vino en la cratera y distribúyelo a cuantos se hallan en la sala, a fin de que, después de orar al padre Zeus, enviemos el huésped a su patria tierra.

53 Así habló. Pontónoo mezcló el vino dulce como la miel y lo sirvió a todos, ofreciéndoselo sucesivamente: ellos lo libaban, desde sus mismos asientos, a los bienaventurados dioses que poseen el anchuroso cielo; y el divinal Odiseo, levantándose, puso en las manos de Arete una copa de doble asa, mientras le decía estas aladas palabras:

59 *Odiseo*.—Sé constantemente dichosa, oh reina, hasta que vengan la senectud y la muerte, de las cuales no se libran los humanos. Yo me voy. Tú prosigue holgándote en esta casa con tus hijos, el pueblo y el rey Alcínoo.

63 Dicho esto, el divino Odiseo transpuso el umbral. La potestad de Alcínoo le hizo acompañar por un heraldo que lo condujese a la velera nave, a la orilla del mar. Y Arete le envió también algunas esclavas: cuál le llevaba un manto muy limpio y una túnica; cuál, una sólida arca; y cuál otra, pan y rojo vino.

70 Cundo hubieron llegado a la nave y al mar, los ilustres conductores, tomando estas cosas juntamente con la bebida y los víveres, lo colocaron todo en la cóncava embarcación y tendieron una colcha y una tela de lino sobre las tablas de la popa a fin de que Odiseo pudiese dormir profundamente. Subió éste y acostóse en silencio. Los otros se sentaron por orden en sus bancos, desataron de la piedra agujereada la amarra del barco e, inclinándose, azotaron el mar con los remos; mientras caía en los párpados de Odiseo un sueño profundo, suave, dulcísimo, muy semejante a la muerte. Del modo que los caballos de una cuadriga se lanzan a correr en un campo, a los golpes del látigo y galopando ligeros, terminan prontamente la carrera, así se alzaba la popa del navío y dejaba tras sí muy agitadas las olas purpúreas del estruendoso mar. Corría el bajel con un andar seguro e igual, y ni el gavilán, que es el ave más ligera, hubiera atenido con él: así, corriendo con tal rapidez, cortaba las olas del mar, pues llevaba consigo un varón que en el consejo se parecía a los dioses; el cual tuvo el ánimo acongojado muchas veces, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles ondas. Pero entonces dormía plácidamente, olvidado de cuanto había padecido.

93 Cuando salía la más rutilante estrella, la que de modo especial anuncia la luz de la Aurora, hija de la mañana, entonces la nave, surcadora del ponto, llegó a la isla.

96 Está en el país de Ítaca el puerto de Forcis el anciano del mar, formado por dos orillas prominentes y escarpadas que convergen hacia las puntas y protegen exteriormente las grandes olas contra los vientos de funesto soplo; y en el interior las corvas naves, de muchos bancos, permanecen sin amarras así que llegan al fondeadero. Al cabo del puerto está un olivo de largas hojas, y muy cerca una gruta agradable, sombría, consagrada a las ninfas que náyades se llaman. Hállanse allí crateras y ánforas de piedra donde las abejas fabrican los panales. Allí pueden verse unos telares también de piedra, muy largos, donde tejen las ninfas mantos de color de púrpura, encanto de la vista. Allí el agua constantemente nace. Dos puertas tiene el antro: la una mira al Bóreas y es accesible a los hombres; la otra situada frente al Noto, es más divina, pues por ella no entran hombres, siendo el camino de los inmortales.

113 A este sitio, que ya con anterioridad conocían, fueron a llegarse; y la embarcación andaba velozmente y varó en la playa, saliendo del agua hasta la mitad. ¡Tales eran los remeros por cuyas manos era conducido! Apenas hubieron saltado de la nave de hermosos bancos en tierra firme, comenzaron sacando del cóncavo bajel a Odiseo con la colcha espléndida y la tela de lino, y lo pusieron en la

arena, entregado todavía al sueño; y seguidamente, desembarcando las riquezas que los ilustres le habían dado al volver a su patria, gracias a la magnánima Atena, las amontonaron todas al pie del olivo, algo apartadas del camino: no fuera que algún viandante se acercara a ellos en tanto Odiseo dormía y le hurtara algo. Después de esto volviéronse los feacios a su país. Pero el que sacude la tierra no olvidó las amenazas que desde un principio hizo a Odiseo, semejante a un dios, y quiso explorar la voluntad de Zeus:

128 *Posidón*.—¡Padre Zeus! Ya no seré honrado nunca entre los inmortales dioses, puesto que no me honran en lo más mínimo ni tan siquiera los mortales, los feacios, que son de mi propia estirpe. No dejaba de figurarme que Odiseo tornaría a su patria, aunque a costa de multitud de infortunios, pues nunca le quité del todo que volviese, por considerar que con tu asentimiento se lo habías prometido; mas los feacios, llevándole por el ponto en velera nave, lo han dejado en Ítaca, dormido, después de hacerle innumerables regalos: bronce, oro en abundancia, vestiduras tejidas y tantas cosas como nunca sacara de Troya si volviese indemne y después de lograr la parte que del botín le correspondiera.

140 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

141 *Zeus*.—¡Ah, poderoso dios que bates la tierra! ¡Qué dijiste! No te desprecian los dioses, que sería difícil herir con el desprecio al más antiguo y más ilustre. Pero si deja de honrarte alguno de los hombres, por confiar en sus fuerzas y en su poder, está en tu mano tomar venganza. Obra, pues, como quieras y a tu ánimo le agrade.

146 Contestóle Posidón, que sacude la tierra:

147 *Posidón*.—Al punto hubiera obrado como me aconsejas, oh dios de las sombrías nubes, pero me espanta tu cólera y procuro evitarla. Ahora quiero que naufrague en el obscuro ponto la bellísima nave de los feacios que vuelve de conducir a aquél—con el fin de que en adelante se abstengan y cesen de llevar a los hombres— y cubrir luego la vista de la ciudad con una gran montaña.

153 Repuso Zeus, que amontona las nubes:

154 *Zeus*.—¡Oh querido! Tengo para mí que lo mejor será que, cuando los ciudadanos están mirando desde la población cómo el barco llega, lo tornes un peñasco, junto a la costa, de suerte que guarde la semejanza de una velera nave, para que todos los hombres se maravillen, y cubras luego la vista de la ciudad con una gran montaña.

159 Apenas lo oyó Posidón, que sacude la tierra, fuese a Esqueria, donde viven los feacios, y allí se detuvo. La nave, surcadora del ponto, se acercó con rápido impulso, y el que sacude la tierra, saliéndole al encuentro, la tornó un peñasco y de un puñetazo hizo que echara raíces en el suelo, después de lo cual fuése a otra parte.

165 Mientras tanto los feacios, que usan largos remos y son ilustres navegantes, hablaban entre sí con aladas palabras. Y uno de ellos se expresó de esta suerte, dirigiéndose a su vecino:

168 *Una voz*.—¡Ay! ¿Quién encadenó en el ponto la velera nave que tornaba a la patria y ya se descubría toda?

170 Así alguien decía, pues ignoraba lo que había pasado. Entonces Alcínoo les arengó de esta manera:

172 *Alcínoo*.—¡Oh dioses! Cumpliéronse las antiguas predicciones de mi padre, el cual solía decir que Posidón nos miraba con malos ojos porque conducíamos sin recibir daño a todos los hombres; y aseguraba que el dios haría naufragar

en el obscuro ponto una hermosísima nave de los feacios, al volver de llevar a alguien, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así lo afirmaba el anciano, y ahora todo se va cumpliendo. Ea, hagamos lo que voy a decir. Absteneos de conducir los mortales que lleguen a nuestra población y sacrifiquemos doce toros escogidos a Posidón, para ver si se apiada de nosotros y no nos cubre la vista de la ciudad con la enorme montaña.

184 Así habló. Entróles el miedo y aparejaron los toros. Y mientras los caudillos y príncipes del pueblo feacio oraban el soberano Posidón, permaneciendo de pie en torno de su altar, Odiseo recordó de su sueño en la tierra patria, de la cual había estado ausente mucho tiempo y no pudo reconocerla porque una diosa —Palas Atenea, hija de Zeus— le cercó con una nube con el fin de hacerle incognoscible y enterarle de todo: no fuese que su esposa, los ciudadanos y los amigos lo reconocieran antes que los pretendientes pagaran por entero sus demasías. Por esta causa todo se lo presentaba al rey en otra forma, así los largos caminos como los puertos cómodos para fondear, las rocas escarpadas y los árboles florecientes. El héroe se puso en pie y contempló la patria tierra; pero en seguida gimió y, bajando los brazos golpeóse los muslos mientras suspiraba y decía de esta suerte.

200 *Odiseo*.—¡Ay de mí! ¿Qué hombres deben de habitar esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses? ¿Adónde podré llevar tantas riquezas? ¿Adónde iré perdido? Ojalá me hubiese quedado allí con los feacios, pues entonces me llegara a otro de los magnánimos reyes, que, recibíendome amistosamente, me habría enviado a mi patria. Ahora no sé dónde poner las cosas, ni he de dejarlas aquí: no vayan a ser presa de otros hombres. ¡Oh dioses! No eran, pues, enteramente sensatos ni justos los caudillos y príncipes feacios, ya que me traen a estotra tierra; dijeron que me conducirían a Ítaca que se ve de lejos, y no lo han cumplido. Castíguelos Zeus, el dios de los suplicantes, que vigila a los hombres e impone castigos a cuantos pecan. Más, ea, contaré y examinaré estas riquezas: no se hayan llevado alguna cosa en la cóncava nave cuando de aquí partieron.

217 Hablando así, contó los bellísimos trípodes, los calderos, el oro y las hermosas vestiduras tejidas; y, aunque nada echó de menos, lloraba por su patria tierra, arrastrándose en la orilla del estruendoso mar y suspirando con mucha congoja. Acercósele entonces Atenea en figura de un joven pastor de ovejas, tan delicado como el hijo de un rey, que llevaba en los hombros un manto doble, hermosamente hecho; en los nítidos pies, sandalias; y en la mano, una jabalina. Odiseo se holgó de verla, salió a su encuentro y le dijo estas aladas palabras:

228 *Odiseo*.—¡Amigo! Ya que te encuentro a ti antes que a nadie en este lugar, ¡salud!, y ojalá no vengas con mala intención para conmigo; antes bien, salva estas cosas y sálvame a mí mismo, que yo te lo ruego como a un dios y me postro a tus plantas. Mas dime con verdad, para que yo me entere: ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué pueblo? ¿Qué hombres hay en la comarca? ¿Estoy en una isla que se ve a distancia o en la ribera de un fértil continente que hacia el mar se inclina?

236 Atenea, la deidad de ojos de lechuza, le respondió diciendo:

237 *Atenea*.—¡Forastero! Eres un simple o vienes de lejos cuando me preguntas por esta tierra, cuyo nombre no es tan obscuro, ya que la conocen muchísimos así de los que viven hacia el lado por donde sale la aurora y el sol, como de los que moran en la otra parte, hacia el tenebroso ocaso. Es, en verdad, áspera e impropia para la equitación; pero no completamente estéril, aunque pequeña, pues produce

trigo en abundancia y también vino; nunca le falta ni la lluvia ni el fecundo rocío; es muy a propósito para apacentar cabras y bueyes; cria bosques de todas clases, y tiene abrevaderos que jamás se agotan. Por la cual, oh forastero, el nombre de Ítaca llegó hasta Troya, que, según dicen, esta muy apartada de la tierra aquea.

250 Así habló. Alegróse el paciente divinal Odiseo, holgándose de su tierra patria, a la que le nombraba Palas Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida; y pronunció en seguida estas aladas palabras, ocultándole la verdad con hacerle un relato fingido, pues siempre revolvía en su pecho trazas muy astutas:

256 *Odiseo*.—Oí hablar de Ítaca allá en la espaciosa Creta, muy lejos, allende el ponto, y he llegado ahora con estas riquezas. Otras tantas dejé a mis hijos y voy huyendo porque maté al hijo querido de Idomeneo, a Orsiloco, el de los pies ligeros, que aventajaba en la ligereza de los pies a los hombres industriosos de la vasta Creta; el cual deseó privarme del botín de Troya por el que tantas fatigas había yo arrojado, ya combatiendo con hombres, ya surcando las temibles olas, a causa de no haber consentido en complacer a su padre, sirviéndole en el pueblo de los troyanos, donde yo era caudillo de otros compañeros. Como en cierta ocasión aquél volviera del campo, envainéle la broncínea lanza, habiéndole acechado con un amigo junto a la senda: obscurísima noche cubría el cielo, ningún hombre fijó su atención en nosotros y así quedé oculto que le hubiese dado muerte. Después que lo maté con el agudo bronce, fuime hacia la nave de unos ilustres fenicios a quienes supliqué y pedí, dándoles buena parte del botín, que me llevarsen y me dejarasen en Pilos o en la divina Élide, donde ejercen su dominio los epeos. Mas la fuerza del viento extraviólos, mal de su agrado, pues no querían engañarme; y, errabundos, llegamos acá por la noche. Con mucha fatiga pudimos entrar en el puerto a fuerza de remos; y, aunque muy necesitados de tomar alimento, nadie pensó en la cena: desembarcamos todos y nos echamos en la playa. Entonces me vino a mí, que estaba cansadísimo, un dulce sueño; sacaron aquéllos de la cóncava nave mis riquezas, las dejaron en la arena donde me hallaba tendido y volvieron a embarcarse para ir a la populosa Sidón; y yo me quedé aquí con el corazón triste.

287 Así se expresó. Sonrióse Atenea, la deidad de ojos de lechuza, le halagó con la mano y transfigurándose en una mujer hermosa alta y diestra en, eximias labores, le dijo estas aladas palabras:

291 *Atenea*.—Astuto y falaz habría de ser quien te aventajara en cualquier clase de engaños, aunque fuese un dios el que te saliera al encuentro. ¡Temerario, artero incansable en el dolo! ¿Ni aun en tu patria habías de renunciar a los fraudes y a las palabras engañosas, que siempre fueron de tu gusto? Mas, ea no se hable más de ello, que ambos somos peritos en astucias; pero si tú sobresaes mucho entre los hombres por tu consejo y tus palabras, yo soy celebrada entre todas las deidades por mi prudencia y mis astucias. Pero aún no has reconocido en mí a Palas Atenea, hija de Zeus, que siempre te asisto y protejo en tus cuitas e hice que les fueras agradable a todos los feacios. Vengo ahora a fraguar contigo un designio a esconder cuantas riquezas te dieron los ilustres feacios por mi voluntad e inspiración cuando viniste a la patria, y a revelarte todos los trabajos que has de soportar fatalmente en tu morada bien construida: toléralos, ya que es preciso, y no digas a ninguno de los hombres ni de las mujeres que llegaste peregrinando; antes bien sufre en silencio los muchos pesares y aguanta las violencias que te hicieron los hombres.

311 Respondióle el ingenioso Odiseo:

312 *Odiseo*.—Difícil es, oh diosa, que un mortal, al encontrarse contigo, logre

conocerte, aunque fuere muy sabio, porque tomas la figura que te place. Bien sé que me fuiste propicia mientras los aqueos peleamos en Troya; pero después que arruinamos la excelsa ciudad de Príamo, partimos en las naves y un dios dispersó a los aqueos, nunca te he visto, oh hija de Zeus, ni he advertido que subieras a mi bajel para ahorrarme ningún pesar. Por el contrario, anduve errante constantemente, teniendo en mi pecho el corazón atravesado de dolor, hasta que los dioses me libraron del infortunio; y tú, en el rico pueblo de los feacios, me confortaste con tus palabras y me condujiste a la población. Ahora por tu padre te lo suplico —pues no creo haber arribado a Ítaca, que se ve desde lejos, sino que estoy en otra tierra y que hablas de burlas para engañarme—: dime si en verdad he llegado a mi querida tierra.

356 *Odiseo*.—¡Ninfas náyades, hijas de Zeus! Ya me figuraba que no os vería más. Ahora os saludo con tiernos votos y os haremos ofrendas, como antes, si la hija de Zeus, la que impera en las batallas, permite benévola que yo viva y vea crecer a mi hijo.

361 Díjole entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

362 *Atenea*.—Cobra ánimo y eso no te dé cuidado. Pero metamos ahora mismo las riquezas en lo más hondo del divino antro a fin de que las tengas seguras, y deliberemos para que todo se haga de la mejor manera.

366 Cuando así hubo hablado, penetró la diosa en la sombría cueva y fue en busca de los escondrijos; y Odiseo se fue llevando todas las cosas —el oro, el duro bronce y las vestiduras bien hechas— que le habían regalado los feacios. Así que estuvieron colocadas del modo más conveniente, Atenea, hija de Zeus que lleva la égida, cerró la entrada con una piedra.

372 Sentáronse después en las raíces del sagrado olivo y deliberaron acerca del exterminio de los orgullosos pretendientes. Atenea, la deidad de ojos de lechuza, fue quien rompió el silencio pronunciando estas palabras:

375 *Atenea*.—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Piensa cómo pondrás las manos en los desvergonzados pretendientes, que tres años ha mandan en tu palacio y solicitan a tu divinal consorte, a la que ofrecen regalos de boda; mas ella, suspirando en su ánimo por tu regreso, si bien a todos les da esperanzas y a cada uno le hace promesas, enviándole mensajes, revuelve en su espíritu muy distintos pensamientos.

382 El ingenioso Odiseo le respondió diciendo:

383 *Odiseo*.—¡Oh númenes! Sin duda iba a perecer en el palacio con el mismo hado funesto de Agamenón Atrida, si tú, oh diosa, no me hubieses instruído convenientemente acerca de estas cosas. Mas, ea, traza un plan para que los castigue y ponte a mi lado, infundiéndome fortaleza y audacia, como en aquel tiempo en que destruimos las lucientes almenas de Troya. Si con el mismo ardor de entonces me acompañases, oh deidad de ojos de lechuza, yo combatiría contra trescientos hombres, pero con tu ayuda, veneranda diosa, siempre que benévola me socorrieses.

392 Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

393 *Atenea*.—Te asistiré ciertamente, sin que me pases inadvertido cuando en tales cosas nos ocupemos, y creo que alguno de los pretendientes que te devoran tus bienes manchará con su sangre y sus sesos el extensísimo pavimento. Mas, ea, voy a hacerte incognoscible para todos los mortales: arrugaré el hermoso cutis de tus

ágiles miembros, raeré de tu cabeza los blondos cabellos, te pondré unos andrajos que causen horror al que te vea y haré sarnosos tus ojos, antes tan lindos, para que les parezcas despreciable a todos los pretendientes y a la esposa y al hijo que dejaste en tu palacio. Llegaste primero al porquerizo, al guardián de tus puercos, que te quiere bien y adora a tu hijo y a la prudente Penlopea. Lo hallarás sentado entre los puercos, los cuales pacen junto a la roca del Cuervo, en la fuente de Aretusa, comiendo abundantes bellotas y bebiendo aguas turbias, cosas arenosas que hacen crecer en ellos la floreciente grosura. Quédate allí de asiento e interrógale sobre cuanto desees, mientras yo voy a Esparta, la de hermosas mujeres, y llamo a Telémaco, tu hijo, oh Odiseo, que se fue junto a Menelao en la vasta Lacedemonia, para saber por la fama si aún estabas vivo en alguna parte.

416 Respondióle el ingenioso Odiseo.

417 *Odiseo*.—¿Y por qué no se lo dijiste, ya que tu mente todo lo sabía? ¿Acaso para que también pase trabajos, vagando por el estéril ponto, y los demás se le coman los bienes?

420 Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

421 *Atenea*.—Muy poco has de apurarte por él. Yo misma le llevé para que, yendo allá, adquiriese ilustre fama; y no padece trabajo alguno, sino que se está muy tranquilo en el palacio del Atrida, teniéndolo todo en gran abundancia. Cierto que los jóvenes le acechan, embarcados en negro bajel, y quieren matarle cuando vuelva al patrio suelo; pero me parece que no sucederá así y que antes la tierra tendrá en su seno a alguno de los pretendientes que devoran lo tuyo.

429 Dicho esto, tocóle Atenea con una varita. La diosa le arrugó el hermoso cutis en los ágiles miembros, le rayó de la cabeza los blondos cabellos, púsole la piel de todo el cuerpo de tal forma que parecía la de un anciano; hízole sarnosos los ojos, antes tan bellos; vistióle unos andrajos y una túnica, que estaban rotos, sucios y manchados feamente por el humo; le echó encima el cuero grande, sin pelambre ya, de una veloz cierva; y le entregó un palo y un astroso zurrón lleno de agujeros, con su correa retorcida.

439 Después de deliberar así se separaron, yéndose Atenea a la divinal Lacedonia donde se hallaba el hijo de Odiseo.

RAPSODIA XXI

LA PROPUESTA DEL ARCO

Atenea, la deidad de ojos de lechuza, inspiróle en el corazón a la discreta Penelopea, hija de Icario, que en la propia casa de Odiseo les sacara a los pretendientes el arco y el blanquizado hierro, a fin de celebrar el certamen que había de ser el preludio de su matanza. Subió Penelopea la alta escalera de la casa; tomó en su robusta mano una hermosa llave bien curvada, de bronce, con el cabo de marfil; y se fue con las siervas el aposento más interior, donde guardaba las alhajas del rey — bronce, oro y labrado hierro —, y también el flexible arco y la aljaba para las flechas, que contenía muchas y dolorosas saetas; dones ambos que a Odiseo le había hecho su huésped Ífito Euritida, semejante a los inmortales, cuando se juntó con él en Lacedemonia. Encontráronse en Mesena, en casa del belicoso Ortiloco. Odiseo iba a cobrar una deuda de todo el pueblo, pues los mesenios se habían llevado de Ítaca, en naves de muchos bancos, trescientas ovejas con sus pastores: por esta causa Odiseo, que aún era joven emprendió como embajador aquel largo viaje, enviado por su padre y otros ancianos. A su vez, Ífito iba en busca de doce yeguas de vientre con sus potros, pacientes en el trabajo, que antes le habían robado y que luego habían de ser la causa de su muerte y miserable destino: pues, habiéndose llegado a Heracles, hijo de Zeus, varón de ánimo esforzado que sabía acometer grandes hazañas, ése le mató en su misma casa, sin embargo de tenerlo por huésped. ¡Inicuo! No temió la venganza de los dioses, ni respetó la mesa que le puso él en persona: matóle y retuvo en su palacio las yeguas de fuertes cascós. Cuando Ífito iba, pues, en busca de las mentadas yeguas, se encontró con Odiseo y le dio el arco que antiguamente había usado el gran Eurito y que éste legó a su vástago al morir en su excelsa casa; y Odiseo por su parte, regaló a Ífito afilada espada y fornida lanza; presentes que hubieran originado entre ambos cordial amistad, mas los héroes no llegaron a verse el uno en la mesa del otro, porque el hijo de Zeus mató antes a Ífito Euritida, semejante a los inmortales. Y el divino Odiseo llevaba en su patria el arco que le había dado Ífito, pero no lo quiso tomar al partir para la guerra en las negras naves; y lo dejó en el palacio como memoria de su caro huésped.

42 Así que la divina entre las mujeres llegó al aposento y puso el pie en el umbral de encina que en otra época había pulido el artífice con gran habilidad y enderezado por medio de un nivel, alzando los dos postes en que había de encajar la espléndida puerta; desató la correa del anillo, metió la llave y corrió los cerrojos de la puerta, empujándola hacia dentro. Rechinaron las hojas como muge un toro que paca en la pradera — ¡tanto ruido produjo la hermosa puerta al empuje de la llave! — y abriéronse inmediatamente. Penelopea subió al excelso tablado donde estaban las arcas de los perfumados vestidos; y, tendiendo el brazo, descolgó de un clavo el arco con la funda espléndida que lo envolvía. Sentóse allí mismo, teniéndolo en sus rodillas, lloró ruidosamente y sacó de la funda el arco del rey. Y cuando ya estuvo harta de llorar y de gemir, fuese hacia la habitación donde se hallaban los ilustres pretendientes; y llevó en su mano el flexible arco y la aljaba para las flechas, la cual contenía abundantes y dolorosas saetas. Juntamente con Penelopea, llevaban las siervas una caja con mucho hierro y bronce que servían para los juegos del rey. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los preten-

diente, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por luciente velo y una honrada doncella a cada lado. Entonces habló a los pretendientes, diciéndoles estas palabras:

68 *Penlopea*.—Oídme, ilustres pretendientes, los que habéis caído sobre esta casa para comer y beber de continuo durante la prolongada ausencia de mi esposo, sin poder hallar otra excusa que la intención de casaros conmigo y tenerme por mujer. Ea, pretendientes míos, os espera este certamen: Pondré aquí el gran arco del divino Odiseo, y aquel que más fácilmente lo maneje, lo tienda y haga pasar una flecha por el ojo de las doce segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que viene doncella, que es tan hermosa, que está tan abastecida, y de la cual me figuro que habré de acordarme aun entre sueños.

80 Tales fueron sus palabras; y mandó en seguida a Eumeo, el divinal porquerizo, que ofreciera a los pretendientes el arco y el blanquizo hierro. Eumeo lo recibió llorando y lo puso en tierra; y desde la parte contraria el boyero, al ver el arco de su señor, lloró también. Y Antínoo les increpó, diciéndoles de esta suerte:

85 *Antínoo*.—¿Rústicos necios, que no pensáis más que en lo del día! ¡Ah, miseros! ¿Por qué, vertiendo lágrimas, conmovéis el ánimo de esta mujer, cuando ya no tiene sumido en el dolor desde que perdió a su consorte? Comed ahí, en silencio, o ídos afuera a llorar; dejando ese pulido arco que ha de ser causa de un certamen fatigoso para los pretendientes, pues creo que nos será difícil armarlo. Que no hay entre todos los que aquí estamos un hombre como fue Odiseo. Le vi y de él guardo memoria, aunque en aquel tiempo yo era niño.

96 Así les habló, pero allá dentro en su ánimo tenía esperanzas de armar el arco y hacer pasar la flecha por el hierro; aunque debía gustar antes que nadie la saeta despedida por las manos del intachable Odiseo, a quien estaba ultrajando en su palacio y aun incitaba a sus compañeros a que también lo hiciesen. Mas el esforzado y divinal Telémaco les dijo:

102 *Telémaco*.—¡Oh, dioses! En verdad que Zeus Cronión me ha vuelto el juicio. Dice mi madre querida, siendo tan discreta, que se irá con otro y saldrá de esta casa; y yo me río y me deleito con ánimo insensato. Ea, pretendientes, ya que os espera este certamen por una mujer que no tiene par en el país aqueo, ni en sacra Pilos, ni en Argos, ni en Micenas, ni en la misma Itaca, ni en el oscuro continente, como vosotros mismos lo sabéis. ¿Qué necesidad tengo yo de alabar a mi madre? Ea, pues, no difiráis la lucha con pretextos y no tardéis en hacer la prueba de armar el arco, para que os veamos. También yo lo intentaré; y si logro armarlo y traspasar con la flecha el hierro, mi veneranda madre no me dará el disgusto de irse con otro y desamparar el palacio; pues me dejaría en él, cuando ya pudiera alcanzar la victoria en los hermosos juegos de mi padre.

118 Dijo; y, poniéndose en pie, se quitó el purpúreo manto y descolgó de su hombro la aguda espada. Acto continuo comenzó hincando las segures, abriendo para todas un gran surco, alineándolas a cordel, y poniendo tierra a entrambos lados. Todos se quedaron pasmados al notar con que buen orden las colocaba, sin haber visto nunca aquel juego. Seguidamente fuese al umbral y probó a tender el arco. Tres veces lo movió, con el deseo de armarlo, y tres veces hubo de desistir de su intento; aunque sin perder la esperanza de tirar de la cuerda y hacer pasar la flecha a través del hierro. Y le habría armado, tirando con gran fuerza por la cuarta vez; pero Odiseo se lo prohibió con una seña y le contuvo contra su deseo. Entonces habló de esta manera el esforzado y divinal Telémaco:

131 *Telémaco*.—¡Oh, dioses! O tengo que ser en adelante ruin y menguado, o

soy aún demasiado joven y no puedo confiar en mis brazos para rechazar a quien me ultraja. Mas, ea, probad el arco vosotros, que me superáis en fuerzas, y acabemos el certamen.

136 Diciendo así puso el arco en el suelo, arrimándolo a las tablas de la puerta que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas; dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba. Y Antínoo hijo de Eupítes, les habló de esta manera:

141 *Antínoo*.—Levantaos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha del lugar donde se escancia el vino.

143 Así se expresó Antínoo y a todos les plugo cuanto dijo. Levantóse el primero Leodes, hijo de Énope, el cual era el arúspice de los pretendientes y acostumbraaba sentarse en lo más hondo, al lado de la magnífica cratera, siendo el único que aborrecía las iniquidades y que se indignaba contra los demás pretendientes. Tal fue quien primero tomó el arco y la veloz flecha. En seguida se encaminó al umbral y probó el arco; mas no pudo tenderlo, que antes se le fatigaron, con tanto tirar, sus manos blandas y no encallecidas. Y al momento hablóles así a los demás pretendientes:

152 *Leodes*.—¡Oh, amigos! Yo no puedo armarlo; tómelo otro. Este arco privará del ánimo y de la vida a muchos príncipes, porque es preferible la muerte a vivir sin realizar el intento que nos reúne aquí continuamente y que nos hace aguardar día tras día. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penlopea, la esposa de Odiseo; mas, tan pronto como vea y pruebe el arco, ya puede dedicarse a pretender a otra aquea, de hermoso peplo, solicitándola con regalos de boda; y luego se casará aquella con quien le haga más presentes y venga designado por el destino.

163 Dichas estas palabras, apartó de sí el arco, arrimándolo a las tablas de la puerta, que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas, dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba. Y Antínoo le increpó, diciéndole de esta suerte:

168 *Antínoo*.—¡Leodes! ¡Qué palabras tan graves y molestas se te escaparon del cerco de los dientes! Me indigné al oír las. Dices que este arco privará del ánimo y de la vida a los príncipes, tan sólo porque no puedes armarlo. No te parió tu madre veneranda para que entendieses en manejar el arco y las saetas; pero verás cómo lo tienden muy pronto otros ilustres pretendientes.

175 Así le dijo; y al punto dio al cabrero Melantio la siguiente orden:

176 *Antínoo*.—Ve Melantio, enciende fuego en la sala, coloca junto al hogar un sillón con una pelleja, y trae una gran bola de sebo del que hay en el interior, para que los jóvenes, calentando el arco y untándolo con grasa, probemos de armarlo y terminemos este certamen.

181 Así dijo. Melantio se puso inmediatamente a encender el fuego infatigable, colocó junto al mismo un sillón con una pelleja y sacó una gran bola de sebo del que había en el interior. Untándolo con sebo y calentándolo en la lumbre, fueron probando el arco todos los jóvenes; más no consiguieron tenderlo, porque les faltaba gran parte de la fuerza que para ello se requería. Y ya sólo quedaban sin probarlo Antínoo y el deiforme Eurímaco que eran los príncipes entre los pretendientes y a todos superaban por su fuerza.

188 Entonces salieron juntos de la casa el boyero y el porquerizo del divinal Odiseo; siguióles éste y díjoles con suaves palabras así que dejaron a su espalda la puerta y el patio:

193 *Odiseo*.—¡Boyero y tú, porquerizo! ¿Os revelaré lo que pienso o lo mantendré oculto? Mi ánimo me ordena que lo diga. ¿Cuáles fuerais para ayudar a Odiseo, si llegara de súbito porque alguna deidad nos lo trajese? ¿Os pondríais de parte de los pretendientes o del propio Odiseo? Contestad como vuestro corazón y vuestro ánimo os lo dicten.

199 Dijo entonces el boyero:

200 *Filetio*.—¡Padre Zeus! Ojalá me cumplas este voto: que vuelva aquel varón, traído por alguna deidad. Tú verías, si así sucediese, cuál es mi fuerza y de qué brazos dispongo.

203 Eumco suplicó asimismo a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa. Cuando el héroe conoció el verdadero sentir de entrambos, hablóles nuevamente diciendo de esta suerte:

207 *Odiseo*.—Pues dentro está, aquí lo tenéis, yo soy, que después de pasar muchos trabajos, he vuelto en el vigésimo año a la patria tierra. Conozco que entre mis esclavos tan solamente vosotros deseabais mi vuelta, pues no he oído que ningún otro hiciera votos para que tornara a esta casa. Os voy a revelar con sinceridad lo que ha de llevarse a efecto. Si, por ordenarlo un dios, sucumben a mis manos los eximios pretendientes, os buscaré esposa, os daré bienes y sendas casas labradas junto a la mía, y os consideraré en lo sucesivo como compañeros y hermanos de Telémaco. Y, si queréis, ea, voy a mostraros una manifiesta señal para que me reconozcáis y se convenza vuestro ánimo: la cicatriz de la herida que me hizo un jabalí con su blanco diente cuando fui al Parnaso con los hijos de Autólico.

221 Apenas, hubo dicho estas palabras, apartó los andrajos para enseñarles la extensa cicatriz. Ambos la vieron y examinaron cuidadosamente, y acto continuo rompieron en llanto, echaron los brazos sobre el prudente Odiseo y, apretándole, le besaron la cabeza y los hombros. Odiseo, a su vez, besóles la cabeza y las manos. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si el propio Odiseo no les hubiese calmado, diciéndoles de esta suerte:

228 *Odiseo*.—Cesad ya de llorar y de gemir: no sea que alguno salga del palacio, lo vea y se vaya a contarlo allá dentro. Entraréis en el palacio, pero no juntos, sino uno tras otro: yo primero y vosotros después. Tened sabida la señal que os quiero dar y es la siguiente: los otros, los ilustres pretendientes, no han de permitir que se me dé el arco y el carcaj; pero tú, divinal Eumco, llévalo por la habitación, pónmelo en las manos, y di a las mujeres que cierren las sólidas puertas de las estancias, y que si alguna oyera gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio junto a su labor. Y a ti, divinal Filetio, te confío las puertas del patio para que las cierres corriendo el cerrojo; que sujetarás mediante un nudo.

242 Hablando así, entróse por el cómodo palacio y fue a sentarse en el mismo sitio que antes ocupaba. Luego penetraron también los dos esclavos del divinal Odiseo.

245 Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándolo, ora por esta, ora por aquella parte, al resplandor del fuego. Mas ni aún así consiguió armarlo; por lo cual, sintiendo gran angustia en su corazón glorioso, suspiró y dijo de esta suerte:

249 *Eurímaco*.—¡Oh, dioses! Grande es el pesar que siento por mí y por vosotros todos. Y aunque me afligen las frustradas nupcias, no tanto me lamento por ellas —pues hay muchas aqueas en la propia Ítaca, rodeada por el mar, y en las restantes ciudades—, como por ser nuestras fuerzas de tal modo inferiores a las del

divinal Odiseo que no podamos tender su arco: ¡vergüenza será que lleguen a saberlo los venideros!

256 Entonces Antínoo, hijo de Eupites, les habló diciendo:

257 *Antínoo*.—Eurímaco! No será así y tú mismo lo conoces. Ahora, mientras se celebra en la población la sacra fiesta del dios, ¿quién lograría tender el arco? Ponedlo en tierra tranquilamente y permanezcan clavadas todas las segures, pues no creo que se las lleve ninguno de los que frecuentan el palacio de Odiseo Laertiada. Mas, ea, comience el escanciano a repartir las copas para que hagamos la libación, y dejemos ya el corvo arco. Y ordenad al cabrero Melantio que al romper el día se venga con algunas cabras, las mejores de todos sus rebaños, a fin de que, en ofreciendo los muslos a Apolo, célebre por su arco, probemos de armar el de Odiseo y terminemos este certamen.

259 Así se expresó Antínoo y a todos les plugo lo que proponía. Los heraldos diéronles aguamanos y los mancebos coronaron, de bebida las crateras y las distribuyeron después de ofrecer en copas las primicias. No bien se hicieron las libaciones y bebió cada uno cuanto deseaba, el ingenioso Odiseo, meditando engaños, les habló de este modo:

275 *Odiseo*.—Oidme, pretendientes de la ilustre reina, para que os exponga lo que en mi pecho el ánimo me ordena deciros; y he de rogárselo en particular a Eurímaco y al deiforme Antínoo, que ha pronunciado estas oportunas palabras; dejad por ahora el arco y atended a los dioses, y mañana algún numen dará bríos a quien le plazca. Ea, entregadme el pulido arco y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza: si por ventura hay en mis flexibles miembros el mismo vigor que antes, o ya se lo hicieron perder la vida errante y la carencia de cuidado.

285 Así dijo. Todos sintieron gran indignación, temiendo que armase el pulido arco. Y Antínoo le increpó, hablándole de esta manera:

288 *Antínoo*.—¡Oh, el más miserable de los forasteros! No hay en ti ni pizca de juicio. ¿No te basta estar sentado tranquilamente en el festín con nosotros, los ilustres, sin que se te prive de ninguna de las cosas del banquete, y escuchar nuestras palabras y conversaciones que no oye forastero ni mendigo alguno? Sin duda te trastorna el dulce vino, que suele perjudicar a quien lo bebe ávida y descomedidamente. El vino dañó al inclito centauro Euritión cuando fue al país de los lapitas y se halló en el palacio del magnánimo Píritoo. Tan luego como tuvo la razón ofuscada por el vino, enloqueciendo, llevó al cabo perversas acciones en la morada de Píritoo; los héroes, poseídos de dolor, arrojáronse sobre él y, arrastrándolo hacia la puerta, le cortaron con el cruel bronce orejas y narices; y así se fue, con la inteligencia trastornada y sufriendo el castigo de su falta con ánimo demente. Tal origen tuvo la contienda entre los centauros y los hombres; mas aquél fue quien primero se atrajo el infortunio por haberse llenado de vino. De semejante modo, te anuncio a ti una gran desgracia si llegares a tender el arco; pues no habrá quien te defienda en este pueblo, y pronto te enviaremos en negra nave al rey Egueto, plaga de todos los mortales, del cual no has de escapar sano y salvo. Bebe, pues, tranquilamente y no te metas a luchar con hombres que son más jóvenes.

311 Entonces la discreta Penlopea le habló diciendo:

312 *Penlopea*.—¡Antínoo! No es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco sean cuales fueren los que vengan a este palacio. ¿Por ventura crees que si el huésped, confiando en sus manos y en su fuerza, tendiese el grande arco de Odiseo, me llevaría a su casa para tenerme por mujer propia? Ni él mismo concibió en su pecho semejante esperanza, ni por su causa ha de comer

ninguno de vosotros con el ánimo triste; pues esto no se puede pensar razonablemente.

320 Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo:

321 *Eurímaco*.—¡Hija de Icarío! ¡Discreta Penelopea! No creemos que éste se te haya de llevar, ni el pensarlo fuera razonable, pero nos dan vergüenza los dizques de los hombres y de las mujeres; no sea que exclame algún aqueo peor que nosotros: “Hombres muy inferiores pretenden la esposa de un varón intachable y no pueden armar el pulido arco; mientras que un mendigo que llegó errante, tendiólo con facilidad e hizo pasar la flecha a través del hierro.” Así dirán, cubriéndonos de aprobio.

330 Repuso entonces la discreta Penelopea:

331 *Penelopea*.—¡Eurímaco! No es posible que en el pueblo gocen de buena fama los que injurian a un varón principal, devorando lo de su casa: ¿por qué os hacéis mercedores de estos aprobios? El huésped es alto y vigoroso; se precia de tener por padre a un hombre de buen linaje. Ea, entregadle el pulido arco y veamos. Lo que voy a decir se llevará a cumplimiento: si tendiere el arco; por concederle Apolo esta gloria, le pondré el manto y una túnica, vestidos magníficos; le regalaré un agudo dardo para que se defienda de los hombres y de los perros, y también una espada de doble filo; le daré sandalias para los pies y le enviaré adonde su corazón y su ánimo deseen.

343 Respondióle el prudente Telémaco:

344 *Telémaco*.—¡Madre mía! Ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca, entre cuantos mandan en la áspera Ítaca o en las islas cercanas a la Élide, tierra fértil de caballos: por consiguiente, ninguno de éstos podría forzarme, oponiéndose a mi voluntad, si quisiera dar de una vez este arco al huésped aunque fuese para se lo llevar. Vuelve a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y del arco nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando de esta casa.

354 Asombrada se fue Penelopea a su habitación, poniendo en su ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo llegado con las esclavas al aposento superior, lloró por Odiseo, su querido consorte, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, difundióle en los párpados el dulce sueño.

359 En tanto, el divinal porquerizo tomó el corvo arco para llevárselo al huésped; mas todos los pretendientes empezaron a baldonarle dentro de la sala, y uno de aquellos jóvenes soberbios le habló de esta manera:

362 *Una voz*.—¿Adónde llevas el corvo arco, oh porquero no digno de envidia, oh vagabundo? Pronto te devorarán, junto a los marranos y lejos de los hombres, los ágiles canes que tú mismo has criado, si Apolo y los demás inmortales dioses no fueren propicios.

366 Así decían; y él volvió a poner el arco en el mismo sitio, asustado de que le baldonaran tantos hombres dentro de la sala. Mas Telémaco le amenazó, gritándole desde el otro lado:

369 *Telémaco*.—¡Abuelo! Sigue adelante con el arco, que muy pronto verías que no obras bien obedeciendo a todos: no sea que yo, aun siendo el más joven, te eche al campo y te hiera a pedradas, ya que te aventajo en fuerzas. Ojalá superase de igual modo, en brazos y fuerzas a todos los pretendientes que hay en el palacio, pues no tardaría en arrojar a alguno vergonzosamente de la casa, porque maquina acciones malvadas.

376 Así les habló; y todos los pretendientes lo recibieron con blandas risas, olvidando su terrible cólera contra Telémaco. El porquerizo tomó el arco, atravesó la sala y, deteniéndose cabe el prudente Odiseo, se lo puso en las manos. Seguidamente, llamó al ama Euriclea y le habló de este modo:

381 *Eumeo*.—Telémaco te manda, prudente Euriclea, que cierres las sólidas puertas de las estancias y que si alguna de las esclavas oyere gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio, junto a su labor.

386 Así le dijo; y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, que cerró las puertas de las cómodas habitaciones.

388 Filetio, a su vez, salió de la casa silenciosamente, fue a entornar las puertas del bien cercado patio y, como hallara debajo del pórtico el cable de pápiro de una corva embarcación, las ató con él. Luego volvió a entrar y sentóse en el mismo sitio que antes ocupaba, con los ojos clavados en Odiseo. Ya éste manejaba el arco, dándole vueltas por todas partes y probando acá y acullá: no fuese que la carcoma hubiera roído el cuerno durante la ausencia del rey. Y uno de los presentes dijo al que tenía más cercano:

397 *Una voz*.—Debe ser experto y hábil en manejar arcos, o quizás haya ensu casa otros semejantes, o lleve traza de construirlos: de tal modo le da vueltas en sus manos acá y acullá ese vagabundo instruido en malas artes.

401 Otro de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera:

402 *Otra voz*.—¡Así alcance tanto provecho, como en su vida podrá armar el arco!

404 De tal suerte se expresaban los pretendientes. Mas el ingenioso Odiseo, no bien hubo tentado y examinado el grande arco por todas partes, cual un hábil citarista y cantor tiende fácilmente con la clavija nueva la cuerda formada por el retorcido intestino de una oveja que antes atara del uno y del otro lado: de este modo, sin esfuerzo alguno, armó Odiseo el grande arco. Seguidamente probó la cuerda, asiéndola con la diestra, y dejóse oír un hermoso sonido muy semejante a la voz de una golondrina. Sintieron entonces los pretendientes gran pesar y a todos se les mudó el color. Zeus despidió un gran trueno como señal y holgóse el paciente divino Odiseo de que el hijo del artero Cronos le enviase aquel presagio. Tomó el héroe una veloz flecha que estaba encima de la mesa, porque las otras se hallaban dentro de la hueca aljaba, aunque muy pronto habían de sentir su fuerza los aqueos. Y acomodándola en arco, tiró a la vez de la cuerda y de las barbas, allí mismo, sentado en la silla; apuntó al blanco, despidió la saeta y no erró a ninguna de las segures, desde el primer agujero hasta el último: la flecha, que el bronce hacía ponderosa, las atravesó a todas y salió afuera. Después de lo cual dijo a Telémaco:

424 *Odiseo*.—¡Telémaco! No te afrenta el huésped que está en tu palacio: ni erré el blanco, ni me costó gran fatiga armar el arco; mis fuerzas están enteras todavía, no cual los pretendientes, menospreciándome, me lo echaban a la cara. Pero ya es hora de aprestar la cena a los aqueos, mientras hay luz; para que después se deleiten de otro modo, con el canto y la cítara, que son los ornamentos del banquete.

431 Dijo, e hizo con las cejas una señal. Y Telémaco, el caro hijo del divino Odiseo, ciñó la aguda espada, asió su lanza y armado de reluciente bronce, se puso en pie al lado de la silla, junto a su padre.

LA POESIA LIRICA

La lírica griega, aprovechando al máximo las posibilidades rítmicas y melódicas de la lengua, se ligó íntimamente y desde sus orígenes a la música, como si los sentimientos, las pasiones y la confusa intimidad personal del poeta se expresaran más libre y plenamente mediante la embriaguez armoniosa de los sonidos. El canto era acompañado por la antigua lira nacional (también llamada cítara) o por la flauta procedente de Frigia, y sus principales géneros fueron la elegía, el yambo, y el melos.

Safo

Nació esta poetisa griega en la isla de Lesbos (620 o 628-563 o 568 a. C.) Parece que, después de haberse refugiado por problemas políticos en Sicilia, la poetisa se radicó con su hija en Mitilene alrededor del año 580, gracias al indulto del tirano Pítaco. Safo tenía en Mitilene una especie de internado o escuela de música, danza y poesía, donde vivían numerosas doncellas de las más nobles familias del país. Hasta jóvenes de ciudades lejanas venían a reunirse en la casa de Safo -que ella misma denominaba "El hogar de las Musas"- para oír de su boca los secretos que parecían reservados a los hombres. Esta cofradía de mujeres- donde Safo inició a muchas jóvenes en los misterios de la poesía, música y danza-, el erotismo de la poetisa, que logra las más acertadas y realistas expresiones líricas en su culto al amor y a la belleza, y el sentido equívoco de algunos poemas fragmentarios determinaron que se tejiese la leyenda negra de Safo, que le atribuye -no sabemos si justa o injustamente- malos hábitos y viciosas inclinaciones. Pero por encima de estos problemas que pertenecen a su vida privada, debemos atenernos al hecho de que son suficientes unos pocos fragmentos y un único poema íntegro para hacer de esta mujer excepcional una de las voces más puras, melodiosas, profundas y originales de la poesía universal y la más grande, sin lugar a dudas, de toda la lírica grecolatina.

Los antiguos gramáticos alejandrinos habían distribuido sus provisiones en nueve libros, el noveno de los cuales contenía también sus epitalámios o cantos de bodas. Lamentablemente, de toda esta obra sólo se conservan además de algunos breves fragmentos con lagunas, una obra completa -la oda *A Afrodita*, soberbia invocación a la diosa del amor-, otra casi entera y un canto titulado *Al amado*, canto epitalámico de las bodas de Héctor y Andrómaca.

El amor fue el tema principal y casi exclusivo de sus poemas y aunque ni la mejor de las traducciones puede dar una idea aproximada de sus versos, citaremos algunos para que, por lo menos, se tenga una vaga imagen de los asuntos que le interesaban. Safo mereció indudablemente que el más griego de los griegos y el más grande de los filósofos, el propio Platón, la llamara "la décima musa"

Tampoco se puede considerar exagerado el juicio moderno y entusiasta de Swinburne: "Safo, el más grande poeta, en el sentido más absoluto".

SAFO

- 249 Divina Afrodita, de trono adornado,
te ruego, hija de Zeus engañosa,
no domes, Señora, mi alma
con penas y angustias;
y ven para acá, si ya otra vez antes,
escuchando desde lejos mis quejas,
dejaste la casa de oro
del Padre, y viniste
en tu carro uncido; y batiendo las alas,
tus gorriones te llevaron por sobre
la tierra, por medio del aire,
veloces y lindos,
y al punto llegaron; y tú, con semblante
sonriente, oh diosa feliz, preguntabas
qué cosa hoy tenía, y por qué
volvía a llamarte,
y qué deseaba obtener en mi alma
enloquecida: "¿A quién quieres que ahora
conduzca a tu amor? ¿Quién es, Safo,
quien tanto te daña?
Porque si hoy te evita, te buscará pronto,
si hoy no los toma, querrá dar regalos,
si no ama, te habrá de querer,
pesándole, pronto".
Ven también ahora, a librarme del fardo
de mi angustia triste, y haz cuanto ansía
mi alma obtener: sé, en la guerra,
tú, mi camarada.
- 252 Me parece el igual de un dios, el hombre
que frente a ti se sienta, y tan de cerca
te escucha absorto hablarle con dulzura
y reírte con amor.
Eso, no miento, no, me sobresalta
dentro del pecho el corazón; pues cuando
te miro un solo instante, ya no puedo
decir ni una palabra,
la lengua se me hiela, y un sutil
fuego no tarda en recorrer mi piel,
mis ojos no ven nada, y el oído
me zumba, y un sudor
frío me cubre, y un temblor me agita
todo el cuerpo, y estoy, más que la hierba,
pálida, y siento que me falta poco
para quedarme muerta.

- 261 Viniste, y yo te quería;
y helaste mi corazón
encendido de deseo.
- 262 Atis, yo me enamoré
de ti, hace tiempo...
Me pareciste una niña
chica y sin gracia.
- 277 — Madre dulce, mi tela
tejer no puedo:
Afrodita suave
me vence, y de mi amado
siento el deseo.
- 278 Tengo una linda niña
con la hermosura
de las flores de oro,
Cleide, mi encanto.
Por ella yo daría
la Lidia entera
y mi tierra querida.

Píndaro.

Ya en Teognis la época de la poesía personal esta agonizando; en la Atenas del siglo VI se cantaban lindas tonadas, por lo común de sesgo político en ocasión de los banquetes a los héroes populares, en que solían desligarse algunos consejos de sabiduría proverbial.

Una de las grandes figuras de esta época es Píndaro que nace en el año 521, 22 al 448 a.c. y que descendía de una familia doria.

Representa la Oda coral, tiene una idea de su vocación y nos muestra de lo que es capaz la oda coral en manos de un maestro.

Aristocrático hasta la médula y desdeñoso de toda vulgaridad, solo cantó los grandes hechos y los grandes hombres. De su enorme obra que abarca diecisiete libros -donde figuraban todos los géneros de la lírica coral- solo conservamos los cuatro dedicados a los epinicios o cantos triunfales que se ordenan según las distintas fiestas panhelénicas: olímpicas, píticas, istmicas y nemeas. Más grandiosa que profunda y más elocuente que sutil, la lírica de Píndaro nos subyuga por el torrente sonoro de su voz, por la magnificencia de sus imágenes y por la fuerza de su pensamiento moral. Por eso Hércules es su héroe predilecto.

PINDARO

PITICA PRIMERA PARA HIERON DE ETNA, VENCEDOR EN LA CARRERA DE CARROS

Lira de oro, que en común gobierna
Apolo con las Musas de violadas
trenzas; a tus acentos
sigue la danza, inicio de la fiesta,
y obedecen tus señas los cantores,
cuando, vibrante, al aire das las notas
del preludio ductor del coro.
Tú apagas, lira, incluso el rayo hiriente
de eterno fuego; y duerme sobre el cetro
de Zeus, el águila, la reina
de las aves, aflojando su ágil ala

a uno y otro lado, cuando, oscura,
sobre su corva testa tú difundes
una nube, suave broche de los párpados:
duerme, y su lomo, desfallecido, oscila,

la áspera punta de la pica, ablanda
su corazón con sueño: tus saetas
hechizan hasta el alma de los dioses,
por arte del nacido de Latona
y de las Musas de busto hermoso.

Mas cuánto Zeus no ha amado
alguna vez, cuando oye
la voz de las Piérides, se espanta
sobre la tierra y el mar gigantesco. Tal el monstruo
que yace en el terrible
Tártaro, el enemigo de los dioses
Tifón de cien cabezas: antaño, le criara
un antro ilustre de Cilicia; hoy, pesan,

encima de su pecho velludo, las colinas
que, sobre Cumas, cierran el mar, y pesa
sobre él Sicilia, y le agarrota
la columna del cielo,
el níveo Etna,
que todo el año cría punzante hielo.

Rugen, desde el fondo
de sus abismos, las más puras
fuentes del fuego inabordable; el río
al día se derrama en abrasadas
corrientes de humo y a la noche es llama
rojiza que voltea peñascos con estrépito
y los lleva del mar a la profunda
planicie. Y quien despide los tremendos
chorros de Hefesto es aquel animal. ¡Cuánto prodigio,
que maravilla el verlo y es asombro
también de los vecinos que lo escuchan,

cabe en ese cautivo, encarcelado
entre las cumbres de frondas negras del Etna
y el suelo donde él se tiende y cuyo lecho
le araña toda la espalda y le desuella vivo!
¡Quién te agradara siempre, oh Zeus, que reinas
sobre este monte! De fecundos campos
altiva frente, lleva su nombre la vecina
ciudad a quien dio gloria
su ilustre fundador: pues ya, en la pista
de Pito, lo han oído, proclamado
por el heraldo que de Hierón decía

la victoria en los carros. Del que emprende
viaje por mar, el primer voto
es que la nave goce, a la salida,
de un viento favorable: piensa
que tal será a la postre el del retorno.
Lleva el ejemplo, en este caso,
a pensar que también en el futuro
la ciudad se hará célebre por sus coronas hípicas,
ilustre por sus fiestas de hermosos cantos.
¡Febo, señor de Licia, rey de Delos,
de cuyo amor, en el Parnaso,
goza la fuente de Castalia,
tu mente guarde tales votos,
y ojalá no carezcan de brío los hombres de esta tierra!
Son de los dioses, todas

las dotes del talento humano: ellos inspiran

la prudencia, el vigor de los brazos y el donaire
en el hablar. Yo, al proponerme
la alabanza de aquel hombre, espero
no hacer como el que yerra el tiro del venablo
de bronce, al que impulsara
la mano, sino arrojarlo lejos venciendo a mis rivales.
¡Si siempre el tiempo, como hoy, le concediera
ventura y de riquezas un buen pago,
y diera olvido a sus fatigas!

Podría, es cierto, recordarle
qué batallas, en sus guerras,
sostuvo con esforzado aliento, cuando
recogió, con los suyos, en la palma
de los dioses, la gloria que otro griego no cosecha,
coronación soberbia de su poder. Ahora
sigue el ejemplo de Filoctetes, y hace
campaña en la que incluso el arrogante,
por fuerza, halaga su amistad. Tal dicen
que a Lemnos fueron, en busca del arquero
hijo de Peas, cuya llaga

seguida afligiéndole, unos héroes
que parecían dioses; mas el que arruinara
la ciudad de Priamo, fue él: él puso término
a las fatigas de los Dánaos:
anduvo con un cuerpo débil, pero
los hados eran suyos.

¡Que la divinidad a Hierón también mantenga erguido,
en el futuro, y dé sazón a sus deseos!
Y ahora, Musa, permite que celebre
con Dinomenes de la cuadriga el premio:
no es dicha ajena
la victoria de un padre. ¡Ea, es ya tiempo
de hallar para el rey de Etna
un himno que le agrade!

Para él fundó Hierón
esa ciudad, dándole fueros
de fábrica divina, conforme a los preceptos
del cordel de Hilos. Quieren los descendientes
de Pánfilo, y aun los de los Heráclidas, que viven
bajo la sierra del Taigeto, siempre
permanecer en los mandatos
de Egimio, a la manera doria: prósperos,
dejado el Pindo, reinan sobre Amiclas,
y son vecinos renombrados de los Tindáridas de blancos
corceles, y echó flor la fama de su lanza.

Tal sea también, oh Zeus sazón de todo,
siempre el elogio que a súbditos y a reyes
otorgue, junto a las aguas del Amenas,
el veraz testimonio de los hombres.
Contigo, sí, el caudillo,
delegando en el hijo, puede llevar el pueblo
a concorde sosiego, aun sin negarle honores.
Concede, tú, te ruego, hijo de Cronos,
que el fenicio y la ululación de los tirrenos
se queden, mansos, en casa, pues ya en Cumas
vieron tornarse su soberbia en llanto

por la flota perdida; tal sufrieron
domados por el rey de Siracusa,
que echó su juventud al mar, desde sus mismas
naves veloces, y salvaba
a Grecia de la dura servidumbre.
De los atenienses, por salario, tengo
el favor, cuando evoco a Salamina, y en Esparta,
si cuento la batalla del Citerón: un doble
desastre para el medo de corvo arco; pero
antes ya habré pagado, en la ribera
de aguas limpias del Himeras, el tributo
del himno que, por su valor, los hijos
de Dinomenes merecieron cuando
lograron doblegar al enemigo.

No hables en vano: estrecha
en cifras el alcance de mucho: tendrá menos
donde se fije la censura de los hombres;
y el triste hastío embota
las esperanzas precipitadas. Aunque
siempre la fama de la excelencia ajena
importunó a las gentes en lo oculto del corazón. Empero,
oh rey, ya que es mejor la envidia que la lástima,
no sueltes tú por ello tu noble afán. Dirige
con timón justo al pueblo, y forja, en el yunque
de la verdad, tu lengua.

Si una ruin chispa
se te escapa, la tendrán por grave
pronunciamiento, por ser tuyo. Eres el árbitro
de muchas cosas; y son muchos
los testigos veraces de tus actos, buenos y malos. Sigue
en tu alegre tala, te, y si te importa
siempre gozar de estimación, no seas
fastidioso en el gasto. Da, como el piloto, al viento
la vela. Y no te enredes,

amigo, en las astutas
ganancias; que sólo el lustre de la gloria

que el hombre deja tras de sí, revela
a oradores y a poetas
la vida de los hombres idos. No perece,
no, la virtud benévola
de Cresos. En cambio, una execrable
reputación en todas partes cubre
al despiadado Falaris, que en un toro
de bronce asaba sus víctimas; por eso en nuestras casas
las liras no lo quieren para dulce
comunión con los cantos de los muchachos. Ciertamente:
el principal trofeo es ser feliz; mas viene luego
una decente estimación. Y el hombre
a quien le es dado obtener ambos
tiene la corona suprema.

ANACREONTE

La oda anacreónica alcanza una representatividad señera como expresión del "hedonismo". Anacreonte canta como ningún otro poeta griego, a los placeres sensuales, al amor, al vino, a los convites.

Anacreonte no escribía para sus amigos y la gente del lugar, como Safo y Alceo, sino que encontró mecenas a cuyo principesco amparo vivió en Samos, en Atenas y en Tesalia. La profesión poética se ha vuelto migratoria. El poeta tiene que mudarse cuando su profesor fallece o se cansa de él. Y de aquí la poesía, especialmente "coral", pierde su viejo arraigo en los cultos y los ritos locales. Los poetas, entonces, comienzan a usar un acento más internacional y a escribir en una lengua mezclada de diferentes dialectos; a la vez que echan mano de las historias más comunes y difundidas por toda Grecia en vez de atenerse a las tradiciones regionales. Además, como tienen que ganarse el pan, pliegan su personalidad a los gustos de sus protectores, y aún llegan a decir lo que no sienten del todo. Por otra parte, las necesidades de la competencia y el deseo de complacer a los auditorios los impele a buscar variedades artísticas, en que llegan a ser expertos. Y así, el siglo VI presencia la madurez de la oda coral.

324 A Megistes el bueno
hace diez meses ya
que el mimbre lo corona
y bebe dulce zupia.

327 Hala, trae, muchacho,
la jarra: de un golpe
irá el primer trago;
mas tú pon diez cazos
de agua por los cinco
de vino, que incluso
celebrando a Baco
quiero ser modesto.

Hala, acabad ya
con ese barullo
y esos gritos, déjese
de hacer el escita
bebiendo del vino:
a sorbos tomémoslo,
entre hermosos himnos.

328 Señor, con quien Eros subyugante
y las Ninfas de pupila azul
y Afrodita rosada
juegan juntos, y que por las cumbres
de los altos montes vas vagando,
me abrazo a tus rodillas: tú, acude,
benévolo conmigo, y atiende

a mi ruego y otórgalo,
y como buen amigo aconseja
a Cleobulo, y obtén que mi amor,
oh Dionisos, acepte.

330 Me enamoré de Cleobulo
y por Cleobulo ando loco
y sólo veo a Cleobulo.

341 Corté, para almorzar, sólo un bocado
de una delgada torta, y me bebí

todo un jarro de vino: pulso ahora
la amada lira delicadamente,
a mi querida niña festejando.

347 Eros, viendo que empieza a encanecer
mi barba, con el soplo
de sus alas que brillan como el oro
me pasa por el lado.

368 Por mis palabras y canciones
podrían quererme los muchachos;
canto, es verdad, con cierta gracia
y sé decir cosas amables.

379 ¿Por qué, potranca tracia, con los ojos
mirándome de lado, te me escapas
despiadadamente, e imaginas
que no sé nada sabio y de provecho?

Pues ten presente que muy bien podría
ponerte freno y brida y, con las riendas
asidas de la mano, hacerte dar
la vuelta a los linderos del estadio.

Pero, por el momento, en las praderas
paces e, irresponsable, te diviertes
dando corcovos; y eso es que no tienes
a un domador experto de jinete.

LA TRAGEDIA GRIEGA

Tragedia es la representación poético dramática de un mito o leyenda, de la lucha terrorífica contra el destino sostenida por un héroe en la que peca y es castigado y de la que resulta la enseñanza del religioso respeto por el orden y la justicia como norma de vida.

La representación
poético dramática...

Representación, porque es esencialmente espectáculo; poética, porque es una genuina creación del artista sobre materiales que provienen, a su vez, de otra poesía que es el mito; y dramática, porque es la visión de una acción.

de un mito o
leyenda...

La tragedia no se inspira en lo actual ni en lo personal sino en lo trágico universal expresado en el mito o la leyenda.

de la lucha terrorífica
contra el destino...

La acción dramática es concebida, especialmente, como lucha contra el destino (*moira*) capaz de producir el terror del espectador.

sostenida por un
héroe...

El personaje central de la tragedia es siempre un ser superior a los demás, ya sea por su rango, por su mérito e, incluso, por la naturaleza misma de su dolor.

en la que peca y
es castigado...

El héroe se ve arrastrado por su destino al adoptar una actitud soberbia, que constituye un pecado con el cual se enfrenta a la justicia divina, recibiendo el castigo para que el orden universal que ésta supone no sea alterado.

y de la que resulta
la enseñanza...

Este castigo es entendido como un ejemplo para los demás hombres, exhortándolos y enseñándoles a mantenerse dentro de lo justo y permitido (*moira*).

del religioso respeto
por el orden y
la justicia...

El orden y la justicia son concebidos como craciones divinas, siendo los dioses los encargados de mantener su integridad. El castigo del culpable tiende a crear en los demás el religioso respeto que es el fundamento de la piedad.

como norma de
vida...

Las normas morales que se aplican al caso particular son elevadas por el poeta a la categoría de normas universales de conducta, cuya aplicación importa al hombre, y su vigilancia, a los mismos dioses.

origen de la tragedia.

En Grecia surgieron los tres grandes géneros literarios que perviven en nuestro tiempo: el épico, el lírico y el dramático, los tres se escribían en verso y se cantaban, o cuando menos la voz adquiría tonos melódicos al recitar.

Las diferencias entre los tres géneros las marcan, principalmente, Aristóteles y Platón: la épica narra lo que sucede fuera del hombre, lo que el ser humano puede percibir por los sentidos. La lírica corresponde al mundo interior del hombre, se ocupa de los sentimientos. La dramática participa de ambos géneros, por una parte es épica cuando narra, por otra es lírica cuando canta los sentimientos humanos, pero su principal diferencia es que la dramática es una representación.

Drama quiere decir algo "hecho" o "ejecutado" (*dráoo*) y se considera que el drama proviene del culto de Dioniso, dios de la vegetación y la fertilidad y especialmente de la vid y sus productos.

A este género pertenecen la tragedia y la comedia.

Su aparición se sitúa en Atenas en el S. VI antes de nuestra era, tiene su origen en las fiestas rústicas en honor de Dioniso, dios del vino, en las danzas y canciones ilustraban la llegada y el destino de dichoso dios, al que se representaba rodeado de machos cabríos (*tragos* en griego).

Cantantes vestidos con pieles de macho cabrío representaban *tragedias*, es decir "cantos de machos cabríos" cuyo tema era las pasiones de Dioniso; el canto iba acompañado de gestos, mímica y danzas. Poco a poco estas *tragedias* tomaron una forma determinada que el célebre poeta y cantor del S. VII Aríón hizo definitiva bajo el nombre de *ditrambo*. Hubo un *corifeo* (primer cantante) que representaba el ditrambo y un coro que le contestaba. Esta acción dialogada era ya un prototipo de representación teatral. Posteriormente, hacia 530, Tespis, el primer dramaturgo, introdujo al actor o *hypocrites* ("el que contesta"), así nació un nuevo género literario representado por varias personas ante los espectadores y que heredó el nombre de *tragedia*. El coro fue conservado y pasó al teatro giego en calidad de *personaje*.

participación del coro

El papel del coro en la tragedia no se comprende sin su recuerdo histórico en el nacimiento del teatro, sólo se explica por la tendencia tradicionalista del pueblo heleno. El coro no es un personaje colectivo, posiblemente sea un residuo de la personalidad del autor trágico, pues a través de él podía expresar directamente sus sentimientos al espectador, por ésto el coro se ha definido como "la voz del poeta", pero también se le han dado otros nombres "el espectador ideal", "barrera moral" entre la representación y el público. Sin embargo, el coro también realiza actividades prácticas dentro de la representación: expone antecedentes, se refiere a hechos anteriores, da a conocer al espectador lo que ocurre entre los episodios fuera de su vista, señala con sus intervenciones los episodios (en esta función suplente al telón de la representación moderna.) Además, participa lleno de emoción de lo que sucede en la *Skene*, lo comenta, advierte a los héroes y los amonesta lo mismo que a los espectadores. Esta extraña criatura, mitad espectador y mitad personaje, que en un momento dado del desarrollo histórico de la tragedia pretendió asumir el papel de verdadero actor, hasta el punto que al dialogar con los personajes hizo pensar en su intervención inminente y en el abandono de sus funciones propias, pero a pesar de todo siguió siendo coro.

Adquiere con Esquilo su máxima importancia pues en las tragedias de este autor dialoga y queda a un paso de su transformación en personaje; en sus obras el coro está ligado a la acción dramática, otorga vida a los sentimientos de los protagonistas. En Sófocles, aunque no se desliga totalmente de los personajes tiene una importancia menor, pues su participación en la trama es más lejana pero sigue ligada a ella. Sin embargo en Eurípides, la presencia del coro puede omitirse de la tragedia sin pérdida de dramatismo ni acción.

Funcionamiento del Coro

El coro aparecía en la representación en dos partes o *semicoros*, un corifeo dirigía cada uno de ellos; entraban simultáneamente por las *párodi* a la *orchestra*, esta acción del coro se llamaba *párodos* (entrada) y entonaba un canto inicial de presentación.

En la representación trágica el coro recitaba, pero principalmente cantaba y danzaba, medía los versos y música de acuerdo al ritmo de sus evoluciones. Tomaba parte en algunos parlamentos y entonaba odas que ampliaban, comentaban o contrastaban lo dicho por los actores: estas odas señalaban el periodo entre cada episodio y se llamaban *estasis*. Con la última intervención del coro solían terminar las tragedias (*éxodo*).

En cada uno de los *estasis* el coro se dividía y cada *semicoro* en forma alterna cantaba y danzaba en sentidos opuestos alrededor de la *orchestra* estos giros y contragiros se llamaban *estrofa* y *antiestrofa*. Las posibilidades de variantes a estos movimientos son muchas y, que sepamos, no se han hecho estudios al respecto.

No hay un acuerdo en el número de integrantes de los coros; se dice que al principio se componía de 50 *coreutas* (*Las Suplicantes*).

Después de 48, divididos en cuatro partes iguales de doce cada una para cada una de las cuatro partes de la tetralogía (cuatro obras)

Otros autores señalan como seis el número inicial de coreutas, mismos que después aumentaron a doce, seis en cada *semicoro*, aunque Sófocles aumentó el número de coreutas a quince.

En la actualidad aparece como poco probable que el coro de *las suplicantes* estuviera compuesto por 50 elementos, el número de doce parece intocable hasta Sófocles.

Con el transcurso del tiempo el coro fue perdiendo importancia.

Sófocles

El gran trágico nació en Colono, en el año de 495, a. C. A los dieciséis años dirige el coro que celebra la victoria de Salamina.

A los veinticinco años vence en un concurso al mismo Esquilo y desde entonces es tan aclamado como su maestro. Murió en 405 a. C. venerado por todos. De sus ciento veintitrés tragedias sólo conocemos siete.

Edipo, el príncipe, huyendo de su familia por causa de un oráculo terrible llega a Tebas donde no puede escapar de su hado funesto.

Edipo en Colono. El triste peregrinaje de Edipo, ciego, conducido por su hija Antígona hasta que es glorificado en Colono.

Antígona. Estocles y Polinice mueren en la batalla de Tebas. Antígona por piedad a su hermano Polinice, lo sepulta y es castigada por el tirano Creonte, que había decretado lo contrario.

Electra. Ayuda a dar muerte a su madre Clitemnestra en venganza por el asesinato de su padre Agamemnon.

Ajax. Ajax, héroe de Troya se irrita porque le conceden las armas de Aquiles a Ulises, enloquece y mata rebaños de corderos. Al volver en sí se suicida.

Filoctetes. La humillación de Filoctetes, héroe de Troya y su glorificación por los griegos.

Las Traquinias. La muerte de Hércules.

EDIPO REY

Lo que sabía el espectador ateniense antes de empezar la representación.

La leyenda de Edipo era la siguiente: Layo, rey de Tebas, había sido conminado por un oráculo con la amenaza de que, en pena de sus pasados crímenes moriría a manos de un hijo suyo, el cual, después de aquel parricidio involuntario, cometería otro crimen todavía más horrendo con su propia madre. Para imposibilitar el cumplimiento de tal predicción, Layo y su esposa Yocasta determinaron deshacerse del niño recién nacido, y lo encomendaron a un pastor de su confianza para que lo expusiese en las salvajes dehesas del monte Citerón. Pero el pastor tebano, topándose en ellas con otro pastor corintio, cede a la compasión y le regala el niño, con tal que se lo lleve lejos, donde nadie vuelva a saber de él. Éste ofrece a su vez el expósito a los regios consortes de Corintio, Pólipo y Mérope, que no tenían descendencia; y el niño, con el nombre de Edipo, es educado como hijo de ellos en palacio. No faltó quien, años más tarde, le descubriese que no era hijo verdadero de los reyes, y, aunque éstos le quisieron tranquilizar, voló Edipo al santuario de Delfos a consultar el oráculo sobre su origen. Por toda respuesta, le predijo Apolo que mataría a su padre y se casaría luego con su madre. Edipo, horrorizado, se resuelve al punto a no volver jamás a Corinto, para hacer imposible el cumplimiento de tan terrible vaticinio. Pero no había hecho sino salir de Delfos, cuando, en el mismo camino, tropezando con un anciano que imprudentemente le provoca desde su carro de viaje, alza el báculo en propia defensa y lo derriba a sus pies. Sin el más leve remordimiento (pues había obrado en propia defensa y sin la vislumbre más remota de que la víctima fuese el propio rey de Tebas, Layo, su verdadero padre) sigue su jornada llega a Tevas vence allí a la Esfinge, monstruo con cuerpo de león

y rostro de mujer que asaltaba a los transeúntes poniéndoles enigmas y devorando a quien no podía contestar. Edipo interrogado: "¿Cuál es el ser que en el curso de la vida camina unas veces en cuatro pies, otras en dos, y otras en tres, y es tanto más débil cuando en más pies se apoya?", respondió: "El hombre, que en la infancia se arrastra sobre pies y manos, en la edad madura camina en dos pies, y en la vejez añade un bastón en que apoyarse". La Esfinge vencida se arroja a un abismo; y Edipo, en premio de esta hazaña, recibe de la ciudad la mano de la reina viuda Yocasta. A los dieciséis años de unión, cuando ya tenían dos hijos, Polinices y Eteocles, y dos hijas, Antígona e Ismene, una peste asoladora estalla en Tebas, y como nadie atina con la causa del súbito flagelo, determina Edipo que vaya Creonte, su cuñado, a Delfos, a interrogar al oráculo. Durante esta ausencia de Creonte, empieza la tragedia.

Los oyentes atenienses que presenciaron el estreno de *Edipo Rey* sabían, pues, de antemano todo aquello que el mismo Edipo no llega a saber sino paso a paso a través de toda la tragedia, esto es, que no solamente era él matador de Layo, sino además su hijo, y por tanto hijo de Yocasta con quien estaba casado, doble espantoso crimen, pero crimen puramente material e inconsciente, del que era, por tanto, del todo irresponsable.

La fuerza trágica extraordinaria de la pieza no está, pues, en el gradual descubrimiento de estos hechos fatales, en sí torpes y repugnantes, sino por una parte en la mortal angustia que va invadiendo y subyugando al protagonista, a medida que los va descubriendo, y en la impresión abrumadora que causa al mismo espectador el que la catástrofe se realice y se descubra por los mismos medios que se había tomado para eludirla y ocultarla.

PERSONAJES:

Edipo, rey de Tebas
Yocasta, viuda de Layo, esposa de Edipo
Creonte, hermano de Yocasta
Tiresias, agorero de la ciudad, anciano y ciego
Un sacerdote de Zeus
Un mensajero de Corinto
Un pastor tebano, siervo del difunto Layo
Un paje de palacio
Las dos hijas tiernas de Edipo Antígona e Ismene
Coro de ancianos de Tebas, dirigidos por el Corifeo
Grupo de suplicantes
Pajes, doncellas y criados

La acción se desarrolla ante el palacio de los reyes de Tebas. Delante de la gradería, el altar de Apolo Licio.

EDIPO REY

En las gradas del palacio y en torno del altar de Apolo Licio, una multitud de suplicantes de diversas edades rodea a un sacerdote. Han depositado, como ofrenda al dios, sus ramos de olivo coronados de copos de lana. Al ver abrirse las puertas del palacio, vuelven todos sus miradas ansiosas con gesto de súplica hacia el rey Edipo, quien, después de contemplarlos un momento compadecido, les dirige la palabra en tono paternal.

PROLOGO o escenas iniciales

EDIPO

Prole postrera del antiguo Cadmo,
hijos míos, decidme, ¿qué pretenden
esta postura vuestra suplicante,
y esos ramos con cándidos vellones,
en torno del altar? Rebosa Tebas
de humo de incienso, cantos y sollozos.
No he querido esperar que otros me anuncien
vuestras desgracias, hijos; y en persona
me vengo hacia vosotros, yo a quien llaman
Edipo, el renombrado entre las gentes.
Habla, anciano; tus años te acreditan
para hacerlo por todos: a mis puertas,
¿qué emociones agujian vuestras almas?
¿la zozobra? ¿el terror? ¿algún deseo?
Todo lo haré por aliviarnos; habla:
puedo y quiero; y a fe, de bronce fuera
si no me conmoviese vuestra súplica.

SACERDOTE

Oh soberano de mi tierra, Edipo,
nos ves cómo de edades tan distintas,
hemos buscado asilo en tus altares:
unos, nidada tierna, que no pueden
arrostrar todavía largo vuelo;
otros, al peso de la edad rendidos;
otros, ministros de diversos dioses,
entre ellos, yo de Zeus; y éstos, la gala
de virgen juventud. Mas otro grupo
con sus ramos los pórticos asedia
de ambos templos de Palas y el oráculo
que rinde Apolo Ismenio en la ceniza.
Pues la ciudad, como lo ves, naufraga,
ni puede alzar cabeza en el abismo

entre las olas de este mar sangriento:
añublo en la hermosura de sus mieses;
en sus rebaños, muerte; y en los partos,
estériles dolores. Y por colmo,
nos embistió la peste, dios de fuego,
que la mansión Cadmea va trocando
en yermo y lobreguez; y el negro Hades
se enriquece con llantos y gemidos.
Si ante tu altar postrados hoy nos miras,
no es que yo ni estos niños con los dioses
te igualemos en gloria; pero te alzas
como el primero de los hombres todos,
en los diarios vaivenes de la vida,
y en los azares de divinas pruebas;
tú, que, al llegar un día peregrino
a la ciudad de Cadmo, nos libraste
del tributo de muerte a la monstruosa
Cantora enigmata, por ti solo,
sin que nada a ninguno preguntaras.
No, sin lección de nadie; con la ayuda
—según se dijo, y el creerlo es justo—
con la ayuda de un dios, tú nos salvaste.
Hora también, oh prepotente Edipo,
vuelto a ti te conjuramos todos
nos busques el remedio, ya te inspire
voz divina o consejo de mortales,
pues el varón probado por la vida
es quien tiene el dictamen más seguro.
¡Salva a tu patria, oh bueno entre los buenos,
y al salvarla, defiende tu renombre!
Como a su salvador te aclama Tebas
—tanto debe a tu afán—: nunca se diga
que levantó a la patria tu reinado
para volverla a hundir sin esperanza.
Sobre segura base alza su gloria:
con prósperos agüeros tú le diste
la que hasta ahora disfrutó tranquila;
demuestra que te igualas a ti propio,
y si es tu sino perpetuar tu mando,
no te está bien reinar sobre un desierto:
pues ¿de qué sirve fortaleza o nave
sin dotación que baste a defenderlas?

EDIPO

¡Hijos desventurados! muy sabidos,
sabidos por demás me son los males
por los que ansiosos acudís. Ay, todos
todos, lo sé muy bien, estáis, no hay uno
que sufra lo que yo: que en los dolores,

cada cual siente el suyo, él solo, a solas,
sin compartir el de otros; mi alma, en cambio,
gime a la vez por la ciudad entera,
por mí mismo y por ti. ¡No piense nadie
que viene a despertarme de hondo sueño!
Sabed que ya he vertido muchas lágrimas,
y que muchos caminos llevo andados
por mil sendas de angustias cavilosas..
Un remedio, uno solo, he discurredo,
y aplicado está ya: por orden mía
partió de viaje a la sagrada Delfos
Creonte Menecida, mi cuñado,
a preguntar qué ritos o plegarias
exige el dios de mí para otorgarme
la salud que mi pueblo necesita.
Y angustiado me tiene por el cómputo
de los días que tarda. No comprendo
qué le pueda pasar, pues lleva ausente
mucho tiempo, harto más del requerido...
Pero tan pronto como llegue y hable,
muy malvado he de ser, si no ejecuto
cuanto mandare el dios.

SACERDOTE

Fuera imposible
hablar más en sazón: en este instante
me muestran a Creonte que se acerca.

*Se divisa a lo lejos Creonte por la izquierda,
con una corona en la frente*

EDIPO

¡Ojalá, Rey Apolo, su venida
la salud traiga que su rostro anuncia!

SACERDOTE

De gratas nuevas portador parece,
pues lauro tan florido en su corona
eso debe indicar.

EDIPO

Vamos a oírlo,
que ya mi voz puede alcanzarle. Príncipe,
hijo de Meneceo, mi allegado,
¿qué respuesta del dios vienes trayendo?

Entra Creonte.

CREONTE

¡Feliz! pues aun la prueba más adversa,
trocada en bien, es fuente de ventura.

EDIPO

Mas ¿qué responde el dios? Con lo que has dicho
ni aumentas mi ansiedad, ni la disipas.

CREONTE

Si en presencia del pueblo quieres que hable,
dispuesto estoy; si no, vamos adentro.

EDIPO

Habla y que te oigan todos: más me angustio
por su dolor que por mi propia vida...

CREONTE

Cuanto supe del dios entonces digo.
Manda Febo, y es orden perentoria:
"Expulsen sin piedad a un ser inmundo,
que en esta tierra vive y que la mancha;
quede sin cura la mortal postema".

EDIPO

¿Qué rito expiatorio nos impone,
y en qué consiste al fin nuestra desgracia?

CREONTE

Será la expiación o por destierros
o con sangre por sangre. De una muerte
nos viene este turbión que nos azota.

EDIPO

¿Una muerte?... ¿de quién?...¿por quién lo dice?

CREONTE

Hubo un tiempo en que Layo era rey nuestro,
antes que tú, señor, nos gobernaras.

EDIPO

Lo sé; de oídas... pues jamás le he visto.

CREONTE

Muerto él, que se castigue a los culpables
intima el dios con claridad..

EDIPO

Mas ¿dónde
andarán ellos? ¿cómo hallar el rastro,
borroso ya, de tan antiguo crimen?

CREONTE

Aquí, responde el dios. Halla quien busca;
sólo escapa la presa al indolente.

EDIPO

Y ¿dónde asaltó a Layo el asesino?
¿en casa? ¿en despoblado? ¿en tierra extraña?

CREONTE

El dijo que iba en busca de un oráculo,
mas fue viaje fatal: jamás ha vuelto.

EDIPO

¿No iba nadie con él? ¿ni ha visto nadie
cosa ninguna que a guiarnos sirva?

CREONTE

Todos murieron, menos uno; y éste
huyó con tal pavor, que lo que viera
no supo repetir; sólo una cosa...

EDIPO

¿Qué cosa? A veces basta un leve indicio
para dar plena luz, si en él se funda
un principio siquiera de esperanza.

CREONTE

Dijo que, al atacar los bandoleros,
no le mató uno solo, sino todos
a una y en tropel.

EDIPO, *concibiendo las primeras sospechas*

Y ¿cómo a tanto
llegó el atrevimiento del bandido,
si alguien no hubiera aquí que le pagara?

CREONTE

Sí, no es inverosímil tal recelo;
pero al fin, muerto Layo, en tantos males
ninguno alzó la voz en su defensa.

EDIPO

En tantos males... ¿y lo habrá que excuse
que, muerto el rey, se echara tierra al crimen?

CREONTE

La Esfinge y sus enigmas, mal presente,
que relegó a la sombra el mal oculto...

EDIPO

Pues yo he de ser quien a la luz lo saque,
yendo otra vez a la raíz. Dignísimo
es el celo piadoso por la víctima
que mostráis Febo y tú; y a mí vereis me
luchar, como es justicia, a vuestro lado
por la causa del dios y la de Tebas,
No es mi favor para ningún amigo

de los lejanos; por mí mismo velo,
al borrar esta afrenta. Porque el monstruo
que un día osó en el rey poner sus manos,
en mí quizá también quiera ensañarse
con rabia igual; y así por él saliendo
salvo a la vez por mí. Pronto, hijos míos,
dejad las gradas del altar, llevaos
los ramos suplicantes, y que alguno
ante el palacio al pueblo me convoque.
Todo lo he de hacer yo, y en este día,
o salimos con bien, si Dios ayuda,
o quedamos hundidos.

Se retira Edipo dentro de su palacio.

SACERDOTE

Levantémonos;
hijos, cuanto pedía nuestra súplica,
ya nos ofrece el rey. Dígnese Apolo,
quien nos mandó el oráculo fatídico,
venir junto con él para salvarnos
y atajar los horrores del flagelo.

*Recogen los suplicantes sus ramos, y se agrupan
hacia la izquierda mientras hace el Coro su entrada
a la orquesta por la derecha.*

PARODO

o canto de entrada

CORO

Voz de Zeus, voz divina, jocunda y melodiosa,
¿con qué espíritu vienes,
desde el Pítico alcázar donde el oro rebosa,
a la fúlgida Tebas? ¡oh punzantes recelos!
extendido en el potro de ansia mortal me tienes,
¡Peán, dios de los ayes, Apolo, dios de Delos!
Con sacro horror te miro:
¿qué expiación impones?
¿es algún rito nuevo? ¿o es algo que en su giro
traen las estaciones?
¡Habla! ¡corre los velos,
hija de la Esperanza, voz áurea de los cielos!

¡Atena, a ti primera,
a ti, la inmortaal hija
de Zeus, mi voz dirija
su cuita lastimera!
¡Artemis, tú en pos de ella, su hermana, y protectora
de Tebas, que en el orbe de su plaza te adora!

Y ¡a ti, flechero Apolo! ¡Los tres, en triple alianza,
sed para nuestras sombras aurora de esperanza!
¡y pues ya de otra peste vencisteis al amago,
¡venid, venid de nuevo, desterrad el estrago!

¡Ay, dolores sin cuento!
¡Presas la patria toda del mal! El pensamiento
no esgrime dardo alguno que mi salud decida...
Ya no brotan retoños de la tierra gloriosa;
los quejidos del parto, tras agonía ansiosa,
dejan a las mujeres triste fruto sin vida...
Cual aves en bandadas,
con ímpetu más raudo que el fuego omnipotente,
alma tras alma vieras volar precipitadas
hacia el dios de las sombras del eterno poniente.

¡Muertes, muertes sin cuento!
¡Una ciudad se muere sin que nadie el lamento
de funerales cultos
a los cuerpos tribute, que en la tierra tendidos,
los mortíferos gérmenes difunden insepultos!...
Múltiple entretanto sube voz de gemidos

de encanecidas madres y esposas sin ventura,
que ante el altar se agolpan para exhalar su pena.
Sonoroso fulgura
el peán, y responden, cual flautas, los plañidos...
¡Ay, vuelve hija dorada de Zeus, vuelve serena
tu mirada benigna que protección augura!

Y ese dios que me acosa,
que sin bronce de escudos, con destemplada grito
se cerca entre las llamas de su furia rabiosa,
haz que huya de mis campos en vuelo arrebatado,
que se corra a los senos inmensos de Anfitrita,
o al mar Tracio, que tiende su adusto acantilado
sin puerto al navegante...;
Mira que me destruye:
si algo deja la noche, su obra el día concluye.
¡Zeus, Padre y Señor nuestro, cuya mano desata
los haces vengadores del fuego centellante:
mira a nuestro verdugo, descarga el rayo y mata!

Rey Licio, es mi deseo
que de la cuerda de oro de tu arco flechas broten,
y en invicto escarceo,

vanguardia nuestra vuelen y al enemigo azoten;
y que estallen las ráfagas de claro centelleo,
con que Artemis los Licios collados ilumina
en su marcha galana.

Y ¡a ti también te llamo, dios del cintillo de oro,
a ti con cuyo nombre nuestra tierra se ufana,
rubicundo, que encrespas la algazara divina,
y a quien siguen con júbilo las Ménades en coro!

¡Acude, te lo imploro!
y ¡ojalá a nuestro lado. Baco invencible, acoses
con las crudas centellas que tu tea fulmina,
a ese dios de la peste, baldón entre los dioses!

EPISODIO PRIMERO

EDIPO, que ha entrado durante la última estrofa del coro

Oras, y tu oración (si a mis palabras
dócil te rindes y el remedio aprestas),
quizás alivio alcance en tu infortunio.
Como ajeno que estoy a estos rumores,

CORIFEEO

¿Diré el segundo medio en que he pensado?

EDIPO

Y el tercero también.

CORIFEEO

Quien más se iguala,
cuanto a visión profética, con Febo
divino augur, es el augur Tiresias;
quien le pregunta, oh rey, luz clara obtiene.

EDIPO

Ni este arbitrio tampoco he descuidado:
movido por Creonte, uno tras otro,
le mandé dos heraldos, y me admiro
cómo tanto demora en presentarse.

CORIFEEO

Fuera de lo que él diga, cuanto corre
no pasa de rumores sin substancia.

EDIPO

¿Rumores? ¿cuáles? Me interesa todo.

CORIFEEO

Se atribuye la muerte a unos viandantes.

EDIPO

Sí, me enteré también; mas no hay ahora
quien pueda dar razón de aquel testigo.

CORIFEEO

Si sabe lo que es miedo, aquí no espera
con tales maldiciones...

EDIPO

Por palabras
no temblará quien no tembló del crimen.

CORIFEEO

Mas hay quien lo descubra. Ya nos traen
al agorero, hombre divino, el único
que innata en su alma la verdad posea.

*Entra Tiresias, ciego y muy anciano, entre dos
criados de Edipo y guiado por un niño.*

EDIPO

¡Oh Tiresias, oh tú que inmenso abarcas
todo misterio y ciencia, tierra y cielo!
a la ciudad no ves, pero la sientes
en dolencia mortal: tú solo, oh vate,
serás su amparo y salvación. Pues Febo
—si ya no te lo han dicho los heraldos—
sólo un remedio a nuestro mal intima:
dar con los regicidas, y que mueran
o salgan para siempre a tierra extraña.
Pródigo de tu ciencia, ya la inspiren
el ave en su cantar u otros pronósticos,
sálvate a ti y a mí, salva a este pueblo,
salva a cuanto inficiona el torpe influjo
del muerto que ha quedado sin venganza.
De ti depende nuestra vida; piensa
que hacer favor, con cuanto tiene y puede,
es para el hombre, el más glorioso empeño.

TIRESIAS, hablando consigo mismo

¡Triste, triste de mí! ¡qué horrenda cosa
saber, cuando la ciencia sólo rinde
a quien sabe, dolor!... ¡Yo bien lo supe...
y lo olvidé!... ¡Por qué me habre vengo!

EDIPO

¿Qué es esto? ¡qué abatido y mustio llegas!

TIRESIAS

¡Ea, mándame a casa! no te opongas...
mejor así los dos cargar podremos
con tu desgracia tú, yo con la mía...

EDIPO, *con suave reconvención*

No es esto hablar como a tu cargo cumple
ni mostrarte buen hijo de la patria;
a ella debes el ser, ¿y le rehusas
tu respuesta augural?

TIRESIAS

Es que estoy viendo
que tú tampoco en tu pregunta aciertas.
No quiero igual tropiezo.

EDIPO

¡Por lo dioses!
no te vuelvas atrás: si sabes, ¡habla!
aquí a tus plantas lo imploramos todos...

TIRESIAS

Es que todos erráis. Mis males callo,
¡mis males, ¡ay! por no decir... los tuyos!

EDIPO, *exaltándose*

¿Qué? ¿Sabes todo, y en callar persistes?
¿quieres ser tú la ruina de tu patria?

TIRESIAS

No a mí ni a ti daré tormento en vano,
no insistas más; por mí no has de saberlo

EDIPO, *con súbito estallido de ira*

¿Cómo? ¡Infame! ¡villano! — que a una roca
encendieras en ira—, conque ¿no hablas?
torvo y duro hasta el fin, irreductible...

TIRESIAS

Mi cólera te ofende, y... la que habita
contigo... ¿no ves tú?... ¡tú me reprendes!...

EDIPO

Y ¿a quién no irritaría tu respuesta,
que es menosprecio de tu patria?

TIRESIAS

Todo

saldrá a luz por sí mismo, aunque yo calle.

EDIPO

Pues si es así, te toca a ti decírmelo.

TIRESIAS, *inflexible*

De aquí no he de pasar; y si te enoja,
puedes soltar tu cólera más brava.

EDIPO

Pues, según en mi pecho se embravece,
no disimulo más; yo en ti descubro
de esta vil trama al fraguador, al cómplice...
¡sólo te falta ensangrentar tus manos,
y si tuvieses ojos, aun diría
que íntegro el crimen se debió a ti solo!

TIRESIAS, *cediendo a su vez a la ira*

¿De veras? Oye pues: te notifico
que a tu propio pregón desde hoy te atengas,
que a nadie oses hablar, ¿oíste?, a nadie,
pues eres tú el maldito que nos manchas...

EDIPO

Con tan loco descaro te desbocas,
y ¿te imaginas escapar impune?

TIRESIAS

¡Yo libre estoy: incontestable nutro
en mi alma la verdad!

EDIPO

¿Quién te la enseña?

Tu ciencia no ha de ser...

TIRESIAS

A tí la debo:
tú me forzaste a hablar; yo no quería...

EDIPO

¿Qué fue? dílo otra vez, que pueda oírlo.

TIRESIAS

¿No oíste ya? o ¿es que enredarme intentas?

EDIPO

No, no entendí del todo. A ver, más claro.

TIRESIAS

Digo que el asesino que rebuscas
eres tú mismo.

EDIPO

¡Yo! ¡la misma infamia
segunda vez... no has de gloriarte de ello!

TIRESIAS

¿Diré algo más para que más te aíres?

EDIPO

¡Habla a tu antojo, que hablarás en vano!

*TIRESIAS, sin explicar en qué se funda
para tan terribles revelaciones*

Digo que ni sospechas la vergüenza
de tu vida enlazada con los seres
más caros para tí: ¡siniestro abismo
que no atinas a ver!

EDIPO

¡Ultraje, infame!
¡verás si no te alcanza el escarmiento!

TIRESIAS

¡Mi fuerza es la verdad!

EDIPO

¡Falla su fuerza
en tí, tres veces ciego, desgraciado
que ni oyes, ni comprendes, ni ves nada!

TIRESIAS

¡El desdichado tú, que me baldo, as
con lo que pronto han de achacar, todos!

EDIPO

¡Noche ininterrumpida, eterna noche
te cerca, y de tus golpes nos burlamos
los que vemos brillar la luz del día!

TIRESIAS, profético

No es el destino tuyo que sucumbas
al golpe mío. Basta Apolo... El vela...

EDIPO, con maligna sospecha

Y eso ¿es hallazgo tuyo o de Creonte?

TIRESIAS

A Creonte no imputes mal alguno...
¡La causa de tu ruina eres tú mismo!

EDIPO

¡Oh riqueza! ¡oh poder! ¡oh don supremo
que en el turbión de envidias de la vida
supera a cualquier don! ¡ay, cuántos celos
son la herencia fatal que os acompaña!
Por este trono, que en ofrenda libre,
sin yo pedirlo, la ciudad me diera,
¡Creonte, el fiel Creonte, el viejo amigo,
oculto trama y suplantarme ansía!
Y ¡para él se vale de este brujo,
saco de enredos, embauidor tramposo,
para su ruina ganancia ojos abiertos
y ojos de ciego en su arte de adivino!

Porque ¿adivino tú? ¿dónde ni cuándo diste prueba de tal? ¿cómo en la hora de los enigmas de la horrenda Esfinge no supiste atinar con la respuesta que a la ciudad salvara de la ruina? Ni era por cierto enigma que pudiese resolver un cualquiera; era preciso arte de augur; y el tuyo ¿dónde estuvo? ¿dónde, di, ni por gracia de tus pájaros, ni por favor de ningún dios?... A tiempo pasaba yo, yo Edipo, el que no sabe... y yo la enmudecí, con ciencia mía no enseñada de pájaros... Y ¿quieres destronarme a mí tú?... Sueñas sin duda sentarte junto al trono de Creonte... Lágrimas me parece que este empeño de alejar maldiciones de esta tierra os va a costar a ti y al que esto urde... Y si no fuera que te veo anciano, con azotes te diera tu escarmiento...

CORIFEO

Pasión, oh Edipo, es lo que a él le arrastra, pero también a ti... ¡No es tiempo de eso! Nos apremia el oráculo de Apolo, e importa hallarle la mejor salida.

TIRESIAS, duro y digno

Eres rey; mas con todo has de igualarme contigo en la respuesta; mi derecho me has de reconocer: no soy tu esclavo, lo soy de Apolo Loxias; yo no vivo ni viviré al amparo de Creonte. Pues bien, ya que mentaste mi ceguera para con ella baldonarme, escucha: tú miras, mas no ves dónde has caído, no ves ni dónde vives ni con quiénes. —¿sabes siquiera, di, de quién naciste? ¡tú que sin sospecharlo fuiste azote y lo eres todavía de los tuyos, los muertos y los vivos!... Ya te acosan tu padre y madre a una con el golpe de horrenda maldición, doble flagelo que ha de arrojarte de esta tierra, ¿cómo? —tú que ahora ves luz, viendo tinieblas... ¡qué sitio entonces no será enseñada que acoja tus clamores! ¡por qué valles

del Citerón no rodarán sus ecos, cuando descubras tu himeneo, y veas qué puerto para ti fue este palacio, tras viaje tan feliz fatal escollo!... Y ¡qué tropel de crímenes que ignoras, con que al mismo nivel tú con tus hijos os hallaréis de súbito! Tras esto, contra Creonte y la sentencia mía escarnios amontona... Entre los hombres no habrá quién nunca aniquilado quede con más rigor que tú...

EDIPO, en el colmo de la exasperación

¿Y he de aguantarle ni una palabra más? ¡Pártate un rayo! ¡Fuera de aquí! ¡por donde entraste! ¡pronto! ¿qué? ¿no estás lejos ya?

TIRESIAS

¿Quién me ha llamado? ¿o acaso nunca me brindé a venirme?

EDIPO

¿Y acaso te llamara, si supiera que ibas aquí en mi casa a desmandarte a tal insensatez?

TIRESIAS

¡Un pobre loco, para ti no soy más!... ¡pero gran sabio para tus padres fui!

EDIPO, con horrible ansiedad

¿Quiénes? ¡detente! ¿qué acabas de decir? ¿quién es mi padre?

Después de esta pregunta, Edipo ya no presta atención seria a nada de lo que sigue.

TIRESIAS, despectivo

El día de hoy te dará ser... y ruina.

EDIPO

Sólo en enigmas lo has de hablar hoy todo...

TIRESIAS

Y en solventarlos, ¿no eras tú maestro?

EDIPO

¡Haz burla! ¡allí no falla mi grandeza!

TIRESIAS

Y esa grandeza te llevó al abismo...

EDIPO

Si así salvé a la patria, ¿no me duelo!

TIRESIAS

Bien pues, me voy. Muchacho, ve guiando.

EDIPO

¡Sí, que te saque! aquí metido, estorbas;
o has de molestar más una vez fuera...

TIRESIAS, *deteniéndose todavía un momento.*

Cuando haya dicho lo que quiero, ireme
sin que logre tu ceño amedrentarme:
—¿poder en ti para perderme?... ¿dónde?—
Te digo que el malvado en cuya busca
tal furia de amenazas has vertido
pregonando la sangre del Labdácida,
aquí, se ha de encontrar, en plena Tebas,
con nombre de extranjero; mas muy pronto
vendrá a saber que fue Tebano puro
y cuán poco al saberlo ha de alegrarse...
Antes veía, marcharse ciego;
era opulento; partirá mendigo
a tientas con su palo, a tierra extraña...
Y a luz saldrá que vive con sus hijos,
siéndoles a la vez padre y hermano,
hijo y esposo de su propia madre,
consorte con su padre y parricida...
Entra ahora y pondera mis palabras;
y si hallas que he fallado en sólo una,
llámame por baldón falso profeta...

EDIPO,

*perdido en sus pensamientos,
no ha atendido a nada. Sin
pronunciar palabra ve retirarse
a Tiresias; preocupado y
sombrio entra también, después
de unos instantes, dentro
del palacio.*

ESTÁSIMO PRIMERO

CORO

¿Quién será aquél, a quien la voz divina
de la Delfica roca
denuncia sin nombrar... furia asesina
que a indecibles infamias se desboca?
• ¡Ya es hora que en la fuga
mueva la planta con más firme brío
que los potros, del viento raudos émulos,
pues ya sobre el impío,
cae el hijo de Zeus y le subyuga
armado con el haz de rayos trémulos;
y en pos, vuelo febril, alas restallan:
las Furias vengadoras que no fallan.

Desde el nevado pico del Parnaso,
cual ráfaga, un oráculo destella:
del criminal oculto
rastrear manda por doquier la huella.
Más él, que ronda, furibundo, acaso,
grutas y peñas, remontado toro,
en viuda soledad, con triste paso,
por el breñal inculto,
las voces huye que el Pitón de oro
de la tierra, implacable, le fulmina.
Locura presuntuosa...
¡La venganza divina
suelta tras él su enjambre que le acosa!

¡Ay horrible ansiedad en que me ofusco,
desde que habló el fatídico agorero!
Yo ni niego ni afirmo, ni, aunque busco,
atino qué decir, y desespero,
en pos de una señal reveladora.
El alma, de esperanza en esperanza,
revuela y escudriña
presente y porvenir; pero ni ahora,

ni en el pasado a que el recuerdo alcanza,
halla entre los Labdácidas y el hijo
de Pólipo una riña,
indicio claro de rencor prolijo.
¿Por qué, pues, el insulto
contra la limpia fama
de Edipo ha de lanzar quien se proclama
tardió vengador de Layo inulto?

Omnisapientes, Febo y Zeus: fulgura
su escrutador mirar en todo arcano;
mas si el vidente humano
me vence o no en saber, ¿quién lo asegura?
Puede ceder su ciencia ante otra ciencia.
¿Qué mucho, pues, que afirme
que mientras no se imponga la evidencia,
a detractoras voces no he de unirme?
¿Qué? ¿no le vimos todos cómo el día
que le asaltó cruel la Esfinge alada,
de mi patria adorada
fue salvación su ciencia y bazarria?
¡No, no esperen que brote de mi labio
contra mi rey condenación o agravio!

EPISODIO SEGUNDO

CREONTE, *entrando sobresaltado*

Ciudadanos, la pérfida calumnia
que oigo que me levanta el rey Edipo
indignado y quejoso aquí me trae.
¡Que en la angustia común capaz me juzgue
de manejos o dichos alevosos
en contra de él!... ¡Ah! ¡prolongar no quiero
mi vida bajo el peso de esta afrenta!
Afrenta que no tomo por nonada,
sino por mal gravísimo, si a una
todos en la ciudad, amigos antes,
desde hoy me apellidáis traidor aleve.

CORIFEO

Tal vez fue un atropello airado brote,
más que idea pensada...

CREONTE

¿Pero en público
se ha llegado a decir que mi consejo
sugirió al adivino sus mentiras?

CORIFEO

Se dijo, sí; con qué intención, lo ignoro.

CREONTE

¿Y al proferir sus cargos, daba muestras
de serena razón, de ojos serenos?

CORIFEO

Lo que mis amos hacen, no lo miro;
mas helo aquí que del palacio sale.

*Entra Edipo, y al ver a Creonte
tiene un estallido de ira.*

EDIPO

¿Es posible? ¿tú aquí? ¡y en tu impudencia
hasta te atreves a pisar mi casa,
público regicida del rey Layo,
manifiesto ladrón del trono mío!
¡Por los dioses! ¿tan ruin y tan cobarde
o tan simple me has visto, que te lanzas
a tal conspiración? ¿o te creíste
que no iba yo a sentir tu sordo asalto,
o que al sentrilo iba a quedarme mudo?
¡Qué locura! ¡sin tropas, sin amigos,
pretender escalar el regio trono,
que sólo el oro o la violencia alcanzan!

CREONTE

Permíteme un consejo: ya has hablado;
déjame responder, y después juzga.

EDIPO

Diestro hablas tú, mas yo muy torpe atiendo
cuando me arguye un pérfido convicto.

CREONTE

Eso es de averiguar... primero escúchame.

EDIPO

Nada averiguo: tu maldad no niegues.

CREONTE

Si esperas que te rinda algún provecho
tu obstinación sin juicio, te equivocas.

EDIPO

Y te equivocas tú, si es que pretendes,
a tu sangre traidor, quedar impune.

CREONTE

Si, en eso estoy conforme, y es justicia;
mas sepamos al fin, ¿qué me reprochas?

EDIPO

¿Fue tu empeño o no fue que a mi presencia
llamara al solemnísimo adivino?

CREONTE

CREONTE

Ese consejo dí, bien dado estuvo.

EDIPO

Y ¿cuánto tiempo hará desde que Layo...

CREONTE

—¿Layo? ¿a qué viene Layo? no te entiendo.—

EDIPO

...cayó al golpe de manos asesinas?

CREONTE

La cuenta a luengos años se remonta...

EDIPO

Y ¿ya ejercía su arte este agorero?

CREONTE

Ya, con acierto igual y fama idéntica.

EDIPO

¿Hizo entonces de mí mención alguna?

CREONTE

No, que yo sepa, en mi presencia al menos.

EDIPO

¿Y a raíz de la muerte, hubo su encuesta?

CREONTE

La hicimos, claro está; mas no dio fruto.

EDIPO

¿Y el gran sabio no habló? ¿qué hacía entonces?

CREONTE

No sé. Cuando no sé, callar prefiero.

EDIPO

Pero una cosa, sí, vas a decirme...

CREONTE

¿Cuál? Si en verdad la sé, no he de negarla.

EDIPO

Que de no andar contigo de consuno,
nunca ni me nombrara en lo de Layo.

CREONTE

Ah... ¿te nombró?... lo sabrás tú... y ahora
tócame a mí; cual respondí, responde.

EDIPO

Venga: no he de quedar por asesino.

CREONTE

Vamor a ver, ¿tu esposa no es mi hermana?

EDIPO

¿Por qué voy a negar lo que preguntas?

CREONTE

¿No eres rey a la par, como ella es reina?

EDIPO

Sus más leves deseos, yo los cumplo.

CREONTE

Y yo, junto a los dos, ¿no soy tercero?

EDIPO

Y en eso mismo tu maldad descubres...

CREONTE

No, si es que a la razón prestas oídos,
tal como lo hago yo. Vamos al caso:
¿sabes tú de algún hombre que prefiera
mandar entre terrores, si le ofrecen
igual poder con plácido descanso?
Ese hombre no soy yo. Yo no ambiciono
el ser rey, sino la regia vida...
Basta saber para esto lo que es juicio.
Todo ahora sin miedo en ti lo tengo;
de ser yo mismo el rey, en cuántas cosas
no tuviera que obrar contra mi gusto.
Y ¿quieres que me tiente por más dulce
la dignidad real, que un poderío
tan grande y tan sin penas? No me engaña
a tal punto el señuelo de las honras,
que en ellas mire más que a mi provecho.
Todos por hoy se gozan con mi dicha;
no hay quien no me haga fiestas, quien no acuda,
si algo de ti pretende, a que le apoye,
que en eso está el medrar... Y ¿yo trocara
bien tan macizo por su sombra huera?
¡No! ¡no cabe traición con sano juicio!
ni soy yo para andarme con enredos
que aun, al verlos en otros, me repugnan.
¿La prueba? - Manda a Delfos quien se entere
si un ápice he mudado en el oráculo.
Más: si complicidad en mí descubres

con el vidente aquel, aun en lo mínimo,
no me condene una sentencia sola:
préndeme, y moriré, por doble voto,
el mío con el tuyo. Pero a ciegas
¡no acuses, no, ni por vislumbres vanas!
Al malo llamar bueno, al bueno malo
¿cómo, sin más? Echar al fiel amigo
es lo mismo que echar del seno propio
el máspreciado bien, la propia vida.
Maestro fiel, el tiempo: él solo puede
al justo aquilatar; un día sobra
para darnos atisbos de un malvado.

CORIFEO

Discreto habló; y el que caer no quiera
óigale, oh rey. Quien precipita el juicio
poco seguro va...

EDIPO

Mas cuando siento
precipitarse al que traidor conspira,
fuerza es que yo también me precipite.
¿O habré de estarme quedo, con que salgan
victorioso su plan, burlado el mío?

CREONTE

Vamos, ¿qué es lo que quieres? ¿desterrarme?

EDIPO

¿Desterrarte? No tal; ¡tu muerte quiero!

CREONTE

...Si antes pruebas la envidia que me imputas.

EDIPO

¿Hablas resuelto a no ceder ni oírme?

CREONTE

Es que veo que en ti no rige el juicio...

EDIPO

¡Rige para lo mío!

CREONTE

¿No debiera
mirar por mí también?

EDIPO

¿Por ti, perverso.?

CREONTE

Y ¿si es que entiendes mal?

EDIPO

¡Quien manda manda!

CREONTE

¡A lo tirano, no!

EDIPO

¡Favor, Tebanos!

CREONTE

¡Favor a mí también, también yo tengo
mi parte en la ciudad, que no tú solo!

CORIFEO

¡Paz! ¡príncipes, teneos! cuán a punto
para vosotros miro en los umbrales
del palacio a Yocasta. Ella reduzca
a paz estable tan funestas iras...

*Se presenta Yocasta en la puerta
central del palacio.*

YOCASTA

¡Desatentada lid! Así, menguados,
la lengua desatáis, y, cuando gime
la patria en agonía, ¿no es vergüenza
que andéis en tales pleitos? ¿a palacio
no irás, Edipo? ¿y tú, Creonte, a casa,
antes que rompa en llama esta centella?

CREONTE

Hermana, ¿si es que Edipo, esposo tuyo,
su furia injusta en mí cebar pretende
con una de dos penas, o arrojándome
de la patria, o mandándome al suplicio!

EDIPO

Cierto es, mujer, mas le cogí en amaños
de alevosa traición contra mi vida.

CREONTE, *tocando el altar en señal de
juramento*

¡Fálteme todo bien, maldito muera,
si algo hice contra ti de cuanto has dicho!...

YOCASTA

¡Por los dioses, Edipo, dale crédito!
Pues por ellos juró, muestra en creerle
que a los dioses respetas, y que miras
por mí y estos amigos que te asisten!

CORIFEO

¡Ríndete, oh rey, consiente, reflexiona,
por piedad!

EDIPO

Y ¿en qué tengo que rendirme?

CORIFEO

Ya no es él ningún niño, y pues que jura,
tu respeto merece.

EDIPO

Pero ¿entiendes
lo que con esto pides?

CORIFEO

Sí, lo entiendo.

EDIPO

¿Qué pues?

CORIFEEO

Que al fiel amigo no convicto,
que su lealtad con juramento abona,
no le arrojes de ti con tal infamia.

EDIPO

¡Ay! ten por cierto que este anhelo tuyo
mi ruina me prepara o mi destierro...

CORO

¡Horror, sospecha inicua!
¡No! ¡por el Sol, deidad la más conspicua
entre los dioses todos! Y que el hado,
sin dios a quien volverme, sin amigo,
me abrume con el fin más desastrado,
si es que tal pensamiento en mi alma abrigo.
Pero es que me tortura
la infausta ruina que a mi patria azota,
si cuando el mal antiguo más la apura,
colma su desventura
el nuevo mal que de vosotros brota...

EDIPO, *al Coro*

Bien, salga libre pues... aunque por pago
me espera, de seguro, cruda muerte
o el salir arrojado de esta tierra
con público baldón... Porque me inclino
a tu ruego, a tu queja, no a la suya...
pues lo que es él, lo he de mirar con odio
dondequiera que esté...

CREONTE

Terco y soberbio,
lo mismo en el ceder, que cuando insano
y enajenado estás... Genios como ése,
tormento para todos, más tormento
para sí mismos son...

EDIPO

¡Al punto, fuera!

CREONTE

Me voy. No has entendido... Estos ancianos
íntegro y fiel me ven cual fui yo siempre...

Sale Creonte.

CORIFEEO

¿No fuera bueno, oh reina, sin demora
hacer entrar al rey?

YOCASTA

Pero primero
sepa lo que pasó.

CORIFEEO

Ciegas sospechas,
infundados reproches, que al clavarse,
causan por fuerza resentido agravio...

YOCASTA

Y ¿fue mutuo?

CORIFEEO

Lo fue.

YOCASTA

¿Qué se decía?

CORIFEEO

¡Permite por favor que el labio calle!
Cuando la patria agonizante lucha,
oh reina, basta, creo... y que se quede
el pleito donde está...

EDIPO

Ves en qué paras,
consejero leal pero indiscreto...
¿Así enervas mi enojo? ¿así me sirves?

CORO

¡Oh rey, no una vez sola
has escuchado mi leal protesta!
¿Yo a ti dejarte? ¡Insensatez funesta,
locura y sinrazón!... Cuando la ola
del terror a mi patria sumergía,
la salvación le diste.
Cuando otra vez el huracán la embiste,
de nuevo serás tú su norte y guía.

*Yocasta se acerca con
ademán cariñoso a Edipo.*

YOCASTA

A mí también, rey mío, por los dioses,
dime cómo tan hondo se ha clavado
en tu alma tal rencor...

EDIPO

Más que a ninguno
de estos ancianos, reina, a ti venero.
Te lo diré. ¡Creonte es el culpable!
que horrores contra mí tramando viene...

YOCASTA

¿Podrías concretarme tu querella?

EDIPO

¡Asesino de Layo me apellida!

YOCASTA

Y eso... ¿lo supo él mismo, o por denuncias?

EDIPO

De un pérfido profeta se ha valido,
que él no comprometió sus propios labios...

YOCASTA

Entonces puedes darte por absuelto...
no pienses más. Escúchame y comprende,
para descanso tuyo, que no existe
ningún mortal que lea en lo futuro.
La prueba te la doy breve y sin réplica.
Tiempos ha, llegó a Layo un vaticinio
—obra, no diré yo del mismo Apolo,
sino de sus intérpretes—, marcándole
para un sino fatal: la muerte a manos
de un hijo suyo... el que de mí tuviese.
Mas él —van años ya—, según rumores,
a manos de bandidos extranjeros,
fue muerto en una triple encrucijada.

*Edipo tiene un gesto
imperceptible de sobresalto.*

Por su lado el infante no cumplía
ni tres días siquiera, cuando el padre,
ensartándole juntos los tobillos,
lo echó por mano ajena a lo más agrio
del monte. ¿Ves bien claro que no pudo
lograr Apolo ni que el niño fuera
quien matara a su padre, ni tampoco
que Layo —como tanto lo temía—
muriera a manos de su propio hijo?
¡Oráculos celestes tan concretos
que así luego se cumplen!... No te cures
de ellos ya más... Cuando algo un dios pretende,
lo saca a luz, sin que haya quien lo estorbe...

EDIPO

Al oír tus palabras, en qué angustias
el alma se me pierde... y qué memorias
brotan del fondo de ella...

YOCASTA

¿Qué cuidado
así te hace volver sobre tí mismo?

EDIPO

Creo te oí decir que fue la muerte
de Layo... en una triple encrucijada...

YOCASTA

Tal fue la voz común; lo es todavía.

EDIPO

Y ¿dónde fue el lugar de la catástrofe?

YOCASTA

En Fórcida, en el punto en que se juntan
el camino de Delfos y el de Daulia.

EDIPO, *con creciente excitación*

Y ¿qué tiempo ha pasado desde entonces?

YOCASTA

La nueva aquí llegó muy poco antes
que tomaras tú el mando de esta tierra.

EDIPO, *con espanto*

¡Oh Zeus! ¿qué habrás resuelto hacer conmigo?

YOCASTA

Y ¿qué hay en esto, Edipo, que te angustie?

EDIPO

No preguntes aún. Dime, ¿qué aspecto
tenía Layo, y de qué edad sería?

YOCASTA

Era alto; ya apuntaba en sus cabellos
algún hilo de plata... con un aire...
bien parecido al tuyo...

EDIPO, *balbuceando*

¡Suerte infausta!
me parece que horribles maldiciones
lancé hoy contra mi mismo, sin saberlo...

YOCASTA

Oh rey, ¿qué dices? Con temblor te miro...

EDIPO

Y yerto estoy pensando... si los ojos
del adivino ven... Con que contestes
a una pregunta más, salgo de dudas...

YOCASTA

Me da pavor; con todo, a cuanto mandes,
lo que sepa diré.

EDIPO

¿Cómo iba Layo?
¿con poca gente, o con la regia escolta
que corresponde a un príncipe?

YOCASTA

Por todos
eran cinco; uno de ellos el heraldo;
seguía una carroza, y Layo en ella.

EDIPO

¡Horror! todo está claro... Pero dime,
¿aquí, mujer, quién dió la voz?

YOCASTA

Un siervo
que nos volvió superviviente, el único.

EDIPO

Y ¿vivirá en palacio todavía?

YOCASTA

Ya no; porque, a la vuelta de aquel viaje,
al punto que te vio dueño del trono,
después de muerto Layo, me imploraba,
tocándome la diestra que a los campos
le despachase por pastor de ovejas,
lejos de la ciudad, donde ya nunca
la pudiese ver más. Yo vine en ello,
le mandé, que, aunque esclavo, merecía
tan pequeña merced y otras mayores.

EDIPO

¿no podrá volver aquí al instante?

YOCASTA

Fácil es; mas ¿por qué tan vivas ansias?

EDIPO

¡Ay, mujer! yo me temo haber hablado muchas cosas de más... Tengo que verle...

YOCASTA

Pues vendrá. Mas, oh rey, ¿no seré digna de saber yo también lo que te abrumba?

EDIPO

¿Cómo te lo ocultara, si me agobia el peso de fatal presentimiento?
o ¿a quién mejor que a ti contar pudiera mi angustia en este trance tan horrible?...
Tuve por padre a Pólipo, el corintio,
y a Mérope de Dóride por madre.
Yo era en Corinto el hombre más glorioso,
cuando un percance tuve, que sin duda digno era de atención, mas no de tanta como le presté yo. Fue en un banquete.
Un comensal, a la hora de las copas,
ebrio me baldonó de hijo adoptado.
Yo me sobresalté, y a duras penas me contuve aquel día. Ya no pude del siguiente pasar: voy a mi madre,
a mi padre después, y les pregunto.
Mostraron del agravio grande enojo contra el menguado que soltó la especie.
Me alivió su respuesta; mas, con todo,
la duda sin cesar me carcomía,
pues se corrió la voz por todas partes.
A ocultas de los míos corro a Delfos.
Mas Febo, a mis preguntas desdeñoso,
me despachó sin responderme. En cambio se reveló terrible en el anuncio de desgracias horribles, angustiosas:
era mi sino unirme con mi madre,
engendrar una prole que causara horror al mundo con su vista sola;

y al padre que me diera el ser que tengo,
asesinarle yo... Con tal sentencia,
Corinto desde entonces fue la patria que sólo desde lejos, por los astros,
se puede adivinar. Dime a la fuga hacia donde jamás cumplido vieses el horror de mis torpes vaticinios.
Prosiguiendo mi viaje, llego al punto donde dices que el rey halló la muerte;
y hora, sabrás, mujer, la verdad toda.
Estaba ya en la triple encrucijada,
cuando vi que venían a mi encuentro un heraldo y un hombre recostado en carroza tirada por dos potros;
su aspecto, el que has descrito hace un instante.
Primero el guía, y luego el mismo viejo: "haz lado", me gritaron con violencia.
Al primer empujón del espolique,
le asesto yo, sin más, furioso golpe.
El viejo que lo ve, me acecha al paso,
y al ir yo junto al coche, desde arriba me asienta su aguijada de dos puntas en plena cara. La pagó con creces.
Fue cosa fulminante: alzo la mano;
del coche lo descuaja mi garrote desplomado de espaldas en la vía,
y los mato yo a todos... Mas si tiene sangre común con Layo este viajero,
¡ay infeliz de mí! ¿será posible suerte de más horror? ¿o habrá quien pueda decirse más odiado de los dioses?
Nadie ya, ni Tebano ni extranjero puede ofrecerme asilo en su morada,
ni hablar conmigo; de sus casas todos me tienen que expulsar... Y nadie, nadie me echó estas maldiciones; yo en persona las lancé contra mí... Yo del difunto manchando estoy el lecho con las manos que segaron su vida... ¡Ay! ¿no soy torpe —mejor dijera la torpeza misma—,
si debo desterrarme, y mi destierro no lo puedo aliviar viendo a los míos ni a mi patria jamás sin que se aseche un enlace nefando con mi madre y el parricidio de mi padre, Pólipo, que me dio el ser y me crió?... ¡Por cierto que atina la verdad quien atribuya a un dios que contra mí se encruelce tanto colmo de mal!... Mas ¡nunca, nunca

tenga, oh deidades puras, venerandas,
que ver tal día yo! ¡De entre los hombres
desaparezca, antes que en mí el estigma
de infamia tan funesta impreso mire!

CORIFE0

Oh rey, fuente de angustia es tu relato,
mas hasta ver al único testigo,
guarda alguna esperanza.

EDIPO

Ya la única
se reduce tan sólo a que aguardemos
se presente el pastor...

YOCASTA

Y cuando llegue,
¿qué piensas sacar de él?

EDIPO

Pues mucho, mira:
si se halla que sus dichos coinciden
en todo con los tuyos, yo estoy salvo.

YOCASTA

¿Qué me has oído a mí que tanto importe?

EDIPO

De "ladrones" dijiste que él hablaba
en la muerte del rey. Si en este número
se afirma todavía, yo no he sido:
igualarse no pueden uno y varios.
Si en cambio muda el número en un solo
viajero solitario, ya no hay duda:
la sangre que vertí se me echa encima...

YOCASTA

Cierto puedes estar que así la historia
fue contada por él, y no es posible
que llegue a desdecirse: toda Tebas,
no yo sola, la oímos de sus labios.
Que algo cambie en su dicho... - no por eso

logrará nunca, oh rey, hacer que encajen
con la muerte de Layo los oráculos.
Porque formal sentencia fue de Loxias
que había de matarle un hijo mío.
Mas ¿cómo le matara el sin ventura
si él pereció primero?... ¡Ni al un lado
ni al otro he de mirar en adelante
por profecía alguna!...

EDIPO, *como distraído*

Razón tienes.
Con todo, hazme buscar al campesino,
y no descuides eso.

YOCASTA

Con presteza.
lo hago llamar. Mas al palacio entremos,
que en nada pienso sino en darte gusto.

*Entran al palacio Edipo y Yocasta,
y el Coro queda solo.*

ESTÁSIMO SEGUNDO

CORO

En el viaje de la vida no es mi anhelo otro destino
que ganar el alto premio de pureza y de piedad
en mis actos y palabras, sujetándome al divino
señorío de unas leyes de sublime majestad.
¡En el éter se engendraron, el Olimpo es padre de ellas,
el Olimpo, y no los hombres con su efímera virtud;
ni del sueño del olvido sufrirán nunca las huellas;
un gran dios las vivifica, de perenne juventud!

Al tirano, la insolencia... la insolencia es quien lo cría,
y le ceba en bienes con ansioso frenesí;
a la cumbre más enhiesta sube airoso y se gloria;
mas al fondo del abismo se despeña desde allí:
sima abrupta, donde no halla quien le ampare contra el Hado...
- Otras luchas generosas de fecunda emulación,
a Dios ruego nunca falten para gloria del Estado;
y yo siempre a Dios me acojo por auxilio y protección...

Mas si alguno se pasea retador, el pecho erguido,
sin temor a la justicia, sin respeto del altar,
¡que mal hado le arrebatase por su orgullo desmedido..

si es injusto en su ganancia, si, sacrílego atrevido,
cosas toca en su locura que jamás se han de tocar!
¿Y habrá alguno que perpetre tales hechos, y que ufano
de los dardos vengadores de los dioses libre esté?
Pues si el crimen queda impune, si se aplaude ¿a qué me afano?
estas danzas, y estos himnos, y estos cultos ¿para qué?

¡Nunca más al sacro templo, centro augusto de la tierra,
nunca al de Abe, ni al de Olimpia, con fe pía podré ir,
si no consta, hasta palparlo, que el oráculo no yerra,
y ven todos que, cuando habla, sabe Dios hacer cumplir!
¡Rey supremo! si es tu nombre: Zeus Señor, el que domina,
haz sentir la fuerza invicta de tu imperio y tu visión.
Los oráculos de Layo van cayendo en lenta ruina,
y hacen fiesta... en todas partes, sin vigor la voz divina...
falla el crédito de Apolo, muere ya la religión...

EPISODIO TERCERO

*Sale Yocasta de palacio, acompañada
de doncellas portadoras de ofrendas.*

YOCASTA

Nobles de la ciudad, secreto impulso
me lleva hacia los templos de los dioses,
ostentando este ramo suplicante
y esta ofrenda de incienso. Pues Edipo
se deja arrebatarse de mil congojas,
de sobresaltos mil; ni, cual sugiere
la tranquila razón, por lo pasado
juza de lo presente, antes se entrega
a merced de quien le habla, si le anuncia
noticias de terror. Y pues mis ruegos
nada consiguen de él, oh Licio Apolo,
a ti que tan de cerca nos asistes,
te traigo suplicante estas ofrendas;
otorga a mi oración un desenlace
que nos libre de impuras maldiciones;
que al ver al rey temblar, temblamos todos,
cual tiembla el pasajero, cuando mira
al piloto aterrado en la tormenta.

*Inopinadamente se presenta un
mensajero por la izquierda.*

MENSAJERO

¿Podéis mostrarme, amigos, dónde mora
el rey Edipo? o, de una vez, decidme
si sabéis dónde está.

CORIFEO

Delante tienes,
forastero, el palacio; él dentro se halla,
y ésta es la esposa madre de sus hijos.

MENSAJERO

Dichosa sea, entre dichosos viva
la madre que a tal rey dio regia prole.

YOCASTA

Tú también sé feliz, amable huésped,
que lo merece tu gentil saludo.
Mas dime si algo buscas, o ¿nos traes
una nueva quizás?

MENSAJERO

Y de gran gozo
para tu casa, oh reina, y tu consorte.

YOCASTA

Y ¿qué mensaje es ése? ¿quién te envía?

MENSAJERO

Vengo con él desde Corinto, y, cierto,
te ha de regocijar; aunque tristeza
podrá darte también.

YOCASTA

¿Cuál es? explica,
y ¿cómo tiene efectos tan contrarios?

MENSAJERO

Por rey quieren alzarle los del Istmo:
tal es la voz que por Corinto corre.

YOCASTA

¿Qué? ¿no gobierna ya el anciano Pólipo?

MENSAJERO

Ya lo tiene la muerte en el sepulcro...

YOCASTA

¿Qué has dicho? ¿muerto Pólipo?

MENSAJERO

Si es falso,
aquí me muera yo.

YOCASTA, *a una de sus doncellas*

¡Muchacha, vuela
a llevar pronto al rey estas noticias!
- ¡Oh divinos oráculos, que en esto
hayáis parado al fin! ¡Ése es el hombre
de quien huía Edipo tembloroso,
tantos años, por miedo de matarle!...
y ha muerto ahora por su propio sino,
sin que Edipo se mueva...

Sale Edipo de palacio.

EDIPO

Cara esposa,
Yocasta, aquí me tienes: ¿algo ocurre
que así me llamas del palacio?

YOCASTA

¡Escucha,
por lo que este hombre dice, en lo que paran
los famosos oráculos de Apolo!...

EDIPO

Y ése ¿quién es? ¿dice algo que me importe?

YOCASTA

Es corintio, y anuncia que tu padre
dejó ya de existir: ¡Pólipo ha muerto!

EDIPO

Forastero ¿qué has dicho? ¿de tu boca
lo quiero yo saber!

MENSAJERO

Si ha de ser ésta
la primera noticia en mi relato,
es verdad, se nos fue... murió...

EDIPO

Mas ¿cómo?
¿de enfermedad o por traición?

MENSAJERO

Abate
a un cuerpo anciano el peso más menudo.

EDIPO

Murió el pobre de achaques, según veo...

MENSAJERO

Y de los muchos años que contaba.

EDIPO

Qué trabajo, mujer... ¿Quién todavía
se curará del Pítico santuario,
ni de aves que chirrían por los aires,
según cuyos pronósticos, mi sino
fue matar a mi padre? ...¡Bajo tierra
duerme él en paz; y, sin tocar un arma,
yo aquí!... Dirán tal vez que lo ha matado
la pena de mi ausencia... También eso
fuera ser yo la causa de su muerte...
Mas al fin, yace Pólipo en el Hades,
y sepultó consigo los oráculos,
mostrando lo que han sido... pura nada...

YOCASTA

¿No te dije eso mismo hace ya tiempo?

EDIPO

Sí, pero me arrastraban mis terrores...

YOCASTA

¡Hora es de sacudirlos para siempre!

EDIPO, *después de un silencio*

Mas lo del lecho de mi madre, ¿cómo?
¿cómo no ha de angustiarme?

YOCASTA

¿Qué recelas?
si en el hombre quien manda es la Fortuna,
y el porvenir misterio es para todos...
vivir a la ventura es lo más práctico,
cada cual como pueda... Ni te asuste
lo de las bodas de tu madre: de otros
lo mismo cuentan, sí, también... en sueños...
Quien de esas vaciedades más se rie
mejor la entiende y más tranquilo pasa...

EDIPO

Sí... con tal que mi madre no viviese;
mas mientras ella viva, cuanto arguyas
no me puede librar de mis zozobras.

YOCASTA

Pero esa tumba de tu padre muerto
¿no es lumbre de evidencia?

EDIPO

Sí, conforme;
pero me angustio por mi madre viva...

MENSAJERO, *insinuándose*

Y ¿qué mujer os causa tanta alarma?

EDIPO

¡Mérope, anciano, la mujer de Pólipo!

MENSAJERO

Pero en ella ¿qué veis que así os inquiete?

EDIPO

¡Ay, extranjero, un tremebundo oráculo
de origen celestial!

MENSAJERO

¿Puede decirse,
o lo ha vedado el dios?

EDIPO

En forma alguna:
por Loxias supe un día qué destino
me esperaba en la vida: con mi madre,
lazo de horrendas nupcias, y en mis manos
la sangre paternal... Esto me tiene
por tantos años ya, lejos, tan lejos
de Corinto, Verdad que desde entonces
me acompaña la suerte... Mas tan dulce
es ver el rostro de los padres...

MENSAJERO

¿Cómo?
¿sólo por este miedo estás sin patria?

EDIPO

Y por no caer nunca en parricidio,

MENSAJERO

¿Por qué viniendo sólo por servirte,
no he disipado, oh rey, estos temores?

EDIPO

A fe que no quedaras sin albricias,

MENSAJERO

Y a fe —¿por qué negarlo? que esto busco:
hallar amparo en ti, cuando nos vuelvas.

EDIPO

Junto a mis padres, no, yo no he de ir nunca.

MENSAJERO

Hijo y ¿cómo se ve que nada sabes!

EDIPO

Por los dioses, anciano, ¿qué hay? avísame...

MENSAJERO

Digo, si esta razón tu vuelta estorba.

EDIPO

Mi terror: que el oráculo de Apolo
llegue a cumplirse en mí.

MENSAJERO

¿Que con tus padres
se mancille tu vida torpemente?

EDIPO

¡Sí... tal es el terror que no me deja!

MENSAJERO

Y ¿cuándo entenderás que es terror vano?

EDIPO

¿Cómo, si son la fuente de mi vida?

MENSAJERO

Pues porque para ti no es nada Pólipo.

EDIPO

¿Qué has dicho? ¿que no es Pólipo mi padre?

MENSAJERO, señalándose a sí mismo

Como el hombre a quien ves, ni más ni menos.

EDIPO

¿Igual quien me engendró y el que no es nada?

MENSAJERO

Es que ni él te engendró ni yo tampoco.

EDIPO

¿Por qué llamarme entonces hijo suyo?

MENSAJERO

Regalo fuiste de estas manos mías...

EDIPO

¿Y al niño ajeno amó con tal ternura?...

MENSAJERO

Tanto pudo con él la falta de hijos.

EDIPO

Para darme, ¿me hallaste o me compraste?

MENSAJERO

Te hallé del Cicerón en las cañadas.

Yocasta empieza a adivinar y sobresaltarse.

EDIPO

¿Y qué hacías rondando esas dehesas?

MENSAJERO

Andar tras mis rebaños por los montes.

EDIPO

¿Pastor errante en busca de salario?

MENSAJERO

Sí. ¡y el que entonces te salvó, hijo mío!

EDIPO

¿De qué sufría, pues, cuando me hallaste?

MENSAJERO

Que tus propios tobillos te lo digan.

Yocasta lucha en vano por disimularse la verdad.

EDIPO

¡Ay! ¿por qué recordar viejas desgracias?

MENSAJERO

Yo desaté tus pies clavados juntos...

EDIPO

Sí, traigo ese baldón desde la cuna...

MENSAJERO

Y de él habla tu nombre...

EDIPO

¡Por los dioses!
¿quién lo hizo? ¿fue mi padre? ¿fue mi madre?

MENSAJERO

No sé: quien te dio a mí quizá lo sepa.

EDIPO

¡Ah! ¿no me hallaste tú? ¿me recibiste?

MENSAJERO

Otro pastor te puso entre mis brazos.

EDIPO

¿Quién? ¿recuerdas aún? ¿nombrarlo puedes?

MENSAJERO

De la gente de Layo le decían.

*Yocasta que lo ha entendido todo
no sabe cómo ocultar su terror.*

EDIPO

¿Del que, hace tiempo, en Tebas gobernaba?

MENSAJERO

Del mismo; ese pastor fue de los suyos.

EDIPO

¿Y vive aún? ¿será posible verlo?

MENSAJERO

Vosotros lo sabréis, los de esta tierra.

EDIPO, *al Coro*

¿Hay quién entre vosotros los presentes
conozca a este pastor que me describen?
Si aquí lo ha visto o por los campos, hable:
la hora llegó de descubrirlo todo...

CORIFEO

No creo pueda ser otro ninguno
que el mismo que, hace poco, de los pastos
has mandado traer. Pero Yocasta
mejor que nadie lo dirá.

EDIPO

Señora,
el pastor que has llamado y aguardamos
¿será tal vez el hombre que éste dice?

YOCASTA, *balbuceando*

¿Que dice?... cualquier cosa... Si es inútil
cuanto hablan... ni lo pienses, ni recuerdes...

EDIPO

¡Jamás! ¡con tales prendas, yo no paro hasta saber al fin de quién desciendo!

YOCASTA

¡No! por los dioses, ¡no! ¡Si algo te importa la vida, cesa ya! ¡Basta mi angustia!...

EDIPO, *rudo e irónico*

¡Ánimo! ¡que aunque siervo yo resulte, hijo de sierva en tercer grado sierva, tú nada has de perder!

YOCASTA

¡Aunque así fuese, óyeme, te suplico, no lo hagas!

EDIPO

¡No puedo oír; he de saberlo todo!

YOCASTA *con un esfuerzo supremo por contener a Edipo*

¡Si es lo mejor.. y por tu bien lo digo!...

EDIPO

¡Pues mira, de ese bien me voy hartando!

YOCASTA

¡Desventurado! ¡Nunca sepas, nunca, quién eres tú...

EDIPO

¡Qué es, pues! ¿no habrá quien corra y me traiga al pastor? —¡A ésa... dejadla que en su linaje espléndido se engría!...

YOCASTA

¡Ay desdichado! ¡ay!... ¡Sólo este nombre te doy... y es el postrero... para siempre!

Se lanza al palacio desesperada.

CORIFEYO

¿Por qué se fue la reina con tal ímpetu de incontenible angustia? Su silencio temo, oh rey, que reviente en hondos males...

EDIPO, *en tono arrebatado*

¡Reviente lo que quiera! Yo estoy firme en dar con mi linaje, por más bajo que venga a resultar. Ella, sin duda, altiva, al fin como mujer, se afrenta de mi vil nacimiento... ¡Yo soy hijo de la Fortuna dadivosa y rica; ni, siendo tal mi madre, habré de verme en oprobio jamás; son mis hermanos los Meses, que me vieron cuando humilde, y que grande hoy me ven! ¡Yo no reniego de esta ascendencia mía, ni renuncio a rasgar el secreto de mi cuna!

ESTÁSIMO TERCERO

El Coro, dejándose contagiar de la loca confianza del rey, e imaginándose que va a resultar Tebano de nacimiento, rompe en un alegre hiporquema, o canto de danza.

CORO

Si profeta soy yo, si voz divina
habla a mi corazón,
mañana es luna llena, y te destina
el cielo nueva gloria peregrina,
oh monte Citerón,
Sabrá Tebas que fuiste
de Edipo, nuestro rey, cuna dichosa,
que de nodriza y madre en él vertiste
tus dones a la vez;
y en danza jubilosa
he de cantar tu dádiva graciosa,

si oye Febo mi súplica y me asiste
con regia esplendidez.

¿Quién es tu madre, oh niño, quién? ¿alguna
oréade tal vez, con quien se aduna

Pan, el dios montaraz?

¿o alguna de las ninfas compañeras
de Loxias, que en los llanos y praderas
encuentra su solaz?

¿Hijo fuiste del dios, rey del Cilene?

¿o fue Baco, al rondar las cordilleras,
quien te hubo —alegre don—

de alguna de las musas hechiceras,
con las que de continuo se entretiene,
diosas del Helicón?

EPISODIO CUARTO

Asoma a lo lejos el pastor entre dos criados.

EDIPO

Ancianos, sí, aunque nunca lo haya visto,
puedo yo aventurar mi conjetura,
me imagino que al fin allí se acerca
el pastor que buscamos. En la vida
lo mismo lleva andado que este viejo
—así al menos parece— y reconozco
por míos a los siervos que le traen.
Tú debes estar de ello más seguro,
si es que antes al pastor has conocido.

CORIFEO

Lo conocí: de Layo fue, no dudes,
y el más fiel entre todos sus pastores.

EDIPO, *sin dar tiempo a nada*

Empieza tú, corintio, ¿de éste hablabas?

MENSAJERO

Del mismo: en tu presencia ya lo tienes.

EDIPO, *al siervo*

A ver pues. ¡Hola, viejo, alza los ojos!
y ¡atento! sin demora a mis preguntas
me vas a responder. ¿Fuiste de Layo?

SIERVO

Lo fui: no me compró; nacile en casa.

EDIPO

¿En qué oficio te tuvo y en qué vida?

SIERVO

Tras los rebaños lo más de ella anduve.

EDIPO

Y ¿dónde era tu estancia más frecuente?

SIERVO

Pues... por el Citerón o sus contornos.

EDIPO

Y ¿recuerdas a este hombre? ¿allí le viste?

SIERVO

—¿Hacer algo?... ¿de qué hombre me preguntas?

EDIPO

Del que está aquí. ¿Lo has visto? ¿lo tratabas?

SIERVO

Así de pronto... no, no le recuerdo...

MENSAJERO

Ni qué extraño, Señor; mas es muy fácil
avivar su memoria olvidadiza.

Bien sé que es imposible no se acuerde
cómo en tres ocasiones nos juntamos,

con dos rebaños él, yo con el mío,
los dos, del Citerón en las dehesas,
desde la primavera hasta el Arturo,
por seis meses cabales. Con las nieves
bajaba yo del monte a mis rediles,
y él se volvía a los del layo. ¿Digo
o no digo las cosas como fueron?

SIERVO

De eso van años... pero cierto es todo.

MENSAJERO

¡Ya! Vamos, pues. ¿Te acuerdas de que un niño,
por entonces también, me regalaste
para que como propio lo criara?

SIERVO, *azorado*

¿Qué? ¿qué es eso? ¿a qué viene esa pregunta?

MENSAJERO, *señalando a Edipo*

¡Éste es, amigo, el que era niño entonces!

SIERVO, *con terror*

¿Pártate un rayo!... ¿no sabrás callarte?...

EDIPO, *severo*

No lo reprendas, viejo; más castigo
mereces tú que no él, por lo que dices.

SIERVO

¡Amo querido!, ¿en qué me he desmandado?

EDIPO

En que acerca del niño no contestas.

SIERVO

Es que habla sin saber... historias tontas...

EDIPO, *alzando la voz*

A buenas no respondes... ¡pues a malas!...

SIERVO

¡Por Dios! ¡soy viejecito, no me pegues!...

EDIPO

¿Qué esperan para atarle? ¡Vamos! ¡pronto!

SIERVO, *al ver que le echan mano*

¡Ay! ¡ay de mí! ¿por qué? ¿qué más deseas?

EDIPO

El niño de que te habla ¿se lo diste?

SIERVO

—Se lo di... ¡y ojalá me hubiera muerto!

EDIPO

Descuida, hoy morirás si no hablas claro.

SIERVO

Si hablo, peor aún... cierta es mi muerte...

EDIPO, *con un gesto de amenaza*

A ver si quiere este hombre andar en vueltas...

SIERVO

¡Ay! no, no... se lo di... si ya lo he dicho...

EDIPO

Y ¿de dónde? ¿era tuyo o de algún otro?

SIERVO

No, mío no. Lo recibí... de alguno...

EDIPO

¿De algún Tebano de éstos? ¿de qué casa?

SIERVO

¡Amo, por Dios! no me hagas más preguntas...

EDIPO

¡Ya estás muerto si vuelvo a preguntarte!

SIERVO

¡Ay!... de casa de Layo salió el niño...

EDIPO

¿Esclavo? ¿o de su raza y su familia?

SIERVO

¡Ay! ¿cómo lo diré?... ¡Esto es horrible!...

EDIPO

¡Y horrible para mí!... Mas ¡debo oírlo!...

SIERVO

El niño era pues... suyo... Tu señora
mejor te lo dirá... la del palacio...

EDIPO

Conque ¿ella te lo dio?

SIERVO

Sí, mi amo, ella.

EDIPO

Y ¿qué te dijo?

SIERVO

Que le diera muerte...

EDIPO

Su madre... ¡la infeliz!

SIERVO

Unos funestos
presagios la aterraban...

EDIPO

¿Qué presagios?

SIERVO

Que de su padre el matador sería...

EDIPO, *con desgarradora desesperación*

...Mas ¿por qué a ese pastor, sabiendo todo,
se lo fuiste a entregar?...

SIERVO

¡Amo, por lástima!
Pensé que él lo llevara a lejas tierras,
a su tierra natal... Y en mala hora,
¡ay! le salvó... para mayores males...
pues si eres tú en verdad el que éste dice,
¡sábetete que has nacido sin ventura!...

EDIPO

¡Ay!... ¡Todo se cumplió!... ¡Todo está claro!...
¡Oh luz! ¡te miro por la vez postrera!
¡Ya descubierto estoy: nací de quienes
mejor me fuera nunca haber nacido,
me uní con quien jamás debiera unirme,
y a quien menos debiera darme la muerte!...

*Se precipita Edipo dentro del palacio: los pajes,
el mensajero corintio y el pastor huyen cada uno
por su lado; el Coro queda solo en la escena vacía.*

ESTASIMO CUARTO

CORO

¡Ay efimeros mortales!
Si comparo vuestras vidas con la nada... ¡son iguales!

Porque ¿quién ha conseguido
más favor de la fortuna que un instante aparecer,
y en habiendo aparecido,
en la noche recaer?

¡Ay Edipo desdichado!

¡con tu lúgubre escarmiento, con tu sino malhadado,
a ningún mortal ya nunca por feliz he de tener!...

¿No fue suyo, oh Zeus, el tiro de destreza sin rival
con que dio en el arduo blanco de magnífica fortuna,
y asestó golpe mortal
a la virgen importuna,

pitonisa de uñas corvas, que sembraba espanto y muerte?
Levantose él en mi patria como inexpugnable fuerte.
Y en mi patria desde entonces, te aclamé yo por rey mío,
y fue en Tebas, la grandiosa, tuyo, Edipo, el señorío.

Mas ahora, ¿quién ahora
dio jamás peor caída?

¿Quién miró ensañarse nunca suerte más desgarradora
en la dicha de su vida?

¡Ay cuán súbita mudanza!

¡Ay Edipo esplendoroso!

te mostró tu ciego engaño falso puerto de bonanza:
donde niño apareciste, tú tornaste por esposo...
¡Ay los surcos paternos!... ¡Ay fatal, fatal desliz!...

¿Cómo pudo, silencioso,

soportarte un seno augusto tantos años, oh infeliz?...
Mas el tiempo omnividente dio contigo a tu despecho,
y el enlace ha sentenciado del nefando antiguo lecho,
donde el padre, donde el hijo se perdieron a la vez...

¡Ay! y ¡cómo, hijo de Layo,
hoy quisiera en mi desmayo
nunca haberte conocido!

¿No oyes? ¿no oyes mi gemido?

¡pues, si un día de mi dicha tuya fue la gloria y prez,
hoy contigo me sepultas en horrible lobreguez!...

ÉXODO

o escenas finales

Sale del palacio un paje desfavorido.

PAJE

¡Oh gloriosos magnates de esta tierra!
¡qué nuevas van a herir vuestros oídos!
¡qué cuadro vais a ver! ¡qué horrendo luto

los pechos va a abrumar, que aún leales,
por la casa de Lábdaco se duelen!...
Ya ni el Istro ni el Fasis con sus aguas
pudieran dejar puro este palacio
de los males que encierra, unos que oculta,
otros que pronto va a mostrar, y todos
obra inhumana de sus propias víctimas...
Tan cierto es que el dolor más hondo hierde,
cuando la propia mano el golpe asesta...

CORIFEO

Para lanzar el lamento, ¿no bastaba
lo que sabemos ya? ¿qué es lo que añades?

PAJE

Lo dice todo una palabra sola:
la divina Yocasta ha fenecido...

CORIFEO

¡Oh la infeliz!... Mas ¿quién tronchó su vida?

PAJE

Nadie sino ella misma... No lo visteis,
y os librasteis así de lo más tétrico;
mas al menos sabréis cuanto recuerde
de las torturas de la triste reina...
Así que atravesó, convulsa, el pórtico,
se lanza enloquecida en derechura
al tálamo nupcial, con ambas manos
los cabellos mesándose. De golpe
cierra tras sí la puerta; llama a gritos
a Layo, tanto tiempo ya difunto;
el hijo que allí tuvo le recuerda,
a cuyas manos sucumbió, dejándole
la propia madre, en quien nefanda prole
él tuviese a su vez. Maldice el lecho
donde un esposo le engendró un esposo,
y donde un hijo le engendró otros hijos...
Cómo luego acabó, ya no lo supe,
pues llega arrollador, vociferando
Edipo, y, a su entrada, fue imposible
mirar más por la reina. Le seguían
con ansia nuestros ojos: daba vueltas
ciego de un lado a otro, y una espada
pedíanos, clamando por su esposa

que no era esposa, sino infame surco
que dio doblada mies: él y sus hijos...
Cómplice de su rabia, un dios entonces,
que no ningún mortal, se la descubre.
Da un horrendo alarido, y como si alguien
le guiara los pasos, se abalanza
contra la enorme puerta, hunde las hojas,
saltan los goznes, y él irrumpe dentro.
Meciéndose en la sogá retorcida,
suspensa allí a la reina contemplamos...
La ve, lanza frenético rugido,
loco de angustia, afloja el lazo, suéltala,
y, cuando a la infeliz tuvo en el suelo,
¡oh... qué escena de horror entonces vimos!...
Arráncale los áureos alfileres
con que ella sujetaba el regio manto,
los levanta el aire, y se los clava
a sí mismo hasta el fondo de los ojos,
repitiendo con voz desgarradora:
"No más ver, ojos míos, las maldades,
ni las que yo sufrí, ni las que hice;
ahora miraréis en las tinieblas
a los que no debisteis mirar nunca,
y no veréis jamás a quienes tanto
ansiasteis conocer...!" De este lamento
al lúgubre compás alzaba el puño
no una vez sino muchas, desgarrándose
los párpados con saña. Cada golpe,
de las cuencas sangrientas riego horrible
vertía en las mejillas, y no a gotas,
sino en chorro compacto denegrido,
cual chubasco de sangre... Tal en ambos
se cebó la desgracia; rey y reina
su destino fatal sufrieron juntos.
Un tiempo, con verdad llamose dicha
la que fue de su casa herencia propia;
mas hoy, en este día, lleva el nombre
de llanto y maldición, vergüenza y muerte,
coimo de males sin que falte alguno...

CORIFE0

Y ¿ha logrado ya el triste algún alivio?

PAJE

Grita que abran las puertas, y que saquen,
donde lo vean los Cadmeos todos,
al parricida, al que a su madre misma...

—lo que aquí dice repetir no puedo—.
Y desterrarse ansía, pues no quiere,
si se queda, atraer sobre los suyos
el peso de sus propias maldiciones.
Mas necesita quien le esfuerce y guíe,
que inoportable es por demás su angustia...
Él mismo va a mostrártela: ya se abren
las puertas del palacio... Ante tus ojos
una escena tendrás de tanto duelo,
que el más duro enemigo enterneciera...

*Aparece Edipo en el umbral del palacio, corriéndole
sangre de los ojos, y palpando la oscuridad.*

(COMM)
o diálogo lírico)

CORO

¡Oh visión desgarradora!... ¡cuadro de supremo horror!
Desdichado! ¿que locura
sembró ruinas inhumanas en tu vida sin ventura?
o ¿qué dios de una embestida te ha postrado, vencedor?
¡Ay, si el corazón se parte!
¡ni me atrevo yo a mirarte,
y aunque quiero preguntarte,
¡ay! el labio desfallece!
¡tengo tanto que decirte! ¡tanto que pensar en ti!
mas tan honda es tu desgracia que su vista me estremece...

EDIPO

¡Ay horror!... ¡Ay! ¡ay de mí!
¿Hacia dónde van mis pasos en mi horrenda oscuridad?
¿hacia dónde mis palabras a perderse en soledad?
¡a qué abismo, infausto espíritu, me arrastró tu frenesí!

Da unos pasos vacilantes.

CORO

A lo más atroz que he visto...
a lo más atroz que oí...

EDIPO, en un arrebat0 de dolor

¡Oh negrura!... ¡oh nubarrón!...
¡oh mi cerco tenebroso de indecible repulsión!...
¡me asaltaste, me domaste, me arrasaste arrollador!...

¡Ay de mí!... ¡ay, ay qué horror!
¡Aguijón! ¡doble aguijón!
¡cómo entrasteis a lo hondo,
cruels broches, cruel memoria de esos males en que escondo
mi dolor!

CORO

Y ¡qué mucho que en las ansias de tamaña desventura
sientas doble tu desdicha, sientas doble tu tortura!...

EDIPO

¡Ay amigo verdadero,
de los míos ya tú el único que, del siego compañero,
te rebajes a asistirle, fiel hasta en su noche atroz!
Tu piedad no se me oculta, que bien siento lastimero
en mis lóbregas tinieblas el consuelo de tu voz...

CORO

¡Ay horrores los que has hecho!... ¿Cómo osaste, alma bravía,
arrancarte así los ojos? ¿quién fue el dios que así te urgía?

EDIPO

¿Quién? Apolo, Apolo ha sido! Sólo él pudo estos males
—males míos tan horrendos— anegarme en los raudales...
Mas ninguno me ha tocado:
yo, yo mismo me he cegado...
Si adquiera que mirara, sólo vistas funerales
de recuerdos infelices
me debían acosar,
¿para qué ya más mirar?

CORO

Es así como lo dices...

EDIPO

¿Para qué?, si nada queda que embelese ya mis ojos,
ni un amor que me cautive,
ni una voz que al saludarme dulce alivie mis enojos,
¿para qué? ¡Sacadme, os ruego! Si, ya es tiempo que me esquive...
¡Arrojadme fuera presto,
pues de todos los mortales soy el reo más funesto,
el maldito de los dioses, que a despecho suyo vive!...

CORO

¡Duelos doblemente graves!
infeliz por lo que sufres, e infeliz por lo que sabes...
De poderlo... ¡ay, qué no diera por no haberte conocido!

EDIPO

Yo también... ¡Maldito el hombre que, al hallarme en las pasturas,
desligó mis pies del cepo de mortales ataduras,
arrancándome a la muerte —beneficio aborrecido!
Que si entonces yo muriera,
ruina mía y ruina infanda de los míos hoy no fuera...

CORO

Ese tu doliente anhelo, como tú yo lo he sentido...

EDIPO

Si me hubiese muerto entonces, de asesino y parricida
no me oyera encarnecer,
ni también de hijo y esposo de la madre envilecida
a quien debo yo mi ser.
Mas ahora soy el fruto de infaustísimo himeneo,
hombre impío que me veo
abrumado por los dioses con la suerte más temida:
fecundar el seno mismo donde un día hallé la vida...
Y si caben en tu suerte, triste Edipo, más horrores,
no hay ninguno que te falte, no hay ninguno que no llores...

CORO

Dar por bueno lo que hiciste, no es posible... Sólo acierto
a pensar, cuando te miro ciego y vivo: ¡Más bien muerto!

SIGUE EL ÉXODO

¡No me des más consejos! ¡no me digas
que esto no es lo mejor!... pues ¡con qué ojos
mirara yo a mi padre en los infiernos
o a mi madre infeliz, cuando con ambos,
por culpable me doy de horrendos crímenes
que no pagara bien ni con la horca!
O tal vez en la vista de mis hijos
pudiera hallar consuelo... ¿Qué consuelo,
sabiendo yo cómo nacieron?... Nunca,
nunca más puede haber consuelo alguno
para estos ojos míos; ni el alcázar

y sagradas estatuas de los dioses,
ni la ciudad... De todo para siempre,
¡infeliz! por mi boca me he privado
yo que en Tebas gocé vida de príncipe,
al pregonar que rechazaran todos
al que la voz divina sentenciase
por reo de impiedad, hombre poluto,
descendiente de Layo... Cuando ahora
hallé en mí mismo tan horrible mancha
¿podían ver mis ojos a mi pueblo?...
¡Oh no! no pudo ser... Antes si hubiera
de nuestro oído en la auditiva fuente
algún resquicio, ése también cerrara,
tapiando este mi cuerpo miserable,
porque no percibiese voz ni lumbre,
que algún alivio al alma es verse lejos
de los males que en torno la rodean...
¡Ah! ¡Citerón! ¿por qué me recibiste?
¿por qué, cruel, no me mataste al punto?—
sin ti no conocieran hoy los hombres
cuál fue la torpe fuente de mi vida...
¡Oh Pólipo y Corinto, oh patrios lares,
que tales parecíais... la belleza
que criasteis en mí, sólo era llaga
que, al reventar, ha descubierto a todos
el torpe fruto de manchada estirpe!...
¡Oh tres caminos, oh encinar oculto,
hondo valle en las tres encrucijadas,
que bebisteis la sangre de mi padre,
sangre mía, vertida por mis manos!
¿recordáis lo que hice? ¿y los horrores
que después perpetré, llegando a Tebas?
¡Himeneo! ¡himeneo!... ¡brote tuyo
fue mi vida, y me diste brotes nuevos...
a mí..., con que quedaron confundidos
padre e hijos y hermanos, mezcla infanda,
y novia, esposa y madre, perversiones
las más horribles que haya visto el mundo!...
Mas, si fue torpe hacerlo, calle el labio...
¡Pronto, ocultadme pronto! ¡por los dioses,
echadme desterrado de estos lares,
matadme o sumergidme entre las olas,
donde nunca podáis volver a verme!
¡Ea! ¡dignaos alargar las manos
al sin ventura! ¡No tengáis recelo,
que los males que sufro, no hay ninguno
que pueda entre los hombres compartirlos!...

CORO

Mas para responder a cuanto pides
con ayuda y consejo, a punto viene
Creonte, que nos queda, a falta tuya,
por único señor en nuestra patria.

EDIPO, *acongojado*

¡Ay! ¿qué podré decirle en este encuentro?
¿cómo lograr quiera creerme, si antes
fui yo con él tan torpemente injusto?...

Entra Creonte.

CREONTE

Edipo, no he venido en son de burla,
ni a reprocharte tus pasados yerros.

Al Coro

—Pero, ¿cómo excusar vuestra conducta?
Si de los hombres no, celad la honra
de ese divino sol, que con su lumbre
lo vivifica todo; y a su vista
no descubriréis la dolorosa mancha
que soportar no pueden ni la tierra
ni la alma lluvia, ni la luz del cielo...
Entradle a toda prisa en el palacio,
pues pide la piedad que al que padece
le asistan en su mal sólo los suyos.

EDIPO

Pues de mi ansia y recelo así me libras
y tan benigno a mi ruindad te allanas,
¡un favor!.. Por los dioses, no lo niegues,
en tu interés, que no por mí, lo imploro.

CREONTE

¿Qué gracia tan solícito pretendes?

EDIPO

¡Échame luego de esta tierra y mándame
donde no halle mortal que me salude!

CREONTE

Sabe que si he tardado en practicarlo,
fue porque preferí saber primero
lo que ordenaba Apolo.

EDIPO

Ya lo dijo
con plena claridad; y a mí me toca:
"Muerte al impío que mató a su padre"...

CREONTE

Tal en verdad habló; pero requiere
tan grave caso orden del dios expresa...

EDIPO

¿Qué? ¿por hombre tan mísero pedisteis
oráculos al dios?

CREONTE

Y, de seguro,
tu fe no has de querer negarle ahora.

EDIPO

¡No! mas escucha la postrera súplica
que quiero hacerte. A la que adentro yace
tu mismo harás las funerales honras
que el corazón te inspire: como debes,
sabrás celar el lustre de los tuyos.
Cuanto a mí, mientras viva, no se vea
la ciudad de mi padre condenada
a tener que albergarme; antes permite
que salga yo a vivir por esas cumbres,
del Citerón, mi Citerón, famoso,
de hoy más, por mis desgracias, cumbres lóbregas,
que mi madre y mi padre, cuando vivos,
quisieron fueran mi sepulcro; y muera
donde quisieron ellos verme muerto.
Y sin embargo... siento que se arraiga
en el fondo del alma una certeza:
que ni la enfermedad ni mal ninguno
podrá acabar conmigo, pues la muerte
no me hubiera soltado de sus garras,
si no es porque me espera algún destino

de misterio y de horror... Mas ¡a su antojo
corra al linde fatal la suerte mía!...
De mis hijos, Creonte, no te cuides:
varones son: adonde vayan, nunca
nada les faltará. Pero mis pobres
dos hijas desgraciadas, que a la mesa
jamás se hallaron solas sin su padre,
ni le vieron probar de plato alguno
sin que les diera su bocado, ¡ay! cuida,
cuidame de ellas, sí... Mas sobre todo,
déjame que las toque con mis manos,
y que con ellas mis desgracias llore...

*Hace una señal Creonte a uno de los pajes para
que vaya a buscar a las dos niñas.*

¿Me lo concedes, príncipe?
¡oh noble corazón! ¿me lo concedes?
—que al poderlas tocar, las imagino
mías aún, cual si mis ojos vieran.

Salen Antígona e Ismene del palacio, sollozando.

...¿Qué es lo que escucho atonito?
¡por los dioses! ¿son ellas las que escucho?
¿Tuvo piedad Creonte, y me las trae,
mis prendas queridísimas?
¿Cierto será?

CREONTE

Cierto es, yo te las traigo:
por le que fue con ellas tu ternura,
juzgué cuánto sería tu consuelo.

Pone a las dos tiernas niñas en los brazos de Edipo.

EDIPO

¡Bendito seas tú! y en recompensa
de este tu proceder, guardete el cielo
mejor que a mí...
¡Mis hijas! ¡hijas mías!
¿dónde estáis?, que os esperan estas manos,
fraternas manos, que en vacías órbitas
los ojos han trocado, antes tan vivos,
de vuestro padre, —¡ay hijas!— padre vuestro
que nada vio ni supo, cuando os tuvo
del mismo en que su ser brotara...

¡Ay! por vosotras lloro, que miraros
no puedo ya..., pensando en la amargura
en que habréis de vivir entre los hombres...
Cívicas reuniones, festivales,
¿cuándo intentar podréis ir a ninguno,
sin que a casa, al oír que se os despide,
volváis del espectáculo con llanto?
Y cuando os llegue la sazón florida
para las bodas, ¿quién... quién sera el joven
que se anime a cargar con las torpezas
que de mis hijos ¡ay! y de los vuestros
son estigma fatal? Pues ¿no están juntos
aquí todos los males? Vuestro padre
a su padre mató y fue su esposa
la propia madre en quien brotó su vida,
y en ella os tuvo de quien él naciera...
Y con tales baldones, ¿es posible
que alguien aspire a vuestra mano? Nadie,
nadie, hijas mías... Soledad estéril
marchitarse verá vuestros encantos...
—Hijo de Meneceo, pues tú solo
quedas por padre: suyo —que sin vida
estamos ya los dos que se la dimos—,
son tu raza y tu sangre: no consentas
que queden sin esposos... vagabundas,
caídas al nivel de mi infortunio,
en tan temprana edad... ¡ay, tenes lástima:
si no es por ti, completo es su abandono!...
Oh varón generoso ¿Lo prometes?
—dame una prenda: alárgame tu mano.

Se la da Creonte.

Más a vosotras, hijas, si entendierais,
mucho más os diría; pero al menos,
oíd cuál ha de ser vuestra plegaria:
que os dé el cielo vivir donde se estiman
la modestia y templanza, con más suerte
que la que tuvo en vida vuestro padre.

CREONTE

¡Entra ya: al dolor no se resiste;
tu desgracia has llorado con hartura!

EDIPO

Habré de obedecer, aunque es tan triste..

CREONTE

Lo mejor es en todo la medida

EDIPO

Mas para ir, mi condición es ésta...

CREONTE

Di cuál, y podré darte mi respuesta

EDIPO

Que me echés de una vez a tierra extraña.

CREONTE

Al dios eso le toca: que él decida.

EDIPO

De los dioses no espero sino saña...

EDIPO

CREONTE

Presto entonces verás tu ansia cumplida.

EDIPO

¿Prometes?

CREONTE

Mi deber aún no he visto,
y a decir lo que ignoro me resisto.

EDIPO

Ya pues. Hazme sacar...

CREONTE

Pero tus hijas
déja para vivir.

EDIPO

¡De ningún modo!
¡no me las quites tú; no así me aflijas!

CREONTE

No pretendas mandar por siempre en todo;
que si triunfaste con pujanza y brío,
antes del fin falló tu señorío...

*Un paje se lleva a las dos niñas; entre al palacio
Creonte guiando a Edipo de la mano; se van
todos, y queda solo el Coro; antes de retirarse también,
enuncia gravemente el Corifeo la lección
final.*

CORIFEO

Moradores de mi patria, ved a Edipo, ved al hombre
que leía los enigmas y que en Tebas fue señor,
¿quién le vio que no envidiara su fortuna y su renombre?
—hoy la furia le ha vencido de huracán devastador...
Mientras vive, al hombre acechan en la sombra Muerte y Hado,
y él espera su embestida como víctima mortal.
No llaméis dichoso a nadie, mientras no haya traspasado
los umbrales de la vida sin probar la adversidad...

Nació en Salamina en el año 480 a.C., de familia aristocrática. Se dedicó a una vida privada y creativa. Aunque al principio no fue tan comprendido por el público ateniense, después de catorce años de concursar en las competencias ganó la corona de la victoria.

Al final de su vida se retiró a Pella, a la corte del rey Arquelaos; allí murió y fue enterrado en el valle de Aretusa el año 406.

En las tragedias de Eurípides los héroes aparecen más humanos que en las de sus predecesores. Casi nunca aparecen idealizados, sino que pinta a los hombres como son. Consigue de forma insuperable el patetismo, por medio de la lucha más exacerbada de las pasiones.

Además de tragedias con el mismo nombre y tema que sus predecesores (*Orestes*, *Electra*, *Hércules furioso*) tiene:

Hécuba. Las desdichas de Hécuba, reina de Troya cuando ésta es derrotada por los griegos.

Medea. Los terribles celos de Medea, esposa de Jasón, el del vellocino de oro.

Ifigenia en Aulide. El sacrificio de Ifigenia, hija de Agamemnon, como una exigencia de los dioses para llegar a Troya.

Elena. Menelao recupera a su esposa en la derrota de Troya, pero no es ella sino un fantasma. La auténtica se encuentra en Egipto.

Otras tragedias de Eurípides son: *Hipólito*, *Las Fenicias*, *Alcestes*, *Las Troyanas*, *Ifigenia en Táuride*, etc.

De este autor sólo se conservan diez y nueve tragedias.

MEDEA

Escenario

Casa de Medea en Corinto. Palacio de Creon a un lado.

Personas

Creon, rey de Corinto.

Medea.

Su nodriza.

Ayo de los dos hijos de Medea.

Jasón.

Egeo, rey de Atenas.

Un mensajero.

Coro de mujeres de Corinto.

MEDEA

Sale del palacio y va hablando la

Nodriz.—¡Ah, si nunca la nave de Argos llegara a Colcos, pasando entre las emplégadas, que envuelve bruma azul...! ¡Si nunca hubiera en las llanuras del mar el viento rodado a tierra el pino enhiesto! ¡Si nunca se armaran los brazos robustos de aquellos héroes que fueron en pos de la presa del vellocino de oro para darlo a Pelias...! Nunca Medea, mi ama, hubiera navegado hacia el país de Yolcos, nunca hubiera ido loca por el amor de Jasón, nunca hubiera sido relegada a Corinto con mi esposo y sus hijos, por haber persuadido a las hijas de Pelias a matar a su padre.

Era su anhelo estar siempre en acuerdo con la gente del lugar en que se había refugiado, y tener un solo pensamiento con Jasón. ¡No hay salvación más firme que para una esposa que no tener un ápice de divergencia con su esposo!

Pero ahora... ¡ahora! Todo le es enemigo, y la hace perder lo más amado. La traicionó a ella, y traicionó a sus hijos Jasón, enlazándose con una regia boda; se casó con la hija de Creón, señor absoluto de este país.

¡Ah, pobre Medea: sin ventura, en verdad! Cuando se vio vilipendiada, alzó vibrantes voces y recordó los juramentos, la unión de las manos, símbolo sumo de la unión perpetua, puso a los dioses como testigos de esta forma con que Jasón ha pagado su abnegada conducta!

Y ahora está allí tendida... sin alimento, entregado su cuerpo al dolor, agonizando su tiempo entero en lágrimas, desde que se dio cuenta de la injusticia de su marido. No alza los ojos, siempre fijos en el suelo. Emula de una roca, émula de las olas que azotan, nada oye, nada entiende de lo que sus amigos quisieran decirle.

De tiempo en tiempo alza su cuello de color de nieve y llora en silencio a su padre amado, llora su tierra perdida, llora su casa que ella dejó para seguir al infame que ahora la traiciona.

Ahora, por fin, con la experiencia entiende el mal que se hace dejando la tierra patria y el dulce suelo de sus padres: ¡se lo ha enseñado el infortunio! ¡Odia a sus propios hijos... ni siquiera quiere poner en ellos los ojos!

¿Qué va a hacer? ¡Yo lo temo: algo nuevo proyecta! La conozco. En su ira es irrefutable; no se arredra ante el mal ninguno, si lo padece. La conozco y me estremezco... ¿No vaya a ser que ella misma se clave una daga por los hígados? Irá y se tenderá a hurtadillas en su mismo lecho. ¿No vaya a ser que con golpe audaz mate al rey y a su esposo? ¿O acaso una desgracia mayor? Es tremendo su enojo. ¿Quien la halla irritada nunca vencerla puede.

Ah, pero los niños llegan de jugar... ¿qué les importa a ellos el dolor de su madre? Alma de niño dolores no ama.

Llegan los dos hijos de Medea acompañados de un viejo esclavo.

Ayo.—Anciana servidora de mi ama, ¿qué haces aquí a la puerta solitaria, aumentando tus males? ¿Qué pasa, que Medea tolera estar sola sin ti?

Nodr.—Oh anciano que resguardas los pasos de los hijos de Jasón... ¡Qué dura es la vida para los esclavos que comprenden el infortunio que hiere a sus amos! El golpe da

en ellos, pero el corazón del siervo lo siente. Tan abatida estoy por mis angustias, que sentí el deseo de venir a contar a cielos y tierra los dolores inmensos de mi ama.

Ayo.—¿Es que la desdichada no acaba de gemir?

Nodr.—Feliz ilusión fuera... comienza apenas... ni al medio ha llegado.

Ayo.—¡Loca... si es que se puede hablar así de los amos... ¡Nada sabe aún de sus nuevos males!

Nodr.—¿Algo hay, anciano? No me lo recates.

Ayo.—Nada. Me arrepiento de haberlo dicho.

Nodr.—Por tu barba lo pido: nada me ocultes, a mí tu consierva. ¿Hay que callarlo? ¡Callo: nada chistaré!

Ayo.—Algo he oído fingiendo que no oía. Un día me acerqué a la fuente de Pirene, en donde los ancianos jugaban a los dados. Se decía que Creón, el amo de esta tierra, había dispuesto que esta mujer y sus hijos vayan echados fuera de Corinto. Será o no será: yo no lo sé... En cuanto a mí, quisiera que no fuera.

Nodr.—¿Y ha de consentir Jasón en que sus hijos sean así tratados, aun cuando haya perdido la estimación de la madre?

Ayo.—Nuevos enlaces vencen los antiguos y no es amigo él de esta casa.

Nodr.—¡Perdidos somos entonces: a viejos infortunios hemos de agregar este nuevo!

Ayo.—Al menos, calla. No es tiempo aún de que la señora lo sepa. Queda tranquila y no chistes palabra.

Nodr.—¡Niños, oíd qué tal se muestra para vosotros vuestro padre... No, que no muera, que mi amo es, pero bien se declara ser enemigo de los suyos!

Ayo.—Y, ¿quién de los mortales no lo es? ¿Ahora te das cuenta de eso? Todo hombre se refiere a sí mismo sobre los demás; unos lo hacen con recta justicia, otros puramente en busca de su provecho... Lo ves aquí: nuevos amores hacen a este padre perder la ternura para sus hijos.

Nodr.—Hijos, entrad. Bueno resultará todo. Y en cuanto a ti, mantente en guardia, lo más que puedas y no precipites a una madre a la desesperación. Ya la vi clavar en los hijos una mirada de fiera como anhelosa de algo tremendo. Bien sé que no se aplacará su cólera hasta no descargarla sobre alguno. ¡Que lo haga en enemigos y no en seres amados!

Se oye en el interior a Medea que canta.

Medea.—¡Ay misera de mí, acribillada de males! ¡Ay de mí, ay de mí...! ¿Cómo morir no puedo?

Nodr.—¡Eso es, niños amados: vuestra madre agota su corazón, agita su ira! Entrad presurosos a la casa. No os pongáis ante sus ojos, no os acerquéis a ella. Guardaos de su bronca índole, de su natural abominable, de su indómito furor. Entrad al palacio y de prisa, hijos míos!

El ayo y los niños entran.

Patente está: esa nube de gemidos que sube va a descargarse en tempestad de arrebatadas iras. ¿Cómo va a resistir su alma salvaje jamás domada y esas entrañas orgullosas suyas el azote del infortunio?

Med. (*dentro*).—¡Ay de mí, sufro desdichas, ay de mí, grandes sin medida! Tengo que llorar a gritos... (*ve a los niños pasar*): ¡Ah hijos detestables de una madre infeliz...! ¡Así con vuestro padre y toda esa mansión fuerais aniquilados!

Nodr.—¡Ay pobre de mí, ay infeliz! ¿Qué parte tienen esos niños en las aberraciones de su padre? ¿Por qué los has de aborrecer? ¡Ah, niños...! ¡Cuánto me

duele veros padecer, abismada como estoy en amarguras! Temibles son los fallos de los reyes... a nadie, a casi nadie tienen que acatar y en tantos son dominadores que fácilmente se hacen inmutables en sus caprichos! ¡Cuánto mejor es vivir en un nivel modesto! Yo, por mí, tenga la fortuna de envejecer lejos de las grandezas, en paz amable y segura. El medio recto es ya amable con su mismo nombre y logra la victoria. Nada de provecho da al hombre lo excesivo... Tener mucho lo único que alcanza es un torbellino de males forjado por el destino.

Entra el Coro.

Coro.—Oí la voz, oí el clamor de la infortunada hija de Colcos, Aún no alcanza la paz. Oh anciana, dí. Bajo la casa de doble puerta gemidos oí, y tengo lástima. Y no estoy con placer al oír los dolores de una casa que yo amo, oh mujer.

Nodr.—¿Casa? ¡Ya no lo es... desvanecida fue! A él lo retiene el lecho de una hija del rey y a mi señora en su solitario retrete la va matando la vida el dolor: no hay palabra amiga que pueda apaciguar su alma.

Med.—(*dentro*): Ay de mí: mi cabeza traspase una llama de cielo!... ¿qué provecho hay para mí en vivir? ¡Ay, ay... venga sobre mí la muerte, desate ya y destruya esta vida de múltiples desdichas!

Coro. Ant.—¿No la escuchaste? ¡Oh Zeus, oh tierra, oh luz...! ¡Pobre esposa doliente y en qué forma clama! ¿De dónde a ti ese ardor de amores conyugales... vana y sin fortuna? Espera, que la muerte vendrá sin remedio. ¿Para qué impetrarla con plegarias? Va tu marido en pos de nuevo lecho. Verdad es. ¿Qué ganas con aborrecerlo? ¡Para ti hay un juez que ha de juzgarlo, y ese juez, es Zeus! ¡No llores, pues, en excesivo llanto por un esposo pérfido!

Med.—(*dentro*): ¡Gran Zeus, reina Temis... percibís qué padezco... ¡con solemnes juramentos me enlacé a un odioso marido! ¡Ah, que yo pueda un día hacer trizas a él y a su nueva esposa, y hacer añicos aun este palacio! Apenas vengaría la ofensa que me han hecho.

¡Padre, mi padre, oh mi ciudad, qué lejos de vosotros huí con vergonzosa fuga, después de haber matado a mi hermano...!

Nodr.—Oís cómo clama, habéis percibido sus gritos. Invoca a Temis que garantiza votos, y a Zeus que protege los juramentos. como creen los mortales! ¡Poco será lo que hay que poner en obra para calmar las iras de mi ama!

Coro Ant.—¿Cómo lograr que venga a nuestra vista, que escuche nuestras palabras? Acaso acalle el furor que su corazón abrumba y en su mente impone pesadumbre. No falte el anhelo mío de ayudar a mis amigos. Entra el palacio, hazla salir. Muestra amistad y háblale dulcemente. Y eso, pronto: no vaya a ser que se anticipe a hacer males adentro. Desbocado está ya su enojo.

Nodr.—Eso haré, pero temo y estoy dudosa de que haya de convencerla. Te voy a complacer echando en mí el trabajo. Y aunque ella mira a sus servidores con los ojos ardientes de una leona recién parida, cuando va a ella con palabras amables. ¡Locos, yo llamo locos y mentecatos a los de antaño, que erraron del todo al inventar para las bodas cantos, festines, juegos y alegrías... y para el dolor, ¿qué? ¿Hay cantos que lo amortigüen? Y del dolor, nace la muerte, nace la tremenda convulsión que derrumba los palacios y extingue las progenies. ¡Eso debían los hombres haber inventado: curar el infortunio con el canto! ¿Qué se gana con sonoros cantares en los festines, con voces de retumbante son? Basta el banquete mismo: si bueno es, deleite es de los hombres.

Se va la nodriza.

Coro Epodo.—¡Oí lamentosa queja, con mil gemidos y grandes sollozos.

Alaridos de pena, de infortunio sin fin... una mujer que llora por un esposo pérfido a su lecho! El dolor que la azota la hace gritar a Temis, hija de Zeus, del juramento fiadora. De la lejana costa del otro extremo lo hizo venir acá por las nocturnas olas hasta la grande Hélade... con difícil acceso el estrecho surcó!

Se presenta Medea en la puerta del palacio. Con ella viene la nodriza.

Med.— Mujeres de Corinto, vedme aquí. Del palacio salgo para que no me censuréis. Muchos mortales conocí altivos —unos de propia vista, otros de extraña tierra— que llenos de soberbia a nada se ajustan. Otros hay, empero, que dóciles y apacibles, pueden vivir una tranquila vida. ¡No está la justicia en los ojos de los hombres! ¡Qué de veces, sin llegar al fondo de las almas, sienten aversión para alguno que en nada les dañó! Y eso solamente por ver el exterior.

Preciso es que el extraño se entremeta en los asuntos de la ciudad en donde reside. No obra prudente el que, siendo habitante de una comunidad, orgulloso ofende a los que en ella viven, porque no los conoce.

¡Pero a mí... lo que ha ocurrido en mi vida me está partiendo el alma... deshecha estoy... nada es ya para mí la vida... mi anhelo único es morir, amigas mías!

¡Todo era él para mí —qué bien lo he sabido— y es el más nefando de los hombres el que es mi esposo!

De cuantos seres tienen alma y pensamiento somos las mujeres los más desdichados. Primero hay que gastar grandes caudales por lograr un marido. Ya lo tenemos. Hay que hacer de él un déspota de nuestro cuerpo. De los males quizá el mal más duro. Y el punto más difícil: ¿será bueno o malo? No se concede a las mujeres repudiar al esposo, ni desatar el vínculo nupcial. Y vengamos a las novedades de ahora. Es preciso ser adivino para saber, sin que nadie nos lo haya enseñado, cómo ha de tratarse al que comparte nuestro lecho. Bien puede ajustarse a nuestra manera de ser: es la dicha de las dichas. Llevará el yugo conyugal de buen grado. Pero, si no... ¡mejor la muerte!

Cuando un varón se hastía de la vida hogareña, se sale fuera a disipar su enfado. Va con algún amigo, va con sus camaradas. Y, ¿nosotras qué? ¡Un solo ser hay en quien tenemos que poner los ojos!

Sí, lo sé. Dicen que nosotras pasamos la vida seguras en el hogar, sin pena, sin peligro... y ellos, van a la guerra, combaten con la muerte a la vista. ¡Mal piensan! ¡Tres veces en el frente de batalla, y no parir un hijo!

Basta. Ni a ti ni a mí cuadra esta manera de hablar. Esta tu ciudad es, aquí tu hogar paterno está guardado. Vida sin turbación, amigos a tu agrado. Pero yo... ¡Yo solitaria, sin patria, expuesta a los excesos de un marido que me robó cual presa de guerra en una tierra extraña...! ¡Yo, sin madre, sin hermanos, sin padre a quien ir a tomar amparo, cual barca en el ancla... lejos, muy lejos de él de mis desgracias!

¿Qué quiero ahora? Lo que quiero es: que yo halle un camino para vengarme del agravio que ese esposo me ha hecho, y vengarme también de aquel que dio a la hija en desposorio y de ella misma. Y en cuanto a ti, que calles como muerta.

A temores propensa es la mujer siempre. No quiere luchas, se espanta del acero... pero, ¡que no le toquen el lecho conyugal; no hay entonces un alma más sedienta de sangre!

Corif.— ¡Eso haré! Con toda justicia castigarás al esposo, oh Medea. No me asombra que llores tu desgracia. Pero... mira... viene allí Creón, el señor de esta tierra. Nuevas disposiciones viene a anunciarte.

Llega Creón con sus séquitos, y con su cetro en la mano.

Creón.— A tí, mujer tétrica, a tí esposa enloquecida, a tí hablo. Medea: Sal de esta tierra, vete lejos. ¡Llévate a tus hijos. Y cuanto más pronto mejor. Estoy aquí para intimarte esta orden, pero no entraré a la casa real antes que tú hayas cumplido mi mandato. Tengo que verte salir de los dominios de este reino.

Med.— ¡Ah, muerta soy. Se cumple mi destino. Se han quitado la venda los que me aborrecen...! ¿Qué refugio me queda? Pero, oh Creón, dime: ¿Qué delito cometo, para que así me expulses?

Creón.— No usaré retencencias. Te expulso porque temo que dañes a la hija con un mal sin remedio. Tengo muchos fundamentos para creerlo así. Hábil y diestra eres en hacer maleficios, y estás despechada por haber sido despojada de tu lecho nupcial. Rumores tengo de que tú te propones vengarte de mí, que di a mi hija a tu esposo, y de él mismo, y de su esposa. ¡No, no quiero ser quien sufra tal cosa: me prevengo antes echándote de esta tierra! Es mejor, oh mujer, que ahora me procure tu odio que no más tarde lamente con inútiles lágrimas mi debilidad en tolerarte.

Med.— ¡Ah, ah... Creón, no es ahora la vez primera! —¡Mil veces son!— en que mi fama me aporta males! ¡Cuán conveniente es que el varón que nació sensato haga que no resulten sus hijos demasiado sabios! Saber mucho les consigue fama de haraganes y se concilian el odio entre sus conciudadanos. Si das a los tortuosos ciencias nuevas, resultas un inútil y no un sabio. Y si hay quien te considere superior en saber a los que pasan por sabihondos, te verán en la ciudad como un ser ofensivo. ¡Esa mi suerte fue! Lista soy y sé algo. Entonces, para unos odiosa soy: inactiva, sin fruto; para otros, perjudicial y mala. ¡Y no sé lo que debía saber!

Pero tú recelas de mí, oh Creón, temes que haga algún perjuicio... ¡No, no soy de esa índole, —no tiembles ante mí, oh Creón— para que pienses que puedo dañar a los príncipes! ¿En qué me has hecho injuria? Distes a tu hija a quien te dictó tu voluntad. A mi marido lo odio. Pero pienso que tú has obrado discreto. Y ahora no guardo rencor por su dicha. ¡Cásense, sean felices, pero deja que yo habite en esta tierra. Callaré ante la injusticia que me han hecho, nos ha vencido uno más poderoso, que yo!

Creón.— ¡Qué dulzura de hablar para quien te oye! Mas no me fío. Yo temo que en el fondo de tu alma trames algo terrible. Una mujer que rápida se exacerba —lo mismo diré de un varón— es más fácil de esquivar que aquella taimada que guarda silencio. ¡No se hable más, por tanto! ¡Vete en seguida! Es inquebrantable mi mandato. Cualquiera ardid que maquinas no conseguirá que tú te quedes entre nosotros. Tú eres mi enemiga.

Med.— *(Se echa a los pies del rey y abraza sus rodillas)* ¡No, por tus rodillas, por la recién casada!

Creón.— Palabras pierdes: a mí no me convences.

Med.— ¡Aunque te ruegue vas a desterrarme!

Creón.— ¡No te amo más a ti que a mi casa!

Med.— ¡Ah, patria mía... cómo tu memoria hoy me asedia!

Creón.— También es lo que más amo, exceptuados mis hijos.

Med.— ¡Ay, ay... qué grave mal a los mortales nace de los amores!

Creón.— ¡Quizá... Eso depende de los vuelcos de la suerte!

Med.— ¡Oh Zeus, no evada tu poder el autor de mis infortunios!

Creón.— ¡Arrástrate, insensata, y liberame ya de penas!

Med.— Penas son más; de penas no estoy falta.

Creón.—¿No de grado? Por fuerza las manos de mis siervos han de hacer que acates.

Med.—No, Creón, no... te lo ruego... no así!

Creón.—Es lo que buscas tú... bien se ve... es necesario, oh mujer.

Med.—Vamos a huir... no es eso lo que pido, lo que ansío conseguir.

Creón.—¿A qué resistes? ¿Por qué no te ausentas?

Med.—Deja que aquí yo pase un día al menos... he de preparar el destierro... tengo que procurar nutrimento a mis hijos... ¡su padre no se cura de ellos! ¡Ten lástima de ellos! Padre eres tú también... tienes que ser compasivo!

Por lo que a mí toca, nada me importa el destierro... lloro por ellos, deploro su infortunio.

Creón.—¿No tiránicamente obrar suelo, aun cuando tener respeto a alguno me ha producido males! Veo, mujer, que estoy errando, pero serás oída. Ah, empero, te hago saber: si el sol del día de mañana luce sobre ti y sobre tus hijos en esta tierra, y no ya alejada de nuestros confines, morirás. Dicho está el fallo: ya no quedará incumplido. Quédate un día, ¿qué puedes en un día? Nada harás de tus maleficios en contra de nadie.

Se va Creón.

Corif.—¡Miserable mujer! Ay, ay, infortunada, qué cúmulo de males sobre ti... ¿a do los pasos tornas? ¿A qué huésped te diriges? ¿Hallarás algún día una casa, una tierra, que te rediman de desdichas? ¿En qué vórtice inevitable de desgracias te han arrojado los dioses!

Med.—¡Malaventura por doquier me cerca! ¿Quién podría negarlo? Pero no será así del todo, no tan fácil lo creas. ¡Aún luchas se reservan a los novios, no leves penas también a los suegros! ¿Puedes pensar que yo hubiera halagado a ese hombre alguna vez, si no tuviera en ello un artificio para lograr provecho? ¡Jamás le hubiera hablado, jamás lo hubiera yo tocado con mis manos! ¡Tonto, insensato se ha mostrado: pudo frustrar mis planes arrojándome al punto del país, y me ha permitido permanecer aquí un día aún! Ese día me basta: en un solo espacio de la luz veré muertos a tres enemigos: al padre, a la hija, a mi marido.

¿Cuántos recursos tengo para hacerlo, pero estoy indecisa, oh amigas mías! ¿Incendiar la cámara nupcial? ¿Clavar una acerada daga en sus espaldas, entrando recatada y sagaz mientras ellos están agobiados por el sueño? Algo hay que me retrae, si soy aprendida cuando voy entrando y llevo mi ardor en acción, seré objeto de mofa con mi muerte de esos mis adversarios. Mucho mejor es ir en línea recta: darles veneno para que perezcan: en eso diestra soy.

¿Sea así...! y, ¿luego? Muertos quedaron... y, yo, ¿a dónde me dirijo? ¿A qué ciudad? ¿A qué huésped que me dé un jirón de su tierra para morar allí? ¿Quién podrá defenderme? ¿Quién será mi amparo? ¡Ninguno hay!

Y un brevísimo tiempo que queda: si hallo algún refugio, engañosa, en silencio me arrojaré al asesinato, pero si la suerte me es contraria, aun cuando haya yo de morir, mataré a los dos con esta espada y con toda osadía haré lo más fuerte.

¡Y por Hecate, numen a quien venero antes que todos, ella que es mi patrona y habita en las intimidades de mi cámara, nadie habrá que se goce dando a mi corazón tormentos! ¡Qué amargas nupcias, qué lúgubres festejos de boda, qué amargo enlace conyugal, y qué amarga huída mía de esta tierra estoy preparando!

¡Ea pues, Medea, no dejes a un lado ninguno de tus hábiles medios, al poner en obra tus planes y al desplegar todas tus artes! ¡Ahora al tremendo hecho: es el

momento del valor! ¡Ves lo que estás sufriendo: no puedes seguir siendo el objeto de la risa en las bodas de un Jasón y los descendientes de Sísifo...! Tú, tú que eres de noble progenie y descendes del mismo Helios! ¡Tú que tienes la ciencia de los artificios! ¡Ah, si para el bien nacimos incapaces las mujeres, de todos los males somos las más diestras artífices!

Se retira al fondo, mientras canta el

Coro. Est. 1.— Los sacros ríos retornan a sus fuentes: la justicia y todo hacia el caos se revierte. Para los hombres hay ya solo engaños y la fidelidad a los dioses ya no se mantiene firme.

Voces públicas harán que vuelva a ser glorioso mi renombre. Viene ya el honor para la raza femenina: ya no tendrá la fama mujeril tacha de infausta.

Ant. 1.—La musa de los antiguos poetas ya no proseguirá pregonando mi perfidia. Febo el que empuja las dulces melodías, no concedió a mi alma el canto al son de liras. Si yo pudiera, un canto contra la felonía de los varones hubiera de entonar. Corriendo el largo tiempo ha acumulado innumerables hechos en contra de ellos, como en contra nuestra.

Est. 2.—Tú, desde el hogar paterno con el corazón enloquecido te lanzaste al vuelo, cruzando el doble escollo de las marinas rocas: de entonces moras en extraña tierra. Y hoy sin varón quedaste, el tálamo perdiste, oh desdichada, y al fin de esta tierra vergonzosamente eres expulsada.

Ant. 2.—¿Se perdió el valor del juramento: ya no hay honor que respetarlo pueda en esta Hélade inmensa... ¡al viento se voló! ¡Y para ti, infeliz, no existe hogar paterno en donde puedas ir cual quien se acoge al puerto! Más potente que tú, otra reina ha adquirido la soberanía de esta mansión.

Llega Jasón.

Jasón.—No es esta la vez primera en que quedo convencido de que la cólera no refrenada es un gran mal. ¡Mil veces lo he visto! Para ti hubiera sido tan provechoso quedarte en esta tierra, con sólo que te plegaras a los dictámenes de los más poderosos. Pero, no: ¡tus necios alegatos te fuerzan a salir de ella! Eso a mí nada importa: no ceses de proclamar que Jasón es el hombre más malvado. Pero has hablado contra los que imperan y ganas mucho con que solamente te fuercen a salir de este país. Yo siempre estuve tentado de apaciguar la cólera de los reyes airados y que tú te resolvieras a quedarte. Pero tú no refrenaste tu locura, siempre profiriendo malos dichos contra los que mandan. En consecuencia, serás expulsada. Y a pesar de esto, yo no olvido a los que me aman, por eso he venido aquí, mujer, para atender a que no salgas sin recursos para ti y tus hijos y de nada estés falta. ¡Cuántos males acarrea consigo el destierro! Y aunque tú me aborrezcas, yo jamás podré tener alma mal dispuesta contra ti.

Medea se ha ido acercando y clava rencorosa la mirada en él

Med.—¡Cumbre de los malvados! —¡Ah, impotente soy para ofenderte en otra forma que con mi débil palabra!— ¡Vienes a mí, vienes a mí hecho odioso en extremo. Y no a mí sólo, a los dioses, a los hombres todos! ¡No es valor, no es confianza verles el rostro a los que se ama, cuando se les ha tratado con villanía. Es la peor de las humanas bajezas, la más enorme: desfachatez pura!

Pero, no... ¡hiciste bien en venir: yo desahogaré mi alma, colmándote de oprobios y me has de oír atormentado! Y voy a enumerarlo todo, comenzando por lo primero.

Testigos son los griegos que contigo iban embarcados en la nave Argo: yo te salvé. Ibas enviado a someter al yugo a aquellos toros que respiraban fuego y, a sembrar en el campo a portador de muerte. Y de aquél dragón... ¿no fui yo también quien de él te salvó? El sin rendirse jamás al sueño, con las volutas horripilantes de su cuerpo cercaba el vellocino de oro. Yo lo maté y alcé para ti la luz de la victoria. yo misma, yo infeliz... por seguirte traicioné a mi padre, traicioné a mi hogar y fui contigo a Yolcos de Pelión, más con alma encendida que con mente discreta, y maté a Pelias, con la más abominable de las muertes, a manos mismas de sus hijas y así te liberé de todo miedo.

¡Y arrojas sobre mí estos infortunios a cambio de todo ello, oh malvado entre los malvados, y me has traicionado buscando un nuevo tálamo... ¡hijos tienes, que si fueras sin hijos, conviniera yo en que los anhelaras en una nueva boda! ¡Fiel a los juramentos... ¡murió esa fe! Y ni siquiera sé si aún crees en que los dioses rigen el mundo que rigieron siempre, o hay nuevas leyes, nuevas normas, nuevos númenes! Lo que sí sé es que tú me fuiste infiel y obraste hacia mí con felonía.

¡Ay, mano diestra mía que tantas veces oprimiste, ay rodillas que tantas veces como testigos dabas...! ¡Toda esperanza quedó desvanecida ante la obra de un pérfido!

Silencio largo. Prosigue.

Vamos, ahora como a un amigo quiero preguntarte. Bien sé que nada puedes esperar de ti. Te hablaré sin embargo, te haré preguntas, y al hacerlas quedará patente la vergonzosa conducta tuya.

¿A dónde voy ahora? ¿A la casa paterna, al suelo nativo? ¡Si lo traicioné yo para seguirte! ¡Iré a la casa de las infelices hijas de Pelias? ¡Bellamente habrán de acogerme en su palacio, tras haber matado, por mí, a su padre!

Esa es la cosa. A los que me amaban en el hogar me hice enemiga, y estoy en guerra con aquellos a quienes perjudiqué sin causa, solamente por ti. ¡Es ahora mi suerte envidiable para muchas de Grecia: tú les pones la muestra; tengo en ti un admirable marido, muy fiel...! ¡Ah, infeliz de mí! Y he de abandonar esta tierra, sin embargo, solitaria, y única yo para mis solitarios hijos... ¡Qué gala de alabanza para un novio que va a la boda... que la madre de sus hijos, que sus hijos mismos vayan errantes mendigando ...y a ella debes la vida!

¡Ah, Zeus, Zeus... pudiste tú dar a los hombres capacidad para distinguir el oro verdadero del falso y no lleva cada uno una marca sobre su cuerpo para distinguir los malvados de los rectos!

Corif.—Cuando el que ama contra el amado se enoja, ira espantosa es e incurable.

Jas.—Debo, según yo pienso, no hablar necedades. Voy a plegar mis velas oh mujer, para hacer que mi nave, bajo el gobernalle de mi mano, escape de la desenfrenada parlería que tortura tu lengua.

Te estás jactando de tus servicios. Yo te diré que a Cipris debo ser salvo en mi viaje. Ella y ella sola, sin otro dios ni hombre, pudo sacarme incólume. Tienes mente aguda y no hay necesidad de hacer larga plática para yo narre en qué forma

te hirió Eros con sus ineludibles dardos para que a impulso del amor me libertaras. Pero no insistiré en ese punto. Sea lo que fuere, sea como fuere, me ayudaste. No me pesa de ello. Pero tú, como paga de tu obra salvadora, has recibido más de lo que diste. Voy a explicarlo. Primero, estás en la Hélade, en lugar de una tierra de salvajes. Has llegado a saber qué significa la justicia y qué es vivir bajo leyes y no al capricho de la fuerza. Cuanto griego ha conocido tus habilidades te alaba y has logrado fama. ¿Quién iba a hablar de ti siquiera, si aún moraras en aquellos extremos de la tierra? No, para mí no quiero, ni oro en la casa, ni una bella melodía para el canto, superior a la de Orfeo, si nadie hay que conozca y alabe. Eso tengo que decir yo de mis acciones. Tú me llamaste a esta discusión.

Ahora vamos a la boda que estás burlando ha tiempo y de la que te lamentas. Mi boda con la hija del rey. Pues voy a probarte que esa unión la hago por cuerdo, por discreto y al fin por ser amante de ti y de tus hijos. ¡No, no te excites, calma!

Llegué hasta acá de yoleos, agobiado de funestas desgracias... ¿qué mejor fortuna fuera para mí casarme con la hija del rey, siendo como era un misero vagabundo? No es —como tú reprochas— por hastío de tu lecho conyugal, ni por el ardor de codicia hacia una nueva esposa, ni por tener una prole numerosa —con los tuyos me basta y no estoy descontento—, nada de eso es. Lo que yo intentaba, y esto es lo fundamental, era tener una vida sin penas, con todo lo suficiente en abundancia, sin miseria, sin necesidad. Bien conozco que del pobre huyen todos, aun los amigos. Y también, para dar a mis hijos una formación digna de su prosapia y darles nuevos hermanos a los que de ti nacieron. Todos serían iguales, todos en la misma condición y así, apoyada en esta progenie, fundar mi dicha.

¿Tú para qué quieres hijos? A mí me importa que los que viven sean útiles a los que han de venir a la vida. ¿Fueron malos mis planes? Tú los aprobaras, si no ardiera la privación de mi lecho conyugal. ¡Ah, mujeres, pensáis que todo anda en regla cuando la cama nupcial está sin peligro! ¡Ay, si algún contratiempo, si una mala fortuna toca esa cama, todo resulta malo: lo más bello, lo más útil y provechoso, os es adverso...! Preciso fuera que los mortales procrearan hijos de otro modo, sin que hubiera raza de mujeres, y entonces los hombres no verían mal alguno.

Corif.—Bien hablaste, Jasón, pero pienso yo —y lo digo sin faltarte al respeto— que obraste injustamente al ser infiel a tu esposa.

Med.—(en monólogo): En mucho de muchos de los mortales soy discorde. Para mí el que es sabio en hablar, pero es injusto, se hace deudor de más crecida pena. Fiado de su destreza en paliar sus errores, obra malvadamente y osado en sí, delinque... ¡Pero, no, no es tan sabio!

Se vuelve a Jasón:

—¡Tú, a ti hablo: No me vengas ahora a hacerte el fantástico y elocuente, prodigando palabras sin tino. Te vence sólo una palabra mía. Debieras tú, si no fueras malvado, hacer esas bodas con mi aprobación, y no sin que hablaran los que te aman.

Jas.—¡Claro, lo hubieras aprobado, tú, que ahora, al saber mi enlace, no acabas de reprimir tu cólera!

Med.—No te dominaba ese pensamiento. No, era que temías haberte enlazado a una extranjera y llegar a viejo sin una boda gloriosa.

Jas.—Sábelo ya por fin: no por mujer apetecí la boda con hija de rey. Lo dije

y lo repito: fue solamente para salvarte a ti y salvar a mis hijos para que, siendo hermanos de reyes, tuvieran protección debida.

Med.—¡Nunca sea para mí una vida dichosa dolorida, ni un caudal que el alma me desgarre!

Jas.—¿Por qué no mudas de parecer? ¿Por qué no te muestras más discreta? ¡Nunca la abundancia de bienes fue para nadie funesta, y en la dicha no hay que pensar en el infortunio!

Med.—¡Ensoberbécete! Tienes do guarecerte. Yo, yo, en cambio... ¡solitaria he de huir de esta tierra!

Jas.—Tú lo buscaste. A nadie más acuses.

Med.—¿Qué hacer? ¿Voy a casarme ahora, a traicionarte voy?

JAS.—¿Decir dicerios contra los que gobiernan!

Med.—También para ti son; también tu casa alcanzan.

JAS.—Ten por sabido. Yo más no discuto... Pero, si piensas que para ti y para los niños te dé alguna aistencia en su destierro, dilo al momento. Daré con amplia mano lo que se requiera, he de enviar a los huéspedes eventuales la marca de su pacto para que te reciban. Si te niegas, loca te muestras. Oh mujer, doma tu ira y todo será en bien.

Med.—Ni tus huéspedes quiero, ni de ellos he de servirme. Tus donaciones conserva. Nada me des. De hombre malvado ningún don es útil.

Jas.—Pues yo a los dioses por testigos pongo. Bien quería para ti, bien para esos niños. No quieres bienes, renuente los rechazas... ¡te han de alcanzar los males.

Med.—¡Vete ya...! te avasalla el anhelo de la nueva esposa... no dures ya tan lejos de su mansión. Goza de tus bodas. Tal vez, tal vez —si los dioses lo quieren— va a ser tu boda tal que habrás de repulsarla!

Se va Jasón.

Coro. Est. 1.—Cuando Eros domina las mentes humanas y llega al exceso, ya ni buena ni mala fama los inquieta. Y si Cipris se acerca cautelosa a nosotras, no hay dios igual en sus placenteros dones.

¡Señora, nunca pueda ir en mi contra tu arco de oro y lanzar su saeta que, clavada en el alma enardece el sediento deseo del amor!

Ant. 1.—Ame yo la discreta continencia —el don más bello de los dioses— y nunca en sus ardores Cipris me abrase por extranjero lecho, ni por disputas interminables que amargan el alma. Haga ella que los tálamos en paz regulen sus consorcios gratos y tenga con mirada de hondo alcance la recta medida del convivir de las esposas.

Est. 2. med.—¡Ah, patria, ah casa mía... que nunca fuera yo una desterrada que ha de pasar la vida en vagabunda marcha, pobre y hambrienta, sin hallar más que amargos dolores! ¡Venga, venga la muerte, y nunca ese día brille: ponga a mis días término! Nada igualarse puede a la pena que sufre el que vive lejano de su patria.

Ant. 2.—Viéndolo estamos. No me contó otro la historia de que hablo ahora. No tu ciudad, ni tus amigos te compadecen en la más dura suerte.

¡Malhaya el ingrato que a sus amigos en el infortunio no dé el amor y les entregue la llave de su corazón mismo! ¡Nunca será mi amigo!

Llega Egeo por la derecha, en ademán de viajero.

Egeo.—Salve, Medea. No hay más bello saludo que dirigir a los que amamos.

Med.—Salve también a ti, hijo de Pandión, Egeo. ¿De dónde llegas a esta tierra?

Eg.—Acabo de dejar el viejo santuario de Febo.

Med.—Y, ¿qué hacías en el centro de la tierra por el dios visitado?

Eg.—¡Germen de hijos que con ansia anhelo!

Med.—¡Por los dioses, hasta hoy sin hijos has pasado la vida?

Eg.—Sin hijos somos, por capricho de un numen.

Med.—¿Casado no eres? ¿Con tu esposa no vives?

Eg.—No del tálamo estamos privados.

Med.—Y, ¿qué Febo te dijo tocante a hijos?

Eg.—Sapientísimo es su oráculo para que el hombre lo comprenda.

Med.—¿Lícito es conocer el dicho del dios?

Eg.—Cierto, como que exige una mente sabia.

Med.—¿Qué te dijo? ¿Puedo oírlo? Decláralo.

Eg.—Me manda no soltar el pie que del odre sale...

Med.—Y eso ¿antes de qué?, ¿de qué país viniendo?

Eg.—Antes de retornar al hogar paterno.

Med.—¿Y qué causa has tenido para llegar a esta tierra navegando?

Eg.—Cierto Piteo hay aquí, rey de Trezenia.

Med.—Hijo, dicen de Pélope, y muy venerador de los dioses.

Eg.—A ese quiero comunicar el oráculo del dios.

Med.—Como que es sabio varón y muy perito en eso.

Eg.—Y para mí el más amado de los huéspedes.

Med.—¡Buena fortuna entonces, que tu deseo se cumpla!

Eg.—Y, ¿tú por qué con vista tenebrosa, y cuerpo macilento?

Med.—Ah, Egeo, es mi marido el más perverso de los mortales.

Eg.—¿Qué dices? Hazme saber confiada tus amargas.

Med.—Me ofende injusto Jasón, sin tener causa en mí.

Eg.—¿Qué te hizo? Decláralo más explícitamente.

Med.—A otra mujer tomó para que nos rija.

Eg.—¿No se avergüenza de haberse atrevido a tanto?

Med.—Sábelo bien: hoy soy una afrentada, cuando ayer fui su amada.

Eg.—¿Lo dominó el amor, o se hastió de tu lecho?

Med.—Inmenso amor... ya no fiel a quien le ama.

Eg.—¡Mal ahora tenga, si cual dices, es tan malo!

Med.—Busca para esposa prole de reyes.

Eg.—¿Se la da quién? Completa tu historia.

Med.—Creón, el que esta tierra de Corinto rige.

Eg.—Buena razón para sufrir te queda, oh mujer.

Med.—¡Perdida estoy y de esta tierra me expulsan!

Eg.—¿Y quién? Nuevo infortunio me dices ahora.

Med.—Creón me destierra de Corinto.

Eg.—¿Jasón lo deja? ¡Tampoco lo alabo!

Med.—De palabra no lo hace, pero su mente lo sostiene. Ahora yo te lo ruego, por tu barba, por tus rodillas, ve cual te lo suplico... ¡Compasión, compasión para esta infortunada... y no me dejes desamparada sin tierra a donde acogerme, sin amigos que me amparen. Recíbeme en tu tierra, en tu casa, en tu hogar! ¡Que te otorguen los dioses los hijos que anhelas y que tú mismo mueras dichoso! No sabes

el hallazgo que en mí haces. Yo puedo hacer, que tus hijos sean muchos, yo sanaré tu mal: bien conozco los medicamentos para ello.

Eg.—Por muchos motivos puedo y quiero concederte esta gracia. Los dioses en primer término; luego, los hijos que codicio y tú prometes que de mí serán engendrados, que es el más grande anhelo a que mi ser todo se inclina. Esto es lo que resuelvo: si vienes a mi tierra, te daré amparo, como que mi norma es la justicia. Eso sí, ten entendido que yo no he de llevarte, pero si tú vas a acogerte, y llegas a mi mansión, estarás en seguro y a nadie he de entregarte. A ti salir de este país te toca: yo a mis huéspedes no debo dar motivo de queja.

Med.—Eso será. Pero quiero la fe de tu palabra y en todo me sentiré dichosa de ti.

Eg.—¿No fías en mí? ¿Qué temor abrigas?

Med.—Confianza tengo. Pero la casa de Pelias y Creón me aborrecen. Da juramento de jamás consentir en que ellos me arrebatan de tu reino, porque tú habrás de defenderme. Que si no me lo juras por los dioses, bien puede ser que de ellos te hagas amigo y a sus ruegos enviados por mensajeros cederás acaso. ¡Yo soy una impotente mujer: ellos tienen riquezas y fausto real!

Eg.—¡Gran previsión expresas, oh mujer! Te place así, no me opondré a hacerlo. Buena excusa mostrar podré a tus adversarios. Tu causa más segura ha de quedar. ¿Dí, por qué dioses juro?

Med.—Jura por la tierra, y jura por el Sol, padre de mi padre, y por la entera raza de los dioses.

Eg.—¿Qué cosa haré y qué dejaré de hacer? Dí.

Med.—Que tú jamás de su suelo has de expulsarme, y que si hay algún enemigo mío que intente arrebatarme, tú no lo dejarás, mientras estés vivo.

Eg.—Juro por Gea, y por la luz radiosa de Helios y por los dioses todos que haré como pides.

Med.—Basta. Pero si faltas, ¿qué pena te imprecas?

Eg.—La que toca a los mortales que hieren la religión.

Med.—Vete feliz. Todo en bien se confirma. Y he de llegar yo misma a tu ciudad muy en breve. Sólo espero ejecutar lo que pretendo y lograr lo que anhelo.

Corif.—(A Egeo que sale): ¡Que el príncipe guía de los caminos, hijo de Maya, te conduzca a tu casa y veas cumplido el deseo ferviente que te obsesiona. Oh Egeo, bien has mostrado que eres un noble para mí.

Med.—¡Zeus, justicia de Zeus, fulgor de Helios! Oh amigas mías, ahora espléndida victoria habremos de alcanzar sobre nuestros contrarios. Hemos entrado ya por el camino recto. Ahora esperanza brilla: ha de venir la pena sobre mis enemigos.

Este varón por donde nos oprimía la tormenta ha aparecido como puerto de nuestros anhelos: en ese puerto ataremos las amarras de nuestro navío. Iremos a la ciudad y a la fortaleza de Atena.

Voy a decirte ahora todos mis propósitos. Escucha lo que diga: no es para provocar deleite.

Despacharé a uno de mis servidores a buscar a Jasón. Le rogaré que se digne venirme a ver. Cuando haya venido le diré blandas palabras: cómo esas cosas me placen y que está muy bien lo que dispone: sus bodas reales, que me son traidoras, y que son provechosas y gratas resoluciones las suyas. Entonces le rogaré que mis hijos permanezcan aquí. No es que yo intente abandonarlos en tierra de contiendas, dejándolos en manos de enemigos, sino que haré que engañosamente maten a la

hija del rey. Los enviaré llevando en sus manos dones a la novia, con la súplica de que no los haga salir de esta tierra. Un sutil velo y una corona de oro cincelado. Y si ella toma y se reviste el velo, horriblemente perecerá y todo aquél que a esa joven toque. Tales son los ingredientes maléficis con que yo he de untar esos dones.

Y ahora he de mudar de expresiones. Tengo que sollozar por la obra que ha de realizarse en seguida. Hemos de cumplir nuestro destino. Mataré a mis hijos: nadie habrá que pueda arrebatármelos. Cuando haya yo arruinado la casa toda de Jasón, saldré del país, huyendo de la muerte de mis amados hijos y del horrendo crimen que en ella habré perpetrado. ¡Cómo vivir aquí pudiera, amigas mías, siendo ludibrio de mis enemigos?

¡Sea así, sea así! ¿Para qué me sirve vivir? ¡Ni patria, ni casa, ni dónde acogerme en el infortunio me queda ya! ¡Grave error cometí, al abandonar la casa paterna, embaucada por las palabras de un hombre griego! ¡Ah, pero ha de pagar lo que me debe, si un dios me auxilia! Los hijos en que mí tuvo, no ha de volver a verlos vivos y de su nueva esposa no tendrá hijos: mal fin va a tener ella por obra de mis venenos. Nadie me juzgue débil, nadie cobarde, ni demasiado paciente... ¡soy lo contrario: para los enemigos, implacable; toda alma de bondad para los amigos! Vida gloriosa sólo de esto nace.

Corif.—Ya que tal plan nos ha comunicado, yo quiero al mismo tiempo ser a ti útil y a las leyes que rigen a los hombres dar apoyo firme: ¡abstente de hacer eso!

Med.—¡No hay otro camino... y tú tienes razón de hablar así: no sufres lo que sufro!

Corif.—¡Pero, mujer, matar el fruto de tu seno!

Med.—Nada hay que más devore el corazón del esposo.

Corif.—¡Y ser así tú la más desventurada de las mujeres!

Med.—¡Sea así! Ya basta. Sobran todos los razonamientos.

Se vuelve a una criada:

—Ve a llamar a Jasón. Tú eres a quien confío todo asunto de confianza. Nada de mis designios comuniqués, si mujer como eres, además a tu señora estimas.

Salte la criada.

Coro. Est. 1.—La prole de Erecteo fue de remoto tiempo muy dichosa. Hijos de dioses bienaventurados, mantienen en su dominio sacra región jamás domada, y su alimento es la más luciente discreción y juicio. Viven al dulce aliento de un aire sin sombras y con gracia se mueven en la tierra misma donde la rubia Armonía dio a luz a las nueve Musas, Picrides sacras.

Ant. 1.—Desde las bellas linfas del Cefiso, dicen que Cipris saca las brisas delicadas y refrigerantes que al país besan. Y ella con su guirnalda perpetua de bien olientes rosas despacha a los Amores a que sean el cortejo de la Sabiduría y fomentadores de las virtudes todas.

Est. 2.—¿Cómo, entonces, aquella ciudad de sacros ríos, región en que los amigos hallan su paz y su alegre morada, iba a acogerte a ti, la asesina de niños, la sin piedad, la infame madre? ¡Recapacita en la herida a los niños, recapacita en el crimen que te abrumba! ¡A tus rodillas nos abrazamos para rogarte, cuanto hacerlo podemos, no mates a tus hijos!

Ant. 2.—¿De dónde sacarás tú la osadía y el fuerte brío para que tu mano misma ejecute lo que tu mente idea? ¿Podrás, al ver a los niñitos, reprimir el llanto,

destino fatal de quien los asesina? ¡No, no podrás dejar caer la mano enardecida de furor, cuando los veas caídos de hinojos suplicantes ante ti, ni tu osadía ha de mojar en sangre tu derecha!

Llega Jasón con la criada.

Jasón.—Me lo pides y vengo. Aunque adversa te muestras, no he de faltar en esto: he de oírte, mujer, con atención. ¿Qué nuevo asunto de mí pretendes?

Med.—Yo te ruego, Jasón, que perdones lo que ha poco proferí. Sé tolerante de mis arrebatos, ya que tantas muestras de amor nos hemos dado. Yo conmigo misma me puse a reflexionar y a censurarme: "¡Mísera!, ¿qué locura es la tuya? ¿Por qué me he de oponer a justas decisiones? ¿Tratar como enemigos a los que en esta tierra tienen el mando? ¿A mi esposo, que en favor nuestro pretende llegar a bodas con la hija de un rey? ¿Dar hermanos a mis hijos? ¿Debo reprimir mis enojos! ¡Bienes son de los dioses y yo contra ellos me rebelo! ¿No tengo hijos? ¿No somos ellos y yo gente sin patria, sin amigos?".

Tras estas reflexiones me di cuenta de mi insensatez y de la vanidad de mi alma irritada. Y ahora todo apruebo: has obrado con juicio al buscar este enlace... la necia he sido yo, cuando debiera secundar tus propósitos y colaborar a su realización, servirte en el lecho y agasajar a tu joven esposa lo mejor que pudiera. Pero somos lo que somos, y no es malo lo que digo, mujeres y no más. No debes por lo mismo imitar mis desaciertos, ni oponer niñerías a mis niñerías. Convengamos en todo. Obramos como locos entonces. Y ahora, nuevas resoluciones me gobiernan.

Se vuelve a los niños:

Hijos, hijitos míos, venid; dejad ese aposento. Salid a saludar a vuestro padre, a tratar con él en unión de vuestra madre. Y con ella olvidad la enemistad que le habíamos mostrado. Todo está en paz, ha cesado la ira. Tomad su mano derecha.

¡Ay infeliz de mí, cuando traigo a la mente mis secretos infortunios! ¿Vais a vivir así tan largo tiempo para tender esos brazos? ¡Mísera, me dominan las lágrimas y el temor me repleta el alma! Al mismo tiempo que he dado fin a mi contienda con vuestro padre mis ojos rebosan en llanto.

Corif.—También de mis ojos brota un raudal de lágrimas: no vaya a lamentar yo ahora un mayor infortunio.

Jas.—Esto de ahora alabo y de lo anterior no lamento. Mujer, bien lo sé: tienen que irritarse las mujeres, si su marido otra mujer escoge. Pero mudaste el corazón. Fue necesario tiempo para que comprendieras lo que más te conviene. Hecho de una mujer discreta. Y a vosotros, niños, no olvidad vuestro padre: con el auxilio de los dioses hará para vosotros una situación próspera que os mantenga en salvo. Pienso que un día seréis con vuestros hermanos magnates en Corinto. Creed: el resto toca a vuestro padre procurarlo y a los dioses propicios, ¡Ojálá, mirara llegar a plena juventud, superiores en todo a mis enemigos!

Y tú, mujer, ¿a qué ese desbordado llanto que empapa tus blancas mejillas? ¿Por qué no acoges con gozo mis palabras?

Med.—Nada es. Pienso en mis hijos.

Jas.—Ten confianza: yo por su suerte velo.

Med.—Confío, no dudo de tus dichos. Mas la mujer es débil y nació para las lágrimas.

Jas.—¿Por qué tan sin medida lamentas a estos niños?

Med.—Yo los di a luz. Tú anhelabas su vida y yo compasiva dudaba si iba a ser

o no realidad tu deseo.

Pero tornemos a nuestro asunto. Una parte te he dicho; debo declarar lo demás. Pues es el beneplácito del rey que yo salga de esta tierra, yo bien entiendo que es lo que me conviene. Me ven adversa y fuera una carga para ti y para ellos en esta casa. Debo partir al destierro. Pero para que los niños sean educados bajo tu mano, pide a Creón que no disponga que ellos salgan de esta tierra.

Jas.—No sé si acceda él, pero debo intentarlo.

Med.—Ruega a tu esposa que ella sea quien de su padre lo alcance.

Jas.—Cierto que sí. Yo tengo por seguro que la persuado.

Med.—Si es que una mujer cual todas ellas. Y yo misma te ayudo. Voy a enviarle regalos que sobrepasen en hermosura a cuantos han visto los hombres de ahora. Bien sabido lo tengo. Un velo finísimo, una corona de oro cincelado que los niños han de llevarle.

¡Ea, pronto. Traiga acá esos dónes un siervo!

Ella va a hallar en tí la dicha y miles de dichas, al compartir su lecho con un varón tan excelente y a gozar a hora de estos regalos que son herencia del Sol, padre de mi padre, para sus descendientes.

Toma del criado los dones y los entrega a los niños:

—Tomad, niños en vuestras manos estos dones nupciales. Llevadlos a la feliz esposa hija del rey: dones son dignos de que se le envíen.

Jas.—¿Por qué, oh insensata, despojas tus manos de ellos? ¿Piensas acaso que está falta la casa del rey de mantos; creer que no hay oro? Guárdalo, no los des. Si mi mujer me juzga digno de ella, a mí preferirá a los dones todos. De eso estoy cierto.

Med.—No eso tú a mí: dones aun a los dioses doblegan, dice el adagio. Y para los mortales es más el oro que muchas palabras. ¡Ella está bajo el favor del destino: a ella la favorece ahora algún dios! ¡Es la nueva reina!.. ¡Por evitar el destierro de mis hijos diera yo mi vida, no solamente el oro!

¡Ea, niños, a la suntuosa mansión. Id a rogar a la nueva esposa de vuestro padre, señora mía, suplicadle que no os envíen al destierro y entregadle estos dones... Pero ha de recibirlos ella con sus propias manos! Id, velozmente id, y regresad a vuestra madre a traerle la feliz nueva de que ha logrado lo que ansía.

Entran los niños con el ayo y Jasón va tras ellos.

Coro. Est. 1.—¡No tengo ya esperanza de que vivan los niños: su vida ya se extingue; a la muerte caminan! ¡Novia infeliz: al recibir los dones, va a recibir su ruina! ¡Esa desgracia de la diadema de oro que con sus dos manos colocará en su rubia cabellera será la que la empuje al Hades!

Ant. 1.—¡El encantador aspecto y el reluciente brillo la moverán a que revista el velo y tome la diadema de oro cincelado... y esa ropa nupcial la llevará al Averno! ¡Es trampa de la muerte, es red en que la Moira hace caer a la desdichada: la tremenda necesidad de morir no ha de evadirla!

Est. 2.—¡Oh esposo desgraciado, yerno de reyes ser quisiste, anhelante de grandeza y eres el criminal que a tus hijos mismos procuras, sin saberlo, muerte y ruina y a la esposa la más fatal destrucción! ¡Infortunado, ignoras lo que ha urdido en tu contra la Moira!

Ant. 2.—¡Me atormenta también el alma tu dolor, oh madre infeliz que serás matadora de tus hijos para vengarte de la injuria que su padre te hizo para gozar de un nuevo tálamo!

Llega el ayo con los dos niños.

Ayo.—Señora, quedan libres del destierro tus hijos, y la regia novia ha recibido tus dones en sus propias manos. La paz vino para tus hijos.

Ah, ¿y qué te abruma ahora de tristeza, cuando la buena fortuna te sonríe al fin? ¿Por qué vuelves la cara y no quieres escucharme?

Med.—¡Ay, ay de mí!

Ayo.—No conculda esa conducta con las gratas noticias.

Med.—¡Ay, una vez más, ay!

Ayo.—¿Qué? ¿Habré dado mala noticia, pensando que era buena, y sin saberlo?

Med.—Tu noticia es noticia: no te reprendo.

Ayo.—¿Y bajas los ojos y te sueltas en lágrimas?

Med.—Mucho hay que llorar, anciano: eso los dioses y yo en mi locura hemos tramado.

Ayo.—¡Ten confianza... alguna vez tus hijos te han de hacer regresar a esta tierra....!

Med.—Otros antes haré que entren a tierra, yo la infeliz.

Ayo.—No eres la única tú que de los hijos privada queda. Toca al mortal llevar con buen ánimo las vueltas de la suerte.

Med.—Eso haré yo. Pero ahora entra y atiende a los niños cual sueles cada día.

¡Hijos, ah, hijos míos: ya tenéis patria, ya tenéis morada. Allí, sin mí, dejada a mi infortunio, viviréis siempre ya. Pero, sin madre. Y yo para otra tierra he de huir, antes de ver que pasáis vida feliz, antes de ver que tomáis el lecho nupcial que todos vieron que era lo que llevando en mis manos las lámparas felices de himeneo! ¡Ah, desdichada, hasta dónde llegó mi terco orgullo! ¡Para eso os crié, para eso pasé penas y para eso me desgarraron los dolores al daros la vida! ¡Pobre infeliz: pensaba en vosotros tener mi esperanza: para mi vejez seríais amparo; para mi muerte, manos pías que dieran sepultura! ¡Lo que más ambicionan los mortales! ¡Dulce ilusión perdida! De vosotros lejana, arrastraré una vida plena de dolor y desolación. No para vosotros ha de haber ya madre en quien clavéis los ojos... ¡cuán diferente va a ser vuestra vida!

¡Ay, ay, ¿por qué en mí estáis fijando la mirada? ¡Hijos, por qué reís con esa risa, para mí más dura que la muerte?

¿Qué hago, mujeres, qué hago? Mi corazón desfallece cuando me encuentro con la luminosa mirada de mis hijos... ¡No puedo más! ¡Adiós proyectos de antes... voy a llevarme fuera de este país a mis hijos...! ¿Por qué ha de ser que, para herir a su padre con el infortunio de estos niños, haya yo de sufrir dos veces la misma amargura? ¡Eso no; yo no! ¡Adiós, planes antiguos!

Mas, ¿que me pasa? ¿Voy a ser irrisión de mis enemigos y ellos van a quedar sin castigo? ¡Hay que tener osadía! ¡Flaca y débil así rindo mi alma a muelles pensamientos!

Hijos, entrad a casa. Ese que no debe presenciar mi sacrificio, que vea el futuro. No flaqueará mi mano.

¡Ah, ah... corazón mío, no tú! ¡No llegues a consumir tu crimen! Deja que vivan, desdichada: sé indulgente a tus hijos... ¡Vivan lejos de ti; aún así serán tu dicha!

¡Nunca, por los dioses que en el Hades imperan, esos que ejercen la venganza

implacable, nunca de mí se diga que yo dejé a mis hijos a las burlas y desdenes de mis enemigos! ¡Mueran, fuerza es que mueran y es urgente que yo que les di la vida, les dé también la muerte. Tanto.

Ella, la novia, ya con la diadema en su cabeza y su galano manto, va a perecer: bien lo sé yo. También yo marcho. También les dejaré una funesta dádiva al partir al negro infortunio. Les diré adiós.

Vengan acá mis hijos.

Salen los niños:

—Dad vuestra diestra, niños. Quiero estrecharla yo vuestra madre.

¡Amadísima mano, amadísima boca, linda figura y porte de mis hijos! Felices sed, pero allá abajo... aquí vuestro padre ha arrebatado la dicha de que gozar pudisteis... ¡Dulce abrazo, delicada piel, suavísimo aliento de mis hijos! ¡Entrad, entrad! No puedo veros ya: me abate el dolor. Bien lo sé, lo estoy palpando: será un horrendo crimen el que yo intento... pero mi furor se sobrepone a mi juicio. ¡Ah, es la ira la fuente de los mayores males para el hombre!

Medea queda en silencio viendo hacia la puerta en espera de noticias.

Coro. Est. 1.—Medité muchas veces en hondos pensamientos y en temas más altos que parece competir a mi sexo femenino. Pero también tenemos las mujeres una Musa que trata con nosotras en saber profundo —no todas, cierto es, una entre mil acaso— y también la creación de la poesía no es remota a nosotras.

Ant. 1.—Y digo que el mortal que nunca supo lo que es engendrar hijos es mil veces más feliz que el que produjo prole. Como hijos no tiene, ignora si son ellos dicha a sus padres, o dolor, y falto de ellos, también de muchos males vive libre.

Est. 2.—Pero quien vio en su casa la gallarda floración de hijos veo a qué congoja vive atado mientras su vida dura. Primero, cómo criarlos, luego cómo dejarles sustento para su vida y al fin incierto, que presagiar no puede, si serán buenos, si serán perversos.

Ant. 2.—Y ahora el mal postrero, el que menos soportan los mortales, voy a remorarlo. Obtuvo para el sustento gran fortuna, a plena juventud los hijos llegan, su alma es discreta, su corazón recto... pero el destino fiero los lanza al Hades; la Muerte los arrebató volando con sus cuerpos.

¿Al mortal qué aprovecha tener grata progenie, si a los dioses plugo infligir este nuevo tormento que a los otros supremamente excede?

Med.—Amigas ha tiempo que la suerte va rodando y tengo avidez de saber qué pasó allá en el palacio. Pero ya veo venir a un criado de Jasón. Viene acezante, ¿qué nueva desdicha nos reporta?

Mensajero.—¡Medea la que perpetra este hecho infando que toda ley rompe, huye... como lo puedas, ya en marino carro, ya en terrestre conducto!

Med.—¿Huir? ¿Por qué? ¿Qué suerte me lo impone?

Mens.—¡Muerto es el rey y muerta la princesa hace un instante... y es su muerte obra de tus venenos!

Med.—¡Linda palabra dices: de hoy más serás para mí uno de mis bienhechores, uno de mis amigos!

Mens.—¿Qué dijiste, mujer? ¿Estás en juicio, o la locura te domina? El regio hogar profanas, y ahora te gozas de esta nueva, cuando debieras estremecerte.

Med.—También para eso que tú dices respuesta tengo. Pero no te exaltes. Dime, amigo, ¿y cómo fue su muerte? Dos veces con ello me acrecerás la dicha, si es que murieron ellos con el mayor tormento.

Mens.—Llegan los niños, tu doble progeñe, con su padre y entran a la regia mansión. Al mismo tálamo son introducidos. Nos sentimos felices los que tus males deplorábamos. Todos captan la noticia de que al fin tu esposo y tú han hecho las paces. Pasó el disturbio.

Uno la mano besa, otro, la rubia cabellera de tus niños. Yo por mi parte jubiloso los sigo hasta la misma cámara nupcial. La princesa, que hoy en tu lugar veneramos, antes de haber visto a los niños, tenía la mirada tierna fija en Jasón. Cuando ellos entran, cubre su rostro, y vuelve la cabeza, con disgusto de que ellos hayan llegado. El esposo hacía esfuerzos para apaciguarla y hacer que se esfumara su enojo. “¿Vas —le decía— a ser hostil a los que me aman? Aquieta tus enojos. Vuelve tu rostro acá. Llama amigos a aquellos que lo son de tu esposo. Recibe esos dones y convence a tu padre a que si me ama, no destierre a estos niños.”

Vio ella el manto y ya no se opuso. Todo lo otorga al novio. Y antes de que salieran ellos del palacio, tomó el manto para ponérselo. Luego ornó su cabeza con la diadema de oro, frente a un espejo, enamorada de su propia belleza. Se levanta del sillón, se echa a andar por la casa, e iba lentamente mirando su hermosura y admirando sus atavíos.

Pero, de repente... ¡qué terrible vista se ofrece a nuestros ojos! Muda de color, retrocede vacilante, toda ella temblorosa y busca con ansia un asiento en qué dejarse caer para no rodar por tierra.

Una anciana esclava piensa que es una acometida del espíritu de Pan, o de alguno de los dioses, y alza su grito ella lamentando y rogando. No ya la hija del rey echaba blanca espuma por la boca. Inyectados sus ojos, se revolvían inciertos, la sangre huía de su cuerpo y ella atronaba el aire con clamores.

Corren todas las criadas. Unas, a casa de su padre; otras, a la de su reciente esposo. Todas llevan la triste novedad de su accidente misterioso y se oyen en todo el palacio pasos de carrera y voces de terror.

Ya hubiera el que corre en la pista alcanzado los seis pletros en el estadio y llegado a la meta... ella gemía con apretados ojos y ya casi sin vida.

Doble era el mal que la torturaba. De la diadema de oro que ceñía sus sienas, brotaban llanto TEXTO ILEGIBLE

Se levantó presurosa de su silla, corrió toda hecha llamas, y agitando a un lado y otro su cabellera para que la corona cayera a tierra. No, no caía. Estaba como soldada a la cabeza. Al fin se derrumbó ella misma sobre la tierra, dominada por su infortunio. Nadie conocerla pudiera, si no es acaso el ojo de su padre. Ya los ojos habían perdido su forma; deformado totalmente estaba su semblante. De lo alto de su cabeza escurría su sangre, mezclándose a las llamas, y de sus huesos, émulos de las teas de pino, se iba desprendiendo, trozo tras trozo, sus calcinadas carnes. El veneno obraba y mirarlo era espantoso. Y ante esa vista horripilante todos rehuían tocarla, pues su destino era la mejor lección para nosotros.

Entró su padre de repente, desconocedor de su desgracia. Y se arrojó al momento sobre su amada muerta. Daba grandes lamentos, clamaba y entre lágrimas decía: ¡Hija, hija infeliz!... ¿Quién de los malos númenes ha osado tal destino decretar para ti? ¡Dejas a un padre abandonado y marcas a la tumba! ¡Muera, muera contigo, amada hija...!

Su lamento cesó. Incorporarse quiso. No pudo ya desprender su anciano cuerpo. Como la hiedra que al laurel se aferra, prendido estaba al velo diáfano. Cuando más esfuerzos hacía por levantarse, tanto mayor era la fuerza con que se sentía atado a la vestidura de su hija. Y, al ímpetu con que trataba de erguirse, iban cayendo a pedazos sus carnes dejando desnudos los huesos. Se rindió a su suerte y el sin ventura exhaló el alma; ¡no pudo superar su infortunio!

Yacen allí difuntos, lado a lado, la hija y el viejo padre... ¡triste desventura que pide a gritos lágrimas!

Se ausenta el Mensajero.

Corif.—Quiso el destino hoy —¡Así parece!— echar sobre Jasón males sin cuento, merecidos acaso. ¡Hija de Creón infeliz: cuánto tu desgracia deploro: ya llegas a las puertas del Hades por aceptar el enlace con Jasón!

Med.—Resuelto, amigas, tengo ya el asunto. Y lo voy a poner en obra apresuradamente. Mato a mis hijos y de esta tierra huyo. No a otras manos más hostiles dejo la obra. Yo les di vida; yo tendré que matarlos.

¡Ah, desdichado corazón: esfuerzo... ¡a qué temblar ante estos horrendos hechos, si necesarios son? ¡Mano infeliz, empuña, empuña ya la espada, deslízate cual sierpe hacia la dolorosa red que tu vida detiene! Deja la cobardía, no razones que tus hijos son tan amados y de ti recibieron la vida. Por un día breve olvida que son tuyos y, cuando los hayas matado, llorarlos puedes... ¡Amados fueron siempre: yo siempre fui infeliz!

Se lanza al interior de la casa.

Coro. Est.—¡Tierra, diosa Tierra; rayos de Helios esplendentes: ved a esta mísera mujer antes que su mano se enrojezca con la sangre de sus propios hijos, esos que ella misma dio a luz!

De tu áurea raza, oh Sol, son ellos brote... horrendo fuera que la divina sangre cayera por tierra a manos de un mortal.

¡Luz, nacida de Zeus, deténla, refrena su furor, arrójala de esta casa, a ella, la desdichada, la sanguinaria Erina que el espíritu del mal viene azuzando!

Ant.—¡Ah, fue vana la amarga tarea de tu doliente parto; vanos tus esmeros maternales con que fuiste la raíz de esta progeñe, tú que dejaste lejos las rocas escarpadas de azules tintes en las Simplégadas! ¡Desdichada de tí...! ¿De qué locura de ira fuiste dominada? ¿Cómo pudo el odio sustituir al amor dentro de tu alma? Cuando el mortal su propia sangre vierte, al matar a un pariente, abrumadora infamia sobre él pesa. Y contra aquellos que sus propios consanguíneos matan se alza un turbión de desgracias a la medida de sus crímenes. De los dioses tan dura sanción viene.

Se quejan dentro los niños

Niños—¡Ay, ay...!

Coro. Est.—¿Oyes la voz, oyes a los niños? ¡Ah, mujer sin ventura, ah, desdichada!

Primer niño.—(dentro): ¡Ay, ¿qué haré yo? ¿Dónde huir de las manos de mi madre?

Segundo niño.—¡Oh, amadísimo hermano, no lo sé!... ¡Vamos a morir!

Corif.—¿Entramos a la casa? ¿Evitamos el crimen? ¿Salvamos a los niños?

Niño primero.—Sí, por los dioses... venid a salvarnos... ¡es el momento!

Niño segundo.—¡Ya el filo está sobre nosotros, la daga nos amenaza!

Corif. Ant.—¡Ah miserable...! ¿Roca o hierro eres para quitar la vida con tus mismas manos a aquellos hijos a quienes tú la diste?

Una mujer hubo antaño —¡fue una sola!— que dicen ella misma mató a sus hijos.

Primer coreuta.—Ino, bajo locura con que los dioses la hirieron, lo hizo al ser expulsada del sacro recinto, por el celo de la esposa de Zeus!

Corif.—Y fue a precipitarse en el mar por el asesinato de sus hijos y murió al morir ellos en el mismo infortunio.

Segundo coreuta.—De la orilla se arroja y con ella a los dos al mar entrega.

Corif.—¿Hay algo más tremendo de escucharse? ¡Ah, bodas, bodas, oh femenino lecho... qué cúmulo de males habéis acarreado a los mortales!

Entra Jasón precipitadamente.

Jas.—¡Ea, mujeres! Las que estáis cercanas a la puerta de esta casa. ¿Está dentro esa Medea, la que horrendo crimen ha cometido? ¿Se puso acaso en fuga? ¡Así puede esconderse bajo tierra, o en vuelo alzarse a la región del más remoto éter, ha de pagar a fuerza el delito que cometió contra la casa real! ¿Irá a escapar impune, tras haber matado a los soberanos de esta tierra? Pero yo no vengo a eso: vengo a buscar a mis hijos: a ella que la busquen y castiguen los ofendidos. No vaya a ser que quieran en los míos vengar el crimen de la madre.

Corif.—¡Ay, infeliz no sabes a qué abismo de infortunios has venido! Jasón, si lo supieras no proferirías tales palabras.

Jas.—¿Qué hay, pues? ¿Intenta acaso a mí también matarme?

Corif.—¡Muertos tus hijos son a manos de su madre!

Jas.—¡Ah!... ¿Qué dices? ¡Oh mujer, me matas!

Corif.—Acaba de entenderlo: tus hijos ya no existen.

Jas.—¿En dónde los mató? ¿Adentro? ¿Afuera?

Corif. Abre esas puertas: verás el asesinato de tus hijos.

Jasón se abalanza a las puertas y dice a gritos:

Jas.—¡Pronto, esos cerrojos, oh criados, quebrantad las chapas, quebrad las puertas...! ¡Dos males veré a un tiempo: muertos mis hijos y a la culpable para ajusticiarla!

Como nadie responde, trata de forzar la puerta. Se abre ésta de repente y aparece Medea en una carroza de que tiran dragones alados. En el fondo se ven los cadáveres de los niños.

Med.—¿A qué ese estrépito? ¿Por qué golpeas las puertas? ¿Buscas los cuerpos de tus hijos!... ¡Allí los tienes! ¡A mí me buscas!... ¡Déjalo! ¿Quieres algo? Decláralo. Pero tu mano no tocarme podrá. Ni ahora, ni nunca. Helios, el padre de mi padre, me dio este carro en que a salvo estoy de mis enemigos.

Jas.—¡Odió del mundo, mujer infame: te odian los dioses, te aborrezco yo, te execra el mundo entero! ¿No tembló tu mano al hundir el puñal en el corazón mismo de tus hijos? ¡Tú les diste la vida y tú también a mí mataste, al matarlos a ellos! ¿Y aún estás viva, y aún al sol y a la tierra miras...! ¡Muere, maldita, muere! Hasta hoy quedo en mi juicio: loco fui un día cuando de tu casa de pueblo salvaje te traje a la Hélade! ¡Malvada, traicionera: a tu padre traicionas, traicionas a tu patria! Un maléfico numen que te asiste fue el autor de toda esta obra. Si, tú matas al hermano junto al altar y te lanzas conmigo a la marina travesía en esa nave Argos de brillante popa. Es el principio de tus proezas. Te casaste conmigo; me diste hijos,

engendrados en el lecho nupcial y allí nacidos... y a hora los matas! ¡No, jamás hubo en Grecia mujer tal! Hice mal prefiriéndote a ellas. Y me uní a una mujer salvaje... ¡No, leona fiera, más fiera que Escila del Tirreno!

¡Pierdo el tiempo injuriándote: mil lenguas no bastaran y tu desfachatez es dique a toda injuria! ¡Mueras de mala muerte, seas perpetuo baldón, impudente y malvada, hoy ya cubierta con la sangre de asesina de tus mismos hijos!

Y yo, ¿qué haré? ¡Llorar mi infortunio! ¡Ya no lecho nupcial, ya no los hijos que había engendrado y nutrido...! ¡Los perdí para siempre; verlos, hablarles ya no podré más!

Med.—¡Cuánto decir pudiera a tus palabras! Pero, bien sabe Zeus, el padre universal, lo que por ti hice y cómo tú me has pagado. No era posible que tú y tu consorte —esa por quien me dejas— disfrutaran de dicha, con irrisión de mí.

No era posible que Creón, tampoco, el que te dio la hija y a mí me desterraba de esta tierra, quedara sin castigo. Y ahora, di cuanto quieras: llámame leona, llámame Escila del Tirreno... ¡yo dí a tu corazón golpe por golpe!

Jas.—¡Tú también estás sufriendo, tú también partícipe eres de mi desgracia!

Med.—Dices bien. Mas el dolor me es grato. Tú reír no puedes.

Jas.—Hijos, hijos míos. ¡Qué madre tan indigna habéis tenido!

Med.—¡Ah, hijos: cómo pudo ser vuestra ruina la locura de un padre!

Jas.—¡No fue mi brazo el que les dio la muerte!

Med.—¡Fue tu orgullo rebelde, fue tu nueva boda!

Jas.—Y al amor de tu lecho inmolestaste a los hijos.

Med.—¿Piensas tú que es asunto leve para una mujer?

Jas.—Si es discreta, es verdad. Para ti es malo todo.

Med.—¡Estos no viven ya: te habrá de herir perpetuamente el hecho!

Jas.—¡Vivos están y pesan como venganza sobre tu cabeza!

Med.—Saben los dioses quién empezó el daño.

Jas.—Y saben también ellos la negra hondura de tu alma.

Med.—¡Me hostiga! ¡Aborrezco tu amarga diatriba!

Jas.—¡También la tuya yo... fácil es dar ya fin!

Med.—¿Y cómo? ¿Qué he de hacer? ¡También lo ansío!

Jas.—¡Sepultaré a mis hijos, les haré sus exequias!

Med.—¡No, tú no: yo con mi propia mano les daré sepultura. Voy a llevarlos al santuario de Hera, diosa de la sacra colina. Nadie de sus enemigos podrá allí remover la tierra para profanar su tumba. Y en esta tierra de Sísifo se han de instituir fiestas anuales para expiar su tremenda muerte. Y yo me voy a la tierra de Erecteo a compartir mi suerte y mi morada con Egeo el hijo de Pandión.

En cuanto a ti, justo es que perezcas con desastrosa muerte relativa a tu maldad. Una astilla de la nave Argo herirá tu cabeza... ¡Ese sea el fin de tus nefandas bodas!

Jas.—¡La Erina vengadora de tus hijos y la Justicia tu vida destruyan!

Med.—¿Hay dios que te oiga? ¿Hay funesto numen, a ti perjuro, huésped sin recato?

Jas.—¡Fuera, maldita, verdugo de tus hijos!

Med.—Entra a tu casa... sepulta a tu esposa.

Jas.—Voy allá... mas sin hijos... ¡mis dos hijos!

Med.—Aún no has llorado lo que es justo... ¡Espera la vejez!

Jas.—¡Amadísimos hijos!

Med.—¡Fueron para su madre, no para ti!

Jas.—¿Por eso los mataste?

Med.—¡Para hacerte infeliz!

Jas.—Hijos, mis hijos... ¡Bese yo vuestros labios, estreche vuestros rostros!

Med.—¡Ahora los llamas, ahora los evocas...! ¿Y cuando los rechazaste?

Jas.—¡Ah, por los dioses, deja que siquiera palpe su suave cuerpecito!

Med.—¡No será: palabras vanas son las tuyas!

Se va Medea en su carro

Jas.—¡Mira, Zeus, escucha cómo me trata esta mujer infame, matadora de sus hijos, esa leona feroz!

¿Qué me queda ya sino llorar a mis hijos? Clamar a los dioses. ¡Nada más! ¡Séanme testigos ellos: primero me los mata, después me impide aun tocarlos y darles sepultura! ¡Cuán mejor hubiera sido que yo no los engendrara, para verlos sólo perecer a tus manos!

Se aleja Jasón con la cabeza rendida.

Coro.—*lentamente va saliendo mientras canta:*

Zeus de todas las cosas tiene en el Olimpo el régimen: muchas veces los dioses obran lo inesperado. No se cumple lo que era esperado, y a lo nunca pensado un dios lo hace efectivo. Tal es lo que hoy sucede.

Orígenes

La palabra comedia viene de los términos griegos *komos* que significa fiesta (una especie de feria o Kermesse) y *odé* que quiere decir canto. Comedia es, por tanto, el canto de la fiesta. Entre todas las fiestas populares, aquellas que celebraban la vendimia eran las más ruidosas y liberales. Sabemos por Aristóteles que la comedia se liga por su origen a la tragedia. Esta procedía del ditirambo (himno religioso en honor de Dionisio, dios del vino) y aquella de los cantos fálicos (himnos a foles, representación de la vida, fertilidad y virilidad).

No conocemos con detalle el desarrollo de las fiestas de Dioniso, pero verosímilmente, se supone que, después de las ceremonias religiosas y la ejecución del ditirambo, había en los poblados un ambiente de alegría y libertad; se comía bien, se bebía copiosamente y se cantaban canciones obscenas.

Estas celebraciones fueron haciéndose rituales y, a fuerza de repetirse, se formó una especie de programa que comprendía:

a) *Una procesión burlesca* que se paseaba por las calles en medio de bromas pesadas con objetos silvestres: una ánfora, un cesto de higos secos, un chivo (representación de los sátiros - personajes mitológicos mitad chivo, mitad hombre - que acompañaban a Dioniso) y una rama de vid. Al mismo tiempo, se entonaban una licenciosa canción. Una ceremonia de este tipo se puede encontrar, como reminiscencia, en la obra *Los Acarnienses* de Aristófanes.

b) *La pompeía*. - Esta palabra significa procesión y era el tradicional desfile de carros de la vendimia, desde los cuales los ocupantes, pintarrajado el rostro con heces de vino, se lanzaban agudos chistes y se burlaban de éste o de aquél, llamándolos con apodos y mofándose de sus particulares características físicas o morales.

Contenido y estructura

Con estos antecedentes es fácil explicar la temática y estructura de la Comedia antigua, género que ha sufrido radicales transformaciones hasta nuestros días. Preciso es mencionar que la comedia, tal y como ahora la conocemos, no guarda un gran parecido con la Comedia antigua, cuyo máximo representante es Aristófanes. A través de Menandro (exponente de la Comedia nueva) se establece la conexión con la comedia actual.

Lo que se denomina Comedia antigua es una mezcla de farsa y de sátira en donde el poeta no muestra tipos genéricos de la humanidad (el tonto, el astuto, el chismoso) sino a sus contemporáneos y los designa por su nombre: Sócrates, Eurípides, Esquilo, Pericles, Cleonte, etc. En su obra, los ridiculiza por su origen, aspecto físico, sus vicios, vida pública y privada.

Cuatro son los aspectos que el comediógrafo ataca:

a) *La sátira de costumbres y personajes*. - El papel que se atribuye a la comedia en Atenas es el llamado al buen sentido por medio de imágenes sorprendentes y chistosas que satirizaban, hasta la extravagancia, a los personajes o actitudes que tendían a aportar elementos novedosos: filosofías exóticas, pensamientos revolucionarios, formas de vida y modas escandalosas, contrarias a "las buenas costum-

bres". La comedia desfigura todo lo que toca porque, si no fuese así, dejaría de ser comedia.

b) *Cuestionamiento de la política.*- Los comediógrafos se sentían moralmente responsables de poner en escena las ideas que la masa de espectadores tenía acerca de la actuación de los más notables políticos de la época. En el pueblo al que se conoce como creador de la democracia, la oposición a los manejos de los líderes era expresada abiertamente. Aristófanes no duda en culpar a Pericles como causante de la Guerra del Peloponeso y todo a causa de la ofensa que según la comedia infligieran los Megarenses a la amante del gran soberano. Aristófanes mismo hubo de esconderse y hacer representar una de sus comedias con un pseudónimo porque se había ido de largo en un ataque a Cleonte, otro de los grandes políticos de la época.

c) *La mofa de las letras y las artes.*- Siendo la comedia la contrapartida de la tragedia, todo en ella es parodia. Los personajes heroicos del glorioso pasado griego, la elocuencia solemne y el lenguaje arcaizante, tan alejado del habla común y corriente, son traídos a escena en situaciones ridículas que recordaban a los griegos episodios concretos y personajes reconocidos pero despojados de toda la dignidad de que estaban investidos.

d) *Lo obsceno.*- Rodeando esta temática, la comedia antigua se desenvuelve en medio de alusiones irrespetuosas, bromas y gestos que harían enrojecer a los espectadores. En éste uno de los aspectos que caracteriza a la Comedia antigua, y por lo cual aún se debate la suposición de que la entrada a mujeres estuviese prohibida.

Sin embargo, la Comedia antigua está escrita en verso y contiene largos trozos de la más delicada poesía. Aristófanes, al parodiar a grandes poetas, demuestra que no sólo conocía de memoria su obra, sino que no les era inferior en el arte del verso.

En cuanto a la *estructura*, una comedia antigua comprendía:

- *Un prólogo.*- Más largo y variado que en la tragedia; en él se exponían los antecedentes de la trama que iba a desarrollarse.

- *El párodo.*- Era la entrada del coro formado por 24 personajes, usualmente vestidos fantásticamente (nubes, avispa, ranas, caballeros, carboneros).

A ellos se debía generalmente el título de la comedia que se representaba.

- *Escenas alternantes con los cantos del coro.*- Entre ellas, es de destacarse el agón o debate entre dos personajes que sostienen tesis opuestas. Es éste pasaje en donde el poeta deja descubrir sus intenciones.

- *El éxodo*, que es el desenlace de la obra; generalmente se produce de manera ruidosa y animada.

- *La parábasis.*- Esta parte, específica de la comedia, tiene lugar a mitad de la pieza e interrumpe momentáneamente la acción. Es una especie de intermedio recitado por el corifeo (jefe del coro) quien expone al público la posición personal o política del autor así como sus quejas y sentimientos.

Aristófanes

Aristófanes nace hacia el 445 a.C. de padres atenienses. Fué artista precoz puesto que su primera obra, que no se conserva, hizo representar con el nombre de uno de sus amigos ya que él aún no alcanzaba la edad legal de autoría (18 años.)

Su vida transcurre en plena Guerra del Peloponeso (432-404 a.C.). Fue ésta una larga batalla librada entre atenienses y espartanos, con sus respectivos aliados quienes pugnaron por la obtención de la hegemonía política de toda Grecia. Como Tucídides, el notable historiador griego, Aristófanes nos habla de Pericles, Cleonte, Nicias y Alcibíades, célebres personajes de la escena política de la época, pero nos muestra la otra cara de la Guerra del Peloponeso, descubriéndonos lo que representaba para la gente común y corriente de Atenas y de los territorios cercanos a la gran ciudad. De hecho, todas las comedias de Aristófanes, excepto la *Asamblea de las mujeres* y *La Riqueza*, se sitúan históricamente en este período de la Grecia Antigua que fue definitivo para los tiempos posteriores del país.

Grecia ve paulatinamente desaparecer todo lo que había sido construido y creado sobre todo en el glorioso siglo V, llamado de Pericles. La natural rebelión de los atenienses en diferentes tonos: agresiva, irónica, nostálgicamente, a lo largo de su obra dramática.

Después de la muerte de Pericles, Atenas había quedado dividida en dos grandes tendencias: la de los aristócratas y la de los demócratas. Aquellos trataban de mantener la ciudad dentro de los principios que habían hecho su fuerza y su gloria. Los demócratas derivaban hacia la demagogia, adulaban a las clases humildes y facilitaban por todos los medios la participación directa de éstas en todos los asuntos públicos. Cada una de estas dos fuerzas se consubstanciaba instintivamente, en filosofía y en política, con las obras que les eran más afines.

Aristófanes representa a un partido que, de acuerdo con la clasificación actual de las tendencias políticas, podría denominarse "de derecha". Así se encuentra que el conservador Aristófanes exalta a Esquilo, (el más antiguo de los trágicos), pero ultraja a Eurípides y aborrece las nuevas ideas de Sócrates.

El primer grupo de sus comedias (*Los Acarnienses*, *Los Caballeros*, *Las Nubes*, *Las Avispas* y *La Paz*) representa el período más antiguo de la actividad literaria del poeta, aquél en que reacciona vigorosamente contra el ambiente político de Atenas.

La Paz, última del grupo, marca la transición hacia un enfoque más benévolo o tal vez más resignado de las cosas, aunque siempre en tono humorístico y socarrón.

Tres obras dedica Aristófanes a la mujer: *Lisistrata*, las *Tesmoforias* (Fiestas de Deméter y Perséfone) y la *Asamblea de las Mujeres*. Son temas de fantasía que junto con las *Aves*, *Las Ranas* y la *Riqueza* (Plutos) forman la segunda etapa de creación dramática del autor.

El ingenio de Aristófanes como poeta cómico ha sido celebrado desde su época hasta la actualidad. Famoso es el epitafio atribuido a Platón que dice: "Las Gracias, buscando un santuario imperecedero, hallaron el alma de Aristófanes".

la asamblea de las mujeres

Esta pieza, junto con *Pluto* o *La Riqueza*, marca la transición hacia la comedia clasificada como "media". Las características que así lo determinan son las siguientes:

- La temática y preocupación tienden ahora a los problemas sociales más que políticos y patrióticos.
- El coro pierde, a la par que en la tragedia, el lugar de primacía en relación a las anteriores piezas y se va quedando reducido a ser un personaje más.
- La realidad histórica y política da paso a la fantasía. Los actos concretos que vivían los ciudadanos no serán ya comentados; ahora las tendencias filosóficas de la época y los temas más generales son puestos en escena dentro del marco cómico.

Praxágora, la protagonista de esta comedia, provoca un movimiento popular entre las mujeres atenienses, arengándolas a tomar el poder y substituir a los hombres en el gobierno de Atenas.

La obra se representó probablemente en año 392 A.C. y es una graciosa sátira de ciertas teorías comunizantes sostenidas a la razón por algunos filósofos.

Esta obra, como ya se dijo, no es estrictamente representativa de la comedia antigua, pero fue elegida por la actualidad del tema y porque ha sabido despertar en los alumnos un real interés.

PERSONAJES:

Praxágora.	Un Heraldo.
Varias Mujeres.	Tres Viejas.
Coro de Mujeres.	Una joven.
Blepiro, marido de Praxágora.	Un joven.
Un hombre.	La criada de Praxágora.
Cremes.	

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

La escena representa una plaza, en Atenas, donde están la casa de Praxágora y otras dos casas. Praxágora sale de la suya disfrazada de hombre con una lámpara en la mano.

Praxágora.—(*Parodiando ciertos prólogos trágicos.*)

*¡Oh lámpara preciosa de reluciente ojo
que tan bien iluminas los objetos visibles!*

*Vamos a decir tu nacimiento y tu oficio;
labrada sobre el ágil torno del alfarero
tus brillantes narices rebrillan como soles.*

Lanza con tus llamas las señales convenidas...

Tú eres la única confidente de nuestros secretos, y lo eres con motivo, pues cuando en nuestros dormitorios ensayamos las diferentes posturas del amor, tú sola nos asistes y nadie te rechaza como testigo de sus voluptuosos movimientos. Tú sola, al abrasar su vegetación feraz, iluminas nuestros recónditos encantos. Tú sola nos acompañas cuando furtivamente penetramos en las despensas llenas de báquicos néctares y sazonadas frutas; y, aunque cómplice de nuestros deleites, jamás se los revelas a la vecindad. Justo es, por tanto, que conozcas también los actuales proyectos aprobados por las mujeres, mis amigas, en las fiestas de los esciros. Pero ninguna de las que deben acudir se presenta; ya empieza a clarear el día y de un momento a otro dará principio la Asamblea. Es necesario apoderarnos de nuestros puestos, que, como ya recordaréis, dijo el otro día Firómaco, deben ser *los otros*. y una vez sentadas, mantenernos ocultas. ¿Qué les ocurrirá? ¿Quizá no habrán podido ponerse los barbas postizas, como quedó acordado? ¿Les será difícil apoderarse de los trajes de sus maridos?—¡Ah! Allí veo una luz que se aproxima. Voy a retirarme un poco, no sea un hombre.

Mujer Primera.—Ya es hora de ponerse en marcha; cuando salíamos de casa, el heraldo ha cantado por segunda vez.

Praxágora.—Y yo me he pasado toda la noche en vela esperándoos. Pero...un momento; voy a llamar a esta vecina arañando suavemente su puerta, porque es preciso que su marido no note nada.

Mujer Segunda.—Ya he oído, al ponerme los zapatos, el ruido de tus dedos, pues no estaba dormida; mi marido, querida, es un marinero de Salamina; me ha estado atacando toda la noche bajo las sábanas; hasta ahora no he podido cogerle este manto que ves.

Mujer Primera.—¡Ah! Ahí veo a Clináreta y Sóstrata, que vienen con su vecina Filéneta.

Praxágora.—¡Dáos prisa! Glice ha jurado que la que llegue la última pagará en castigo tres congios de vino y un quénice de garbanzos.

Mujer Primera.—¿No ves a Melística, la mujer de Esmicición, como viene corriendo con los zapatos de su marido? Creo que esa es la única que habrá podido separarse sin dificultad de su marido.

Mujer Segunda.—Mirad a Gensístrata, la mujer del tabernero, con su lámpara en la mano, acompañada de las mujeres de Filodoret y Querétades.

Praxágora.—También veo a otras muchas flor y nata de la ciudad, que se dirigen hacia nosotras.

Mujer Tercera.—A mí, querida mía, me ha costado un trabajo ímprobo poder escaparme sin que me vieran. Mi marido ha estado tosiendo toda la noche por haber cenado demasiadas sardinas.

Praxágora.—Bien sentaos; y puesto que ya estamos reunidas, decidme si habéis cumplido todo lo que acordamos en la fiesta de los Esciros.

Mujer Cuarta.—Yo sí, Lo primero que hice, como convenido, fué ponerme los sobacos más hirsutos que un matorral. Después, cuando mi marido se iba al Agora, me untaba con aceite de pies a cabeza y me tostaba al sol durante todo el día.

Mujer Quinta.—Yo también he suprimido el uso de la navaja, para estar completamente velluda y no parecer en nada una mujer.

Praxágora.—¿Traéis las barbas con que dijimos que nos presentaríamos en la Asamblea?

Mujer Cuarta.—¡Sí por Hécate! Yo traigo esta, que es muy hermosa.

Mujer Quinta.—Y yo, otra más bella que la de Epícrates¹.

Praxágora.—Y vosotras, ¿qué decís?

Mujer Cuarta.—Dicen que sí, con la cabeza.

Praxágora.—También veo que os habéis provisto de lo demás, pues traéis calzado lacedemonio, bastones y ropas de hombre, como dijimos.

Mujer Sexta.—Yo traigo el bastón de Zamia, a quien se lo he quitado mientras dormía.

Praxágora.—Es uno de aquellos bastones sobre los que se apoya para expulsar sus flatos.

Mujer Sexta.—Sí, ¡por Zeus salvador! Si ese hombre se pusiera la piel de Argos, sería el único para administrar la cosa pública.

Praxágora.—Ea, mientras todavía quedan estrellas en el cielo, dispongamos lo que debemos hacer, pues la Asamblea, para lo que venimos dispuestas, empezará con la aurora.

Mujer Primera.—¡Por Zeus! Tú debes tomar asiento al pie de la tribuna, frente a los Pritáneos.

Mujer Séptima.—Yo me he traído esta lana para cardarla durante la Asamblea.

Praxágora.—¿Durante la Asamblea? ¿Pero qué dices desgraciada?

Mujer Séptima.—Sí, por Artemis, sí. ¿Dejaré de oír porque esté cardando? Tengo a mis hijitos desnudos.

Praxágora.—¿Pero estáis oyendo esto? ¿Ponerse a cardar cuando es preciso no dejar ver a los asistentes ninguna parte de nuestro cuerpo! ¡Estaría bonito que en medio de la multitud una de nosotras se lanzase a la tribuna, se alzase los vestidos y dejase ver su... Formisio. Por el contrario, sienvueltas en nuestros mantos ocupamos los primeros puestos, nadie nos reconocerá; y si además sacamos fuera del embozo nuestras soberbias barbas y las dejamos extenderse sobre el pecho, ¿quién

¹ Orador demagogo. Su barba era tan espesa y crecida que le bajaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho a manera de escudo.

² General muy velludo.

sería capaz de no tomarnos por hombres? Agirrio³, gracias a la barba de Prónomo⁴, engañó a todo el mundo: antes era mujer, y ahora, como sabéis, ocupa el primer puesto en la ciudad. Por tanto, yo os conjuro por el día que va nacer, a que acometamos esta audaz y grande empresa para ver si logramos tomar en nuestras manos el gobierno de la ciudad; porque lo que es ahora ni a remo ni a vela se mueve la nave del Estado.

Mujer Séptima.—¿Y cómo una Asamblea de mujeres con sentimientos femeninos podrá arengar a la masa?

Praxágora.—Nada más fácil. Es cosa corriente que los jóvenes más disolutos sean en general los de más fácil palabra, y, por fortuna, esta condición no nos falta a nosotras.

Mujer Séptima.—No sé, no sé; mala cosa es la inexperiencia.

Praxágora.—Por eso mismo nos hemos reunido aquí, para preparar nuestros discursos. Vamos, poneos pronto las barbas, tú y todas las que se han ejercitado en el arte de hablar.

Mujer Octava.—Pero, querida, ¿qué mujer necesita ejercitarse para eso?

Praxágora.—Ea, ponte la barba y conviértete cuanto antes en hombre. Aquí dejo las coronas⁵; ahora me voy yo también a plantar la barba, por si acaso tengo necesidad de decir algo.

Mujer Segunda.—Querida Praxágora, ¡mira qué ridiculez!

Praxágora.—¿Cómo ridiculez?

Mujer Segunda.—Es como ponerle las barbas a unos calamares asados.

Praxágora.—Purificador, da la vuelta con la comadreja; adelante; silencio. Arífrades, pasa y ocupa tu puesto. ¿Quién quiere usar de la palabra?

Mujer Octava.—Yo.

Praxágora.—Pues ponte la corona, y buena suerte.

Mujer Octava.—Ya está.

Praxágora.—Puedes hablar.

Mujer Octava.—¿Y he de hablar antes de beber?

Praxágora.—¿Qué es eso de beber?

Mujer Octava.—Pues si no, querida, ¿para qué necesito la corona?

Praxágora.—Vete de aquí; allí nos hubieras hecho lo mismo.

Mujer Octava.—¿Y qué? ¿No beben también ellos, aunque sea en la Asamblea?

Praxágora.—¡Y dale con la bebida!

Mujer Octava.—Sí, por Artemis, y vino del más puro. Por eso, a los que los examinan y estudian detenidamente les parecen sus insensatos decretos resoluciones de borrachos. Además, si no hubiese vino, ¿cómo harían las libaciones a Zeus y demás ceremonias? Por otra parte, suelen maltratarse como personas que han bebido demasiado, y los arqueros se ven obligados a llevarse de la Asamblea a más de un borracho revoltoso.

³ General ateniense, de costumbres depravadas, que sin duda para aparecer más respetable se dejaba crecer la barba.

⁴ Flautista notable por su hermosa barba.

⁵ Esto es, las que se ponían los que hablaban en público.

Praxágora.—Vete y siéntate; no sirves para nada.

Mujer Octava.—Sí, por Zeus; mejor me hubiera valido no ponerme la barba pues, por lo que veo, me voy a morir de sed.

Praxágora.—¿Hay alguna otra que quiera hablar?

Mujer Primera.—Yo.

Praxágora.—Pues bien, corónate, que la cosa urge. Procura hablar virilmente, como es debido y bien apoyada sobre el bastón.

Mujer Primera.—Hubiera deseado ciertamente que cualquiera de los que están avezados a las lides oratorias me hubiera permitido con lo excelente de sus proposiciones permanecer tranquilo en mi lugar; mas no puedo consentir, por lo que a mí respecta, que en las tabernas se construyan aljibes. ¡No!, por las dos diosas...

Praxágora.—¡Por las dos diosas! ¿En qué estás pensando desdichada?

Mujer Primera.—¿Qué ocurre? Aún no te he pedido de beber.

Praxágora.—Cierto, por Zeus; pero, siendo hombre, como lo eres ahora, has jurado por las dos diosas. En lo demás has estado bien.

Mujer Primera.—Tienes razón, por Apolo.

Praxágora.—¡Basta, pues! No daré un paso para ir a la Asamblea hasta que todo quede perfectamente ensayado.

Mujer Primera.—Dame la corona; voy a arengar de nuevo. Ahora ya creo que lo he pensado bien: En cuanto a mí, ¡oh mujeres aquí reunidas...!

Praxágora.—¡Desdichada! ¿Otra vez te equivocas diciendo “mujeres” en vez de hombres?

Mujer Primera.—Epígono tiene la culpa. Le estaba mirando, y he creído que hablaba delante de mujeres⁶.

Praxágora.—Vete tú también y siéntate allá lejos. Yo misma hablaré por vosotras y me ceñiré la corona, pidiendo antes a los dioses que concedan un éxito feliz a nuestra empresa. (*Iniciando su discurso.*) La felicidad de este país me interesa tanto como a vosotros, y me conduelen y lastiman los desórdenes de nuestra ciudad. La veo, en efecto, siempre gobernada por detestables jefes, y considero que si uno llega a ser bueno un solo día, luego es malo otros diez. ¿Quiéres encomendar a otro el gobierno? De seguro que será peor. Difícil es, ciudadanos, corregir ese vuestro descontentadizo humor, que os hace temer a los que os aman y suplicar incesantemente a los que os detestan. Hubo un tiempo en que no teníamos asambleas y pensábamos que Agirrio era un bribón; hoy que las tenemos, el que recibe dinero no tiene boca para ponderarlas; mas el que nada recibe, juzga dignos de pena capital a los que trafican con las públicas deliberaciones.

Mujer Primera.—¡Muy bien dicho, por Afrodita!

Praxágora.—¡Infeliz, has nombrado a Afrodita! Nos dejarás lucidas si te sales con esa pata de gallo en la Asamblea.

Mujer Primera.—Allí no lo hubiera dicho.

Praxágora.—Bueno será que no te acostumbres. (*Siguiendo su discurso*): “Cuando deliberábamos sobre la alianza⁷ todo el mundo decía que era inminente la

⁶ Epígono era un conocido afeminado.

⁷ Alude a la alianza de los atenienses con los corintios, beocios y argivos, contra Lacedemonia.

perdición de la ciudad si no se llegaba a hacer; hizose por fin, y todo el mundo lo llevó tan a mal, que el orador que la había aconsejado huyó y no ha vuelto a parecer. Es necesario armar naves —sostienen los pobres—. No es necesario —opinan los labradores y los ricos—. ¿Os indisponéis con los corintios? Ellos os pagan en la misma moneda. Ahora, pues, que los tenéis amigos, sedlo vosotros también. El argivo es ignorante; pero Hierónimo es un sabio⁸. ¿Asoma una ligera esperanza de salvación? Pero Trasíbulo⁹ está enojado; nadie ha acudido a pedirle que vuelva.

Mujer Primera.—¡Qué hombre tan inteligente!

Praxágora.—(*Esta vez me has elogiado como conviene.*) “¡Tú oh pueblo, eres la causa de todos estos males! Pues te haces pagar un sueldo de los fondos del Estado, con lo cual cada un mira sólo a su particular provecho, y la cosa pública anda cojeando como Esimo. Pero si me atendéis, aún podéis salvaros. Mi opinión es que debe entregarse a las mujeres el gobierno de la ciudad, ya que son intendentes y administradoras de nuestras casas.

Mujer Segunda.—Bien, muy bien, por Zeus. Sigue, sigue hablando...

Praxágora.—Yo os demostraré que las mujeres son infinitamente más sensatas que nosotros. En primer lugar, todas, según la antigua costumbre, lavan la lana en agua caliente, y jamás se las ve intentar temerarias novedades. Si la ciudad de Atenas imitase esta conducta y se dejase de innovaciones peligrosas, ¿no tendría asegurada su salvación? Se sientan para freír las viandas, como antes; llevan la carga en la cabeza, como antes; celebran las Tesmoforias, como antes; amasan las tortas, como antes; hacen rabiar a sus maridos, como antes; ocultan en casa a los galanes, como antes; sisan, como antes; les gusta el vino puro, como antes, y se complacen en el amor, como antes. Y al entregarles, ¡oh, ciudadanos! las riendas del gobierno, no nos cansemos en inútiles disputas ni les preguntemos lo que vayan a hacer; dejémoslas en plena libertad de acción, considerando solamente que, como madres que son, pondrán todo su empeño en economizar soldados. Además, ¿quién suministrará con más celo las provisiones a los soldados que la que les parió? La mujer es ingeniosísima, como nadie, para reunir riquezas; y si llegan a mandar, no se las engañará fácilmente, por cuanto ya están acostumbradas a hacerlo. No enumeraré las demás ventajas; seguid mis consejos y seréis felices toda la vida.

Mujer Primera.—¡Divina, admirable, dulcísima Praxágora! ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien, amiga mía?

Praxágora.—Durante las proscripciones¹⁰, viví con mi esposo en el Pnix y, a fuerza de oír a los oradores, acabé por instruirme.

Mujer Primera.—Y a no me extraña que seas tan hábil y elocuente. Tú serás nuestro jefe; procura poner en práctica tus proyectos. Pero si Céfalos¹¹ se lanza sobre tí para injuriarte, ¿cómo le replicarás en la Asamblea?

⁸ Ciertamente general que tuvo el mando de la flota al partir a Persia.

⁹ Este, que libertó a Atenas en 401, estaba alejado con un pretexto honroso.

¹⁰ Es decir al principio de la guerra de Peloponeso, cuando los habitantes del campo se refugiaron en Atenas.

¹¹ Un demagogo.

Praxágora.—Le diré que delira.

Mujer Primera.—Eso lo sabe el mundo.

Praxágora.—Qu es un atrabiliario.

Mujer Primera.—También eso se sabe.

Praxágora.—Que es tan buen político como mal alfarero.

Mujer Primera.—¿Y si te insulta el legañoso de Neóclides?

Praxágora.—A ése le diré que vaya a mirar por el trasero de un perro¹².

Mujer Primera.—¿Y si te tumban de espaldas?

Praxágora.—También les tumbaré yo; en ese ejercicio pocos me ganarán.

Mujer Primera.—Esa es una cosa que no hemos pensado: si te llevan los arqueros, ¿qué harás?

Praxágora.—Me defenderé poniéndome así, en jarras, y no dejaré que me cojan por el tallo.

Mujer Primera.—Si te sujetan, nosotras les obligaremos a que te suelten.

Mujer Segunda.—Todo está perfectamente dispuesto; pero en lo que no hemos reflexionado es en cómo podremos acordarnos de levantar las manos¹³ en la junta, puesto que sólo estamos acostumbradas a levantar las piernas.

Praxágora.—Eso es lo difícil, y, sin embargo, no hay más remedio que alzar las manos, desubriendo el brazo hasta el hombro. Vamos levantáos las túnicas y poneos pronto los zapatos lacedemonios, como habéis visto que lo hacen nuestros maridos cuando salen para dirigirse a la Asamblea. En cuanto os hayáis calzado perfectamente, sujetaos las barbas; después de atadas éstas con todo esmero, envolveos en los mantos sustraídos a vuestros esposos, y marchad, apoyándoos en los bastones y entonando alguna vieja canción, a imitación de los campesinos.

Mujer Segunda.—Bien dicho; pero cojámosles la delantera, pues creo que otras mujeres vendrán al Pnix, directamente desde el campo.

Praxágora.—Apresuraos; ya sabéis que los que no están en el Pnix desde el amanecer, se van sin recibir nada.

El Corifeo.—Llego el momento de partir, ¡oh hombres! palabra ésta que no debe caerse nunca de la boca por temor a un descuido, porque, en verdad, no lo pasaríamos muy bien, si se nos sorprendiera fraguando este golpe de audacia en las tinieblas.

El Coro.—¡A la Asamblea, oh hombres! El Tesmoteta¹⁴ ha dicho que todo el que a primera hora, y antes de disiparse las tinieblas de la noche, no se haya presentado cubierto de polvo, contento con su provisioncilla de ajos, y mirando severamente, se quedará sin el trióbolo. Cartímidas, Escímido, Draces, apresuraos y procurad no olvidar nada de lo que es preciso hacer. Cuando hayamos recibido nuestro salario sentémonos juntos para votar decretos favorables a nuestras amigas. ¿Pero qué digo? Quería decir nuestros amigos.

Procuremos expulsar a los que vengan de la ciudad; antes, cuando sólo recibían un óbolo para asistir a la Asamblea, se estaban de sobremesa charlando con sus convidados, pero ahora la concurrencia es extraordinaria. En el arcontado

¹² Frase proverbial que se decía a los que tenían los ojos malos.

¹³ Se votaba levantando las manos

¹⁴ Nombre de los seis últimos arcontes, entre cuyas funciones estaba la de escoger los votos en la asamblea.

del valiente Mirónides nadie se hubiera atrevido a cobrar sueldo por su intervención en los negocios públicos, sino que todo el mundo acudía trayéndose su botita de vino con un pedazo de pan, dos cebollas y tres o cuatro aceitunas. Hoy, en cuanto se hace algo por el Estado, en seguida se reclama el trióbolo, como cualquier obrero albañil. (*Se va el Coro.*)

Blépiro.—(*En la puerta de su casa, calzado con pérsicas y vestido con las ropas de su mujer.*) ¿Qué es ésto? ¿Adónde se ha marchado mi mujer? Está amaneciendo y no a parece por ninguna parte. Largo rato hace que, atormentado por una perentoria necesidad, ando a oscuras buscando mi manto y mis zapatos sin lograr encontrarlos; y como lo que aquí me aprieta (*señalando el vientre*) llama impaciente a la puerta, me he visto obligado a coger este chal de mi mujer y calzarme los borceguís pérsicos. ¿Dónde encontraré un lugar libre donde poder aliviar el cuerpo? ¡Eh!, de noche todos los sitios son buenos, y nadie me verá. ¡Pobre de mí! ¡Qué desgracia, haberme casado viejo! ¡Merezco que me muelan a golpes! De seguro que mi mujer no habrá salido para nada bueno. Pero sea lo que sea, desahoguémonos.

Un Hombre.—¿Quién va? ¿No eres mi vecino Blépiro? Sí, por Zeus, es el mismo. Dime, ¿qué es eso de color marrón? ¿Cinesias te ha llenado quizá de inmundicia?

Blépiro.—No; he salido de casa con el vestido azafranado que suele ponerse mi mujer.

El Hombre.—¿Pues dónde está tu manto?

Blépiro.—No lo sé, lo he estado buscando mucho tiempo sobre la cama y no he podido encontrarlo.

El Hombre.—¿Y por qué no le has dicho a tu mujer que lo buscase?

Blépiro.—Porque no está en casa. Se ha escurrido yo no sé cómo y temo no me esté jugando alguna mala partida.

El Hombre.—¡Por Poseidón!, entonces te ocurre lo mismo que a mí. También mi mujer ha desaparecido, llevándose me el manto que suelo ponerme; y no es eso lo peor, sino que también me ha cogido los zapatos, pues no he podido encontrarlos en ninguna parte.

Blépiro.—Ni yo mi calzado lacedemonio, por Dionysos; y como a premiaba la necesidad, me he puesto a toda prisa sus coturnos, no fuera a ensuciar la colcha, que está recién lavada.

El Hombre.—¿Qué puede haber sucedido? ¿Le habrá convidado a comer alguna de sus amigas?

Blépiro.—Eso creo yo, porque ella no es perversa, que yo sepa.

El Hombre.—Pero ¿estás haciendo cordilla? Ya es hora de ir a la Asamblea; aunque lo peor es que he de encontrar un manto, pues no tengo más que el que he perdido.

Blépiro.—Y yo también, en cuanto acabe. Una maldita pera silvestre me obstruye la salida.

El Hombre.—Será la misma que se le atravesó a Trasibulo¹⁵ cuando aquello de los Lacedemonios.

Blépiro.—¡Por Dionysos, que no hay quien la arranque! ¿Qué haré? Porque no es sólo el mal presente lo que me aflige, sino el pensar por dónde habrá de salir lo

¹⁵ Este Trasibulo, distinto del restaurador de la democracia en Atenas, habiendo prometido hablar contra los lacedemonios que proponían una tregua, se disculpó diciendo que estaba ronco por haber comido peras silvestres.

que coma. Este maldito Acradusio¹⁶ ha cerrado la puerta a cal y canto. ¿Quién me traerá un médico? ¿Y cuál? ¿Cuál es el más entendido en esta especialidad? ¿Quizá Aminon? Pero no querrá venir. Buscadme a Antístenes a toda costa; a juzgar por sus suspiros, debe ser práctico en esto de estreñimientos. ¡Santa Patrona de los Partos, no me dejes morir de esta obstrucción para que los cómicos se burlen después de mí!

Cremes.—(Que viene de la Asamblea.) ¡Eh, tú, ¿qué haces? ¿Tus necesidades, por lo que veo?

Blépiro.—Ya no; terminé, por Zeus y me levanto.

Cremes.—¿Cómo te has puesto el vestido de tu mujer?

Blépiro.—Lo cogí sin darme cuenta, en la oscuridad. Y tú ¿de dónde vienes?

Cremes.—De la Asamblea

Blépiro.—Pues qué, ¿se ha concluido?

Cremes.—Ya lo creo, casi al amanecer. Por Zeus, que me he reído a gusto viendo la pintura roja¹⁷ extendida con profusión por todo el recinto.

Blépiro.—¿Habrás recibido el trióbolo?

Cremes.—¡Ojalá! Pero llegué tarde y eso es lo que siento: volverme a casa con el zurrón vacío.

Blépiro.—¿Cómo ha sido eso?

Cremes.—Ha habido en el Pnix una concurrencia de hombres como no hay memoria. Al verles, les tomamos a todos por zapateros,¹⁸ pues sólo se veían rostros blancos en aquella muchedumbre que llenaba la Asamblea; por eso no he cobrado el trióbolo, y como yo, otros muchos.

Blépiro.—¿De suerte que yo tampoco lo cobraría, aunque fuera?

Cremes.—No, por cierto; aunque hubieses ido al segundo canto del gallo.

Blépiro.—¡Infeliz de mí! “¡Oh, Antíloco! Llórame más vivio sin el trióbolo que muerto con él; perdido soy”¹⁹. Pero ¿por qué acudió esa multitud tan temprano?

Cremes.—Los Pritáneos habían resuelto abrir un debate sobre el medio de salvar la ciudad. Al instante se plantó en la tribuna el pitañoso Neóclides; pero al punto gritó el pueblo en masa (ya puedes figurarte con qué fuerza): “¿No es una indignidad que, tratándose de la salvación de la ciudad, se atreva a arengarnos ése, que ni siquiera ha podido salvar sus pestañas?” Entonces Neóclides, ha dicho, replicando y mirando en derredor: “Pues ¿qué debía hacer?”

Blépiro.—Machacar ajos, con jugo de laserpicio y euforbio de Lacedemonia y untarte con ello los párpados todas las noches, le hubiera contestado yo, de estar presente.

Cremes.—Después de Neóclides, el pobre Eveón se ha presentado desnudo, según creían los más, aunque él aseguraba que llevaba manto y ha pronunciado un discurso lleno de espíritu popular. “Ya véis, decía, que yo mismo tengo necesidad de ser salvado, y que me hacen falta precisa dieciséis dracmas²⁰; sin embargo, no

¹⁶ Nombre formado de pera silvestre.

¹⁷ Se refiere a la cuerda teñida de rojo, que servía para manchar a los rezagados y no pagarles el trióbolo como a los puntuales.

¹⁸ Porque trabajando dentro de sus talleres no tenían el cutis tan moreno como los de los otros oficios.

¹⁹ Parodia de un verso de *Los Mirimidones* de Esquilo.

²⁰ Sin duda para comprarse un manto.

por eso dejaré de hablar de los medios de salvar a la ciudad y a los ciudadanos. En efecto, si al empezar el invierno los bataneros suministrasen mantos de abrigo a los necesitados, ninguno de nosotros sería atacado nunca por la pleuresía. Además, propongo que los que carezcan de camas y de colcha, vayan después del baño a dormir a casa de un curtidor, el cual, si se niega a abrir la puerta en invierno, debe ser condenado a pagar tres pieles de multa.”

Blépiro.—¡Excelente idea! Pero hubiera debido añadir (y de seguro que nadie le contradice) que los vendedores de harina tendrán obligación de dar tres quénices a los indigentes bajo las más severas penas; así, al menos, Nausíclides²¹ podría ser útil al pueblo.

Cremes.—Luego ha subido a la tribuna un hermoso joven, muy blanco y parecido a Nicias, y ha empezado por decir que convenía entregar a las mujeres el gobierno de la ciudad. Entonces la muchedumbre de zapateros²² empezó a alborotarse y a gritar que tenía razón; pero la gente del campo se opuso vivamente.

Blépiro.—Y le sobran motivos, ¡por Zeus!

Cremes.—Pero eran los menos. En tanto el orador continuaba vociferando a más y mejor, haciendo mil elogios de las mujeres y diciendo pestes de tí.

Blépiro.—Pues ¿qué dijo?

Cremes.—Ante todo que eres un bribón.

Blépiro.—¿Y tú?

Cremes.—No me preguntes todavía. Además, un ladrón.

Blépiro.—¿Yo solo?

Cremes.—Sí, por cierto; y un sicofante.

Blépiro.—¿Yo solo?

Cremes.—Tú y también, por Zeus, todos esos. (*Designa a los espectadores.*)

Blépiro.—¿Y quién dice lo contrario?

Cremes.—“Las mujeres, proseguía, están llenas de discreción y dotadas de especial aptitud para atesorar; las mujeres no divulgan jamás los secretos de las Tesmoforias; al paso que tú y yo (añadía) revelamos siempre lo que tratamos en nuestras deliberaciones”.

Blépiro.—Y no mentía, ¡Por Hermes!

Cremes.—“Las mujeres, continuaba, se prestan unas a otras vestidos, alhajas, plata, vasos, a solas; sin testigos; y se lo devuelven todo religiosamente, sin engañarse nunca, lo cual no hacemos la mayor parte de los hombres.”

Blépiro.—¡Por Poseidón! es cierto, aunque haya habido testigos.

Cremes.—“Las mujeres jamás delatan ni persiguen a nadie en justicia, ni conspiran contra el gobierno democrático.” En fin que concluyó concediéndoles todas las buenas prendas imaginables.

Blépiro.—¿Y qué se resolvió por último?

Cremes.—Encomendarles la dirección del Estado; es la única novedad que no se había ensayado en Atenas.

Blépiro.—¿Eso se decretó?

Cremes.—Sí, por cierto.

²¹ Rico comerciante en harina.

²² Es decir, las gentes de cutis blanco.

Blépiro.—¿De modo que quedan a cargo de las mujeres todas las cosas que estaban antes a nuestro cargo?

Cremes.—Eso es.

Blépiro.—¿Y en vez de ir yo, será mi mujer la que vaya al tribunal?

Cremes.—Y tu mujer, y no tú, será la que en adelante alimente a los hijos.

Blépiro.—¿Y no tendré que bostezar desde al amanecer?

Cremes.—No, por cierto; todo es ya cosa de las mujeres; tú te quedarás en casa con entera comodidad.

Blépiro.—Sólo una cosa es de temer para las personas de nuestra edad, y es que en cuanto se apoderen de las riendas del gobierno, no nos obliguen por la violencia...

Cremes.—¿A qué?

Blépiro.—A.. fornicarlas.

Cremes.—¿Y si no podemos?

Blépiro.—No nos darán de comer.

Cremes.—Pues bien, arréglatelas de modo que puedas... cumplir y comer.

Blépiro.—Siempre es odioso lo que se hace por fuerza.

Cremes.—Pero cuando el bien del Estado lo exige, debemos resignarnos; hay un proverbio antiguo que dice: "Todas las decisiones descabelladas e insensatas que tomamos son las que suelen dar mejores resultados para nosotros". ¡Ojalá sea ahora así, oh Augusta Palas y demás diosas! Pero yo me voy. Pásalo bien.

Blépiro.—Igualmente, Cremes.

(*Vanse.*)

El Coro.—En marcha, adelante. ¿Nos sigue algún hombre? Vuélvete y mira; ten mucho cuidado, porque hay una multitud de redomados bribones, que espían por detrás nuestro talante. Haz al andar el mayor ruido posible. Sería para todas la mayor vergüenza el ser sorprendidas por los hombres. Envuélvete bien, mira a todas partes, a la derecha, a la izquierda, no fracase nuestra empresa. Apretemos el paso; ya estamos cerca del lugar donde partimos para la Asamblea, ya se ve la casa de nuestra estrategia, la atrevida autora del decreto aprobado por los ciudadanos. Vamos, no hay que retrasarse y dar tiempo a que alguien nos sorprenda con barbas postizas y nos denuncie. Retirémonos a la sombra, detrás de esa pared y, mirando con precaución, cambiémonos de traje y vistámonos como de ordinario. No hay que tardar. Mirad, ya viene de la Asamblea nuestra estrategia. Apresuraos todas; es ridículo tener aún puestas estas barbas mucho más cuando aquellas compañeras (*mostrando a Praxágora y a las otras mujeres*) ya vuelven con su habitual vestido.

Praxágora.—¡Oh, mujeres!, todos nuestros proyectos se han visto coronados por el éxito más favorable. Antes de que ningún hombre os vea, arrojad los mantos, quitaos ese calzado, desatad las correas lacedemonias y dejad los bastones. Encárgate tú del tocado de esas mujeres; yo voy a entrar con precaución en casa antes de que me vea mi marido, y a poner el manto y demás prendas en el sitio de donde las cogí.

El Coro.—Ya están cumplidas todas tus instrucciones; dinos ahora lo que debemos hacer para demostrarte nuestra sumisión, pues nunca he visto mujer más competente que tú.

Praxágora.—Quedaos para que me aconsejéis sobre el ejercicio de la autoridad de que acabo de ser investida. Allá en medio del tumulto y de las dificultades, ya me habéis dado la prueba de vuestra gran virilidad. (*Entra en su casa.*)

Blépiro.—(*Saliendo.*) ¡Eh, Praxágora! ¿De dónde vienes?

Praxágora.—¿Te importa mucho, querido?

Blépiro.—¿Que si me importa? ¡Vaya una pregunta!

Praxágora.—Supongo que no dirás que vengo de casa de un amante.

Blépiro.—No de uno sólo, quizá.

Praxágora.—Pues puedes averiguarlo, si lo deseas.

Blépiro.—¿Cómo?

Praxágora.—Comprueba si mi cabeza huele a perfumes.

Blépiro.—¿Es que los perfumes son indispensables para hacer el amor?

Praxágora.—Para mí, sí.

Blépiro.—¿Adónde has ido tan temprano y tan callandito, llevándote mi manto?

Praxágora.—Me ha enviado a llamar una compañera y amiga con dolores de parto.

Blépiro.—¿Y no podías habérmelo dicho antes de marcharte?

Praxágora.—Pero hombre, ¿cómo dejarla sin asistencia en un trance tan urgente?

Blépiro.—Bastaba una palabra. Aquí hay gato encerrado.

Praxágora.—¡No, por las dos diosas! Fuí como estaba, porque me decía que acudiera a toda prisa.

Blépiro.—¿Y por que no llevaste tus vestidos? Por el contrario te apoderas de los míos, me echas encima la túnica y te largas, dejándome como a un cadáver, salvo que no me has puesto coronas, ni una lamparilla a mi lado.

Praxágora.—Hacia frío, y como soy débil y delicada, cogí tu manto por llevar más abrigo; además, marido mío, te dejé bien calentito bajo las colchas.

Blépiro.—¿Y para qué te llevaste los zapatos lacedemonios y mi bastón?

Praxágora.—Para defender el manto. Cambié mis zapatos por los tuyos, y me fuí, como si fuera tú mismo, pisando fuerte y golpeando las piedras con el bastón.

Blépiro.—¿Sabes que te has perdido un sextario de trigo, que me hubieran dado en la Asamblea?

Praxágora.—No te apures: ha tenido un niño.

Blépiro.—¿Quién? ¿La Asamblea?

Praxágora.—No, por Zeus, la mujer que me ha llamado. Pero; ¿de veras que se ha celebrado la Asamblea?

Blépiro.—Sí, por Zeus; ¿no recuerdas que te lo dije ayer?

Praxágora.—Sí, ahora lo recuerdo.

Blépiro.—¿Y no sabes lo que se ha decidido en ella?

Praxágora.—No.

Blépiro.—Pues hija, en adelante ya puedes quedarte ahí sentada mascando calamares; dicen que os han confiado el poder a las mujeres.

Praxágora.—¿Para qué? ¿Para hilar?

Blépiro.—No, por Zeus, sino para gobernar.

Praxágora.—¿Para gobernar qué?

Blépiro.—Todos los asuntos de la Ciudad, sin excepción.

Praxágora.—¡Por Afrodita, y que dichosa va a ser la Ciudad de ahora en adelante!

Blépiro.—¿Por qué?

Praxágora.—Por mil razones. No se permitirá a los desvergonzados que la deshonren, levantando falsos testimonios, ni acumulando infames delaciones.

Blépiro.—¡No vayáis a hacer semejante cosa en nombre de los dioses! ¡No vayáis a cortarnos los víveres!²³

El Coro.—No seas tonto y deja de hablar a tu mujer.

Praxágora.—A nadie le estará ya permitido robar, ni envidiar a los vecinos, ni ir desnudo, ni ser pobre, ni injuriar, ni tomar prendas a los deudores.

Cremeras.—Sí, por Poseidón; grandes cosas, en verdad, con tal de que sean ciertas.

Praxágora.—Yo os digo que las realizaré. (*Al Coro.*) Tu me serás testigo; y él (*designando a su marido*) no tendrá nada que objetar.

El Coro.—Ahora es la ocasión de poner en juego los recursos de tu ingenio y de probar tu amor al pueblo y lo que sabes hacer en favor de tus amigas. Ahora es la ocasión de desplegar en provecho de todos esa hábil inteligencia que colme de infinitas prosperidades la vida de un pueblo culto, demostrando su inagotable poder. Ahora es, sí, la ocasión, porque nuestra Ciudad necesita de un plan sabiamente combiando. Pero cuidemos de hacer cosas nunca hechas ni dichas; porque nuestros hombres aborrecen lo que están acostumbrados a ver. No tardes; pon enseguida manos a la obra. La diligencia es lo que mejor conquista el favor del público.

Praxágora.—Confío en la bondad de mis consejos; pero mucho me temo que los espectadores no quieran aceptar mis novedades y se aferren a las antiguas y habituales prácticas; eso es lo que me inquieta.

Blépiro.—No temas por tus innovaciones; al contrario, el apetecerlas y aceptarlas es nuestro flaco, así como el despreciar lo antiguo.

Praxágora.—(*A los espectadores.*) Pues bien; que nadie me contradiga ni interrumpa antes de conocer mi sistema y de haberme oído. Quiero que todos los bienes sean comunes, y que todos tengan igual parte en ellos y vivan de los mismos; que no sea éste rico y aquél pobre; que no cultive uno un inmenso campo y otro no tenga donde sepultar su cadáver; que no haya quien lleve cien esclavos y quien carezca de un solo servicio; en una palabra: establezco una vida común e igual para todos.

Blépiro.—¿Cómo podrá ser común a todos?

Praxágora.—(*Con un movimiento de impaciencia.*) Comiendo tu estiércol antes que yo.²⁴

Blépiro.—¿También será común el estiércol?

Praxágora.—¡No, por Zeus! Pero me has interrumpido. Iba a decir que haré primero comunes los campos, el dinero y las demás propiedades. Y después con todo este acervo de bienes, os alimentaremos, administrándolos económica y cuidadosamente.

Blépiro.—¿Y el que no posea tierras, sino dinero, dáricos²⁵ y otras riquezas que no están a la vista?

Praxágora.—Las aportará al acervo común; de lo contrario será reo de perjurio.

Blépiro.—Es decir, por lo mismo como las ganó.

²³ En Atenas vivían muchos del producto de las delaciones.

²⁴ Locución proverbial, vagamente alusiva a la muerte y que se decía para cortarle la palabra a un interruptor. Blépiro finge tomar la frase en sentido propio.

²⁵ Moneda de oro que recibió este nombre por haber sido acuñada primeramente por Darío. Pasó después a Grecia. Valía veinte dracmas de plata.

Praxágora.—Pero no le servirán absolutamente de nada.

Blépiro.—¿Por qué?

Praxágora.—Porque nadie hará nada impelido por la pobreza. Todo será de todos: panes, pescados, pasteles, túnicas, vinos, coronas, garbanzos. ¿Qué provecho se obtendría de no ponerlo todo en común? Dinos tu opinión sobre esto.

Blépiro.—¿Los que disfrutaban de todas esas cosas no son, hoy, los que más roban?

Praxágora.—Hasta ahora, sí, amigo mío; pero cuando todo sea común, ¿qué provecho podrá haber en no traer su parte?

Blépiro.—Si alguno ve a una linda muchacha y desea gozar de sus encantos, con los bienes reservados podrá hacerla un obsequio, y de ese modo obtener su amor, sin dejar de percibir su parte de los bienes comunes.

Praxágora.—Es que lo podrá obtener gratis. Pues yo haré que las mujeres sean también comunes, de suerte que puedan acostarse con los hombres y hacer hijos con cualquiera.

Blépiro.—¿Pero cómo podrá ser así si todos se dirigirán a la más bonita y tratarán de poseerla?

Praxágora.—Las más feas e imperfectas estarán junto a las más lindas, y todo el que solicite a una de éstas deberá antes consumir un turno con las primeras.

Blépiro.—Pero ¿no ves que, conforme a tu sistema, los ya machuchos flojearemos cuando lleguemos a las hermosas?

Praxágora.—No les dará ningún cuidado.

Blépiro.—¿De qué?

Praxágora.—Tranquilízate, no les importará gran cosa.

Blépiro.—¿El qué te digo?

Praxágora.—Acostarse o no acostarse con viejos como tú.

Blépiro.—Veo que, en cuanto a vosotras, habéis tomado todas las precauciones para que ninguna carezca de galán. Pero ¿y los hombres? ¿Qué haremos? Porque es de suponer que las mujeres rechazarán a los feos y se entregarán a los hermosos.

Praxágora.—Los feos acecharán a los hermosos al salir de los banquetes y en los lugares públicos y tampoco se permitirá que las mujeres cohabiten con los buenos mozos sin haber cedido antes a las instancias de los deformes y chiquitejos.

Blépiro.—De suerte que la nariz de Lisícrates, el chato, podrá competir ahora con los más gallardos mancebos.

Praxágora.—¡Sí, por Apolo! Esta decisión es eminentemente democrática. ¡Qué mortificación para esos vanitontos que llevan los dedos cargados de sortijas, cuando un viejo calzado con gruesos zapatones le diga: Amigo mío deja el paso al más anciano; espera a que yo haya concluido; resignate a ser plato de segunda mesa.

Blépiro.—Pero si vivimos de esa manera, ¿cómo podrá cada cual reconocer a sus propios hijos?

Praxágora.—¿Y para qué? Los jóvenes considerarán como padres a todas las personas de más edad.

Blépiro.—Pero entonces, a pretexto de ignorarlo, ¿no estrangularán sin ningún empacho a todo viejo, cuando ahora lo hacen, sabiendo a ciencia cierta que son sus padres?

Praxágora.—Nadie lo permitirá, de ahora en adelante. Antes, a nadie le importaba que apaleasen a los padres ajenos; pero ahora todo el mundo, en cuanto

oiga que ha sido maltratado un anciano, le defenderá en la duda de si será su propio padre.

Blépiro.—En eso no andas descaminada. Pero te aseguro que pasaría un mal rato si Epicuro o Leucólofas²⁶ se me acercasen llamándome papá.

Praxágora.—Peor rato pasarías...

Blépiro.—¿Cómo?

Praxágora.—Si Aristilo²⁷ te besara pretendiendo que eres su padre.

Blépiro.—¡Pobre de él, si se atrevía!

Praxágora.—Pero tú olerías a calamento²⁸. Además, como ha nacido antes del decreto, no tienes que temer sus besos.

Blépiro.—No podría aguantarlo. Pero ¿quién cultivará la tierra?

Praxágora.—Los esclavos. Tú no tendrás otro quehacer que acudir limpio y perfumado al banquete cuando sea de diez pies la sombra del cuadrante solar.²⁹

Blépiro.—¿Y quién nos proporcionará los vestidos? Quisiera saberlo.

Praxágora.—Usad por de pronto los que tenéis; ya os daremos después otros.

Blépiro.—Una sola pregunta: Si los magistrados condenan a uno a una multa, ¿de dónde tomará el dinero para pagarla? No es justo que sea del tesoro común.

Praxágora.—Ni siquiera habrá ya más procesos.

Blépiro.—¡La de gente que veo en la ruina!

Praxágora.—Así lo he decidido. Además, ¿para qué había de haberlos?

Blépiro.—¡Para mil cosas, por Apolo! En primer lugar, para el caso de negarse una deuda.

Praxágora.—Siendo todos los bienes comunes, ¿de dónde se habría de sacar dinero el prestamista? Sería un ladrón manifiesto.

Blépiro.—¡Sí, por Deméter! Y ahora, otra cosa: los que después de bien bebidos maltratan a los transeúntes, ¿con qué pagarán la multa correspondiente? Esto sí que no lo resuelves.

Praxágora.—Con su ordinaria pitanza; con este castigo de estómago no volverán a excederse así como quiera.

Blépiro.—¿Y tampoco habrá más ladrones?

Praxágora.—¿Quién ha de robar lo que en parte ya posee?

Blépiro.—¿No despojarán por las noches a los transeúntes?

Praxágora.—No, por cierto. Lo mismo si duermes en tu casa que si duermes fuera de ella, como sucedía antes, todo el mundo tendrá con qué vivir. Si alguno quiere despojar de sus vestidos a otro, éste se los cederá de buen grado; ¿a qué ha de oponerse? Ya sabe que podrá recibir del fondo común otros mejores.

Blépiro.—Y los hombres ¿ya no jugarán a los dados?

Praxágora.—No; ¿qué podían jugarse?

Blépiro.—¿Qué género de vida vas a organizar?

Praxágora.—El mismo para todos. Pretendo hacer de nuestra ciudad una sola habitación, derribando todas las separaciones, hasta la más pequeña y de tal modo que todos sean libres de circular por todas partes.

Blépiro.—¿Dónde se darán las comidas?

Praxágora.—Todos los pórticos y tribunales se convertirán en comedores.

Blépiro.—¿Y para qué servirá la tribuna?

Praxágora.—Para colocar las cráteras y los cántaros de agua; un coro de niños celebrará desde ella la gloria de los valientes y el oprobio de los cobardes; así, si hay alguno de éstos, se retirará de la mesa avergonzado.

Blépiro.—¡Buena idea, por Apolo! ¿Y dónde colocarás las urnas de los sorteos?

Praxágora.—Las pondré en el Agora junto a la estatua de Harmedio: iré sacando de ellas los nombres de los ciudadanos, hasta que todos se vayan contentos, sabiendo la letra donde les corresponda ir a comer³⁰; así, el heraldo pregona que los de la letra Beta vayan a comer al pórtico Basílico; los de la Zeta, al de Teso, y los de la Kappa, al mercado de las harinas.

Blépiro.—¿Para atracarse de trigo?

Praxágora.—No; por Zeus; sólo para cenar.

Blépiro.—Y al que no le toque en suerte ninguna letra para cenar le arrojarán de todas partes.

Praxágora.—Eso no sucederá, porque tendremos especial cuidado en dar copiosamente de todo a todos; de manera que cada cual se retirará del banquete, ebrio con su corona y su antorcha. Entonces las mujeres os saldrán al encuentro, cuando volváis del festín, diciendos: “Ven acá, tenemos una hermosa muchacha.” Aquí hay una, hermosa y blanca como la nieve —os gritará otra desde un piso alto—, pero antes es preciso que compartas mi tálamo.” Los hombres feos seguiréis a los jóvenes gallardos, exclamando: “¡Eh, tú! ¿A qué tanta prisa? No has de conseguir nada por mucho que corras; la ley nos ha concedido a los feos el derecho de prelación; mientras tanto podéis entreteneros en el vestíbulo, jugando con las hojas de higuera y haciéndoos... caricia.” Vamos, dime, ¿no te agrada este sistema?

Blépiro.—Muchísimo.

Praxágora.—Ahora tengo que ir al Agora a recibir los bienes que vayan depositándose, y a escoger por heraldo una mujer de buena voz. Es un deber ineludible que me impone mi rango de jefe y la necesidad de proveer a la mesa común, si he de daros hoy, como pienso, el primer banquete

Blépiro.—¿Desde hoy ya?

Praxágora.—Sí, os digo. Luego quiero que las cortesanas cesen todo tráfico, todas sin excepción.

Blépiro.—¿Por qué?

Praxágora.—Está claro. (*Se vuelve hacia las mujeres del Coro*): para que no se nos lleven la flor de la juventud. No es justo que unas esclavas bien adornadas les roben sus placeres a las mujeres libres. Ya no podrán acostarse más que con los esclavos, y sólo para ellos emplearán sus artilugios.

Blépiro.—Vamos; yo te acompañaré, para que me vean los transeúntes y digan: “Mirad el marido de nuestra generala.”

(*Vánse Blépiro y Praxágora.*)

Cremes.—Voy a preparar mis enseres para llevarlos al Agora, y hacer inventario de toda mi hacienda. (*Dirigiéndose sucesivamente a cada objeto.*) Ven, hermosa

²⁶ Ciudadanos de malas costumbres.

²⁷ Conocido sodomita.

²⁸ Especie de menta de olor muy fuerte y desagradable.

²⁹ Especie de reloj de sol.

³⁰ Alusión a la costumbre de sacar todos los años por suerte los nombres de los ciudadanos que habían de ejercer la judicatura.

zaranda, tú eres mi bien más precioso; ven, llena aún con la harina de la que has cernido tantos sacos, a servir de Canéfora en la procesión de mis muebles. ¿Dónde está la portasombrilla?³¹. Esta olla hará sus veces; ¡qué negra está, justo cielo! No lo estaría más si en ella se hubiesen cocido las drogas con que Lisícrates se tife las canas. Ponte a un lado, lindo tocador; y tú, tripode, desempeña las funciones de hidriáfora;³² a tí, oh gallo, cuyo canto matinal me ha despertado tantas veces para ir a la Asamblea, te reservo el papel de citarista. Adelántate, escacéfora³³, con el gran cuenco de la miel cubierto por entrelazadas ramas de olivo, y traéte también los dos trípodes y la alcuza³⁴. Los pucheros y demás menudencias, que se quedan ahí.

Un Hombre.—¿Yo entregar mis bienes? ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! Jamás lo haré, por Poseidón. Veamos antes lo que pasa, y después meditemos mucho sobre la tal medida. ¿Cómo he de sacrificar sin más ni más el fruto de mis sudores y economías antes de saber a fondo todo lo que hay? —¡Eh, tú! (*dirigiéndose a Cremes.*) ¿Qué significan esos muebles? ¿Con qué objeto los has sacado? ¿Vas a mudarte de casa, o los llevas a empeñar?

Cremes.—No.

El Hombre.—¿Pues para qué has puesto en fila todo tu ajuar? ¿Envías una procesión a Ieron, el pregonero?

Cremes.—No, por Zeus; voy a depositarlo en el Agora, conforme a la última ley.

El Hombre.—¿A depositarlo?

Cremes.—Sí.

El Hombre.—¿Por Zeus salvador, tú estás loco!

Cremes.—¿Cómo?

El Hombre.—¿Cómo? Es fácil comprenderlo.

Cremes.—Pues qué, ¿no debo obedecer las leyes?

El Hombre.—¿Qué leyes, desdichado?

Cremes.—Las que se acaban de promulgar.

El Hombre.—¿Pero qué imbécil eres!

Cremes.—¿Yo imbécil?

El Hombre.—Naturalmente; y el mayor de todos.

Cremes.—¿Porque cumplo las prescripciones legales?

El Hombre.—¿Qué hombre sensato cumple lo que está prescrito?

Cremes.—Todos.

El Hombre.—Tu estupidez no tiene límites.

Cremes.—¿Pero tú no piensas depositar tus bienes?

El Hombre.—Me guardaré muy bien, antes de ver lo que hace la multitud.

Cremes.—¿Puede ser otra que la de llevar al fondo común todos los bienes?

El Hombre.—Cuando lo vea, lo creeré.

Cremes.—Por las calles no se habla de otra cosa.

El Hombre.—Se hablará.

³¹ Detrás de la Canéfora iba un esclavo con un quitasol.

³² Llamábanse así a las mujeres de extranjeros domiciliados, porque tenían obligación de llevar cántaros llenos de agua en la procesión de las Canéforas.

³³ Dábase este nombre a la mujer que llevaba una vasija con miel para los sacrificios.

³⁴ Todos estos detalles recuerdan las ceremonias de las Panateneas.

Cremes.—Todos dicen que van a llevar su parte.

El Hombre.—Se dirá

Cremes.—Me matas con tu desconfianza.

El Hombre.—Se desconfiará.

Cremes.—¿Qué Zeus te confunda!

El Hombre.—Se te confundirá. ¿Crees que todo ciudadano que tenga un átomo de juicio ha de llevar nada? No estamos acostumbrados a dar; sólo nos gusta recibir, en lo cual imitamos a los dioses. Para convencerte, no tienes más que mirarles a las manos: sus imágenes, cuando les pedimos dones y mercedes, nos alargan las manos vueltas hacia arriba; no en actitud de dar, sino de recibir.

Cremes.—Bueno, ya está bien. Déjame cumplir con mi deber. ¿Dónde está mi correa?

El Hombre.—Pero ¿de veras lo vas a llevar?

Cremes.—Sí, por Zeus; mira, ya he atado este par de trípodes.

El Hombre.—¿Que locura! ¿Por qué no esperas a ver lo que hacen los demás, y después...?

Cremes.—Después, ¿qué?

El Hombre.—Esperar de nuevo y dar tiempo.

Cremes.—¿A qué?

El Hombre.—Esperar a que produzca un temblor de tierra, o un incendio desfavorable, o a que pase una comadreja, y verás, insensato, como nadie lleva nada al depósito.

Cremes.—¿Tendría gracia que por estar esperando no encontrase dónde depositar mis cosas!

El Hombre.—Si fuera para tomar no habría peligro de que pudieras hacerlo; pero para dejar, estate bien tranquilo aunque sea pasado mañana.

Cremes.—¿Cómo?

El Hombre.—Conozco muy bien a esa gente. Se precipitan para dictar una disposición que luego no se cumple.

Cremes.—Todos aportarán sus bienes, amigo.

El Hombre.—¿Y si no lo hacen?

Cremes.—No te quepa duda de que lo harán.

El Hombre.—Y si no lo hacen ¿qué?

Cremes.—Les obligaremos.

El Hombre.—¿Y si son más fuertes?

Cremes.—Dejaré mis muebles y me iré. ¡Ojalá revientes!

El Hombre.—Y si reviento ¿qué ocurriría?

Cremes.—Que habrás hecho bien.

El Hombre.—¿Te obstinas, pues, en querer depositarlo?

Cremes.—Sí, por cierto, pues ya veo a mis vecinos que se disponen a llevar los suyos.

El Hombre.—¿Quién? ¿Antístenes?³⁵ Ese preferiría mil veces estarse treinta días seguidos sentado en un bacín.

Cremes.—¿Vete al infierno!

El Hombre.—Y Calímaco³⁶, el maestro de Coros, ¿qué llevará a la comunidad?

³⁵ Conocido por su avaricia.

³⁶ Era extremadamente pobre.

Cremes.—Más que Calias³⁷.

El Hombre.—¡Ese hombre quiere arruinarse!

Cremes.—¡Maldiciente!

El Hombre.—¿Maldiciente? ¿Pues no estamos viendo todos los días decretos semejantes? ¿No te acuerdas de aquel que se dió sobre la sal?³⁸

Cremes.—Me acuerdo.

El Hombre.—¿Y de aquel otro sobre las monedas de cobre? ¿Te acuerdas?

Cremes.—Ya lo creo. ¡Como que fué un desastre para mí lo de aquella maldita moneda! Con la venta de mis uvas me había llenado la boca de monedas de cobre, y me dirigí al mercado a comprar harina: tenía ya abierto el saco para recibirla, cuando, de pronto, el pregonero grita; “Nadie debe recibir en adelante la moneda de cobre; sólo será corriente la de plata³⁹.”

El Hombre.—Y hace poco, ¿no jurábamos todos que el impuesto de la cuadragésima, ideado por Eurípides⁴⁰, proporcionaría quinientos talentos al Estado? No había quien no pusiese en las nubes al inventor; pero cuando, vista la cosa con detenimiento, se comprendió que era, como suele decirse, “la Corinto de Zeus”⁴¹, y que no producía nada, todo el mundo se desató contra Eurípides.

Cremes.—Las circunstancias han variado. Entonces éramos nosotros los que gobernábamos, mientras que ahora son las mujeres.

El Hombre.—¡Por Poseidón, ya tendré buen cuidado de que no se orinen en mis barbas!

Cremes.—No sé que sandeces dices. Tú, pequeño (*a un servidor*): cárgate ese fardo.

El Herald.—(*Representado por una mujer.*) Cuidadosamente, acudid todos, pues empieza a regir la nueva ley; presentaos a nuestra generala, para que la suerte designe el lugar donde cada uno debe comer; ya están las mesas dispuestas y cargadas de manjares exquisitos; y los lechos adornados de colchas y tapices; ya el agua y el vino se mezclan en las cráteras junto a la fila de las mujeres encargadas de los perfumes; ya se asan pescados, se clavan liebres en los asadores, se tejen coronas y se frien pastelillos; las jóvenes cuidan de guisar las habas que hierven en las ollas, y entre ellas Esmeo⁴² con su uniforme de caballería les hace la limpieza: Geron⁴³, con una hermosa túnica y finos zapatos, se presenta riendo con otro jovencito; ya se ha desprendido del manto y de su grueso calzado. Venid, el panadero os espera; preparad bien las quijadas.

El Hombre.—Sí, iré. ¿Por qué me había de quedar aquí cuando la Ciudad lo manda?

Cremes.—¿Adónde vas sin haber depositado tus bienes?

³⁷ Arruinado por sus prodigalidades.

³⁸ Alusión a un decreto bajando el precio de la sal, que no fué llevado a efecto.

³⁹ Se refiere a la moneda acuñada durante el arcontado de Antígenes, catorce años antes de representarse *La Asamblea de las Mujeres*. Se la llamó de cobre, aunque era de oro, por la mucha liga que en ella entraba. Por esto mismo, sin duda, se prohibió su circulación hacia el año 406, con grave perjuicio de muchos ciudadanos.

⁴⁰ Este Eurípides, era hijo o hermano menor del célebre poeta. La contribución de que habla Aristófanes consistía en entregar cada ciudadano al Tesoro público la cuadragésima parte de sus bienes.

⁴¹ Es decir, mucho menos de lo que pretendía.

⁴² Sodomita famoso.

⁴³ Viejo elegante que quería pasar por joven.

El Hombre.—Al banquete.

Cremes.—Si las mujeres tienen un átomo de juicio, no lo consentirán antes de que hagas el depósito.

El Hombre.—Ya lo haré.

Cremes.—¿Cuándo?

El Hombre.—Te aseguro que no seré de los últimos.

Cremes.—Y mientras tanto, ¿vas a comer?

El Hombre.—Pues ¿qué he de nacer? Todo hombre sensato debe prestar su apoyo al Estado, en la medida de sus posibilidades.

Cremes.—¿Y si te prohíben entrar?

El Hombre.—Bajaré la cabeza y entraré.

Cremes.—¿Y qué harás si te azotan?

El Hombre.—Las citaré a juicio.

Cremes.—¿Y si se rién de ti?

El Hombre.—Me apostaré a la puerta...

Cremes.—¿Y qué harás?

El Hombre.—Arrebataré las provisiones a los que las traen.

Cremes.—Ven, pues, detrás de mí. Vosotros, Sicón y Parmenón (*dirigiéndose a unos esclavos*), cargad con mis enseres.

El Hombre.—¡Por Zeus! Es preciso, sin embargo, hallar un medio de conservar mis bienes y participar de la comida común. ¡Ah, tengo una idea luminosa! ¡Pronto, pronto, a comer!

(*Vase.*)

(*A las ventanas de dos casas próximas se asoman una Vieja y una Joven.*)

La Vieja.—¿Cómo no vendrá ningún hombre? Ya va siendo hora. Aquí estoy llena de albayalde, vestida de amarillo, contando entre dientes, loqueando y dispuesta a arrojarme en brazos del primer viandante. ¡Oh, Musas! Descended a mis labios e inspiradme una voluptuosa canción de estilo jonio.⁴⁴

La Joven.—¿Te has asomado a la ventana antes que yo, vieja podrida? Creías, sin duda que, yo ausente, ibas a vendimiar la viña abandonada y atraer a alguno con tus canciones. Si cantas yo también cantaré; pues aunque a los espectadores les parecerá gastado y fastidioso el procedimiento, no dejarán de encontrarlo un tanto cómico y divertido.

La Vieja.—(*Enseñándole un dedo.*) Habla con éste y vete de ahí. (*A un flautista que la acompaña.*) Tú, mi joven flautista, coge tus instrumentos y toca una melodía digna de ti y dé mí. (*Se pone a cantar acompañada del flautista.*)

Quien quiera placer

que se venga conmigo;

las jovencitas carecen de experiencia

y es cosa de mujeres maduras.

Ninguna como yo, estad seguros,

querrá al amante que se le una,

pues volará hacia otro.

⁴⁴ Los cantos de Jonia participaban de la voluptuosidad de sus habitantes.

La Joven.—*No tengas celos de las jóvenes
porque la voluptuosidad nació
y se encuentra entre sus tiernos muslos
y florece en sus redondos senos.
A ti, oh vejestorio depilado,
y todo embadurnado,
sólo la muerte te dirá: "te quiero".*

La Vieja.—*Asíe obstruya la vaina
y se te desmorone el lecho
cuando quieras que te ensarten;
y que sea una sierpe
lo que oprimas contra el pecho
cuando vayas a besar a tu amante*

La Joven.—*¿Qué será de mí? ¿Qué pena!
Mi compañero no llega
Me dejan aquí sola; mi madre
se fue por otro lado.
¿A qué decir más?
Vamos, abuela, te lo ruego,
puedes llamar a Ortágoras
y que sea una sierpe.
Hazlo pronto, pues ya veo
que, al estilo de Jonia.
Te pica... la cuestión, mi pobre amiga.
También debes ser hábil.
en las cosas de Lesbos,
pero no podrás arrebatarme
mis placeres, ni aventajarme
ni suplantarme jamás.*

La Vieja.—*¿Por qué me hablas? Si tan poco te importo ¿por qué me hablas?*

La Joven.—*Y tú, ¿por qué te asomas de ese modo a la ventana?*

La Vieja.—*No hago más que cantarme a solas una canción en honor de mi
amigo Epígenes.*

La Joven.—*¡Ah! ¿Es que, además del viejo Geres, tienes otro amigo?*

La Vieja.—*El mismo Epígenes te lo probará, pues va a venir dentro de poco.
Míralo, ahí está.*

La Joven.—*¡Pero ya no tiene ningún deseo de ti, calamidad!*

La Vieja.—*¡Si, por Zeus, pequeña peste!*

La Joven.—*Que nos lo pruebe él mismo; yo me retiro de la ventana.*

La Vieja.—*Yo yo también, para que veas que no me engaño.*

El Joven.—*¡Oh! ¡Si pudiera estrechar entre mis brazos a la joven sin tener que
sufrir antes las caricias de la vieja! Esto es intolerable para un hombre libre.*

La Vieja.—*¡Por Zeus! Las sufrirás, mal que te pese. No son cosas del tiempo
de Carixena;⁴⁵ y ahora, la ley ha de cumplirse porque vivimos en régimen democrá-
tico. Me retiro para observar sus movimientos.*

⁴⁵ Quiere decirse que no son cosas que puedan vulnerarse por haber caído en desuso.

El Joven.—*Haced, ¡oh dioses!, que encuentre sola a aquella linda muchacha
por la que vengo aquí, después de bien bebido, y que deseo desde hace mucho
tiempo.*

La Joven.—*He engañado a la maldita vieja. Se retiró creyendo que yo me iba
a estar en casa. pero ahí está el joven. Es el mismo, el mismo de quien hablamos.
Ven aquí, amor mío, ven a pasar la noche entre mis brazos. Los bucles de tus
cabellos me tienen loca de amor; una pasión frenética arde en mi pecho y me
consume. Oye mis súplicas, oh Eros, y haz que venga a compartir mi tálamo.*

El Joven.—*¡Aquí! ¡Oh, aquí! Baja a abrir la puerta si no quieres verme morir
en su dintel! ¡Oh, amada mía! Quiero embriagarme con tus caricias. ¡Oh Cipris!
¿Por qué me inspiras este frenético deseo? —Oye mis súplicas, Eros, y haz que
venga a compartir mi tálamo. ¡Qué impotente es la palabra para pintar mi pasión!
Abre la puerta dulce amiga; estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento.
Idolo mío, hija de Cipris, abeja de las Musas, capullo de las Cárites, retrato de la
voluptuosidad, abre la puerta, estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento.*

La Vieja.—*¡Eh, tú! ¿Por qué llamas? ¿Es a mí a quien buscas?*

El Joven.—*¿Cómo dices?*

La Vieja.—*Digo que por qué llamas y si es a mí a quien buscas?*

El Joven.—*¡Antes morir!*

La Vieja.—*¿Qué andas, pues, buscando con esa antorcha?*

El Joven.—*Busco a un hombre de Anaflisto.⁴⁶*

La Vieja.—*¿Quién?*

El Joven.—*No es el que tú esperas, sin duda.*

La Vieja.—*A quien espero es a ti, por Afrodita; y has de venirte conmigo, lo
quieras o no.*

El Joven.—*Pero es que hoy no nos ocupamos de las mayores de sesenta; las
guardamos para después. Hoy sólo atendemos a las que no llegan a los veinte.*

La Vieja.—*Pero eso era bajo el antiguo régimen, querido mío; ahora la ley
dispone que seamos las primeras en ser atendidas.*

El Joven.—*Eso será, si yo quiero, de acuerdo con la regla del juego de dados.*

La Vieja.—*Pero tú no comes con arreglo a la ley del juego de dados.*

El Joven.—*No sé lo que quieres decir; voy a llamar a esta otra puerta.*

La Vieja.—*¿Después de haber llamado a la mía?*

El Joven.—*Lo que ahora necesito no es una criba.*

(La vieja baja y sale de la casa.)

La Vieja.—*(Que ha bajado y sale de su casa.) Sé que me amas, sólo que estás
asombrado de verme fuera. Anda, adelanta la boca...*

El Joven.—*Pero, amiga mía, tengo miedo a tu amante.*

La Vieja.—*¿A cuál?*

El Joven.—*Al mejor de los pintores.*

La Vieja.—*¿Y quién es?*

El Joven.—*Al que pinta las lámparas mortuorias. Vete, vete, y que no te vea
aquí en la puerta.*

La Vieja.—*Ya sé, ya sé lo que tú quieres.*

El Joven.—*También sé yo, por Zeus, lo que quieres tú.*

La Vieja.—*Y te juro, por Afrodita, mi favorecedora, que no te he de soltar.*

⁴⁶ Demo del Atica, cuya etimología de lugar a un equívoco obsceno.

El Joven.—No divagues, viejecita mía.

La Vieja.—Como quieras; pero te llevaré a mi casa.

El Joven.—¿Qué necesidad hay de comprar ganchos para sacar los tubos de los pozos? Con echar a esta vieja se conseguirá el mismo objeto.

La Vieja.—Déjate de burlas que me afligen y sígueme.

El Joven.—Nada me obliga, a menos que hayas pagado por mí al Estado el impuesto de la quingentésima.⁴⁷

La Vieja.—Por Afrodita, es preciso que vengas porque yo siento mi gran placer cuando me acuerdo con los jóvenes de tu edad.

El Joven.—Pues a mí nada me desagrada tanto como el amor de tus iguales; jamás consentiré.

La Vieja.—Pero esto, por Zeus, te obligará.

El Joven.—¿Y qué es eso?

La Vieja.—Un decreto en virtud del cual tienes que entrar en mi casa.

El Joven.—Léelo para ver qué puede ser eso.

La Vieja.—Escucha, pues: las mujeres han decidido que “cuando un hombre desee a una muchacha no deberá tener comercio con ella antes de haber colmado a la vieja. Si él se niega y sigue deseando a la joven, las mujeres maduras podrán arrastrar impunemente al joven agarrándolo del clavo”.

El Joven.—¡Ay de mí! Voy a convertirme hoy en un nuevo Procusto.

La Vieja.—Es necesario obedecer nuestras leyes.

El Joven.—¿Y si alguno de mis amigos o conciudadanos viniese a rescatarme?

La Vieja.—Ningún hombre puede disponer de cosa alguna cuyo valor exceda al de una medimna.

El Joven.—¿Y no podré librarme jurándote que...?

La Vieja.—No hay excusa que valga.

El Joven.—Alegaré que soy comerciante.⁴⁸

La Vieja.—Y yo haré que te arrepientas de haberlo alegado.

El Joven.—¿Qué debo, pues, hacer?

La Vieja.—Seguirme aquí, hasta mi casa.

El Joven.—¿Es absolutamente indispensable?

La Vieja.—Como si lo ordenase el mismo Diomedes.⁴⁹

El Joven.—Pues bien, extiende una capa de orégano sobre cuatro ramas; ciñete de bandas la cabeza, y coloca junto a ti los vasos de perfume y en la puerta cántaro de agua lustral.⁵⁰

La Vieja.—¿También me comprarás una corona?

El Joven.—¡Sí, por Zeus! Y será de cirios, pues creo que expirarás en cuanto entres en tu casa.

⁴⁷ Al parecer este impuesto lo pagaban los amos respecto al valor de sus esclavos.

⁴⁸ Los comerciantes estaban exentos del servicio militar.

⁴⁹ Bandido de Tracia, que obligaba a los viajeros a compartir el tálamo con sus hijas, bajo pena de ser devorado por sus caballos.

⁵⁰ Aparato con que se exponían los cadáveres. El joven le manda preparar, en vez de tálamo nupcial, el lecho mortuario.

La Joven.—(Saliendo precipitadamente de su casa).—¿Adónde arrastras a ese joven?

La Vieja.—A mi casa; porque es mío.

La Joven.—Es una locura. Es demasiado joven para acostarse contigo; mejor podrías ser su madre que su esposa. Con ese sistema vais a llenar el mundo de Edipos.⁵¹

La Vieja.—Calla, sierpe. La envidia te hace hablar así; pero me vengaré de ti.

El Joven.—¡Por Zeus salvador! ¡Que gran servicio me prestas intentando librarme de esta vieja! Esta noche te daré una prueba grande y gorda de mi gratitud.

Vieja Segunda.—(Que aparece en escena dirigiéndose a la Joven.) ¡Eh, tú! ¿Adónde te llevas a ése? Según la ley, tengo derecho preferente a acostarme con él.

El Joven.—¡Oh, desventurado de mí! ¿De dónde sales tú ahora, vieja condenada? Esta es una peste aún más terrible que la primera.

Vieja Segunda.—Ven por aquí.

El Joven.—(A la Joven.) ¡Por todos los dioses! No dejes que esta otra vieja me obligue a seguirla.

Vieja Segunda.—¡Pero si no soy yo! Es la ley la que te obliga.

El Joven.—Nada de ley, sino una Empusa⁵² con todo el cuerpo plagado de úlceras hediondas.

Vieja Segunda.—Sígueme, corazoncito, y déjate de tonterías.

El Joven.—Déjame que vaya a hacer una necesidad, a ver si así puedo recobrar un poco. De lo contrario el miedo me obligará a pintar de marrón el dintel de esa puerta.

Vieja Segunda.—Ven, nada temas; ya lo harás en casa.

El Joven.—¡Oh! Temo hacer mucho más de lo que quiero; déjame y te daré dos fiadores seguros.

Vieja Segunda.—No los admito.

(Aparece en escena una tercera Vieja.)

Vieja Tercera.—(Al Joven.) ¡Eh, tú! ¿Adónde vas con esa mujer?

El Joven.—No voy, me llevan. Pero quienquiera que seas que el cielo te colme de bendiciones, por venir a ayudarme en este duro trance. (Al decir esto repara bien en la tercera Vieja que acaba de interpelarle.) ¡Oh Heracles! ¡Oh Panes! ¡Oh Coribantes! ¡Oh Dióscuros! Ese monstruo es infinitamente más horrible. Pero ¿qué es Zeus poderoso? ¿Es una mona rebozada en albayalde o el espectro de una bruja que vuelve de los infiernos?

Vieja Tercera.—Nada de burlas y sígueme por aquí.

Vieja Segunda.—No, por aquí.

Vieja Tercera.—Ya puedes estar segura de que no lo soltaré jamás.

Vieja Segunda.—Ni yo tampoco.

El Joven.—Me vais a descuartizar, viejas malditas.

Vieja Segunda.—Es a mí a la que debes seguir por disposición de la ley.

Vieja Tercera.—En absoluto, como no se presente otra más fea.

El Joven.—Pero si me matáis así, ¿cómo he de poder irme con ninguna?

Vieja Tercera.—Arréglatelas como puedas; por de pronto, obédeceme.

El Joven.—¿A cuál de vosotras debo ensartar primero para quedar en paz?

⁵¹ Que se casó con su madre Yocasta, sin conocerla.

⁵² Especie de fantasma infernal.

Vieja Tercera.—¿No lo sabes? Ven aquí.
 El Joven.—Pues que me suelte esta otra.
 Vieja Segunda.—No, ¡aquí!
 El Joven.—Iré, cuando ésta me suelte.
 Vieja Tercera.—Pues yo no te dejaré. ¡De ningún modo, por Zeus!
 Vieja Segunda.—Ni yo.
 El Joven.—Haríais, en verdad, muy malas barqueras.
 Vieja Tercera.—¿Por qué?
 El Joven.—Porque despedazarías a los pasajeros tirando a un lado y a otro.
 Vieja Segunda.—Cállate y ven aquí.
 Vieja Tercera.—No, por Zeus, sino aquí.
 El Joven.—Habré de conformarme con el decreto de Cannonos pues tengo que partirme en dos para daros gusto. ¿Y cómo manejaré a las dos como dos remos?
 Vieja Segunda.—Muy fácilmente, en cuanto te hayas comido un puchero de cebollas.⁵³
 El Joven.—¡Ay de mí! ¡Ya me tienen junto a la puerta!
 Vieja Segunda.—(A la Vieja Tercera.) Nada conseguirás porque entraré contigo y me echaré encima.
 El Joven.—¡No por los dioses! Mejor es un mal que dos.
 Vieja Segunda.—Quieras o no así ha de ser por Hécate.
 El Joven.—¡Negro infortunio! ¡Permanecer todo el día y toda la noche en brazos de una vieja hedionda y para fin de fiesta caer de nuevo entre los de esa rana cuyas mejillas parecen dos alcuzas. ¿Hay desgracia como la mía? Sin duda nací con mal sino pues tengo que nadar entre estos monstruos. Si algún mal me sucede al navegar sobre estas fétidas letrinas acordaos de sepultarme bajo el mismo dintel de la puerta; y a la que me sobreviva, untadle todo el cuerpo de hirviendo pez. Cubridla hasta el tobillo de fundido plomo y colocadla sobre mi tumba a guisa de lámpara funeraria.

(Mientras que el Coro danza, llega la criada de Praxágora, que sale del festín y viene medio ebria.)

La Criada.—¡Qué felicidad de pueblo! ¡Qué felicidad la mía! ¡Y sobre todo, qué felicidad la de mi señora! ¡Felices todos vosotros, vecinos y conciudadanos, y cuantos estáis a nuestras puertas; y feliz con ellos yo, simple sirvienta que he llenado mi cabellera de perfumes! ¡Y qué exquisitos, Zeus soberano! Pero el perfume de las ánforas llenas de vino de Tasos es más exquisito todavía: este aroma se conserva largo tiempo; los otros se desvanecen en seguida. ¡Sí, excelsos dioses; el perfume de las ánforas es mil y mil veces preferible! ¡Echadme vino! Echadme, pues, alegría toda la noche a la que ha sabido elegirlo. Pero, amigas, decidme donde está mi dueño, el marido de mi señora.

El Corifeo.—Si te quedas ahí creo que lo encontrarás.

La Criada.—Perfecto; ya viene a cenar. ¡Oh, dueño mío! ¡Hombre feliz! ¡Hombre mil veces feliz!

El Dueño.—¿Yo?

La Criada.—Sí, tú, por Zeus, y más feliz que ninguno. ¿Puede haber nadie más dichoso, puesto que en una población de treinta mil ciudadanos eres el único que no ha cenado?

El Corifeo.—Un hombre verdaderamente feliz; esa es la palabra.

⁵³ Operación afrodisiaca, al parecer.

La Criada.—¿Adónde, adónde vas?

El Dueño.—A cenar.

La Criada.—Sí, por Afrodita, y eres, con mucho, el más retrasado. Sin embargo, mi señora ha dicho que te lleve; y , contigo, a esas muchachas. Aún queda mucho vino de Quíos y otras mil cosas buenas. ¡Ea, despachemos! Los espectadores que nos favorecen, y los jueves imparciales, pueden venir también; les daremos de todo.

Blépiro.—¿Y por qué no invitas generosamente a todo el mundo sin omitir a nadie; viejos, jóvenes y niños, que tendrán cena dispuesta para todos... si se van a sus casas. Yo corro al festín, llevando mi antorcha con gracia. ¿Qué esperas tú? ¿Por qué no vienes con esas muchachas? Mientras bajas con ellas, yo enotaré un canto a propósito para abrir el apetito.

El Corifeo.—Yo quiero a mi vez darle al jurado un pequeño consejo. Que los sabios me juzguen por lo que en esta comedia hay de sabio, y los que gusten de chistes, por los muchos chistes que en ella he derramado. Está, pues, claro que también os invito a todos... a concederme el premio. Y que la suerte no me sea adversa después de haberme dado la prioridad; no lo olvidaréis y fieles a vuestro juramento, juzgad siempre con rectitud a los Coros; no seáis como esas viles cortesanas que sólo se acuerdan del último con quien yacen.

La Criada.—¡Ya es hora, amigas mías! Ya es hora, si queremos concluir, de dirigirnos al banquete danzando. Partid y ajustad vuestros pasos al ritmo cretense.

El Semi-Coro.—Así lo estoy haciendo.

El Coro.—Marchad vosotras, ligera y acompasadamente. Pronto se van a servir ostras, cecina, rayas, lampreas, sesos en salsa picante, silfio, puerros empapados en miel, tordos, mirlos, palominos torcaces, palomas, crestas de gallo asadas, chochas, pichones, liebres cocidas en arrope y sustancia de alones. Ya lo sabéis: pronto, amigas mías, coged un plato, sin olvidaros del vaso, y a comer.

El Semi-Coro.—Las otras ya están devorando.

El Coro.—¡Brinquemos! ¡Bailemos! ¡Io! Evohé! ¡Al festín! ¡Evohé, evohé, evohé! Como después de la victoria ¡Evohé, evohé, evohé, evohé!

LA PROSA NARRATIVA

Al llegar a esta sección se han conocido obras literarias pertenecientes a diferentes géneros. Corresponde ahora estudiar un ejemplo del género que apareció más tarde en el panorama cultural griego: la narración, que, para nosotros, se divide básicamente en dos subgéneros: el cuento y la novela.

¿Los griegos realizaron obras que pueden llamarse novela? ¿Cómo la llamaron ellos? ¿En qué se basaron para hacerlas? Estas son algunas de las cuestiones que se consideran en las páginas siguientes.

Entre las obras existentes en la antigüedad clásica que podrían, con mayor o menor propiedad, recibir el nombre de novela, encontramos en Grecia:

Las Babilónicas, conservadas a través del resumen que hizo Focio, data de fines del siglo I a. C.; *Querías y Calirroe*, de Caritón de Afrodisia, del siglo I d. C.; *Dafnis y Cloe* de Longo del siglo II d. C.; *Leucipe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, del siglo I d. C.; *Calímaco y Crisóroo*, anónima del siglo IV d. C. y *Las Etiópicas* de Heliodoro, del siglo IV. d. C.

antecedentes y características de la novela griega

La novela griega surge en la época helenístico-imperial, (siglo I a. de C., III d. C.), como un género tardío en la literatura griega, en respuesta a las exigencias de un público heterogéneo y disgregado.

El hombre de la época clásica (siglos V a VI a de C.) se identificaba con su comunidad; el de la época helenística se encontraba en un mundo demasiado complejo, cuyos problemas era incapaz de enfrentar. Por ello su espíritu se volvió pasivo y el individuo se consideró, inconscientemente, un juguete de la fortuna, actitud que se refleja en las obras.

El hombre de ese tiempo no se sentía parte de un todo político ni religioso, razón por la que se encontró solo frente a sí mismo. Limitado a sus propias esperanzas y preocupaciones, buscó satisfacción en las novedades externas, nacidas de ese gigantesco y extraño mundo en el cual vivía.

El hecho de que la novela se dirigiera al lector como individuo, y no como elemento constitutivo de un grupo interesado en problemas políticos y sociales, es de fundamental importancia para configurar las características del género.

La novela corta, nombre con el que se ha conocido a este tipo de relatos, no puede considerarse novela propiamente dicha, pues la índole de esta no radica en su extensión, sino en los motivos de su creación. Cada una de ellas está realizada según ideas y propósitos artísticos definidos, muy diferentes entre una y otra.

Lo que nosotros llamamos novela, no tuvo denominación especial en la antigüedad. Los gramáticos alejandrinos sistematizaron por género el patrimonio literario hasta entonces reunido, pero no se conocía una literatura en prosa claramente individualizada. Las obras en prosa existentes se hallaban contaminadas por la fábula (que, como sabemos, pretende instruir basándose en comparaciones), por el mito y la leyenda (que se proponen dar a conocer conceptos religiosos), o por elementos netamente históricos.

Es inútil tratar de adivinar el nombre que habrían aplicado a la narrativa, en el caso de que hubiera existido, tal y como la entendemos ahora, es decir, como una obra en prosa, basada en hechos ficticios y con propósitos estéticos. Antes bien, debemos tomar en cuenta que en época posterior se le aplicaron términos pertenecientes a otros tipos de literatura mejor conocidos, como drama o mito, o se indicaba su naturaleza con frases que describían su contenido.

Considerando lo anteriormente expresado, observamos que no es disparatada la hipótesis de que la narrativa griega nace de la mezcla de elementos tomados de géneros literarios más desarrollados, por ello nació tardíamente: de la tragedia y de la comedia nueva procede la aceptación de un destino, las historias de niños expuestos y vueltos a recuperar, las historias de personas que se encuentran tras una separación larga y dolorosa; de la historia proceden gran diversidad de datos y personajes; de los mitos, infinidad de episodios, como por ejemplo el de la pastora convertida en paloma torcaz y el de Siringa, ambos localizados en la obra *Dafnis y Cloe*; de la poesía lírica tomó el gusto por la descripción de sentimientos y estados de ánimo. Según un autor estudioso del tema, la novela griega deriva, como forma narrativa, de la historiografía preclásica, la cual, en su afán de hacer una historia patética, describe los estados subjetivos, inventados seguramente a partir de meras posibilidades; de los personajes históricos; incluso hay quien la define como una epopeya en decadencia que usa y abusa de procedimientos fáciles para atraerse la atención del lector.

Lo que el novelista necesitaba para crear una dramática "historia de amor y aventuras", nombre que también se le ha aplicado a este tipo de obras, era un personaje o un grupo de personajes conocidos por la historia, la leyenda o algún mito; al personaje así nacido se le adscriben acciones que pueden resultar contradictorias con las conservadas en la tradición.

Las novelas que tienen como núcleo personajes importantes para la historia o la mitología y cuyo ambiente debía pertenecer al pasado, corresponden a la primera etapa del género (denominada presofística por carecer de complicaciones retóricas) y tenían la intención primordial de narrar las aventuras de los jóvenes enamorados, no para realizar análisis psicológicos, sino para despertar las evocaciones del lector. Conforme el género fue evolucionando, se pasó de sustentarse en bases casi históricas a la elaboración de argumentos totalmente inventados, para satisfacer a lectores que demandaban relatos que pudieran sentir más próximos. Como resultado de esta exigencia, aparecieron novelas cuya trama incluía elementos provenientes de la tradición literaria, especialmente de la tragedia y de la comedia. Así la historia de amor se condimenta con episodios de raptos y ataques de piratas y bandoleros.

Uno de los temas básicos en estas obras es el de la castidad, dado que los protagonistas resisten toda suerte de embates y seducciones sin caer; tal tema nos conduce al de la fidelidad, en tanto que los amantes son capaces de padecer todos los sufrimientos posibles, con tal de no entregarse a otro que no sea al ser amado. De modo que puede afirmarse que la pareja en la cual se centra la acción está predestinada a la unión; una de las señales que evidencian la predestinación es el "estigma" que llevan consigo: su extraordinaria belleza.

En la elaboración de la trama novelesca fue determinante la influencia de la Segunda Sofística, por la importancia que dio a la expresión del pensamiento, poniendo de relieve los valores poéticos y verbales, desinteresándose frecuentemente

del argumento. Sin embargo, la Segunda Sofística no se limitó a influir en lo referente al preciosismo verbal, sino que también posibilitó la variación del género hacia la novela de tipo burlesco, satírico, picaresco o frívolo, así como la orientación hacia la novela erótica.

el autor y la ubicación cronológica de *dafnis y cloe*

Acercas del autor de esta obra casi nada se sabe. Los estudiosos del tema aún no han aportado pruebas indiscutibles para esclarecer la época ni la identidad del autor. Se atribuye a un sofista llamado Longo, que es una lectura errónea de Logon.

Se ha dicho que nació en la isla de Lesbos, solamente en razón de que la describe con detenimiento. A pesar de que hay ciertos errores que nos hacen pensar que no conocía totalmente la isla, proporciona datos que muestran le eran familiares por lo menos la capital y la parte oeste.

Los eruditos tampoco se han puesto de acuerdo en lo referente a cuando se escribió la obra y la sitúan en diferentes épocas de acuerdo al lenguaje o al estilo. Sin embargo, el siglo II d. C. es el más generalmente aceptado, en base a cuestiones tan sutiles como, por ejemplo, la mención de un tipo de moneda y el precio de los objetos, que concuerdan con los empleados en esa época.

antecedentes de *dafnis y cloe*

Los modelos de Longo son, por lo general, poetas líricos, preponderantemente Teócrito, autor de un libro de poemas pastoriles llamado *Las Bucólicas*, aunque podemos localizar otras fuentes: el tema de la inocencia erótica es invención de Longo, pero la mezcla del elemento pastoril y el amoroso no es original de él. Siglos atrás, el tema de un pastor, llamado Dafnis, por cierto, fue utilizado por un autor llamado Estesícoro, quien describe el amor de un pastor por una ninfa. El enamoramiento de dos jovencitos, alimentados por dos animales y luego encontrados por pastores, se encuentra en la otra titulada *Nino y Semíramis*, novela utilizada por Longo como base de su relato.

influencia de *dafnis y cloe* en siglos posteriores

Las novelas griegas, en general, estuvieron olvidadas en la Edad Media; durante el Renacimiento, por fin, fueron divulgadas, entre ellas, la de Longo, sobre todo después de la *Arcadia*, de Sanazzaro, obra que podemos señalar como el primer descendiente de *Dafnis y Cloe*. El *Amadís de Gaula* ofrece rasgos pastoriles; "El Diálogo Entre el Amor y un Viejo" se basó en el episodio de Filetas y Cupido, del libro II, de *Dafnis y Cloe*.

Otras obras, deudoras de Longo, entre las que podemos enumerar, son: *La Diana Enamorada*, de Jorge de Montemayor; otra novela, también llamada *Arcadia*, de Philip Sidney; *Pablo y Virginia*, de Bernardin de Saint-Pierre. Goethe admiraba profundamente la obra de Longo, por ello escribió lo siguiente:

"...todo un libro debería escribirse para encarecer los grandes méritos que tiene. Buena costumbre es la de leerla por lo menos una vez al año, para aprender algo de ella y poder recrearnos en esa sensación de belleza pura.

influencia de *dafnis y cloe* en otras artes

Existen representaciones de Dafnis y Cloe en tapices, grabados y pinturas; entre estas últimas destacan las de Corot en el siglo XIX. Marc Chagal realizó cuarenta y dos litografías inspirado por esta novela.

En la música, Antonio Vivaldi escribió una serie de sonatas titulada *El Pastor Fiel*; Haendel musicalizó un libreto con el mismo título; se titulan *Dafnis y Cloe* en

Ballet de Boismortier y una opereta de Offenbach; Tchaikovsky realizó la pieza titulada *La Pastora Sincera*. Con título idéntico al de la novela de Longo, destaca el Ballet del músico francés Maurice Ravel.

LAS PASTORALES DE "DAFNIS Y CLOE" DE LONGO

PROEMIO

1. En Lesbos, mientras cazaba en un bosque de las Ninfas, vi el espectáculo más hermoso de cuantos había visto: una imagen pintada,¹ una historia de amor. Bello también el bosque: arbolado, florido, regado: una sola fuente alimentaba todo, flores y frutos. Empero, era más grata la pintura, tanto por su arte extraordinaria como por su fortuna amorosa.² De modo que, de acuerdo a su fama, también acudían muchos extranjeros: suplicantes de las Ninfas y espectadores de la imagen. 2. En ella, mujeres dando a luz y otras envolviendo niños en pañales, niñitos expósitos,³ ovejas que los alimentaban, pastores que los recogían, jóvenes que hacíanse juramentos,⁴ una incursión de piratas, un ataque de enemigos.⁵ Viendo muchas otras escenas y todas amorosas, y quedándome admirado, me tuvo el anhelo de poner por escrito la pintura. 3. Y una vez que descubrí a un exégeta⁶ de la imagen, compuse cuatro libros, ofrenda a Eros,⁷ y a las Ninfas⁸ y a Pan,⁹ grata posesión para todos los hombres, que sanará al enfermo¹⁰ y confortará al afligido; a quien ha amado hará recordar, y preparará a quien no ha amado. Pues nadie ha escapado ni escapará por completo del amor¹¹ mientras exista belleza y ojos que la miren.¹² Que la divinidad nos conceda escribir en nuestros cabales¹³ sobre los amores de los otros.

LIBRO I

I.1 Ciudad de Lesbos¹ es Mitilene,² grande y hermosa. Pues está dividida por canales del mar que penetra poco a poco, y está adornada por puentes de pulida y blanca piedra; creerías ver no una ciudad sino una isla. 2 Como a doscientos estadios³ de esta ciudad de Mitilene, estaba la tierra de un hombre rico, propiedad muy hermosa: montes abundantes en caza, llanuras fértiles en trigo; colinas, en viñedos; pastos, en rebaños. Y el mar rompía contra una playa extendida,⁴ de arena suave.

II.1 En esta tierra, un cabrerizo de nombre Lamón,¹ mientras pastoreaba, descubrió a un niñito alimentado por una de sus cabras.² Había un soto y un matorral de zarzas y una hiedra trepadora y hierba suave, sobre la cual yacía el niñito.³ Allí, corriendo de continuo, la cabra desaparecía muchas veces,⁴ y abandonando a su cabrito permanecía junto al recién nacido. 2 Lamón vigilaba estas correrías compadeciendo al cabrito abandonado, y en el florecimiento del medio día, guiándose por el rastro, vio que la cabra había caminado en torno, con cuidado, para no dañarlo al pisar con las pezuñas; y aquél, como del pezón materno, mamaba el flujo de su leche. 3 Admirado, como era natural, se acercó y descubrió a un niñito varón, grande y hermoso, entre pañales mejores de lo que corresponde a la condición de un expósito. Había una mantilla púrpura y un broche de oro y una espadita con empuñadura de marfil.

III 1 Así pues, inicialmente, resolvió, habiéndose robado las solas prendas,¹ despreocuparse del recién nacido; luego, avergonzado de no imitar siquiera la filantropía de una cabra, aguardando la noche llevó todo a su mujer Mirtale:² las prendas y el niñito y la misma cabra. 2 Y como ella se asombra de que las cabras paren niñitos,³ le describe todo: cómo lo había encontrado expuesto,⁴ cómo había

visto cuando se alimentaba, cómo se había sentido avergonzado de dejarlo a que muriera. Así pues, pareciéndole bien también a ella, escondieron los objetos sustraídos⁵ y reconocieron como propio al niño, y confiaron su alimentación a la cabra. Y para que incluso el nombre del niño pareciera de pastor, pensaron llamarlo Dafnis.⁶

IV. 1 Y cuando ya había transcurrido un espacio de dos años, un pastor de los campos vecinos, de nombre Drías,¹ que apacentaba su rebaño, se topó también con hallazgos y espectáculos similares. Había una gruta de las Ninfas,² roca inmensa, hueca por dentro y convexa por fuera, 2 Las imágenes³ de las mismas Ninfas habían sido ejecutadas en las piedras; sus pies descalzos; sus brazos desnudos hasta los hombros; los cabellos sueltos sobre la nuca; un cinturón en torno a la cadera; una sonrisa en torno al semblante. Todo su aspecto era el de un coro de danzantes. La entrada de la gruta estaba en el mero centro de la inmensa roca. 3 Brotando de una fuente, el agua, derramándose, formaba un arroyo, de modo que un prado muy fino se había extendido también ante la gruta,⁴ su abundante y suave hierba siendo alimentada por la humedad. Había tazones y flautas oblicuas y siringas y cálamos dedicados, afrendas de pastores más viejos.

V. 1 Como a este sitio consagrado a las Ninfas una oveja recién parida venía frecuentemente, muchas veces se la consideraba perdida. Descando pues, castigarla e inducir a pacer en orden, como antes,¹ habiendo tejido con sarmiento verde un lazo semejante a un dogal, se aproximó a la roca para capturarla allí. 2 Pero al acercarse no vio nada de lo que había esperado, sino a la oveja que muy humanamente daba su teta² para una abundante succión de la leche; y a un niño que, sin lágrimas, vorazmente, hacia una y otra teta llevaba su boca limpia y brillante, ya que la oveja con su lengua le lamía el rostro tras su saciedad de alimento. 3 Hembra era este niño y junto a él había también prendas de reconocimiento: una diadema bordada de oro, unas sandalias doradas y unos brazaletes áureos.

VI. 1 Entonces, considerando el hallazgo como algo divino y habiendo aprendido de la oveja a compadecerse de la niña y a amarla, levantó en brazos a la recién nacida, guardó en su alforja las prendas de reconocimiento y rogó a las Ninfas criar con buena fortuna a su suplicante.¹ 2 Y una vez que fue tiempo de conducir de regreso su rebaño, cuando llegó al redil, describió a su mujer lo que había visto, le mostró lo que había encontrado, le recomendó que la considerara como hija y que, ocultándola, la criara como propia. 3 Entonces Napé² —pues así se llamaba— fue pronto madre y empezó a amar a la niña, como si temiera ser superada por la oveja; y para dar prueba de que era suya, también ella le puso un nombre pastoril: Cloe.³

VII. 1 Estos niños crecieron mucho en poco tiempo y en ellos apareció una belleza superior a la rústica. Ya él tenía quince años de edad y ella era menor dos años; y tanto Drías como Lamón, en la misma noche tuvieron un sueño¹ cercano a éste. 2 Se figuraron que aquellas Ninfas que estaban en la cueva, donde la fuente, en la cual encontró Drías a la niña, entregaban a Dafnis y a Cloe a un niño muy vivaz y hermoso,² con alas en los hombros, que llevaba flechas pequeñas junto con un arquito. Cuando hubo alcanzado a ambos con la misma flecha,³ ordenó que en lo sucesivo apacentera él un rebaño de cabras y uno de ovejas ella.

VIII. 1 Habiendo tenido este sueño, se afligían de que fueran a ser pastores y cabrerizos, porque por los pañales se les había anunciado una mejor fortuna¹ en virtud de la cual los alimentaron con alimentos más delicados y les enseñaron las letras² y todo cuanto era hermoso según los modos campesinos; y les parecía bien obedecer a los dioses, en cuanto a aquellos que se habían salvado por la providencia de los dioses. 2 Cuando se hubieron comunicado mutuamente el sueño y hubieron hecho un sacrificio al niño alado que se hallaba donde las Ninfas³ —pues no podían decir su nombre— enviaron a los niños como pastores junto a los rebaños, tras enseñarles por separado cómo era conveniente apacenterlos antes del medio día; cómo apacenterlos cuando hubiera menguado el calor; 3 cuándo llevarlos al abrevadero, cuándo regresarlos al corral; en qué casos se debía usar el cayado, en cuáles sólo la voz. Y ellos, muy contentos, como si hubieran recibido un encargo muy importante, amaban también a las cabras y las ovejas más de lo que es costumbre entre pastores. Pues ella atribuía a una oveja la causa de su salvación⁴ y él recordaba que, cuando estaba expuesto, una cabra lo había alimentado.

IX. 1 La primavera¹ dio principio y se abrieron todas las flores: las de los bosques, las de los prados y cuantas había en las montañas. Ya había zumbido de abejas,² trino de pájaros melódicos, saltos de ovejas recién paridas. Los corderos saltaban en los montes, zumbaban en los prados las abejas, los pájaros llenaban con su canto los matorrales. 2 Prevaleciendo, pues, tanto primer en todas las cosas, tiernos y jóvenes como eran, Dafnis y Cloe se volvieron imitadores de lo oído y lo visto.³ Escuchando que los pájaros cantaban, cantaban; viendo que saltaban los corderos, brincaban ágilmente, e imitando a las abejas, recogían flores. Ponían unas en los pliegues de su túnica,⁴ y tejiendo otras como coronas, las ofrecían a las Ninfas.⁵

X. 1 Hacían todo en común, pastoreando uno cerca del otro. Y muchas veces Dafnis reunió las ovejas que se dispersaban, y muchas veces Cloe ahuyentó de los riscos las cabras demasiado atrevidas; o bien uno vigilaba también a ambos rebaños cuando el otro perseveraba en un juego. Y sus juegos eran pastoriles y pueriles. 2 Ella, arrancando asfódelos de algún sitio alejado del pantano, tejía una jaula¹ para saltamontes y, ocupada en esto, descuidaba sus ovejas. Él, por su parte, habiendo cortado cálamos deigados y perforado las uniones de los nudos y ligado unos y otros con cera blanda, practicaba el tocar la siringa² hasta la noche. 3 Y alguna vez compartían la leche y el vino, y los alimentos que traían de casa los tenían en común. Más bien alguien vería separadas de entre sí las ovejas y las cabras, que a Cloe y Dafnis.

XI. 1 Mientras ellos jugaban de tal manera, Eros concibió un enredo¹ de esta índole. Una loba, que alimentaba a sus jóvenes crías, capturó muchas presas de otros rebaños de los campos contiguos, necesitada de mucho alimento para la alimentación de sus crías. 2 Reuniéndose entonces los aldeanos, en la noche, cavaron trampas² de una braza de ancho y cuatro de hondo. Y entonces, diseminaron la mayor parte de la tierra, llevándola lejos, y extendiendo gran cantidad de madera seca sobre la abertura esparcieron lo que de tierra sobraba a semejanza del suelo de antes.³ De modo que, aun si una liebre pasara encima, se rompería la madera que era más débil que bejucos, y sólo entonces sería posible notar que no

era suelo sino que al suelo imitaba. Y aunque así cavaron muchas zanjas, en las montañas y en las llanuras, no tuvieron la fortuna de capturar a la loba. Pues se había percatado también del falso suelo. Pero sí mataron a muchas cabras y ovejas y por poco a Dafnis, de este modo:

XII. 1 Unos cabríos, excitados, se trenzaron en lucha. Y siendo demasiado violenta su embestida, se le rompió un cuerno a uno y doliéndose, emprendió la huida, balando. Pero el vencedor siguiéndolo por su rastro, hacia interminable su huida. Dafnis sintió dolor por aquel cuerno,¹ y enojado por su fiereza, tomando un cayado, persiguió al perseguidor. 2 Así, mientras éste escapaba y aquél con furia lo perseguía, no estaba la vista fija en sus pies y ambos cayeron dentro de un hoyo: el cabrío primero, Dafnis después. Esto también salvó a Dafnis: haber sufrido la caída sobre el lomo del cabrío. 3 Así pues, él esperaba llorando a quien lo iba a subir, si acaso hubiera alguno. Pero Cloe, que había visto la caída conjunta, en carrera se acerca a la trampa y, dando en la cuenta de que vive, llama en su ayuda a un pastor de los campos contiguos. 4 Y él, en llegando, buscó una cuerda larga, asido a la cual, jalando, lo sacaría. Y pues no había ninguna cuerda, Cloe, descifrándose la faja,² la da al pastor para que la arroje. Y así, parados en la orilla, tiraban de él y él trepó siguiendo con las manos los tirones de la faja. 5 Subieron también al infeliz cabrío que se había roto ambos cuernos. Pues a tal punto llegó el castigo del cabrío vencido. Luego, se lo obsequiaron como recompensa al pastor para que lo sacrificara,³ y si alguno lo extrañaba, iban a engañar a los de casa con una incursión de lobos.⁴ Y ellos, habiendo regresado, ponían su atención en el rebaño de ovejas y en el de cabras. Y cuando observaron que sus cabras y sus ovejas pastaban en orden, sentándose sobre el tronco de una encina se pusieron a examinar si Dafnis, al caer, no se había ensangrentado alguna parte del cuerpo. 6 Pero en nada se hirió, ni había sangrado nada; sólo tenía manchados de tierra y barro la cabellera y el resto del cuerpo. Resolvió entonces lavarse, antes que Lamón y Mirtale se percataran de la caída.

XIII. 1 Y viniendo junto con Cloe a la gruta de las Ninias, le dio a cuidar su túnica¹ y su morral mientras él se acercaba a la fuente y se lavaba el cabello y todo el cuerpo. 2 Su cabellera era negra y abundante y quemado por el sol su cuerpo; uno habría supuesto que éste se teñía con la sombra de la cabellera. Dafnis parecía hermoso a Cloe que lo miraba; y como no le había parecido hermoso antes, consideraba que el baño era la causa de su hermosura. Cuando le estaba lavando la espalda, su carne blanda se hundía, así que ella, a escondidas, se apretaba muchas veces para probar si la suya resultaba más blanda. 3 Y entonces —puesto que el sol estaba en el ocaso— condujeron los rebaños de regreso a casa y Cloe había llegado al punto en que no deseaba nada más² que ver a Dafnis otra vez bañándose. 4 Al día siguiente, cuando regresaron al pasturaje, Dafnis, sentado bajo la encina acostumbrada, tocaba la siringa y al mismo tiempo observaba las cabras que estaban echadas y como escuchando las melodías; Cloe, sentada contiguamente, reparaba en el rebaño de ovejas, pero la mayor parte del tiempo veía a Dafnis. Y otra vez le pareció, hermoso, tocando, y de nuevo pensaba que la música era la causa de su hermosura; así que, después de él, ella también tomó la siringa por si acaso ella también se volvía hermosa. 5 Y lo persuadió a que se bañara otra vez y lo vio bañándose y al verlo lo apretó y se marchó otra vez alabándolo, y esta alabanza fue el principio del amor. Ignoraba lo que padecía, joven doncella criada según los

modos campesinos, y no habiendo oído tampoco que otro mencionara el nombre del amor. Una aflicción envolvía su alma y ella no dominaba sus ojos³ y muchas veces hablaba de Dafnis. 6 Descuidaba la comida,⁴ de noche padecía insomnio, se ocupaba poco del rebaño; ora reía, pra lloraba; ya se recostaba, ya se incorporaba precipitadamente. Su rostro pálido, de súbito se encendía con rubor. Y ni un buey herido por un tábano hubiera hecho tantas cosas. A veces se le ocurrían pensamientos como éstos⁵ cuando estaba sola:

XIV. 1 “Ahora estoy yo enferma e ignoro cuál sea mi enfermedad. Sufro, y no tengo herida. Me aflijo, y ninguna de mis ovejas se me ha perdido. Estoy ardiendo, y en medio de tanta sombra estoy sentada. 2 ¡Cuántos zarzales me arañaron muchas veces, y no lloré! ¡Cuántas abejas me clavaron el agujijón;¹ sin embargo, seguí comiendo! Pero esto mismo que traspasa mi corazón es más lacerante que todas aquellas cosas. Hermoso Dafnis y también las flores. Su siringa canta hermosamente y también los ruiseñores. Sin embargo, no pienso en ellos. 3 Ojalá fuera yo su siringa,² para que soplara en mí. Ojalá su cabra, para ser pastoreada por él. ¡Oh agua perversa que sólo a Dafnis embelleciste, en tanto que yo me bañé inútilmente! ¡Perdida estoy, Ninfas queridas! Ni vosotras salváis³ a esta doncella, alimentada entre vosotras. ¿Quién os coronará después de mí? 4 ¿Quién va a alimentar los infelices carneros? ¿Quién va a atender al grillo locuaz, al que fatigándome mucho cacé, para que me arrullara cantando ante la gruta? Mas ahora yo me desvelo por Dafnis, y él chirria inútilmente.

XV. 1 Tales cosas padecía, tales cosas decía, inquiriendo el nombre del amor.¹ Por su parte Dorcón, el boyero, el que había sacado a Dafnis y el cabrío de la trampa, jovenzuelo recién barbado y conocedor de las obras y los nombres del amor, inmediatamente después de aquel día se enamoró de Cloe, y mientras más días transcurrían, más se había enardecido su alma y, despreciando a Dafnis como niño, resolvió conquistarla con regalos² o por la fuerza. 2 Así pues, les trajo como primeros regalos, a él, una siringa de pastor, de nueve cálamos³ unidos con bronce en vez de cera, y a ella, una piel de ciervo báquica⁴ y que tenía el pelo como pintado de colores. 3 Considerado amigo desde entonces, al poco tiempo se despreocupaba de Dafnis, mientras que cada día llevaba a Cloe o queso blando o una corona de flores o una manzana madura. Y algunas veces le traía ya una ternera recién nacida, ya una copa de madera con incrustaciones de oro, y crías de pájaros de las montañas. Y como era ignorante de las artimañas del amante, ella se alegraba aceptando los regalos, pero más se alegraba porque ella podía obsequiar a Dafnis. 4 Y —puesto que ya también Dafnis debía conocer las obras del amor— un día surgió entre él y Dorcón una contienda a causa de hermosura; y Cloe iba a juzgar⁵ y se daría como premio al vencedor besar a Cloe. Así pues, primero habló Dorcón de este modo

XVI. 1 “Yo, oh doncella, soy más grande que Dafnis, y yo soy boyero mientras que él es cabrero. Le soy tan superior¹ como las reses a las cabras. Y soy blanco como la leche y pelirrojo como la mies que se va a segar, y me alimentó una madre, no un animal. 2 Pero éste es pequeño e imberbe como mujer y negro como lobo. Apacienta cabríos, apestando terriblemente a causa de ellos, y es tan pobre que ni un perro alimenta. Y si, como dicen, también una cabra le dio leche, en nada difiere de los cabritos”. 3 Estas y otras cosas Dorcón, y después de esto Dafnis: “A

mí me crió una cabra como a Zeus.² Y apaciento cabríos más grandes que los bueyes de éste. Pero no apesto a causa de ellos, como tampoco Pan, no obstante que es el máximo cabrío.³ 4 Para mí es suficiente el queso, y pan cocido⁴ y vino blanco que son bienes de los campesinos más ricos. Imberbe soy, pero también lo es Dioniso.⁵ Negro, pero también el jacinto.⁶ No obstante, Dioniso es tan superior a los Sátiros⁷ como el jacinto a los lirios. 5 Pero éste es pelirrojo como una zorra y barbado como un cabrío y blanco como una mujer de la ciudad.⁸ Y si acaso has de besarnos, de mí besarás la boca, pero de éste los pelos sobre la barba. Y recuerda, oh doncella, que también a ti te alimentó una oveja, y sin embargo también eres hermosa.”

XVII. 1 Cloe no esperó más y, en parte encantada con el encomio, en parte porque desde hacía mucho anhelaba besar a Dafnis, abalanzándose sobre él, le besó con un beso inocente e inexperto pero muy capaz de encender el alma. 2 Entonces Dorcón, sufriendo, se alejó, buscando otro camino de amor. Y Dafnis, como no fue besado sino mordido, de repente se puso triste y muchas veces suspiraba, y contenía su palpitante corazón, y quería mirar a Cloe y, al verla, se llenaba de rubor. 3 Entonces por primera vez, alabó su cabellera que era rubia y sus ojos que eran grandes como de buey,¹ y su rostro que realmente era más blanco que la leche de las cabras, como si hubiera tenido entonces ojos por primera vez y hubiera estado desposeído de ellos el tiempo anterior.² 4 Y así³, no tomaba alimento sino en cuanto a probarlo. Y bebida, si acaso se veía obligado, apenas tomaba para mojarse la boca. Estaba silencioso, él que antes era más parlanchín que los saltamontes; ocioso, él que se movía más que sus cabras. Descuidaba también su rebaño. Desechaba la flauta. Más verde que la hierba estival tenía su rostro. Era comunicativo sólo con Cloe. Y si alguna vez estaba solo, lejos de ella, hablaba sin juicio consigo mismo así.

XVIII. 1 “¿Qué cosa me hizo el beso de Cloe? Sus labios son más tiernos que las rosas y su boca más dulce que panales de miel¹. Pero su beso más punzante que el aguijón de una abeja. Muchas veces besé a los cabritos², muchas veces besé a las crías recién nacidas y a la ternera que Dorcón nos regaló. Pero este beso es algo nuevo. Escapa mi aliento, se sobresalta mi corazón, se consume mi alma y, sin embargo, deseo besarla otra vez. 2 ¡Oh, victoria pernicioso!³ ¡Oh, enfermedad extraña de la cual ni el nombre sé decir!⁴ ¿Acaso Cloe había probado un veneno⁵ cuando me iba a besar? ¿Pero cómo no murió? ¡De qué modo cantan los ruiseñores y mi siringa está en silencio! ¡De qué modo saltan los cabritos y yo estoy sentado! ¡De qué modo se abren las flores y yo no tejo coronas, sino que, mientras las violetas y el jacinto florecen, Dafnis se marchita!⁶ ¿Acaso hasta Dorcón se verá más hermoso que yo?”

XIX 1 Tales cosas padecía y decía el buen Dafnis, quien experimentaba por primera vez¹ las obras y palabras del amor. Entre tanto Dorcón el boyero, el enamorado de Cloe, que había acechado a Drías mientras plantaba un árbol cerca de un sarmiento, se acercó a él con unos quesillos excelentes y se los dio como regalo, pues era su amigo desde antes, cuando él todavía apacentaba. Y, habiendo empezado por eso, allí, le hizo presente una palabra relativa al matrimonio de Cloe. 2 Y si la tomaba por esposa le ofrecía, como boyero, muchos y grandes regalos:² una yunta de bueyes de labranza, cuatro colmenas de abejas, cincuenta árboles de

manzanas, la piel de un toro para cortar sandalias; cada año una ternera que ya no requiriera leche. 3 De suerte que poco faltó para que Drías, tentado por los regalos, accediera al matrimonio. Pero reflexionando que la doncella era digna de mejor esposo, y temiendo que, al ser descubierto³, algún día caería en males irremediables, rehusó el matrimonio y pidió que lo perdonara, y rechazó los regalos prometidos.

XX. 1 Así pues, habiendo fracasado por segunda vez en su esperanza, y habiendo desperdiciado inútilmente unos buenos quesos¹, resolvió ponerle la mano encima a Cloe cuando estuviera sola. Y habiendo observado que cada día conducían los rebaños al abrevadero, unas veces Dafnis y otras veces la muchacha, tramó una treta apropiada para un pastor. 2 Tomando la piel de un lobogrande al que en cierta ocasión un toro, luchando en defensa de las vacas, hiciera perecer con los cuernos, la extendió sobre su cuerpo, llevándola de lo alto hasta los pies de modo que las patas delanteras estaban extendidas sobre sus manos, y las traseras sobre sus piernas, hasta el talón, y la abertura de la boca ocultaba su cabeza, como un casco de hoplita.² 3 Y habiéndose transformado en fiero como mejor es posible, se acercó a la fuente de la cual bebían las cabras y las ovejas después de la pastura. En una hondonada muy profunda estaba la fuente y a su alrededor todo el lugar agrestemente crecía con acantos y zarzas y enebro poco elevado, y cardos. 4 Con facilidad se hubiera ocultado aquí también un lobo de verdad, agazapándose. Habiéndose ocultado en este lugar, esperaba Dorcón el momento del abrevaje y tenía la gran esperanza de que, asustando a Cloe con este disfraz, se apoderaría de ella.

XXI. 1 Poco tiempo transcurrió, y Cloe conducía los rebaños hacia la fuente, habiendo dejado a Dafnis que cortaba ramas frescas¹, alimento para los cabritos después de la pastura. 2 Y los perros que la seguían para vigilancia de las ovejas y las cabras, como es oficio de perros al ir olfateando las pistas, cuando descubrieron a Dorcón que se movía para el ataque de la muchacha, ladrando muy fuerte se lanzaron como sobre un lobo. Y habiéndolo rodeado, antes que, a causa del pavor, se restableciera del todo, lo mordían bajo aquella piel. 3 Mientras tanto, temiendo su inculpación y protegiéndose bajo la piel que lo escondía, permanecía en la espesura guardando silencio. Pero como Cloe, que se había perturbado ante la primera aparición, llamaba a Dafnis en su ayuda, y los perros, habiéndole arrancado del cuerpo aquella piel, lo atacaban, él, gimiendo fuertemente, suplicaba a la muchacha y a Dafnis, ya presente, que lo ayudaran. 4 Y llamando de regreso a los perros en la forma acostumbrada, los amansaron rápidamente y conduciendo a Dorcón —que había sido mordido en los muslos y en los hombros— hacia la fuente, lo lavaron donde estaban las hincaduras² de los dientes, y machacando corteza fresca de olmo³, la extendieron sobre los mordiscos. 5 Y, por ignorancia de sus tentativas amorosas, considerando juego pastoril el cubrirse con la piel, no se enojaron sino que, consolándolo y llevándolo de la mano hasta un punto del camino, lo despidieron.

XXII. 1 Y habiendo pasado él por tal peligro y habiendo sido salvado de la boca del perro, y no del lobo¹, como se dice, empezó a curarse el cuerpo. Dafnis y Cloe en tanto tuvieron mucha fatiga para reunir, hasta la noche, sus cabras y ovejas. 2 Porque, espantadas por la piel y agitadas por los ladridos de los perros,

unas corrieron arriba hacia las peñas y otras descendieron incluso hasta el mismo mar. Y aunque habían sido enseñadas a obedecer una voz, y a embelesarse con una siringa y a reunirse al paloteo de una mano, empero en ese momento, el temor les provocó olvido de todo. 3 Y encontrándolas con mucha dificultad —como a las liebres por sus huellas— las condujeron a sus rediles. Sólo aquella noche durmieron con sueño profundo y tuvieron la fatiga como remedio de su pena de amor. 4 Y nuevamente, al despuntar el día, otra vez padecieron los mismos males. Se alegraban al verse, al separarse sufrían, deseaban algo, ignoraban lo que estaban deseando. Sólo sabían: que al uno lo había perdido un beso, y a la otra, un baño.

XXIII. 1 Los enardecía también la estación del año. Era ya fin de la primavera y principio del verano¹ y todo estaba en sazón. Los árboles con frutos, las llanuras con mieses. Grato el canto de las cigarras, dulce el olor de los frutos, agradable el balido de las ovejas. 2 Se hubiera creído que los ríos cantaban suavemente al fluir y que los vientos al soplar silbaban sobre los pinos,² y que las manzanas, enamoradas, caían al suelo, y que el sol, amante de la belleza, los desnudaba a todos. Así pues, Dafnis, ardiendo por todas estas cosas, se metió en los ríos y unas veces se bañaba y otras pescaba los peces que se arremolinaban. Muchas veces incluso bebió como para apagar su fuego interior. 3 Y Cloe, después de ordeñar a las ovejas y a la mayoría de las cabras, tomaba mucho tiempo en cuajar la leche, porque las moscas molestas incomodan y pican si son ahuyentadas. Y entonces, tras lavarse la cara, se coronaba con ramas de pino y se ceñía la piel³ de cierva y, habiendo llenado su escudilla de vino y leche, compartía la bebida⁴ con Dafnis.

XXIV. 1 Entonces, al llegar el medio día, les ocurrió la cautividad de los ojos. Porque ella, viendo a Dafnis desnudo por completo, cayó en la cuenta de su hermosura, y se derritió, no pudiendo censurar ninguna parte de él. Y él, viéndola con la piel de cierva y la corona de pino, cuando le alcanzaba la escudilla, pensó que veía a una de las Ninfas de la gruta. 2 Entonces, robándose el pino de la cabeza, él mismo se coronó, besando primero la corona, y habiéndolo besado antes ella también, se puso ésta el vestido del que se bañaba y se había desnudado. 3 A veces se arrojaban manzanas¹ uno al otro y arreglaban uno al otro las cabezas, separando los cabellos. Y ella comparó la cabellera de él, por negra, con los mirtos; y él la cara de ella con una manzana,² porque era blanca y colorada. 4 Le enseñaba también a tocar la siringa. Y al empezar ella a soplar, robándole la siringa, él recorría con sus labios los cálamos. Y parecía enseñarle cuando ella se equivocaba, pero bajo buen pretexto, besaba a Cloe a través de la siringa.³

XXV. 1 Y mientras él tocaba la siringa al mediodía y los rebaños tomaban la sombra, Cloe se durmió sin sentirlo. Descubriendo esto Dafnis y dejando a un lado la siringa, la contempló toda, insaciablemente, porque en nada se avergonzaba; y luego en secreto, suavemente, susurró: 2 “¡Qué ojos duermen, y qué boca suspira! Así, ni las manzanas ni los sotos. Pero tengo miedo de besarla; muerde su beso el corazón y, como la miel nueva, hace enloquecer. 1 Temo incluso que, con besarla, la despierte. 3 Oh, locuaces cigarras, no le permitirán dormir, chirriando tanto! ¡Pero también estos cabrios golpean con los cuernos al luchar! ¡Oh, lobos, más cobardes que zorras, que no capturaron a éstos!²

XXVI. 1 En estando él en pensamientos tales, una cigarra al huir de una golondrina¹ que la quería cazar, cayó al seno de Cloe. Y la golondrina que la seguía

no la pudo capturar, pero llegando cerca, a causa de la persecución, rozó con sus alas las mejillas de ella. 2 Y ella, no sabiendo lo ocurrido, gritando fuertemente saltó de sus sueños. Pero viendo que la golondrina todavía volaba cerca, y a Dafnis que se reía de su miedo, cesó su temor y se empezó a frotar los ojos aún deseosos de dormir. 3 Entonces la cigarra, desde los pechos, chirrió de manera similar a un suplicante que estuviera dando las gracias por su salvación. Así pues, otra vez gritó Cloe fuertemente y Dafnis se rio. Y, habiendo encontrado un pretexto, metió las manos al seno de ella e hizo salir a la buena de la cigarra, que ni aun en su mano derecha guardaba silencio. Y Cloe se alegró al verla y, tomándola, la besó y la metió otra vez en su pecho mientras cantaba.

XXVII. 1 En otra ocasión los deleitó una paloma que, desde la selva, entonaba una canción pastoril. Y como Cloe buscaba saber lo que decía, le enseñó Dafnis¹ las consejas de los fabulistas. 2 “Había una vez una doncella, oh doncella, así de hermosa, y que así pastoreaba muchos bueyes en la selva. Era también hábil en el canto, y los bueyes se deleitaban con su música y los pastoreaba sin golpe de cayado ni contacto de pica, sino que, sentándose bajo un pino y coronada de pino, cantaba a Pan y a Pitis,² y los bueyes permanecían con ella por el sonido de su voz. 3 No lejos, un joven que pastoreaba bueyes, también él hermoso y hábil en el canto como la doncella, queriendo competir en la melodía, hizo salir una voz dulce como de niño y fuerte como de hombre, y fascinando a ocho de los mejores bueyes, los descarrió hacia su propio rebaño. 4 Afligida la doncella por la merma de su rebaño y por la inferioridad de su canto, ruega entonces a los dioses convertirse pájaro antes de llegar a su casa. Se persuaden los dioses y la hacen pájaro, montaraz como la doncella, y hábil como ella, en el canto. Y todavía ahora al cantar revela su desgracia: que busca sus bueyes errantes.”

XXVIII. 1 Tales deleites les proporcionaba el verano. Estando en su esplendor el otoño y la vid, unos piratas¹ tirios, en una nave de Caria² para no parecer bárbaros,³ arribaron a los campos y, desembarcaron con espadas cortas y armaduras,⁴ devastaron todo lo que les llegaba a las manos: vino oloroso, trigo abundante, miel en panales. Sustrajeron incluso algunos bueyes del rebaño de Dorcón. 2 También capturaron a Dafnis que vagaba entonces a la orilla del mar. (En cuanto a Cloe, como niña que era, sacaba las ovejas de Drías más lentamente, por temor a los insolentes pastores.) Los piratas, pues, viendo a un muchacho grande y hermoso y superior a la rapiña de los campos, no ocupándose más ni en las cabras, ni en los otros campos, lo hicieron bajar⁵ hacia la nave lloroso y desvalido, y llamando con grandes gritos a Cloe. 3 Y aquéllos, soltando al momento la amarra y poniéndose a los remos, zarparon hacia alta mar. Cloe, mientras tanto, descendía con el rebaño, trayendo a Dafnis una siringa nueva como regalo.⁶ Y al ver las cabras dispersas y al escuchar a Dafnis que le gritaba siempre más fuerte, se despreocupa de las ovejas y arroja la siringa, y a la carrera se dirige a Dorcón para suplicarle que la ayude.

XXIX. 1 Pero éste yacía destrozado por los golpes violentos de los piratas, respirando apenas, por la mucha sangre derramada. Al ver a Cloe, encontrando un pequeño rescoldo¹ de su amor anterior dijo: “Yo, Cloe, moriré dentro de poco. Pues los perversos piratas, porque luché por mis bueyes, me destazaron como buey. 2 Pero tú por mí, salva también a Dafnis, y a mí vengame y a ellos destrúyelos. He educado a mis bueyes para que sigan el sonido de una siringa y que vayan tras su música, aunque pазcan un tanto lejos. Ve, pues, llevando esta siringa, y sopla en

ella aquella melodía que yo alguna vez enseñé a Dafnis,² y Dafnis a ti. De ahí en adelante, se harán cargo la siringa y los bueyes que están allí. 3 Te regalo también la misma siringa con la cual, disputando con muchos, vencí a boyeros y pastores.³ Tú, a cambio de estas cosas, bésame⁴ mientras estoy todavía vivo, y llora cuando me muera. Y si ves a otro apacentando mis bueyes, acuérdate de mí.”

XXX. 1 Así pues, apenas hubo hablado Dorcón de tal manera y hubo dado su postrer beso, junto con el beso y la voz entregó el alma. Cloe, entonces, tomando la siringa e insertándola en sus labios, tocó tan fuerte como pudo. Y los bueyes oyeron y reconocieron la melodía, y de un solo impulso, mugiendo, saltaron al mar. 2 Como el violento salto se produjo hacia un solo costado de la nave, y por el impacto de los bueyes se abrió el mar profundo, la nave se volcó¹ y, al volverse a reunir la ola, se perdió, y los piratas cayeron de la nave no teniendo una misma esperanza de salvación. 3 Pues ellos se habían colgado sus espadas cortas y se habían vestido sus armaduras incrustadas y se habían puesto unas grebas hasta media pierna. Dafnis, por su parte, estaba descalzo, ya que pastoreaba en la llanura, y semidesnudo, pues era todavía tiempo de calor. 4 A aquéllos, pues, al poco tiempo de estar nadando, los hundieron hasta el fondo sus armas. Y Dafnis se quitó fácilmente la ropa, pero se cansó de nadar, ya que antes había nadado sólo en los ríos. 5 Mas finalmente, enseñado por la necesidad² lo que debía hacer, se lanzó hacia los bueyes del centro y, agarrándose con las dos manos de los cuernos de dos bueyes, era transportado en medio sin daño y sin trabajo, como si empujara un carro. 6 Porque ni siquiera un hombre nada como un buey. Únicamente se deja atrás por las aves acuáticas, y, además, por los peces. Un buey no perecería nadando, a no ser que las uñas de las pezuñas, remojándose, se le cayeran. Testimonian este dicho, aún ahora, muchos lugares del mar llamados paso de buey.³

XXXI. 1 Y así, de este modo, se salva Dafnis, escapando contra toda esperanza a dos peligros: a la banda de piratas y al naufragio. Al salir, encontrando en tierra a Cloe que ríe y llora¹ al mismo tiempo, se arroja en su regazo y le pregunta con qué propósito tocaba la siringa. 2 Ella le explica todo: la carrera hacia Dorcón, la enseñanza de los bueyes; cómo había sido exhortada a tocar la siringa, y que había muerto Dorcón. Sólo, avergonzada, no habló del beso.² Les pareció bien honrar a su benefactor y, viniendo junto con sus parientes, entierran al desgraciado Dorcón.³ Pusieron mucha tierra encima y plantaron muchos árboles⁴ cultivados, y le colgaron las primicias de sus labores. Pero también libaron leche y exprimieron uvas y quebraron muchas siringas. 4 Se escucharon también lastimeros mugidos de los bueyes, y se vieron carreras desordenadas junto con los mugidos. Y como se creía entre los pastores y cabrerizos, esto era el treno de los bueyes⁵ en honor de su boyero muerto.

XXXII. 1 Después del funeral de Dorcón, Cloe baña a Dafnis,¹ llevándolo ante las Ninfas. Y entonces ella, viéndola Dafnis por primera vez, se bañó el cuerpo blanco e inmaculado por su belleza, y en nada, para su belleza, necesitado del baño. 2 Y habiendo reunido cuantas flores en aquella estación había, coronaron las estatuas y colgaron de la piedra como ofrenda la siringa de Dorcón. Y después de esto, regresando, observaban las cabras y las ovejas. 3 Todas ellas yacían acostadas, sin pastar ni hablar; mas creo, suspirando por Dafnis y Cloe que estaban

ausentes. Y ellos, en cuanto fueron vistos, gritaron lo habitual y tocaron la siringa; las ovejas, levantándose, pacían. Y las cabras saltaban, resoplando, como alegrándose de la salvación del cabrerizo habitual. 4 Pero Dafnis no persuadía su alma a alegrarse, pues había visto a Cloe desnuda, y revelada la hermosura antes oculta. Le dolía el corazón como si hubiera sido devorado por un veneno,² y su aliento, ora impetuoso, expiraba en él, como si alguien lo persiguiera; ora lo abandonaba, como exhausto de las anteriores correrías. Le parecía que el baño era más temible que el mar.³ Consideraba que su alma permanecía aún entre los piratas, como joven y agricultor, y aún ignorando la piratería de amor.

LIBRO II

I. 1 Ya el otoño alcanzaba su apogeo, y al apresurarse la cosecha, cada hombre estaba en faena por los campos. Este preparaba los lugares, aquél limpiaba los toneles, otro tejía las cestas. 2 Uno ocupaba una pequeña hoz para cortar los racimos de uva, y otro una piedra capaz de exprimir las pulpas de las uvas,¹ y otro un agnocasto seco descortezado a golpes, para que se llevara en la noche, bajo su luz², el vino dulce.³ 3 También Dafnis y Cloe, que habían descuidado sus cabras y ovejas, prestaban a los otros la ayuda de su mano. El transportaba en las cestas las uvas y, arrojándolas dentro de los lagares, las pisaba, y lleva el vino a los toneles. Ella proveía alimento a los recolectores y les guardaba como bebida el vino más viejo, y recolectaba las uvas más bajas. 4 Porque en Lesbos toda la vid es baja, no elevada ni trepadora, sino extendida bajo las ramas y esparcida como hiedra⁴. Incluso un niño podría alcanzar una uva ahora mismo, sacando las manos de los pañales.

II. 1 Y tal como era natural en la festividad de Dioniso y en la producción del vino,¹ las mujeres de los campos vecinos, llamadas para ayudar, ponían los ojos en Dafnis y lo ensalzaban como semejante a Dioniso en hermosura.² Y una de las más audaces besó a Dafnis y lo excitó, pero entristeció a Cloe. 2 Por su parte, ellos en los lagares, lanzaron coloridas voces ante Cloe y, como ante una Bacante los Sátiros,³ frenéticamente saltaban, y rogaban ser convertidos en rebaños de ovejas, y ser apacentados por ella. Así, a su vez, ella se alegraba, mientras Dafnis se entristecía. 3 Y entonces rogaban poner fin rápidamente a la cosecha,⁴ y ocupar los lugares acostumbrados, y en vez del grito discordante, escuchar la siringa o los balidos de sus ovejas. 4 Y cuando transcurridos unos cuantos días, las vides habían sido cosechadas y los toneles tenían el vino dulce y ya no se necesitaba para nada de muchas manos, conducían sus rebaños hacia la llanura y, alegrándose mucho, adoraban a las Ninfas llevándoles uvas en racimo, primicias de la cosecha. 5 Ninguna vez, en el tiempo anterior, vinieron descuidadamente, sino siempre, al empezar el pastoreo, se les sentaban delante y al regresar del pastoreo las adoraban y siempre les llevaban algo: o flor o fruto o rama verde o libación de leche. 6 Y por ello posteriormente recibieron recompensas de parte de las diosas. Pero, en aquel momento, se dice,⁵ saltaban como perros sueltos de sus correas, tocaban la siringa, cantaban, luchaban con los cabríos y las ovejas.

III. 1 Mientras ellos se divertían, se les presentó un anciano que vestía una capa de chivo peludo, calzaba sandalias,¹ llevaba colgada una alforja, y la alforja era vieja. Éste, sentándose cerca de ellos, habló así: 2 “Yo, oh jóvenes, soy el anciano Filetas,² quien muchas veces canté a estas mismas Ninfas, y otras muchas toqué la siringa para el mismo Pan, y guié a muchos rebaños de bueyes sólo con

música. He venido para revelaros cuanto he visto, para relataros cuanto he oído. 3 Tengo un jardín hecho con mis propias manos, el cual, desde que a causa de mi vejez dejé de pastorear, he trabajado duramente, dándose en él, en cada estación, todo cuanto las estaciones ofrecen. 4 En primavera, rosas y lirios y jacintos y ambos tipos de violetas;³ en verano, amapolas y peras y todo tipo de manzanas; ahora, vides e higos y granadas y mirtos verdes.⁴ 5 Al amanecer se reúnen en este jardín bandadas de pájaros, unos para el alimento, otros para el canto. Porque está bien cubierto y sombreado, y regado por tres fuentes. Si alguien quitara la tapia que lo rodea, creería estar viendo un bosque.

IV. 1 En llegando hoy, alrededor del mediodía, fue visto por mí, bajo los granados y los mirtos, un niño¹ blanco como la leche, rubio como el fuego, reluciente como recién bañado sosteniendo mirtos y granadas. Desnudo estaba, solitario estaba. Jugaba, recogiendo fruta; como si el jardín fuera suyo propio. 2 Entonces yo me precipité hacia él como para sacarlo, temiendo que, con su manoseo, doblara los mirtos y los granados. Pero él, ágil y fácilmente, escapó de mí, corriendo una vez bajo los rosales, ocultándose otra bajo las amapolas, como un polluelo de perdiz. 3 Y aunque yo había tenido muchas veces problemas al perseguir a los cabritos lactantes, y muchas veces me había cansado corriendo tras las terneras recién nacidas; sin embargo, ésta era una cosa distinta e incapturable. Cansado, pues, como anciano, y apoyado en mi bastón, pero al mismo tiempo vigilando para que no huyera, preguntaba de cuál de los vecinos era, y con qué propósito recogía fruta de un jardín ajeno. 4 Él nada respondía, y parándose cerca, sonreía muy débilmente y me arrojaba los mirtos, y no sé cómo me hechizaba para que ya no me enojara. Yo entonces le rogaba que sin temer ya nada viniera a mis brazos, y le juraba por los mirtos² que lo dejaría ir dándole manzanas y granadas, y que siempre le iba a permitir recoger la fruta y arrancar las flores, si obtenía de él un beso.³

V. 1 Entonces él, riéndose muy fuerte, emitió una voz tal como no lo harían ni una golondrina ni un ruiseñor ni un cisne¹ que hubiera llegado a viejo al igual que yo.

“Besarte, oh Filetas, no me es aversión ninguna. Pues deseo ser besado, más que tú volverte joven. Pero vé si por tu edad te conviene esté don. 2 Porque en nada te ayudará tu vejez para no perseguirme² después de este único beso. Pues soy difícil de capturar tanto para un halcón como para un águila y aun si es alguna otra ave más veloz que éstas. Fijate en que yo no soy un niño y, aunque parezco niño, soy, no obstante, más viejo que Cronos³ e incluso que todo el tiempo mismo. 3 Y te conozco desde que, en la flor de la juventud, pastoreabas en aquella montaña un extenso rebaño, y me sentaba junto a ti cuando tocabas la siringa cabe estas encinas, en el tiempo en que amabas a Amarilis. Pero no me veías aunque estaba muy cerca, al lado de esa muchacha. Te la di; y actualmente tienes hijos, buenos pastores y agricultores. 4 Ahora velo por Dafnis y Cloe. Y cada vez que temprano en la mañana los reúno en un lugar, voy a tu jardín y me deleito con las flores⁴ y las frutas e incluso me baño en estas fuentes. Bellas por esto las flores y las frutas, regadas con mis baños.⁵ 5 Ahora bien, ve que ninguna de tus plantas ha sido rota, que ninguna fruta ha sido recogida, que ninguna raíz de flor ha sido pisada, que ninguna fuente ha sido enturbiada, y alégrate de que sólo tú entre los hombres, en la vejez, has visto a este niño.”

VI. 1 “Y en diciendo así, como un polluelo de ruiseñor se elevó hacia los mirtos y, cambiando de rama a rama por entre las hojas, trepó hasta la cima. Vi las alas de sus hombros, y un arco y flechas entre sus alas,¹ y ya ni a él ni estas cosas vi más. 2 sin embargo, si no en vano estos cabellos blancos² tengo, ni habiendo envejecido he ganado los ingenios más vanos, a Eros, oh niños, estáis consagrados y Eros se preocupa por vosotros.”

VII. 1. Se alegraron mucho, como si estuvieran escuchando una fábula y no un relato;¹ incluso preguntaron qué cosa era Eros, si niño o ave,² y qué cosa podía. Así, nuevamente dijo Filetas: “Eros, oh niños, es un dios, joven y bello y volátil. Por ello, se alegra con la juventud y persigue la belleza y pone sobre alas las almas.³ 2 Puede tanto como ni Zeus.⁴ Domina los elementos, domina los astros y domina a sus iguales, los dioses. Ni vosotros, en tal forma, a vuestras cabras y ovejas. 3 Las flores todas, obras de Eros; estas plantas, su creación. Debido a él, los ríos, fluyen y los vientos soplan.⁵ 4 Yo mismo he visto a un toro enamorado, y mugía como picado por un tábano. Y a un cabrío que, queriendo a una cabra, la perseguía también a todas partes. Porque yo mismo fui joven y estuve enamorado de Amarilis. Y ni me acordaba del alimento ni tomaba bebida ni conciliaba el sueño. 5 Sufría en el alma, me sobresaltaba en el corazón, me enfriaba del cuerpo. Gritaba como si hubiera sido golpeado, callaba como si estuviera muerto, me metía en los ríos como si estuviera abrasado. 6 Llamaba a Pan en mi ayuda, porque también él se había enamorado de Pitis. Alababa al Eco⁶ que llamaba el nombre de Amarilis detrás de mí. Rompí mis siringas porque hechizaban a mis bueyes, pero no me llevaban a Amarilis. 7 Porque de Eros no hay ningún remedio, ni bebido ni comido ni platicado en las odas, sino⁷ un beso y un abrazo y estar acostados juntos con los cuerpos desnudos.”

VIII. 1. Habiéndoles enseñado Filetas estas cosas, se alejó después de recibir de ellos unos quesos y un cabrito ya con cuernos. Ellos, por su parte, al quedarse solos, aunque habían escuchado el nombre de Eros por primera vez¹ se abatieron en sus almas por la tristeza y cuando regresaron en la noche a sus cabaña, compararon lo de ellos mismos con lo que habían oído. 2 “Sufren los que aman; también nosotros; descuidan el alimento, lo hemos descuidado; no pueden dormir, esto precisamente padecemos ahora también nosotros. Abrasarse parecen, y junto a nosotros, el fuego; desean mutuamente verse; por ello rogamos que surja el día más de prisa. 3 Sin duda esto, es el amor y nos amamos mutuamente sin saberlo. Porque si esto no es amor, y yo un enamorado, ¿por qué, pues, sufrimos estas cosas y por qué mutuamente nos buscamos? Dijo toda la verdad Filetas. 4 Ese niño del jardín también fue visto por nuestros padres en aquel sueño. Y ordenó que nosotros pastoreáramos los rebaños. ¿Cómo podría alguien capturarlo? Es pequeño y va a huir. ¿Y cómo podría alguien huirle? Tiene alas y nos alcanzará. 5 Hay que refugiarse en las Ninfas auxiliaoras. Pero ni Pan ayudó² a Filetas cuando amaba a Amarilis. Así pues, cuantos remedios mencionó, éstos deben ser buscados: un beso y un abrazo y yacer desnudos en el suelo. Hace frío; sin embargo, después de Filetas,³ ambos lo soportaremos.”

IX. 1 Esta escuela tuvieron durante la noche. Y cuando al día siguiente conducían sus rebaños a la pastura, se besaron mutuamente al verse y —lo que nunca antes habían hecho— entrelazando las manos, se abrazaron. Pero temían el

tercer remedio, acostarse juntos desvestidos. Porque era algo muy audaz no sólo de las doncellas sino también de los jóvenes cabrerizos.¹ 2 Así pues, llegó otra vez la noche, con la vigilia y la reflexión de lo sucedido y la culpabilidad de lo omitido.² “Nos besamos, y ninguna ayuda; nos abrazamos y casi nada más. Así pues, el único remedio del amor es estar acostados juntos. Es necesario experimentar también esto. En todo caso, habrá en ello algo superior a un beso.”

X. 1 Tras estos razonamientos, como era lógico, incluso vieron sueños eróticos: los besos, los abrazos. Y cuanto no hicieron durante el día, esto hicieron durante el sueño; desnudos estaban acostados uno junto al otro. 2 De modo que más llenos del dios, al siguiente día se levantaron y con un silbo condujeron sus rebaños, dándose prisa por los besos. Y al verse uno al otro, con una sonrisa corrieron a encontrarse. 3 Entonces surgieron los besos y siguieron los abrazos, pero al tercer remedio se retrasaba, no atreviéndose Dafnis a mencionarlo ni queriendo Cloe empezar; hasta que, por azar, también esto hicieron.

XI. 1 Sentados sobre un tronco de encina, cerca uno del otro, y habiendo probado el deleite en un beso, insaciablemente se procuraban el placer. Los abrazos habían permitido también la presión de las bocas. 2 En un abrazo más violento, como Dafnis en ese instante la hubiera atraído un poco, Cloe se reclinó en cierto modo sobre su costado y él se cayó junto con ella, siguiendo su beso. Y habiendo reconocido la imagen de sus sueños, estuvieron acostados mucho tiempo como si hubieran sido atados juntos. 3 Y no sabiendo nada de las cosas que siguen, y creyendo que esto era el límite del disfrute amoroso, tras haber gastado en vano¹ la mayor parte del día, se separaron y condujeron de regreso sus rebaños, odiando la noche. Quizás hubieran hecho también algo de lo verdadero², si no se hubiera apoderado de todo aquel campo una confusión como ésta:

XII. 1 Unos jóvenes ricos¹ de Metimna,² deseando que el tiempo de la cosecha fuera empleado en un deleite extranjero,³ habiendo botado una pequeña nave y habiendo colocado a sus criados como remeros, navegaron a lo largo de los campos de Mitilene que estaban cerca del mar. 2 El litoral estaba provisto⁴ de buenos puertos y de moradas muy costosas y de ininterrumpidos lugares para bañarse, y de jardines y bosques, los unos obra de la naturaleza y los otros destreza de los hombres; todos eran hermosos para que allí la juventud se gozara. 3 Al ir costeando y tocando puertos, no hicieron ningún daño⁵ y, por el contrario, se deleitaron con variados deleites; unas veces, desde una roca proyectada hacia el mar, con anzuelos colgados del delgado lino de lascañas pescando peces que entre las rocas vivían, y otras veces con perros y redes capturando liebres que huían de la confusión de las viñas. 4 Luego se interesaron también en cacerías de aves, y con lazos, capturaron gansos silvestres y patos y avutardas, de modo que el deleite les podía procurar también beneficio para la mesa. Y si había necesidad de algo, lo tomaban de los que se encontraban en los campos,⁶ pagándoles más óbolos de lo justo.⁷ 5 Sólo pan, vino y techo les faltaban. Pues no parecía seguro estar en el mar, iniciado ya el fin del otoño, así que arrastraron su nave a tierra durante la noche, temerosos de una tempestad.

XIII. 1 Uno de los agricultores necesitado —pues antes se había roto la suya— una cuerda para suspender una piedra que prensara los racimos pisados,¹

habiendo venido al mar a hurtadillas, luego de acercarse a la nave desgarnecida, de lavar la amarra y llevarla a su casa, la empleó para lo que necesitaba.² 2 Y al alba, los jóvenes metimnenses buscaron la amarra y —como ninguno confesó el hurto— tras reprochar débilmente a sus huéspedes, zarparon. Y habiendo avanzado treinta estadios,³ anclaron cerca de los campos en que habitaban Dafnis y Cloe. Pues les pareció que la llanura era buena para cazar liebres. 3 Pero no tenían cuerda que les permitiera atar la amarra, y luego de torcer como cuerda un largo mimbre verde, ataron con éste, del extremo de la proa, su nave a la tierra; luego, soltando los perros para que olfatearan la pista, tendieron las redes en los puntos de los caminos que parecían convenientes. 4 Entonces los perros, corriendo de un lado al otro, con su ladrido espantaron a las cabras; éstas, alejándose de las regiones montañosas se dirigieron algo más cerca del mar. Y no teniendo nada comestible en la arena, las más atrevidas de ellas, acercándose a la nave, devoraron⁴ mimbre verde con el cual la nave había sido atada.

XIV. 1 Pero había algo de oleaje en el mar porque se había levantado el viento desde las montañas. Así, muy rápidamente la resaca de la ola arrastró la desatada nave y la llevó mar adentro. 2 Entonces, percatándose de esto los metimnenses, unos corrieron al mar y otros reunieron a los perros. Y todos gritaron, de modo que al escucharlos acudieran todos los de los campos vecinos. Pero no había ningún remedio. Pues, estando el viento en plenitud, la nave fue llevada por la corriente con ingobernable rapidez. 3 Así que ellos, al haber perdido no pocos bienes, buscaron al que pastoreaba las cabras. Y encontrando a Dafnis, lo golpearon, lo desvistieron.¹ Y uno levantando una correa de perro, la pasó alrededor de sus manos para atarlo.² 4 Aquel gritaba al ser golpeado,³ y suplicaba a los campesinos, y sobre todo a Lamón y a Drías llamaba en su ayuda. Se tuvieron éstos delante, ancianos vigorosos y con manos endurecidas por las labores agrícolas, y consideraron conveniente que se defendiera su causa⁴ en torno a lo ocurrido.

XV. 1 Considerando conveniente estas mismas cosas también todos los otros,¹ eligieron como juez a Filetas el boyero; pues era el más viejo de los presentes² y tenía fama, entre los aldeanos, de extraordinaria rectitud. Primero con claridad y precisión,³ acusaron los metimnenses, teniendo a un boyero como juez. 2 “Vinimos a estos campos deseando cazar. Y después de atar nuestra nave con un mimbre verde, la dejamos en la costa, y con los perros buscamos la caza. En esto, las cabras de éste, descendieron al mar y se comieron el mimbre y soltaron la nave. 3 La hubieras visto arrastrada hacia el mar ¿de cuántos bienes, piensas cargada? ¿Cuántas vestiduras perdidas, cuánto adorno de perros, cuánto dinero!⁴ Quien tuviera aquello, hubiera podido comprar estos campos. En lugar de lo cual, consideramos conveniente llevarnos a éste,⁵ que es un mal cabrerizo, que pastorea sus cabras en el mar, como nauta.⁶

XVI. 1 De tal manera acusaron los metimnenses. Dafnis, por su parte, se hallaba mal por los golpes, pero viendo presente a Cloe se desprecupó de todo¹ y habló así: “Yo pastoreo las cabras bien.² Nunca ni un solo aldeano me acusó de que una cabra mía se hubiera alimentado en el jardín de alguno o de que rompiera una vid en floración. 2 Malvados cazadores son éstos, en cambio,³ y tienen perros mal adiestrados que, corriendo mucho y ladrando fuerte, persiguieron como lobos a mis cabras desde las montañas y las llanuras hasta el mar. 3 Pero,⁴ se comieron el

mimbre. Porque no tenían en la arena pasto o madroño o tomillo. Pero la nave se perdió por el mar. Estos son obra de la tormenta, no de las cabras.⁵ Pero las vestiduras y el dinero estaban allí. ¿Y quién, que sea sensato, va a creer que una nave que llevaba tales cosas tenía como amarra un mimbre?"⁶

XVII. 1 Dafnis lloró¹ luego de estas palabras y movió a los campesinos a una gran compasión; así que Filetas, el juez, juró por Pan y las Ninfas² que Dafnis no había hecho ningún mal y tampoco las cabras, sino el mar y el viento, de los cuales otros eran jueces. 2 Diciendo esto no persuadió Filetas a los metimnenses quienes, en cambio, por coraje, dándose prisa, se llevaban otra vez a Dafnis y querían atarlo. 3 Entonces los aldeanos, irritados, saltaron sobre ellos como si fueran estorninos o grajos.³ Y rápidamente libertaron a Dafnis quien luchaba también y, rápidamente, golpeándolos con garrotos, los pusieron en fuga. Y no cesaron antes de echarlos de las montañas hacia otros campos.

XVIII. 1 Entonces, mientras ellos perseguían a los metimnenses, Cloe, en la inmensa calma, condujo a Dafnis ante las Ninfas y lavándolo, le limpió la cara ensangrentada de las narices chorreantes por un golpe, y sacando de la alforja un pedazo de pan de levadura¹ y una porción de queso, se los dio a comer. Y lo que lo iba a reconfortar sobre todo, le besó un beso de miel con sus tiernos labios.

XIX. 1 En ese momento, pues, de tal suerte salió Dafnis de la desgracia. Pero el asunto no concluyó con esto, sino que, al regresar los metimnenses con grandes trabajos hacia su tierra, caminantes en vez de nautas y heridos en vez de engalanados, reunieron a la asamblea popular de los ciudadanos y, depositando ramas de los suplicantes,¹ suplicaron que se tomaran venganzas, 2 no diciendo ni una de las cosas verdaderas, y para no resultar ridículos por tales y tantas cosas que padecieron de los pastores, acusaron, en cambio, a los de Mitilene de que les habían quitado la nave y les habían saqueado sus bienes, como era costumbre de guerra.² 3 Creyéndoles aquéllos, a causa de las heridas, y considerando justo tomar venganza por esos mismos jóvenes de las principales familias, votaron una guerra no declarada³ contra los de Mitilene, y ordenaron al estratega que botara diez naves para devastar su litoral. Pues estando cerca el invierno⁴, no era seguro confiar a mar una flota may

XX. 1 Este, desabocando rápidamente al siguiente día, con soldados que a la vez eran remeros, zarpó hacia los campos de Mitilene cercanos al mar. Y saqueó¹ muchos rebaños y mucho trigo y vino —precisamente cuando la recolección de vides había terminado— y a no pocos hombres que eran labradores de aquellos campos. 2 Y zarpó también hacia los campos de Dafnis y Cloe, y desembarcando precipitadamente, se llevó como botín lo que halló en su camino. Sin embargo, Dafnis no pastoreaba sus cabras, sino que, habiendo ido al bosque,² estaba cortando hojas verdes para poder durante el invierno proporcionar alimento a sus cabritos. De modo que habiendo visto desde arriba la incursión, se ocultó³ en el tronco hueco de un haya seca. 3 Pero Cloe estaba cerca de sus rebaños y, perseguida, se refugió como suplicante⁴ en la gruta de las Ninfas y pedía por las diosas que tuvieran consideración tanto de aquellos animales que pastoreaba, como de ella. Pero no había ningún remedio. Pues los metimnenses, luego de insultar mucho a las estatuas,⁵ también se llevaron⁶ sus remedios, y a ella la condujeron como cabra u oveja, golpeándola con mimbres.

XXI. 1 Teniendo ya las naves repletas de múltiple botín, resolvieron no navegar más allá, y en cambio emprendieron la travesía hacia su casa, temerosos del invierno y de los enemigos. Así pues, ellos zarparon, esforzándose en remar, porque no había viento. 2 Dafnis, por su parte, cuando hubo calma, viniendo hacia la llanura donde pastoreaban, no viendo las cabras ni dando con las ovejas, ni encontrando a Cloe, sino una gran soledad y tirada la siringa con la cual Cloe se deleitaba usualmente, 3 gritando con fuerza y gimiendo lastimosamente, corrió una vez hacia el haya en donde se sentaba; otra vez hacia el mar como para verla, y luego hacia la gruta de las Ninfas cabe las cuales, perseguida, Cloe se había refugiado. Allí incluso se postró en el suelo y acusó a las Ninfas de traidoras.¹

XXII. 1 "De vosotras fue robada Cloe, ¿y soportasteis ver esto? Ella que os tejía coronas, ella que os hacía libaciones de la primera leche, de quien también esta siringa es ofrenda. 2 Ni una sola cabra me robó un lobo; en cambio los enemigos, el rebaño completo y a la que pastoreaba conmigo.¹ Y van a desollar las cabras y van a sacrificar las ovejas. y Cloe, en lo sucesivo, va a vivir en una ciudad. 3 ¿Con qué pies² voy a regresar al lado de mi padre y de mi madre sin las cabras, sin Cloe, habiendo de ser un desocupado? Porque no puedo pastorear ya. 4 Aquí postrado esperaré o la muerte o un segundo combate. Y tú, Cloe, ¿acaso sufres esto mismo? ¿Acaso te acuerdas de esta llanura y de estas Ninfas y de mí? ¿O te consuelan las ovejas y las cabras que están cautivos contigo?"

XXIII. 1 En diciendo él estas cosas, por las lágrimas y la tristeza lo abatió un profundo sueño, y se le aparecieron las tres Ninfas, mujeres grandes y hermosas, semidesnudas y descalzas, desaliñados los cabellos y semejantes a sus estatuas.¹ 2 Y desde el principio parecieron apiadarse de Dafnis; luego la más ilustre dijo reconfortándolo:²

"De nada nos culpes Dafnis. Porque en Cloe nos ocupamos más que tú.³ Nosotros, ya cuando era niña, nos apiadamos también de ella, y cuando estaba abandonada en esta gruta, la alimentamos. 3 Ella no tiene nada en común con estas llanuras ni con las ovejas de Drías.⁴ Y ahora esto ha sido resuelto por nosotras en relación con ella: que llevada a Metimne no sea esclava, y que no resulte parte de un botín de guerra. 4 ¿Por qué a Pan, aquel que está colocado bajo el pino,⁵ al cual vosotros jamás, ni con flores, honrasteis, le hemos pedido que sea el salvador de Cloe? Porque está acostumbrado a los ejércitos⁶ más que nosotras, y ya ha combatido muchos combates alejándose de la vida campesina. Y marchará contra los metimnenses no como un blando enemigo. 5 No sufras por nada, y luego que te levantes, busca a Lamón y a Mirtale, que también ellos están postrados, creyendo que también tú has sido parte del robo. Cloe regresará a ti al siguiente día, junto con las cabras, junto con las ovejas, y pastorearéis en común y tocaréis la siringa en común. En cuanto a lo demás, Eros se ocupará de vosotros."

XXIV. 1 Habiendo visto y escuchado esto Dafnis, al salir de sus sueños, llorando a la vez de gusto y de tristeza, se postró ante las estatuas de las ninfas y les prometió, si era salvada Cloe, sacrificarles la mejor de sus cabras. 2 Corriendo también hacia el pino en donde estaba colocada la estatua de Pan —pies de cabrío y con cuernos, que sostenía aquí una siringa, allí un cabrío a punto de saltar—,¹ se postró también ante él y le rogó por Cloe y prometió sacrificarle un cabrío.² 3 Y

cuando, con la puesta del sol, acabó de llorar y suplicar, recogidas las hojas que había cortado, regresó a su cabaña y, habiendo alejado las penas de quienes estaban como Lamón,³ habiéndolos colmado de alegría, probó el alimento y se dispuso al sueño, y éste no sin lágrimas, sino rogando ver en su sueño otra vez a las Ninfas, y rogando que viniera rápido el día en el cual le habían prometido a Cloe. De todas las noches, aquélla le pareció haber sido la más larga. Sucedieron en ella estas cosas:

XXV. 1 El general de los metimnenses, habiéndose alejado como diez estadios, quiso que sus soldados, agotados por la incursión, se repusieran. 2 Apoderándose, pues, de un promontorio prolongado en forma de luna creciente y extendido hacia el mar, en el cual el mar hacía una rada más tranquila que los puertos, entonces, habiendo amarrado ahí sobre las anclas las naves flotantes, de modo que ninguno de los campesinos dañara a alguna desde la tierra, dejó a los metimnenses en un deleite apacible.¹ 3 Y ellos, con abundancia de todas las cosas obtenidas de la rapiña bebieron, bailaron, imitaron una fiesta victoriosa. Y en el punto de acabarse el día y habiéndose prolongado el deleite hasta la noche, de pronto la tierra toda pareció iluminarse con fuego, y un ruido rugiente de remos se escuchó,² como si una gran flota hubiera atacado. 4 Uno gritaba que se armaran, otro llamaba a su general y uno creía estar herido, y uno estaba tendido simulando el aspecto de muerto. Se habría creído ver una batalla nocturna, siendo que no había enemigos presentes.

XXVI. 1 Habiendo ellos tenido una noche tal, sobrevino el día mucho más terrible que la noche. Los cabríos de Dafnis, y las cabras, tenían en los cuernos hiedra en racimo; y los carneros y las ovejas de Cloe aullaban aullidos de lobo. 2 Y ella misma se veía coronada de pino. Surgieron también en torno al mar mismo muchas cosas increíbles. Porque las anclas permanecían en el fondo cuando intentaban llevarlas, y los remos, cuando los bajaban para remar, se rompían en pedazos.¹ Y unos delfines que saltaban desde el mar golpeando con sus colas las naves, desbarataban su armazón.² 3 Se escuchaba también desde una roca que se elevaba por sobre de la cima, el eco de una siringa. Pero no deleitaba como siringa, sino que atemorizaba a los oyentes.³ como trompeta de guerra. 4 Se perturbaron entonces, y ya corrían a las armas, ya llamaban a enemigos que no se velan, de modo que otra vez rogaban que viniera la noche, para alcanzar en ella una tregua. 5 Ya todos los que estaban en su sano juicio, era inteligible que los acontecimientos, las visiones y ruidos venían de Pan, encolerizado por algo con los nautas. No podían, sin embargo, colegir la causa —pues ningún templo de Pan había sido despojado—, hasta que alrededor del mediodía, al quedarse dormido el general no sin ayuda divina, el mismo Pan fue visto diciendo estas cosas:

XXVII. 1 “Oh, los más profanos e impíos de todos; ¿cómo osasteis esto con encolerizadas mentes? Habéis llenado de guerra la vida campestre, querida para mí, y os habéis llevado los rebaños de bueyes y cabras y ovejas que yo protegía.¹ 2 Arrastrasteis de los altares a una doncella de quien Eros quiere hacer una fábula. Y no respetasteis a las Ninfas que os veían, ni a mí, Pan. Pero no veréis, a Metimna, navegando con tales despojos ni huiréis de esta siringa que os perturba. 3 Pues, después de hundiros, os daré de comida a los peces si, con la mayor rapidez, no restituís a las Ninfas a Cloe, y los rebaños de Cloe y las cabras y las ovejas.

Levántate ya, y desembarca a la muchacha con aquello que dije. Yo mismo guiaré tu navegación y su camino.”

XXVIII. 1 Muy confundido Briaxis —pues así se llamaba el general— da un salto y, llamando a los comandantes de las naves, les ordena buscar a la mayor rapidez a Cloe entre los prisioneros. 2 Ellos la encontraron rápidamente y la trajeron antes su ojos, pues estaba sentada coronada de pino.¹ Y como reconociera esta señal² de la visión de sus sueños, en su misma nave insignia la condujo hacia la tierra. 3 Y apenas hubo desembarcado aquélla, se escuchó de nuevo el eco de la siringa desde la roca, pero ya no guerrero y temible, sino pastoril y como el que conduce los rebaños a la pastura. Y las ovejas salieron corriendo por la rampa, deslizándose sobre el cuerno³ de las pezuñas, y las cabras más audazmente, porque también estaban acostumbradas a escalar.

XXIX. 1 Y entonces rodearon en círculo a Cloe, como un coro, saltando y balando, y de manera semejante¹ a quienes se alegran. En tanto, las cabras de los otros pastores y las ovejas y los rebaños, permanecían en su lugar en la hueca nave, como si la música no las llamara a ellas. 2 Y mientras que todos se maravillaban y alababan a Pan, se vieron cosas más maravillosas que éstas en ambos elementos.² 3 Por un aparte las naves de los metimnenses, antes que se levaran las anclas, empezaron a navegar, y un delfín que saltaba del mar, guiaba la nave insignia. Por otra, el eco dulcísimo de una siringa guiaba las cabras y las ovejas y nadie veía al que la tocaba, de modo que el rebaño de ovejas y las cabras avanzaban al mismo tiempo y pastaban deleitándose con la melodía.

XXX. 1 Era la hora de la segunda pastura,¹ cuando Dafnis vio desde un mirador elevado los rebaños y a Cloe, gritando fuertemente “Oh Ninfas y Pan”, bajó corriendo a la llanura y, abrazando a Cloe, cayó desmayado. 2 Cuando difícilmente recobró la conciencia, a causa de Cloe que lo besaba y lo calentaba con sus brazos, fue al haya acostumbrada. Y sentándose bajo su tronco, preguntó a Cloe cómo escapó a tales enemigos. 3 Ella le explicó todo, la hidra de las cabras, el aullido de las ovejas, el pino que verdeció en su cabeza, el fuego en la tierra, y el ruido en el mar, ambos sonidos de la siringa, el guerrero y el apacible, la noche temerosa; cómo a ella, que desconocía el camino, la música le había indicado el camino. 4 Reconociendo Dafnis los sueños de las Ninfas y las obras de Pan, relató también cuanto él había visto, cuanto había oído: que estando a punto de morir, por las Ninfas vivía. 5 Y la envió a que trajera a los que estaban con Drias y Lamón² y cuanto era propio para el sacrificio, mientras él, apartando a la mejor de sus cabras y coronándola con hiedra, como fue vista por los enemigos, y vertiendo leche³ entre sus cuernos, la sacrificó a las Ninfas, y colgándola, la desolló⁴ y consagró su piel.

XXXI. 1 Ya par entonces, estando presentes todos los que venían con Cloe, tras encender Dafnis el fuego y hervir¹ unas partes de carne y asar otras, ofreció las primicias a las Ninfas y vertió una cratera llena de vino dulce y haciendo unas camas del follaje, se ocupó luego en el alimento y en la bebida y en la diversión. Y observaba al mismo tiempo los rebaños² para que si les caía encima un lobo, no hiciera acciones de enemigos.³ 2 Cantaron también para las Ninfas algunas odas, reacciones de los ancianos pastores. Y al llegar la noche, se durmieron ahí en el campo; y al día siguiente se acordaron de Pan,⁴ y luego coronar de pino al guía de los cabríos, lo

llevaron ante el pino,⁵ y, vertiendo vino y alabando al dios, lo sacrificaron, lo colgaron, lo desollaron. 3 Y después de asar y hervir la carne, la pusieron cerca en el prado, entre las hojas. La piel con los cuernos fue fijada en el pino ante la estatua, como ofrenda pastoril al dios de los pastores. Ofrecieron también las primicias de la carne, e hicieron una libación de la cratera mayor; Cloe cantó, Dafnis tocó la siringa.

XXXII. 1 Luego de esto, reclinados,¹ empezaron a comer. Y ante ellos apareció Filetas el boyero quien, por casualidad, traía para Pan unas coronas y unas uvas aún en hojas y ramas. Y venía con él Títiro,² el más joven de sus hijos, niño rubio y de ojos zarcos, blanco³ y majestuoso. Y caminando saltaba⁴ ágilmente como un cabrito. 2 Levantándose entonces, colocaron a Pan una corona y colgaron los sarmientos del follaje del pino. Y reclinándolo cerca de ellos, lo hicieron compañero de bebida.⁵ 3 Y entonces los ancianos, algo borrachos, se contaban⁶ unos a otros muchas cosas: cómo pastoreaban cuando eran jóvenes, cómo escaparon de muchas correrías de piratas. Alguno presumía de cómo había matado a un lobo; otro, de cómo había tocado la siringa en segundo lugar sólo de Pan. Este era el motivo de orgullo de Filetas.

XXXIII. 1 Entonces Dafnis y Cloe le dirigieron toda clase de peticiones para que compartiera también con ellos su arte; para que tocara la siringa en la fiesta del dios que con la siringa se alegra. Lo ofreció Filetas, aunque culpó a la vejez de que estaba sin aliento, y tomó la siringa de Dafnis. 2 Pero ésta era pequeña para un arte grande, pues era soplada en la boca de un niño. Así que mandó a Títiro por su propia siringa, pues su cabaña estaba a diez estadios.¹ 3 Y éste, arrojando su sayo,² apenas vestido,³ empezó a correr como un cervato. Y Lamón prometió relatarles la leyenda sobre la siringa que a él le había cantado un cabreizo de Sicilia,⁴ recibiendo en pago un macho cabrío y una siringa.

XXXIV. 1 "Esta siringa, el instrumento, no era instrumento, sino doncella hermosa¹ y musical en la voz. Pastoreaba las cabras, jugaba con las Ninfas, cantaba como ahora. Pan, mientras ella pastoreaba, jugando y cantando, yendo hacia ella intentó persuadirla a lo que deseaba, y prometió que todas sus cabras parirían gemelos.² 2 Ella se rio de su amor y le dijo que no aceptaba como amante a quien no era ni cabrío ni hombre completo.³ Pan empezó a perseguirla por la fuerza. Siringa huyó de Pan y su fuerza. Cansándose de huir, se ocultó entre unas cañas, desapareció en un pantano. 3 Pan, cortando con ira las cañas, al no encontrar a la muchacha, luego de comprender la desgracia, concibió el instrumento,⁴ uniendo con cera los cálamos desiguales, porque también ellos tuvieron un amor desigual.⁵ Y la entonces doncella hermosa, una siringa musical es ahora.

XXXV. 1 Apenas había cesado Lamón su narración mítica, y lo alababa Filetas de que había contado un cuento más agradable que un canto, cuando apareció Títiro trayendo a su padre la siringa, instrumento grande y de grandes cañas; y allí donde estaba unido con cera,¹ estaba labrado con bronce. 2 Se hubiera pensado que ésta era aquella que Pan había acoplado antes. Se levantó entonces Filetas y, sentándose derecho en un lugar, primero probó que los cálamos soplaran bien. 3 Después, notando que el aire corría a través sin obstáculos, sopló en ese momento larga y vigorosamente. Uno hubiera creído oír flautas que tocaban al mismo tiempo. De tal modo resonaba su silbido. Y poco a poco, quitándole fuerza, transformó la melodía

hacia algo más tierno. 4 Y exhibiendo todo el arte de la música bien ordenada,² tocó la siringa como era conveniente para un rebaño de bueyes, como era propio para un rebaño de cabrios, como era grato para uno de ovejas. Tierno era el de las ovejas, fuerte el de los bueyes, agudo el de las cabras; una sola siringa imitaba al mismo tiempo a todas las siringas.

XXXVI. 1 Los otros, mientras tanto, deleitados yacían en silencio. Entonces Drias, levantándose y exhortándolo a que tocara una melodía dionisiaca, se puso a bailar ante ellos un baile propio de la cosecha.¹ Se parecía unas veces a quien cosecha, y otras veces a quien transporta un cesto de mimbre; luego, a quien pisa las uvas; luego, a quien llena los toneles; luego, a quien bebe el vino dulce.² 2 Todo esto bailó Drias tan graciosa y convenientemente, que creían ver las vides y el lagar y los toneles y a Drias bebiendo de verdad.

XXXVII. 1 Entonces este tercer anciano,¹ habiendo sido festejado después del baile,² besa a Cloe y a Dafnis. Y ellos, levantándose rápidamente, bailaron el cuento de Lamón.³ Dafnis representó a Pan; a Siringa, Cloe. El, persuasivo suplicaba; ella, despreocupada, sonreía. 2 Entonces él empezó a seguirla y corrió de puntillas imitando las pezuñas; y ella mostró el cansancio en la fuga. En seguida, Cloe se escondió en el bosque como Siringa en el pantano. 3 Y Dafnis, tomando la siringa grande de Filetas, tocó algo triste, como enamorándola; algo erótico, como persuadiéndola; algo evocador como buscándola,⁴ de modo que Filetas, admirándolo, lo besó, y levantándose le regaló la siringa, luego de haberla besado. e incluso pidió a Dafnis que se la dejara a un sucesor similar.

XXXVIII. 1 El, habiendo dedicado a Pan la suya, pequeña, y besando a Cloe como si hubiera sido encontrada después de una fuga verdadera, mientras tocaba la siringa llevando de regreso el rebaño, cayendo ya la noche. Y también Cloe llevaba su rebaño, reuniéndolo con la melodía de la siringa. 2 Y las cabras marchaban cerca de las ovejas y Dafnis caminaba cerca de Cloe, de modo que se saciaron uno del otro hasta la noche, y estuvieron de acuerdo en sacar más temprano los rebaños al siguiente día. Y así lo hicieron. 3 Pues justamente al despuntar el día, fueron a la pastura. Y saludando a las Ninfas primero, luego a Pan, sentados entonces bajo una encima, se pusieron a tocar la siringa. Luego se besaron mutuamente, se abrazaron, se acostaron y, sin haber hecho nada más, se levantaron. Se preocuparon también por la comida y bebieron vino, mezclándolo con leche.¹

XXXIX. 1 Y quedando más enardecidos y audaces por todo esto, contendieron uno contra el otro en contienda erótica, y al poco tiempo llegaron a la seguridad de los juramentos.¹ Entonces Dafnis, viendo ante el pino, juró por Pan² que no viviría solo sin Cloe ni el transcurso de un día. 2 Por su parte, Cloe juró a Dafnis por las Ninfas,³ viniendo a su gruta, que lo amaría así en la muerte como en la vida. Y a tal punto se añadía la sencillez a Cloe,⁴ como joven que era, que al salir de la gruta también quiso tomar de él un segundo juramento, diciendo: "Oh Dafnis. Pan es un dios erótico e infiel.⁵ Se enamoró de Pitis, se enamoró de Siringa. Y jamás ha dejado de molestar a las Driadas⁶ ni de importunar a las Ninfas Epimelesias.⁷ Este, pues, despreocupado de sus juramentos, se despreocupará de castigarte aunque vayas a más mujeres que cálamos hay en tu zampoña. 4 Pero júrame tú, por este rebaño de cabras⁸ y por aquella cabra que te alimentó, que no abandonarás a Cloe mientras ella

permanezca fiel a ti. Y si llega a ser inicu para ti y las Ninfas, déjala y ódiala y máatala como a un lobo.” 5 Se alegró Dafnis de no ser creído, y parándose en medio de su rebaño y tomando con una de sus manos una cabra y con la otra un cabrío, juró que amaría a Cloe mientras ella lo amara. Y si prefería a otros que Dafnis, a sí mismo se mataría en vez de a ella. 6 Ella se alegró y le creyó, como muchacha que pastoreaba y consideraba que cabras y ovejas eran dioses propios de los pastores y cabrerizos.

LIBRO III

I. 1 Cuando los de Mitilene se enteraron del asalto de las diez naves, y algunos que venían de los campos les denunciaron el pillaje, no considerando tolerable sufrir eso de parte de los metimnenses,¹ resolvieron también ellos, con la mayor rapidez, mover armas contra aquéllos. 2 Y reclutando tres mil escudos y quinientos caballos,² enviaron por tierra al general Hipaso, temiendo el mar en la estación de invierno.³

II. 1 Pero este enviado no saqueó los campos de los metimnenses ni despojó los rebaños y bienes de los agrícolas y pastores, por considerar estas acciones más de pirata que de general.¹ Rápidamente se dirigió a la ciudad misma para caer sobre las puertas desguarnecidas. 2 Estando distante como cien estadios, un mensajero² salió a su encuentro trayéndole un tratado de paz. 3 Porque los metimnenses, al conocer por los cautivos que nada sabían los de Mitilene de los acontecimientos, sino que unos agrícolas y pastores habían hecho eso a los jóvenes impudentes, reconocieron que se habían aventurado más apresurada que sensatamente³ contra una ciudad vecina; y se apresuraron a devolverles todo el botín, a fin de tener trato libremente por tierra y por mar. 4 Entonces Hipaso despachó este heraldo a los de Mitilene, aunque había sido elegido general plenipotenciario. Y él, poniéndose como a diez estadios del campamento de Metimna, esperó las órdenes de su ciudad. 5 Y transcurridos dos días, en regresando el mensajero, ordenó recibir el botín y retirarse a casa sin hacer ningún daño. Porque estando en la elección de la guerra y la paz, encontraron la paz más benéfica.

III. 1 De tal modo, pues, con principio y fin inesperados, se concluyó la guerra de los de Metimna y Mitilene. Llegó entonces el invierno, más amargo para Dafnis y Cloe que la guerra.¹ Porque una nieve abundante que cayó de repente cerró los caminos y encerró a todos los agricultores. 2 Ya los torrentes se precipitaban furiosos, ya el hielo se endurecía. Los árboles parecían romperse. La tierra toda era invisible,² excepto por doquier en torno a fuentes y arroyos. 3 Nadie llevaba su ganado a pastar y ninguno salía de sus puertas, sino que, encendiendo un gran fuego, apenas se daban los cantos de los gallos, unos torcían lino y otros cardaban lanas de las cabras, y otros inventaban trampas de pájaros. 4 En ese momento tenían cuidado de los bueyes que comían paja en los pesebres y de las cabras y ovejas que comían montones de hojas³ en los establos, y de los cerdos que comían bellota y castañas en las pocilgas.⁴

IV. 1 Como esta forzosa permanencia en sus casas ocupara a todos, los otros agricultores y pastores se alegraban de haberse librado, por un tiempo, de sus fatigas,¹ y de comer sus alimentos matutinos² y de dormir un largo sueño; de modo que el invierno les parecía más agradable que el verano y el otoño y la primavera misma. 2 Pero Cloe y Dafnis, en el recuerdo de los deleites abandonados—cómo se

besaban, cómo se abrazaban, cómo juntos el alimento se ofrecían—, pasaban noches vigilantes y tristes y aguardaban la estación de primavera como desde la muerte un renacimiento. 3 Les entristecía o la alforja que venía a sus manos, de la cual habían comido juntos, o el haber visto una escudilla de leche, de la cual habían bebido juntos; o, descuidadamente arrojada, una siringa que había sido regalo de amor. 4 Rogaban entonces a las Ninfas y a Pan que los liberaran de estos males y que algún día les mostraran el sol a ellos y a los rebaños. Pero al mismo tiempo que rogaban, buscaban el modo mediante el cual podrían verse mutuamente. 5 Cloe, por su parte se hallaba terriblemente indefensa e imposibilitada; porque siempre estaba con ella la que se consideraba su madre, enseñándola a cardar lanas y a torcer husos³ y haciéndole mención del matrimonio. Por la suya, Dafnis, que estaba, por así decir, descansado y era más sagaz que la muchacha, encontró esta ingeniosa manera para ver a Cloe.

V. 1 Ante la vivienda de Drías, sobre la misma vivienda, habían crecido dos grandes mirtos y una hiedra. Los mirtos, cerca uno del otro; la hiedra, en medio de ambos de modo que, habiendo dispuesto sus ramas sobre cada uno de ellos, tenía el aspecto como de una vid de cueva, por sus hojas entreveradas. Y un racimo abundante y grande, tal como uvas, estaba suspendido de las ramas. 2 Así pues, había en torno a él gran abundancia de pájaros invernales,¹ por la carencia de alimento en las afueras: mucho mirlo y mucho zorzal y palomas torcaces y estorninos y cualquier otro pájaro comedor de hiedra. 3 Bajo el pretexto de la caza de estos pájaros, se puso en marcha Dafnis, luego de llenar su alforja de pastelillos hechos de miel y llevando, para persuadir, liga y lazos. 4 La distancia no era mayor de diez estadios, pero la nieve no disuelta todavía,² le había proporcionado una gran fatiga. No obstante, es cierto que por amor todas las cosas son soportables, incluso el fuego y el agua y la nieve de Escitia.³

VI. 1 Así pues, de una carrera se puso frente a la vivienda, y, sacudiéndose la nieve de las piernas, tendió los lazos y untó la liga sobre grandes ramas, y se sentó allí a acechar los pájaros y a Cloe. 2 Ahora bien, en cuanto a los pájaros, vinieron muchos y fueron capturados suficientes, así que tuvo mil problemas reuniéndolos y matándolos y quitándoles las plumas.¹ Pero nadie salía de la vivienda, ni hombre ni mujer ni ave doméstica; pues todos se habían encerrado dentro por permanecer junto al fuego; así que Dafnis se lamentaba mucho porque no había venido bajo buenos augurios,² y habiendo inventado un pretexto, se atrevía a penetrar por las puertas, y buscaba lo que más plausiblemente sería dicho en cuanto a su presencia. 3—“Vine a buscar un poco de fuego” —“Pues qué, ¿no tienes vecinos a un estadio?” —“He venido a pedir pan.” —“¡Pero tu alforja esta llena de comida!” —“Vine a cazar pájaros.” —“Qué, ¿no acabaste ya de cazar?” —“¡Quiero vera Cloe!” 4 Pero, ¿quién confiesa esto al padre y la madre de una doncella?³ Encontrando falla, pues, en todo, dijo: “Pero ninguno de estos pretextos está fuera de sospecha. Así que lo mejor es guardar silencio. Veré a Cloe en la primavera, pues no ha sido decretado, como parece, que yo la vea en el invierno.” 5 Habiendo pensado, pues, tales cosas y recogido en silencio lo que había cazado, se levantó para irse. Y como si Eros lo compadeciera, ocurrió esto.

VII. 1 En torno a la mesa estaoan los familiares de Drías. Partían carnes, había panes servidos, la crátera estaba mezclada.¹ Entonces un perro pastor, que había

esperado un descuido, tras arrebatarse un pedazo de carne huyó por las puertas. 2 Disgustado Drías —porque era suya la porción—, agarrando un madero lo presiguió por su huella² como perro; y persiguiéndolo, al llegar a la hiedra, vio a Dafnis que había echado sobre sus hombros la caza y pensado alejarse rápidamente. 3 Al instante se olvidó de la carne y del perro, y gritando fuertemente: “¡Hola, hijo!”, lo abrazó y lo besó y lo condujo dentro, tomándolo de la mano. Poco después, cuando Dafnis y Cloe se vieron uno al otro, estuvieron a punto de caer al suelo. Pero logrando mantenerse en pie, se saludaron y se besaron. Y esto les sirvió como apoyo para no caer.

VIII. 1 Habiéndose encontrado Dafnis lejos de las esperanzas tanto de un beso como de Cloe, se sentó cerca del fuego y descargó de sus hombros las palomas torcazes y los tordos sobre la mesa, y relató cómo, cansado por la permanencia en su hogar, se puso en marcha para la caza, y cómo, unas veces con lazos y otras conliga, los capturó mientras buscaban semillas de mirto y de hiedra. 2 Los demás alabaron su actividad y lo invitaron a comer¹ lo que el perro les había dejado² e invitaron también a Cloe a escanciar para que bebiera, y ella, aunque alegrándose, sirvió a los otros y a Dafnis después de los otros. Pues aparentaba estar enojada, porque habiendo venido estaba a punto de marcharse sin haberla visto. No obstante, antes de ofrecerle la copa bebió; luego, así se la dio.³ Y él, aunque sediento, bebía lentamente, procurándose con esta lentitud un placer más largo.

IX. 1 La mesa había rápidamente quedado vacía de panes y carnes. Pero, sentados aún, le preguntaron por Mirtale y por Lamón y los llamaban felices de tener por suerte semejante cuidador de su vejez. 2 Y Dafnis se alegró con estas alabanzas, pues Cloe estaba escuchándolas; y cuando lo retuvieron porque al día siguiente iban a hacer un sacrificio a Dioniso, poco faltó para que, del gusto, los adorara a ellos en vez de a Dioniso. 3 Entonces, inmediatamente, sacó de la alforja muchos panecillos de miel, y los pájaros que habían sido cazados; y prepararon éstos para la mesa nocturna.¹ 4 Una segunda crátera fue puesta, y un segundo fuego encendido; y habiendo caído muy rápido la noche, se saciaron con una segunda mesa, tras la cual, luego de haber unas veces contado cuentos; otras, cantado,² se retiraron a dormir Cloe con su madre, Drías junto con Dafnis. 5 Para Cloe, no había nada mejor que el que, al siguiente día, Dafnis habría de ser visto. Dafnis, por su parte, se deleitaba en vano de leche, pues consideraba de leche incluso yacer junto al padre de Cloe. Así que lo abrazaba y besaba muchas veces, soñando que hacía todo esto a Cloe.³

X. 1 Cuando surgió el día, el frío era tremendo y una brisa boreal lo abrasaba todo.¹ Ellos, luego de levantarse, sacrificaron a Dioniso un carnero de un año² y, encendiendo un gran fuego, prepararon la comida.³ 2 Y mientras Napé hacía el pan y Drías ponía a cocer el carnero, aprovechando su ocio Dafnis y Cloe, se adelantaron desde la vivienda hasta la hiedra. Y habiendo colocado nuevamente lazos y untado liga en las ramas, cazaron no escaso número de pájaros.⁴ 3 Tuvieron también un disfrute continuo de besos y un tierno intercambio de palabras.

—“Por ti vine, Cloe.” —“Lo sé, Dafnis.” —“Por ti mato estos desventurados tordos.” —“Y ¿qué puedo hacer por ti?” —“Acuérdate de mí.” —“Me acuerdo, sí, por las Ninfas, por quien juré⁵ cuando fuimos a aquella gruta a la cual regresaremos luego, cuando la nieve se derrita.” 4 “Pero hay mucha, Cloe, y temo que yo me derrita

antes que ella.” —“¡Animate, —“Dafnis; el sol está caliente.” —“¡Ojalá estuviera así de caliente, Cloe, como el fuego que quema mi corazón!” —“Te burlas, engañándome.” —“No, por las cabras, por quien tú misma me ordenaste jurar.”⁶

XI. 1 Cuando Cloe, como un eco, hubo respondido en tal forma a Dafnis, pues los llamaban quienes estaban con Napé, corrieron llevando caza mucho más numerosa que la de la víspera. Y luego de ofrecer a Dioniso una libación de la crátera, comieron con las cabezas coronadas de hiedra.¹ 2 Y cuando llegó el momento,² luego de entonar cantos y alabanzas de honor de Yaco,³ escoltaron a Dafnis, tras llenar su alforja de carnes y panes. Le dieron también las palomas torcazes y los zorzales⁴ para que los llevara a Lamón y a Mirtale, pues ellos iban a cazar otros, mientras durara el invierno y la hiedra no faltara.⁵ 3 Dafnis partió, besándolos antes que a Cloe, para que el beso de ésta quedara sin mancha. Y emprendió muchos otros viajes con otras ardides, así que ellos no tuvieron un invierno del todo sin amor.

XII. 1 Cuando empezó la primavera y la nieve se disolvió; cuando la tierra quedó desnuda y los prados empezaron a florear, los otros pastores condujeron sus rebaños a la pastura y, antes que los otros, Cloe y Dafnis, porque eran esclavos de un pastor mayor.¹ 2 Inmediatamente, pues, emprendieron la carrera hacia las Ninfas y su gruta; luego, hacia Pan y su pino; finalmente, hacia la encina bajo la cual sentándose, pastorearon sus rebaños y se estuvieron besando uno al otro. Y queriendo coronar a los dioses, buscaron flores. Pero como el céfiro empezaba a surgir y el sol a calentar, éstas apenas brotaban. No obstante, se encontraron violetas y narcisos y anagáridas y cuantas eran primicias de la primavera. 3 Luego, Cloe y Dafnis bebieron leche fresca² de algunas cabras y ovejas, y coronando las estatuas, les ofrecieron una libación de aquélla. 4 Les ofrecieron también primicias de su siringa, como incitando a los ruiseñores a la música, y éstos, murmuraban en las ramas, y poco a poco describieron a Itis,³ como si recordaran su canto luego de un largo silencio.⁴

XIII. 1 En unas partes también, el rebaño de ovejas balaba, y en otras, saltaban también los corderos e, inclinándose bajo sus madres, succionaban su teta. Y los moruecos perseguían a las que todavía no habían criado y, haciéndolas quedar abajo, montaban uno a una, otro a otra. 2 Hubo también persecuciones de los cabríos, y saltos más eróticos hacia las cabras. También lucharon por sus cabras. Y cada uno tuvo las suyas propias y vigiló que ninguno, ocultándose, las sedujera. 3 Tales visiones excitaban a un vehemente deseo incluso a los ancianos que miraban. En cuanto a los otros, jóvenes y ardientes, y que buscaban el amor hacía mucho tiempo, se consumían ante lo que oían y se fundían ante lo que veían, y buscaban también ellos algo más considerable que un beso y un abrazo, y especialmente Dafnis. 4 Pues como durante el invierno había robustecido su juventud¹ en la inacción y en el ocio, deseaba ansiosamente los besos y estaba lujurioso de abrazos, y estaba más curioso y audaz para todo acto.²

XIV. 1 Así pues, pedía a Cloe que le concediera todo cuanto quería y que desnuda con él desnudo se acostara más tiempo del que antes acostumbraban. Pues que esto faltaba de las enseñanzas de Filetas¹ para obtener el único remedio que aplacaba el amor. 2 Ella, a su vez, preguntaba qué más había que un beso y un abrazo

y la acción misma de acostarse, y qué pensaba hacer acostado desnudo con ella desnuda. “Esto —dijo— que los moruecos hacen a las ovejas y los cabríos a las cabras. 3 ¿No ves que después de este acto ni aquéllas les huyen ya, ni aquéllos se cansan persiguiéndolas, sino que, como si disfrutaran de un placer común, pacen juntos en adelante? Algo dulce, como parece, es este acto y supera lo amargo del amor.” 4 —“¿Pero acaso no ves, oh Dafnis, a las cabras y a los cabríos y a los moruecos y a las ovejas, cómo mientras aquellos actúan de pie, ellas yacen de pie, ellos brincando sobre ellas, ellas cargándolos en sus lomos? ¿Y tú me pides que me acueste contigo así desnuda? ¿Acaso aquéllos no están más lanudos que cuanto yo llevo puesto?” 5 Se convenció Dafnis y permaneció acostado con ella mucho tiempo, y no sabiendo hacer nada de aquello de lo cual estaba deseoso, la hizo levantar y se le pegó por atrás, imitando a los cabríos. Y habiendo quedado deseando mucho más, sentándose, lamentó ser más ignorante incluso que los moruecos para los actos de amor.

XV. 1 Tenía él un vecino, labrador de su propia tierra, de nombre Cromis,¹ cuyo cuerpo estaba ya decayendo. Éste tenía una mujer,² traída de la ciudad, joven y hermosa y más delicada que las campesinas. Su nombre era Licenio. 2 Esta Licenio, habiendo visto a Dafnis que cada día, al alba, conducía sus cabras a la pastura, y de noche, desde la pastura, descó conseguirlo como amante, seduciéndolo con regalos. 3 Y así, esperándolo una vez a solas, le dio como regalo uná siringa y miel en panal y una alforja de piel de venado. Pero evitó decirle nada,³ ya que adivinaba su amor por Cloe. Pues todo el tiempo lo había visto cerca de la muchacha. 4 Primeramente, había captado esto por las señas y la risa, y aquella ocasión, porque habiendo mentido a Cromis, con que se iría desde el alba al lado de una vecina parturienta,⁴ siguió tras ellos y, escondiéndose en un matorral para no ser vista, escuchó todo lo que hablaron y vio todo lo que hicieron. No se le ocultó tampoco Dafnis mientras lloraba.⁵ 5 Y, compadeciéndolo a los desventurados y considerando que había llegado una doble oportunidad:⁶ por un lado para el bienestar de aquéllos, y por otro para su propio deseo,⁷ urdió lo que sigue.

XVI. 1 Al día siguiente, como si fuera al lado de la parturienta, se acercó abiertamente al haya en que estaban sentados Dafnis y Cloe, y fingió hábilmente que estaba consternada. 2 “Salva —dijo— Dafnis, a esta miserable. Pues un águila me arrebató al más bello de mis veinte gansos, y como alzaba sobre sí una gran carga, no le fue posible, elevada en el aire, llevarlo hasta su morada, aquella alta roca, sino que cayó con él en esta selva profunda. 3 Tú, ahora, por las Ninfas y este Pan,¹ acompañándome a la selva —pues sola temo— sálvame el ganso y no permitas que tenga un número incompleto. 4 Quizá también mates esta águila para que ya no arrebatase muchos de vuestros carneros y cabritos. Cloe, mientras tanto, cuidará del rebaño; las cabras la conocen bien, pues siempre pastorea contigo.”

XVII. 1 No sospechando nada de lo que iba a ocurrir, Dafnis se levantó rápidamente, y alzando sucayado siguió atrás de Licenio. Ella lo condujo lo más lejos posible de Cloe. Y cuando estuvieron en lo más tupido, invitándolo a sentarse cerca de una fuente, le dijo: “Amas, Dafnis, a Cloe, y esto lo supe yo anoche por las Ninfas. 2 Mediante un sueño me contaron de tus lágrimas de ayer y me ordenaron que te salvara,¹ enseñándote los actos del amor, pues no son un beso y un abrazo ni lo que

hacen, moruecos y cabríos, sino esos saltos incluso más gratos que los que allí se dan, pues se les agrega un espacio más largo de placer. 3 Así pues, si quieres ser libertado de males y llegar a la experiencia de los deleites buscados, anda, entrégateme como tierno discípulo. Yo, a mi vez, por complacer a las Ninfas, te enseñaré aquellas cosas.”

XVII. 1 No se contuvo Dafnis del gusto, mas como campesino y pastor y enamorado y joven,¹ cayendo a sus pies, suplicó a Licenio que le enseñara muy rápido el arte con el cual haría a Cloe lo que deseaba. 2 Y como si algo grande y extraordinario verdaderamente fuera a serle enseñado, prometió que le iba a dar un cabrito destetado² y quesos tiernos de leche recién ordeñada, y a la cabra misma. 3 encontrando Licenio una liberalidad pastoril como no la había esperado, empezó a instruir a Dafnis de este modo. Le ordenó que se sentara cerca de ella, como estaba, y que la besara como y cuanto tuviera por costumbre, y que la abrazara al mismo tiempo que la besaba y que se acostara en el suelo. 4 Cuando él se sentó y la besó y se acostó, notando ella que podía y estaba deseoso de actuar, de estar acostado a un lado lo levantó y, tendiéndolo debajo, hábilmente lo condujo al camino hasta entonces buscado. Desde ese momento no se ocupó de nada extraño. Pues la misma naturaleza lo instruyó en lo que quedaba por hacer.³

XIX. 1 Una vez concluida la enseñanza erótica, Dafnis todavía con pensamiento pastoril,¹ empezó a correr hacia Cloe para hacer también de inmediato cuanto había aprendido, como si estuviera temeroso de que se le olvidara si se demoraba. Pero Licenio, reteniéndolo, le habló así: “Todavía es necesario que sepas también esto, Dafnis: 2 Yo, como soy ya mujer, no he sufrido ahora nada, pues anteriormente otro hombre me enseñó estas cosas tomando en pago mi virginidad. Pero cuando Cloe combata contigo este combate,² gemirá fuertemente y llorará y probablemente se hienda con mucha sangre, como si hubiera sido herida. 3 Empero, tú no temas esta sangre, sino que cuando la persuadas a que se te entregue,³ traéla a este lugar para que aunque grite, nadie la escuche; aunque llore, nadie la vea; aunque pare, se lave en la fuente. Y recuerda que yo te hice hombre antes que Cloe.”

XX. 1 Habiendo Licenio expuesto tales cosas, se marchó a otra parte del bosque, como si todavía buscara su ganso. Dafnis, a su vez, tomando lo dicho para reflexión, se libró de su primer impetu y temió perturbar a Cloe con algo más que un beso y un abrazo, no queriendo que ella gritara, como ante un enemigo, ni que derramara lágrimas, como si sufriera, ni que sangrara, como si hubiera sido herida. 2 Pues, como acababa de saberlo,¹ temía la sangre y consideraba que la sangre proviene sólo de una lesión. Resuelto, pues, a disfrutar con ella las cosas acostumbradas, salió de la selva. Y viniendo a donde estaba sentada tejiendo una corona de violetas, mintió que había arrebatado al ganso de las garras del águila y, pegándose a ella, la besó como a Licenio durante el deleite, pues esto, como no riesgoso,² era posible. 3 Ella ajustó la corona a la cabeza de él, y besó sus cabellos como algo más precioso que las violetas. ysacando de la alforja una porción de pastel de frutas secas y algunos panes, se los dio a comer, y mientras comía, le robaba de la boca, y así comía como un pajarito recién nacido.

XXI. 1 Mientras comían y se besaban más de lo que comían, fue avistada, costeando, una nave de pescadores. No había viento, había calma y era menester

remar. Y remaban vigorosamente. Pues se apresuraban a llevar hacia la ciudad sus pescados recién cogidos¹ a alguno de los más ricos.² 2 Entonces, como suelen hacer los navegantes para despreocuparse de las fatigas, haciendo ellos también esto, subían los remos: un jefe de remeros les cantaba cantos marineros,³ y los demás, como un coro, en su ocasión respondían al unísono a la voz de aquél. 3 Mientras hacían esto en mar abierto, se desvanecía el grito, disipándose la voz en un cielo más vasto. Pero cuando, al deslizarse bajo un promontorio, entraron en una bahía profunda y en forma de media luna, se escuchó mejor el grito y claramente llegaron a tierra los cantos de los compases marcados por el jefe de remeros. 4 Porque, profundo, en la llanura yacía un estrecho y recogiendo hacia sí el eco, devolvía, como un instrumento musical, una voz que imitaba todo lo dicho. Unas veces, separadamente el eco de los remos;⁴ otras veces, separadamente, la voz de los nautas. Y resultaba un rumor deleitoso. Porque, llegando primero la voz desde el mar, la voz desde la tierra cesaba tan tardíamente como había comenzado.

XXII. 1 Dafnis, conocedor de lo que ocurría, puso su atención sólo en el mar y se deleitó con la nave que costaba la llanura más rápidamente que un ala,¹ y trató de conservar alguno de los cánticos para que se volvieran en melodías de su siringa. 2 En cuanto a Cloe, que por primera vez experimentaba el llamado eco, unas veces volvía la vista hacia el mar, cuando los nautas cantaban sus cantos, y otras, se volvía hacia la tierra buscando a los que contestaban. 3 Y cuando pasaron de largo y hubo silencio en el estrecho, preguntó a Dafnis si también detrás de la cima había un mar y otra nave costaba y otros nautas cantaban lo mismo y todos callaban al mismo tiempo. 4 Riéndose entonces Dafnis dulcemente, y besándola con un beso más dulce y colocándole una corona de violetas, empezó a contarle la fábula de Eco, luego de pedirle, si se la enseñaba, otros diez besos como pago de su parte.

XXII. 1 “De Ninfas, oh muchacha, hay muchos linajes: Las Meliadas,¹ las Driadas² y las Heliadas.³ Todas hermosas, todas musicales. Una de ellas tuvo una hija, Eco,⁴ mortal como de padre mortal y hermosa como de madre hermosa. 2 Fue alimentada por las Ninfas y enseñada por las Musas a tocar la siringa, a tocar la flauta, lo relativo a la lira, lo relativo a la cítara, todo canto, así que cuando llegó a la flor de su doncellez, bailó con las Ninfas y cantó con las Musas. Pero huía de todos los varones, tanto hombres como dioses, pues amaba su virginidad. 3 Pan se encolerizó con la muchacha porque envidiaba su música y porque no disfrutaba de su hermosura, e infundió un delirio en los pastores y cabrerizos. Y éstos, como perros o lobos, la desgarraron y la dispersaron por toda la tierra, cuando todavía cantaba sus melodías. 4 Y la Tierra, para complacer a las Ninfas, ocultó las melodías todas. Y retuvo la música, y por disposición de las Ninfas emitió una voz y todo lo imitó, como antes la muchacha: a los dioses, a los hombres, a los instrumentos, a los animales salvajes. Imitó incluso al mismo Pan cuando él tocaba la siringa. 5 Y éste, al escucharla, saltaba y buscaba por los montes, no deseando encontrar sino el saber quién era aquel discípulo oculto.” Luego de que le contó esto, Cloe no sólo besó diez besos a Dafnis, sino muchos más. Pues al poco tiempo también el Eco refirió las mismas cosas, como testimoniando que no había mentido en nada.

XXIV. 1 Pues cada día estaba el sol más caliente, ya que cesaba la primavera y empezaba el verano, otra vez tuvieron deleites nuevos y veraniegos. 2 Porque él nadaba en los ríos y ella se bañaba en las fuentes. Él tocaba la siringa compitiendo con

los pinos,¹ y ella cantaba rivalizando con los ruiseñores.² Persegúan saltamontes locuaces, capturaban cigarras chirriantes, recogían flores, sacudían árboles, comían frutas. En seguida yacían juntos desnudos y se cubrían con una piel de cabra. 3 Y Cloe hubiera sido mujer fácilmente, si la sangre no preocupara a Dafnis. Y en verdad, temeroso de que su razón fuera vencida en algún momento, muchas veces no permitía que Cloe se desnudara, de modo que Cloe se asombraba, pero tenía vergüenza de preguntar la causa.

XXV. 1 En este verano también hubo abundancia de pretendientes en torno a Cloe, y muchos, de muchos sitios, frecuentaban a Driás, pidiéndola en matrimonio. Y unos traían algún regalo y otros prometían muchas cosas si la obtenían.¹ 2 Napé, por su parte, excitada por las esperanzas, aconsejaba dar a Cloe en matrimonio y no mantener en casa por más tiempo una muchacha de tal edad, la cual fácilmente poco después, pastoreando, iba a perder su virginidad e iba a procurarse marido entre los pastores, por manzanas o rosas,² sino hacerla señora de su casa, y que ellos tomaran los muchos regalos para guardárselos a su propio y legítimo hijo —pues les había nacido no había mucho un hijo varón. 3 Pero Driás, unas veces fascinado con lo que mencionaban —porque mejores regalos que los que correspondían a una muchacha pastora habían sido nombrados por cada uno— y otras veces habiendo reflexionado que la doncella era mejor que unos pretendientes agricultores, y que los haría muy ricos³ si alguna vez encontraban a sus verdaderos padres, aplazaba la respuesta y sacaba una demora de otra demora, y, en tanto, al mismo tiempo, ganaba no pocos regalos. 4 Cloe, mientras sabiéndolo, estaba muy triste y lo ocultó a Dafnis mucho tiempo, no queriendo entristecerlo. Pero como éste insistía y seguía preguntando, y no sabiendo se entristecía más de lo que iba a entristecerse sabiendo, le refirió todo sobre los pretendientes, que eran muchos y ricos; sobre las palabras que Napé le había dicho, exhortándola al matrimonio; que Driás no se había rehusado, sino que había aplazado su decisión hasta la cosecha.

XXVI. 1 Con estas cosas, Dafnis llegó a estar fuera de juicio y, sentado, lloró, diciendo que moriría si Cloe no pastoreaba.¹ Y no sólo él sino también las ovejas después de tal pastora. Luego; levantándose, se animó y pensó en persuadir a su padre y se contó a sí mismo como uno de los pretendientes, y tuvo esperanza de que prevalecería entre los otros. 2 Una sola cosa lo perturbaba: Lamón no era rico. Sólo esto volvía débil su esperanza. Sin embargo, estaba resuelto a pretenderla, y esto le pareció bien a Cloe. Pero no se atrevió a decirle nada a Lamón y, animándose, descubrió a Mirtale su amor y le expuso razones para su matrimonio. Ella se lo comunicó en la noche a Lamón. 3 Pero como aquél tomó la petición con dureza y censuró el que recomendara a la hija de unos pastores para su hijo, al cual le había sido prometida una gran fortuna en los objetos de reconocimiento, y quien los haría libres y dueños de mejores campos al encontrar a sus padres; Mirtale, temerosa de que, por su amor, al perder Dafnis finalmente la esperanza de matrimonio se atreviera a algo funesto, le relató otras causas de oposición. 4 “Somos pobres, oh hijo, y necesitamos una novia que aporte algo más. Ellos son ricos y necesitados de novios ricos. Ve, no obstante; persuade a Cloe, y ella a su padre, de que no pida nada grande y la entreguen para casarse. Seguramente que ella también te ama y desea más acostarse con un pobre hermoso que con un mono rico.”²

XXVII. 1 Mirtale, que no tenía esperanza de que Driás fuera a estar de acuerdo,

con estas cosas teniendo pretendientes más ricos, pensaba que de buen modo lo había apartado del matrimonio. Dafnis, a su vez, no podía censurar lo dicho. Y quedándose muy lejos de lo que había pedido,¹ hizo lo acostumbrado por los enamorados pobres: lloró y llamó de nuevo a las Ninfas en su ayuda. 2 Ellas, mientras estaba acostado, se le aparecieron de noche en las mismas imágenes que antes. Y dijo de nuevo la más ilustre: “Otro dios se preocupa del matrimonio de Cloe;² pero nosotras te daremos regalos que suavizarán a Drías. 3 La nave de los jóvenes metimnenses, cuyo mimbres devoraron tus cabras, aquel día fue llevada lejos de la tierra por el viento; pero en la noche, cuando el soplo marino agitaba el mar, fue arrastrada a la tierra a las piedras del promontorio. 4 La nave fue destruida, y muchas de las cosas que había en ella. Pero una bolsa de tres mil dracmas fue arrojada por la ola³ y yace cubierta de algas cerca de un delfín muerto,⁴ a causa del cual ningún caminante se acerca, sino que se aleja corriendo de la fetidez de su podredumbre. 5 Pero tú acércate y, al acercarte, recógela y luego de recogerla, dala. Ahora es suficiente para ti no parecer pobre;⁵ en adelante, con el tiempo, serás también rico.

XXVIII. 1 Tras decir ellas estas cosas, se alejaron con la noche. Y al surgir el día, levantándose Dafnis muy alegre, condujo con gran apresuramiento sus cabras a la pastura. Y besando a Cloe e inclinándose ante las Ninfas, bajó al mar como queriendo mojarse; y caminaba sobre la arena, cerca de la orilla, buscando las tres mil dracmas. 2 Y en verdad no iba a tener mucho trabajo.¹ Pues el delfín se le presentaba no oliendo bien, luego de estar abandonado y haber entrado en descomposición; valiéndose de su fetidez como guía, se acercó al camino rápidamente y, apartando las algas, encontró la bolsa llena de plata. 3 Recogiéndola y metiéndola en la alforja, no se alejó más allá antes de haber alabado a las Ninfas y al mismo mar. Pues aun siendo pastor, ya incluso consideraba más benévolo al mar que a la tierra, porque lo ayudaba para el matrimonio de Cloe.

XXIX. 1 Apoderándose de las tres mil dracmas, no se detuvo sino que, como el más rico de todos los hombres,¹ no sólo de los agricultores de allí, viniendo rápidamente junto a Cloe, le relató el sueño, le mostró la bolsa, le pidió cuidar los rebaños hasta que regresara y, apresurándose, se adelantó a la carrera hacia Drías. Y al encontrarlo trillando unos granos de trigo junto con Napé, muy atrevidamente presentó su petición de matrimonio: 2 “Dame a Cloe como esposa. Yo sé cosechar muy bien, así como podar la vid y plantar. Sé también arar la tierra y ahechar con el viento. Pastoreo un rebaño, como Cloe es testigo. Habiendo recibido cincuenta cabras, las he duplicado. Crié también cabríos grandes y hermosos, mientras que antes entregábamos las cabras a otros.² 3 Además, también soy joven y vecino vuestro intachable. Y me crió una cabra, como a Cloe una oveja.³ Y, ni en regalos voy a ser tan inferior a otros⁴ que son poderosos. 4 Aquéllos van a dar cabras y ovejas, y una yunta de bueyes sarnosos y grano ni siquiera suficiente para alimentar gallinas. De mi parte tendréis estas tres mil dracmas. Sólo que nadie sepa esto, ni el mismo Lamón mi padre.” Y al tiempo que daba, también, abrazándolo, lo besaba.

XXX. 1 Ellos, al ver no de acuerdo con su esperanza¹ tanta plata, inmediatamente ofrecieron que le entregarían a Cloe en matrimonio y prometieron que iban a persuadir a Lamón. 2 Napé, que se quedó con Dafnis, condujo los bueyes alrededor y molió el trigo con los trillos.² Drías, por su parte, atesorando la bolsa, la guardó donde las prendas de reconocimiento, se dirigió rápidamente ante Lamón y

Mirtale con la intención —lo más insólito—³ de pedirles al novio. 3 Al encontrar también a aquéllos midiendo con desaliento los granos no hacía muchos ahechados que tenían, porque poco faltaba para que fueran más pocos que las semillas que habían sido plantadas, los animó conviniendo en que una causa común⁴ había ocurrido en todas partes. 4 Entonces les pidió a Dafnis para Cloe y dijo que aunque otros daban mucho, no les tomaría nada, y que algo más les daría de sus propios bienes. “Pues se habían criado uno junto al otro y durante el pastoreo se habían ligado con un afecto que no podía ser disuelto a la ligera, y que ya incluso tenían edad para acostarse juntos.” 5 Dijo él esto y aún más, hablando de tal modo para persuadirlo, pues tenía como premio las tres mil dracmas.⁵ Y Lamón, que no podía seguir dando como pretexto su pobreza —pues ellos no lo desdeñaban—, ni la edad de Dafnis⁶ —pues ya era un mozo—, tampoco reveló la verdad; que Dafnis era superior a tal casamiento, y habiendo guardado silencio por poco tiempo, contestó así:

XXXI. 1 “Hacéis bien prefiriendo los vecinos a los extraños y considerando que la riqueza no es superior a una noble pobreza.¹ ¡Que Pan y las Ninfas os amen por esto! 2 Yo procuro, como también tú, este matrimonio. Y así pues, estaría loco si, siendo viejo ya, y necesitando de un mayor número de manos para las faenas, no considerara un gran bien tomar vuestra casa como amiga. 3 Por su parte, también Cloe es muy deseada, muchacha hermosa y en su sazón y buena en todo. Pero siendo siervo, de nada de lo nuestro soy dueño; así pues, es necesario que el amo tenga conocimiento de esto para aprobarlo. Por tanto, aplacemos el casamiento hasta el otoño. 4 Él va a venir entonces, dicen los que llegan a nosotros de la ciudad. Entonces serán marido y mujer. Pero ahora, que se amen uno al otro, como hermanos.² Sabe sólo esto, Drías: te afanas por un mancebo superior a nosotros.³ Y habiendo dicho esto, lo besó y le ofreció bebida, pues ya estaba en su apogeo el medio día, y lo acompañó hasta cierto punto del camino, tratándolo amistosamente en todo.

XXXII. 1 Pero Drías, que no había escuchado en vano la última palabra de Lamón, reflexionaba consigo mismo, al caminar, quién sería Dafnis. “Fue alimentado por una cabra, como si los dioses velaran por él. Y es hermoso y en nada parecido a un viejo chato y a una mujer calva. Se procuró también tres mil dracmas, número que ni de peras silvestres es probable que tenga un cabrerizo. 2 ¿Acaso también él lo expuso al guiso como a Cloe? ¿Acaso también yacían a su lado prendas de reconocimiento semejantes a las encontradas por mí? Si esto es así, oh señor Pan y Ninfas amigas, rápidamente él, al encontrar los suyos, encontrará también alguno de los secretos de Cloe.”¹ 3 Reflexionaba para sí mismo tales cosas y las soñaba² al llegar hasta la era. Y llegado allí, encontrando a Dafnis ansioso por las noticias,³ llamándolo yerno lo animó y le prometió que en el otoño se llevarían a cabo las bodas y le dio seguridad de que Cloe no sería de nadie sino de Dafnis.

XXXIII. 1 Más veloz que el pensamiento,¹ sin beber ni comer nada, corrió al lado de Cloe. Y al encontrarla ordeñando y haciendo quesos, le dio la buena noticia del casamiento y, como a su futura esposa, la besó sin ocultarse,² y compartió su faena. 2 Ordeñó la leche en cubos, introdujo los quesos en los moldes, acercó a sus madres los corderos y cabritos. Y cuando estas cosas fueron terminadas, se lavaron, comieron, bebieron, pasearon buscando fruta madura. 3 Había mucha abundancia debido a lo fértil de la estación: muchas peras silvestres y muchas peras³ y muchas

manzanas. Unas ya habían caído, pero otras todavía estaban en los árboles; las olorosas en el suelo; las más florecientes en las ramas; Unas olían como el vino, las otras resplandecían como el oro. 4 Un manzano había pasado la recolección y no tenía ni fruto ni hoja. Desnudas estaban todas sus ramas. Pero había madurado en sus cimas una manzana cimera, grande y hermosa y que sola superaba el buen color de la mayoría. Había temido el cosechador subir,⁴ se había despreocupado de bajarla. O quizás esta hermosa manzana había sido guardada para un pastor enamorado.

XXXIV. 1 Como Dafnis vio esta manzana, empezó a subir para cortarla, y no se cuidó de Cloe que se lo impedía. Ésta, habiendo sido desairada, enojándose, se marchó hacia los rebaños. Y Dafnis, subiendo a la carrera, logró cortarla y traerla como regalo a la enojada Cloe, y le dijo esta palabra: “Oh doncella, esta manzana engendraron las Horas¹ hermosas, y un árbol hermoso la nutrió mientras brillaba el Sol,² y la preservó la Fortuna.³ 2 Y teniendo ojos, no la iba a dejar para que cayera al suelo y que, o el ganado al pastar la pisoteara, o el reptil al arrastrarse la envenenara, o el tiempo la consumiera mientras estaba arriba, contemplada, admirada. Éste premio recibió Afrodita⁴ por su belleza; yo este premio de victoria te doy. Tenéis testigos similares: aquí⁵ era pastor, cabrero yo.” Habiendo dicho esto, la puso en su regazo. Y ella, cuando él estuvo cerca, lo besó; así que Dafnis no se arrepintió de haberse atrevido a subir hasta tal altura; pues recibió un beso mejor incluso que una manzana de oro.

LIBRO IV

I. 1 Habiendo llegado de Mitilene un compañero de esclavitud de Lamón, le anunció que poco antes de la cosecha el amo llegaría para conocer si la expedición naval de los Metimnenses no había dañado en algo los campos. 2 Alejándose ya el verano y aproximándose el otoño, Lamón le estaba preparando la hospitalidad para placer completo de su vista. 3 Limpiaba las fuentes, porque tuvieran el agua pura; sacaba el estiércol del establo, porque no molestara con oler; cuidaba el parque, porque se viera hermoso.

II. 1 Este jardín¹ era algo bello en todo, y conforme a los jardines reales.² Se extendía hasta la distancia de un estadio, estaba situado en una región elevada, y tenía la anchura de cuatro pletros.³ 2 Alguien lo compararía a una gran llanura. Tenía todos los árboles: manzanos, mirtos, perales y granados e higueras y olivos.⁴ Del otro lado, una vid elevada y situada sobre los manzanos y los perales, y ennegreciéndose,⁵ como si por el fruto contendiese con ellas. 3 Tantas, las plantas cultivadas. Pero había también cipreses y laureles y plátanos y pinos. Sobre todos éstos, en lugar de la vid, estaba puesta una hiedra. Y su fruto, que era grande y estaba ennegreciéndose, imitaba un racimo de uvas. 4 Dentro había árboles frutales, como protegiéndose. Por fuera estaban en torno los estériles, como un cercado hecho a mano. Sin embargo, un vallado⁶ de descascarada piedra porosa también circundaba a éstos. 5 Todo estaba dividido y separado, y el tronco se alejaba de los troncos, y en la altura las ramas se encontraban unas a otras, y entrelazaban sus cabelleras. Parecía incluso que su disposición natural era obra del arte. 6 Había también macizos de flores,⁷ unas de las cuales daba la tierra, y otras hacia el arte. Rosales y jacintos y lirios, obra de la mano. Matas de violetas y narcisos y anagálidas daba la

tierra. Había sombra en verano y en primavera flores y en otoño frutos, y delicia en toda estación.

III. 1 Visible desde allí era la llanura, y era posible ver a los que pastoreaban, y era visible el mar y se veían los que costeaban. Así que también estas cosas resultaban parte de la delicia en el jardín.¹ Allí donde estaba el preciso centro del parque, hacia lo largo y lo ancho, había un templo y un altar de Dioniso. Hiedra circundaba al altar,² y al templo, ramas. 2 Tenía también dentro del templo pinturas relativas a Dioniso: a Semele³ dando a luz, a Ariadna⁴ dormida, a Licurgo⁵ encadenado, a Penteo⁶ desgarrado. Se añadían también Indos⁷ vencidos, y Tirrenos⁸ transformados; por todas partes, Sátiros pisando las uvas; por todas partes Bacantes danzando. Y tampoco Pan había sido descuidado.⁹ Estaba sentado sobre una piedra, también él tocando la siringa, semejante a quien da el tono de una melodía común, tanto para los que pisan¹⁰ como para los que danzan.¹¹

IV. 1 Tal era el jardín que Lamón cuidaba, arrancando el follaje seco, levantando las ramas. Coronó a Dioniso; acarreo agua para las flores. Había una fuente que Dafnis descubriera para las flores. Estaba reservada a las flores esta fuente, y sin embargo se llamaba fuente de Dafnis. 2 Lamón había recomendado a Dafnis que engordara las cabras cuanto más fuera posible, diciéndole que, sobre todo, el amo querría verlas también cuando llegara después de mucho. 3 Dafnis confiaba en que iba a ser ensalzada por ellas. Pues había duplicado el número de las que tomó, y ni una le había arrebatado el lobo,¹ y estaban más gordas² que las ovejas. Y queriendo que él estuviera más bien dispuesto para su matrimonio,³ empleó todo su cuidado y buena disposición, sacándolas desde muy temprano y regresándolas al anochecer. 4 Dos veces las llevaba a beber; buscaba los mejores sitios de pastura de la comarca. Se preocupaba también porque las jarras fueran nuevas⁴ y muchos los cubos, y las canastas las mejores. Y era tal su solicitud que incluso les engrasaba los cuernos⁵ y les cuidaba los vellones. 5 Uno hubiera creído ver al rebaño sagrado de Pan.⁶ Cloe tomaba parte también de todo este esfuerzo para con ellas, y ocupándose poco en su rebaño, la mayor parte del tiempo se dedicaba a aquéllas, de modo que Dafnis consideraba que por ella parecían éstas hermosas.

V. 1 Mientras estaban en esto, un segundo mensajero que llegó de la ciudad les ordenó recolectar las vides lo más rápido posible, y dijo que él permanecería hasta que las uvas se hicieran vino dulce; luego así en regresando a la ciudad traería a su amo, ya que la cosecha otoñal hubiera sido concluida. 2 A este Éudromo¹ —pues así se llamaba, porque su ocupación era correr— saludaron con gran saludo, y al momento recolectaron las vides, conduciendo las uvas hacia los lagares, llevando el vino dulce a los toneles, apartando las más maduras uvas en racimos,² para que quienes habían venido de la ciudad, tuvieran también la imagen y el placer de la recolección.

VI 1 Y cuando Éudromo estaba ya por adelantarse a toda prisa hacia la ciudad, aunque otras cosas, no pocas por cierto, le había dado Dafnis, le dio también cuantos regalos provenían de un pastor: quesos bien cuajados, un cabrito recién nacido, una piel de cabra blanca y peluda para que pudiera, en el invierno, echársela encima mientras corría. 2 Éste se alegró y besó a Dafnis y le prometió decir al amo algo bueno sobre él. Y se marchó sintiéndose bien dispuesto, y Dafnis, angustiado, fue a

pastorear junto con Cloe. Aquella también tenía mucho miedo; pues un joven acostumbrado a ver cabras y ovejas y a agricultores y a Cloe, por primera vez iba a ver al amo, del cual antes sólo había escuchado el nombre. 3 Así pues, se preocupaba por Dafnis; por cómo se iba a entrevistar con el amo, y su mente se perturbaba por el matrimonio, porque en vano hubieran soñado con él. Continuos eran sus besos y como de quienes hubieran nacido juntos sus abrazos. Empero, sus besos eran llenos de aflicción y melancólicos sus abrazos, como si lo temieran o se escondieran del amo ya presente. Por otra parte, les sobrevino incluso un trastorno tal como éste:

VII. 1 Lampis era un boyero arrogante. Éste también le había pedido a Cloe a Drias y ya le había dado muchos regalos procurando el matrimonio.¹ 2 Así, percatándose de que si era acordado por el amo, Dafnis se la llevaría,² buscaba la manera por la cual enojaría al amo con ellos; y sabedor de que él se deleitaba mucho en el jardín, pensó en destruirlo y afearlo cuanto fuera posible. 3 Pero si cortaba los árboles, iba a ser descubierto por el ruido; así que se dirigió a las flores para destruirlas. Entonces, habiéndose protegido en la noche y habiendo escalado la pared de piedra descascarada, desenterró unas, quebró otras y pisoteó otras, como cerdo. 4 Y éste se había alejado a escondidas. Pero al siguiente día, Lamón llegó al huerto, con intención de llevarles agua de la fuente. 5 Y al ver que todo el lugar había sido devastado y que, por así decir, un enemigo, no un pirata, había hecho la obra, se rasgó al instante el quitón y con un gran grito invocó a los dioses, así que Mirtale, dejando lo que tenía entre manos salió corriendo, y Dafnis, abandonando sus cabras, corriendo fue hacia arriba. Y en viendo gritaron, y en gritando empezaron a llorar.

VIII. 1 Y era insólito el duelo por las flores; empero ellos, aterrados del amo, lloraban. Hubiera llorado también un extraño si llegara. Pues el lugar había sido despojado de su adorno y la tierra, después había quedado fangosa. Si alguna de las flores había escapado al daño, empezaba a abrirse y brillaba y estaba aún hermosa, incluso postrada. 2 Unas abejas se posaban sobre ellas, zumbando continua e incensablemente y de modo semejante a quienes se lamentaban. Entonces Lamón, a causa de la consternación, dijo también esto:

3 “¡Ay de los rosales!, cómo han sido rotos; ¡ay de las violetas! cómo han sido pisoteadas; ¡ay de los jacintos y de los narcisos que desenterró un hombre malvado! Va a llegar la primavera y unas no florecerán; vendrá el verano, y otras no llegarán a su plenitud. En el otoño otras a nadie coronarán. 4 ¡Ni tú, soberano Dioniso, compadeciste a estas pobres flores, entre las cuales vives y a las cuales ves, con las cuales te coroné muchas veces? ¿Cómo al amo, ahora, voy a mostrarle el jardín? ¿Cómo se pondrá él cuando lo haya visto? Va a colgar² de un pino al anciano, como a Marsias.³ Y quizá también a Dafnis, porque las cabras hicieron esto.

IX. 1 Hubo lágrimas, más ardientes luego de estas palabras y se lamentaban después no ya por las flores sino por sus propias personas. Se lamentaba también Cloe por Dafnis, de que fuera a ser colgado,¹ y rogaba para que su amo nunca llegara y soportaba días penosos porque ya veía a Dafnis azotado. 2 Y ya cuando cayó la noche, Éudromo les anunció que el amo más viejo llegaría en tres días y que su hijo se presentaría al día siguiente. 3 Así que había deliberación sobre los acontecimientos, e invitaron a Éudromo a participar en la sentencia. Y éste, que le tenía buena voluntad a Dafnis, aconsejaba confesar primeramente al joven amo lo que había acontecido, y él prometió cooperar, ya que era estimado por aquél como hermano de leche. Y al llegar el día así lo hicieron.

X. 1 Llegó Astilo a caballo y su parásito¹ también él a caballo. Aquél era barbiponiente, mientras que Gnatón² —porque así se llamaba— se cortaba la barba desde hacía mucho. Y Lamón, cayendo a sus pies con Mirtale y con Dafnis, le empezó a suplicar que se apiadara de un anciano infortunado, y que arrancara de la cólera paterna a quien ninguna falta había cometido, y a la vez le contaba todo. 2 Astilo se apiadó de la súplica, y, viniendo al jardín y viendo la ruina de las flores, dijo que él intercedería con su padre y que acusaría a sus caballos de que, habiendo sido atados allí, se habían encabritado y, habiéndose soltado, habían roto unas flores, habían pisoteado otras y habían desenterrado otras más. 3 Luego de estas palabras, Lamón y Mirtale le desearon todos los bienes, y Dafnis le trajo regalos: cabritos, quesos, pájaros y sus crías, uvas en racimos, manzanas en ramas. Había entre los regalos también vino oloroso de Lesbos, el mejor vino para beberse.³

XI. 1 Astilo ensalzó estos regalos y se ocupó en la caza de liebres, pues era un joven rico y que vivía siempre en la molicie y había venido al campo para disfrutar de un placer insólito.¹ 2 Por su parte Gnatón, como hombre que sabía comer y beber hasta emborracharse y tener tratos íntimos después de la borrachera y, no siendo otra cosa que cachete² y vientre³ y lo que está debajo del vientre, no vio superficialmente a Dafnis cuando llevaba los regalos, sino que siendo pederasta⁴ por naturaleza, y encontrando una hermosura como no había encontrado en la ciudad, resolvió procurarse a Dafnis y pensó que, como era cabrerizo⁵ lo persuadiría fácilmente. 3 Y habiendo decidido esto, no acompañó a Astilo a cazar, sino que, bajando a donde Dafnis pastoreaba, con el pretexto de las cabras, en verdad fue a ver a Dafnis. Y lisonjeándolo, ensalzó las cabras y le rogó que tocara en la siringa un son de cabrero, y le dijo que rápidamente lo iba a poner libre, pues lo podía todo.

XII. 1 Y como vio que era de carácter dulce, emboscándose de noche, cuando de regreso de la pastura llevaba sus cabras, corriendo hacia él lo besó primero; luego le pidió que se le ofreciera por detrás,¹ tal como las cabras a los cabríos. 2 Y como Dafnis comprendiera lentamente, y dijera que estaba bien que los machos montaran a las cabras, pero que nunca alguien había visto a un macho montando a un macho, ni a un morueco un morueco en vez de a las ovejas; ni a gallos, gallos en vez de a gallinas,² Gnatón estaba pronto a usar la violencia poniéndole las manos encima. 3 Entonces él, rechazando al borracho que apenas se estaba de pie, lo derribó al suelo, y como un cachorro se alejó corriendo, y lo dejó tirado, necesitado de un hombre, no de un niño, para llevarlo de la mano. Y ya no se le acercaba para nada, sino que unas veces pastoreaba las cabras en una parte, y otras en otra, huyendo de él, y tenía a Cloe bajo su cuidado. 4 Ni Gnatón se esforzaba ya, reconociendo además que no sólo era hermoso sino también fuerte. Pero buscaba el momento oportuno para hablar sobre ella Astilo, y esperaba obtenerlo como regalo de parte del joven que quería concederle muchas y grandes cosas.

XIII. 1 Pero en aquel momento no le fue posible. Porque se presentó Dionisófanes¹ junto con Clearista,² y había mucho alboroto de bestias, criados, hombres, mujeres. Pero luego de esto, compuso un argumento erótico y largo. 2 Era Dionisófanes ya cano, pero alto y hermoso y capaz de competir con los jóvenes. Y también era rico como pocos y honesto al igual que ningún otro. 3 El primer día, en llegando, hizo él un sacrificio a los dioses que protegían la vida del campo: a Deméter³ y a Dioniso y a Pan y las Ninfas, e hizo poner para todos los presentes una

crátera común. Los siguientes días inspeccionó los trabajos de Lamón.⁴ 4 Y viendo las llanuras en surco y los viñedos en rama y el jardín en hermosura —pues en cuanto a las flores Astilo se había echado la culpa—, se alegró sobremanera y alabó a Lamón y le prometió que lo iba a dejar libre.⁵ 5 Luego de esto bajó también hacia el pastizal para ver las cabras y a quien las pastoreaba.

XIV. 1 Cloe entonces huyó al bosque, avergonzada y temerosa de tal gentío. Pero Dafnis, que se había ceñido una velluda piel de cabra, se mantenía erguido, habiéndose colgado de los hombros la alforja recién cosida, sujetando en ambas manos, en una, quesos recién cuajados, y en la otra, cabritos lactantes. 2 Si alguna vez Apolo pastoré¹ sirviendo a Laomedonte,² era tal como se veía entonces Dafnis. Él no dijo nada, pero lleno de rubor inclinó hacia abajo la cabeza, presentando sus regalos. Lamón dijo: “Éste, oh amo, es el cabrerizo de tus cabras. 3 Tú me diste cincuenta para pastorear y dos cabríos, y él te hizo cien y diez cabríos. Ves que están gordas y con las lanas velludas y los cuernos sin golpear. Y las ha hecho también musicales³ pues hacen todo al escuchar la siringa.

XV. 1 Y como Clearista presenciara lo que se dijera, quiso experimentar lo dicho y exhortó a Dafnis a que tocara la siringa para las cabras como acostumbraba, y ofreció gratificarlo con un quitón¹ y una capa² y unas sandalias, cuando hubiera tocado. 2 Entonces él, sentándolos como en un teatro,³ se puso de pie bajo la encina y, sacando de la alforja la sirigna, primeramente sopló un poco. Y las cabras se pusieron de pie levantando las cabezas. Luego sopló algo pastoral, y las cabras pastaron inclinándose hacia abajo.⁴ Enseguida dio un tono sonoro, y todas juntas se acostaron. 3 Tocó también una melodía aguda, y aquéllas, como si un lobo se presentara, huyeron a la selva. Al poco tiempo emitió un sonido apropiado para hacerlas volver y, regresando del bosque, se congregaron cerca de sus pies. 4 Ni a unos siervos se hubiera visto obedeciendo así la orden del amo. Y todos los otros se admiraron, y más que todos Clearista, quien juró que entregaría los regalos al cabrerizo que era bello y musical. Y cuando regresaron a la cabaña, se ocuparon del almuerzo, y enviaron a Dafnis de lo que habían comido. Él comía junto con Cloe y se alegraba probando la cocina de la ciudad, y estaba esperanzado de que persuadiendo a los amos, conseguiría su matrimonio.

XVI. 1 Pero Gnatón, encendido por los acontecimientos concernientes al cabrerizo, y considerando insoportable su vida si no conseguía a Dafnis,¹ habiendo vigilado a Astilo que se paseaba en el jardín y conduciéndolo hasta el templo de Dioniso, le besó pies y manos. 2 Cuando aquél le preguntó por qué hacía esto y le ordenó hablar y le juró que lo iba a ayudar, dijo: “Amo, Gnatón se te ha arruinado. El que hasta ahora tu sola mesa amaba, el que antes juró que no había nada más hermoso que un vino viejo, el que decía que mejores que los efebos en Mitilene eran tus cocineros, yo, considero de hoy en más que Dafnis es lo único hermoso. 3 Y no pruebo alimento suntuoso, aunque se preparen cada día tales carnes, pescados, pasteles de miel; y con gusto volviéndome cabra,² comería pasto y hojas, escuchando la siringa de Dafnis y siendo pastoreado por él. Salva tú a tu Gnatón y haz que venza al inconquistable Eros. 4 Y si no, juro por tí, mi dios,³ que tomando una daga y llenándome el vientre de alimento,⁴ me mataré ante las puertas de Dafnis. Y tú ya no me llamarás Gnatoncito, como acostumbrabas siempre al bromear.”

XVII. 1 Joven generoso y no inexperto de la tristeza de amor, no resistió al que lloraba y le besaba de nuevo amorosamente los pies, y le prometió que iba a pedir de su padre a Dafnis y que se lo enviaría a la ciudad como siervo y sería amado por él. 2 Y queriendo inducirlo al buen ánimo, le preguntó, sonriente, si no se avergonzaba amando al hijo de Lamón, y deseaba acostarse con un joven que pastoreaba cabras. Y al mismo tiempo pretendió sentir aversión a la fetidez del cabrío. 3 Pero aquél, como había aprendido toda la mitología erótica en los simposios de los libertinos, no sin propósito, tanto en su favor como en el de Dafnis, dijo: “Ningún enamorado, amo, se ocupa de estas cosas; sino que, en el cuerpo en que encuentre la belleza, cae prisionero. 4 Por eso incluso alguien se ha enamorado de una planta¹ y de un río² y de un animal.³ Y ciertamente, ¿quién no compadecería a un enamorado que estuviera obligado a huir de lo amado? Amo yo mismo un cuerpo esclavo, a una hermosura libre. 5 ¿Ves cómo tiene la cabellera semejante al jacinto y brillan bajo sus cejas los ojos, lo mismo que en un engarce de oro una gema? ¿Y su rostro, lleno de rubor, y su boca de blancos dientes como de marfil? 6 ¿Qué amante no rogaría recibir de su parte blancos besos: Y si estoy enamorado de un pastor, recuerda a los dioses. Boyero era Anquises,⁴ y Afrodita lo tuvo. Branco⁵ pastoreaba cabras, y Apolo lo amó; pastor era Ganimedes,⁶ y lo raptó el rey de todas las cosas. 7 No desdeñemos a un niño a quien vimos que también las cabras obedecen como enamoradas. Y si aún dejan que se quede en la tierra tal belleza, demos gracias a las águilas de Zeus.”⁷

XVIII. 1 Riendo alegremente Astilo, sobre todo por esto fue dicho, tras declarar que el Amor hace grandes sofistas,¹ buscó el momento oportuno en el cual conversaría con su padre sobre Dafnis. Pero como Éudromo hubiera escuchado en secreto² todo lo dicho, y apreciaba a Dafnis por ser un buen jovencito, y le molestaba que tal belleza resultara el placer de borrachera de Gnatón, inmediatamente contó a Dafnis y a Lamón todo. 2 Dafnis, aterrado, pensaba en atreverse a huir junto con Cloe o en matarse, llevándola también de compañera. Pero Lamón, llamando fuera de la vivienda a Mirtale, dijo: “Salgamos, oh mujer. Ha llegado el momento de revelar los secretos. 3 Por mí, que se pierdan las cabras y todo lo demás; pero por Pan y las Ninfas, no voy a quedarme —como dicen— igual que los bueyes en el establo,³ ni voy a callarme cuál es la fortuna de Dafnis, sino que diré que lo encontré expuesto y revelaré cómo fue alimentado y mostraré cuanto encontré expuesto con él. Que el miserable Gnatón sepa quién es aquel a quien ama. Sólo prepárame los objetos de reconocimiento de que disponemos.

XIX. 1 Una vez que estuvieron de acuerdo con esto, entraron otra vez. Por otra parte Astilo, dirigiéndose hacia su padre que estaba despreocupado, le pidió permiso de llevar a Dafnis de regreso a la ciudad pues era bello y superior a las costumbres del campo y rápidamente podía ser enseñado por Gnatón en las costumbres urbanas. 2 Con gusto el padre consiente y luego de mandar llamar a Lamón y Mirtale, les anunció que, en lo sucesivo, Dafnis serviría a Astilo en vez de a las cabras y cabríos, y prometió que en su lugar les daría dos cabrerizos. 3 Entonces Lamón, pues que ya todos habían acudido con él y se alegraban porque iban a tener un hermoso compañero de servidumbre,¹ pidiendo la palabra, empezó a decir: “Escucha, oh amo, de parte de un hombre viejo, la verdad. Juro por Pan y por las Ninfas² que en nada voy a mentir. 4 No soy padre de Dafnis, ni Mirtale tuvo la suerte de ser su madre. Otros padres expusieron a éste, quizás porque tenían suficientes hijos más grandes. Yo lo encontré expuesto y alimentado por una cabra mía, a la cual, cuando

murió, incluso enterré en el jardín que rodea a la casa, pues la amaba porque hizo labores de madre. 5 Encontré también objetos de reconocimiento que yacían junto a él. Confieso,³ amo, que también los guardo; pues son símbolo de una suerte que es superior a la nuestra.⁴ No desprecio que él sea siervo de Astilo, pues será un hermoso servidor de un amo hermoso y bueno. Pero no puedo ver con indiferencia que resulte placer de borrachera de Gnatón, quien está ansioso por llevarlo a Mitilene para que haga labores de mujeres.”⁵

XX. 1 Luego de decir esto, calló Lamón y derramó muchas lágrimas, y como Gnatón se envalentonara y amenazara con golpes, Dionisófanes, sorprendido por lo dicho, ordenó callar a Gnatón, fruciéndole mucho el ceño, e interrogó de nuevo a Lamón y lo exhortó a decir la verdad y a no inventar cosas semejantes a los mitos para retener a su hijo cerca de él. 2 Pero como era terco, y juraba por todos los dioses, y se entregaba para ser torturado¹ si mentía, Clearista, sentándose a un lado, empezó a examinar lo que había dicho. “¿Por qué habría de mentir Lamón, cuando en lugar de uno va a tener dos cabrerizos? ¿Cómo podría inventar también esto un campesino? ¿No era, pues, francamente increíble que de tal anciano y de una madre insignificante naciera un hijo así de hermoso?”

XXI. 1 Resolvió no adivinar por más tiempo, sino ver ya si los objetos de reconocimiento eran de suerte ilustre¹ y más honorable. Se alejó Mirtalea traer todo cuanto tenía guardado en una vieja alforja. 2 Cuando lo hubo traído, lo vio primero Dionisófanes, y al ver una mantilla púrpura y un broche de oro batido y una daga con empuñadura de marfil, gritando fuertemente: “Oh señor Zeus”, llama a su mujer para que vea. 3 Y al ver, también ella grita fuertemente: “Queridas Moiras,² ¿no expusimos nosotros mismos estos objetos junto con nuestro propio hijo? ¿No despachamos hacia estos mismos campos a Sofrosine³ para que los llevara? Ciertamente no son otros, sino estos mismos. Querido esposo, nuestro es el niño. Dafnis es tu hijo y pastoreaba las cabras paternas.”

XXII. 1 Cuando todavía habla ella y Dionisófanes besa los objetos de reconocimiento, y por el extremo placer llora, Astilo, comprendiendo que es hermano, arrojando la capa empieza a correr hacia el jardín, queriendo besar el primero a Dafnis. 2 Y Dafnis, al verlo corriendo junto con muchos y gritando “Dafnis”, al creer que corría queriendo capturarlo,¹ habiendo arrojado la alforja y la siringa se dirigía hacia el mar para arrojarse desde un inmenso peñasco. 3 Y probablemente —lo más extraño²— el hallado de Dafnis hubiera muerto si Astilo, que lo había comprendido, no hubiera gritado otra vez: “Detente, Dafnis, nada temas. Soy tu hermano, y padres los hasta ahora tus amos. 4 Hace muy poco nos dijo Lamón de la cabra³ y nos mostró los objetos de reconocimiento. Volviéndose, ve cómo vienen alegres y sonrientes. Pero bésame a mí primeramente. Juro por las Ninfas⁴ que no miento.”

XXIII. 1 Apenas, pues, luego del juramento se detuvo Dafnis y esperó a Astilo que venía corriendo, y que llegando ante él, lo besó. En lo que besaba a Dafnis, se sucedió la multitud restante de sirvientes, sirvientas, su propio padre, su madre junto a él. Todos éstos lo abrazaban, lo besaban, alegrándose y llorando. 2 Él acariciaba a su padre y su madre¹ delante de los demás, y como si los hubiera conocido desde antes, los apretaba contra su pecho y no podía salir de los abrazos. Así, la naturaleza

rápida se confía. Se olvidó por completo incluso de Cloe por un tiempo. Y cuando regresó a la cabaña, recibió un vestido muy costoso y, al sentarse cerca de su propio padre, lo escuchó hablando de la siguiente manera:

XXIV. 1 “Me casé, oh hijos, demasiado joven. Y transcurrido poco tiempo había sido, como pensaba, padre feliz. Porque me nació primero un hijo, y segunda, una hija, y tercero, Astilo. Pensaba que la descendencia era suficiente, y cuando nació luego de todos este niño, lo expuse,¹ no exponiendo con él estos objetos como de reconocimiento, sino como ofrendas fúnebres. 2 Pero otros eran los designios de la Fortuna.² Pues mi hijo más grande y mi hija, en un día, murieron de una enfermedad similar. Y tú fuiste salvado para mí por providencia de los dioses, para que tuviéramos más apoyos en la vejez. 3 Así que ni me tengas tú resentimiento por el hecho de que te expuse —pues no lo decidí de buen grado—, ni tú, Astilo, te entristezcas porque vas a recibir una parte en vez de toda la hacienda —pues ninguna posesión es más grande para los hombres sensatos que un hermano—, sino ambos mutuamente y en cuanto a los bienes³ luchad incluso con los reyes. 4 Porque yo os voy a dejar mucha tierra y muchos siervos diestros, oro, plata, y cuantas otras posesiones tienen las gentes dichosas. Sólo, exceptuada, a Dafnis doy esta tierra y a Lamón y Mirtalea las cabras que él pastoreaba.”

XXV. 1 Cuando todavía hablaba él, Dafnis levantándose dijo: “Bien hiciste que acordara, padre, de esto. Me marché para llevar las cabras al abrevadero, pues éstas, en alguna parte, esperan ahora mi siringa¹ para beber. ¡Y yo estoy aquí sentado!” 2 Alegremente se rieron todos, porque habiendo resultado amo, todavía quería ser cabrerizo.² Así que algún otro fue enviado para hacerse cargo de aquellas y ellos, tras sacrificar a Zeus Soter,³ se reunieron en un banquete.⁴ A este banquete solamente Gnatón no vino; mas, temeroso, permanecía de día y de noche en el templo de Dionisio, como suplicante. 3 Cuando rápidamente se extendió a todas partes el rumor de que Dionisófanes había encontrado a su hijo, y de que Dafnis el cabrerizo fue reconocido señor de los campos, con el alba acudieron unos de unas, otros de otras partes, alegrándose con el joven y trayendo regalos a su padre. Y entre ellos fue primero, Driás, el que crió a Cloe.

XXVI. 1 Dionisófanes retuvo a todos para que participaran de su regocijo y tomaran parte en la fiesta. Se prepararon mucho vino,¹ muchos panes de trigo, pájaros de la ciénaga,² cerditos de leche, diversos pasteles del campo. 2 Luego que Dafnis reunió todos sus bienes pastorales, los distribuyó como ofrendas a los dioses. A Dioniso dedicó la alforja y la piel;³ a Pan, la siringa y la flauta⁴ oblicua; su cayado, a las Ninfas, y los cubos que él había hecho. 3 Sin embargo, de tal manera las cosas habituales son más gratas que una felicidad pasajera, que lloraba sobre cada uno de estos objetos de los cuales se apartaba. Y no dedicó los cubos antes de ordeñar, ni la piel antes de vestírsela, ni la siringa antes de tocarla. 4 Y besó todos estos objetos y habló a las cabras y llamó a los machos por su nombre.⁵ También bebió de la fuente, porque muchas veces también lo había hecho con Cloe. Pero todavía no confesaba su amor, aguardando el momento oportuno.

XXVII. 1 En tanto que Dafnis estaba en los sacrificios, esto ocurrió a Cloe. Se había sentado, llorando, mientras pastoreaba los rebaños, diciendo,¹ como era razonable: “Dafnis se ha olvidado de mí. Sueña en ricos esponsales. 2 ¿Por qué,

pues, no le ordené jurar por las cabras en vez de por las Ninfas?² Abandonó aquéllas, como también a Cloe. Ni al hacer sacrificios a las Ninfas y a Pan, deseó ver a Cloe. Quizás encontró junto a su madre sirvientas mejores que yo. Adiós. Pues yo no viviré más.”

XXVIII. 1 Mientras Cloe decía tales cosas y reflexionaba sobre ellas, Lampis, el boyero, que surgió por sorpresa con un puñado de agricultores, la capturó; porque Dafnis no se iba a casar ya¹ y Drías lo iba a querer a él. Ella, gritando lastimeramente, era llevada,² y uno de los que vieron aquello, lo reveló a Napé, y ésta a Drías, y Drías a Dafnis. 2 Y él, fuera de sus cabales, no se atrevía a hablarle a su padre, y como no podía contenerse, saliendo al jardín se lamentaba,³ diciendo: “Oh amargo hallazgo.⁴ 3 ¿Cuánto mejor era para mí pastorear? ¡Cuanto más dichoso era siendo siervo! Entonces veía a Cloe. Entonces... Pero ahora Lampis se ha ido tras capturarla y, cuando llegue la noche, se acostará con ella. Y yo bebo y vivo en la molicie, y en vano juramos por Pan⁵ y por las cabras y por las Ninfas.

XXIX. 1 Gnatón, que estaba oculto en el jardín, escuchó a Dafnis cuando decía estas cosas. Y considerando que había llegado el momento de las reconciliaciones con él, llevándose además a algunos de los criados de Astilo, fue en busca de Drías. 2 Y ordenando que lo guiaran a la vivienda de Lampis, emprendió la carrera. Y habiéndolo capturado cuando apenas introducía a Cloe,¹ libertó a ésta y molió a golpes a los agricultores.² 3 Y entonces, tras atar a Lampis, se aprestaba a llevarlo como prisionero de alguna guerra; y lo hiciera, si él, adelantándose, no se hubiera ido. 4 Encuentra a Dionisófanos durmiendo, y a Dafnis insomne y aún llorando en el jardín. Le presenta entonces a Cloe y después de entregársela, lo explica todo. Y le ruega que, no guardándole ya ningún rencor, lo tenga por esclavo no inútil, y que no lo retire de su mesa sin la cual habrá de morir de hambre. 5 Aquél, viendo a Cloe y teniéndola en sus brazos, se reconcilió con él como benefactor, y se disculpó con ella por su descuido.

XXX. 1 Luego de deliberar, Dafnis y Cloe decidieron ocultar sus relaciones¹ y que, viendo a Cloe escondidas,² Dafnis confesara su amor sólo a su madre. Pero Drías no estaba de acuerdo y juzgaba conveniente hablarle al padre y ofreció que él lo convencería. 2 Y al llegar el día, con los objetos de reconocimiento en la alforja, se dirigió hacia Dionisófanos y Clearista que se encontraban sentados en el jardín — y estaban también presentes Astilo y el propio Dafnis —, y cuando se hizo silencio empezó a decir: 3 “Una necesidad similar a la de Lamón³ me obliga a decir: las cosas hasta ahora no dichas yo a esta Cloe ni la engendré ni la alimenté, sino que otros la engendraron, y cuando estaba abandonada en la gruta de las Ninfas una oveja la alimentó. 4 Yo vi esto, y viéndolo me admiré, y luego de admirarme, la crié.⁴ Testimonias también los objetos de reconocimiento, pues son más ricos que los que corresponden a un pastor. Vedlos y buscad a los parientes de esta joven, que parecería digna acazo de Dafnis.”

XXXI. 1 Esto, ni Drías lo lanzó a la ventura, ni Dionisófanos lo escuchó con descuido, sino que, habiendo visto a Dafnis y viendo que enrojecía y que lloraba a escondidas,¹ rápidamente descubrió su amor. Y como estuviera más preocupado por su propio hijo que por una muchacha ajena, con toda minuciosidad consideró las

palabras de Drías. 2 Y cuando vio los objetos de reconocimiento que habían sido traídos: las sandalias doradas, los brazaletes, la diadema, llamando a Cloe la exhortó a tener confianza, porque ya tenía marido,² y rápidamente iba a encontrar a su padre y a su madre. 3 Y llevándose la Clearista con ella, la arregló luego como mujer de su hijo, mientras Dionisófanos, levantándose, preguntaba a solas a Dafnis si Cloe era virgen.³ Cuando él juró que nada más que un beso y promesas habían ocurrido, contento con el juramento, los sentó a la mesa.

XXXII. 1 Fue posible entonces conocer lo que es la belleza cuando se le agrega el adorno. Porque Cloe, vestida y trenzado el cabello y lavada la cara, se mostraba a todos de tal modo hermosa, que incluso Dafnis apenas la reconoció.¹ 2 Uno podría haber jurado, aun sin los objetos de reconocimiento, que Drías no era el padre de tal muchacha. Sin embargo, también él estaba presente y festejaba junto con Napé, teniendo como compañeros en su propio triclinio² a Lamón y a Mirtale. 3 Otra vez en los días siguientes se sacrificaron víctimas y se mezclaron cráteras, y también Cloe consagró sus propios objetos: la siringa, la alforja, la piel, los cubos. Mezcló con vino el agua de la fuente que estaba en la gruta, porque por ella fue alimentada y se había lavado muchas veces en ella. 4 Puso una corona a la tumba de la oveja, cuando Drías se la hubo mostrado, y también ella tocó en la siringa algo para su rebajo, y cuando hubo tocado, rogó a las diosas encontrar padres dignos de sus esposales con Dafnis.

XXXIII. 1 Y cuando tuvieron suficiente de las festividades del campo, decidieron regresar a la ciudad y buscar a los padres de Cloe y ya no dilatar el casamiento de sus hijos. 2 Al alba, pues, cuando estuvieron listos, dieron a Drías otras tres mil dracmas y a Lamón la mitad de los campos para cazar y cosechar, y las cabras junto con los cabrerizos¹ y cuatro yuntas de bueyes, y vestiduras invernales y lo libertaron a él y libertaron a su mujer.² Y después de esto se pusieron en marcha hacia Mitilene con caballos y carros y con mucha gala. 3 En ese momento, pues llegaron de noche, se ocultaron de los ciudadanos. Pero al día siguiente, una multitud de hombres, de mujeres, se agrupó a las puertas. Ellos se alegraban junto con Dionisófanos de que hubiera encontrado a su hijo, y más viendo la belleza de Dafnis. Ellas felicitaban a Clearista porque había traído al mismo tiempo al hijo y a la novia. 4 Pues Cloe las había asombrado también a ellas por la hermosura que exhibía, la cual no podía ser superada. Así pues, toda la ciudad suspiraba por el joven y por la doncella. Y ya los felicitaban por su matrimonio, y rogaban que fuera alcanzada una descendencia digna de la forma de la muchacha. Y muchas mujeres de las más ricas suplicaban a las diosas que se las creyera madres³ de hija tan hermosa.

XXXIV. 1 Y le vino esta visión a Dionisófanos, quien luego de mucha preocupación cayó en un profundo sueño: parecía que las Ninfas rogaban a Eros que les concediera ya a ellos¹ el matrimonio. Y que éste, habiéndose despojado del arco y habiendo hecho a un lado el carcaj², ordenaba a Dionisófanos que convidara a una fiesta a todos los nobles de Mitilene, y que cuando hubiera llenado la última crátera,³ mostrara entonces a cada uno los objetos de reconocimiento, y que luego cantara el himeneo.⁴ 2 Tras haber visto y oído estas cosas, se levantó al alba y, habiendo ordenado que se preparara un espléndido banquete de cosas de tierra y de mar y cuantas hubiera en los puertos y cuantas hubiera en los ríos,⁵ convidó a todos los nobles de Mitilene. 3 Y cuando ya era noche y se hubo llenado la crátera de la cual hicieron ofrendas a Hermes, un sirviente introdujo sobre una charola de plata los

objetos de reconocimiento, y llevándolos alrededor, de izquierda a derecha, los iba mostrando a todos.

XXXV. 1 Ninguno de los otros los reconoció. Pero un tal Megacles, que por su ancianidad¹ se hallaba recostado al último,² cuando los vio, reconociéndolos, empezó a gritar muy fuerte y vigorosamente: “¿Qué veo aquí? ¿Qué me has resultado, hijita? ¿Acaso también tú vives, o sólo estas cosas se robó casualmente algún pastor? 2 Te suplico, Dionisófanos, dímelo. ¿De dónde tienes objetos de reconocimiento de mi hija? No me niegues que, después de Dafnis, también yo la encuentre. Y al ordenarle Dionisófanos que primero él diera su explicación, Megacles, sin disminuir el tono de su voz, dijo: 3 “En un principio tenía pocos medios de vida, pues los que poseía los agoté en las coregias³ y en las trierarquías.⁴ Cuando ocurrió esto, me nació una hijita. Temiendo que ella se criara en la pobreza, la expuse, disponiendo estos objetos de reconocimiento, sabedor de que muchos también así se afanan por ser padres. 4 Y he aquí que ella fue abandonada en la gruta de las Ninfas, encomendada a las diosas, mientras que a mí la riqueza me aflucía cada día sin tener heredero. 5 Pues entonces ya no tuve la buena fortuna de ser padre de una hija, y los dioses, como burlándose de mí, de noche me enviaban sueños que hacían ver que me iba a ser padre un rebaño.”

XXXVI. 1 Dionisófanos gritó más fuerte que Megacles y levantándose introdujo a Cloe muy bien arreglada, y dijo: “A esta hija expusiste. A esta tu doncella, por voluntad de los dioses, alimentó una oveja, como una cabra a mi Dafnis. 2 Toma los objetos de reconocimiento y a tu hija, y luego de tomarla, entrégala a Dafnis como novia. A ambos expusimos, a ambos hemos encontrado, de ambos se preocuparon Pan y las Ninfas y Eros. 3 Alabó lo dicho Megacles y mandó traer a Rode, su mujer, y tenía a Cloe en su pecho.¹ Y quedándose allí les dio sueño, se quedaron allí, pues Dafnis juró solemnemente que no iba a confiar a Cloe a nadie, ni a su propio padre.

XXXVII. 1 Al llegar el día, siendo del mismo parecer, regresaron otra vez al campo. Dafnis y Cloe habían pedido esto, porque no soportaban la vida en la ciudad. Y les parecía bien también a aquéllos hacerles esponsales pastoriles. 2 En llegando, pues, a casa a Lamón, presentaron a Drías con Megacles e introdujeron a Napé con Rode y prepararon espléndidamente las cosas para la fiesta. Ofreció su padre a Cloe de nuevo a las Ninfas, y junto con otros muchos, ofrendó los objetos de reconocimiento, y completó a Drías las restantes¹ dracmas hasta diez mil.

XXXVIII. 1 Y como hacía buen tiempo, Dionisófanos ante la misma gruta tendió unas camas de hojas verdes y festejó suntuosamente a todos los aldeanos allí reclinados.¹ 2 Estaban presentes Lamón y Mirtales, Drías y Napé, los parientes de Dorcón, Filetas, los hijo de Filetas, Cromis y Licenio. No faltaba ni Lampis, que había sido considerado digno de perdón. 3 Había, como en tales banquetes, todo lo propio de los agricultores y campesinos. Unos cantaban como cantan los segadores;² otros hacían bromas con las bromas de los lagares. Filetas tocaba la siringa, Lampis la flauta, Drías y Lamón bailaban, Cloe y Dafnis se besaban. 4 Pastaban las cabras cerca, como si también ellas participaban del festejo. Esto para los ciudadanos no era muy agradable; pero Dafnis llamaba a algunas por su nombre y les daba follaje verde y, tomándolas por los cuernos, las besaba.

XXXIX. 1 Y estas cosas al modo pastoril no las tuvieron sólo entonces, sino la mayor parte del tiempo mientras vivieron, honrando a sus dioses, las Ninfas y Pan y Eros, y procurándose numerosos rebaños de ovejas y de cabras, y considerando la fruta y la leche el alimento más agradable. 2 Y a su hijo varón le dieron una cabra, y a su segundo, que fue niña, lo hicieron que mamara la teta de una oveja; y a él lo llamaron Filopemen¹ y a ella Águela.² Así también estas costumbres envejecieron con ellos. Y adornaron la gruta y colgaron imágenes y erigieron un altar de Eros Pastor³ y dieron a Pan para que lo habitara, en lugar del pino, un templo que llamaron de Pan el Guerrero.⁴

XL. 1 Pero todo esto lo nombraron e hicieron luego. Pues en ese momento, al llegar la noche, todos los acompañaron hacia el tálamo;¹ unos tocando la siringa, otros la flauta y otros levantando grandes antorchas. 2 Y cuando estuvieron cerca de las puertas, cantaron con voz áspera y ruda, como si estuvieran abriendo la tierra con sus horcas² y no cantando el himeneo.³ 3 Dafnis y Cloe, que estaban acostados juntos, desnudos, se abrazaban y se besaban, manteniéndose despiertos durante la noche, como ni las lechuzas lo hacen. Y Dafnis hizo algo de lo que le había enseñado Licenio, y entonces Cloe conoció por primera vez que lo ocurrido en la selva había sido juego de pastores.

Aristóteles

Aristóteles es, junto con Platón, uno de los filósofos más conocidos de la Antigüedad Griega. Nació en Estagira, pequeña localidad de Macedonia, en el seno de una familia aristocrática en el año 384 a. d. n. e. La cercanía de su padre con el rey Amintas II le permitió vivir en la corte, interesándose así, desde muy chico, por las ciencias. A los 17 años entró en la Academia de Platón y permaneció con él durante 20 años, al término de los cuales se separó de sus ideas, haciendo famosa su frase "Seamos amigos de Sócrates y Platón, pero seámoslo más de la verdad". Aristóteles rompió con la base de la filosofía platónica, a saber, que la forma y el sentido de todas las cosas del universo no está en el más allá (*topos uranos*), sino en la materia, es decir, en las cosas mismas.

Más tarde, enseñó en la escuela de Assos y en el año 343 a 342, el rey Filipo de Macedonia lo invitó a Pela para que se enseñara a su hijo Alejandro, siendo su maestro durante siete años; "tengo un hijo, escribió Filipo, y doy gracias a los dioses, no tanto por habérmelo concedido como porque ha sido en tiempo de la vida de Aristóteles. Espero que haga de él mi sucesor y digno rey de Macedonia". Cuando regresó a Atenas, fecha en que Alejandro comenzara sus campañas, fundó la escuela filosófica peripatética, de *paripatei*, pasear llamada así por la costumbre de filosofar con sus discípulos paseando en los jardines del Liceo.

Aristóteles fundó la primera biblioteca de la Antigüedad Griega, un museo de historia natural, y llevó a cabo estudios sobre leyes y constituciones de 158 estados griegos.

A la muerte de Alejandro, hubo en Atenas levantamientos contra los macedonios y, Aristóteles fué acusado de impiedad. Diógenes Laercio asegura que al saber de otras fuentes que su muerte acaeció en Calcis, al parecer de un trastorno digestivo, a la edad de 62.

La Poética

Una de las obras más discutidas de Aristóteles es la *Poética*, pues constituye un cuerpo teórico de profunda reflexión que ha sido durante siglos pilar de la crítica literaria a pesar de ser un conjunto de textos de carácter fragmentario al que falta el libro segundo. Su título *Poietiké*, alude a las artes útiles y a las bellas artes como género o actividades imitativas. la voz griega *poesis*: quiere decir originalmente: hacer, crear, o producir, y para Aristóteles significa ante todo creación representativa, es decir imitadora. Ahora bien, ¿qué es lo que imitan esas actividades? imitan los caracteres humanos, las acciones y las emociones.

Aristóteles establece que hay dos tipos de imitación: la que se hace por el color y la forma y aquella que se produce por el sonido, sea éste de la voz humana o de los instrumentos musicales.

Por otro lado, habla de los *medios*, los *objetos* y las *maneras de la imitación* y a partir de ahí define algunas clases de arte como lo indica el siguiente esquema:

medios	ritmo lenguaje tono musical
objetos	caracteres acciones emociones
manera de la imitación	narrativa dramática

La *Poética* de Aristóteles no es precisamente una estética, es decir, un tratado sobre las artes. Aborda más que otros aspectos la esencia y características de las disciplinas del lenguaje; sin embargo, es una obra fundamental que deja muy claramente expresado que la belleza es un bien independiente de los intereses materiales y morales no obstante que depende de ellos.

1

Objeto de la Poética

Hablemos de la poética en sí y de sus especies, de la potencia propia de cada una, y de cómo es preciso construir las fábulas si se quiere que la composición poética resulte bien, y asimismo del número y naturaleza de sus partes, e igualmente de las demás cosas pertenecientes a la misma investigación, comenzando primero, como es natural, por las primeras.

Pues bien, la epopeya y la poesía trágica, y también la comedia y la ditirámbica, y en su mayor parte la aulética y la citarística, todas vienen a ser, en conjunto, imitaciones. Pero se diferencian entre sí por tres cosas: o por imitar con medios diversos, o por imitar objetos diversos, o por imitarlos diversamente y no del mismo modo.

Pues, así como algunos con colores y figuras imitan muchas cosas reproduciendo su imagen (unos por parte y otros por costumbre), y otros mediante la voz, así también, entre las artes dichas, todas hacen la imitación con el ritmo, el lenguaje o la armonía, pero usan estos medios separadamente o combinados: por ejemplo, usan sólo armonía y ritmo la aulética y la citarística, y las demás que puedan ser semejantes en cuanto a su potencia, como el arte de tocar la siringa; y el arte de los danzantes imita con el ritmo, sin armonía (éstos, en efecto, mediante ritmos convertidos en figuras, imitan caracteres, pasiones y acciones).

Pero el arte que imita sólo con el lenguaje, en prosa o en verso, y, en este caso, con versos diferentes combinados entre sí o con un solo género de ellos, carece de nombre hasta ahora. No podríamos, en efecto, aplicar un término común a los mismos de Sofrón y de Jenarco y a los diálogos socráticos, ni a la imitación que pudiera hacerse en trímetros o en versos elegíacos u otros semejantes. Sólo que la gente, asociando al verso la condición de poeta, a unos llama poetas elegíacos y a otros poetas épicos, dándoles el nombre de poetas no por la imitación, sino en común por el verso.

En efecto, también a los que exponen en verso algún tema de medicina o de física suelen llamarlos así, pero nada común hay entre Homero y Empédocles, excepto el verso. Por eso al uno es justo llamarle poeta, pero al otro naturalista más que poeta. Y, de modo semejante, si uno hiciera la imitación mezclando toda clase de versos, como hizo Queremón su *Centauro*, rapsodia compuesta de versos de todo tipo, también habría que llamarle poeta.

Así, pues, sobre lo que antecede valgan estas distinciones. Pero hay artes que usan todos los medios citados, es decir, ritmo, canto y verso, como la poesía de los ditirámbicos y la de los nomos, la tragedia y la comedia. Y se diferencian en que unas los usan todos al mismo tiempo, y otras, por partes.

Éstas son, pues, las diferencias que establezco entre las artes por los medios con que hacen la imitación.

2

Diferenciación de las artes por los objetos imitados

Mas, puesto que los que imitan imitan a hombres que actúan, y éstos

necesariamente serán esforzados o de baja calidad (los caracteres, en efecto, casi siempre se reducen a éstos solos, pues todos sobresalen, en cuanto al carácter, o por el vicio o por la virtud), o bien los hacen mejores que somos ser nosotros, o bien peores o incluso iguales, lo mismo que los pintores. Polignoto, en efecto, los pintaba mejores; Pausón, peores, y Dionisio, semejantes. Y es evidente que también cada una de las imitaciones dichas tendrá estas diferentes, y será diversa por imitar cosas diversas como se ha indicado.

Pues también en la danza y en la música de flauta y en la de cítara pueden producirse estas desemejanzas, así como en la prosa y en los versos solos; por ejemplo, Homero hace a los hombres mejores; Cleofonte, semejantes, y Hegemón de Taso, inventor de la parodia, y Nicócares, autor de la *Diliada*, peores. Y lo mismo sucede con los ditirambos y con los nomos; pues uno podría hacer la imitación del mismo modo que Timoteo y Filóxeno compusieron sus *Cíclopes*.

Y la misma diferencia separa también a la tragedia de la comedia; ésta, en efecto, tiende a imitarlos peores, y aquélla, mejores que los hombres reales.

3

Diferenciación por el modo de imitar

Hay todavía entre estas artes una tercera diferencia, que es el modo en que uno podría imitar cada una de estas cosas. En efecto, con los mismos medios es posible imitar las mismas cosas una vez narrándolas (ya convirtiéndose hasta cierto punto en otro, como hace Homero, ya como uno mismo y sin cambiar), o bien presentando a todos los imitados como operantes y actuantes.

Estas son, por consiguiente, las tres diferencias posibles en la imitación, como dijimos al principio; los medios, los objetos y el modo de imitarlos. De suerte que, en un sentido, Sófocles sería, en cuanto imitador, lo mismo que Homero, pues ambos imitan personas esforzadas, y en otro, lo mismo que Aristófanes, pues ambos imitan personas que actúan y obran.

De aquí viene, según algunos, que estos poemas se llamen dramas, porque imitan personas que obran. Por eso también reivindican la tragedia y la comedia los dorios (la comedia, los megarenses; los de aquí, pues según ellos nació durante su democracia, y los de Sicilia, pues de allí era el poeta Epicarmo, que fue muy anterior a Quiónides y a Magnete; y la tragedia, algunos de los del Peloponeso), convirtiendo los nombres en prueba. Estos, en efecto dicen llamar *komai* a los suburbios, mientras que los atenienses los llaman *demoi*, pensando que los comediantes (*kómoidoi*), no han sido llamados así de *kómazein*, sino de que andaban errantes por las *kómái*, excluidos de la ciudad con deshonor. Y que, para decir "hacer", ellos emplean *drán*, mientras que los atenienses dicen *prátein*.

Sobre cuántas y cuáles son las diferencias de la imitación, baste lo dicho.

4

Origen y desarrollo de la poesía

Parecen haber dado origen a la poética fundamentalmente dos causas, y ambas naturales. El imitar, en efecto, es connatural al hombre desde la niñez, y se diferencia de los demás animales en que es muy inclinado a la imitación por la imitación adquiere sus primeros conocimientos, y también el que todos disfruten con las obras de imitación. Y es prueba de esto lo que sucede en la práctica; pues hay seres cuyo

aspecto real nos molesta, pero nos gusta ver su imagen ejecutada con la mayor fidelidad posible, por ejemplo, figuras de los animales más repugnantes y de cadáveres. Y también es causa de esto que aprender agrada muchísimo no sólo a los filósofos, sino igualmente a los demás, aunque lo comparten escasamente. Por eso, en efecto, disfrutaban viendo las imágenes, pues sucede que, al contemplarlas, aprenden y deducen qué es cada cosa, por ejemplo, que éste es aquél; pues, si uno no ha visto antes al retratado, no producirá placer como imitación, sino por la ejecución, o por el color o por alguna causa semejante.

Siéndonos, pues, natural el imitar, así como la armonía y el ritmo (pues es evidente que los metros son partes de los ritmos), desde el principio los mejor dotados para estas cosas, avanzando poco a poco, engendraron la poesía partiendo de las improvisaciones.

Pero la poesía se dividió según los caracteres particulares: en efecto, los más graves imitaban las acciones nobles y las de los hombres de tal calidad, y los más vulgares, las de los hombres inferiores, empezando por componer invectivas, del mismo modo que los otros componían himnos y encomios. Ahora bien, de ninguno de los anteriores a Homero podemos citar un poema de esta clase, aunque es probable que hubiera muchos; pero sí, podemos a partir de Homero, por ejemplo su *Margites* y otros semejantes, en los cuales, por lo apropiado que es, apareció también el verso yámbico —por eso todavía hoy se llama yámbico, porque en esta clase de versos fueron poetas de versos heroicos, y otros, de yambos.

Y así como, en el género noble, Homero fue el poeta máximo (pues él solo compuso obras que, además de ser hermosas, constituyen imitaciones dramáticas), así también fue el primero que esbozó las formas de la comedia, presentando en acción no una invectiva, sino lo risible. El *Margites*, en efecto, tiene analogía con las comedias como la *Iliada* y la *Odisea* con las tragedias.

Una vez aparecidas la tragedia y la comedia, los que tendían a una u otra poesía según su propia naturaleza, a unos, en vez de yambos, pasaron a hacer comedias, y los otros, de poetas épicos se convirtieron en autores de tragedias, por ser estas formas de más fuste y más apreciadas que aquéllas.

En cuanto a examinar si la tragedia ha alcanzado ya su pleno desarrollo, tanto si esto se juzga en sí mismo como en relación con el teatro, es otra cuestión.

Habiendo, pues, nacido al principio como improvisación —tanto ella como la comedia; una, gracias a los que entonaban el ditirambo, y la otra, a los que iniciaban los cantos fálicos, que todavía hoy permanecen vigentes en muchas ciudades—, fue tomando cuerpo, al desarrollar sus cultivadores todo lo que de ella iba apareciendo; y, después de sufrir muchos cambios, la tragedia se detuvo, una vez que alcanzó su propia naturaleza.

En cuanto al número de los actores, fue Esquilo el primero que lo elevó de uno a dos, disminuyó la intervención del coro y dio el primer puesto al diálogo. Sófocles introdujo tres y la escenografía. Por otra parte, la amplitud, partiendo de fábulas pequeñas y de una dicción burlesca, por evolucionar desde lo satírico, se dignificó tarde, y el metro se convirtió de tetrametro en yámbico. Al principio, en efecto, usaban el tetrametro porque la poesía era satírica y más acomodada a la danza; pero, desarrollado el diálogo, la naturaleza misma halló el metro apropiado; pues el yámbico es el más apto de los metros para conversar. Y es prueba de esto que, al hablar unos con otros, decimos muchísimos yambos; pero hexámetros, pocas veces y sabiéndonos del tono de la conversación.

Por lo demás, el número de los episodios y cómo dicen que fue embellecida cada

una de las otras partes, démoslo por tratado; pues sin duda sería gran trabajo exponer esto con detalle.

5

Desarrollo de la comedia. Semejantes y diferencias entre epopeya y tragedia

La comedia es, como hemos dicho, imitación de hombres inferiores, pero no en toda la extensión del vicio, sino que lo risible es parte de lo feo. Pues lo risible es un defecto y una fealdad que no causa dolor ni ruina; así, sin ir más lejos, la máscara cómica es algo feo y contrahecho sin dolor.

Pues bien, no ignoramos las transformaciones de la tragedia y quiénes las promovieron; pero la comedia, por no haber sido tomada en serio al principio, pasó inadvertida. En efecto, sólo tardíamente proporcionó el arconte un coro de comediantes, que hasta entonces eran voluntarios. Y sólo desde que la comedia tenía ya ciertas formas se conserva el recuerdo de los llamados poetas cómicos.

Quién introdujo máscaras o prólogos o pluralidad de actores y demás cosas semejantes, se desconoce; pero el componer fábulas, Epicarmo y Formis. Esto, al principio, vino de Sicilia; pero de los atenienses fue Crates el primero que, abandonando la forma yámbica, empezó a componer argumentos y fábulas de carácter general.

Ahora bien, la epopeya corrió pareja con la tragedia sólo en cuanto a ser imitación de hombres esforzados en verso y con argumento; pero se diferencia de ella por tener un verso uniforme y ser un relato. Y también por la extensión; pues la tragedia se esfuerza lo más posible por atenerse a una revolución del solo excederla poco, mientras que la epopeya es ilimitada en el tiempo, y en esto se diferencia, aunque, al principio, lo mismo hacían esto en las tragedias que en los poemas épicos.

En cuanto a las partes constitutivas, unas son comunes, y otras, propias de la tragedia. Por eso quien distingue entre una tragedia buena y otra mala, también distingue entre poemas épicos; pues los elementos de la epopeya se dan también en la tragedia, pero los de ésta, no todos en la epopeya.

6

Definición de la tragedia. Explicación de sus elementos

Del arte de imitar en hexámetros y de la comedia hablaremos después. Tratemos ahora de la tragedia, recogiendo la definición de su esencia que resulta de lo que hemos dicho.

Es, pues, la tragedia imitación de una acción esforzada y completa, de cierta amplitud, en lenguaje sazonado, separada cada una de las especies [de aderezos] en las distintas partes, actuando los personajes y no mediante relato, y que mediante compasión y temor lleva a cabo la purgación de tales afecciones. Entiendo por "lenguaje sazonado" el que tiene ritmo, armonía y canto, y por "con las especies (de aderezos) separadamente", el hecho de que algunas partes se realizan sólo mediante versos, y otras, en cambio, mediante el canto.

Y, puesto que hacen la imitación actuando, en primer lugar necesariamente será una parte de la tragedia la decoración del espectáculo, y después; la melopeya y la elocución, pues con estos medios hacen la imitación. Llamo "elocución" a la composición misma de los versos, y "melopeya", a lo que tiene un sentido totalmente claro. Y, puesto que es imitación de una acción, y ésta supone algunos que actúan, que necesariamente serán tales o cuales por el carácter y el pensamiento (por éstos, en

efecto, decimos también que las acciones son tales o cuales), dos son las causas naturales de las acciones: el pensamiento y el carácter, y a consecuencia de éstas tienen éxito o fracasan todos. Pero la imitación de la acción es la fábula, pues llamo aquí fábula a la composición de los hechos, y caracteres, a aquello según lo cual decimos que los que actúan son tales o cuales, y pensamiento, a todo aquello en que, al hablar, manifiestan algo o bien declaran su parecer.

Necesariamente, pues, las partes de toda tragedia son seis, y de ellas recibe su calidad la tragedia; y son: la fábula, los caracteres, la elocución, el pensamiento, el espectáculo y la melopeya. En efecto, los medios con que imitan son dos partes; el modo de imitar, una; las cosas que imitan, tres, y, fuera de éstas, ninguna. De estos elementos esenciales se sirven, por decirlo así, (todos), pues toda tragedia tiene espectáculo, carácter, fábula, elocución, canto y pensamiento.

El más importante de estos elementos es la estructuración de los hechos; porque la tragedia es imitación, no de personas, sino de una acción y de una vida, y la felicidad y la infelicidad están en la acción, y el fin es una acción, no una cualidad. Y los personajes son tales o cuales según el carácter; pero, según las acciones, felices o lo contrario. Así, pues, no actúan para imitar los caracteres, sino que revisten los caracteres a causa de las acciones. De suerte que los hechos y la fábula son el fin de la tragedia, y el fin es lo principal en todo.

Además, sin acción no puede haber tragedia; pero sin caracteres, sí. En efecto, las tragedias de la mayoría de los autores modernos carecen de caracteres, y en general con muchos poetas sucede lo mismo, como también entre los pintores le ocurrió a Zeuxis frente a Polignoto; éste, en efecto, es buen pintor de caracteres, mientras que la pintura de Zeuxis no tiene ningún carácter.

Por otra parte, aunque uno ponga en serie parlamentos caracterizados y expresiones y pensamientos bien contruidos, no alcanzará la meta de la tragedia; se acercará mucho más a ella una tragedia inferior en este aspecto, pero que tenga fábula y estructuración de hechos. Además, los medios principales con que la tragedia seduce al alma son partes de la fábula; me refiero a las peripecias y a las agniciones.

Otra prueba es que los principiantes en poesía llegan a dominar antes la elocución y los caracteres que la estructuración de los hechos, como también casi todos los poetas primitivos.

La fábula es, por consiguiente, el principio y como el alma de la tragedia; y, en segundo lugar, los caracteres (Sucede aproximadamente como en la pintura; pues si uno aplicase confusamente los más bellos colores, no agradaría tanto como dibujando una figura con blanco). La tragedia es, en efecto, imitación de una acción y, a causa de ésta sobre todo, de los que actúan.

En tercer lugar, el pensamiento. Y éste consiste en saber decir lo implicado en la acción y lo que hace el caso¹²¹, lo cual, en los discursos, es obra de la política y de la retórica; los antiguos, en efecto, hacían hablar a sus personajes en tono político, y los de ahora, en lenguaje retórico.

Carácter es aquello que manifiesta la decisión, es decir, qué cosas, en las situaciones en que no está claro, uno prefiere o evita; por eso no tienen carácter los razonamientos en que no hay absolutamente nada que prefiera o evite el que habla. Hay pensamiento, en cambio, en los que demuestran que algo es o no es, o en general manifiestan algo.

El cuarto de los elementos verbales es la elocución; y digo, como ya quedé expuesto, que la elocución es la expresión mediante las palabras, y esto vale lo mismo para el verso que para la prosa.

De las demás partes, la melopeya es el más importante de los aderezos; el espectáculo, en cambio, es cosa seductora, pero muy ajena al arte y la menos propia de la poética, pues la fuerza de la tragedia existe también sin representación y sin actores. Además, para el montaje de los espectáculos es más valioso el arte del que fabrica los trastos que el de los poetas.

7

Sobre la fábula o estructuración de los hechos

Hechas estas distinciones, digamos a continuación cuál debe ser la estructuración de los hechos, ya que esto es lo primero y lo más importante de la tragedia.

Hemos quedado en que la tragedia es imitación de una acción completa y entera, de cierta magnitud; pues una cosa puede ser entera y no tener magnitud. Es entero lo que tiene principio, medio y fin. Principio es lo que no sigue necesariamente a otra cosa, sino que otra cosa le sigue por naturaleza en el ser o en el devenir. Fin, por el contrario, es lo que por naturaleza sigue a otra cosa, o necesariamente o las más de las veces, y no es seguido por ninguna otra. Medio, lo que no sólo sigue a una cosa, sino que es seguido por otra.

Es, pues, necesario que las fábulas bien construidas no comiencen por cualquier punto ni terminen en otro cualquiera, sino que se atengan a las normas dichas.

Además, puesto que lo bello, tanto un animal como cualquier cosa compuesta de partes, no sólo debe tener orden en éstas, sino también una magnitud que no puede ser cualquiera; pues la belleza consiste en magnitud y orden, por lo cual no puede resultar hermoso un animal demasiado pequeño (ya que la visión se confunde al realizarse en un tiempo casi imperceptible), ni demasiado grande (pues la visión no se produce entonces simultáneamente, sino que la unidad y la totalidad escapan a la percepción del espectador, por ejemplo, si hubiera un animal de diez mil estadios); de suerte que, así como los cuerpos y los animales es preciso que tengan magnitud, pero ésta debe ser fácilmente visible en conjunto, así también las fábulas han de tener extensión, pero que pueda recordarse fácilmente.

En cuanto al límite de la extensión, el que se atiene a los concursos dramáticos y a la capacidad de atención, no es cosa del arte; pues, si hubiera que representar en un concurso cien tragedias, se representarían contra clepsidra, según dicen que ya se hizo alguna vez. Pero el límite apropiado a la naturaleza misma de la acción, siempre el mayor, mientras pueda verse en conjunto, es más hermoso en cuanto a la magnitud; y, para establecer una norma general, la magnitud en que, desarrollándose los acontecimientos en sucesión verosímil o necesaria, se produce la transición desde el infortunio a la dicha o desde la dicha al infortunio, es suficiente límite de la magnitud.

8

Sobre la unidad de la fábula

La fábula tiene unidad, no, como algunos creen, si se refiere a uno solo; pues a uno solo le suceden infinidad de cosas, algunas de las cuales no constituyen ninguna unidad. Y así también hay muchas acciones de uno solo de las que no resulta ninguna acción única. Por eso han errado sin duda todos los poetas que han compuesto una *Heracleida* o una *Teseida* u otros poemas semejantes; pues creen que, por ser Heracles uno, también resultará una la fábula.

Pero Homero, así como es superior en lo demás, también parece haber visto bien esto, ya sea gracias al arte o gracias a la naturaleza. Pues, al componer la *Odisea*, no incluyó todo lo que aconteció a su héroe, por ejemplo haber sido herido en el Parnaso y haber fingido locura cuando se reunía el ejército, cosas ambas que, aun habiendo sucedido una, no era necesario o verosímil que sucediera la otra; sino que compuso la *Odisea* en torno a una acción única en el sentido que decimos, y de modo semejante la *Iliada*.

Es preciso, por tanto, que, así como en las demás artes imitativas una sola imitación es imitación de un solo objeto, así también la fábula, puesto que es imitación de una acción, lo sea de una sola y entera, y que las partes de los acontecimientos se ordenen de tal suerte que, si se traspone o suprime una parte, se altere y disloque el todo; pues aquello cuya presencia o ausencia no significa nada, no es parte alguna del todo.

9

Diferencia entre la poesía y la historia

Y también resulta claro por lo expuesto que no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (pues sería posible versificar las obras de Heródoto, y no serían menos historia en verso que en prosa); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia; pues la poesía dice más bien lo general, y la historia, lo particular. Es general a qué tipo de hombres les ocurre decir o hacer tales o cuales cosas verosímil o necesariamente, que es a lo que tiende la poesía, aunque luego ponga nombres a los personajes; y particular, qué hizo o qué le sucedió a Alcibiades.

Pues bien, en cuanto a la comedia, esto resulta claro; en efecto, después de componer la fábula verosímelmente, asignan a cada personaje un nombre cualquiera, y no componen sus obras, como los poetas yámbicos, en torno a individuos particulares.

Pero en la tragedia se atienen a nombres que han existido; y esto se debe a que lo posible es convincente; en efecto, lo que no ha sucedido, no creemos sin más que sea posible; pero lo sucedido, está claro que es posible, pues no habría sucedido si fuera imposible.

Sin embargo, también hay tragedias en que son uno o dos los nombres conocidos, y los demás, ficticios; y en algunas ninguno, por ejemplo, en la *Flor* de Agatón, pues aquí tanto los hechos como los nombres son ficticios, y no por eso agrada menos.

De suerte que no se ha de buscar a toda costa a tenerse a las fábulas tradicionales sobre las que versan las tragedias. Sería, en efecto, ridículo pretender esto, ya que también los hechos conocidos son conocidos de pocos, y sin embargo deleitan a todos.

De esto resulta claro que el poeta debe ser artífice de fábulas más que de versos, ya que es poeta por la imitación, e imita las acciones. Y si en algún caso trata cosas sucedidas, no es menos poeta; pues nada impide que algunos sucesos sean tales que se ajusten a lo verosímil y a lo posible, que es el sentido en que los trata el poeta.

De las fábulas o acciones simples, las episódicas son las peores. Llamo episódica a la fábula en que la sucesión de los episodios no es ni verosímil ni necesaria. Hacen esta clase de fábulas los malos poetas espontáneamente, y los buenos, a causa de los

actores; pues, al componer obras de certamen y alargar excesivamente la fábula, se ven forzados muchas veces a torcer el orden de los hechos.

Y, puesto que la imitación tiene por objeto no sólo una acción completa, sino también situaciones que inspiran temor y compasión, y éstas se producen sobre todo y con más intensidad cuando se presentan contra lo esperado unas a causa de otras; pues así tendrán más carácter maravilloso que si procediesen de azar o fortuna, ya que también lo fortuito nos maravilla más cuando parece hecho de intento, por ejemplo cuando la estatua de Mitis, en Argos, mató al culpable de la muerte de Mitis, cayendo sobre él mientras asistía a un espectáculo; pues tales cosas no parecen suceder al azar; de suerte que tales fábulas necesariamente son más hermosas.

10

Fábulas simples y fábulas complejas

De las fábulas, unas son simples y otras complejas; y es que también las acciones, a las cuales imitan las fábulas, son de suyo tales. Llamo simple a la acción en cuyo desarrollo, continuo y uno, tal como se ha definido, se produce el cambio de fortuna sin peripecia ni agnición; y compleja, a aquella en que el cambio de fortuna va acompañado de agnición, de peripecia o de ambas.

Pero éstas deben nacer de la estructura misma de la fábula, de suerte que resulten de los hechos anteriores o por necesidad o verosímelmente. Es muy distinto, en efecto, que unas cosas sucedan a causa de otras o que sucedan después de ellas.

11

Sobre la peripecia, la agnición y el lance patético

Peripecia es el cambio de la acción en sentido contrario, según se ha indicado. Y esto, como decimos, verosímil o necesariamente; así, en el *Edipo*, el que ha llegado con intención de alegrar a Edipo y librarle del temor relativo a su madre, al descubrir quién era, hizo lo contrario; y en el *Linceo*, éste es conducido a la muerte, y le acompaña Dánao para matarlo; pero de los acontecimientos resulta que muere Dánao y aquél se salva.

La agnición es, como ya el nombre indica, un cambio desde la ignorancia al conocimiento, para amistad o para odio, de los destinados a la dicha o al infortunio. Y la agnición más perfecta es la acompañada de peripecia como la del *Edipo*. Ahora bien, hay todavía otras agniciones; pues también con relación a objetos inanimados y sucesos casuales ocurre a veces como se ha dicho, y puede ser objeto de agnición saber si uno ha actuado o no.

Pero la más propia de la fábula y la más conveniente a la acción es la indicada. tal agnición y peripecia suscitarán compasión y temor, y de esta clase de acciones es imitación la tragedia, según la definición. Además, también el infortunio y la dicha dependerán de tales acciones.

Ahora bien, puesto que la agnición es agnición de algunos, las hay sólo de uno con relación al otro, cuando se descubre quién es uno de los dos; pero otras veces es preciso que se reconozcan mutuamente; por ejemplo, Ifigenia fue reconocida por Orestes a causa del envío de la carta, pero él necesitaba otra agnición por parte de Ifigenia.

Tenemos, pues, aquí dos partes de la fábula; peripecia y agnición. La tercera es el lance patético. De éstas, la peripecia y la agnición quedan explicadas; el lance patético es una acción destructora o dolorosa, por ejemplo las muertes en escena, los tormentos, las heridas y demás cosas semejantes.

12

Partes cuantitativas de la tragedia

Hemos dicho anteriormente qué partes de la tragedia es preciso usar como elementos esenciales; pero desde el punto de vista cuantitativo y en las que se divide por separado, son las siguientes: prólogo, episodio, éxodo y parte coral, y ésta se subdivide en párodo y estásimo. Estas partes son comunes a todas las tragedias; son peculiares de algunas los cantos desde la escena y los comos.

El prólogo es una parte completa de la tragedia que precede al párodo del coro; el episodio, una parte completa de la tragedia entre cantos corales completos, y el éxodo, una parte completa de la tragedia después de la cual no hay canto del coro. De la parte coral, el párodo es la primera manifestación de todo el coro; el estásimo, un canto del coro sin anapesto ni troqueo, y el como, una lamentación común al coro y a la escena.

Hemos dicho anteriormente qué partes de la tragedia es preciso usar como elementos esenciales; pero desde el punto de vista cuantitativo y en las que se divide por separado, son las que acabamos de enunciar.

13

Qué se debe buscar y qué evitar al construir la fábula

A qué se debe tender y qué es preciso evitar al construir las fábulas y por qué medios se alcanzará el efecto propio de la tragedia, conviene exponerlo a continuación de lo que ahora se ha dicho.

Pues bien, puesto que la composición de la tragedia más perfecta no debe ser simple, sino compleja, y al mismo tiempo imitadora de acontecimientos que inspiren temor y compasión (pues esto es propio de una imitación de tal naturaleza), en primer lugar es evidente que ni los hombres virtuosos deben aparecer pasando de la dicha al infortunio, pues esto no inspira temor ni compasión, sino repugnancia; ni los malvados, del infortunio a la dicha, pues esto es lo menos trágico que puede darse, ya que carece de todo lo indispensable, pues no inspira simpatía, ni compasión ni temor, ni tampoco debe el sumamente malo caer de la dicha en la desdicha, pues tal estructuración puede inspirar simpatía, pero no compasión ni temor, ya que aquélla se refiere al que no merece su desdicha, y éste, al que nos es semejante: la compasión, al inocente, y el temor, al semejante; de suerte que tal acontecimiento no inspirará ni compasión ni temor.

Queda, pues, el personaje intermedio entre los mencionados. Y se halla en tal caso el que ni sobresale por su virtud y justicia ni cae en la desdicha por su bajeza y maldad, sino por algún yerro, siendo de los que gozaban de gran prestigio y felicidad, como Edipo y Tiestes y los varones ilustres de tales estirpes.

Necesariamente, pues, una buena fábula será simple antes que doble, como algunos sostienen, y no ha de pasar de la desdicha a la dicha, sino, al contrario, de la dicha a la desdicha; no por maldad, sino por un gran yerro, o de un hombre cual se ha dicho, o de uno mejor antes que peor.

Y así lo conforma la experiencia. Al principio, en efecto, los poetas versificaban cualquier fábula; pero ahora las mejores tragedias se componen en torno a pocas familias, por ejemplo, en torno a Alcmeón. Edipo, Orestes, Meleagro, Tiestes, Télefo los demás a quienes aconteció sufrir o hacer cosas terribles.

Así, pues, la tragedia técnicamente más perfecta tiene la estructura dicha.

Por eso también cometen este mismo error los que censuran a Eurípides por proceder así en sus tragedias, muchas de las cuales acaban en infortunio. Pues esto, según hemos dicho, es correcto. Y lo prueba insuperablemente el hecho de que, en la escena y en los concursos, tales obras son consideradas como las más trágicas, si se

representan debidamente, y Eurípides, aunque no administra bien los demás recursos, se muestra, no obstante, el más trágico de los poetas.

Viene en segundo lugar la estructuración que algunos consideran primera, la cual tiene estructura doble, como la *Odisea*, y termina de modo contrario para los buenos y para los malos. Y parece ser la primera por la flojedad del público; pues los poetas, al componer, se pliegan al deseo de los espectadores. Pero éste no es el placer que debe esperarse de la tragedia, sino que más bien es propio de la comedia; aquí, en efecto, hasta los más enemigos según la fábula, como Orestes y Egisto, al fin se toman amigos y se van sin que ninguno muera a manos del otro.

14

La compasión y el temor deben nacer de la estructura de la fábula

Pues bien, el temor y la compasión pueden nacer del espectáculo, pero también de la estructura misma de los hechos, lo cual es mejor y de mejor poeta. La fábula, en efecto, debe estar constituida de tal modo que, aun sin verlos, el que oiga el desarrollo de los hechos se horrorice y se compadezca por lo que acontece; que es lo que le sucedería a quien oyese la fábula de Edipo. En cambio, producir esto mediante el espectáculo es menos artístico y exige gastos.

Y los que mediante el espectáculo no producen el temor, sino tan sólo lo portentoso, nada tienen que ver con la tragedia; pues no hay que pretender de la tragedia cualquier placer, sino el que le es propio. Y, puesto que el poeta debe proporcionar por la imitación el placer que nace de la compasión y del temor, es claro que esto hay que introducirlo en los hechos.

Veamos, pues, qué clase de acontecimientos se consideran temibles, y cuáles dignos de compasión.

Necesariamente se darán tales acciones entre amigos, o entre enemigos, o entre quienes no son ni lo uno ni lo otro. Pues bien, si un enemigo ataca a su enemigo, nada inspira compasión, ni cuando lo hace ni cuando está a punto de hacerlo, a no ser por el lance mismo; tampoco, si no son amigos ni enemigos. Pero cuando el lance se produce entre personas amigas, por ejemplo si el hermano mata al hermano, o va a matarlo, o le hace alguna otra cosa semejante, o el hijo al padre, o la madre al hijo, o el hijo a la madre, éstas son las situaciones que deben buscarse.

Ahora bien, ni es lícito alterar las fábulas tradicionales, por ejemplo que Clitemestra murió a manos de Orestes y Erifila a las de Alcmeón, sino que el poeta debe inventar por sí mismo y hacer buen uso de las recibidas. Pero aclaremos a qué llamamos buen uso.

Es posible, en efecto, que la acción se desarrolle, como en los poetas antiguos, con pleno conocimiento de los personajes, como todavía Eurípides presentó a Medea matando a sus hijos. Pero también es posible cometer una atrocidad sin saberlo, y reconocer después el vínculo de amistad, como el Edipo de Sófocles; en este caso, fuera de la obra, pero otras veces en la tragedia misma, como el Alcmeón de Astidamante o el Telémaco del *Odiseo herido*.

Y todavía puede haber una tercer posibilidad; que, estando a punto de hacer por ignorancia algo irreparable, se produzca la agnición antes de hacerlo. Fuera de éstas, no hay otra; pues necesariamente se actuará o no se actuará, y a sabiendas o sin saber lo que se hace.

Y, de estas situaciones, la de estar a punto de ejecutar la acción a sabiendas y no ejecutarla es la peor; pues, siendo repulsiva, no es trágica, ya que le falta lo patético. Por eso ningún poeta presenta una situación semejante, a no ser rara vez; por ejemplo

en la *Antígona*, la de Hemón frente a Creonte. Ejecutar la acción ocupa el segundo puesto. Mejor aún es que el personaje la ejecute sin conocer al otro y, después de ejecutarla, le reconozca; pues así no se da lo repulsivo, y la agnición es aterradora.

Pero la situación mejor es la última; así, por ejemplo, en el *Cresfontes*, Mérope está a punto de matar a su hijo, pero no lo mata, sino que lo reconoce, y, en la *Ifigenia*, la hermana a su hermano, y en la *Hele*, cuando el hijo se dispone a entregar a su madre, la reconoce.

Por eso, como se dijo arriba, las tragedias no se refieren a muchos linajes; pues buscando no por arte, sino por azar hallaron la manera de producir tales situaciones en las fábulas; y así se ven obligados a recurrir a las familias en que acontecieron tales desgracias.

Sobre la disposición de los hechos y sobre las cualidades que deben tener las fábulas, baste lo dicho.

15

Las cuatro cualidades de los caracteres

En cuanto a los caracteres, hay cuatro cosas a las que se debe aspirar. La primera y principal, que sean buenos. Habrá carácter si, como se dijo, las palabras y las acciones manifiestan una decisión, cualquiera que sea; y será bueno, si es buena. Y esto es posible en cada género de personas; pues también puede haber una mujer buena, y un esclavo, aunque quizá la mujer es un ser inferior, y el esclavo, del todo vil.

Lo segundo, que sea apropiado; pues es posible que el carácter sea varonil, pero no es apropiado a una mujer ser varonil o temible.

Lo tercero es la semejanza; esto, en efecto, no es lo mismo que hacer el carácter bueno y apropiado como se ha dicho.

Lo cuarto, la consecuencia; pues, aunque sea inconsecuente la persona imitada y que reviste tal carácter, debe, sin embargo, ser consecuentemente inconsecuente. Un ejemplo de maldad de carácter sin necesidad es el Menelao del *Orestes*; de carácter inconveniente e inapropiado, la lamentación de Odiseo en la *Escila* y el parlamento de Melanipa, y de carácter inconsecuente, la Ifigenia en Aulide, pues en nada se parece cuando suplica y cuando la vemos luego.

Y también en los caracteres, lo mismo que en la estructuración de los hechos, es preciso buscar siempre lo necesario o lo verosímil, de suerte que sea necesario o verosímil que tal personaje hable u obre de tal modo, y sea necesario o verosímil que después de tal cosa se produzca tal otra.

Es, pues, evidente que también el desenlace de la fábula debe resultar de la fábula misma, y no, como en la *Medea*, de una máquina, o, en la *Iliada*, lo relativo al retorno de las naves sino que a la máquina se debe recurrir para lo que sucede fuera del drama, o para lo que sucedió antes de él sin que un hombre pueda saberlo, o para lo que sucederá después, que requiere predicción o anuncio; pues atribuimos a los dioses el verlo todo. Pero no haya nada irracional en los hechos, o, si lo hay, esté fuera de la tragedia, como sucede en el *Edipo* de Sófocles.

Y, puesto que la tragedia es imitación de personas mejores que nosotros, se debe imitar a los buenos retratistas; éstos, en efecto, al reproducir la forma de aquellos a quienes retratan, haciéndolos semejantes, los pintan más perfectos. Así también el poeta, al imitar hombres irascibles o indolentes o que tienen en su carácter cualquier otro rasgo semejante, aun siendo tales, debe hacerlos excelentes: un modelo de dureza es Aquiles, cual lo presentaron Agatón y Homero. Obsérvense, pues, estas cosas y; además, las relativas a las sensaciones que forzosamente acompañan al arte

del poeta; pues también aquí se puede errar muchas veces. Pero de esto hemos dicho bastante en los escritos publicados.

16

Varias especies de agnición

Qué es la agnición, quedó dicho antes. En cuanto a las especies de agnición, en primer lugar está la menos artística y la más usada por incompetencia, y es la que se produce por señales. Y, de éstas, unas son congénitas, como "la lanza que llevan los Terrigenas", o estrellas como las que describe Cárcino en su *Tiestes*; otras, adquiridas, y, de éstas, unas impresas en el cuerpo, como las cicatrices, y otras fuera de él, como los collares, o como en la *Tiro* mediante una cestilla.

Por lo demás, de estas señales se puede usar mejor o peor; así Odiseo, por su cicatriz, fue reconocido de un modo por su nodriza y de otro por los porqueros. Son, en efecto, más ajenas al arte las agniciones usadas como garantía, y todas las de esta clase; en cambio, las que nacen de una peripecia, como la producida en el Lavatorio, son mejores.

Vienen en segundo lugar las fabricadas por el poeta y, por tanto, inartísticas; así Orestes, en la *Ifigenia*, dio a conocer que era Orestes; ella, en efecto, se da a conocer por la carta, pero él dice por sí mismo lo que quiere el poeta, mas no la fábula. Por eso aquí se anda cerca del error mencionado, pues también él habría podido llevar algunas señales. y en el *Tereo* de Sófocles, la voz de la lanzadera.

La tercera se produce por el recuerdo, cuando uno, al ver algo, se da cuenta; como la de los *Ciprios* de Dicoégenes, pues, al ver el retrato, se echó a llorar, y la del relato de Alcínoo, pues, al oír al citarista y acordarse, se le escaparon las lágrimas, y así fueron reconocidos.

La cuarta es la que procede de un silogismo, como en las *Ciéforas*: ha llegado alguien parecido a mí; pero nadie es parecido a mí sino Orestes, luego ha llegado éste.

Y la del sofista Polido acerca de *Ifigenia*; pues era natural que Orestes concluyera que, habiendo sido sacrificada su hermana, también a él le correspondía ser sacrificado. Y, en el *Tideo* de Teodectes, (Tideo dice) que, habiendo llegado con la esperanza de hallar a su hijo, perece él mismo. Y la de los *Finidas*; pues, al ver ellas el lugar, coligen su sino: que estaban destinadas a morir allí, pues allí también habían sido expuestas.

Pero hay también una agnición basada en un paralogismo de los espectadores. como en el *Odiseo falso mensajero*; pues el tender el arco, y que nadie más lo hiciera, es invención del poeta y una hipótesis, lo mismo que si dijera que reconocería el arco sin haberlo visto; pero que lo inventara pensando que aquél se haría reconocer por este medio, es un paralogismo.

La mejor agnición de todas es la que resulta de los hechos mismos, produciéndose la sorpresa por circunstancias verosímiles, como en el *Edipo* de Sófocles y en la *Ifigenia*; era natural, en efecto, que quisiera confiar una carta. Tales agniciones son las únicas libres de señales artificiosas y collares. En segundo lugar están las que proceden de un silogismo.

17

Consejos a los poetas

Es preciso estructurar las fábulas y perfeccionarlas con la elocución poniéndolas ante los propios ojos lo más vivamente posible; pues así, viéndolas con

296

la mayor claridad, como si presenciara directamente los hechos, el poeta podrá hallar lo apropiado, y de ningún modo dejará de advertir las contradicciones. Una prueba de esto es lo que se reprochaba a Cárcino; Anfiarao, en efecto, salía del santuario, lo cual, si no lo veía, pasaba inadvertido al espectador, y en la escena fracasó la obra, por no soportar resto los espectadores. Y, en lo posible, perfeccionándolas también con las actitudes; pues, partiendo de la misma naturaleza, son muy persuasivos los que están dentro de las pasiones, y muy de veras agita el que está agitado y encoleriza el que está irritado. Por eso el arte de la poesía es de hombres de talento o de exaltados; pues los primeros se amoldan bien a las situaciones, y los segundos salen de sí fácilmente.

Los argumentos, tanto los ya compuestos como los que uno mismo compone, es preciso esbozarlos en general, y sólo después introducir los episodios y desarrollar (el argumento). He aquí cómo puede considerarse lo general, por ejemplo, de *Ifigenia*. Una doncella, conducida al sacrificio, desapareció sin que supieran cómo los sacrificadores; establecida en otra región, donde era ley que los extranjeros fuesen inmolados a la diosa, fue investida de este sacerdocio. Tiempo después sucedió que llegó allí el hermano de la sacerdotisa; pero (decir que) porque el dios le había ordenado, por alguna causa ajena a lo general, ir allí, y con qué objeto, es ajeno a la fábula. Llegado que fue, lo cogieron, y, cuando iba a ser inmolado, se hizo reconocer, o bien como lo imaginó Eurípides, o como Polido, diciendo con verosimilitud que sin duda era preciso que no sólo su hermana sino también él fuera inmolado, y de aquí la salvación.

A continuación, puestos ya los nombres a los personajes, introducir los episodios; pero que éstos sean apropiados, como, en Orestes, la locura, por la cual fue detenido, y la salvación mediante la purificación.

Ahora bien, en los dramas los episodios son breves, mientras que la epopeya cobra extensión por ellos. En efecto, el argumento de la *Odisea* (no) es largo: un hombre anda lejos de su país muchos años, vigilado de cerca por Posidón y solitario; mientras tanto, la situación en su casa es tal que sus bienes son consumidos por pretendientes y su hijo es objeto de asechanzas. Pero llega él tras mil fatigas, y, después de haberse hecho reconocer él mismo por algunos, lanzándose al ataque, se salvó él y destruye a sus enemigos. Lo propio es, efectivamente esto; lo demás son episodios.

18

Nudo y desenlace de la tragedia. Unidad de la acción.

El coro

Toda tragedia tiene nudo y desenlace. Los acontecimientos que están fuera de la obra y algunos de los que están dentro son con frecuencia el nudo; lo demás, el desenlace. Es decir, el nudo llega desde el principio hasta aquella parte que precede inmediatamente al cambio hasta la dicha o hacia la desdicha, y el desenlace, desde el principio del cambio hasta el fin; por ejemplo en el *Linco* de Teodectes constituyen el nudo los hechos anteriores y la captura del niño y también la de ellos... y el desenlace llega desde la imputación de la muerte hasta el fin.

Las especies de tragedia son cuatro (otras tantas, en efecto, dijimos que eran sus partes): la compleja, que es en su totalidad peripecia y agnición; la patética, como los *Ayantes* y los *Ixiones*; la de carácter, como las *Fitiótides* y el *Peleo*; y la cuarta especie..., como las *Fórcides* y el *Prometeo* y cuantas se desarrollan en el Hades.

Pues bien, hay que poner el mayor empeño en tener todas las cualidades, o, si no,

297

las más importantes y el mayor número posible, sobre todo viendo cómo se critica ahora a los poetas; pues, habiendo existido buenos poetas en cada parte, se pide que uno solo los supere a todos en la excelencia propia de cada uno.

Pero quizá no es justo decir por la fábula si una tragedia es distinta o la misma; es la misma si tiene el mismo nudo y desenlace. Pero muchos, después de a nudar bien, desenlazan mal; es preciso, sin embargo, que ambas cosas sean siempre aplaudidas.

Hay que recordar lo que se ha dicho muchas veces, y no hacer de un conjunto épico una tragedia —y llamo épico al que consta de muchas fábulas—, por ejemplo, si uno dramatizara entera la fábula de la *Iliada*. Allí, en efecto, gracias a la extensión, cobran las partes la amplitud conveniente; pero en los dramas el resultado se aparta mucho de lo que se esperaba. Prueba de ello es que cuantos dramatizaron entera la destrucción de Ilión, y no por partes como Eurípides, o la historia de Niobe, y no como Esquilo, o fracasaron o compiten mal en los concursos, pues también Agatón fracasó por esto solo.

En cambio, en las peripecias y en las acciones simples consiguen admirablemente lo que pretenden; pues esto es trágico y agradable. Y tal sucede siempre que un hombre astuto, pero malo, es engañado, como Sísifo, y un valiente, pero injusto, queda vencido. Y esto es verosímil, como dice Agatón, pues es verosímil que también sucedan muchas cosas contra lo verosímil.

En cuanto al actor, debe ser considerado como uno de los actores, formar parte del conjunto y contribuir a la acción, no como en Eurípides, sino como en Sófocles. En los demás, las partes cantadas no son más propias de la fábula que de otra tragedia; por eso cantan canciones intercaladas y adaptar una tirada o un episodio entero de una obra a otra?

19

Sobre el pensamiento y la elocución

De las otras partes hemos hablado ya. Réstanos hablar de la elocución y del pensamiento.

Lo relativo al pensamiento puede verse en nuestro tratado sobre la *Retórica*, pues es más propio de aquella disciplina. Corresponde al pensamiento todo lo que debe alcanzarse mediante las partes del discurso. Son partes de esto demostrar, refutar, despertar pasiones, por ejemplo compasión, temor, ira y otras semejantes, y, además, amplificar y disminuir.

Y es evidente que también en los hechos hay que partir de estas mismas formas, cuando sea preciso conseguir efectos de compasión o de temor, de grandeza o de verosimilitud. La diferencia está en que aquí deben aparecer sin enseñanza, mientras que en el discurso deben ser procurados por el que habla y producirse de acuerdo con lo que dice. Pues ¿cuál sería el provecho del orador si las cosas parecieran atractivas sin necesidad del discurso?

Entre las cosas relativas a la elocución, uno de los puntos que pueden considerarse lo constituyen los modos de la elocución, cuyo conocimiento corresponde al arte del actor y al que sabe dirigir las representaciones dramáticas; por ejemplo, qué es un mandato y qué una súplica, una narración, una amenaza, una pregunta, una respuesta y demás modos semejantes.

Pues en cuanto al conocimiento o ignorancia de estas cosas no se puede hacer al arte del poeta ninguna crítica seria. ¿Cómo, en efecto, puede considerarse error lo que Protágoras censura (en Homero) cuando alega que, creyendo suplicar, ordena, al decir "Canta, oh diosa, la cólera..."? Pues mandar hacer o no hacer algo —

298

afirma— es una orden. quede, pues, esta consideración a un lado, como propia de otro arte y no de la poética.

20

Las partes de la elocución

Las partes de toda la elocución son éstas: elemento, sílaba, conjunción, nombre, verbo, artículo, caso y enunciación.

Elemento es una voz indivisible, pero no cualquiera, sino aquella de la que se forma naturalmente una voz convencional; pues también los animales producen voces indivisibles, a ninguna de las cuales llamo elemento.

Son partes de ésta el (elemento) vocal, el semivocal y el mudo. Es vocal el que sin percusión tiene sonido audible; semivocal, el que con percusión tiene sonido audible, como y ; mudo, el que con percusión no tiene por sí ningún sonido, pero unido a los que tienen algún sonido se torna audible, como y

Los elementos difieren por las posturas de la boca, por los lugares en que se articulan, por ser aspirados o tenues, largos o breves, y también agudos, graves o intermedios. Examinar esto en detalle corresponde a la métrica.

Sílaba es la voz sin significado, compuesta de un elemento mudo y de otro que tiene sonido; pues es sílaba sin A y con A, como A. Pero también la consideración de estas diferencias corresponde a la métrica.

Conjunción es una voz sin significado, que ni impide ni produce una sola voz significativa apta por naturaleza para componerse de varias voces, tanto en los extremos como en el medio, que no debe ponerse de suyo al principio de frase, por ejemplo ; o bien una voz sin significado apta por naturaleza para constituir de varias voces significativas una sola voz significativa.

Artículo es una voz sin significado, que indica el comienzo, el término o la división de una frase; por ejemplo , etcétera; o bien una voz sin significado, que ni impide ni produce de varias voces una sola voz significativa, y es apta por naturaleza para ser puesta en los extremos y en el medio.

Nombre es una voz convencional significativa, sin idea de tiempo, de cuyas partes ninguna es significativa por sí misma; pues en los nombres dobles no usamos las partes como si cada una significara por sí misma; por ejemplo, en "Teodoro", "doro" no tiene significado.

Verbo es una voz convencional significativa, con idea de tiempo, de cuyas partes ninguna tiene significado por sí misma, como sucede también en los nombres. En efecto, "hombre" o "blanco" no significan cuándo, pero "camina" o "ha caminado" añaden a su significado el de tiempo presente en el primer caso, y el de pasado en el segundo.

El caso es propio del nombre o del verbo, y significa unas veces la relación de "de" o de "para" y demás semejantes; otras veces la singularidad o pluralidad, por ejemplo "hombres", "hombre", o bien los modos de expresarse el que habla, por ejemplo el de pregunta o mandato; pues "¿camino?" y "¡camina!" es un caso de un verbo según estas especies.

Enunciación es una voz convencional significativa, algunas de cuyas partes significan algo por sí mismas; pues no toda enunciación consta de verbos y nombres, como la definición del hombre, sino que puede haber enunciación sin verbo; pero siempre tendrá alguna parte significativa, como "Cleón" en "Cleón camina". La enunciación es una de dos modos, o bien porque designa una sola cosa, o bien porque

299

consta de varias unidas entre sí; por ejemplo, la *Iliada* es una enunciación por unión, y la definición del hombre, por significar una sola cosa.

21

Sobre las especies del nombre

En cuanto a las especies del nombre, uno es simple, y llamo simple así que no se compone de partes significativas, por ejemplo "tierra"; y otro, doble, y éste se compone o bien de una parte significativa y otra no significativa, pero significativa y no significativa fuera del nombre, o bien de partes significativas. Puede también haber nombres triples, cuádruples e incluso múltiples, como la mayoría de los nombres de los masalotas, por ejemplo Hermocaicojanto... Todo nombre es usual, o palabra extraña, o metáfora, o adorno, o inventado, o alargado, o abreviado, o alterado.

Llamo usual al que usan todos en un lugar determinado, y palabra extraña, a la que usan otros; de suerte que, evidentemente, un mismo nombre puede ser palabra extraña y usual, mas no para los mismos; , en efecto, es usual para los chipriotas, y para nosotros, palabra extraña.

Metáfora es la traslación de un nombre ajeno, o desde el género a la especie, o desde la especie al género, o desde una especie a otra especie, o según la analogía. Entiendo por "desde el género a la especie" algo así como "Mi nave está detenida", pues estar anclada es una manera de estar detenida. Desde la especie al género: "Ciertamente, innumerables cosas buenas ha llevado a cabo Odiseo", pues "innumerable" es mucho, y aquí se usa en lugar de "mucho". Desde una especie a otra especie, como "habiendo agotado su vida con el bronce" y "habiendo cortado con duro bronce", pues aquí "agotar" quiere decir "cortar" y "cortar" quiere decir "agotar"; ambas son, en efecto, maneras de quitar.

Entiendo por analogía el hecho de que el segundo término sea al primero como el cuarto al tercero; entonces podrá usarse el cuarto en vez del segundo o el segundo en vez del cuarto; y a veces se añade aquello a lo que se refiere el término sustituido. Así, por ejemplo, la copa es a Dioniso como el escudo a Ares; [el poeta] llamará, pues, a la copa "escudo de Dioniso", y al escudo, "copa de Ares". O bien, la vejez a la vida como la tarde al día; llamará, pues, a la tarde "vejez del día", o como Empédocles, y a la vejez, "tarde de la vida" u "ocaso de la vida". Pero hay casos de analogía que no tienen nombre, a pesar de lo cual se dirán de modo semejante; por ejemplo, emitir la semilla es "sembrar", pero la emisión de la luz desde el sol no tiene nombre; sin embargo, esto con relación a la luz del sol es como sembrar con relación a la semilla, por lo cual se ha dicho "sembrando luz de origen divino". Y todavía se puede usar esta clase de metáfora de otro modo, aplicando el nombre ajeno y negándole alguna de las cosas propias; por ejemplo, llamando al escudo "copa", no "de Ares", sino "sin vino"

Nombre inventado es el que, no siendo usado absolutamente por nadie, lo establece el poeta por su cuenta; parece, en efecto, que hay algunos de esta clase, por ejemplo con el sentido de "cuernos" y con el de "sacerdote". Puede ser también alargado o abreviado; es lo primero, si emplea una vocal más larga que la suya propia o una sílaba intercalada; lo segundo si se le ha quitado algo suyo; alargado, como en y en ; abreviado, como y . Alterado es cuando se conserva una parte del vocablo y se inventa otra, como en vez de

De los nombres en sí, unos son masculinos; otros, femeninos, y otros,

De los nombres en sí, unos son masculinos; otros, femeninos, y otros, intermedios. Son masculinos los que terminan en N, en P, en o en las letras compuestas de ésta, que son dos: la y la . Femeninos, los que terminan en una de las vocales que son siempre largas, es decir, la H y la , o en A alargada. De suerte que es igual el número de terminaciones para los mas- el adorno y las demás especies mencionadas evitarán la vulgaridad y bajeza, y el vocablo usual producirá la claridad.

También contribuyen mucho a la claridad de la elocución y a evitar su vulgaridad los alargamientos, apócope y alteraciones de los vocablos; pues por no ser como el usual, apartándose de lo corriente, evitará la vulgaridad, y, por participar de lo corriente, habrá claridad. No tienen, pues, razón quienes reprueban tal clase de estilo y ridiculizan al poeta, como Euclides el Viejo, que consideraba fácil componer versos si se permitía alargar las sílabas a capricho, y, a manera de sátira, compuso en el lenguaje de la conversación estos versos:

Así, pues, el uso en cierto modo ostentoso de este modo de expresarse es ridículo, y la mesura es necesaria en todas las partes de la elocución; en efecto, quien use metáforas, palabras extrañas y demás figuras sin venir a cuento, conseguirá lo mismo que si buscase adrede un efecto ridículo.

Lo ventajoso que es, en cambio, su uso conveniente, puede verse en los poemas épicos introduciendo en el verso los vocablos corrientes. Quien sustituya la palabra extraña, las metáforas y las demás figuras por los vocablos usuales verá que es verdad lo que decimos; así, habiendo compuesto el mismo verso yámbico Esquilo y Eurípides, que substituyó un solo vocablo poniendo en vez del usual y corriente una palabra extraña, un verso resulta hermoso, y vulgar al otro. Esquilo, en efecto, había escrito en el *Filoctetes*:

(una úlcera que come las carnes de mi piel),

y Eurípides puso ("devora") en vez de . Y lo mismo si en

uno pusiera los vocablos usuales:

Y lo mismo

Y aquello de

Por su parte, Arífrades ridiculizaba a los poetas trágicos por usar expresiones que nadie diría en la conversación, por ejemplo y no , y , y , y en vez de , y otras semejantes. Pues todas estas expresiones, por no estar entre las usuales, evitan la vulgaridad en la elocución; pero él ignoraba esto.

Es importante usar convenientemente cada uno de los recursos mencionados, por ejemplo los vocablos dobles y las palabras extrañas; pero lo más importante con mucho es dominar la metáfora. Esto es, en efecto, lo único que no se puede tomar de otro, y es indicio de talento; pues hacer buenas metáforas es percibir la semejanza. De los vocablos, los dobles se adaptan principalmente a los ditirambos; las palabras extrañas, a los versos heroicos, y las metáforas, a los yámbicos. Por lo demás, en los versos heroicos, y las metáforas, a los yámbicos. Por lo demás, en los versos heroicos pueden usarse todos los recursos mencionados; pero en los yámbicos, por ser los que más imitan el lenguaje ordinario, son adecuados los vocablos

que uno usaría también en prosa, a saber, el vocablo usual, la metáfora y el adorno.

Así, pues, acerca de la tragedia, es decir, de la imitación por medio de la acción, baste lo dicho.

23

Unidad de acción en la epopeya

En cuanto a la imitación narrativa y en verso, es evidente que se deben estructurar las fábulas, como en las tragedias, de manera dramática y en torno a una sola acción entera y completa, que tenga principio, partes intermedias y fin, para que, como un ser vivo único y entero, produzca el placer que le es propio; y que las composiciones no deben ser semejantes a los relatos históricos, en los que necesariamente se describe no una sola acción, sino un solo tiempo, es decir, todas las cosas que durante él acontecieron a uno o a varios, cada una de las cuales tiene con las demás relación puramente casual. Pues, así como la batalla naval de Salamina y la lucha de los cartagineses en Sicilia tuvieron lugar por el tiempo, sin que de ningún modo tendieran al mismo fin, así también, en tiempos contiguos, a veces acontece una cosa junto con otra sin que de ningún modo tengan un fin único. Pero quizá la mayoría de los poetas cometen este error.

Por eso, como ya hemos dicho, también en esto puede considerarse divino a Homero comparado con los otros, porque tampoco intentó narrar en su poema la guerra entera, aunque ésta tenía principio y fin; pues la fábula habría sido demasiado grande y no fácilmente visible en conjunto, o bien, guardando mesura en la extensión, la habría complicado por la variedad excesiva. Tomó, pues, sólo una parte, y usó muchas otras como episodios, por ejemplo el Catálogo de las Naves y otros episodios que intercala en su poema.

Los demás, en cambio, componen su obra en torno a un solo personaje, o a un único tiempo, o a una sola acción de muchas partes, como el que compuso los *Cantos Ciprios* y la *Pequeña Iliada*. Así, pues, de la *Iliada* y de la *Odisea* se puede hacer una tragedia de cada una, o dos solas; pero de los *Cantos Ciprios*, muchas, y de la *Pequeña Iliada*, más de ocho, como el *Juicio de las Armas*, *Filoctetes*, *Neoptólemo*, *Eurípilo*, *La mendicación*, *Las lacedemonias*, *El saco de Ilión*, *El retorno de las naves*, *Sinón* y *Las troyanas*.

24

Especies y partes de la epopeya

Además, en cuanto a las especies, la epopeya debe tener las mismas que la tragedia, pues ha de ser simple o compleja, de carácter o patética, y también las partes constitutivas, fuera de la melopeya y el espectáculo, deben ser las mismas; pues también aquí se requieren peripecias, agniciones y lances patéticos. Asimismo deben ser brillantes los pensamientos y la elocución. Todo esto lo práctico Homero por vez primera y convenientemente. En efecto, cada uno de los dos poemas es, en cuanto a su composición, la *Iliada* simple y patética, y la *Odisea* compleja (pues hay agniciones por toda ella) y de carácter; y, además, en elocución y pensamiento los supera a todos.

Pero la epopeya se distingue por la largura de la composición y por el verso. En cuanto al límite de la extensión, es conveniente el que hemos dicho; es preciso, en efecto, que pueda contemplarse simultáneamente el principio y el fin. Y esto será posible si las composiciones son más breves que las antiguas y se aproximan al

conjunto de las tragedias que se representan en una audición. Pero la epopeya tiene, en cuanto al aumento de su extensión, una peculiaridad importante, porque en la tragedia no es posible imitar varias partes de la acción como desarrollándose al mismo tiempo, sino tan sólo la parte que los actores representan en la escena; mientras que en la epopeya, por ser una narración, puede el poeta presentar muchas partes realizándose simultáneamente, gracias a las cuales, si son apropiadas, aumenta la amplitud del poema. De suerte que tiene esta ventaja para su esplendor y para recrear al oyente y para conseguir variedad con episodios diversos. Pues la semejanza, que sacia pronto, hace que facasen las tragedias.

En cuanto al metro, la experiencia demuestra que el heroico es el apropiado. Pues si alguien compusiera una imitación narrativa en otro tipo de verso, o en varios, se vería que era impropio. Y es que el heroico es el más reposado y amplio de los metros (por eso es el que mejor admite palabras extrañas y metáforas; pues también la imitación narrativa es más extensa que las otras); en cambio, el yámbico y el tetrametro son ligeros, y aptos, éste para la danza, y aquél, para la acción. Y estaría aún más fuera de lugar mezclarlos, como Queremón. Por eso nadie ha hecho una composición larga sino en el heroico; y es que, como hemos dicho, la naturaleza misma enseña a discernir lo que se adapta a ella.

Homero es digno de alabanza por otras muchas razones, pero sobre todo por ser el único de los poetas que no ignora lo que debe hacer. Personalmente, en efecto, el poeta debe decir muy pocas cosas; pues, al hacer esto, no es imitador. Ahora bien, los demás continuamente están en escena ellos mismos, e imitan pocas cosas y pocas veces. Él, en cambio, tras un breve preámbulo, introduce al punto un varón, o una mujer, o algún otro personaje, y ninguno sin carácter, sino caracterizado.

Es preciso, ciertamente, incorporar a las tragedias lo maravilloso; pero lo irracional, que es la causa más importante de lo maravilloso, tiene más cabida en la epopeya, porque no se ve al que actúa; en efecto, lo relativo a la persecución de Héctor, puesto en escena, parecería ridículo, al estar unos quietos y no perseguirlo, y contenerlos el otro con señales de cabeza; pero en la epopeya no se nota. Y lo maravilloso es agradable; y prueba de ello es que todos, al contar algo, añaden por su cuenta, pensando agrandar.

Fue también Homero el gran maestro de los demás poetas en decir cosas falsas como es debido. Y esto constituye paralogismo. Pues creen los hombres que cuando, al existir o producirse una cosa, existe o se produce otra, si la posterior existe, también la anterior existe o se produce; pero esto es falso. Por eso, en efecto, si la primera es falsa, tampoco, aunque exista la segunda, es necesario que [la primera] exista o se produzca o se suponga; pues, por saber que la segunda es verdadera, nuestra alma concluye falsamente que también existe la primera. Y un ejemplo de esto puede verse en el *Lavatorio*.

Se debe preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble. Y los argumentos no deben componerse de partes irracionales, sino que, o no deben en absoluto tener nada irracional, o, de lo contrario, ha de estar fuera de la fábula, como el desconocer Edipo las circunstancias de la muerte de Layo, y no en la obra, como en *Electra* los que relatan los Juegos Píticos, o en los *Misios* en el personaje mudo que llega de Tegea a Misia. Por consiguiente, decir que sin esto se destruiría la fábula es ridículo; pues, en primer lugar, no se deben componer tales fábulas; pero, si se introduce lo irracional y parece ser admitido bastante razonablemente, también puede serlo algo absurdo, puesto que también las cosas irracionales de la *Odisea* relativas a la exposición del héroe en la playa serían evidentemente insoportables en la obra de un

mal poeta; pero, aquí, el poeta encubre lo absurdo sazónándolo con los demás primores.

La elocución hay que trabajarla especialmente en las partes carentes de acción y que no destacan ni por el carácter ni por el pensamiento; pues la elocución demasiado brillante oscurece, en cambio, los caracteres y los pensamientos.

25

Problemas críticos y soluciones

En cuanto a problemas y soluciones, cuántas y cuáles son sus especies, podrá verlo claramente quien lo considere del siguiente modo.

Puesto que el poeta es imitador, lo mismo que un pintor o cualquier otro imaginero, necesariamente imitará siempre de una de las tres maneras posibles; pues o bien representará las cosas como eran o son, o bien como se dice o se cree que son, o bien como deben ser. Y estas cosas se expresan con una elocución que incluye la palabra extraña, la metáfora y muchas alteraciones del lenguaje, éstas, en efecto, se las permitimos a los poetas.

Además, no es lo mismo la corrección de la política que la de la poética, ni la de otro arte, que la de la poética. En cuanto a la poética misma, su error puede ser de dos clases: uno consustancial a ella, y otro por accidente. Pues, si eligió bien su objeto, pero fracasó en la imitación a causa de su impotencia, el error es suyo; mas, si la elección no ha sido buena, sino que ha representado al caballo con las dos patas derechas adelantadas, o si el error se refiere a un arte particular, por ejemplo a la medicina o a otra parte, o si ha introducido en el poema cualquier clase de imposibles, no es consustancial a ella. Por consiguiente, en los problemas, las censuras deben resolverse a base de estas consideraciones.

En primer lugar, las que se refieren al arte mismo. Se han introducido en el poema cosas imposibles: se ha cometido un error; pero está bien si alcanza el fin propio del arte (pues el fin ya se ha indicado), si de este modo hace que impresione más esto mismo u otra parte. Un ejemplo es la persecución de Héctor. Pero, si el fin podía conseguirse también mejor o no peor de acuerdo con el arte relativo a estas cosas, el error no es aceptable; pues, si es posible, no se debe errar en absoluto.

Por otra parte, ¿de cuál de las dos clases es el error, de los relativos al arte o de los relativos a otra cosa accidental? Pues yerra menos el que ignora que la cierva no tiene cuernos que quien la pinta sin ningún parecido. Además, si se censura que no ha representado cosas verdaderas, pero quizá las ha representado como deben ser, del mismo modo que también Sófocles decía que él presentaba los hombres como deben ser, y Eurípides como son, así se debe solucionar el problema. Y, si de ninguna de las dos maneras, puede aún contestarse que así se dice, por ejemplo las cosas relativas a los dioses; pues quizá no se representan mejor ni de acuerdo, así se dice. Otras cosas quizá no se cuentan mejor, pero así eran, por ejemplo lo relativo a las armas: "Tenían las lanzas enhiestas sobre el regatón"; pues así lo usaban entonces, como todavía hoy los ilirios.

Para ver si está bien o no lo que uno ha dicho o hecho, no sólo se ha de atender a lo hecho o dicho, mirando si el elevado o ruin, sino también al que lo hace o dice, a quién, cuándo, cómo y por qué motivo, por ejemplo si para conseguir mayor bien o para evitar un mal mayor.

Otras dificultades deben resolverse atendiendo a la elocución; así, por el uso de palabra extraña aquello de ("a los mulos primero"); pues quizá no se refiere a los mulos, sino a los centinelas; y, cuando habla de Dolón,

("que era de mal aspecto"), no se refiere a un cuerpo contrahecho, sino a un rostro feo, pues los cretenses llaman ("belleza de aspecto") a la belleza de rostro . Y ("mézclalo más fuerte") no quiere decir "puro", como para borrachos, sino "más rápidamente".

Otras expresiones son metafóricas; por ejemplo, "Otros dioses y guerreros dormían toda la noche"; y al mismo tiempo dice: "ciertamente, cuando dirigía la mirada a la llanura troyana, ... [admiraba] de flautas y siringas... el tumulto..."; "todos", en efecto, se dice aquí por metáfora en vez de "muchos", pues "todo" es, en cierto sentido, "mucho". Y también "ella sola no es partícipe" se dice por metáfora, pues "lo más conocido" es "solo". O bien se trata del acento; así resolvía Hipias de Taso lo de y . Otras cosas se explican por separación, por ejemplo cuando dice Empédocles: "Pronto se hicieron mortales las cosas que antes habían aprendido a ser inmortales y las puras antes estaban mezcladas". Otras, por anfibología: , en efecto, es anfibológico. Otras por la costumbre del lenguaje. Al que está mezclado le llaman "vino"; por eso dijo el poeta "greba de estaño recién fabricado". Y "broncistas", a los que trabajan el hierro; por eso se dice también que Ganimedes "escancia el vino" a Zeus, aunque los dioses no beben vino. Y esto, ciertamente, sería por metáfora.

Es preciso también, cuando un vocablo parezca significar algo contradictorio, examinar cuántos sentidos puede tener en el pasaje considerado; por ejemplo, lo de "en ésta, pues, se detuvo la broncea lanza", de cuántas maneras es posible que se haya detenido en ésta, de tal modo, o como mejor pueda suponerse; al contrario de lo que, según Glaucón, hacen algunos que irracionalmente presuponen algo y, después de haber fallado en contra, razonan ellos, y censuran al poeta como si hubiera dicho lo que creen que ha dicho, si contradice a su propia opinión. Esto es lo que pasó en lo relativo a Icario. Pues creen que era lacedemonio; y por eso consideran absurdo que Telémaco no se encontrase con él cuando fue a Lacedemonia. Pero quizá sea como afirman los cefalenes; dicen, en efecto, que Odiseo tomó esposa de entre ellos, y que el nombre era Icadio, no Icario. Y el problema es verosímelmente un error.

En suma, lo imposible debe explicarse o en orden a la poesía, o a lo que es mejor, o a la opinión común. En orden a la poesía es preferible lo imposible convincente a lo posible increíble. Quizá es imposible que los hombres sean como los pintaba Zeuxis, pero era mejor así, pues el paradigma debe ser superior. En orden a lo que se dice debe explicarse lo irracional; así, y porque alguna vez no es irracional; pues es verosímil que también sucedan cosas al margen de lo verosímil.

En cuanto a las contradicciones, hay que considerar en qué sentido se han dicho, como los argumentos refutativos en la dialéctica, y ver si se dice lo mismo, en orden a lo mismo y en el mismo sentido, de suerte que el poeta contradiga lo que él mismo dice o lo que puede suponer un hombre sensato. Pero es justo el reproche por irracionalidad y por maldad cuando, sin ninguna necesidad, recurre a lo irracional, como Eurípides a Egeo, o a la maldad, como en el *Orestes*, la de Menelao.

Por consiguiente, las censuras se reducen a cinco especies; pues o se imputan cosas imposibles, o irracionales, o dañinas, o contradictorias, o contrarias a la corrección del arte. Las soluciones han de buscarse de acuerdo con la enumeración citada. Y son doce.

26

¿Es superior la epopeya o la tragedia?

Puede alguien preguntarse cuál es más valiosa, la imitación épica o la trágica.

Porque, si es más valiosa la menos vulgar, y tal es siempre la que se dirige a espectadores más distinguidos, es indudable que la que imita todas las cosas es vulgar. En efecto, creyendo que los espectadores no comprenden si el actor no exagera, multiplican sus movimientos, como los malos flautistas, que giran cuando hay que imitar el lanzamiento del disco, y tiran del corifeo cuando tocan *Escila*. Es, pues, la tragedia tal como los actores antiguos creían que eran sus sucesores; Minisco, en efecto, pensando que Calípides exageraba demasiado, le llamaba simio, e igual concepto se tenía de Píndaro; y en la misma situación en que se hallan éstos con relación a aquéllos, está la tragedia en conjunto con relación a la epopeya. Así, pues, dicen que ésta es para espectadores distinguidos, que no necesitan para nada los gestos, y la tragedia, para ineptos. Por consiguiente, está claro que la vulgar será inferior.

Ante todo, la acusación no afecta al arte del poeta, sino al del actor, ya que también puede exagerar los gestos un rapsodo, como Sosítrato, y un cantor, como hacía Mnasíteo de Opunte. En segundo lugar, no todo movimiento debe reprobarse, pues tampoco se reprueba la danza, sino el de los malos actores, que es lo que se reprochaba a Calípides, y ahora a otros, diciendo que imitan a mujeres vulgares.

Además, la tragedia también sin movimiento produce su propio efecto, igual que la epopeya, pues sólo con leerla se puede ver su calidad. Por tanto, si en lo demás es superior, esto no es necesario que se dé en ella. Después, porque tiene todo lo que tiene la epopeya (pues también puede usar su verso), y todavía, lo cual no es poco, la música y el espectáculo, medios eficacísimos para deleitar. Además, tiene la ventaja de ser visible en la lectura y en la representación.

Asimismo, porque el fin de la imitación se cumple en menor extensión; pues lo que está más condensado gusta más que lo diluido en mucho tiempo; supongamos, por ejemplo, que uno pusiera el *Edipo* de Sófocles en tantos versos como la *Iliada*. Además, la imitación de las epopeyas tiene menos unidad (y prueba de esto es que de cualquiera de ellas salen varias tragedias), de suerte que, si [los poetas épicos] componen una sola fábula, o bien, por ser breve su exposición, parece manca, o bien aguada, si se adapta a la amplitud del metro; me refiero al caso de que el poema esté compuesto de varias acciones, del mismo modo que la *Iliada*, y también la *Odisea*, tiene muchas partes de esta clase, que también por sí mismas tienen magnitud; sin embargo, estos poemas están compuestos del mejor modo posible y son, en cuanto pueden serlo, imitación de una sola acción.

Por consiguiente, si la tragedia sobresa por todas estas cosas, y también por el efecto del arte (pues no deben ellas producir cualquier placer, sino el que se ha dicho), está claro que será superior, puesto que alcanza su fin mejor que la epopeya.

Pues bien, acerca de la tragedia y de la epopeya, en sí mismas y en sus especies y partes, cuántas son y en qué se distinguen, cuáles son las causas de su buena o mala calidad, y acerca de las críticas y las soluciones, baste lo dicho....

El género comedia fue para los romanos la culminación de la trayectoria teatral iniciada por los griegos; de tal manera, cualquier acercamiento a los textos cómicos latinos solicita a su vez el conocimiento de sus antecedentes literarios, a los que nos referimos brevemente.

Los versos fesceninos (S. Va. c., de *fascium*: "miembro viril", o de *Fescenia*: ciudad etrusca) eran recitados al terminar la cosecha, un día de trabajo o en una ceremonia matrimonial; su tono era sencillo, espontáneo y festivo ligado a los quehaceres cotidianos de la vida del campo, matizados con la burla y la crítica a través de la danza y el uso de máscaras.

La satura ("objeto mixto") era una poesía que al paso del tiempo añade a los versos fesceninos cantos, mímica, música de flauta y abundancia heterogénea de temas.

La atelana (S IV a.c., de la ciudad Atella), eran representaciones de ascendencia griega, a las que se le sumaron los versos fesceninos, el recurso de la máscara y lo más importante: un carácter popular, mordaz y obsceno que le dió gran popularidad y le permitió evolucionar en:

El exodium atellanum: (apéndice atelana) obra representada al final de una representación teatral, con temas míticos y de gente burda que logra tipificar ciertos caracteres humanos en los personajes. Para el S. II a.C. esta fábula atelana se representaba de manera autónoma; de ella surge el mimo.

La "Comedia Nueva" griega. (S IV a. C) los autores más importantes fueron: Demófilo, Filemón, Défilo y Menandro. Sus rasgos más característicos fueron: la ausencia de temas políticos y por el contrario la tipificación caricaturesca de los individuos (sobre todo burgueses) y sus costumbres: la cortesana, el mercader, el pobre burlado, etc.. Esta tendencia se debe a la influencia de la tragedia de Eurípides y a la caída del imperio ateniense.

La estructura de la Comedia Nueva estaba constituida por cinco episodios separados por intermedios musicales y una parte danzada. El prólogo era expositivo del tema fundamental de la comedia Terencio lo modificó haciéndolo polémico. (Véase la introducción a la comedia griega).

La "palliata" romana o comedia latina es la fusión de los cuatro elementos latinos y la Comedia Nueva griega. Sus principales representantes son Terencio, quien le da un matiz ético, y Plauto con su riqueza léxica y vis cómica.

Tito Marcio Plauto

Plauto quien, debió proceder de una clase social baja, ya que llegó a ser esclavo.

aunque gracias a sus éxitos teatrales alcanzó posteriormente un estrato social más alto, perteneció a la gente sencilla y rústica; así, sus comedias, herederas de los rasgos anteriormente señalados, se caracterizaron por satisfacer a su tosco público, mediante lo desmesurado, excesivo, ridículo, obsceno, trivial o insignificante y por su afán de ironía y caracterización, logrando así éxito público y seguramente personal.

De sus comedias (veinte) las más representativas son: *La comedia Asnal*, la de la *Olla*, *Anfitrión*, *Los mellizos*, *El persa*, *Los Cautivos* y *Casina*.

Anfitrión

Esta comedia plantea un problema de adulterio, provocado por el apetito carnal de Júpiter.

El protagonista es una divinidad que hace posible, con su poder sobrehumano, las acciones caricaturescas que logran cumplir el objetivo de la obra: divertir.

Anfitrión no olvida empero las acciones cotidianas, como la vida hogareña de Anfitrión y Alcmena, aunque predomina el sentimiento amoroso y la pasión de Júpiter. Todos los personajes se interesan en su individualidad y lo que la rodea inmediatamente, plantea un ideal de vida vinculado a las actividades primarias de los hombres aplicables a todo tiempo o circunstancia.

El discurso teatral de Plauto acerca de lo cotidiano, simple, común, insignificante, etc. demuestra que estos componentes de la existencia humana son también medios que permiten la realización del hombre como ser humano; esto explica, de alguna manera, la permanencia del teatro Plautino.

ANFITRIÓN

ARGUMENTO I¹

Júpiter se volvió al aspecto de Anfitrión; mientras éste² hacía la guerra con los enemigos teleboos, tomó a Alcmena³ como mujer de su uso. Mercurio lleva la figura del siervo Sosia, ausente. Alcmena es sorprendida con estos engaños. Luego que regresaron los verdaderos Anfitrión y Sosia, uno y otro son burlados con los engaños de modo admirable. De aquí querrela y⁴ desorden para la mujer y el marido, hasta que, enviada su voz desde el cielo con un trueno, Júpiter confesó que él era el adúltero.

ARGUMENTO II⁵

Júpiter, tomado por el amor de Alcmena, se mudó a la figura del cónyuge de ésta, Anfitrión, mientras éste combate con los enemigos en favor de su patria. Mercurio le sirve en el aspecto externo de Sosia. Éste en vano tiene al siervo y al amo del que llega. Anfitrión impele confusiones en su mujer, y mutuamente se acusan como fornicadores. Belfarón fue tomado como árbitro, para discernir cuál de los dos sea, o no puede ser Anfitrión. Conocen todo el asunto. Aquella pare gemelos.

PRÓLOGO

MERCURIO

MERCURIO: Como vosotros queréis que en vuestras mercancías, las que han de ser compradas y vendidas, yo influya alegre en los lucros, y ayude en todas las cosas, y queréis que las cosas y las cuentas de todos vosotros se desenreden bien, tanto en el extranjero como en casa, y que con bueno y amplio lucro perpetuo se aumenten las cosas que comenzasteis y las que comenzaréis, y queréis que yo influya en vosotros y en todos los vuestros con buenas nuevas, traeré esto, a fin de notificar lo que principalmente hay para vuestro propio asunto (pues en verdad vosotros ya sabéis que eso me ha sido dado y concedido por los otros dioses, que presida en las nuevas y en el lucro); como queréis que yo apruebe esto, que me esfuerce para que el lucro perpetuamente os sea siempre suficiente, así, haced silencio para esta comedia, y así todos seréis aquí árbitros equitativos y justos.

Ahora diré por orden de quién vengo y por qué he venido, y al mismo tiempo yo mismo manifestaré mi nombre. Vengo por orden de Júpiter, mi nombre es Mercurio, mi padre me envió aquí a rogaros; aunque lo que hubiera dicho a vosotros, sabía que ibais a hacerlo como un mandato, porque había comprendido que vosotros lo

reverenciáis y teméis tal como es justo respecto a Júpiter; pero sin embargo, con suavidad mandó que, con buenas palabras, yo os pida esto de favor. Júpiter, pues, aquel por orden del cual vengo aquí, teme un mal no menos que cualquiera de vosotros: ha nacido de madre humana, de padre humano, no es justo admirarse si de antemano siente miedo; e incluso también yo, que soy hijo de Júpiter, por contagio de mi padre, temo un mal. Por esto vengo en paz y a vosotros traigo la paz; quiero que de vosotros se pida una cosa justa y fácil, pues he sido puesto por los justos como orador justo de una cosa justa. Pues no conviene impetrar de los justos cosas injustas, si bien es ignorancia pedir cosas justas de los injustos; porque los inicuos aquéllos ignoran el derecho y no lo tienen. Ahora prestad ya atención a lo que aquí diré. Debéis querer lo que queremos: tanto yo como mi padre hemos sido dignos de vosotros y de la república; ¿por qué, pues, recordaría yo (como he visto en las tragedias que otros se acuerdan de los bienes que os han hecho: a Neptuno, a la Virtud, a la Victoria, a Marte, a Belona) de qué beneficios es arquitecto para todos mi padre, soberano de los dioses? Pero aquel mi padre nunca tuvo voluntad para reprochar lo que hubiera hecho de bien a los buenos; juzga para sí que esto es agradecido por vosotros y que mercedamente os hace los bienes que él hace.

Ahora primeramente expondré el asunto que aquí vine a decir, luego expresar el argumento de esta tragedia. ¿Qué? ¿Encogisteis la frente porque anuncié a ést como futura tragedia? Soy un dios, la cambiaré por completo. A esta misma, si queréis, de tragedia haré que sea comedia, con todos sus mismos versos. ¿Queréis o no que sea una u otra cosa? Pero yo soy muy tonto, como si no supiera que vosotros lo queréis, por ser yo divino. Comprendo qué sea de vuestro ánimo acerca de este asunto: haré que sea mezclada, que sea una tragicomedia; porque no juzgo igual que yo continuamente haga que sea comedia, adonde vengan dioses y reyes. ¿Por qué, pues? Porque también tiene partes aquí un siervo, haré que sea, así como dije, una tragicomedia.

Ahora Júpiter ordenó que yo os pida esto: que vayan inspectores a cada uno de los asientos, por todo el anfiteatro, entre los espectadores, para que vean a los favorecedores enviados para alguien; para que, en el anfiteatro, les sean tomadas sus togas como prendas; o si hay quienes han pedido la palma para los histriones o para algún artífice (sea a través de cartas escritas, sea que haya quien él mismo lo haya pedido, o por un mediador), o si muy pérfidamente los ediles las dan a alguno; Júpiter ordenó que haya la misma ley, como si hubiera pedido una magistratura para sí o para otro. Dijo que vosotros vivís vencedores por la virtud, no por la ambición ni por la perfidia: ¿por qué para un histrión valdría⁶ menos la misma ley, que para un varón supremo? Es preciso pedir con la virtud, no con favorecedores. Siempre tiene bastantes favorecedores quien actúa rectamente, si hay buena fe en aquellos en quienes está en su mano este asunto. Incluso también esto medio entre sus mandatos, que haya inspectores para los histriones: el que a su favor hubiese comisionado a unos enviados, para que aplaudieran, o aquel otro que hubiese hecho por donde se agradara menos, que hagan pedazos sus ornamentos y su cuero. No quisiera que vosotros os admirarais porque Júpiter cuide ahora a los histriones; no os admiréis: el propio Júpiter va a actuar esta comedia.

¿Qué? ¿Os habéis maravillado? Como si en verdad fuera nuevo que ahora se presente a Júpiter, que hace labor de histrión; también vino cuando, un año, los histriones invocaron aquí a Júpiter, en el proscenio; les sirvió de ayuda. Además, en una tragedia ciertamente se presenta. Esta fábula —digo— el propio Júpiter la

actuará hoy aquí, y yo a una con él. Ahora prestad atención, mientras expongo el argumento de esta comedia.

Esta ciudad es Tebas. En aquella casa habita Anfitríon, nacido en Argos de padre argivo; con él se casó Alcmena, hija de Electro. Ahora este Anfitríon se puso al frente de unas legiones, pues el pueblo tebano tiene guerra con los teleboos. Aquél, antes de irse él mismo de aquí rumbo a su ejército, puso grávida a su mujer Alcmena. Creo yo, pues, que vosotros conocisteis ya cómo es mi padre, cuán independiente es de muchas de estas cosas⁷ y qué gran enamorado es por el hecho de que en alguna ocasión se le haya complacido. Este comenzó a amar a Alcmena a escondidas de su marido y para sí tomó usura de su cuerpo, y éste la puso grávida por su coacción. Ahora, para que muy acertadamente tengáis en la mente el asunto de Alcmena, de ambas partes está grávida tanto de su marido como del supremo Júpiter. Y ahora mi padre está acostado con ella aquí adentro, y por eso esta noche se hizo más larga, mientras junto con la que quiere toma placer; pero se fingió tal como si fuera Anfitríon. Ahora no os maravilléis por este aparejo mío, porque aquí aparecí yo, así, con un atavío servil: os presentaré como nuevo un asunto viejo y antiguo, por eso entré equipado de modo nuevo. Pues he aquí, que ahora mi padre Júpiter está adentro; se cambió a la figura de Anfitríon y todos los siervos que lo ven creen que es él: a tal punto se hace cambiador de piel cuando le agrada. Yo tomé para mí la figura del siervo Sosia, el que con Anfitríon se fue de aquí hacia el ejército, para que pudiera servir a mi enamorado padre, y para que los familiares⁸ no indagaran quién soy, cuando a menudo me vean dar muchas vueltas aquí en la casa; ahora, cuando crean que soy siervo y consiervo suyo, ninguno indagará quién soy o por qué he venido. Ahora adentro mi padre da capricho a su alma: está acostado, abrazado de quien está muy deseoso; mi padre recuerda para Alcmena lo que fue hecho por él en su legión: ella, la que está con el adúltero, cree que aquel varón es el suyo. Ahora mi padre recuerda allí las legiones de enemigos que puso en fuga, de qué modo fue regalado con muchísimos regalos. Esos regalos, que allí fueron dados a Anfitríon, los hemos llevado a otra parte: mi padre fácilmente hace lo que quiere. Ahora, desde su ejército, vendrá hoy aquí Anfitríon y su siervo, del que yo llevo esta figura. Ahora, para que más fácilmente nos podáis distinguir, yo tendré siempre estas plumitas en el petaso; mas para mi padre, entonces, habrá un cordoncillo áureo bajo su petaso: Anfitríon no tendrá esa señal. Esas señales, ninguno de estos familiares⁹ podrá verlas; pero vosotros las veréis. Pero allá está Sosia, siervo de Anfitríon: ahora llega de allá, del puerto, con una linterna. Ya echaré yo lejos de la casa al que llega. Prestad atención: habrá una recompensa de la obra para los que miran a Júpiter y a Mercurio hacer aquí el arte del histrión.

ACTO I, 1

SOSIA MERCURIO

SOSIA (*hablando consigo*): ¿Qué otro hombre es más audaz que yo, o quién más atrevido, que conozca los caprichos de la juventud, que ánde solo a esta hora¹⁰ de la noche? ¿Qué haría ahora si los triunviros me empujaran a la cárcel? De allí, mañana, como de despensa guardadora, sería sacado para el látigo, y no me sería permitido decir mi causa, ni habría auxilio alguno en mi amo, si hubiera alguno que no estimase¹¹ que todos estimarían que yo soy digno.¹² Así como a un yunque, ocho

fuertes hombres, desgraciado, me cortarían: así, llegando del extranjero, sería recibido con una acogida a nombre del Estado. A esto me obliga la inmoderación de mi amo, quien a esta hora¹³ de la noche me hizo venir de mala gana desde el puerto. ¿No pudo él mismo enviarme aquí con luz?¹⁴ Pero es dura la servidumbre respecto a un hombre opulento, por esto es más desgraciado el siervo de un rico: noches y días asiduamente bastante y sobrado hay por lo que, por hecho o por palabra, está presente el trabajo, para que no estés quieto. El mismo señor, rico de trabajo y desprovisto de esfuerzo, piensa que se puede todo lo que a un hombre llega a agrandar: estima que es justo, no calcula qué esfuerzo haya, y no reflexionará si es justo o injusto que ordene. Por eso en la servidumbre sobrevienen muchas injusticias: esta carga debe tenerse y llevarse con esfuerzo.

MERCURIO (*aparte*): Es bastante que yo me queje de la servidumbre de ese modo: yo, que hoy he sido libre, a mí mi padre me puso en posesión de la servidumbre; se queja éste, que nació esclavo.

SOSIA (*hablando consigo*): Pero soy un esclavo bribón: ¿me fue pronto a la mente que el llega dé y pronuncie gracias a los dioses por sus favores? Por Pólux, que si aquéllos no se dignan dar gracias a mi favor, enviarían a algún hombre para que a mí, que llego, golpee muy bien la boca, porque lo que bien hicieron en mí, eso lo tengo ingrato y sin ningún valor.

MERCURIO (*aparte*): Aquél hace lo que no suelen entre el vulgo, que sabe qué cosa es digna de sí.

SOSIA (*hablando consigo*): Lo que nunca opiné que para sí sucedería, ni alguno otro de los ciudadanos, eso resultó, que sanos disfrutáramos en casa. Vencidos los enemigos, las legiones vuelven vencedoras a casa, extinguida la más grande guerra y destruidos los enemigos. Lo que muchos funerales acerbos echó para el pueblo tebano, esa plaza fuerte fue vencida y expugnada por la fuerza y por el valor de los soldados, máxime por la autoridad y por los auspicios¹⁵ de mi amo Anfitrión. Proporcionó a sus paisanos botín, campo y mieses, y consolidó su reino al rey tebano Creón. Desde el puerto me envió por delante a casa, para anunciar estas cosas a su mujer: que ha llevado a la república con su dirección, con su autoridad, con sus auspicios.¹⁶ Ahora meditaré de qué modo le diré esto, cuando llegue allí. Si dijera una mentira, lo haría estando habituado a mi capricho. Pues cuando peleaban sobremanera, entonces yo huía sobremanera; pero, sin embargo, remedaré y diré lo oído como si hubiera estado presente. Pero de qué modo y con qué palabras me convenga hablar, también quiero yo meditarlo antes aquí conmigo. Así expondré esto.

Al principio, en cuanto llegamos allí, tocamos tierra; en seguida Anfitrión delegó a varones principales de entre los primeros; envía a éstos, manda que digan su opinión a los teleboos: si quieren entregar lo raptado y a los raptadores sin fuerza y sin guerra, devuelvan lo que acarrearón; inmediatamente él volverá a llevarse su ejército a casa, y al campo a los argivos llegados, para darles paz y descanso; pero si de otro modo están dispuestos y no dan lo que se solicita él mismo entonces, con suma fuerza y con sus varones, habrá de atacar la plaza fuerte. Luego que a los teleboos con una orden repitieron esto los que había puesto por delante Anfitrión, los varones magnánimos, confiados en su valor y en sus fuerzas, soberbiamente, con demasiada violencia¹⁷ increpan a nuestros legados; responden que ellos y los suyos pueden protegerse con la guerra, así que de prisa hicieran salir a los ejércitos de sus límites. Luego que los legados cumplieron esto, Anfitrión al instante hace avanzar a todo el ejército desde sus campamentos. De otra parte, los teleboos hacen salir de la plaza

fuerte a sus legiones, demasiado provistas con hermosas armas. Después que de ambas partes salió la más grande multitud, distribuidos los varones, distribuidos los órdenes, nosotros dispusimos nuestras legiones conforme a nuestro capricho y modo; de otra parte, también los enemigos disponen sus legiones. Luego cada uno de los generales sale al centro, al mismo tiempo conversan fuera del tumulto de los órdenes. Se conviene que cualquiera de los dos que sea vencido en ese combate dará su ciudad, su campo, sus altares, sus hogares y a sí mismo. Después que se hizo eso, suenan las trompetas de ambas partes, resuena la tierra, de ambas partes producen clamor. El general de ambas partes, de aquí y de allí, toma votos para Júpiter, exhorta a su ejército. Cada quien expone por sí lo que cada quien puede y vale; con el hierro se hiere; rompen los dardos, retumba el cielo con el estruendo de los varones; de la respiración y del aliento se mantiene una nube; caen por la fuerza de una herida y de las fuerzas. Luego, como quisimos, nuestro ejército domina: frecuentes enemigos caen; de otra parte, los nuestros se echan encima. Impetuosos, vencimos con la fuerza. Pero sin embargo nadie se vuelve a la fuga ni se retira del lugar sin que a pie firme lleve su asunto; pierden el alma antes que mudarse del lugar: cada quien yace como habían estado y retiene su orden. Luego que mi amo Anfitrión percibió esto, al instante manda que los jinetes entren por la derecha. Los jinetes aparecen veloces: desde la derecha, con el más grande clamor atacan con animoso ímpetu, desfuguran y pisotean las tropas de los enemigos, con razón injustas.

MERCURIO (*aparte*): Además, de ningún modo con falsedades expuso hasta ahora palabra alguna: pues cuando se peleó yo estuve allí —en el presente asunto—, y mi padre.

SOSIA (*hablando consigo*): Los enemigos se entregan a la fuga; entonces el ánimo inspiró a los nuestros: a los teleboos que se volvían se les llenaban los cuerpos de dardos, y el propio Anfitrión, con su mano, mató al rey Ptérela. Esta pelea se peleó allí desde la mañana hasta el anochecer (incluso por esto recuerdo más esto, porque aquel día estuve ayuno), pero ese combate al fin lo interrumpió la noche con su llegada. Al día siguiente, llorando, desde su ciudad los principales vienen a los campamentos, hacia nosotros; veladas sus manos, piden que perdonemos su falta, y todos se entregan al pueblo tebano: lo divino y todo lo humano,¹⁸ la ciudad y sus hijos bajo dominio y bajo arbitraje. Después, por su virtud, a mi amo Anfitrión le fue donada una pátera áurea, porque el rey Ptérela solía beber en ella.¹⁹ Así diré esto a mi ama. Ahora proseguiré, para realizar el mandato de mi amo y para tomar yo posesión de mi casa.

MERCURIO (*aparte*): ¡Ah! Él va a venir aquí. Iré yo allá, a su encuentro, y no permitiré yo a este hombre que hoy se acerque alguna vez a esta casa. Puesto que la figura de éste está en mí, cosa cierta es burlar al hombre. Y pues, en efecto, tomé para mí la forma y el estado de éste, del mismo modo conviene que yo tenga semejantes, tantos los hechos como los caprichos de éste. Así pues, es preciso que yo sea malo, diestro, sumamente astuto, y que con su arma, la malicia, eche a éste de la puerta. Pero ¿qué es eso? Al cielo mira atentamente. Observaré qué cosa hace.

SOSIA (*hablando consigo*): Sin duda, por Pólux, si alguna otra cosa hay que crea o que con certeza conozca, creo yo que esta noche el dios de la noche se durmió ebrio. Pues en el cielo las estrellas de la Osa Menor no se mueven a parte alguna, ni la Luna se traslada a parte alguna, y está así como salió alguna vez; ni Orión, ni Venus ni las Pléyades caen. Los astros están así, a pie firme, y la noche no se va a parte alguna con el día.²⁰

MERCURIO (*aparte*): Prosigue, Noche, como empezaste, lleva capricho a mi padre; muy bien das al más bueno el trabajo más bueno, ofreces perfectamente el trabajo que das.²¹

SOSIA (*hablando consigo*): Y yo no creo que yo haya visto una más larga que esta noche; excepto, del mismo modo, una ininterrumpida, cuando sufrí azotado. Por Pólux, por su longitud, incluso en mucho también a aquella venció ésta. Por Pólux, en verdad creo que el Sol duerme, y muy bebido. Son cosas admirables, excepto que en la cena se excitó un poco demasiado.

MERCURIO (*aparte*): ¿Pero qué dices, bribón? ¿Estimas que los dioses son semejantes a ti? Por Pólux, pícaro, yo te recibiré por esas palabras tuyas y mal hechas; ven aquí, con tal que estés, hallarás el infortunio.

SOSIA (*hablando consigo*): ¿Dónde están los libertinos esos que contra su voluntad se acuestan solos? Esta noche está linda para ejercitarse en una ramera mal alquilada.

MERCURIO (*aparte*): Por las palabras de éste, ahora mi padre bien y sabiamente hace; porque abrazado con Alcmena está acostado amándola, satisfaciendo su ánimo.

SOSIA (*hablando consigo*): Iré para anunciar a Alcmena lo que ordenó el amo. ¿Pero quién es el hombre éste al que veo ante la casa en esta hora²² de la noche? No me agrada.

MERCURIO (*aparte*): Nadie hay tan miedoso como éste.

SOSIA (*hablando consigo*): Me viene a la mente que aquel hombre quiere tejer de nuevo este palio.²³

MERCURIO (*aparte*): El hombre tiene miedo: Yo lo burlaré.

SOSIA (*hablando consigo*): Estoy perdido, mis dientes tienen comezón; sin dula éste, llegando yo, me va a recibir con una acogida de puño. Creo que es compasivo; ahora, a causa de que mi amo me hizo velar, hoy, con sus puños, éste hará que duerma. Estoy completamente perdido. Por Hércules, por favor, ¡qué grande y qué fuerte es!

MERCURIO (*aparte*): Claramente, a mi vez,²⁴ hablaré, para que éste escuche lo que diga; entonces se contraerá en un miedo mucho mayor. Vamos, puños, hace largo tiempo que no dais sustento al vientre; tras largo tiempo, parece que ayer se hizo el que colocasteis en un sueño profundo a cuatro hombres desnudos.

SOSIA (*hablando consigo*): Malamente, tengo miedo que aquí yo cambie mi nombre, y que, de Sosia, me haga Quinto; éste afirma que él dio cuatro varones a un sueño profundo; temo aumentar aquel número.

MERCURIO (*aparte*): Ahí tienes, por eso precisamente ahora así lo quiero.

MERCURIO (*aparte*): No se moverá sin que sea azotado.

SOSIA (*hablando consigo*): ¿Qué hombre?

MERCURIO (*aparte*): En verdad, cualquier hombre que venga aquí comerá mis puños.

SOSIA (*hablando consigo*): Quitá, no me agrada comer esto de noche; cené hace poco; así que, con largueza, da tú esa cena, si te sabe bien, a los que están hambrientos.

MERCURIO (*aparte*): Este puño no tiene mal peso.

SOSIA (*hablando consigo*): Estoy perdido, pesa sus puños.

MERCURIO (*aparte*): ¿Y qué, si yo lo tocara suavemente para que se duerma?

SOSIA (*hablando consigo*): Me salvarías, pues he pasado en vela estas tres noches continuas.

MERCURIO (*aparte*): Está muy mal; indignamente hacemos: mi mano aprende mal a herir una mandíbula; es preciso que con otra forma esté a quien tú hayas cogido con el puño.

SOSIA (*hablando consigo*): Aquel hombre me renovará y formará de nuevo mi rostro.

MERCURIO (*aparte*): A quien muy bien hayas golpeado, es preciso que su rostro esté deshuesado.

SOSIA (*hablando consigo*): Admirable si éste no reflexiona deshuesarme como a una murena. ¡A otro lado con este que deshuesa hombres! Estoy perdido si me ha mirado.

MERCURIO (*aparte*): Para su desgracia, alguien despide olor.

SOSIA (*hablando consigo*): ¡Ay! ¿Acaso exhalé yo un olor?

MERCURIO (*aparte*): Y es preciso que no esté lejos; pero estuvo lejos de aquí.

SOSIA (*hablando consigo*): Aquel hombre es profético.

MERCURIO (*aparte*): Los puños me saltan de gozo.

SOSIA (*hablando consigo*): Si contra mí vas a ejercitarte, pido que primero te domes contra la pared.

MERCURIO (*aparte*): Una voz me voló hasta las orejas.

SOSIA (*hablando consigo*): Seguramente yo fui un hombre infeliz, porque no le arranqué las alas; produzco una voz alada.

MERCURIO (*aparte*): Aquel hombre, paradegraciasuya, hizo venir para su jumento una mala cosa de mi parte.²⁵

SOSIA (*hablando consigo*): En verdad no tengo jumento alguno.

MERCURIO (*aparte*): Hay que cargarlo muy bien con puños.

SOSIA (*hablando consigo*): Por Hércules, estoy cansado de la nave que me trabo aquí; todavía ahora siento náuseas; apenas camino desocupado, no juzgues que puedo ir con una carga.

MERCURIO (*aparte*): Ciertamente, en efecto, no se quién habla aquí.

SOSIA (*hablando consigo*): Sano estoy, no me ve. Afirma que habla No se

MERCURIO (*aparte*): De aquí, de la derecha, en efecto, una voz, parece, me azota las orejas.

SOSIA (*hablando consigo*): Temo, a mi vez, que hoy sea azotado aquí por la voz que azota a éste.

MERCURIO (*aparte*): Muy bien, he aquí que camina hacia mí.

SOSIA (*hablando consigo*): Tengo miedo, estoy todo embotado. Por Pólux, no sé ahora en qué parte de la tierra estoy, si alguien lo pregunta; ni puedo moverme, desgraciado, ante el terror. Al instante, a una perecieron los mandatos de mi amo y Sosia. Sin embargo, cosa cierta es hablar al hombre de frente, con confianza, porque podría parecer fuerte a éste, para que aparte su mano de mí.

MERCURIO (*aparte*): ¿Adónde andas tú, que llevas a Vulcano encerrado en un cuerno?²⁶

MERCURIO: ¿Adónde andas tú, que llevas a Vulcano encerrado en un cuerno?²⁶

SOSIA: ¿Por qué indagas eso tú, que con tus puños deshuesas el rostro a los hombres?

MERCURIO: ¿Eres siervo o libre?

SOSIA: De cualquier modo que le place a mi ánimo.

MERCURIO: ¿Lo dices de verdad?

SOSIA: Efectivamente, lo digo de verdad.

MERCURIO: Te azoto.

SOSIA: Mientes ahora.

MERCURIO: Pero ya haré que digas que digo la verdad.

SOSIA: ¿Qué necesidad hay de eso?

MERCURIO: ¿Puedo saber adónde has ido, de quién eres o por qué has venido?

SOSIA: Vengo aquí. Soy siervo del amo. ¿Por ventura estás ahora más seguro?

MERCURIO: Malvado, yo te comprimiré hoy esa lengua.

SOSIA: No puedes: se guarda bien y púdicamente.

MERCURIO: ¿Continúas charlando? ¿Qué negocio tienes tú en esta casa?

SOSIA: Por el contrario, ¿cuál tienes tú?

MERCURIO: El rey Creón siempre coloca vigilantes nocturnos de uno en uno.

SOSIA: Hace bien; porque nosotros estábamos en país extranjero, ha habido protección en casa. Pero ahora, juiciosamente, vete, dirás que llegó un familiar.²⁷

MERCURIO: No sé qué tan familiar seas tú; si al instante, familiar, no te vas de aquí, haré que seas recibido no familiarmente.

SOSIA: Yo habito aquí, digo, y soy siervo de éstos.

MERCURIO: ¿Pero sabes de qué manera? Si no te vas de aquí, yo te haré hoy orgulloso.²⁸

SOSIA: ¿Cómo?²⁹

MERCURIO: Si yo cojo un palo, no te irás, serás llevado.

SOSIA: Pregono que yo soy familiar de esta familia.

MERCURIO: Si quieres, date cuenta que pronto quieres ser azotado, si no te vas de aquí al instante.

SOSIA: ¿A mí, que llego del extranjero, pides tú que me aparte de mi casa?

MERCURIO: ¿Es ésta tu casa?

SOSIA: Así digo.

MERCURIO: ¿Qué amo tienes tú, entonces?

SOSIA: Anfitrión, el que ahora se puso al frente de las legiones tebanas, con quien se casó Alcmena.

MERCURIO: ¿Qué dices? ¿Qué nombre tienes tú?

SOSIA: Los tebanos me llaman Sosia, descendiente de mi padre Davo.

MERCURIO: Seguramente tú, cima de audacia, llegaste hoy aquí, para tu desgracia, con mentiras compuestas, con engaños cosidos.

SOSIA: En verdad, por el contrario, vengo aquí no con engaños, sino con túnicas cosidas.

MERCURIO: Pero también mientes: ciertamente vienes con los pies, no con las túnicas.

SOSIA: En verdad sí.

MERCURIO: Ahora, en verdad, sé golpeado por tu mentira.

SOSIA: Por Pólux, en verdad no quiero.

MERCURIO: Pero, por Pólux, en verdad, a pesar tuyo. Ciertamente éste “en verdad” es seguro, no es dudoso.

SOSIA: Pido tu compasión.

MERCURIO: ¿Te atreves tú a decir que eres Sosia, el que yo soy?

SOSIA: Estoy perdido.

MERCURIO: Incluso pregonas poco en comparación con lo que va a ser. ¿Ahora, de quién eres?

SOSIA: Tuyo, pues me hiciste tuyo con el uso de tus puños. ¡Compasión, ciudadanos de Tebas!

MERCURIO: ¿Todavía gritas, bribón? Habla, ¿a qué viniste?

SOSIA: Para que hubiera a quien tú golpearas con tus puños.

MERCURIO: ¿De quién eres?

SOSIA: Sosia, el del Anfitrión, digo.

MERCURIO: Por eso, más ³⁰ entonces serás azotado, porque eres un embusterero; yo soy Sosia, no tú.

SOSIA: Así lo hagan los dioses, para que mejor lo seas tú, y yo que te azote.

MERCURIO: ¿Todavía mascullas?

SOSIA: Ya me callaré.

MERCURIO: ¿Quién es tu amo?

SOSIA: El que tú quieras.

MERCURIO: ¿Entonces, qué? ¿De qué modo te llamas ahora?

SOSIA: De ninguno, excepto el que tú hayas mandado.

MERCURIO: Decías que tú eras Sosia, el de Anfitrión.

SOSIA: Había cometido una falta, pues quise decir que yo no soy compañero de Anfitrión.

MERCURIO: En verdad sabía que, para nosotros, ningún siervo Sosia hay, excepto yo. La razón te abandonó.

SOSIA: Ojalá tus puños hubiesen hecho eso.

MERCURIO: Yo soy el Sosia aquél, que hace poco tú me decías que eras.

SOSIA: Pido que, en paz, sea permitido hablarte, sin ser azotado.

MERCURIO: Por el contrario, si quieres decir algo, que momentáneamente se haga una tregua.

SOSIA: No hablaré sino con la paz hecha, puesto que vales más con los puños.

MERCURIO: Deberás decir lo que quieres, no haré daño.

SOSIA: ¿Me fío de tu compasión?

MERCURIO: De la mía.

SOSIA: ¿Qué, si me engañas?

MERCURIO: Entonces Mercurio se irritaría con Sosia.

SOSIA: Presta atención. Ahora me es permitido decir libremente cualquier cosa. Yo soy Sosia, el siervo de Anfitrión.

MERCURIO: ¿De nuevo todavía?

SOSIA: Hice la paz, hice un pacto. Digo la verdad.

MERCURIO (*lo golpea*): Sé azotado.

SOSIA: Haz lo que te agrada como te agrada, pues vales más con los puños; pero como lo vayas a hacer, por Hércules que, sin embargo, ciertamente no callaré esto.

MERCURIO: Vivo tú, nunca me harás que hoy no sea SOSIA.

SOSIA: Por Pólux, ciertamente tú nunca me convertirás en otro que no sea el nuestro; ni hay algún otro siervo SOSIA para nosotros, estando yo presente; porque con Anfitrión, a una, de aquí me fui al ejército.

MERCURIO: Este hombre no está cuerdo.

SOSIA: El defecto que pregonas para mí, ése tienes tú. Malvado, ¿por qué no soy yo Sosia, el siervo de Anfitrión? ¿Acaso nuestra nave, la que me condujo, no vino esta noche del puerto pérsico? ¿No me envió aquí mi amo? ¿Acaso no estoy yo ahora ante nuestra casa? ¿No tengo yo una linterna en la mano? ¿No hablo, no estoy en vela? ¿Acaso este hombre no me tundió hace poco con sus puños? Lo hizo, por Hércules, pues incluso ahora, desgraciado, me duelen las mandíbulas. ¿Por qué entonces dudo yo, o por qué no voy adentro, a nuestra casa?

MERCURIO: ¿Qué, vuestra casa?

SOSIA: Pues, en verdad, sí.

MERCURIO: Realmente, lo que dijiste hace poco, todo lo has fingido: en verdad soy Sosia, el de Anfitrión. Nuestra nave, en efecto, esta noche levó anclas del puerto pérsico, y expugnamos la plaza fuerte donde reinó el rey Ptérela, y peleando con fuerza, tomamos las legiones de los teleboos, y en el combate el propio Anfitrión asesinó al rey Ptérela.

SOSIA: Yo mismo no me creo, cuando lo oigo afirmar eso; ciertamente, sin duda éste recuerda de memoria lo que allí se llevó a cabo. Pero, ¿qué dices? ¿Qué le fue dado a Anfitrión por los teleboos?

MERCURIO: La pátera áurea en que el rey Ptérela solió beber.

SOSIA (*hablando consigo*): Lo dijo. ¿Dónde está ahora la pátera?

MERCURIO: En una cestita; fue sellada con el sello de Anfitrión.

SOSIA: Dí, ¿qué especie de sello es?

MERCURIO: El Sol saliendo con una cuadriga. ¿Por qué intentas cogermelo, bribón?

SOSIA (*hablando consigo*): Venció con sus argumentos. Yo debo buscar otro nombre. No sé dónde vio éste estas cosas. Ya sorprenderé yo muy bien a éste; pues lo que yo mismo hice solo (y ningún otro estuvo presente en la tiendecilla), eso cierta mente nunca podrá decirlo hoy (*a Mercurio*): Si tú eres Sosia, ¿qué hiciste en la tiendecilla cuando las legiones peleaban sobremanera? Si lo dijeras, estoy vencido.

MERCURIO: Había una tinaja de vino, de allí llené una vasija.

SOSIA (*hablando consigo*): Entró al camino.

MERCURIO: Yo hice salir vino puro de ésta, tal como había nacido de madre.

SOSIA (*hablando consigo*): Eso se hizo, que yo agoté allí una vasija de vino puro. Son cosas admirables, a menos que haya estado escondido allí, en aquella vasija.

MERCURIO: ¿Ahora, qué? ¿Con mis argumentos te convenzo de que tú no eres Sosia?

SOSIA: ¿Niegas tú que yo lo soy?

MERCURIO: ¿Por qué no lo negaría yo, que precisamente lo soy?

SOSIA: Juro por Júpiter que yo lo soy y que yo no digo falsedad.

MERCURIO: Pero yo te juro por Mercurio que Júpiter no lo cree, pues, sin juramento, sé que me creará más que a ti, con juramento.

SOSIA: Al menos te pregunto, ¿quién soy yo, si no soy Sosia?

MERCURIO: Cuando yo no quiera ser Sosia, en verdad tú serás Sosia; ahora, puesto que yo lo soy, serás azotado si no te vas de aquí, desconocido.

SOSIA (*hablando consigo*): Sin duda, por Pólux, cuando lo contemplo, y mientras reconozco mía su figura, al que por completo soy yo (muchas veces me he mirado en el espejo), es demasiado semejante a mí; del mismo modo tiene el petaso y el vestido: es tan parecido como yo; la pantorrilla, el pie, la estatura, el corte del cabello, los ojos, la nariz o los labios, las mandíbulas, el mentón, la barba, el cuello: todo. ¿Qué necesidad hay de palabras? Si su espalda está llena de cicatrices, nada hay más semejante que este semejante. Pero cuando reflexiono, en verdad ciertamente soy el mismo que siempre fui. Conocí a mi amo, conocí nuestra casa; juiciosamente entiendo y siento. Yo no le obedeceré a lo que diga. Golpearé la puerta.

MERCURIO: ¿Adónde te encaminas?

SOSIA: A la casa.

MERCURIO: Si ahora montarás la cuadriga de Júpiter y de aquí huyeras, apenas así podrías escapar al infortunio.

SOSIA: ¿Acaso no es permitido anunciar a mi ama lo que mandó mi amo?

MERCURIO: Si quieres anunciar algo a la tuya, no permitiré que te acerques a esta nuestra. Si, en efecto, me irritaras, hoy saldrías de aquí deslomado.

SOSIA: Mejor me voy. Dioses inmortales, pido vuestra protección. ¿Dónde perecí yo? ¿Dónde fui cambiado? ¿Dónde perdí yo mi figura? ¿Acaso yo mismo me dejé allí, si por casualidad me olvidé? Ciertamente, éste, en efecto, posee toda la figura mía que hasta hoy había existido. Estando vivo, se hace lo que nunca alguien me haría estando muerto.³¹ Iré al puerto y diré a mi amo esto que pasó; a menos que incluso también él me ignore. Haga Júpiter que yo, hoy, calvo, con la cabeza afeitada, tome el píleo.³²

I, 2

Mercurio

MERCURIO (*hablando consigo*): Muy favorablemente marchó hoy para mí este trabajo: alejé de la puerta la más grande incomodidad, para que fuera permitido a mi padre, a salvo, abrazar a aquella. Ya él contará que, cuando llegó aquí ante su amo Anfitrión, el propio siervo Sosia lo alejó de aquí, de la puerta; aquél creará que él le miente de tal modo, que no creará que se dirigió aquí, como había mandado. Yo llenaré a aquellos dos de incertidumbre y de demencia, y a toda la familia de Anfitrión, hasta que mi padre tome saciedad de aquella a quien ama. Entonces, finalmente todos sabrán lo que se hizo. Luego Júpiter hará volver a Alcmena a su antigua concordia en relación con su esposo. Anfitrión, en efecto, al instante causará tumultos a su mujer y la acusará de oprobio; entonces mi padre le llevará esa discordia a la calma. Ahora, a causa de que hace poco dije algo sobre Alcmena, ella parirá hoy dos hijos gemelos: un niño nacerá en el décimo mes después de que fue engendrado, otro en el séptimo mes; uno de ellos es de Anfitrión, el otro de Júpiter; pero el niño menor tiene un padre mayor, el mayor uno menor. ¿Conocéis ya cómo está esto? Pero en gracia de honor de esta Alcmena, mi padre

tuvo cuidado de que sucediera en un solo parto, para que en un solo esfuerzo despache las dos fatigas, y no se ponga en sospecha de oprobio, y para que se oculte la relación clandestina. Aunque, como ya dije hace poco, Anfitrión, sin embargo, llegará a saber todo el asunto. ¿Entonces, qué? En verdad nadie considerará esto como una acción vergonzosa de Alcmena, pues no parece proporcionado que un dios lo haga, que permita que un delito suyo y una culpa suya, caigan sobre un mortal. Detendré el discurso: rechinó la puerta. He aquí al supuesto Anfitrión que sale afuera junto con Alcmena, mujer de su uso.

I, 3

Júpiter Alcmena Mercurio

JÚPITER: Queda con bien, Alcmena, cuida la propiedad común, cosa que haces; y cuídate bien, te pido: ya ves que los meses se te han echado. Me es necesario irme de aquí, pero deberás levantar al que nacerá.³³

ALCMENA: ¿Qué es eso, esposo mío? Por qué te vas tú tan repentinamente de la casa?

JÚPITER: Por Pólux, no porque me fastidie de ti ni de la casa, pero cuando el sumo general no está ante su ejército, más pronto se hace lo que no necesita de una acción, que lo que precisa de una acción.

MERCURIO (*hablando consigo*): Bastante astuto es este sicofanta, aunque ciertamente sea mi padre. Observad qué suavemente acaricia a la mujer.

ALCMENA: Por Cástor, estoy probando contigo cuánto aprecias a tu mujer.

JÚPITER: ¿Tienes bastante, si entre las mujeres ninguna hay a la que distingá del mismo modo?

MERCURIO (*hablando consigo*): Por Pólux, seguramente si aquélla³⁴ sabe que tú te ocupas en estos asuntos, yo haría que tú prefirieras ser Anfitrión antes que Júpiter.

ALCMENA: Preferiría probar yo eso antes que recordarlo para mí.³⁵ Te vas antes de calentarse el lugar del lecho donde te acostaste. Ayer viniste a la media noche, ahora te vas. ¿Acaso agrada esto?

MERCURIO (*hablando consigo*): Me acercaré y hablaré a ésta, y me comportaré con mi padre como un parásito (*en voz alta*): Por Pólux, creo yo que nunca mortal alguno ha amado tan apasionadamente a su mujer, como éste tan apasionadamente te ama.

JÚPITER: Malvado, ¿no te conozco yo? ¿Te vas de mi vista? ¿Por qué tienes tú esta solicitud o murmuración respecto a este asunto, bribón? Al que yo con este bastón ya...

ALCMENA: ¡Ah, no!

JÚPITER: Rezunga tan sólo.

MERCURIO (*hablando consigo*): Casi indignamente se libró mi primer trabajo de parásito.

JÚPITER: Pero por lo que tú dices, esposa mía, no conviene que tú te irrites conmigo. A escondidas me vine; de la legión substrahe esta atención para ti, para que primeramente por mí supieras las primicias de cómo llevé el negocio público. Todo eso te lo conté con detalle. Si no te amara muchísimo, no lo haría.

MERCURIO (*hablando a los espectadores*): ¿Acaso no hace como dije? Conmueve a la tímida con una caricia.

JÚPITER: Ahora, para que la legión no lo advierta, a escondidas debo volverme allí, para que no digan que preferí yo a mi mujer antes que al negocio público.

ALCMENA: Desde tu partida, tú pones llorosa a tu mujer.

JÚPITER: Calla, no eches a perder tus ojos, volveré al instante.

ALCMENA: Ese "al instante" es largo tiempo.

JÚPITER: Yo no te dejo aquí por mi gusto, ni me retiro de ti.

ALCMENA: Lo percibo, pues en la noche que viniste a mí, en esa misma te vas.

JÚPITER: ¿Por qué me retienes? Es tiempo. Quiero salir de la ciudad antes que amanezca. Ahora, a ti, esta pátera, la que como un don me fue dada allá por mi valor, en la que bebió el rey Ptérela, a quien yo asesiné con mi mano. Alcmena, a ti la otorgo.

ALCMENA: Haces como sueles hacer otras cosas. Por Cástor, condigno es el don, cual es quien dio el don.

MERCURIO: Sin duda sí: don condigno, cual es a quien fue como un don.

JÚPITER: ¿Pero prosigues? ¿Acaso no puedo yo destruirte, pícaro?

ALCMENA: Anfitrión, amor mío, no quieras irritarte con Sosia por causa mía.

JÚPITER: Haré tal como quieres.

MERCURIO (*hablando consigo*): Cuán sumamente cruel está éste a causa de su amor.

JÚPITER: ¿Por ventura quieres algo?

ALCMENA: Que aunque esté yo ausente, me ames, a mí, la tuya, no obstante que tú estés ausente.

MERCURIO: Vámonos, Anfitrión. Aquí ya amanece.

JÚPITER: Ve por delante, Sosia; ya te seguiré yo (a Alcmena): ¿Por ventura quieres algo?

ALCMENA: Sí, que vengas al instante.

JÚPITER: Está bien; estaré aquí más pronto de lo que supones. Ten buen ánimo (*Alcmena entra en la casa*). Ahora a ti, Noche, que me esperaste, mando que, con el día, te vayas, para que se ilumine a los mortales con clara y brillante luz. Y tú, Noche, en cuanto que fuiste más larga que esta próxima, haré que el día se haga tanto más breve, para que haya división equitativa y de la noche surja³⁶ el día. Me iré y seguiré a Mercurio.

ACTO II, 1

Anfitrión Sosia

ANFITRION: Vamos, tú ve detrás.

SOSIA: Sigo, te sigo de cerca.

ANFITRION: Juzgo que tú eres el más criminal.

SOSIA: ¿Por qué, pues?

ANFITRION: Porque me pregonas eso que ni es, ni fue, ni va a ser.

SOSIA: Ahí tienes, ya haces según tu costumbre, que ninguna confianza hay en ti para los tuyos.

ANFITRION: ¿Cómo? ¿Qué hay? Por Hércules, ciertamente yo te cercenaré ya esa malvada lengua, malvado.

SOSIA: Tuyo soy, así que es oportuna y agrada cualquier cosa que hagas; sin embargo, nunca, de modo alguno, puedes desviarme de decir esto que pasó aquí.

ANFITRIÓN: Malvadísimo, ¿te atreves a pregonarme eso? ¿Que ahora estás en casa tú, el que aquí está presente?

SOSIA: Digo la verdad.

ANFITRIÓN: La desgracia que te darán los dioses, incluso yo te la daré hoy.

SOSIA: Eso tú lo tienes en la mano, pues tuyo soy.

ANFITRIÓN: Bribón, ¿te atreves tú a burlarme, a tu amo? ¿Te atreves tú a decir eso que hasta hoy ningún hombre vio alguna vez, ni puede suceder? ¿Que a un tiempo el mismo hombre esté en dos lugares a la vez?

SOSIA: En verdad, como digo, así es la cosa.

ANFITRIÓN: Júpiter te destruya.

SOSIA: ¿Qué desgracia he merecido de parte tuya,³⁷ amo?

ANFITRIÓN: ¿Lo preguntas, perverso, tú, que también me haces burla?

SOSIA: Me injurias mercedamente, si eso se hizo así. Pero no miento, y la cosa se hizo como digo.

ANFITRIÓN: Según opino, este hombre está ebrio.

SOSIA: Ojalá así estuviera.

ANFITRIÓN: Deseas lo hecho.

SOSIA: ¿Yo?

ANFITRIÓN: Tú mismo, ¿Dónde has bebido?

SOSIA: En verdad, en ningún sitio he bebido.

ANFITRIÓN: ¿Qué clase de hombre es esto?³⁸

SOSIA: En verdad, lo he dicho diez veces: yo estoy en casa, digo, ¿por ventura lo oyes? Y estoy contigo, el mismo Sosia. ¿Te parece, ahora, amo, que he dicho esto con bastante claridad, con bastante elocuencia?

ANFITRIÓN: ¡Bah! Apártate de mí.

SOSIA: ¿Qué hay del asunto?

ANFITRIÓN: Una enfermedad contagiosa te tiene.

SOSIA: ¿Por qué dices eso, pues? En verdad estoy fuerte y perfectamente sano, Anfitrión.

ANFITRIÓN: Pero hoy, por esto, yo te haré incluso que merezcasser desgraciado y menos fuerte, si vuelvo sano a casa. Ahora, si quieres, sígueme tú, que engañas al amo con palabras delirantes; tú, el que, después que descuidaste proseguir lo que ordenó al amo, vienes todavía ahora, además, para reírte de tu señor. Lo que no puede hacerse, ni alguna vez alguien supo que se mencione, lo presentas tú, malvado, en cuya espalda yo haré hoy que caigan esas mentiras.

SOSIA: Anfitrión, para un buen siervo, que dice la verdad ante su amo, esta desgracia es la más desgraciada, si esa verdad es vencida por la fuerza.

ANFITRIÓN: ¿Cómo, pues, malvado, es posible que suceda eso (considéralo conmigo, con tus argumentos), que ahora tú estés aquí y en casa? Quiero que se diga eso.

SOSIA: En verdad estoy tanto aquí como allá. Permitido es que esto cause admiración a cualquiera. y eso no te parece más admirable que a mí.

ANFITRIÓN: ¿Cómo?

SOSIA: Digo que nada hay más admirable que eso, tanto para ti como para mí. Y, así me amen los dioses, al principio no me creía a mí mismo, que soy Sosia, hasta que el Sosia aquél hizo que yo mismo le creyera. En orden expuso detalladamente todo, tal como cada cosa se hizo mientras estuvimos ante los enemigos. Entonces se llevó mi figura a una con mi nombre. Y aquel yo es tan semejante a mí, como no es más semejante una gota de leche a la leche. En efecto, cuando hace poco, antes del amanecer, desde el puerto me enviaste por delante a casa...

ANFITRIÓN: ¿Qué, pues?

SOSIA: ... mucho antes que allí llegara, estaba frente a la casa.

ANFITRIÓN: ¿Qué tonterías, malvado? ¿Estás tú lo bastante cuerdo?

SOSIA: Estoy tal como ves.

ANFITRIÓN: Después que se alejó de mí, no sé qué mal le fue puesto a este hombre con mala mano.

SOSIA: Lo reconozco, pues fui muy mal golpeado por unos puños.

ANFITRIÓN: ¿Quién te azotó?

SOSIA: Yo mismo a mí mismo, que ahora estoy en casa.

ANFITRIÓN: Cuidate de responderme cosa alguna, excepto lo que te preguntaré. Primero que todo, quiero que se diga esto: ¿quién es ese Sosia?

SOSIA: Es tu siervo.

ANFITRIÓN: Ciertamente, para mí, contigo solo, es más de lo que quiero. Y desde que nací no he tenido un siervo Sosia, excepto a ti.

SOSIA: Pero ahora, Anfitrión, yo te digo: haré que llegando a casa te tropieces con otro Sosia, siervo tuyo, además de mí, digo; descendiente del mismo padre Davo, de quien yo lo soy; con la forma, del mismo modo que con la edad en que yo estoy. ¿Qué necesidad hay de palabras? Aquí se te hizo un Sosia gemelo.

ANFITRIÓN: Recuerdas cosas demasiado admirables. Pero, ¿viste a mi mujer?

SOSIA: Realmente, nunca me fue permitido ir adentro de la casa.

ANFITRIÓN: ¿Quién te lo prohibió?

SOSIA: El Sosia aquel a quien hace poco nombro, ese que me tundió.

ANFITRIÓN: ¿Qué Sosia es éste?

SOSIA: Yo, digo ¿Cuántas veces debe decirse?

ANFITRIÓN: ¿Pero qué dices? ¿Acaso dormiste profundamente hace poco?

SOSIA: En ningún sitio.

ANFITRIÓN: Tal vez si hubieses visto allí a ese tal Sosia, entre sueños...

SOSIA: No suelo yo cumplir³⁹ con soñolencia los mandatos de mi amo. Vigilante lo vi, vigilante veo ahora, vigilante hablo; vigilante aquél, hace poco me tundió a mí, vigilante, con sus puños.

ANFITRIÓN: ¿Qué hombre?

SOSIA: Sosia, digo, aquel yo. Por favor, ¿no comprendes?

ANFITRIÓN: Malvado, ¿cómo es posible que alguien comprenda? A tal punto propalas tonterías.

SOSIA: Conocerás al instante la verdad, cuando conozcas a aquel siervo Sosia.

ANFITRIÓN: Sígueme entonces por aquí, pues para mí, allá primero hay necesidad de una indagación. Pero ve que saquen ya de la nave todo lo que ordené

SOSIA: Soy tan memorioso como diligente, para que comparezca lo que ordenes; yo no me bebí tu mandato al mismo tiempo que el vino.

ANFITRIÓN: Ojalá que los dioses hagan irrealizables las palabras que vienen en tu asunto.

II, 2

Alcmena Anfitrión Sosia

ALCMENA (*hablando consigo*): ¿No es bastante pequeño el negocio de los placeres en la vida y en la edad que se lleva, comparado con lo que es molesto? Así ha sido dispuesto para cualquiera en la edad de los hombres; así ha agradado a los dioses, que la tristeza siga como compañera al placer. Realmente, más incomodidad y desgracia al instante se presenta, si algún bien ha tocado. En efecto, ahora yo pruebo eso en casa y lo sé por mí misma, a quien el placer le fue dado momentáneamente, mientras yo tuve la posibilidad de ver a mi marido tan sólo una noche; y éste de repente se fue de aquí, de mí, antes del amanecer. Ahora me parece que estoy sola aquí, porque aquel a quien yo amo más que a todos está ausente de aquí. Tomé más dolor por la partida de mi marido, que placer por su llegada. Pero al menos esto me contenta: venció a los enemigos y vuelve a casa poseedor de renombre. Eso es un consuelo. Que esté ausente, con tal de que se acoja a la casa, producido su renombre. Llevaré e incluso soportaré su partida con ánimo fuerte y firme, si al menos me fuera dada esta merced: que mi marido fuera renombrado vencedor de la guerra. Consideraré que es bastante para mí. La virtud es el premio óptimo; en verdad, la virtud antecede a todas las cosas: libertad, salud, vida, propiedad y padres; patria y descendientes están protegidos, están atendidos. La virtud tiene a todo en sí misma; todas las cosas buenas están presentes para aquel en cuyo poder está la virtud.

ANFITRIÓN: Por Pólux, creo que yo he de llegar a casa ansiosamente deseado por la mujer que me ama, a la que, de otra parte, amo yo; sobre todo con el asunto bien llevado, vencidos los enemigos, a los que nadie pensó que era posible dominar; bajo mi auspicio y dirección los vencimos en el primer encuentro. En efecto, sé sin duda que yo habré de llegar aquí, esperado conforme a mi deseo.

SOSIA: ¿Qué? ¿No piensas que yo he de llegar, esperado por una amiga mía?

ALCMENA (*hablando consigo*): Ciertamente, aquí está mi marido.

ANFITRIÓN (*a Sosia*): Tú sígueme por aquí.

ALCMENA (*hablando consigo*): ¿Por qué, pues, regresa aquél, el que hace poco decía que tenía pirla? Sabiéndolo, ¿acaso aquél me tantea y quiere él mismo probar que deseé yo ardientemente su partida? Por Cástor, no contra mi voluntad se acoge a su casa.

SOSIA: Anfitrión, es mejor que nosotros volvamos a la nave.

ANFITRIÓN: ¿Por qué razón?

SOSIA: Porque en casa nadie va a dar almuerzo a los que venimos.

ANFITRIÓN: ¿Por qué ahora te está eso en la mente?

SOSIA: Pues porque llegamos tarde.

ANFITRIÓN: ¿Por qué?

SOSIA: Porque me doy cuenta de que Alcmena está gorda frente a la casa.

ANFITRIÓN: Cuando me fui de aquí, la dejé grávida.

SOSIA: ¡Ay de mí, desgraciado, estoy perdido!

ANFITRIÓN: ¿Qué tienes tú?

SOSIA: Oportunamente llegué a casa, para ofrecer el agua,⁴⁰ en el décimo mes después, tal como comprendo la cuenta que tú dictas.

ANFITRIÓN: Estáte de buen ánimo.

SOSIA: ¿Sabes acaso de qué tan buen ánimo estoy? Si tomo el cubo, por Pólux, de lo divino tú nunca me creerías después de este día, ni yo le quitaría toda el alma⁴¹ a aquel pozó, si empezara.

ANFITRIÓN: Sígueme por aquí en seguida. Yo elegiré a otro para este asunto, no temas.

ALCMENA (*hablando consigo*): Juzgo que ahora hago más mi oficio, si voy al encuentro de éste.

ANFITRIÓN: Alegre, Anfitrión saluda a su esperada mujer, a la que su marido juzga que, de todas, es la única perfecta en Tebas, y a la que de tal modo los ciudadanos tebanos, de verdad, divulgan como honrada. ¿Has estado bien siempre? ¿Llego esperado?

SOSIA (*hablando consigo*): No lo he visto más. Saluda al esperado aquél no más que a cualquier perro.

ANFITRIÓN: Y cuando te miro grávida y perfectamente llena, me alegro.

ALCMENA: Por Cástor, por favor, ¿por qué burla tú me saludas y hablas así como si hace poco no me hubieras visto, y como si ahora, desde los enemigos, por primera vez te acogieras aquí, a la casa, y por esto ahora me hablas como si me vieras después de mucho tiempo?

ANFITRIÓN: Por el contrario, excepto ahora, en verdad en ningún sitio te he visto hoy.

ALCMENA: ¿Por qué lo niegas?

ANFITRIÓN: Porque he aprendido a decir la verdad.

ALCMENA: No hace cosa justa el que olvida lo que ha aprendido. ¿Probáis acaso qué clase de ánimo tengo? Pero, ¿por qué vosotros regresáis aquí tan prontamente? ¿Acaso te detuvo un auspicio, o te contiene el tiempo, puesto que no te fuiste ante las legiones, tal como habías dicho hace poco?

ANFITRIÓN: ¿Hace poco? ¿Cómo se realizó ese “hace poco”?

ALCMENA: Tanteas desde hace poco.

ANFITRIÓN: Por favor, ¿cómo es posible que suceda eso que dices? “Desde hace poco.”

ALCMENA: Pues, ¿qué cosa crees? Que yo, a mi vez, me burlo de ti, mi burlador, que dices que ahora has venido por primera vez; tú, el que hace un momento se fue de aquí.

ANFITRIÓN: Ciertamente, ésta dice extravagancias.

SOSIA: Aguarda un momento, en tanto que acaba de dormir un sueño.

ANFITRIÓN: ¿Acaso aquella sueña vigilante?

ALCMENA: Por Cástor, en verdad velo, y vigilante digo lo que se hizo. Pues, en efecto, antes del amanecer, te vi a ti y a ése.

ANFITRIÓN: ¿En qué lugar?

ALCMENA: Aquí, en la casa donde tú habitas.

ANFITRIÓN: Nunca se hizo.

SOSIA: ¿No te callas? ¿Qué, si la nave nos trajo durmiendo aquí, desde el puerto?

ANFITRIÓN: Incluso también tú asientes a ésta?

SOSIA: ¿Qué quieres que se haga? ¿No lo sabes tú? Si quieres oponerte a una bacante con quien padece delirio báquico, de demente la harás más demente, herirá

muchas más veces; si condesciendes, la ablandarías con un solo golpe.

ANFITRIÓN: Pero, por Pólux, cosa cierta es castigar a ésta, que hoy no ha querido saludarme a mí al llegar a casa.

SOSIA: Irritarás a los avispones.

ANFITRIÓN: Cállate. Alcmena, quiero preguntarte una sola cosa.

ALCMENA: Pregunta lo que quieras.

ANFITRIÓN: ¿Se te acercó acaso la necedad, o domina tu soberbia?

ALCMENA: ¿Cómo, pregunto, acerca de mí, te está eso en la mente, esposo mío?

ANFITRIÓN: Porque hasta hoy solías saludarme al llegar; del mismo modo, hablar como suelen las que son púdicas respecto a sus maridos. Llegando a casa, tropecé con que tú has sido desprovista de esta costumbre.

ALCMENA: En verdad, por Cástor, ayer ciertamente, al llegar, al instante te saludé y desee que estuvieses bien; sin interrupción indagué al mismo tiempo, esposo mío, y cogí tu mano y te di un beso.

SOSIA: ¿Acaso ayer tú saludaste a éste?

ALCMENA: E incluso también a ti, Sosia.

SOSIA: Anfitrión, yo he esperado que ésta pariera un hijo para ti, pero no está grávida de niño.

ANFITRIÓN: ¿De qué, entonces?

SOSIA: De demencia.

ALCMENA: En verdad estoy cuerda y pido a los dioses que, sana, pueda parir a mi hijo. Pero tú tendrás una gran desgracia si éste hace su oficio. Por este presagio, agorero, llevarás lo que te mereces.

SOSIA: Pues a la que está preñada es preciso que se le dé, tanto una desgracia como una manzana,⁴² para que mordisqueé lo que sea, por si empezara a estar con mal ánimo.⁴³

ANFITRIÓN: ¿Tú me viste ayer aquí?

ALCMENA: Yo, digo, si quieres que lo diga diez veces.

ANFITRIÓN: Tal vez entre sueños.

ALCMENA: Por el contrario, velando al vigilante.

ANFITRIÓN: ¡Ay de mí!

SOSIA: ¿Qué tienes tú?

ANFITRIÓN: Mi mujer delira.

SOSIA: Está excitada por negra bilis. Ninguna cosa produce tan prontamente hombres delirantes.

ANFITRIÓN: ¿Cuándo, mujer, por primera vez sentiste que tú estabas perturbada?

ALCMENA: Por Cástor, en verdad estoy cuerda y sana.

ANFITRIÓN: ¿Por qué entonces pregonas que tú me viste ayer, los que esta noche fuimos conducidos al puerto? Allí cené, y allí, en la nave, descansé la ininterrumpida noche, e incluso no introduje aquí mi pie, en la casa, desde que, con el ejército, me fui de aquí hacia los teleboos, y desde que vencimos a esos enemigos.

ALCMENA: Por el contrario, cenaste conmigo y conmigo te acostaste.

ANFITRIÓN: ¿Qué hay?

ALCMENA: Digo la verdad.

ANFITRIÓN: Acerca de este asunto, ciertamente no, por Hércules, de otros no sé.

ALCMENA: Justamente al amanecer, te fuiste a las legiones.

ANFITRIÓN: ¿Cómo?

SOSIA: Perfectamente lo dice, como lo recuerda: te cuenta un sueño. Pero, mujer, después de que te hayas despertado, es preciso que hoy ruegues tú al protector Júpiter con salada harina sagrada, o con incienso.⁴⁴

ALCMENA (*a Sosia*): ¡Ay de tu cabeza!⁴⁵

SOSIA: A ti importa eso..., con tal de que te hayas curado.⁴⁶

ALCMENA: De nuevo ya habla éste contra mí sin clemencia, y ello sin desgracia.

ANFITRIÓN (*a Sosia*): Tú calla (*a Alcmena*): Tú di: ¿lejos de ti, me fui yo hoy de aquí, al amanecer?

ALCMENA: ¿Quién entonces, sino vos, me contó el combate que hubo allí?

ANFITRIÓN: ¿Acaso también eso sabes tú?

ALCMENA: Porque lo oí de ti, que habías expugnado la ciudad más grande ya que tú mismo habías matado al rey Ptérela.

ANFITRIÓN: ¿Que yo dije eso?

ALCMENA: Tú mismo, aquí mismo, incluso estando presente este Sosia.

ANFITRIÓN (*a Sosia*): ¿Me oíste hoy contar esto?

SOSIA: ¿Dónde lo habría oído yo?

ANFITRIÓN: Pregunta a ésta.

SOSIA: Ciertamente, estando yo presente, nunca pasó, que yo sepa.

ALCMENA (*con ironía*): Admirable que no hable en contra tuya.

ANFITRIÓN: Vamos, Sosia, mírame aquí.

SOSIA: Miro.

ANFITRIÓN: Quiero que tú digas la verdad, no quiero que me halagues. ¿Escuchaste tú hoy que yo dijera a ella lo que ella afirma?

SOSIA: Por favor, por Pólux, ¿acaso incluso también tú estás loco, cuando me preguntas eso? Porque, en verdad, yo mismo ahora por primera vez veo a ésta junto contigo.

ANFITRIÓN: ¿Ahora qué, mujer? ¿Lo oíste?

ALCMENA: Yo, en verdad, y que dice falsedad.

ANFITRIÓN: ¿Y tú no le crees a él, ni a mí mismo, tu marido?

ALCMENA: Sucede por esto, porque me creo muchísimo más a mí, y por esto sé que eso se hizo como lo expongo.

ANFITRIÓN: ¿Dices tú que yo vine ayer?

ALCMENA: ¿Niegas tú que tú te fuiste hoy de aquí?

ANFITRIÓN: En efecto, lo niego. Y digo que yo vengo a ti ahora, a casa, por primera vez.

ALCMENA: Por favor, ¿negarás también esto? ¿Que tú me diste hoy como regalo una pátera áurea, con la cual habías dicho que tú fuiste obsequiado allá?

ANFITRIÓN: Por Pólux, ni la di, ni lo dije. Pero a tal punto estuve animado a darte esa pátera, como lo estoy ahora. ¿Pero quién te dijo eso?

ALCMENA: En verdad, yo lo oí de ti, y de tu mano recibí la pátera.

ANFITRIÓN: Espera, espera, te lo pido. Estoy demasiado sorprendido, Sosia, de que ella sepa que yo fui gratificado allá con una pátera áurea, a menos que tú hace poco hayas encontrado a ésta, y le hayas contado todo esto.

SOSIA: Por Pólux, ni yo le dije, ni la he visto, excepto junto contigo.

ANFITRIÓN: ¿Qué clase de hombre es esto?

ALCMENA: ¿Quieres que la pátera sea sacada?

ANFITRIÓN: Quiero que sea sacada.
 ALCMENA: Hágase. Téjala, tú sacarás afuera la pátera de adentro, con la que hoy me obsequió mi marido.
 ANFITRIÓN: Sosia, vente tú, aquí aparte, si efectivamente ésta tiene aquella pátera, eso me admira sobremanera, más allá de otras cosas admirables.
 SOSIA: ¿Acaso crees eso también, aunque se lleve sellada con tu sello en este cofrecito?
 ANFITRIÓN: ¿Está intacto el sello?
 SOSIA: Mira.
 ANFITRIÓN: Bien, está tal como la sellé.
 SOSIA: Por favor, ¿por qué no mandas tú que ésta sea purificada como una enloquecida?
 ANFITRIÓN: Por Pólux, hay necesidad del acto, pues ésta, por Pólux, ciertamente está llena de espectros.
 ALCMENA: ¿Qué necesidad hay de palabras? Ahí tienes para ti la pátera, hela aquí.
 ANFITRIÓN: Muéstramela.
 ALCMENA: Vamos, precisamente ahora mira aquí, si quieres, tú, el que niegas lo que pasó, al que yo demostraré aquí su error, a las claras. ¿Acaso es ésta la pátera con la que fuiste obsequiado allá?
 ANFITRIÓN: ¡Sumo Júpiter! ¿Qué cosa veo yo? En verdad ésta es la pátera aquella. Estoy perdido, Sosia.
 SOSIA: Por Pólux, o esta mujer es, con mucho, la más grande embaucadora: lo es preciso que la pátera esté aquí.
 ANFITRIÓN: Vamos, abre la cestita.
 SOSIA: ¿Para qué abrirla yo? Está bien sellada, la cosa está bien hecha: tú pariste un Anfitrión, yo parí a otro Sosia; ahora, si la pátera parió una pátera, todos nos hicimos gemelos.
 ANFITRIÓN: Lo cierto es abrir y mirar.
 SOSIA: Si quieres, ve qué haya sido de tu sello, para que después no lleses contra mí la culpa.
 ANFITRIÓN: Abre, en seguida, pues ciertamente ésta pretende hacernos delirantes con sus palabras.
 ALCMENA: ¿De dónde, entonces, sino de ti, es ésta, la que me fue dada como regalo?
 ANFITRIÓN: Para mí, eso necesita una indagación.
 SOSIA: ¡Júpiter! ¡Por Júpiter!
 ANFITRIÓN: ¿Qué tienes tú?
 SOSIA: Ninguna pátera hay aquí, en la cestita.
 ANFITRIÓN: ¿Qué cosa oigo yo?
 SOSIA: Lo que es cierto.
 ANFITRIÓN: Pero ahora con tu crucifixión, si no aparece.
 ALCMENA: Ésta ciertamente aparece.
 ANFITRIÓN: ¿Quién, entonces, te la dio?
 ALCMENA: El que me pregunta.
 SOSIA (a Anfitrión): Tú intentas cogerme, porque tú mismo, desde la nave, escondidas te adelantaste aquí por otro camino, y tú mismo sacaste de aquí la pátera y la diste a ella; después, a escondidas la sellaste de nuevo.

ANFITRIÓN: ¡Ay de mí! ¿Ahora también tú ayudas a la demencia de ésta? (a Alcmena) ¿Acaso dices que nosotros vinimos ayer aquí?
 ALCMENA: Lo digo, y, llegando, al instante me saludaste, y yo a ti, y te di un beso.
 ANFITRIÓN: Ese principio del beso ya no es grato. Prosigue hasta el fin.
 ALCMENA: Te lavaste.
 ANFITRIÓN: ¿Después de que me lavé, qué?
 SOSIA: Te sentaste a la mesa.
 SOSIA: ¡Bravo, muy bien! Indaga ahora.
 ANFITRIÓN: No interrumpas. Prosigue más adelante.⁴⁷
 ALCMENA: Se sirvió la comida; comiste conmigo, yo me senté a la mesa al mismo tiempo.
 ANFITRIÓN: ¿En el mismo triclinio?
 ALCMENA: En el mismo
 SOSIA: ¡Ay! El convite no agrada.
 ANFITRIÓN: Que diga sus argumentos sin medida. Después de que comimos, ¿qué?
 ALCMENA: Decías que tú tenías deseos de dormir; la mesa fue quitada; de allí nos fuimos a acostar.
 ANFITRIÓN: ¿Dónde te acostaste tú?
 ALCMENA: En el mismo lecho, junto contigo, en el dormitorio.
 ANFITRIÓN: Me has destruido.
 SOSIA: ¿Qué tienes tú?
 ANFITRIÓN: Hace poco ésta me ha dado la muerte.
 ALCMENA: Por favor, ¿ahora qué?
 ANFITRIÓN: No me hables.
 SOSIA: ¿Qué tienes tú?
 ANFITRIÓN: Desgraciado, estoy perdido, porque a la honestidad de ésta, estando yo ausente de aquí, se le introdujo un defecto.
 ALCMENA: Por Cástor, por favor, ¿por qué, marido mío, oigo eso de ti?
 ANFITRIÓN: ¿Que yo soy tu marido? Falsa, no me llames con falso nombre.
 SOSIA (hablando consigo): La cosa está indecisa, si ciertamente ésta, de varón, ahora se hizo mujer.
 ALCMENA: ¿Qué cosa hice yo, por donde, a causa de mis palabras, se me diga esto?
 ANFITRIÓN: Tú misma proclamas tus actos, de mí buscas por qué faltaste.
 ALCMENA: ¿Por qué te falté yo, si estuve contigo, con quien estoy casada?
 ANFITRIÓN: ¿Que tú estuviste conmigo? ¿Qué hay más audaz que esta desvergonzada? Si tú misma careces de pudor, al menos lo tomaras prestado.
 ALCMENA: Ese delito por el que tú me acusas no conviene a nuestra familia. Si tú intentas cogerme por impudicia, no puedes tomarme.
 ANFITRIÓN: Por los dioses inmortales, Sosia, ¿al menos tú me conoces?
 SOSIA: Más o menos.
 ANFITRIÓN: ¿No cené yo ayer en la nave, en el puerto pérsico?
 ALCMENA: También yo tengo testigos⁴⁸ que confirmarían lo que yo dijera.
 SOSIA: No sé qué decir respecto a esta parte del asunto, a menos que haya algún otro Anfitrión que, por casualidad, estando tú ausente de aquí, sin embargo cuide tu negocio, y, estando tú ausente, aquí cumpla tu cargo. Pues aunque es bastante

admirable lo de aquel supuesto Sosia, sin duda lo de ese Anfitrión ya es otra cosa más admirable.

ANFITRIÓN: No sé qué embaucador engaña a esta mujer.

ALCMENA: Juro por el poder real del supremo rey y por Juno, madre de familia, a la que por igual yo venero y temo sobremanera, que, fuera de ti solo, ningún mortal me tocó el cuerpo con su cuerpo, con lo cual me habría hecho impúdica.

ANFITRIÓN: Lo quisiera cierto.

ALCMENA: Digo la verdad, pero en vano, porque no quieres creerla.

ANFITRIÓN: Mujer eres, juras con audacia.

ALCMENA: La que no ha faltado, conviene que sea audaz; que por sí hable con confianza y con audacia.

ANFITRIÓN: Con bastante audacia.

ALCMENA: Como conviene a una púdica.

ANFITRIÓN: Ensayas en las palabras.

ALCMENA: Respecto a mí, yo no considero que sea dote aquella que se dice dote, sino la honestidad, el pudor y el deseo sosegado; el temor de los dioses, el amor de los padres y la concordia de los parientes; complaciente contigo, y que sea generosa con los buenos; que sea útil a los honrados.

SOSIA: Ésta, por Pólux, si efectivamente dice la verdad, verdaderamente es la mejor.

ANFITRIÓN: En verdad he sido seducido a tal punto, que yo no sé quién soy.

SOSIA: En verdad eres Anfitrión. Guárdate, si quieres, de no destruirte tú con el uso; a tal punto se cambian ahora los hombres, después de que llegamos del extranjero.

ANFITRIÓN: Mujer, es seguro no dejar este asunto sin averiguar.

ALCMENA: Por Pólux, lo harás agrandándome a mí.

ANFITRIÓN: ¿Qué dices? Respóndeme: ¿qué tal si, desde la nave, traigo aquí a tu pariente Naucrates, quien fue traído junto conmigo por la misma nave, y si él niega los hechos que tú dices hechos? ¿Qué es justo que se te haga? ¿Dices por ventura una causa, por la que no te castigue en este matrimonio?

ALCMENA: Si falté, ninguna causa hay.

ANFITRIÓN: De acuerdo.⁴⁹ Tú, Sosia, lleva a éstos adentro. Yo, desde la nave, traeré aquí conmigo a Naucrates (*se va*).

SOSIA: Ahora, ciertamente, fuera de nosotros, nadie hay. Dime la verdad, en serio: ¿hay adentro algún otro Sosia que sea semejante a mí?

ALCMENA: ¿Te vas de aquí, de mí, siervo digno de su señor?

SOSIA: Si lo mandas, me voy (*se va*).

ALCMENA: Por Cástor, demasiado admirable es el crimen por el que ha placido a aquél, mi marido, acusarme así, en falso, de un crimen tan malo. Cualquiera cosa que sea, ya la conoceré por mi pariente Naucrates (*entra en la casa*).

ACTO III, 1

JÚPITER

JÚPITER (*solo*): Yo soy aquel Anfitrión que tiene a Sosia como siervo; el mismo que, cuando es oportuno, se hace Mercurio; el que habita en la sala superior, el que a veces, cuando le place, se hace Júpiter; pero inmediatamente que hago mi llegada aquí, al instante me hago Anfitrión y cambio mi vestido. Ahora vengo aquí

por consideración a vosotros,⁵⁰ para no pasar esta comedia empezada; al mismo tiempo, vine para traer auxilio a Alcmena, a la que, inocente, su marido Anfitrión acusa de una acción vergonzosa; pues sería culpa mía si, lo que yo mismo suscité, eso cayera sobre la inocente Alcmena. Ahora simularé que yo mismo soy Anfitrión, como una vez empecé, y echaré hoy contra la familia de éstos el más grande engaño; entonces, después, finalmente haré que el asunto se haga a las claras, y a su tiempo traeré auxilio para Alcmena, y haré que en un solo parto produzca sin dolores, tanto por lo que está grávida de su marido como por lo que está grávida de mí. En seguida he mandado a Mercurio que me siga, por si quisiera ordenarle algo. Ahora hablaré a ésta.

III, 2

ALCMENA JÚPITER

ALCMENA (*hablando consigo*): No puedo permanecer en la casa. ¡A tal punto acusada yo por mi marido de una acción vergonzosa, de oprobio, de deshonor! Lo que se ha hecho, por el contrario, es cosa no hecha, grita. Arguye lo que no se ha hecho y yo no he concebido en contra mía; y considera que yo voy a tener eso con indiferencia. Por Pólux, no lo haré, y no soportaré haber sido yo acusada en falso de una acción vergonzosa, sin que yo, o lo abandone, o él me satisfaga y además jure que no quiso haber dicho en contra mía, que soy inocente, lo que dio a conocer.

JÚPITER (*hablando consigo*): Yo debo hacer lo que aquella pide que se haga, si deseo que aquella amante me acoja consigo. Puesto que el acto que yo hice, ése perjudicó a Anfitrión, y hace poco mi amor causó que hacer a aquel inocente, ahora, pues, la ira y las maldiciones de aquél contra éste caigan sobre mí, que soy un inocente.

ALCMENA (*hablando consigo*): Pero aquí lo veo, al que a mí, desgraciada, me acusó de oprobio, de deshonor.

JÚPITER: Mujer, quiero hablarte. ¿Adónde te has apartado?

ALCMENA: Así es mi naturaleza: siempre he odiado mirar a la cara a los enemigos.

JÚPITER: ¡Ea!, pues, ¿a los enemigos?

ALCMENA: Así es, pregono la verdad; a menos que también en esto vayas a acusarme de hablar en falso.

JÚPITER: Eres demasiado modesta (*trata de tocarla*).

ALCMENA: ¿Es posible que apartes tu mano? Pues ciertamente, si estuvieras cuerdo o supieras bastante, a la que tú juzgarías y pregonarías que es impúdica, con ella ni en broma ni en serio tendrías tú una conversación, a menos que fueras más tonto que el más tonto.

JÚPITER: Si lo dije, en nada más lo eres, ni juzgo yo que lo eres; y tocante a eso regresé aquí, para disculparme contigo. Pues nunca cosa alguna fue más dolorosa para mi ánimo, después que oí que tú te habías irritado conmigo. "¿Por qué lo dijiste?", dirías. Yo te explicaré. Por Pólux, no porque creyera que tú eres impúdica; pero puse a prueba tu ánimo, qué harías y cómo resolverías sobrellevar eso. De verdad, en broma te dije aquello hace poco, por chiste;⁵¹ o pregunta al Sosia este.

ALCMENA: ¿Por qué no traes aquí a mi pariente Naucrates, al que hace poco habías dicho tú que traerías como testigo? ¿No vino aquí contigo?

JÚPITER: Si algo se dijo en broma, no es justo que tú lo hagas pasar en serio.

ALCMENA: Yo sé cuánto ha dolido aquello a mi corazón.

JÚPITER: Por tu diestra, Alcmena, te pido, en nombre de los dioses, dame esta venia: perdóname, no estés irritada.

ALCMENA: Con mi virtud, yo dejé sin valor esas palabras; ahora, puesto que me he apartado de hechos impúdicos, quiero apartarme de palabras impúdicas. Que estés bien. Ten para ti tus cosas, devuélveme las mías. ¿Mandas acaso que vayan acompañantes conmigo?

JÚPITER: Estás cuerda?

ALCMENA: Si no lo mandas, yo misma me iré; me llevaré a la Honestidad como compañera.

JÚPITER: Aguarda. Por tu gusto juraré⁵² que yo juzgo que mi mujer es púdica. Si yo no cumplo esto, entonces a ti, supremo Júpiter, pido que siempre estés irritado con Anfitrión.

ALCMENA: ¡Ah!, más bien que sea propicio.

JÚPITER: Confío que lo será, pues ante ti juré con verdad.⁵³ ¿Ya no estás irritada ahora?

ALCMENA: No lo estoy.

JÚPITER: Haces bien. Pues en la vida de los hombres⁵⁴ suceden muchas cosas de este modo: se reciben placeres, de nuevo se reciben desgracias; sobrevienen rencores, de nuevo se vuelve a la gracia. Pero si de nuevo se ha vuelto a la gracia, no obstante los rencores que por casualidad suceden de este modo entre aquéllos, dos veces tanto más amigos son entre sí que antes.

ALCMENA: Era preciso primero que te hubieras guardado de no hablar, pero si tú mismo te disculpas conmigo de eso, hay que tolerarlo.

JÚPITER: Pero manda que se me preparen vasos puros, ya que los votos que hice en presencia de la legión, si volvía sano a casa, a todos yo los pagaré íntegramente.

ALCMENA: Yo tendré cuidado de eso.

JÚPITER: Haced venir aquí a Sosia; que llame a Blefarón, el piloto que estuvo en mi nave, para que desayune con nosotros (*hablando consigo*). Ayuno, éste, además, será engañado, cuando yo saque de aquí a Anfitrión, arrastrando, con el cuello atado.

ALCMENA: (*hablando consigo*): Admira⁵⁵ qué cosa delibere aquél; solo, consigo, en secreto. Pero las puertas se abren. Sosia sale.

III, 3

SOSIA JÚPITER ALCMENA

SOSIA: Anfitrión, estoy aquí. Si hay necesidad de algo, ordena, realizaré tu orden.

JÚPITER: Llegas muy oportunamente.

SOSIA: ¿Ya hay paz entre vosotros dos? Porque, en efecto, os veo tranquilos. Me alegro, y para mí es agradable. Y así, parece proporcionado que un siervo se haga moderado; así que, como estén los amos, del mismo modo esté él mismo; que disponga el rostro a partir de su rostro; que esté triste si sus amos están tristes; que esté alegre si se alegran. Pero, vamos, responde ¿volvisteis ya vosotros a la concordia?

JÚPITER: Te burlas tú, que sabes que hace poco yo dije eso por broma.

SOSIA: ¿Dijiste eso por broma? En verdad pensé que en serio y de verdad.

JÚPITER: Me justifiqué.⁵⁶ Se hizo la paz.

SOSIA: Está muy bien.

JÚPITER: Adentro haré yo el acto divino, lo que se prometió.

SOSIA: Lo apruebo.⁵⁷

JÚPITER: Tú, con palabras mías, haz venir aquí, desde la nave, al piloto Blefarón, para que conmigo desayune, después del acto divino.

SOSIA: Ya estaré aquí, cuando creas que yo estoy allá (*se va*).

JÚPITER: Vuelve aquí al instante.

ALCMENA: ¿Por ventura quieres que me vaya ya adentro, para que se prepare lo que es necesario?

JÚPITER: Por cierto; ve y haz que se prepare todo, en cuanto se pueda.

ALCMENA: ¿Por qué no vienes adentro cuando quieras? Haré que no haya demora alguna (*entra a la casa*).

JÚPITER (*hablando consigo*): Hablas bien y como conviene a una mujer escrupulosa. Estos dos, tanto el siervo como la ama, los dos ya han sido engañados, porque piensan que yo soy Anfitrión. Mucho se equivocan. Ahora tú, divino Sosia, haz que estés presente aquí (oyes lo digo aunque no estés presente); ya procura ahuyentar de la casa al Anfitrión que llega; procura tramarlo de cualquier modo. Quiero burlar a aquél, mientras ahora me doy gusto con esta mujer de uso. Procura, además, que esto sea preparado del mismo modo que comprendes que yo lo quiero, y sirvime cuando me ofrezca el sacrificio.

III, 4

MERCURIO

MERCURIO: Apartaos y alejaos todos, retiraos del camino, y que no haya hombre alguno tan audaz, que se me coloque enfrente. Pues ciertamente, por Hércules, ¿que a mí, un dios, me sea menos permitido amenazar al pueblo y no retirarme, como a un pequeño siervo en las comedias? Él anuncia la nave intacta o la llegada del irritado viejo; yo soy obediente a la palabra de Júpiter, por orden de él me traslado ahora aquí. Por eso es más proporcionado a mí apartarse y retirarse del camino. Mi padre me llama, a él sigo, a su palabra, soy obediente a su mandato; como es preciso que sea un buen hijo con su padre, del mismo modo yo lo soy con mi padre. Me comporto como un parásito con el amante, lo exhorto, estoy cerca, lo aconsejo, me alegro. Si algo es placentero para mi padre, para mí ese placer es mucho más grande. Ama: él sabe, hace bien, puesto que satisface su pasión; lo cual es preciso que hagan todos los hombres, en tanto que eso se haga de buen modo. Ahora mi padre quiere burlar a Anfitrión; ya haré muy bien, espectadores, que éste sea burlado, mirándolo vosotros. Me pondré una corona en la cabeza, simularé que yo estoy ebrio, y subiré allá arriba: desde allí arriba echaré muy bien al marido cuando se acerque aquí; haré que, sobrio, esté borracho. Luego, al instante, su siervo Sosia soportará allí los castigos; aquél argüirá hoy que éste hizo lo que yo habré hecho aquí. ¿A mí, qué? Justo es que yo sea complaciente con mi padre, conviene servir a su deseo. Pero he aquí a Anfitrión. Llega. Aquí, ya será él muy bien burlado, si es que vosotros queréis prestar atención escuchando. Iré adentro, tomaré la vestimenta que posiblemente conviene; luego subiré arriba, al techo, para apartar de aquí a aquél.

ACTO IV. 1

ANFITRIÓN

ANFITRIÓN: (*hablando consigo*): El Naucrates que quise encontrar no estaba en la nave, ni encuentro en la casa ni en la ciudad a quien lo haya visto. En efecto, anduve por todas las plazas, gimnasios y perfumerías; en el mercado y en la carnicería, en la palestra y en el foro, entre medicamentos, en barberías; me cansé buscando en todos los templos;⁵⁸ en ninguna parte encuentro a Naucrates. Ahora iré a casa y proseguiré indagando⁵⁹ este asunto con mi mujer; quién haya sido la causa de que haya llenado su cuerpo de oprobio. En efecto, es preferible que yo muera, que dejar ir hoy aquella cuestión sin investigar. Pero la casa está cerrada. ¡Bravo! Esto sucede del mismo modo que se hicieron las otras cosas. Golpearé la puerta. Abrid aquí. ¡Eh! ¿Hay alguien aquí? ¿Abre alguien esta entrada?

IV, 2

MERCURIO ANFITRIÓN

MERCURIO: ¿Quién está ante la puerta?
ANFITRIÓN: Soy yo.
MERCURIO: ¿Qué "soy yo"?
ANFITRIÓN: Sí, hablo yo.
MERCURIO: Ciertamente Júpiter y todos los dioses están irritados contigo por romper así la puerta.
ANFITRIÓN: ¿Cómo?
MERCURIO: De modo que en verdad vives desgraciado tú vida.
ANFITRIÓN: Sosia.
MERCURIO: Sí, soy Sosia, a menos que juzgues que yo lo he olvidado. ¿Qué quieres ahora?
ANFITRIÓN: Malvado, ¿pero incluso tú me preguntas qué cosa quiero?
MERCURIO: Sí, pregunto. Tonto, casi rompiste los goznes a las puertas. ¿Creeas acaso que las puertas se nos ofrecen a nombre del Estado? ¿Qué me miras, estúpido? ¿Qué quieres ahora para ti? ¿Qué hombre eres tú?
ANFITRIÓN: Bribón, ¿también me preguntas quién soy yo, Aqueronte de olmos?⁶⁰ Por Pólux, tú, a quien hoy yo pondré caliente con los látigos, por esas palabras.
MERCURIO: Preciso es que tú hayas sido gastador en otro tiempo, en tu adolescencia.
ANFITRIÓN: ¿Por qué, pues?
MERCURIO: Porque en la edad senil mendigas de mí una desgracia.
ANFITRIÓN: Esclavo, con tu crucifixión esparcirás hoy esas palabras.
MERCURIO: Yo te ofreceré un sacrificio.
ANFITRIÓN: ¿Cómo?
MERCURIO: Porque, efectivamente, te honro con un infortunio.
ANFITRIÓN: Pero yo te honraré con la cruz y la crucifixión, rufián.⁶¹
MERCURIO: El amo Anfitrión está ocupado... Ahora incluso hay para ti ocasión de alejarte... Con óptima justicia, rompí una olla de ceniza en tu cabeza... No pidas tú que se te vierta una vasija de agua en la cabeza... Estás embrujado. Por Pólux, hombre desgraciado, busca un médico...

ALCMENA: Juraste que tú me habías hablado en broma... Por favor, manda curar la enfermedad que llega: sin duda tú estás embrujado o enloquecido... Si esto no fue hecho así, tal como afirmo que fue hecho, no digo una causa por la que, en verdad, me acuses de una acción vergonzosa...

ANFITRIÓN: ¿De quién?... La que, estando yo ausente, prostituyó su cuerpo... ¿Qué cosa amenazabas tú que harías, si golpeaba yo esas puertas?... Allí deberías cavar agujeros más de sesenta días... No supliques a la más mala...

BLEFARÓN: Reprime tu alma...

JÚPITER: A este manifiesto ladrón de la infamia, lo tengo con el cuello torcido...

ANFITRIÓN: Ciudadanos de Tebas, sin duda yo tengo a éste, el que en mi casa enredó a mi mujer en la impudicia, tesoro de oprobio... Malvado, ¿acaso no te avergüenza venir ante la vista del pueblo?... Clandestinamente...

JÚPITER O ANFITRIÓN:... que no podrías distinguir cuál de nosotros es Anfitrión.

IV, 3

BLEFARÓN ANFITRIÓN JÚPITER

BLEFARÓN: Vosotros repartidlo entre vosotros; yo me voy, yo tengo que hacer.⁶² Y no creo yo que alguna vez, en alguna parte, haya visto yo cosas tan admirables.

ANFITRIÓN: Blefarón, por favor no te vayas, para que me asistas como defensor.

BLEFARÓN: Adiós. ¿Qué necesidad hay de mí como defensor, puesto que no sé para cuál de los dos sería yo defensor? (*se va*).

JÚPITER: Yo me voy alla adentro: Alcmena está de parto (*se va*).

ANFITRIÓN (*solo*): Desgraciado, estoy perdido. ¿Yo qué cosa...?⁶³ ¿Al que ya abandonan sus defensores y amigos? Por Pólux, impune, nunca me engañará ése, quien quiera que sea. Directo, me transportaré ya ante el rey y le explicaré cómo pasó la cosa. Por Pólux, yo castigaré hoy a aquel hechicero de Tesalia, quien torcidamente trastornó la mente de mi familia. ¿Pero dónde está él? Por Pólux, se fue adentro; creo que con mi mujer. ¿Qué otro más desgraciado que yo ha vivido en Tebas? ¿Qué haré ahora yo, a quien todos los mortales ignoran y engañan como place? Está decidido, penetraré adentro, en la casa; en cuanto mire a hombre alguno, si veo a una esclava, o a un siervo, o a mi mujer, o al adúltero, o a mi padre, o a mi abuelo, lo asesinaré en la casa. Y ni Júpiter ni todos los dioses me impedirán, aunque quieran, que lo haga tal como lo decidí. Ahora proseguiré a la casa.

ACTO V, 1

BROMIA ANFITRIÓN

BROMIA (*hablando consigo*): Esperanzas y recursos de mi vida yacen sepultados en mi pecho, y ninguna confianza hay ya en mi corazón que no haya perdido. Todo me parece así: que mar, tierra y cielo me persiguen para aplastarme, para matarme. Desgraciada de mí, no sé qué haré. A tal punto cosas tan admirables han ocurrido en la casa. ¡Ay, desgraciada de mí! Estoy mal,⁶⁴ quisiera agua. Estoy

alterada, estoy aniquilada. Me duela la cabeza y no oigo, ni distingo lo bastante con mis ojos, y no hay mujer más desgraciada que yo, ni alguna podría parecerlo más. tal punto resultó hoy para mi ama. En efecto, tan pronto como estubo de parto invoca a los dioses: estrépitos, ruidos, sonidos, truenos. ¡Qué repentinamente, qué cerca, qué fuerte tronó! Por el ruido se hace pedazos donde había estado cada que Entonces, con la más grande voz, no sé quién exclama: "Alcmena, el auxilio es cerca, no temas; tanto para ti como para los tuyos, propicio llega el culto del cielo Levantaos —dice— quienes por terror a mí caisteis a tierra ante el miedo." Con yacia, me levanto. Creí que la casa ardía, a tal punto resplandecía en aquel momento Entonces Alcmena me llama a gritos; eso ya me provocó horror.⁶⁵ El miedo al ar pasó por delante; acudo para tratar de saber qué quiere, y descubro que ella dio a luz unos niños, hijos gemelos; y cuando dio a luz, ninguno de nosotros lo percibimos ni previmos. Pero, ¿qué es esto? ¿Quién es este viejo que yace así ante nuestras puertas? ¿Acaso Júpiter golpeó a éste? Por Pólux, lo creo, pues, por Júpiter, está sepultado como si estuviera muerto. Quienquiera que sea, iré y lo conoceré. Ciertamente, ése es mi amo Anfitrión. Anfitrión.

ANFITRIÓN: Estoy perdido.

BROMIA: Levántate.

ANFITRIÓN: He muerto.

BROMIA: Te concedo mi mano.

ANFITRIÓN: ¿Quién me sostiene?

BROMIA: Tu esclava Bromia.

ANFITRIÓN: Todo yo tengo miedo, a tal punto me golpeó Júpiter. No es otro modo que como si viniera del Aqueronte. ¿Pero por qué saliste tú afuera?

BROMIA: En la casa donde tú habitas, el mismo terror nos empujó, tímida; con su espanto. He visto cosas demasiado admirables. ¡Ay de mí, Anfitrión! A tal punto todavía ahora me está ausente el ánimo.

ANFITRIÓN: Vamos explica: ¿sabes acaso que yo soy tu amo Anfitrión?

BROMIA: Lo sé.

ANFITRIÓN: Ve también ahora.

BROMIA: Lo sé.

ANFITRIÓN: De mis familiares, ésta sola tiene sana la mente.

BROMIA: Al contrario, en verdad todos están sanos.

ANFITRIÓN: Pero mi mujer me hace demente con sus feas acciones.

BROMIA: Pero yo haré que tú mismo pregones de otro modo, Anfitrión, que sepas que tu mujer es piadosa y púdica. Sobre este asunto, en pocas palabras explicaré las señas y las pruebas. Lo primero de todo: Alcmena dio a luz hijos gemelos.

ANFITRIÓN: ¿Dices tú gemelos?

BROMIA: Gemelos.

ANFITRIÓN: Los dioses me guarden.

BROMIA: Déjame hablar, para que sepas que todos los dioses son propiciosos y a tu mujer.

ANFITRIÓN: Habla.

BROMIA: Hoy, en cuanto tu mujer empezó a estar de parto, cuando aparecieron los dolores en el útero, como suelen las parturientas, con las manos puras y con la cabeza cubierta invoca a los dioses inmortales para que le llevarán auxilio. En seguida, truena allí con el más grande ruido; al principio pensábamos que tu casa se derrumbaba. Toda tu casa resplandecía como si fuera de oro.

ANFITRIÓN: Por favor, despáchame de aquí inmediatamente, puesto que bastante te has burlado. ¿Después qué pasa?

BROMIA: Mientras pasa esto, entre tanto ninguno de nosotros oyó a tu mujer quejándose o llorando. A tal punto, en verdad, dio a luz sin dolor.

ANFITRIÓN: Eso me alegra ahora, como quiera que se haya portado conmigo.

BROMIA: Deja eso a un lado y escucha esto que voy a decir. Después de que dio a luz, mandó que nosotros laváramos a los niños. Empezamos. Pero el niño aquel al que lavé, ¡qué grande es, y mucho más fuerte! Y ninguna fue capaz de atarlo con sus fajas.

ANFITRIÓN: Refieres cosas muy admirables; si eso es verdad, no temo que no haya habido amplia ayuda para mi mujer de parte de los dioses.

BROMIA: Ahora haré que proclames cosas más admirables. Después de que fue puesto en la cuna, dos serpientes grandísimas con cresta se abaten hacia abajo, por el impluvio; en seguida ambas levantan sus cabezas.

ANFITRIÓN: ¡Ay de mí!

BROMIA: No te empavezcas. Pero las serpientes con sus ojos vieron a todos a su alrededor. Después de que descubrieron a los niños, veloces prosiguen hasta la cuna. Yo, temerosa en cuanto a los niños y aterrorizada en cuanto a mí, de nuevo arrastraba y llevaba hacia atrás la cuna; y las serpientes tanto más agudamente los perseguían. Después de que aquel otro niño vio a las serpientes, veloz salta de la cuna, directo ataca⁶⁶ a las serpientes; con agilidad las coge: a una con una mano, a la otra con la otra.⁶⁷

ANFITRIÓN: Refieres cosas admirables, pregona una acción demasiado horrible, pues con tus palabras, desgraciado de mí, el horror se apodera de mis miembros. ¿Qué pasa después? Sigue hablando.⁶⁸

BROMIA: El niño mata a las dos serpientes. Mientras pasa esto, con voz clara llama a tu mujer...

ANFITRIÓN: ¿Quién?

BROMIA: Júpiter, el sumo emperador de dioses y de hombres. Ése dijo que éla escondidas tuvo trato con Alcmena, en su lecho, y que es hijo suyo aquel que venció a aquellas serpientes; dijo que el otro es hijo tuyo.

ANFITRIÓN: Por Pólux, no me arrepiento si me es permitido dividir con Júpiter la mitad de mi bien. Ve a casa, manda que al instante se me preparen vasos puros, para tratar de obtener la paz del supremo Júpiter con muchas víctimas. Yo haré venir al adivino Tiresias y consultaré qué cosa cree que debe hacerse; al mismo tiempo expondré este asunto como pasó. Pero, ¿qué es esto? Qué fuerte ha tronado. Dioses, pido vuestra confianza.

V, 2

JÚPITER

JÚPITER: Sé de buen ánimo, Anfitrión, estoy para auxiliarte a ti y a los tuyos; nada hay que temer. Deja a un lado a todos los adivinos y arúspices, expondré lo que habrá de ser y lo que fue, incluso mucho mejor que aquéllos, porque soy Júpiter. Lo primero de todo: hice uso⁶⁹ del cuerpo de Alcmena, y por concúbito la dejé grávida⁶⁹ con un hijo. Del mismo modo, tú la dejaste grávida cuando te fuiste hacia tu ejército; en un solo parto, al mismo tiempo, dio a luz a dos; uno de ellos, el que fue engendrado

con nuestra simiente, con sus acciones te enriquecerá con inmortal gloria. Tú vuelve a tu antigua gracia con tu mujer Alcmena; nada ha hecho por lo cual la acusaras de vicio. Por mi fuerza fue empujada a hacerlo. Yo me transporto al cielo (*se va*).

V, 3

ANFITRIÓN

ANFITRIÓN: Haré tal como mandas, y te pido que mantengas tus promesas. Iré adentro con mi mujer. Hago omiso al anciano Tiresias. Ahora, espectadores, aplaudid con franqueza, por causa del supremo Júpiter.

Notas al texto español

ANFITRIÓN

Argumento I

¹ Los argumentos que preceden a los textos de las comedias plautinas se deben a la pluma de dos gramáticos: Aurelio Opilio, que vivió en el siglo I a. C., y a Sulpicio Apolinar, que vivió en el siglo II de la era cristiana.

Las cualidades predominantes en estos textos son la cortedad y la extrema concisión.

² Para evitar confusión introdujimos el pronombre demostrativo.

³ Mujer de Anfitrión.

⁴ Por razón de fluidez, introdujimos la conjunción "y".

Argumento II

⁵ Adviértase que el argumento de Prisciano contiene el nombre de la comedia en acróstico.

Anfitrión

⁶ No es raro el significado de "valer" en relación con el verbo *esse*.

⁷ Mercurio quiere decir que Júpiter es muy ajeno a normas legales o morales que pudieran constituirse en obstáculo para la consecución de cualquier deseo suyo.

⁸ Es decir, los esclavos, individuos pertenecientes a una familia.

⁹ Véase la nota precedente.

¹⁰ Adicionamos esta palabra, dado que en el original se da una construcción elíptica.

¹¹ Como en el caso referido en la nota anterior, consideramos que la expresión elíptica, y que se halla implícita la palabra *deputet*: "estimase".

¹² "De latigazos", podría añadirse.

¹³ Véase la nota 10.

¹⁴ Es decir, cuando ya amanecía.

¹⁵ Hemos traducido en plural lo que en el original es singular, en vista de que el plural castellano corresponde exactamente al latín *auspicium*.

¹⁶ Véase la nota precedente.

¹⁷ Literalmente: "soberbiamente, demasiado violentamente".

¹⁸ Es decir, los objetos de culto religioso y los bienes materiales.

¹⁹ Era costumbre que el vencedor en una guerra fuese obsequiado con los bienes más preciados del vencido.

²⁰ Es decir, la noche no se junta con el día; no hay paso de la noche al día.

²¹ Literalmente: "poner perfectamente al lado".

²² Véase la nota 10.

²³ Esta es una expresión de Sosia, con la cual quiere decir que Mercurio probablemente se apresta a golpearlo; es decir, tejer de nuevo su palio, cuando ya lo lleva sobre su espalda.

²⁴ Literalmente: "en sentido inverso".

²⁵ Es decir, Sosia se llevará unos azotes, como los que suele llevarse un asno.

²⁶ Una manera de decir "linterna".

²⁷ Véase la nota 8.

²⁸ El adjetivo tiene sentido figurado; equivale a: "altivo", "en alto". Hay un juego de palabras con el cual quiere decir Mercurio que Sosia saldrá echado, sin que sus pies toquen el suelo; o sea, a una altura considerable.

²⁹ Ofrecemos esta traducción respecto de *quonam modo*, conscientes de que no hay exactitud en nuestro traslado, pero el juego de palabras e ideas del original nos hizo imposible otro vocablo o frase.

³⁰ Se sobreentiende "golpes".

³¹ Se le toma en consideración de una manera tal, que ni estando muerto se le tendría, por tratarse de un esclavo.

³² Ir con la cabeza afeitada con un pileo era señal de libertad recién alcanzada; así que Sosia expresa aquí su deseo de que efectivamente sea desconocido por su amo, para así sentirse como un liberto.

³³ Tomar en brazos a un niño recién nacido significa reconocerlo como propio. El acto lo realizaba el padre.

³⁴ Se refiere a Juno.

³⁵ Alcmena desea pruebas contundentes del amor de su supuesto marido.

³⁶ Literalmente: "se acerque".

³⁷ Literalmente: "De parte de tu asunto".

³⁸ Literalmente: "¿qué cosa de hombre sería esto?"

³⁹ Literalmente: "seguir con obstinación".

⁴⁰ En vista de lo que acaba de decir Anfitrión, Sosia comprende que Alcmena está a punto de parir, ocasión en que era necesario utilizar mucha agua, la cual era servida por los esclavos, esclavos.

⁴¹ Metáfora: "toda el agua". Con esto, Sosia quiere decir que ninguna ventaja obtendría de participar en el parto que se aproxima.

⁴² Si se ve el verso 723, se advertirá un juego de palabras entre "desgracia" y "manzana" (*malum... malum*).

⁴³ Es decir, con los dolores del parto.

⁴⁴ Para que ya deje de tener esos sueños que le parecen realidad.

⁴⁵ Alcmena piensa que Sosia debe ser castigado, por lo que se ha atrevido a decirle.

⁴⁶ Burlonamente, Sosia responde a Alcmena que es ella quien debe cuidarse, especialmente en lo que respecta a su cabeza.

⁴⁷ Literalmente: "Prosigue, para decir más adelante".

⁴⁸ Probablemente haya un juego de palabras a partir de la palabra *testes*, cuya traducción podría ser "testigos" o "testículos".

⁴⁹ Literalmente: "conviene".

⁵⁰ Literalmente: "en gracia de vuestro honor".

⁵¹ Literalmente: "por causa de lo ridículo".

⁵² Literalmente: "daré juramento".

⁵³ Literalmente: "di un juramento cierto".

⁵⁴Literalmente: "en la edad de los hombres".

⁵⁵Literalmente: "cosa admirable".

⁵⁶Literalmente: "tuve una justificación".

⁵⁷El verbo *censeo*, en los diálogos frecuentemente asume el significado que aquí aprovechamos.

⁵⁸Literalmente: "en todas las cosas sagradas".

⁵⁹Literalmente: "para indagar".

⁶⁰A los esclavos solía azotárseles con varas de olmo. El Aqueronte era el legendario río de los infiernos, adonde iban a parar los muertos; consecuentemente, la expresión quiere decir: persona que es como un sepulcro de varas de olmo; o sea, la que ha recibido incontables azotes.

⁶¹El texto que sigue, hasta el verso 1035, es fragmentario.

COMEDIA ASNAL

⁶²Aquí concluye la parte mayormente fragmentaria del texto.

⁶³Aquí hay una laguna en el original.

⁶⁴Literalmente: "Para mi ánimo hay mal".

⁶⁵Literalmente: "me provocó con horror".

⁶⁶Literalmente: "hace ímpetu".

⁶⁷Sobreentendemos la palabra *alteram* repetida.

⁶⁸Literalmente: "habla adelante".

⁶⁹Literalmente: "tomé uso".

⁷⁰Literalmente: "la hice grávida".

Argumento

¹Al traducir hemos sobreentendidó el latín *comoedia*, ya que de otro modo el vocablo *Asinaria* se vuelve casi intraducible.

²Véase la nota I referente al Argumento I de la comedia *Anfitrión*. Como en el caso de ésta, el título también va dado en acróstico.

^{3bis}Por razón de claridad, añadimos el vocablo "dinero"; literalmente: "eso", "esto".

⁴A su padre, como recompensa por el dinero que le proporcionó, y para que goce a la mujer que fue adquirida.

⁵La del anciano.

Prólogo

⁶En el lenguaje teatral, éste es el significado de *grex*; literalmente: "grey", "rebaño".

⁷Con esto se refiere a la pieza griega en que se inspiró Plauto para componer su *Asinaria*. El procedimiento compositivo era común y válido entre los comediógrafos latinos.

⁸Poeta cómico, probablemente del siglo III prescristiano.

⁹Maco era el nombre dado a uno de los cuatro personajes fijos de la comedia popular llamada atelana; se caracterizaba por su tontería, por ser blanco de engaños y de burlas. Una tradición sostiene que Plauto personificó a Maco, cuando aquél se desempeñó como actor teatral. De ser cierta la tradición, el Maco citado aquí sería una manera de autodenominarse el comediógrafo latino.

¹⁰Por razón de claridad, añadimos este vocablo; literalmente: "a otras".

¹¹Literalmente: "que, en relación a la edad, tu mujer sea sobreviviente para ti".

¹²Al molino.

¹³*terrarium loci* es una expresión, que literalmente podría traducirse "del lugar de las tierras".

¹⁴Literalmente: "isla de hierro".

¹⁵Sinécdoque: donde las correas hechas de piel de buey azotan a personas que están vivas.

¹⁶Literalmente: "Estoy en el miedo".

¹⁷Literalmente: "harán complacencia".

¹⁸Literalmente: "en cuanto a eso de la edad".

¹⁹Literalmente: "el ser amado de aquél".

²⁰Por razón de claridad, añadimos este verbo.

²¹La expresión quiere decir que el esclavo se mostraría más favorecedor de la mujer de Demeneto que de él mismo.

²²Nuestra traducción corresponde a la expresión latina *unde gentium*; literalmente: "¿de dónde de las gentes?"

²³Los responsables de la vigilancia en las calles y en las prisiones.

²⁴Literalmente: "a ti y a tu hija yo destruiré de la cabeza".

²⁵Literalmente: "aquí hice limpieza de mis bienes".

²⁶Se refiere a la que es motivo del enamoramiento de Argiripo.

²⁷Literalmente: "que ha de ser con los hechos".

²⁸Literalmente: "puedes".

²⁹El amante.

³⁰Sentimos la necesidad de repetir este infinitivo a lo largo del período oracional.

³¹Literalmente: "para que puedas saberlo".

³²Los antiguos romanos guiaban sus acciones por el vuelo de las aves; si éstas volaban por la izquierda, predecían una desgracia; si lo hacían por la derecha, un acontecimiento favorable.

³³Es decir, los azotes dados con varas del olmo golpeado por el picamaderos.

LA ORATORIA

El género de la Oratoria se define como: "el arte de conmover, convencer y persuadir por medio de la palabra oral". La oratoria nació en Grecia como un atributo de la democracia ateniense. Sólo se puede "persuadir", es decir, "convencer para una determinada acción a alguien" cuando los conciudadanos no están paralizados por el terror del tirano. Siendo la Oratoria una realización de una elevada cultura tiene una proyección importante en la política y también en la vida jurídica.

El Orador debe tener las siguientes cualidades:

- a) Sentido lógico, que permita hallar rápidamente los argumentos necesarios para apoyar las ideas y hacerlas convincentes.
- b) Intuición del alma humana para adaptar el tono y las ideas a cada auditorio con sus propias peculiaridades e idiosincrasia.
- c) Imaginación viva que tenga siempre dispuesta la expresión vigorosa e impresionante.

La Expresión Oral debe contar con una voz vigorosa, educada y armoniosa y con una declamación variada, natural y eficaz.

El Discurso debe componerse de siete partes:

- 1a.- El EXORDIO- La Introducción para ganarse la benevolencia y simpatía de los oyentes.
- 2a.- La PROPOSICION- El Orador propone con claridad el tema que va a desarrollar.
- 3a.- La DIVISION- El Orador presenta el desarrollo de las principales ideas del discurso.
- 4a.- La CONFIRMACION- Se fundamentan las tesis sustentadas con argumentos lógicos sólidos.
- 5a.- La REFUTACION- Se presentan argumentos lógicos en contra de las tesis contrarias a las del discurso.
- 4a.- La CONFIRMACION- Se fundamentan las tesis sustentadas con argumentos lógicos sólidos.
- 5a.- La REFUTACION- Se presentan argumentos lógicos en contra de las tesis contrarias a las del discurso.
- 6a.- EPILOGO- Consiste en la conclusión del desarrollo de ideas del discurso.
- 7a.- PERORACION- Remate patético y de fuertes recursos expresivos con el fin de asegurar la persuasión definitiva de los oyentes.

Cicerón

Marco Tulio Cicerón es un personaje importantísimo para la historia de Roma y para la cultura universal. Dotado polifacéticamente de grandes talentos incidió su personalidad a mediados del siglo I a C. en plena decadencia de la República Romana lo cual hace de su vida un conjunto claroscuro tan brillante como trágico. Su actuación sincera en el Partido Aristocrático, como amigo de Pompeyo. Catón y Bruto le hizo vivir momentos trágica a manos de los esbirros de Marco Antonio en el año 43 a. C.

A pesar de los reveses de su actuación política sobresale brillantísimamente su personalidad, al lado de la de César, por sus destacadas realizaciones en el campo de la Cultura. Hombre cultísimo, erudito jurisconsulto, hábil político, profundo filósofo, extraordinario conversador, ciudadano íntegro, pero sobre todo el mejor li-

terato y el mejor ORADOR DE ROMA. Su prosa es tan perfecta que el crítico español Menéndez y Pelayo le apodó "el mejor prosista de la tierra".

Como orador nos interesa en este momento. (1) Fue la elocuencia de su lengua una arma tan poderosa que la esposa de Marco Antonio, al tener su esposo la cabeza decapitada de Cicerón mandó que fuera atravesada su lengua con un puñal. La oratoria de Demóstenes fue austera concisa y concentrada. (2) mientras que la oratoria de Cicerón fue ampliosa y exuberante pero no menos eficaz.

(1.-) Cfr.: *La Oratoria*, pág.

(2.-) Cfr.: *La Cuarta Filípica* de Demóstenes, pág.

Cicerón, perteneciente al Partido Aristocrático, había llegado a ocupar todos los cargos públicos hasta el máximo: había sido elegido Cónsul, en el año 63 a.C. Pero pronto su función fue amenazada por un agitador del Partido Popular, Catilina, el cual estaba preparando una conjuración para dar un golpe de estado asesinando al mismo Cicerón, y a los principales cabecillas del Partido Aristocrático.

Sin embargo Cicerón, por medio de su sistema de espionaje, descubre toda la trama de la conjuración y utiliza la vehemencia de su palabra para evidenciar a Catilina delante del Senado pronunciando su Primera Catilinaria.

Después de pronunciar la primera pronunciará otras tres Catilinarias al mismo tiempo que Catilina y sus seguidores hacen la guerra al ejército regular de la República, sufriendo una contundente derrota en las llanuras del centro de la península Italiana; Catilina cae prisionero y es ejecutado por orden del Senado convencido por la palabra del orador.

Discurso de Marco Tulio Cicerón mediante el cual expulsó a L. Catilina pronunciando en el senado*

I. ¿HASTA cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia? ¿Por cuánto tiempo aún hemos de seguir siendo juguete de tu insensatez? ¿A qué extremo irá a llegar tu temeridad sin límites? ¿No han logrado, para nada, intimidarte ni la guarnición nocturna acuartelada en el Palatino, ni las rondas que recorren la ciudad, ni el pánico del pueblo, ni esta asistencia en masa de próceres personajes, ni el imponente retén que custodia este sitio erigido en recinto del senado, ni la actitud y semblantes de los aquí reunidos? ¿No te percatas de lo escandalosas que resultan todas tus maquinaciones? ¿No comprendes que la mera circunstancia de ser ya bien notoria a todos los presentes, maniata por sí sola a tu conjura? ¿O quién te imaginas que ignora entre nosotros los pasos que anoche y antenoche diste, la cita que acudiste, las personas que a la misma convocaste y la resolución que en ella has adoptado?

¡Oh, qué tiempos, qué costumbres! El senado está al tanto de dichos pormenores, un cónsul los está materialmente viendo, y éste vive todavía. ¿Vive? Pero si hasta se atreve a venir al senado, se hace partícipe del consejo público, con sus propios ojos elige y destina al matadero a quien de entre nosotros más le cuadra, mientras nosotros, varones animosos, con sólo esquivar la tirria y las arremetidas de semejante energúmeno damos por hartos cumplida nuestra intervención política. Hace ya días, Catilina, que mediante una simple disposición consular hubiera sido legítimo arrastrarte hasta el patíbulo, desviando de esa manera hacia tu propia cabeza, precisamente la calamidad que ha tanto tú tramabas contra de nosotros. En efecto: si varón tan ilustre como el pontífice máximo Publio Escipión, no siendo más que un simple particular, mató a Tiberio Graco tan sólo por haber éste intentado reformar parcialmente nuestra organización constitucional, nosotros, cónsules en pleno ejercicio, ¿tendríamos por qué andar con mayores miramientos a propósito de un Catilina obstinado en dejar completamente arrasada a sangre y fuego la redondez de la tierra? Y no quiero traer aquí a colación otros precedentes por el estilo, y aún más remotos, de nuestra historia, como cuando, por ejemplo, Cayo Servilio Abala mató a Espurio Melio con su propia mano por haber andado éste promoviendo innovaciones. ¡Tal fue, el efecto, tal fue la energía con que en esta república solieron antaño sus viriles próceres escarmentar a un miembro nocivo de la ciudadanía, que hacíanlo con más saña que con el peor enemigo! Y yo dispongo en apoyo de mis actos de un senadoconsulto tan terrible como categórico en tu contra, Catilina: ni la oportuna deliberación de este cuerpo senatorial para formularlo, ni su corriente promulgación en forma faltan ya a la seguridad pública; somos nosotros, lo declaro sin ambages, somos nosotros, los cónsules, quienes no hemos cumplido aún con su ejecución.

II. Hace algún tiempo, también decretó el senado que el cónsul a la sazón en funciones Lucio Opimio "se encargara de que la constitución no sufriera el menor menoscabo", ni una noche pasó en vano: Cayo Graco, personaje de padre, abuelo y antepasados por demás esclarecidos, fue liquidado al punto por meras sospechas de estar preparando una sedición, al mismo tiempo que Marco Fulvio, todo un varón consular, era eliminado, también, en compañía de sus hijos. Mediante un senadoconsulto idéntico al anterior, confióse la integridad de nuestra organización republicana a los entonces cónsules Cayo Mario y Lucio Valerio; la muerte, la represión gubernamental del tribuno de la plebe Lucio Saturnino y de Cayo

Servilio, pretor, a la sazón, en funciones, ¿fueron, acaso aplazadas para un día después? ¡Y ya son veinte, en cambio, los que yo he permitido que la eficacia de una resolución de esta asamblea subsista neutralizada! Porque, en efecto, dispongo en apoyo mío de un senadoconsulto exactamente igual a cuantos quedan citados, si bien guardado en los archivos públicos, como concriptos: y es que no quiero que en medio de tan grave perturbación social como la que nos acecha se me vaya a motejar de arbitrario; ¡pero ahora ya casi estoy por culparme a mí mismo de apático y pusilánime! En efecto: en Italia, en las gargantas mismas de la Etruria, se halla acampado un ejército hostial al pueblo romano crece, de día en día, en sus filas el número de nuestros enemigos; ¡y al general de esas tropas, al cabecilla de esos rebeldes lo vemos dentro de nuestras murallas y aquí mismo inclusive, en pleno senado, maquinando a cada paso algún nuevo atentado contra nuestra sociedad! Por lo que si yo ordenara, Catilina, que en este preciso instante fueses aprehendido y muerto, estoy seguro de que en vez de preocuparme de que alguien fuese a tachar de exorbitante el rigor de tal acto, debería más bien temer que los buenos ciudadanos me reprochasen en coro su largo aplazamiento.

Sin embargo, este paso, que desde hace tanto tiempo hubiera sido legítimo emprender resueltamente, todavía no quiero darlo por una razón evidente: sólo habrás de ser escarmentado, en definitiva, cuando ya no pueda encontrarse a nadie tan inicuo, tan perdido, tan semejante a ti, que no confiese que tu ejecución ha tenido lugar conforme a derecho. Mientras exista, pues, alguien que aún ose defenderte, podrás seguir viviendo, pero como ahora vivies: asediado por los múltiples e infalibles recursos de que dispongo, a fin de que no puedas sublevarte contra el Estado. Y, naturalmente, los ojos y los oídos de numerosos agentes míos te seguirán observando y atisbando, tal y como hasta la fecha, sin que de ello te percatas.

III. Y a propósito, Catilina, ¿qué razón puede haber ya para que sigas alimentando esperanzas, si ni la noche puede ocultar en sus tinieblas tus conciliábulos, ni una casa privada sofocar tras sus muros los rumores de tu conspiración; si ya todo está al descubierto y se echa bien de ver? Creeme: cambia ya de manera de pensar; olvida la masacre y los incendios. Estás materialmente copado; todas tus maniobras resultan para nosotros más claras que la luz, y por cierto que ninguna otra ocasión puede venir tan a propósito como la presente para que les vayas pasando revista conmigo. ¿No recuerdas que el día veintiuno de octubre dije yo en el senado que Cayo Manlio, prosélito y agente de tu avilantez, se levantaría en armas un día preciso, que habría de ser el veintisiete de ese mismo mes en curso? ¿Acaso me hizo mentir, Catilina, no ya el mero anuncio de tan grave, de tan tremenda, de tan increíble advertencia, sino —lo cual es más aún de admirar— el vaticinio de su fecha exacta? También entonces dije en el senado que te habías reservado la matanza de nuestros más prominentes personajes para el veintiocho de octubre, día en que numerosos próceres de nuestra comunidad, no tanto por precavérrse de tus designios cuanto por hacerlos quedar en ridículo, se apresuraron, por cierto, a ausentarse en de Roma. ¿Y puedes negar acaso que aquella misma ocasión, bloqueado por mis aprestos y por mi diligencia, no pudiste sublevarte contra el Estado, aun cuando andabas vociferando que, en vista de que la mayoría de tus víctimas se había puesto a buen recaudo, te darías por bien servido con la masacre, al menos, de quienes permanecíamos presentes? ¿Y qué? Cuando confiabas en que, mediante un asalto nocturno Preneste habría de ser ocupado por ti, ¿no hubiste de comprobar que esa colonia, gracias a oportunas disposiciones y órdenes

mías, se encontraba bien provista de escolta y de centinelas? ¿Nada haces, nada proyectas, nada piensas sin que yo al punto lo sepa, no sólo por referencias, sino advirtiéndolo diáfano y como si, inclusive, me hallara empapado en ello! IV. Repasa, si no, conmigo los acontecimientos de antenoche: así quizá comprendas que yo pongo más empeño en la conversación del Estado que tú en su ruina. Digo que antenoche te trasladaste al barrio de los Falcarios; es más, para no andar con rodeos: al principio domicilio de Marco Leca; que concurrió al mismo sitio buen número de cómplices de la demencia y el sacrilegio de dicho personaje. ¿Te atreverás, por ventura, a negarlo? ¿Por qué guardas silencio? Si rechazar el cargo, podré sostenértelo: veo, en efecto, que aquí, en pleno senado, se encuentran presentes algunas de las personas que te hicieron compañía.

¡Oh, dioses inmortales! ¿Qué país habitamos? ¿Qué régimen nos gobierna? ¿En qué ciudad vivimos? ¡Aquí, aquí, padres concriptos, en nuestro número, en esta asamblea, la más respetable y augusta de toda la tierra, hay individuos que están preparando nuestro exterminio en masa, la destrucción de esta metrópoli y la del mundo entero! ¡Y yo —en consul, los miro, recojo su sufragio sobre los asuntos públicos, y no mortifico ni con la palabra a quienes tendría derecho de hacer añicos en el patíbulo!

Conque antenoche, Catilina, fuiste a la casa de Leca; en cuyo domicilio, repartioste a tus adláteres las comarcas de la Italia, asignaste a cada cual la región a que le plugo ser comisionado, escogiste las gentes que habrías de dejar en Roma así como las que llevarías a tu vera y, en fin, afirmaste que por tu parte ya estabas dispuesto a salir, salvo que aún te veías constreñido a una breve detención porque yo seguía viviendo: contratiempo del cual dos caballeros romanos se ofrecieron, por cierto, a desembarazarte, comprometiéndose ambos espontáneamente a asesinar me con sus propias manos, en mi lecho mismo y aquella misma velada, hacia el despertar del alba. Todo lo cual, pasó a mi conocimiento no bien disuelto vuestro conciliábulos; por lo que redoblé con pertrechos extraordinarios la defensa y protección de mi domicilio, cerrando naturalmente, su entrada a quienes tú habías enviado a ofrecerme tu saludo matutino, por la sencilla razón de que con él acudían precisamente aquellos individuos que —tal y como lo tenía yo ya advertido a numerosas e influyentes personalidades—debían hacerse presentes exactamente a esa hora.

V. En consecuencia, Catilina, persevera en lo que has ya iniciado: ¡salte de la ciudad!, ¡sus puertas están abiertas!, ¡vete! ¡Hace mucho que te anhelan por caudillo las tropas aquellas que ha encomendado a Manlio! Llévate también a todos sus camaradas o, al menos, expurga a esta metrópoli del mayor número de ellos: con el solo hecho de que medien entre tú y yo las murallas, me librarás de un gran peso. Ya no puedes seguir entre nosotros por más tiempo: ¡ni lo soportaré, ni lo toleraré, ni lo consentiré yo! “Gratitud infinita débese tributar a los dioses inmortales, y muy especialmente a Júpiter Estator, aquí presente, el más antiguo patrono de esta ciudad, por habernos ayudado a sortear ya tantas veces tan espantosa, tan horrenda, tan nociva epidemia como la que está minando el organismo social; pero ya no es posible seguir abandonando por más tiempo, al capricho de un solo hombre, la integridad suprema del Estado. Cuando, siendo yo ya cónsul electo, Catilina, te propusiste hostigarme, me coloqué a buen recaudo de tus amagos apelando, no al aparato coactivo de mi magistratura, sino exclusivamente a mis personales recursos. Durante los pasados comicios consulares, cuando en el Campo de Marte quisiste asesinarnos a mí, ya entonces cónsul en pleno ejercicio, y

a tus competidores electorales, logré frustrar tu sacrílega tentativa ateniéndome tan sólo al apoyo y a las fuerzas de mis copartidarios, sin llegar nunca a declarar oficialmente estado de alarma alguno; en suma, cuantas veces me agrediste individualmente a mí, te resistí por mí mismo, aun cuando comprendía bien que la derrota personal estaba íntimamente vinculada con el más grave de los desastres políticos. "Pero ahoyra ya arremetes, sin entrar en distingos, contra la organización social en su conjunto. Destinas al exterminio y a la desolación de los templos de los dioses inmortales, los edificios de esta ciudad, la vida de todos sus moradores, la Italia entera: en vista de lo cual y ya que estoy decidido a no hacer con inmediato lo que aparentemente parecería preferible —además de que, por otra parte, sería lo que compete cabalmente, tanto a la investidura que detento, como las prácticas consuetudinarias de nuestros antepasados— optaré por hacer algo que, siendo medida menos implacable, resulta, a la vez, más útil al bienestar general. En efecto, si ordenara que fueses ejecutado, continuaría inmiscuyéndome en los asuntos políticos toda la turba supérstite de los demás conjurados; y, e cambio, si te reduzco a salir de la ciudad —a lo que desde luego te exhorto sin menor reserva— se alejará contigo también de ella la canalla de tus correligionarios, esa insalubre y rebosante letrina social. "¿Qué pasa, Catalina? ¿Titubeas e llevar a cabo, por indicación mía, lo que ya ibas a hacer por iniciativa propia? U cónsul está ordenando a un enemigo que salga al punto de la capital. Mas, n preguntas: "¿Desterrado, acaso?" Eso no te lo puedo ordenar formalmente, pero es mi opinión lo que me pides, si te lo aconsejo.

VI. ¿Qué hay, enefecto, Catilina, que pueda ya halagarte en esta ciudad, en que, fuera de tu coalición de degenerados, no existe nadie que no recele de ti, nad que no te aborrezca? ¿Qué estigma de bajeza personal no mancilla tu existencia? ¿Qué baldón no va unido a cuanto se conoce de tu vida privada? ¿Qué apetito fi ajeno a tus ojos, qué crimen a tus manos en ocasión alguna, y qué torpeza r infamó todo tu cuerpo? ¿A qué mozalbete, de esos que tú has atrapado en las reds de los vicios, no le facilitaste un arma para el desmán o una antorcha para crápula? ¿Pero qué? Hace poco, cuando, con tal de contraer nuevas bodas, dejas tu hogar desierto eliminando a tu anterior esposa, ¿no agravaste ese delito con ot atentado increíble? Prefiero pasar por alto tamaña fechoría, y de buena gana n resigno a encubrirla, con tal de no dar lugar a que se ande murmurando que e nuestra comunidad ha podido consumarse y hasta resultar impune la barbarie c tamaño desafuero. Dejo a un lado, igualmente, la total bancarrota que te amenaza según has de comprobarlo para el próximo día trece; y paso a referirme a lo q atañe, no a la ignominia con que tus vicios manchan tu vida privada, ni el embaraz económico y al aprobio moral de tu hogar, sino al soberano interés público y a seguridad y a la vida de todos nosotros.

¿Pueden serte gratos, en efecto, Catilina, esta luz o el aire de este cielo sabiendo que entre los presentes no hay uno solo que ignore que tú, la víspera del día primer de enero del año en que fueron cónsules Lépido y Tulo te presentaste armado a l comicios: que emboscaste en su recinto a una nutrida gavilla, con el propósito c asesinar a los cónsules y a los más altos próceres de nuestra comunidad; y que : frustró tu crimen y tu siniestro atentado gracias no, por cierto, a escrúpulo alguno desistimiento tuyo de última hora, sino a la diosa Fortuna, que cuida al pueblo romano? Y no quiero aquí abundar en las fechorías que perpetraste a continuación: pues ni son un secreto ni resultan tan escasas como para poder enumerars ¿Cuántas veces intentaste asesinar me, ora siendo apenas cónsul designado, ora y

en el pleno desempeño de mi cargo! ¡Y cuántas de tus arremetidas, enderezadas contra mí de tal modo que parecían no podrese evitar, eludí yo con un ligero esguince o, como vulgarmente se dice, con sólo hurtar el cuerpo! Nada logras, nada alcanzas, y ni por eso renuncias a tus maquinaciones y tus intenciones. ¡Cuántas veces ha sido materialmente arrancada de tus manos la daga esa que ciñes! ¡Cuántas otras se escurrió brincando de ellas gracias a un mero azar! No obstante, no te es dado, al parecer, prescindir por mucho tiempo de tal arma; y en verdad que no sé a qué culto la has ofrecido y consagrado por voto cuando crees absolutamente indispensable el dejarla, a todo trance, clavada en el cuerpo de un cónsul.

A fe mía que si mis esclavos recelaran de mi en la forma en que di ti recelan todos tus conciudadanos, yo me jugaría obligado a abandonar mi propia casa; ¿no te parece a ti que, por razón semejante, deberías también tú dejar tu comunidad? Y no de otro modo, si yo me sintiese tan enojosamente sospechoso como lo eres tú y tan agraviado como tú lo estás por un desaire de mis conciudadanos, de fijo preferiría apartarme de sus miradas a seguir siendo visto con tan malos ojos por todos ellos; y tú, reconociendo —porque bien sabes cuál es tu delito— que es justo el odio que a todos inspiras y que te lo mereces hace mucho, ¿todavía titubeas en sustraerte o no a las miradas y al roce de las personas mismas cuyo sentimiento y contacto precisamente lastimas? Si tus padres te tuvieran desconfianza y te detestarán y tú de ningún modo lograras reconciliarlos, te apartarías de sus ojos —según opino— hacia cualquier lugar. Pues bien, la patria, que es padre y madre común de nosotros todos, te odia y desconfía de ti, y desde hace mucho tiempo te ha juzgado culpable de no pensar sino en su parricidio. ¿Y no vas tú a acatar su veredicto, ni a cumplir con su sentencia, ni a intimidarte ante sus sanciones? Es ella, Catilina, la que expresándose, por decirlo así, en silencio, viene a departir contigo en los siguientes términos:

Ningún crimen se ha perpetrado desde hace ya largos años sino gracias a ti, ningún delito en el que no hayas tú sido partícipe; solamente en tu caso han resultado impunes y solapadas la masacre en masa de tus conciudadanos, el ultraje y saqueo de mis aliados; tú eres el único que se ha sentido capaz, no sólo de eludir mis leyes y mis tribunales, sino hasta de conculcar y pisotear unas y otros. Yo, aunque lo susodicho no era para tolerarse, helo sobrellevado, no obstante, como mejor he podido. Pero no me es ya posible seguir resignada a vivir toda en congoja solamente por ti; a temblar de Catilina por cada ruido que suene; a seguir oyendo siempre que es inconcebible el más insignificante atentado en mi contra, sin tu abominable participación. Por ende, es necesario que te alejes, que me desembaraces, así, de esta zozobra en que vivo: si es fundada, para que no me aplaste la realidad de su peso; si es falsa, para dejar cuanto antes de vivir consternada sin tener ningún motivo.

VIII. Si la patria te hablara en tales términos, ¿por ventura no le habrías de conceder lo que te solicitara, inclusive en la hipótesis de que para obligarte no pudiera contar con su poder coactivo?

Pero, a propósito, ¿qué sugiere el hecho mismo de haber tú llegado al grado de ofrecer en rehenes a tu propia persona? ¿Qué es lo que te ha obligado, para evitar suspicacias, a confesarte merecedor de vivir arraigado en casa de Manio Lépido? Por cierto que, ante el repudio de dicho personaje, tuviste luego el cinismo de dirigirte a mí, pudiéndome te aceptara en custodia dentro de mi propio hogar. Habiendo obtenido también de parte mía respuesta idéntica a la anterior —pues mal hubiera

podido vivir yo tranquilo tras unas mismas paredes contigo, cuando hasta el hacerlo tras unas mismas murallas ya me tenía en estado de perpetua zozobra—, acudiste con igual petición al pretor Quinto Metelo. Rechazado también por este último, acabaste refugiándote al lado de tu compinche el bizarro varón Marco Metelo, quien, según tu criterio, habría de resultar esmerado, sin duda, en vigilarte, perspicaz en extremo para poder adivinar tus maniobras, y por demás drástico para contrarrestarlas. Pero, digo: ¿a qué distancia puede imaginarse que está de la prisión y las cadenas quién ya se ha sentenciado a sí mismo, por adelantado, como merecedor del arresto de su propia persona? Con tales antecedentes, Catilina, y ya que no eres capaz de resignarte a morir honrosamente, ¿todavía titubeas en alejarte a otras tierras, encomendando a la fuga y al espontáneo aislamiento esa existencia tuya, tantas veces ya salvada de los más merecidos y más justos castigos?

“Proponlo al senado”, dices. Eso pides. Y agregas que, en el caso de que este cuerpo decida dictar formal decreto disponiendo que partas al destierro, tú te avendrás, sería arbitrariedad incompatible con mis propias convicciones; pero, en cambio, voy a actuar ahora mismo en forma tal que te haga desengañarte de los sentimientos que inspiras a esta asamblea: ¡Sal de la ciudad, Catilina: libra de tu terror al Estado! ¡Vete *desterrado*, si lo único que esperas es esa fórmula verbal para hacerlo! ¿Qué sucede, Catilina? ¿Oyes alguna protesta? ¿O qué conclusión sacas del absoluto mutismo que ante mis palabras conservan estos varones? No replican, callan. ¿Para qué, pues, necesitas un formal decreto expreso de quienes adviertes el mudo deseo? Si, exactamente lo mismo que acabo a ti de decirte, lo hubiera yo proferido, por ejemplo, en contra de ese intachable joven Publio Sestio, o bien de Marzo Marcelo, varón tan a toda prueba, al punto el senado entero, dentro de este mismo templo, y con sobrado derecho, me hubiera aplastado bajo su vindicta, quizá hasta poniéndome las manos encima. Tratándose de ti, en cambio, Catilina, con su indiferencia aprueba, con su abstención apoya y con su silencio aplaude la intimación que te he hecho; y ello no sólo lo hacen sus miembros —de quienes, al parecer, estimas tan importante el sufragio como deleznable la existencia—, sino además también aquellos caballeros romanos, tan íntegros y nobles personajes, y todos esos otros virtuosos ciudadanos que se han congregado en torno del recinto del senado, y cuya gran multitud, cuya convicción resuelta, cuyo vocerío estruendoso acabas hace un instante de percibir tu mismo: a duras penas logro apartar de ti los puños y las armas de todo ese gentío que, no obstante —en cuanto te resolvieras a dejar al fin esta urbe que tan en vano te obstinas en arrasar hace tiempo— podría yo fácilmente convertir en cortejo y encabezar en persona, para ir a despedirte hasta las puertas.

IX. Aunque, ¿para qué estoy hablando? ¿Por ventura es posible que te disuada a ti ningún argumento, que alguna vez te enmiendes, que pienses en retiradas, que concibas la mejor intención de irte espontáneamente al destierro? ¡Ojalá que los dioses inmortales acertaran a inspirarte semejante pensamiento: Aunque no ignoro la tempestad de odio que —en el remoto caso de que, intimidado por mis palabras llegases a inclinar tu decisión por el exilio voluntario— se desataría sobre mi cabeza, si no de momento —por estar todavía fresco el recuerdo de tus crímenes— sí, con seguridad, pasando el tiempo. Pero eso sería lo de menos, con tal de que mi personal holocausto sirviera para salvar de todo riesgo a la organización social. Mas es ingenuo soñar con que tú te llegues a arrepentir de tus vicios, a intimidar ante las sanciones contenidas en las leyes, ni a ceder frente a la crisis que atraviesa la república. Ni mucho menos eres tú, Catilina, hombre a quien la vergüenza pueda

sacar del oprobio, ni el temor del peligro, ni la prudencia de la necesidad. Vete, pues, como ya tantas veces lo tengo dicho: y si quieres atizar el odio público contra mí, tu enemigo —según abiertamente lo proclamas—, dirígete en vía recta hacia el destierro: A duras penas podré sobrellevar el peso de su inquina, si es que te vas al exilio por mi consejo de cónsul! Pero si, al contrario, prefieres contribuir a mi prestigio y a mi glorificación, entonces encamínate rumbo a aquella infame banda de criminales, reúnete con Manilo, subleva a los inconformes, declara la guerra a tu patria, retoza en tu sacrilega revuelta; a fin de que se vea claro que te hasido, no expulsado por mí ni al extranjero, sino invitado y en pos de tus conmlitones.

Aunque, ¿para qué te incito, sabiendo perfectamente que ya tienes destacadas de vanguardia esas fuerzas armadas que te habrán de esperar en la aldehuela de Aurelio, sabiendo que ya tienes prefijada y pactada con Manlio la fecha en que ambos habréis de hacer contacto, y sabiendo, en fin, también, que has ya enviado por delante de tus pasos aquella águila de plata —que espero será fatal y funesta para ti y tus correligionarios— en cuyo honor has llegado a consagrar un sacrilego santuario en tu casa? ¿Y cómo iba a concebirse que tú te resignaras a estar ni el menor tiempo lejos de dicha insignia, a la que acostumbrabas rendir culto antes de ira asesinar y de cuyos altares tan a menudo trasladaste directamente esa tu criminal diestra hasta el pecho mismo de tus conciudadanos?

X. Te vas, pues, a precipitar al fin hacia donde hace tanto te había venido empujando esa ambición sin límite y contumaz que alientas. Circunstancia que, por cierto, lejos de inspirarte el menor remordimiento, lo que te proporciona es, al contrario, un placer inaudito. Para tal destino te crió la naturaleza, te habilitó el tesón, te reservó la suerte. Jamás ambicionaste, no ya la paz, sino ni siquiera la guerra, er ésta sacrilega: y así es como con gentes totalmente carentes no sólo de patrimonio sino hasta de esperanzas te has aparejado tu pandilla de bribones. ¡Y con qué fruición te irás a refocilar en su seno! ¿Cómo vas a regodearte a tus anchas en tal compañía! ¡En qué charca de holgura vas a estar chapoteando al no oír y al no ver a un sólo hombre de bien en la nutrida escolta de tus conmlitones! Porque esas energías que en ti se ponderan tanto, haslas pues al servicio de una existencia consagrada a estar echado en tierra, no sólo acechando la ocasión de algún estupro, sino urdiendo al mismo tiempo toda clase de atentados; a pasar la noche en vela, no sólo atisbando el sueño de los maridos, sino espiondo también la hacienda de los incautos. ¡A fe mía que tienes en qué lucir esa célebre resistencia que opones al hambre, al frío y a todas las privaciones, y que comprobarás extinguida en tu cuerpo para dentro de muy poco! Yo, por mi parte, al lograr excluirte del consulado, obtuve, al menos, la gran ventaja de que, para atacar al gobierno, tengas que atentar contra él como proscrito antes de menoscabarlo como presidente, y de que cuantas aberraciones perpetres en su detrimento, más que como guerra, sean consideradas como bandidaje.

XI. Y ahora, padres conscriptos, para exculparme y desembarazarme de cierto reproche que casi con razón me podría hacer la patria, oíd atentamente, os lo suplico, lo que a continuación voy a decir y depositado en el fondo de vuestro corazón y de vuestras conciencias: suponed, en efecto, que la patria —que es para mí más cara que la vida—, suponed que Italia entera, que toda la sociedad me interpelara en términos como éstos:

Marco Tulio, ¿qué haces? ¿Será acaso posible que permitas escapar a quien te consta que es un rebelde, a quien estás convencido de que será el cabecilla de un

conflicto intestino, a quien bien sabes que es aguardado como comandante en el campamento del enemigo, al responsable de una abominación, al dirigente de una conjura, al agitador de las masas esclavas y al perturbador de la ciudadanía; para que se sospeche, no que ha sido expulsado por ti de la metrópoli, sino más bien que lo has inducido, precisamente, a su asalto? ¿No ordenarás, al contrario que semejante energúmeno sea precipitado al fondo de una mazmorra, arrastrado hasta el patíbulo y escarmentado en el peor de los suplicios?

¿Qué obstáculo te impide el hacerlo? ¿Nuestras tradiciones consuetudinarias? ¡Pero si en repetidos episodios de nuestra historia política hasta los simples particulares han acostumbrado reprimir con la muerte a los miembros nocivos de la ciudadanía! ¿O son, más bien, las leyes formalmente promulgadas y vigentes sobre la improcedencia de la pena capital contra ciudadanos romanos, las que en el presente caso te tienen irresoluto? Pues lo cierto es que en esta ciudad jamás han conservado sus derechos cívicos quienes se han puesto al margen de su organización republicana. ¿O es que quizá te intimida la eventualidad de ulteriores represalias populares? ¡Pues con menuda gratitud correspondes al pueblo romano que a ti, un hombre acreditado tan sólo por tus personales méritos, sin reputación alguna heredada de abolengo, te sublimó tan temprano a la autoridad más alta, a través de todos y cada uno de los eslabones de las magistraturas, cuando, so pretexto de vindictas más o menos eventuales o presa de cualquier otro pánico de índole semejante, abandonas a su suerte la seguridad de tus conciudadanos! Pero, aún concediendo que exista algún fundamento para temer el amago de la animadversión partidista, ¿acaso es más pavorosa la mala voluntad pública que suscita la firmeza de carácter, que la tirria que provoca su endeblez apática? ¿O por ventura imaginas que, cuando en vuelta en la guerra sea arrastrada la Italia y caigan arruinadas sus ciudades y yarden sus edificios, tú no habrás de consumirte al fuego de los enconos?

XII. Voy a permitirte replicar en breves términos, a tan venerables reconveniones de la república y también, de paso, a los reproches de ciertas personas que por el estilo opinan: si yo, padres conscriptos, considerara oportuno recurrir al expediente de condenar a muerte a Catilina, estad seguros de que no concedería al gladiador ese, ni el privilegio de una hora más de vida. Porque, puesto que si varones tan proceros y ciudadanos tan distinguidos no sólo no se mancharon sino hasta se acreditaron con la sangre de individuos como Saturnino, como los Gracos, como Flacco y como tantos otros, de fijo que yo tampoco tendría, por mi parte, razón alguna para temer que, por la muerte de ese parricida de sus compatriotas, pudiere encarnizarse en contra de mi persona, con posterioridad, el rencor popular; y, aún en el caso extremo de que la modo más enconado, ello tampoco me importaría, pues siempre he profesado la firme convicción de que la inquina que provoca la virtud no ha de juzgarse inquina sino mérito.

Pero desgraciadamente, hay ciertos personajes —inclusive en el seno de este mismo organismo— que, o no se percatan de lo que está aconteciendo, o solapan a sabiendas anomalías que claramente advierten. Los cuales personajes, con sus alentadoras opiniones al respecto, han atizado la ambición de Catilina y, haciéndose sordos a su conjuración incipiente, han contribuido a consolidarla; y merced a cuya influencia en las masas populares, no pocos ciudadanos —ya no de mala fe únicamente sino también por mera inconciencia suya podrían llegar a afirmar, en el caso de resolverme yo a escarmentar a nuestro hombre, que mi conducta pública resultaba inhumana y despótica. En cambio, si ese individuo llega hasta donde proyecta llegar, al campamento de Manlio, a nadie supongo tan cándido que no eche

de ver el complot que ha venido planeando, ni a nadie tan cínico que no lo confiese cierto. Por lo demás, estoy absolutamente convencido de que, con liquidar tan sólo a ese sujeto, podría a lo sumo mitigarse momentáneamente, pero no así erradicarse de plano la plaga que azota al Estado; mas si, al contrario, nuestro hombre al fin emigra, sacando con él a sus cómplices y congregando en un mismo lugar a todos esos réprobos que ha estado reclutando por todas partes, entonces sí, no sólo la aguda crisis ésta que atraviesa la república, sino hasta la raíz y el germen mismo de todos sus males, podrán considerarse extirpados y aniquilados definitivamente.

XIII. Porque, en efecto, padres conscriptos, tanto el amago como las emboscadas de la conjura en que actualmente nos debatimos, datan de hace mucho tiempo, aunque la inveterada violencia de su extremismo y de sus pretensiones se haya acumulado toda y haya alcanzado su climax —ignoro por qué providencia— precisamente durante el período de mi consulado. Por ende, si de un movimiento que cuenta con tantos secuaces como el que nos tiene en jaque, sólo este sujeto resultara eliminado, podría, tal vez, parecernos, durante algún tiempo, que hemos quedando libres por completo de congoja y de cuidado: no obstante, el virus, en realidad, subsistirá latente, agazapado en las arterias y en la entraña misma de la comunidad. Y, tal y como acontece a esos enfermos que gravemente abrumados, en la fiebre que padecen, por su sed calenturienta, al ingerir agua helada tienen la sensación por un momento de experimentar alivio, pero de ahí a poco vuelven a sentir de nuevo, y aún con mayor intensidad y violencia, su tormento de antes; así, la crisis que afronta la república, mitigada en apariencia y provisionalmente con la mera vindicta de este hombre, tendrá que prosperar, mientras sus cómplices vivan, con más encarnizamiento.

Por todo lo susodicho, es preciso que emigren los réprobos; que queden bien segregados de los buenos ciudadanos; que vayan a amontonarse a un solo sitio; que se separen en suma, de nosotros, como ya tantas veces lo he dicho. Que dejen de acechar al cónsul mismo en su propio domicilio, de bloquear el tribunal de nuestro pretor urbano, de invadir la curia erizados todos de armas, de aparejar sus haces y teas incendiarias para prenderle fuego a la ciudad; en conclusión, que cada uno de ellos deje al descubierto —tal y como si una marca le señalara la frente— lo que pretenda contra la comunidad. Por lo que a mí respecta, padres conscriptor, yo os formulo la solemne promesa de, que tal ha de ser la energía de nosotros los cónsules al aplicar y ejecutar vuestros decretos, tal el firme apoyo de los romanos y tal la solidaridad de toda la gente de bien, que habréis de comprobar cómo —una vez satisfecha la condición del éxodo de Catilina— queda perfectamente descubierto, probado, reprimido y sancionado cuanto ahora se complota. En vista de lo cual, Catilina, las consecuencias de la sacríflega y malhadada vorágine en que estás a punto de precipitarte no podrán ser otras que la suprema integridad de la república, que tu catástrofe y tu liquidación y el completo exterminio de todas esas gentes que se han hecho tus cómplices en cuantos delitos hay, inclusive el parricidio. Tú, entre tanto, Júpiter, que fuiste consagrado por Rómulo con los mismos auspicios con que se fundó esta ciudad, y a quien con tanta razón damos el nombre de protector de Roma y de su imperio, sabrás mantener a tus templos y los de las demás divinidades, a las construcciones y a las murallas de esta capital, fuera del alcance del monstruo ese y sus secuaces, uno y otros adversarios de los hombres de bien, enemigos de su patria y bandoleros de Italia, entre sí confabulados en siniestra alianza por los vínculos del crimen, y a quienes en eternos suplicios habrás de atormentar vivos y muertos.

EPOPEYA CULTA LATINA.

La Eneida

La Epica latina encontró su máximo desarrollo en la época culminante de la Cultura Romana, diferencia fundamental con la Epica original, especialmente griega. Ciertamente su inspiración fundamental es la Epica original Homérica, la intención asimilativa es evidente en cuanto al contenido. Las características comunes son las siguientes a) El tema central lo constituyen las gestas o hazañas bélicas del héroe o héroes fundadores de un pueblo, en contra de otro pueblo, que de alguna manera se opone al nacimiento de la grandeza del primero. b) Integración de estos hechos son la Religión Mitológica del pueblo. Los dioses patrios protegen a sus héroes y al pueblo en el nacimiento de su grandeza, determinada por el destino. c) Imitación de contenidos. *La Eneida* es, en su primera parte, una *Odisea* y en su segunda parte una *Ilíada*. Es una *Odisea* con los viajes errabundos de Eneas, con dificultades amorosas con descenso a los infiernos etc. Es una *Ilíada* con sus principales guerreras, con sus combates singulares, con el apasionamiento de los dioses divididos en dos bandos, con la descripción del escudo de Eneas, etc.

Ahora veamos las características originales de la *Eneida*: a) La más importante y que además es el motivo de la obra, es la exaltación de Roma y en especial del César Augusto. En esto radica el valor máximo de esta Epopeya culta: que es un episodio centrado en la leyenda arcaica de los orígenes de Roma se refleja toda su historia y en especial la Época de Augusto, Creador de la Pax Romana.

Exalta de manera especial a Augusto como rector de Roma y a los romanos como rectores de los pueblos, "Te regere imperio populos romane memento". (a ti, oh romano, te compete regir con el mando a los pueblos). b) *La Eneida* es una epopeya modernizada por una novela amorosa que le da gran originalidad a la primera parte de la obra: el episodio de Dido y Eneas. En la personalidad del Dido se concentra toda la fascinación que las culturas orientales habrían ejercido sobre los romanos, fascinación peligrosa para la grandeza romana. Dido es la prefiguración de las Guerras Púnicas, de Cleopatra, reina egipcia que hizo perder la cabeza a Julio César y a Marco Antonio y, proféticamente, del espíritu de lujo oriental que marcaría el principio de la decadencia del Imperio Romano. c) La tercera característica de originalidad es el trascendente paralelismo de la Epica homérica pero realizando a la inversa: de la estirpe troyana, humillada y vencida nacería un pueblo destinado por el Hado a convertirse en el más victorioso de la historia. Esta visión trascendente es casi una profunda filosofía de la historia que ilumina magistralmente los sufrimientos y humillaciones de los pueblos con la esperanza de glorias futuras.

Virgilio

El autor de la *Eneida* fue un romano provinciano, Publio Virgilio Marón, nacido en Mantua en el año 70 a.C., perteneciente a una familia de ricos terratenientes. Como era costumbre entre la clase de los Caballeros, su padre cuidó de que recibiera la educación más completa y esmerada de la época, la que, al caer en la

tierra óptima de su talento poético, fructificaría en la realización del "Poeta Nacional" y oficial de la esplendorosa era de Augusto, culminación y gloria de la historia romana.

En su juventud fue testigo de la decadencia de la República Romana manifestada en la inseguridad social, en las Guerras Civiles que desembocaron en los dos triunviratos explosivos de poder; el de Pompeyo, César y Craso en primer término, y posteriormente el de Marco Antonio, Octavio y Lépido.

Sin embargo, fue también testigo de la "Nueva Era", de la inauguración de la "paz universal" lograda por el "divino" Octavio César, que pasaría a la Historia como el "Emperador Augusto" y, por consiguiente de que disfrutaría la ciudad de Roma, a cuya gloria dedicó su poema *La Eneida*

Presentamos a continuación de la *Eneida* los siguientes cuatro libros que, juzgamos, son los más representativos y originales, y que, por lo mismo, expresan más el genio y temperamento de Virgilio.

LA ENEIDA

LIBRO PRIMERO

ARRIBO DE LOS TROYANOS A CARTAGO

Argumento del poema. Invocación a la musa (1-11). Odio de Juno hacia los troyanos y simpatía por Cartago (12-33). Eneas sale de Sicilia. Quejas de Juno a Júpiter (34-49). Eolo y la súplica de Juno (50-80). La tempestad (81-123). Neptuno aplaca los elementos (124-157). Los troyanos arriban a las costas de Libia (158-222). Repara a Júpiter en los naufragos. Venus implora por los troyanos (223-253). Júpiter revela el futuro destino de Roma (254-296). Envía a Júpiter a Mercurio. Eneas y Acates exploran los nuevos lugares (297-313). Venus, disfrazada de cazadora, se aparece a Eneas. Historia de Dido (314-370). La cazadora anuncia a Eneas que regresarán sus compañeros. Eneas reconoce a su madre (371-417). Eneas y Acates entran en la ciudad cubiertos por una nube (418-440). En el templo de Juno, con los muros decorados con episodios de la guerra de Troya (441-493). Aparece Dido. Poco después los compañeros de Eneas (494-578). Manifiéstase Eneas. Dido le demuestra su admiración y simpatía (579-642). Manda Eneas por Ascanio. Venus lo sustituye por el Amor (643-711). El Amor se apodera del corazón de Dido. Acabado el banquete se prolonga la fiesta. Pide Dido que cuente Eneas sus aventuras y la destrucción de Troya (712-756)

Canto las empresas bélicas, canto al héroe que, prófugo por disposición del hado, fue el primero en llegar, desde las costas de Troya, a Italia, a las riberas de Lavinio. Largo tiempo fue juguete por tierra y por mar del poder divino, a causa del pertinaz rencor de la implacable Juno. Mucho hubo de sufrir también en guerras, hasta que fundó una ciudad y estableció sus dioses en el Lacio, de donde provienen la raza latina, los padres albanos y los muros de la excelsa Roma.

Recuérdame, musa, las causas de tan prolongado penar: recuérdame por qué piensa a sus designios o por qué resentimiento empujó la reina de los dioses a un hombre, insigne por su piedad, a pasar sin interrupción de una a otra desventura, a soportar tantas fatigas. ¿Tanta cólera cabe en el ánimo de los dioses?

Hubo antiguamente una ciudad, habitada por los tirios, que estaba enfrente de Italia y de la desembocadura del Tíber, aunque lejos: Cartago, rica en recursos y terriblemente belicosa. Asegúrase que Juno la prefería a cualquier otro lugar de la tierra, incluso a la misma Samos; allí tenía ella sus armas y su carro. Ya desde entonces se esforzaba con ardor la diosa en conseguirle, si el destino lo permitiese, el imperio del mundo. Porque se había enterado de que nacería de sangre troyana una estirpe destinada a abatir las fortalezas tirias; de que un pueblo, gran dominador y fortísimo en la guerra, vendría a destruir la Libia: así lo habían tramado las Parcas.

Esto era lo que temía la hija de Saturno y se acordaba de la guerra en la que tan destacadamente había peleado junto a los muros de Troya por sus amados griegos. Vivas conservaba aún en su memoria las causas de su cólera y de su fiero dolor; permanecen grabados en lo más profundo de su corazón el juicio de París, el ultraje de la belleza despreciada, la aversión al linaje troyano y los honores de Ganimedes. Ardida con tales ofensas, alejaba del Lacio, zarandéandolos sobre el inmenso océano, a los pocos troyanos que habían escapado de los dánaos y del feroz Aquiles, mientras que hacía muchos años, que ellos, impelidos por el destino, vagaban errantes por uno y otro mar. ¡Tan ardua empresa era asentar los fundamentos de la estirpe romana!

*

Apenas, perdida de vista la tierra de Sicilia, desplegaban gozosos las velas los troyanos rumbo hacia alta mar, hendiendo con la bronceína proa la salada espuma, cuando Juno, que guardaba permanente en su corazón la incurable herida, se dijo: ¿De manera que tendré que desistir de mi empeño y darme por vencida sin poder desviar de Italia al rey de los teucros? ¡Me lo impiden los hados! ¿Acaso no pudo Palas incendiar la flota de los argivos y sumergirlos a ellos en el mar sólo por vengar la culpa y la locura de Ayante de Oileo? Ella misma, lanzando desde las nubes el rápido rayo de Júpiter, dispersó los navíos y alborotó los mares con los vientos, arrebató en un torbellino a Ayante que vomitaba llamas del pecho atravesado y lo ensartó en un peñasco puntiagudo. Y yo, que majestuosamente camino a la cabeza de los dioses todos, hermana y esposa de Júpiter, llevo tantos años haciendo la guerra a un solo pueblo. ¿Quién honrará, en lo sucesivo, la gloria de Juno y depositará con reverencia ofrendas en sus altares?"

*

Agitando entre sí tales ideas, con el corazón encendido de cólera, llegó la diosa a Eolia, patria de las nubadas, lugar rebosante de furiosos vientos. Allí el rey Eolo, en una vasta caverna, domina con su autoridad los vientos rebeldes y las sonoras tempestades y los tiene prisioneros y cargados de cadenas. Irritados, braman en torno a su prisión con un hondo mugido que sacude la montaña. Eolo, sentado en la cima de una roca, con el cetro en la mano, mitiga su furor y modera los ánimos. De no hacerlo así, no cabe duda de que los rebeldes vientos arrastrarían consigo el mar, la tierra y el altísimo cielo y los dispersarían por el espacio. Temiendo tal peligro, los encerró en oscuras cavernas el Padre omnipotente y puso encima una gran molde de elevadas montañas y les dio un rey que, conforme a sus órdenes, supiese jalar o soltar las bridas, conforme a normas bien determinadas.

En su presencia habla Juno suplicante en estos términos:

"Eolo (puesto que a ti te ha dado el Padre de los dioses y rey de los hombres el poder de calmar los mares y de alborotarlos con el viento), un pueblo que es mi enemigo surca el mar Tirreno, llevando a Italia a Ilión y los vencidos Penates. Descarga la potencia de los vientos, hunde y anega las naves o a ver cómo los dispersas y esparces sus cuerpos por el mar. Tengo catorce ninfas de hermosísimo cuerpo. Te daré en propiedad a la más bella de todas. Deyopea, y la uniré a ti con vínculo indisoluble, para que, en compensación a un tal servicio, pase en tu compañía sus años todos y te haga padre de una hermosa descendencia."

Eolo repuso: "a ti, reina, te toca decidir lo que desees; a mí no me queda sino

actar tus órdenes. Tú eres la que me has procurado mi reino, cualquiera que sea, mi cetro y el favor de Júpiter. A ti te debo el sentarme a los banquetes de los dioses y el ser dueño de las borrascas y de las tempestades."

*

Esto dijo, y con la punta de la lanza golpeó fuertemente el cóncavo flanco del monte. Los vientos, en cerrada formación como un ejército, se precipitan por la puerta que se les brinda y soplan en torbellino por toda la tierra. El Euro, el Noto y el Ábrego, fecundo en tempestades, abátense de golpe sobre el mar y lo revuelven por completo desde lo más profundo y hacen rodar hasta la playa ingentes olas. Síguese un clamoreo de hombres y el estridor de las cuerdas. Las nubes arrebatadas de improviso el cielo y el día a los ojos de los troyanos; una negra noche se cierne sobre el mar. Trueno la bóveda de los cielos, resplandece, por los ininterrumpidos relámpagos, la región del aire y una muerte inminente amenaza por doquier a aquellos hombres.

De súbito siente Eneas que se le congelan los miembros. Solloza y, tendiendo ambas manos a los astros, exclama:

"¡Dichosos mil veces los que tuvieron la fortuna de morir a la vista de sus padres bajo los muros de Troya! ¡Oh, hijo de Tideo, el más valiente de los dánaos! ¡Que yo no haya podido sucumbir en las llanuras de Ilión y expirar bajo los golpes de tu diestra, allí donde yace el bravo Héctor, muerto por el hierro del Eácida, donde yace el gigantesco Sarpedón, donde el Simois arrastra en su corriente tantos escudos, tantos yelmos, tantos cadáveres de varones fuertes!"

Mientras tales quejas estaba profiriendo, una estridente ráfaga del Aquilón golpea de lleno su vela y levanta olas hasta las estrellas. Quiébranse los remos, gira después la proa y ofrece a las olas el flanco de la nave. Precipítase con toda su mole una verdadera montaña de agua. Unos navegantes están suspendidos en la cima de las olas, otros descubren la tierra del fondo cuando las ondas se entreabren. La tormenta revuelve hasta la arena.

Tres naves, empujadas por el Noto, se estrellan contra rocas invisibles —rocas situadas en medio de las olas, que los italos llaman aras, y cuyo enorme dorso aflora a la superficie del mar—. Otras tres arroja el Euro desde alta mar contra los bajíos, contra los sirtes ¡lamentable espectáculo!; las estrella contra los escollos y las envuelve en un montón de arena. La nave que transportaba a los licios y al fiel Orontes recibe, ante los ojos del propio Eneas, el golpe de una enorme ola que se abate sobre la popa; es sacudido el piloto de su puesto y arrojado al abismo de cabeza. Gira tres veces sobre sí misma la nave y desaparece, engullida por vertiginoso remolino.

Aparecen acá y allá unos cuantos náufragos nadando en la inmensidad. Sobre las olas armas de los guerreros, maderas y el tesoro de Troya. Ha vencido ya la tempestad a la sólida nave de Ilioneo, lo mismo que la del valeroso Acates y aquella en que viajaba Abante y la del anciano Aletes. En todas penetra el agua por las abiertas junturas de los lados y se agrietan por todas partes.

*

Entretanto, merced al gran rugido que se eleva del mar, se da cuenta Neptuno de la tormenta que se había desencadenado y de que el mar se halla agitado hasta lo

más profundo. Sumamente conmovido, levanta por encima de la superficie de las aguas su cabeza y, tendiendo a lo lejos su mirada, contempla la flota de Encas dispersa por el océano y a los troyanos zozobrando ante el empuje de las olas y el desplome del cielo. Comprende de inmediato el hermano las artimañas y la cólera de Juno. Llama a su presencia a Euro y a Céforo y les increpa después en estos términos:

“¿Tanta es la audacia que os da vuestro linaje? ¿Osáis ya, sin mi permiso, remover el cielo y la tierra, vientos atrevidos, y levantar esas olas tan enormes? ¡Yo os...! Pero mejor será calmar las olas alteradas. Otra vez os castigaré de bien diferente manera. Huid prestos y decid a vuestro rey que a mí y no a él ha correspondido en suerte el dominio del mar y el terrible tridente. Él gobierna esas descomunales rocas que son vuestra mansión. Euro, Jáctese Eolo en ese palacio y reine en la prisión en que están encerrados los vientos.”

Así habló, y en menos tiempo que se dice aplaca el hinchado mar, dispersa el rebaño de nubes y vuelve a traer el sol. Cimotoe y Tritón, uniendo sus esfuerzos desencallan las naves; el propio Neptuno las levanta con el tridente, abre las vastas sirtes, calma el mar y con las rápidas ruedas de su carro se desliza sobre la superficie de las olas. Como sucede con frecuencia cuando en medio de una multitud brota la sedición y se enfurece la plebe, vuelan piedras y teas, suministra armas la furia; mas si, por acaso, ven los amotinados a un personaje respetable por sus méritos y por su piedad, callan todos y le prestan atento oído; él endereza con su palabra los espíritus y suaviza los ánimos. Así cesó de repente todo el fragor del mar, después que el dios, dirigiendo su mirada sobre las aguas, y conducido bajo un cielo ya sereno, espolea los caballos, afloja las riendas y vuela con su velocísimo carro.

*

Los fatigados compañeros de Eneas se esfuerzan por alcanzar rápidamente la más cercana ribera y tornan hacia las costas de Libia. En una profunda ensenada hay una isla que, al prolongar sus lados, forma un puerto. Las olas que llegan de alta mar se rompen todas contra esta barrera y, partidas, van formando círculos que se alejan cada vez más. A uno y otro lado se asientan enormes rocas y dos peñascos desmesurados se elevan amenazadores hacia el cielo. A su abrigo enmudecen sosegadas las aguas en un espacio considerable. Elévanse por encima, formando un anfiteatro, árboles de resplandeciente follaje, oscuro bosque que proporciona densa sombra. En la parte opuesta, dentro de una gruta de pendientes rocas hay aguas dulces y asientos tallados en la piedra viva: es la morada de las ninfas. Aquí las maltratadas naves no necesitan ser atadas con cables ni sujetadas por el corvo diente del ancla.

A ese puerto llega Eneas con las siete naves que ha podido reunir de todas las que traía. Con vivo anhelo de tocar tierra desembarcan los troyanos, toman posesión de la ansiada playa y tienden en la arena sus miembros calados de agua salada. Antes que otra cosa, hace saltar Acates una chispa del pedernal, recibe el fuego en unas hojas y le rodea de materia combustible, que él atiza e inflama. Después, aunque fatigados tras tantas peripecias, preparan el trigo dañado por el agua y los utensilios para hacer el pan y se disponen a secar en las llamas y a moler en la piedra el grano que han podido salvar.

Escala entre tanto Eneas un maciso rocoso y otea todo el horizonte de mar que alcanza a contemplar, por si descubre a Anteo zarandeado por el viento o las

birremes frías o a Capys o las armas de Caico ondeando en la alta popa. Ninguna nave divisó en el horizonte; en cambio vio tres ciervos que vagaban en la playa y en pos de ellos un rebaño completo que pacía en larga hilera por el valle. Detiéndose, toma el arco y las rápidas flechas que llevaba el fiel Acates y empieza por abatir a los tres ciervos que iban en cabeza, ostentando en las altas frentes la ramosa cornamenta. Dispersa a continuación a los demás y, a flechazos, hace que se interne desordenadamente en el frondoso bosque todo el rebaño. Y no interrumpe la caza hasta que su arco vencedor ha derribado a tierra siete enormes ciervos, un número igual al de las naves. Vuelve después al puerto y reparte entre sus compañeros el botín. Les distribuye además el vino, que el generoso Acates había cargado en ánforas en la costa de Sicilia y había regalado a los troyanos cuando se disponían a partir, consuela con estas palabras los afligidos corazones:

“Compañeros, no hemos olvidado nuestras anteriores desventuras, y vosotros las habéis padecido harto peores: un dios ha de poner fin a tantas pruebas. A vosotros os ha tocado ver también de cerca la rabia de Escila y los escollos que resuenan en lo profundo; sabéis así mismo de los peñascos de los Cíclopes. Recobrad el ánimo y desechad el temor que os entristece. Tal vez algún día os sea grato evocar estos recuerdos. A través de los más diversos azares, a través de tantos peligros, nos dirigimos al Lacio, donde los hados nos permiten entrever a pacibles moradas; allí nos será dado volver a levantar el reino de Troya. Tened paciencia y guardaos para días favorables.”

Tales son las palabras que pronuncia Eneas. Angustiado por graves preocupaciones, finge esperanza en su rostro mientras sofoca en su corazón el más profundo dolor. Sus compañeros se aprestan a disponer la caza y lo que han de comer. Desuellan los animales y dejan las vísceras al desnudo. Unos los parten en pedazos y los clavan en asadores, todavía palpitantes; otros colocan en la playa utensilios de bronce y atizan el fuego. No tardan en reparar sus fuerzas con la comida y, tendidos en el césped, se sacian de vino añejo y de pingüe carne de animal montaraz.

Satisfecha el hambre con este banquete y levantada la mesa, hablan largo y tendido lamentando la pérdida de sus compañeros; dudando entre la esperanza y el temor, no saben si vivirán todavía o si, habiendo perecido, no oírán ya más la voz que los llama. Más que a los demás, el piadoso Eneas llora para sí, ora la suerte del animoso Orontes, ora la de Amyco, ora el cruel destino de Lico, ora al fuerte Gyas y al valeroso Cloanto.

*

Habían llegado a su término los lamentos, cuando Júpiter, contemplando desde lo alto del firmamento el mar por donde se deslizan raudas las velas, la dilatada tierra, los litorales y los pueblos esparcidos, detúvose en la cúspide del cielo y dirigió su mirada al reino de Libia.

Mientras revolvía en su interior estas preocupaciones. Venus, triste sobremana, anegados en lágrimas sus brillantes ojos, le dice:

“Oh tú, que riges con eternos decretos los asuntos humanos y divinos y aterras al mundo con tus rayos, ¿qué crimen tan grave han podido cometer contra ti mi Eneas y los troyanos, para que, después de soportar tantas calamidades, se les cierre el universo a causa de Italia? Habías prometido que un día, en el transcurso de los años, de aquí, de la renovada sangre de Teucro, nacería indefectiblemente el pueblo dominador de los romanos, destinado a tener bajo su entero dominio mar y

tierra. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de parecer? Con esta promesa me consolaba de la caída de Troya y de su lamentable ruina, oponiendo destinos mejores a los destinos adversos. Pero he aquí que idéntica suerte sigue persiguiendo a estos hombres, abrumados con tantas calamidades. ¿Qué límite pondrás gran rey, a sus trabajos?

“Antenor, escapando a través de los aqueos, pudo penetrar en el golfo de Iliria y llegar, sin riesgo alguno, hasta lo más adentro del reino de los liburnios y salvar las fuentes del Timavo que, por nueve bocas a la vez, brota de la montaña con gran estruendo, semejante a un mar impetuoso, e inunda los campos con sus aguas sonoras. Aquí fundó la ciudad de Padua, estableció una colonia de teucros, dio nombre a la nación y colgó las armas de Troya; ahora reposa tranquilo en una plácida paz.

“En cambio, nosotros, que somos tu sangre, nosotros a quienes prometes un lugar en el cielo, perdemos, oh desventura, las naves, somos abandonados a nosotros mismos y mantenidos lejos de las costas de Italia por la cólera de un solo enemigo. ¿Así se honra la piedad? ¿Así nos repones en nuestro reino?”

*

Sonriéndole con el mismo semblante con que serena el cielo y las tempestades, el padre de los dioses y de los hombres besó a su hija y le dijo:

“Desecha tus temores, Citerea; siguen inmovibles los destinos de los tuyos. Verás la ciudad y los prometidos muros de Lavinio, elevarás hasta los astros del cielo al magnánimo Eneas; no he cambiado de parecer. Este héroe —te lo voy a decir para tu tranquilidad, ya que te inquieta ese cuidado, y hasta te voy a revelar los secretos del destino—, sostendrá en Italia una gran guerra, subyugará pueblos belicosos, dará a su gente leyes y ciudades, hasta que le hayan visto reinar en el Lacio tres veranos y hayan transcurrido tres inviernos desde la sumisión de los rútuos. El pequeño Ascanio, que lleva ahora el sobre nombre de Iulo (Ilo se llamaba mientras existió el reino de Ilión), cumplirá en su reinado el largo círculo de meses que forma treinta años, trasladará la capital de Lavinio a Alba Longa y la fortificará con sólidas murallas.

“Aquí reinará durante trescientos años la raza de Héctor, hasta que una reina sacerdotisa, Ilia, fecundada por Marte, dé a luz dos gemelos. Rómulo, orgulloso de cubrirse con la leonada piel de una loba, su nodriza, recibirá el cetro, edificará los muros de Marte y legará su propio nombre a los romanos. A éstos no les pongo límite ni en el espacio ni en el tiempo; les he dado un imperio sin fin. Más aún, la áspera Juno, que hoy trae atemorizados mar, tierra y cielo, cambiará a mejor opinión y favorecerá conmigo a los romanos, señores del mundo, hombres de toga.

“Tal es mi voluntad. Pasarán los lustros y vendrá un tiempo en que la casa de Assaraco reducirá a servidumbre a Phtía, y a la ilustre Micenas y dominará sobre la vencida Argos. Más tarde nacerá César, troyano de gentil estirpe, que extenderá su imperio hasta el océano y su fama hasta los astros; su nombre de Julio le viene del gran Iulo.

“Un día tú misma, libre de inquietudes, le recibirás en el cielo, cargado con los despojos del Oriente; también él será invocado aquí con preces. Entonces cesarán las guerras y se suavizará la rudeza de los siglos. La cándida Fe y Vesta, Quirino con su hermano Remo dictarán las leyes; con férreos y sólidos barrotes se cerrarán las temibles puertas de la Guerra; dentro el furor impio, sentado sobre armas homici-

das, y con las manos atadas a la espalda con cien nudos de bronce, rugirá con el rostro horriblemente ensangrentado.”

*

Dijo, y desde lo alto del cielo envió al hijo de Maya para que las tierras y los muros de la nueva Cartago se abran hospitalarias a los teucros, no fuese que Dido, ignorante de los hados, los arrojará de sus confines. Vuela el dios por el espacio inmenso sirviéndose de sus veloces alas y llega rauda a las costas de Libia. Ejecuta en seguida las órdenes y los fenicios, por voluntad del dios, deponen su natural feroz. La reina es la primera en asumir hacia los teucros una disposición de ánimo pacífica y sentimientos benévolos.

Empero, el piadoso Eneas, agitado toda la noche por mil diversos pensamientos, resolvió, tan pronto como despuntó la luz vivificante, salir a reconocer los nuevos lugares, y a averiguar a qué litoral los ha arrojado el viento, quiénes habitan ese país, si hombres o fieras, pues no lo ve cultivado, para después comunicar a sus compañeros el resultado de su exploración. Oculta su flota en una ensenada boscosa, bajo la cavidad de una roca, rodeada y cubierta por la densa sombra de los árboles, y se pone en marcha, acompañado únicamente de Acates. Blandiendo en su mano dos venablos forrados de hierro.

*

En medio del bosque le sale al encuentro su madre, con el aspecto, el vestido y las armas de una virgen espartana, o parecida a la tracia Harpálice, cuando fatiga sus corceles y supera en la carrera al veloz Euro. Como una cazadora llevaba, según es la costumbre, colgado a sus espaldas un arco ligero y dejaba que flotasen al viento sus cabellos. Tenía descubierta la rodilla y recogía con un nudo los pliegues flotantes de su vestido.

“¡Hola, jóvenes!, dice ella la primera, ¿no habéis visto por casualidad pasar por aquí a alguna de mis hermanas, armada de aljaba y cubierta con una piel moteada de lince, o que siguiese gritando la carrera de un jabalí espumante?”

Así habla Venus y su hijo le responde:

“A ninguna de tus hermanas he visto ni oído, oh virgen, que no sé cómo llamarte. Porque tú no tienes cara de mortal, ni suena a humana tu voz. Eres, sin duda, una diosa. ¿La hermana de Febo o una de la familia de las Ninfas? Sénos propicia y alivia, quienquiera que seas, nuestras fatigas; dínos, de una vez, bajo qué cielo y en qué lugar del mundo nos encontramos desconocedores del país y de quienes lo habitan, andamos errantes, arrojados aquí por el viento y por la violencia de las olas. Al pie de tus altares hará caer numerosas víctimas nuestra diestra.

A lo que Venus:

“No soy digna, por cierto, de tal honor. Es costumbre de las vírgenes de Tiro llevar aljaba y calzar las piernas con alto coturno de púrpura. Estás viendo un reino fenicio, tirios y la ciudad de Agenor, pero el territorio es de los libios, un pueblo indomable en la guerra. Este estado lo gobierna Dido, que salió de la ciudad de Tiro, huyendo de su hermano. Larga de contar es la injusticia y largas sus vicisitudes; me limitaré a reseñar los hechos más salientes.

“Estaba casado con ella Siqueo, el más rico en tierras de todos los fenicios, a quien amaba tiernamente la infeliz. A él se la había entregado su padre, virgen todavía, y con él la había unido bajo los auspicios de un primer himeneo. Pero ocupaba el trono de Tiro su hermano Pigmalión, el más malvado de todos los hombres. Nació un odio implacable entre los dos cuñados. El impío, cegado por el amor del oro, sorprende a Siqueo al pie del altar y lo asesina en secreto, sin tener en cuenta los afectos de su hermana.

“Largo tiempo tuvo oculto el crimen, e, inventando mil pretextos el perverso, tuvo engañada con una vana esperanza a la amante desolada. hasta que se le apareció en sueños a la esposa la propia sombra del marido insepulto, cubierto de una extraña palidez el rostro, y le mostró el altar ensangrentado y su pecho atravesado por la espada, y reveló todo acerca del secreto crimen del palacio. Después la persuadió de que debía precipitar la fuga y abandonar la patria y le señaló, para ayuda del viaje, antiguos tesoros escondidos bajo tierra, un desconocido caudal en oro y plata.

“Conmovida con estas noticias, prepara Dido la fuga y selecciona compañeros. En torno de ella se reúnen aquellos que odiaban ferozmente al tirano o los que le tenían gran temor. Se apoderan de unas naves, que estaban casualmente dispuestas, y las cargan de oro. Son transportadas por el mar las riquezas del ambicioso Pigmalión, siendo una mujer el caudillo de la empresa. Llegaron a los lugares donde vas a ver ahora altas murallas y levantarse la ciudadela de la nueva Cartago, y compraron tanto terreno cuanto pudiese ser cercado todo él con una piel de toro de ahí el nombre de Birsá. Pero, en fin, ¿quién sois vosotros? ¿De qué país venís? ¿A dónde os dirigís?”

*

Con suspiros y sacando la voz de lo más profundo de su pecho replica Eneas a la que tales preguntas le dirige:

“Oh diosa, si me remontara al primer origen de nuestras calamidades y tuvieras tú tiempo de escuchar su historia, el Héspero, cerrando el Olimpo, pondría fin al día antes de terminar.

“Desde la antigua Troya —si acaso el nombre de Troya ha llegado a vuestros oídos— tras ser arrastrados por uno y otro mar, el capricho de la tempestad nos ha arrojado a las costas de Libia. Soy el piadoso Eneas, que traigo conmigo en la flota los penates arrebatados al enemigo, y cuya fama llega hasta los astros. Me dirijo a Italia, cuna de mis padres, quedescienden del soberano Júpiter.

“Con veinte naves me embarqué en el mar de Frigia, y mientras la diosa, mi madre, me mostró el camino, seguí el destino que se me había predestinado. Apenas quedan siete, maltratadas por el viento y por las olas. Yo mismo, desconocido, privado de todo, recorro los desiertos de Libia, arrojado de Europa y de Asia.”

No pudiendo soportar que se quejase por más tiempo, en medio de su dolor le interrumpió de esta manera:

“Quienquiera que seas, no creo que respires el aura vital cayendo mal a los seres celestiales, puesto que has llegado a la ciudad de los tirios. Prosigue tu camino y vete desde aquí al palacio de la reina. Te anuncio que están de retorno tus compañeros y que te ha sido devuelta tu flota, conducida a lugar seguro al cambiar

de dirección los vientos, a menos que mis padres me hayan enseñado en vano el arte de los augurios.

“Mira esos doce cisnes en alegre bandada, a los que el ave de Júpiter, dejándose caer de lo más alto del aire, dispersaba por el ancho cielo; ahora, formando una larga fila, parecen posarse en la tierra o contemplar el lugar ya escogido. Así como ellos, reunidos, juegan batiendo alegremente las alas y vuelan en círculo cantando por el aire, así tus naves y tus jóvenes acompañantes o están ya en el puerto o se dirigen a él a toda vela.

“Sigue, pues, y encamina tus pasos hacia donde el sendero te conduce.”

Dijo, y al volverse refulgió su rosado cuello, y sus cabellos, perfumados de ambrosía, exhalaban un olor divino; bajaron hasta los pies los pliegues de la túnica y se reveló como verdadera diosa en el andar. Así que Eneas reconoció a su madre, la fue siguiendo, mientras se alejaba, con estas palabras:

“¿Por qué, cruel tú también, te burlas tantas veces de tu hijo con engañosas imágenes? ¿Por qué no se le concede estrechar tu diestra con su diestra y escucharte y contestarte abiertamente?”

Así reprocha a su madre y endereza sus pasos a las murallas. A medida que van avanzando los envuelve Venus con un aire oscuro y los rodea de una densa cortina de niebla, para que nadie los pueda ver, ni tocar, ni retardar su marcha, ni preguntarles las causas de su arribo. Vuela ella a Pafos y torna a contemplar llena de gozo su morada, donde tiene un templo a ella dedicado, en el que el incienso de Saba se quema en cien altares perfumados con frescas guirnaldas.

*

Mientras tanto Eneas y Acates aprietan el paso por donde los guía la vereda. Ya estaban llegando a la cima de una colina que domina con su altura la ciudad cuando contempla desde lo alto la fortaleza que tiene en frente. Admira Eneas aquellas moles, que fueran cabañas en un tiempo; admira las puertas, el ir y venir de la gente, el pavimento de las calles.

Los tirios trabajan febrilmente: unos levantan la cerca de murallas, construyen la ciudadela y hacen rodar los bloques de piedra con sus manos; otros eligen el lugar donde alzar su casa y trazan un surco a su alrededor. Escogen jueces, magistrados y el senado inviolable. Excavan aquí un puerto, ponen allá los hondos cimientos de un teatro y tallan de los bloques de piedra altísimas columnas, noble decoración de la futura escena.

Lo mismo que las abejas cuando, al apuntar el verano, se entregan a su tarea por los campos floridos bajo los rayos del sol, cuando van haciendo crecer a sus crías hasta convertirlas en adultos, o cuando espesan la líquida miel y llenan de suave néctar las celdillas, o cuando reciben la carga de las que llegan, o cuando, cerradas las filas, alejan de las colmenas al perezoso rebaño de los zánganos: el trabajo es intensísimo y la fragante miel exhala olor a tomillo.

“¡Afortunados aquellos cuyos muros se elevan ya!”, exclama Eneas, mientras contempla las más altas edificaciones de la ciudad. Maravillosamente oculto por la niebla, deslízase por medio de la gente, mezclándose con ella sin que nadie lo vea.

*

Había en medio de la ciudad un bosque sagrado, extremadamente umbrío,

en donde muy pronto los fenicios, combatidos por las turbulentas olas, habían desenterrado el emblema que les indicara la reina Juno, la cabeza de un fogoso caballo, augurio de que había de ser un pueblo notable en la guerra y abundante en productos a lo largo de los siglos.

Allí estaba levantando a Juno la sidonia Dido un colosal templo, riquísimo por sus dones y por la protección de la diosa. De bronce era el umbral, al que se subía por unas gradas, de bronce eran las vigas, de bronce las puertas que giraban en sus quicios. El inesperado espectáculo que se ofreció a Eneas en aquel bosque sagrado calmó por vez primera sus temores; allí, por vez primera, se atrevió a confiar en la salvación y a concebir mejores esperanzas en sus lamentables condiciones.

Porque mientras, bajo la grandiosa bóveda del templo, va examinando atentamente cada una de sus maravillas, esperando a la reina, mientras admira la fortuna de la ciudad y la maestría de los artesanos rivalizando entre sí y el trabajo de las obras, ve los combates de Ilión dispuesto según cierto orden, y esos hechos bélicos que ya se han hecho famosos por todo el mundo, a los Atridas, a Priamo y a Aquiles irritado contra unos y otros.

Se detiene y, derramando lágrimas, exclama:

“Acates, ¿qué lugar hay ya, qué región de la tierra que no esté llena de nuestra desgracia? Mira a Priamo; también aquí hay recompensa para su mérito, también aquí hay lágrimas por las desventuras y conmueven el corazón los infortunios humanos. No tengas miedo, esta celebridad ha de contribuir algún tanto a tu salvación.”

Así habla mientras recrea su espíritu en aquella vana pintura, sollozando sin tregua y humedeciendo su rostro con abundante llanto. Porque estaba viendo cómo, peleando alrededor de Pérgamo, en un mural se daban a la fuga los griegos acosados por los jóvenes troyanos, en otro, eran perseguidos los frigios desde su carro por Aquiles con su casco empenachado. En otro cercano, reconoce llorando las tiendas, blancas como la nieve, de Reso; el hijo de Tideo, todo cubierto de sangre, las había sorprendido durante el primer sueño y las pasaba a cuchillo con cruel carnicería, y se llevó los fogosos caballos al campamento antes de que gustasen los pastos de Troya y bebiesen las aguas de Xanto.

En otra parte, habiendo perdido las armas, Troilo, joven desventurado y muy inferior para ponerse a pelear con Aquiles, es jalado por los caballos y su cuerpo derribado permanece adherido al carro vacío sosteniendo aún las bridas; su cabeza y su cabellera son arrastradas por el suelo mientras la punta de su lanza va trazando un surco sobre el polvo.

Mientras tanto iban al templo de la injustamente indignada Palas las mujeres de Ilión, con los cabellos esparcidos, llevándole el velo sagrado, tristes, suplicantes, golpeándose el pecho con las palmas; mas la diosa, vuelta la cabeza, mantenía fijos los ojos en el suelo. Tres veces había arrastrado Aquiles a Héctor en torno a los muros de Troya y vendía su cuerpo exánime a precio de oro.

En este punto, Eneas emite un prolongado gemido desde lo más profundo de su pecho, al divisar los despojos, el carro y el propio cuerpo de su amigo, y a Priamo tendiendo sus manos inermes. Reconocióse también a sí mismo confundido entre los caudillos a queos y reconoció los escuadrones venidos del Oriente y las armas del negro Memnón. Es la enfurecida Pentesilea la que conduce las huestes de las Amazonas portadoras de escudos en forma de luna, y la que muestra su ardor entre

millares; descubiertos los senos y sostenidos por un círculo de oro, la guerra virgen se atreve a medirse con varones.

*

Mientras al dardanio Eneas parecénle admirables estas escenas, mientras presa de estupor permanece absorto en su contemplación, hace su solemne entrada en el templo rodeada de un numeroso séquito de jóvenes la reina Dido, esplendente de belleza.

Como Diana conduce los coros de la danza en las riberas del Euretás o en las cumbres del Cinto o mil Oréadas se aglomeran de todas partes en su seguimiento; ella avanza con la aljaba a la espalda más alta que todas las otras diosas, y un secreto gozo hace palpitar el corazón de Latona; así era Dido, así de alegre se mostraba en medio de los suyos impulsando los trabajos de su futuro reino. Se sienta a las puertas de la diosa, en el centro de la nave del templo, rodeada de gente de armas, apoyándose en un elevado trono.

Estaba administrando justicia, dando leyes a su pueblo, repartiendo el trabajo de las obras en partes proporcionales o bien sorteándolo, cuando de repente Eneas ve acercarse, con gran concurrencia de gente, a Antheo, a Sergesto, al valiente Cloanto y a otros teueros, a quienes la negra borrasca había dispersado por el mar y los había arrojado a bien diferentes costas. A un tiempo quedaron estupefactos él y Acates, estremecidos de gozo y de temor; ardían en ansias de estrechar sus diestras, mas turba sus ánimos el no saber en qué puede parar todo.

Disimulan sus sentimientos y envueltos por la cóncava nube espían para saber cuál sea la suerte de aquellos hombres, en qué playa hayan dejado la flota, con qué fin vengan. Porque iban hombres escogidos de todas las naves a implorar piedad y se dirigían al templo en medio de un gran clamor.

Una vez que fueron introducidos y se les dio permiso para hablar ante la reina, el de más edad, Ilioneo, con gran calma comenzó de esta manera:

“Oh reina, a quien ha concedido Júpiter fundar una ciudad nueva y frenar con la justicia a gentes indómitas, nosotros, desventurados troyanos, a quienes los vientos han traído y llevado por todos los mares, venimos a suplicarte que a partes de nuestras naves las criminales llamas, que tengas consideración con un pueblo piadoso, y que examines de cerca nuestro caso. Nosotros no venimos ni a devastar con el hierro los penates de los libios, ni a saquear y llevarnos el botín. No anida en nuestro ánimo tal violencia ni tamaña soberbia sienta bien a los vencidos.

“Hay un país, llamado Hesperia por los griegos, tierra antigua, poderosa por las armas y por la fecundidad del suelo; la habitaron un tiempo los enotrios y se dice ahora que sus descendientes llamaron al país Italia por el nombre de su caudillo. Esta era nuestra ruta, cuando levantó de repente una tormenta el proceloso Orión, nos arrojó contra arenales que no estaban a la vista y, desencadenando los más furiosos austrós, nos dispersó, vencidos por los elementos, en medio de las olas y de rocas inaccesibles. Sólo unos pocos hemos logrado llegar a nado a tus riberas.

“¿Qué clase de hombres es ésta? ¿Qué país tolera una costumbre tan bárbara? Se nos niega la hospitalidad de una playa, nos mueven guerra y no nos permiten poner el pie en la orilla. Si menospreciáis al género humano y las armas de los mortales, temed, por lo menos, a los dioses, que no olvidan ni las buenas ni las malas acciones.

“Nuestro rey era Eneas; más justo que él no ha habido otro, ni más piadoso ni más valiente en la guerra. Si el destino le conserva aún con vida, si se alimenta todavía de las etéreas auras y no yace ya entre las crueles sombras de la muerte, no hay por qué temer. Ni te arrepentirás de haber sido la primera en dispensar tus beneficios. Tenemos también en las regiones sicilianas ciudades y armas y el ilustre Acestes, de sangre troyana. Permítasenos sacar a la orilla la flota quebrantada por los vientos, ajustarla con travesaños extraídas de los bosques y proveerla de remos, a fin de que, si se nos concede, una vez encontrados nuestros compañeros y nuestro jefe, dirigir el rumbo a Italia, podamos arribar felizmente a Italia y al Lacio.

“Pero si ya no hay salvación, si a ti, excelso padre de los teucros, te tiene sepultado el mar de Libia y ya no queda esperanza alguna de Julio, podemos, al menos, dirigirnos a los estrechos de Sicilia y a los hospitalarios lugares de donde habíamos partido, y volver a buscar al rey Acestes.”

Así hablaba Ilioneo mientras todos los dardánidas asentían con un murmullo de aprobación.

Entonces Dido, con la mirada baja, responde brevemente:

“Expulsad el temor de vuestro corazón, teucros, desechad los cuidados. Mi crítico estado y el que mi reino es reciente me obligan a tomar tales precauciones y a custodiar por doquiera mis fronteras con gran celo. ¿Quién hay que no conozca la estirpe de los Enéadas, la ciudad de Troya, el heroísmo de sus hombres y el incendio que puso fin a una guerra tan terrible? No tenemos los fenicios corazones tan insensibles ni el sol unce sus cabellos tan lejos de la ciudad tiria. Sea que deseéis ir a la gran Hesperia y a los campos de Saturno o que preferáis volver al país de Erix con el rey Acestes, os dejaré partir asegurados con mi ayuda y os auxiliaré con mis recursos.

“Mas si queréis estableceros conmigo en este reino, vuestra es la ciudad que estoy edificando; sacad a tierra las naves; troyano y tirio serán tratados por mí sin discriminación alguna. Y ojalá que Eneas, vuestro propio rey, empujado por el mismo viento, se hallase también entre nosotros. De cualquier manera voy a despachar hombres de toda mi confianza por todos los puntos de la costa y les ordenaré que exploren los más apartados lugares de la Libia para ver si se encuentra perdido en algún bosque o en alguna ciudad, adonde le haya arrojado la tormenta.”

*

Animados con estas expresiones, tanto el valiente Acates como el venerable Eneas hacía ya rato que ardían en deseos de desgarrar la nube. Acates, primero, se dirige a Eneas:

“Hijo de una diosa, ¿qué se te ocurre ahora? Todo lo ves ya seguro; se han salvado la flota y los compañeros. Sólo falta uno, aquel a quien nosotros mismos vimos sumergirse en medio del mar; todo lo demás está de acuerdo con lo que tu madre dijo.”

Apenas había dicho eso, se rasga de repente la nube que los envolvía y se disipa en el aire libre. Apareció Eneas resplandeciente con una viva luz, semejante a un dios en su rostro y en su continente, porque su madre misma había insuflado a su hijo una especial belleza en su cabellera, un purpúreo esplendor de juventud y graciosa brillantez en sus ojos. Como cuando la mano del artista añade esplendor al

marfil o como cuando la plata o el mármol de Paros son engastados en amarillo oro.

Diríges enseguida a la reina ante la multitud sorprendida por su inesperada aparición y le dice:

“Aquí está delante de vosotros aquel que estáis buscando, el troyano Eneas, que ha escapado a las líbicas olas. Oh tú, que eres la única en compadecer las inenarrables desventuras de Troya, que acoges amigablemente en tu ciudad y en tu casa a los pocos que escaparon de los dánaos, exhaustos ya por tantas desventuras de mar y de tierra, faltos de todo. No está en nuestra mano, Dido, darte las debidas gracias, ni en la de la restante gente dardania, que anda dispersa por la faz del orbe. Recompénsentelo dignamente los dioses, si es que todavía hay divinidades que tengan en cuenta a las personas piadosas, si es que existe en alguna parte la justicia y la conciencia del bien obrar.

“¿Qué siglos tan dichosos te han traído al mundo? ¿Qué progenitores tan ilustres te engendraron? Mientras los ríos corran a la mar, mientras las sombras cubran las faldas de las montañas, mientras se apacienten en el cielo las estrellas, permanecerán entre nosotros tu gloria, tu nombre y tus alabanzas, cualquiera que sea la tierra adonde me llame el destino.”

Dicho esto, tiende la diestra a Ilioneo y la izquierda a Sereste, y da en seguida la mano a todos los demás, al valiente Gyas y al valiente Cloanto.

Sorprendida primero por la presencia y después por los infortunios tan grandes del héroe, habló en estos términos la sidonia Dido:

“¿Qué fatalidad, hijo de una diosa, es la que te persigue a través de tantos peligros? ¿Qué poder te arroja a playas inclementes? ¿Tú eres aquel Eneas que la divina Venus concibió del dardanio Anquises a orillas del Símois de Frigia? Y, por cierto, recuerdo que Teucro llegó a Sidón expulsado de su patria, en busca de un nuevo reino con el auxilio de Belo. En aquel entonces, Belo, mi padre, saqueaba la opulenta Chipre y la tenía bajo su dominio después de la victoria. Ya desde entonces me son conocidos la caída de la ciudad de Troya, tu nombre y los reyes pelasgos. El mismo Teucro, aunque enemigo, hacía grandes elogios de los troyanos y pretendía descender de la antigua estirpe de los teucros.

“Por tanto, venid, jóvenes, entrad bajo nuestros techos. Una suerte semejante ha querido que yo, zarandeada también por muchas pruebas, arraigase por fin en esta tierra. No ignorando la desventura, he aprendido a socorrer a los desventurados.”

Al par que recuerda estas cosas conduce a Eneas al palacio real al propio tiempo que ordena rogativas en los templos de los dioses. Y a los compañeros de Eneas que quedaron en la playa les envía veinte bueyes, cien grandes puercos de erizado lomo, cien cebados corderos con sus madres, destinados a festejar esa jornada.

Mientras tanto se decora el interior del espléndido palacio con lujo verdaderamente regio. El banquete se dispone en una sala central. Osténtanse tapices de púrpura artísticamente bordados, colócanse sobre las mesas colosales piezas de plata y vasos de oro en los que se han cincelado las gloriosas empresas de los antepasados, larga serie de hazañas cuya tradición se perpetúa a lo largo de tantos héroes, desde el origen de aquella antigua familia.

*

Como el amor paterno no dejaba sosegar a la mente de Eneas, envía éste a las

naves al veloz Acates, para que anuncie a Ascanio los acontecimientos y lo traiga a la ciudad. En Ascanio se cifra toda la preocupación de tan tierno padre.

Manda además que se traigan como regalos algo de lo que escapó a la ruina de Ilión: un manto recamado en oro con figuras en relieve, un velo bordado con hojas de acanto, gala de la argiva Helena y regalo maravilloso de su madre Leda, que aquella llevó consigo de Micenas cuando corrió a Pérgamo en busca de un matrimonio que le estaba vedado. Además, el cetro que en otro tiempo portara Ilión, la hija mayor de Priamo, su collar de perlas y su corona doblemente enriquecida de piedras preciosas y de oro.

Dándose prisa por cumplir estas órdenes, recorría Acates el camino que a las naves conducía.

Citerea, empero, da vueltas en su corazón a nuevas artimañas y nuevos planes. Maquina que Cupido, cambiando de rostro y de presencia, vaya en lugar del dulce Ascanio y que, al ofrecer los presentes de Eneas inflame a la reina con un amor furioso que cale hasta sus huesos. Y es que desconfía de la ambigua mansión y de los tirios de doble lenguaje; la tiene sobre asenas la atroz Juno y al acercarse la noche la asaltan con más insistencia las preocupaciones.

Dirjese, pues, en estos términos al Amor aligero:

“Hijo, tú solo eres mi fuerza y todo mi gran poder; hijo, que no tienes miedo a los rayos con que tu padre omnipotente fulminó a Tifeo. A ti recorro e imploro suplicante la ayuda de tu poder. Tu hermano Eneas, perseguido por el odio de la cruel Juno, anda perdido por el mar, de ribera en ribera. Bien lo sabes y has participado con frecuencia de mi dolor. En estos momentos es huésped de la fenicia Dido, quien lo entretiene con discursos lisonjeros, y abrigo mis sospechas de una hospitalidad auspiciada por Juno; de seguro que no estará inoperante en un trance tan difícil. Por estas buenas razones proyecto aprehender a la reina en mis lazos e inflamarla, a fin de que no cambie por obra de alguna otra divinidad y se mantenga ligada a Eneas por un gran amor, como yo.

“Ahora escucha mi intención para que lo puedas llevar a cabo. A instancias de su amado padre, Ascanio, mi mayor preocupación, se dispone a ir a la ciudad sidonia llevando los dones que se han salvado del mar y del incendio de Troya. Después de haberle dormido con un sueño profundo le voy a esconder en un lugar sagrado, en los montes de Citera o de Idalia, de manera que no pueda en modo alguno descubrir mi estratagema ni frustrarla con su intervención. Reviste su semblante por una noche solamente; niño, toma los rasgos de ese niño que también conoces, y, cuando Dido, transportada de alegría, te acoja en su regazo en medio de las delicias del banquete real y de las libaciones ofrecidas a Lieo, cuando te abraze cubriéndote de dulces besos, insúflale un fuego secreto y engáñala con tu veneno.”

Obedece Amor a las palabras de su querida madre, se despoja de las alas y camina gozoso imitando el andar de Julio. Venus, por su parte, difunde un apacible sopor en los miembros de Ascanio y, estrechándolo contra su regazo, lo transporta a los frondosos bosques de Idalia, donde la tierna mejorana le envuelve con sus flores olorosas y su dulce sombra.

Cupido, mientras tanto, cumplimentando los deseos de Venus, llevaba a los tirios los regios dones, y caminaba alegre guiado por Acates. Cuando llegó se encontraba ya recostada la reina en un lecho de oro adornado con preciosísimos tapices, y se había situado en el centro del banquete. Ya se habían colocado juntos y se sentaban sobre escaños de púrpura el venerable Eneas y la juventud troyana.

Dan aguamanos los sirvientes, sacan el pan de los canastillos y ofrecen suaves servilletas. En el interior se afanan cincuenta fámulas, a quienes incumbe preparar ordenadamente la larga serie de manjares y honrar a los penates quemando incienso. Otras cien y otros tantos sirvientes de la misma edad colman las mesas de viandas y escancian el vino en las copas.

De igual guisa se congregan numerosos los tirios en el festivo salón y son invitados a tenderse en recamados divanes. Admiran los regalos de Eneas, admiran a Julio y la ardiente mirada del dios y sus fingidas palabras, y el manto y el velo orlado de acanto.

*

Más que nadie admíralo Dido, la infortunada Dido fenicia, destinada a pódima ruina, que no puede sosegar su espíritu; se inflama contemplando al falso Julio y se siente igualmente conmovida por el niño y por los dones.

Cupido, una vez que, suspendiéndose del cuello de Eneas, le hubo abrazado, y satisfizo el gran cariño del mentido padre, se dirigió a la reina. Fija ésta en él sus ojos y toda su alma, y lo estrecha a menudo contra su pecho, sin saber, la infortunada, qué poderoso dios se sentaba en sus rodillas. Cupido, acordándose de su madre de Acidalia, comienza a borrar poco a poco el recuerdo de Siqueo y trata de hacer vibrar con vivo amor un alma ya hace tiempo sosegada y un corazón que ya no estaba acostumbrado a amar.

Terminada la primera parte del banquete y retirados los manjares de la mesa, disponen los criados grandes copas y coronan el vino. Resuena de estépito el palacio y se llenan de voces las amplias estancias. Penden de los dorados artesonados lámparas encendidas y la llama de las antorchas derrota a la noche. Demanda entonces la reina, para colmarla de vino, una pátera bien pesada por su oro y piedras preciosas, en la que habían tenido la costumbre de beber Belo y todos cuantos de Belo descendían. Hecho un silencio absoluto en todo el palacio, exclama:

“Júpiter, pues que se asegura que tú presides la hospitalidad, concede que esta fecha sea feliz para los tirios y para los que de Troya partieron y que conserven memoria de ella nuestros descendientes. Asístanos Baco, dispensador de la alegría y Juno favorable. Y vosotros, oh tirios, celebrad con complacencia este banquete.”

Dijo, y derramó sobre la mesa las primicias del vino. Hecha la libación, humedece sus labios la primera y entrega después la copa a Bitias, animándole a beber. Apuró éste, ni tardo ni perezoso, la espumante copa hasta contemplar su rostro en el oro del fondo. Lo mismo van haciendo otros de los notables.

Jopas, el de la larga cabellera, acompañándose de la áurea cítara, hace resonar los cantos que le enseñara el gigantesco Atlas. Canta las fases de la Luna y los Eclipses del Sol, los orígenes de la especie humana y de las bestias, la causa de la lluvia y de los rayos. Canta a Arturo y a las pluviosas Híadas y a las dos osas. Canta por qué los soles de invierno se apresuran tanto a hundirse en el océano y qué obstáculo frena las tardías noches del estío. Redoblan los tirios sus aplausos y hacen otro tanto los troyanos.

Mientras tanto la infeliz Dido prolongaba la velada con variada plática y bebía larga vena de amor, haciendo numerosas preguntas sobre Priamo y sobre Héctor. Ora le preguntaba con qué armas había venido el hijo de la Aurora, ora de qué raza eran los caballos de Diomedes, ora cómo era de valiente el gran Aquiles.

LIBRO SEGUNDO

“Pero mejor, oh huésped mío, cuéntanos, dice, desde su origen primero las insidias de los dánaos, las desventuras de los tuyos y tu errante itinerario. Porque éste es ya el séptimo verano que te lleva errante por todas las tierras y mares.”

NARRA ENEAS LA DESTRUCCIÓN DE TROYA

Preámbulo. El caballo de madera. Gozo de los troyanos y consejos de Laocoonte (1-56). Estratagema de Sinón. Su amañado relato (57-198). Muerte de Laocoonte y de sus hijos (199-233). Entra en la ciudad el caballo de madera con los griegos ocultos (234-267). Héctor se aparece en sueños a Eneas y le aconseja abandonar la ciudad (268-297). Saqueo e incendio de Troya (298-384). Ardid de los compañeros de Eneas que termina mal (385-436). Sitio del palacio de Príamo (437-505). Muerte de Príamo (506-558). Eneas quiere dar muerte a Helena, pero le llama Venus en socorro de Anquises (559-623). Eneas acaba por convencer a Anquises de que debe partir (624-704). Parte Eneas con Anquises, Creusa y Juló (705-734). Desaparición de Creusa (735-767). La sombra de Creusa se aparece a Eneas y le predice nuevos destinos (768-794). Eneas abandona Troya (795-804)

Guardaron silencio todos mientras tenían fijos sus ojos en Eneas. Éste, desde su elevado asiento, comenzó así su discurso:

“Me pides, oh reina, que renueve un dolor indecible, al preguntarme cómo arruinaron los dánaos el poderío de Troya y su lamentable imperio; sucesos penosísimos que yo mismo contemplé y en los que me cupo no pequeña parte.

¿Quién al narrarlos, aunque fuese mirmidón o dólope o soldado del duro Ulises, podrá contener las lágrimas? Y ya baja del cielo la húmeda noche y las estrellas que declinan nos convidan al sueño. Pero si es tan intenso tu deseo de conocer nuestras desgracias y de oír brevemente la postrer calamidad de Troya, aunque mi alma se horroriza a su recuerdo y retrocede ante tan pesado duelo, comenzaré.

Quebrantados por la guerra y rechazados por el hado, los caudillos griegos, después de tantos años transcurridos construyeron por artimaña de la divina Palas un caballo semejante a una montaña, cuyos costados recubrieron con tablas de abeto entrelazadas. Hacen creer que es un voto para obtener un feliz viaje de regreso y se divulga este rumor. Esconden allí furtivamente dentro de aquellos senos tenebrosos, guerreros escogidos designados por la suerte y llenan de soldados armados el vientre y las profundas cavidades del coloso.

Hay, frente a Troya, una isla muy famosa, Ténédos, sumamente rica mientras duró el reino de Príamo; hoy no es más que una ensenada, inseguro fondeadero para las naves. Allí desembarcan los griegos y se ocultan en la desierta playa, en tanto que nosotros creemos que han partido y que se dirigen, empujados por el viento, hacia Micenas. De manera que toda la Teucría se ve libre del prolongado duelo. Ábrense las puertas. Es un placer salir a contemplar los campamentos dorios y ver que han sido abandonados los lugares y que la playa está desierta. Aquí se asentaban los escuadrones dólopes, aquí acampaba el terrible Aquiles, éste era el lugar de las naves, allí solían venir a pelear.

Contemplan algunos llenos de estupor la funesta ofrenda a la virgen Minerva y se asombran de las enormes dimensiones del caballo. Timetes es el primero en aconsejar que se le introduzca dentro de los muros y se le coloque en la ciudadela, fuera por traición o fuera por que así lo habían dispuesto los hados de Troya. Pero

Capis, y con él los de mejor parecer, piden que sea arrojado al mar o entregado a las llamas aquel regalo insidioso y sospechoso de los dánaos, o que, por lo menos, se perforase el vientre del caballo y se sondearan sus profundidades. La multitud, insegura, estaba dividida en opuestos pareceres.

Fue entonces cuando, al frente de un grupo numeroso que le rodeaba, descendiendo enfurecido de lo alto de la ciudadela Laocoonte, gritando desde lejos:

“¡Desventurados ciudadanos! ¿Qué locura es la vuestra? ¿Creéis que se han retirado los enemigos? ¿Pensáis que pueda haber algún don de los dánaos que no contenga engaño? ¿Así es como conocéis a Ulises? O en este caballo de madera están escondidos aqueos, o es ésta una máquina construida contra nuestras murallas para explorar nuestras casas y caer desde lo alto sobre nuestra ciudad, o se oculta alguna trampa. Sea lo que fuere, temo a los dánaos hasta cuando traen presentes.”

Así habló y, con todas sus fuerzas, arrojó una enorme lanza al curvo vientre de la bestia. Quedó clavada, vibrando, y resonaron al golpe las profundas cavidades, que emitieron un gemido. Y de no haber sido por los hados y por la obnubilación de nuestras mentes, este ejemplo nos hubiera llevado a ensangrentar con la espada el escondite de los argivos. Aún subsistiría Troya; aún estarías en pie, alta ciudadela de Priamo.

*

He aquí que, entre tanto, unos pastores dardanios conducen ante el rey, en medio de grandes gritos, a un joven desconocido con las manos atadas a la espalda. Había salido espontáneamente al paso de los pastores para llevar a cabo la estratagema y abrir Troya a los aqueos, y estaba resuelto a cualquiera de estas dos alternativas: o a sacar adelante el engaño o a sucumbir a una muerte ineluctable. De todas partes afluye la juventud troyana deseosa de verlo; forman corro en torno a él, y pugnan por burlarse del prisionero.

Repara ahora en las insidias de los dánaos y, por la maldad de uno solo, aprende a conocerlos a todos...

Cuando turbado, inerte, se detuvo en medio de nosotros y dirigió su mirada a los escuadrones fríos, exclamó: “¿Qué tierra, qué mar me pueden recibir? ¿Qué esperanza le queda a un infeliz como yo, para el que ya no hay asilo entre los dánaos y cuyo castigo y cuya sangre exigen ahora los propios dardanios irritados?”

Aquel lamentarse cambió los ánimos y frenó todo intento de cólera. Le exhortamos a que nos diga de qué sangre descende, qué es lo que trae y a que nos demuestre cómo podríamos fiarnos de un prisionero.

Finalmente, depuesto todo temor, nos dice: “Oh rey, voy a confesarte toda la verdad, suceda lo que suceda. No voy a negar que soy de raza argiva, vaya esto por delante. Si la suerte ha hecho de Sinón un desgraciado, por dura que ésta sea no lo convertirá en un ser indigno y mentiroso. Acaso han llegado a tus oídos el nombre y la ínclita gloria de Palamedes, el descendiente de Belo, a quien los pelagos acusaron falsamente de traición, siendo inocente, y, basándose en pérfidos indicios, le enviaron a la muerte, porque era opuesto a la guerra.

“Ahora que ya no ve la luz del día, bien le lloran. Mi padre, que era pobre, me envió a esta contienda desde los primeros años como compañero de Palamedes, a quien estaba también ligado por la sangre. Mientras éste mantuvo su rango real y su autoridad en los consejos de los reyes también a mí me cupo algún renombre y

honor. Pero cuando, víctima de la envidia del pérfido Ulises —bien sabido es lo que digo—, abandonó para siempre la región de los vivos, lleno de aflicción he arrastrado mi vida en soledad y duelo, indignado conmigo mismo por la triste suerte de mi inocente amigo. No me callé, insensato de mí, y juré que si la suerte me deparaba una ocasión, y si volvía alguna vez vencedor a Argos, mi patria, había de vengar a Palamedes.

“Con estas palabras concité enconados odios. Tal ha sido el origen de mis calamidades. Ulises comenzó a partir de entonces a espantarme de continuo con renovadas calumnias, a esparcir entre la gente equívocos rumores y a buscar, sintiéndose culpable, el modo de perderme. Y no descansó, en efecto, hasta que por mediación de Calcas...

“Mas ¿para qué estoy recordando inútilmente tan penosos hechos? ¿Para qué os entretengo, si de todos los aqueos tenéis la misma opinión y basta ya con lo que habéis oído? Castigadme sin demora. Eso es lo que quiere el de Ítaca y lo recompensarán con largueza los Átridas.”

Ardemos en deseos de preguntar y de saber las causas de su partida, sin sospechar tanta perfidia y doblez en los pelagos. Prosigue Sinón, temblando, y nos dice con fingido corazón:

“En numerosas ocasiones intentaron los dánaos, abandonando Troya, planear la retirada y alejarse fatigados de tan prolongada guerra. ¡Ojalá lo hubiesen hecho! Pero otras tantas les cerraba el mar una deshecha tempestad o les llenaba de temor el Austro cuando ya estaban a punto de partir. Particularmente cuando ya se tenía sobre sus patas este caballo construido con traves de arce; fue entonces cuando retumbaron las nubes por toda la amplitud del cielo. Alarmados, enviamos a Eurípilo a consultar el oráculo de Febo y nos trae del santuario esta fatídica respuesta:

‘Con sangre y con el sacrificio de una virgen aplacásteis los vientos, dánaos, al llegar por vez primera a las costas de Ilión; con sangre y con el sacrificio de una vida argiva es como debéis implorar el retorno.’

“Así que llegaron a oídos de la multitud estas palabras sobrecogieron los ánimos de estupor y un temblor frío caló hasta lo más profundo de los huesos. ¿Quién será el señalado por el destino? ¿A quién reclamará Apolo como víctima?”

“En esto el de Ítaca, rodeado de un gran tumulto, presenta en medio del pueblo al adivino Calcas y le ruega que manifieste cuál sea la voluntad de los dioses. Muchos eran ya los que me advertían la cruel estratagema de aquel engañador y preveían sin chistar lo que iba a suceder. Diez días permaneció Calcas sin hablar; con disimulo se niega a nombrar a nadie ni a entregarlo a la muerte. Por fin, cediendo como por fuerza a los insistentes clamores del de Ítaca, rompe el silencio de conformidad con él y me destina a mí al altar. Todos estuvieron de acuerdo, felices de que recayese sobre un solo desventurado el golpe que cada cual temía para sí.

“Había llegado ya el día fatal. Preparábase mi sacrificio y la harina salada, y las vendas alrededor de mis sienes. Me sustraje a la muerte, lo confieso; rompí las ataduras y me escondí, a favor de la oscuridad de la noche, entre los juncales de una laguna cenagosa, esperando que se hiciesen a la vela, si es que acaso se hacían. No espero ver ya jamás mi antigua patria, ni a mis tiernos hijos, ni a mi padre que tanto quiero. Tal vez hagan recaer sobre ellos la pena de mi fuga y expíen esta culpa mía con la sangre de esos desventurados.

“Te suplico, por los dioses superiores, por las divinidades que conocen la

verdad, por la justicia inviolable, si es que queda aún tal justicia entre los hombres, te compadezcas de tan tremendas calamidades, te compadezcas de un hombre que sufre lo que no merece.”

Conmovidos por sus lágrimas le perdonamos la vida y hasta le demostramos nuestra compasión. El propio Príamo ordena que se le quiten las esposas y las apretadas ataduras y le dirige estas amistosas palabras:

“Quienquiera que seas, olvídate desde este momento de los griegos, perdidos ya para ti, y considérate uno de los nuestros. Pero responde la verdad a lo que voy a preguntarte. ¿Por qué han construido este monstruoso caballo? ¿A quién se le ocurrió la idea? ¿Qué es lo que pretenden? ¿Es una ofrenda a los dioses o una máquina de guerra?”

Eso es lo que dijo Sinón, bien pertrechado de engaños y de doblez pelagosa, levantó hacia los astros las palmas de sus manos libres de cadenas y exclamó:

“A vosotros, fuegos eternos, y a vuestra divinidad inviolable os pongo por testigos. También a vosotros, altares y espadas homicidas, a los que he escapado, vendas de los dioses, que llevé como víctima: séame lícito desatar los sagrados juramentos que me ataban a los griegos; séame lícito odiar a esos hombres y revelar todo cuanto puedan ocultar. Ya no hay ley alguna que me ate a mi patria. Y tú, oh Troya, sé fiel a tus promesas, y, guardada por mí, guarda tu palabra, si te digo la verdad, si a cambio de la vida te rindo tan inmensos servicios.

“Toda la esperanza de los dánaos y la confianza en la guerra que habían emprendido estribaron siempre en la ayuda de Palas. Pero desde que el impío Tírides y ese fraguador de crímenes que es Ulises se atrevieron a arrancar de su templo consagrado el fatal Paladión y, tras de asesinar a los guardias de lo más alto de la fortaleza, se apoderaron de la efigie sagrada de la diosa y, con sus manos tintas en sangre, osaron manchar las virginales vendas de la diosa, comenzó a desvanecerse y a decrecer insensiblemente la esperanza de los griegos, quebrantándose sus fuerzas y se alejó de ellos el espíritu de la diosa.

“Y no se manifestó con señales ambiguas la Tritonia. Apenas colocada la imagen en el campamento, de sus ojos irritados ardieron llamas resplandecientes; corrió un sudor amargo por sus miembros, y tres veces, oh maravilla, dio saltos en el suelo con su escudo y su vibrante lanza.

“De inmediato anuncia Calcas que había que embarcarse y huir y que no era posible que Pérgamo sucumbiese a los ataques de los argivos, si éstos no tornaban a Argos a tomar nuevos auspicios y se volvían a llevar la estatua que transportaron por el mar sobre sus cóncavas naves. Ahora, a favor del viento, dirígense a Micenas, su patria, mas sólo para procurarse armas y dioses propicios; bien pronto, vuelto a pasar el mar, reaparecerán de improviso.

“Así interpretó Calcas los presagios. Por indicación suya, para reemplazar el Paladión y reparar la ofensa hecha a la divinidad, construyeron esta efigie, destinada a expiar su nefasto sacrilegio. Y les ordenó que diesen al caballo, de sólidas traves de roble, proporciones colosales, elevándolo hasta el cielo, a fin de que no pudiera pasar por las puertas ni ser arrastrado dentro de los muros, ni protegerse al pueblo con su prístina y sagrada protección. Porque si vuestras manos violasen el don de Minerva, entonces una gran calamidad (¡vuelven antes los dioses contra el propio Calcas tan ominoso vaticinio!) se cernería sobre el imperio de Príamo y sobre los frigios; pero si, por el contrario, subía a vuestra ciudad por vuestras propias manos, Asia se precipitaría en una terrible guerra sobre los muros de Pélope: tal era el destino reservado a nuestros descendientes.”

Gracias a las insidiosas afirmaciones y a la doblez del perjuro Sinón fue creída esa historia, y fueron cautivados con engaños y fingidas lágrimas aquellos a quienes ni Tírides, ni Aquiles de Larisa, ni diez años de guerra, ni mil navíos lograron domeñar.

*

Otro espectáculo más imponente y mucho más pavoroso se ofrece entonces a los desventurados troyanos y turba sus ánimos que no se hallaban prevenidos.

Estaba Laocoonte, designado por sorteo de Neptuno, inmoland un corpulento toro al pie del solemne altar, cuando he aquí que dos serpientes gemelas, llegadas de Tenedos por la serena superficie de las aguas (me estremezco de horror al referirlo), despliegan sobre el mar sus inmensos anillos y se dirigen juntas a la playa. Yérguense sus pechos sobre las olas y sobresalen por encima de las ondas sus sangrientas crestas; el resto de sus cuerpos aflora a la superficie del mar y los inmensos dorsos se arquean en sinuosos repliegues. Rugen, espumantes, las amargas olas. Ya tocaban tierra, los ojos ardientes, inyectados de sangre y de fuego, y lamando con sus vibrátiles lenguas las silbantes bocas.

Huímos a su vista, pálidos, en todas direcciones. Ellas, sin el menor titubeo, dirígense derechas a Laocoonte. Antes que nada, una y otra serpiente se enroscan en los menudos cuerpos de sus dos hijos y desgarran a mordiscos los infortunados miembros. Apodéranse después del propio padre, que acudía con armas en su auxilio y le sujetan con sus enormes anillos; dos veces le han ceñido ya por la cintura y otras dos han enroscado a su cuello el escamoso lomo y todavía sacan por encima sus cabezas y sus erguidas cervices. Laocoonte se esfuerza por desatar aquellos nudos con las manos, mientras chorrea de sus vendas baba y negro veneno y lanza hasta los astros gritos horrendos, semejantes a los mugidos del toro, cuando huye, herido, del ara sacudiéndose del cuello el hacha mal asegurada. Por fin, las dos serpientes se escapan deslizándose hacia las alturas del templo, alcanzan la ciudadela de la cruel Tritónide y se ocultan a los pies de la diosa, bajo el cerco de su cóncavo escudo.

Un nuevo terror se infunde entonces en los atemorizados corazones de todos y dicen que Laocoonte ha sufrido el castigo que merecía, por haberse atrevido a herir la encina sacra con la punta de su lanza y haber lanzado contra ella un impío venablo. Todos gritan a la par que no hay más remedio que conducir al santuario el simulacro e implorar la protección de la diosa...

*

Abrimos una brecha en la muralla y damos acceso a la ciudad. Todo el mundo pone manos a la obra: ajustan unas ruedas a los pies del caballo y le echan sólidas sogas al cuello. Franquea los muros la fatal máquina repleta de armas. A su alrededor van cantando himnos niños y doncellas, felices de tocar la soga con sus manos. Va subiendo hasta llegar, amenazadora, al centro de la ciudad.

¡Oh patria! ¡Oh Ilión, morada de los dioses! ¡Oh muros de los dardánidas, a quienes tantas guerras hicieron famosos! Cuatro veces se detuvo en el mismo dintel de la puerta y otras cuatro resonaron las armas en su vientre. Proseguimos, no

obstante, sin pensar en nada, ciegos en nuestra locura hasta colocar el maldito monstruo en la sagrada ciudadela. Hasta la misma Casandra, a quien por voluntad del dios jamás creyeron los teucros, abre la boca para predecir el destino. Y nosotros, infortunados, adornamos con festivas guirnalda los templos de los dioses por toda la ciudad, en un día que debía ser para nosotros el postrero.

Gira, entretanto, el cielo y se levanta del océano la noche envolviendo en una gran sombra la tierra y el cielo y los engaños de los mirmidones. Diseminados por el recinto de sus muros callan los teucros; ha invadido el sueño sus fatigados miembros.

Y ya bogaba desde Ténédos la armada argiva con los navíos en correcta formación, al amparo del amigable silencio de la callada Juno, dirigiéndose hacia playas conocidas.

A la vista de una llama en la nave almirante. Sinón, a quien habían salvado los destinos inicuos, pone en libertad furtivamente a los dánaos ocultos en el vientre del caballo abriendo su cárcel de madera.

Una vez abierto el caballo los devuelve a la luz y salen llenos de gozo del ahuecado roble, deslizándose a tierra por una soga, los jefes Tesandro y Estenelo, y el cruel Ulises y Acamas y Toas y el pélida Neoptolemo y uno de los primeros Macaón y Menelao y Epeo, el propio constructor de la engañosa máquina. Invaden la ciudad sepultada en el sueño y en el vino, pasan a cuchillo a los centinelas, y, abriendo las puertas, reciben a todos sus compañeros y reúnen las cohortes conjuradas.

*

Era la hora en que comienza para los cansados mortales el primer sueño y, como regalo de los dioses, se difunde dulcemente en sus sentidos. He aquí que me parece ver en sueños que se me aparece Héctor, triste sobremanera y derramando largo llanto, tal como lo viera en otro tiempo, arrastrado velozmente por caballos, negro su cuerpo de sangriento polvo e hinchados sus pies por las correas que los sujetaban. ¡Ay de mí, en qué estado se me ofrecía! ¡Qué diferente era de aquel Héctor que regresaba revestido con los despojos de Aquiles o que arrojaba frías llamas contra las naves de los dánaos! Llevaba sucia la barba, con grumos de sangre los cabellos y todas aquellas heridas sin cuento que recibiera en torno a los patrios muros. Parecíame que yo, llorando, me dirigía el héroe, y profería estas dolientes palabras:

“¡Oh luz de la Dardania! ¡Oh la más firme esperanza de los teucros! ¿Por qué has tardado tanto? ¿De qué ribera vienes, Héctor tan largo tiempo esperado? ¿En qué estado te volvemos a ver llenos de fatiga, después de tantas muertes de los tuyos, después de las pruebas de toda especie que ha padecido tu ciudad y sus defensores? ¿Qué indignidad ha manchado tu sereno rostro? ¿Por qué estoy contemplando esas heridas?”

Nada responde, ni se detiene a contestar mis vanas preguntas, sino que, arrancando de lo más profundo de su pecho sentidísimos gemidos, exclama:

“¡Ay! Huye, hijo de una diosa, y escapa de estas llamas. El enemigo ocupa las murallas. Derrúmbase Troya de su elevada cumbre. Ya se ha hecho demasiado por la patria y por Príamo. Si Pérgamo pudiera ser defendido por mano alguna, lo hubiera sido por la mía. Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus Penates. Tómalos por compañeros de tus destinos. Vete a buscar para ellos esos altísimos

muros que levantarás por fin, después de andar errante largo tiempo por el mar.”

Así habló y desde lo profundo del santuario me trae en sus manos las vendas, a Vesta poderosa y el fuego perenne.

*

Entre tanto, mézclase toda clase de duelos en el interior de las murallas, y, aunque la casa de mi padre Anquises estaba retirada y guarecida de árboles, óyese cada vez más distinto el griterío y se aproxima el estruendo de las armas. Me despierto sobresaltado, subo a lo más alto del palacio y me detengo con los oídos bien atentos.

Como cuando la llama, empujada por los enfurecidos austros, va a dar sobre la mies, o como cuando un rápido torrente que se precipita de las montañas arrasa los campos, arrasa los rientes sembrados y los trabajos de los bueyes y arrastra los árboles en su impetuoso curso: inmóvil el pastor se extraña, desde la cima de una roca, del ruido que llega a sus oídos sin conocer la causa.

Manifiéstase entonces la verdad y se hacen patentes los engaños de los dánaos. Ya se ha derrumbado la vasta mansión de Deifobo, presa de Vulcano; ya se está quemando nuestro vecino Ucalegón. El mar de Sigeo brilla a lo lejos con el incendio. Elévese clamor de guerreros y sonar de trompetas. Fuera de mí tomo las armas, sin saber qué uso hacer de ellas. Pero ardo en deseos de reunir un grupo para combatir y de correr con mis compañeros a la fortaleza. El furor y la cólera empujan en mi mente y no abrigo otro pensamiento que hallar una gloriosa muerte en el combate.

De pronto aparece Pantho, que ha logrado escapar a los dardos de los aqueos, Pantho, hijo de Otris, sacerdote del santuario dedicado en la fortaleza a Febo. Lleva en la mano los objetos sagrados y los dioses vencidos y, jalando de su pequeño nieto, dirigese como loco hacia la casa.

“¿Dónde está lo más enconado del combate, Pantho? Ocupamos aún la fortaleza?”

Apenas dije estas palabras, me respondió sollozando:

“Ha llegado el último día y la hora ineluctable de Dardania. Fuimos los troyanos, fue Ilión y la inmensa gloria de los teucros. Júpiter cruel lo ha traspasado todo a Argos. Los dánaos dominan la ciudad incendiada. El caballo, erguido en medio de las murallas, vomita amenazador hombres armados y Sinón victorioso esparce llamas entre insultos. Unos están junto a las puertas abiertas de par en par; jamás vinieron tantos miles de la gran Micenas. Otros ocupan armados las estrechas calles. Por doquier aparecen y brillan las puntas de las espadas, prestas a causar la muerte. Apenas si tratan de resistir los primeros centinelas de las puertas, combatiendo en la oscuridad.”

Impelido por las palabras del hijo de Otris y por un poder divino, me arrojo en medio de las llamas y de la batalla, adonde me llaman la triste Erinia y el tumulto y el clamor que sube hasta los astros. Se me juntan como compañeros Rifeo y el valeroso Epito, a quienes reconozco a la claridad de la luna, e Hipanis y Dimas, que se agrupan nuestro lado, así como el joven Corebo, hijo de Migdón. Había llegado casualmente a Troya por aquellos días, locamente enamorado de Casanadra, y prestaba auxilio, en calidad de yerno, a Príamo y a los frigios. Infeliz, que no prestara oídos a las advertencias de una prometida que profetizaba...

Cuando los vi reunidos, resueltos a combatir, comienzo a hablarles en estos términos:

“Jóvenes, pechos inútilmente esforzados. Si estáis resueltos a seguir a un jefe que está dispuesto a intentarlo todo, ved cuáles la situación: los dioses, por quienes este imperio subsistía, se han marchado todos, abandonando los templos y los altares. Vais a ir en ayuda de una ciudad incendiada. Muramos y precipitémonos en medio del combate. Sólo hay una salvación para los vencidos: no esperar salvación alguna.”

Así se infunde nuevo brío en el ánimo de los jóvenes. Y a continuación, como lobos rapaces que, arrojados de sus guardias por el aguijón del hambre, vagan rabiosos en la oscuridad, mientras, secas las fauces, los esperan en la madriguera los lobeznos abandonados, nos lanzamos, a través de los dardos, a través del enemigo, a una muerte segura pasando por medio de la ciudad. La oscura noche nos envuelve en su cóncava sombra.

¿Quién podrá expresar con palabras el estrago y el duelo de aquella noche? ¿Quién podrá encontrar lágrimas bastantes para aquellas desventuras? Se desploma la antigua ciudad, que por tantos años había dominado. Yacen sin vida por un lado y por otro innumerables cuerpos, a lo largo de las calles, en las casas, en el umbral sagrado de los templos. Ni son sólo los teucros quienes derraman sangre; de vez en cuando renace también el coraje en el corazón de los vencidos y caen los vencedores dánaos. Por doquier duelo cruel, por doquier terror, por doquier espectáculo de muerte.

El primero con quien tropezamos es Androgeo, acompañado de numerosa escolta de dánaos; sin saber quiénes somos, nos toma por una tropa aliada y nos dirige estas amistosas palabras:

“Daos prisa, compañeros. ¿Qué indolencia os frena? Otros están saqueando ya la incendiada Pérgamo ¡y vosotros acabáis de descender de las altas naves!”

Dijo, y súbitamente, por la equívoca respuesta que se le daba, se dio cuenta de que había ido a parar en medio del enemigo. Lleno de estupor calla y trata de dar marcha atrás. Como un caminante que ha pisado sin verla una serpiente oculta en espinosa zarza, bruscamente asustado huye del reptil, que levanta amenazante la cabeza e hincha el cerúleo cuello, así escapaba Androgeo, espantado a nuestra vista. Acometemos y los rodeamos con un cerco de armas. Desconocedores del lugar y presa de pánico, los abatimos por uno y por otro lado. La fortuna sonríe nuestra primera empresa.

*

Exaltado y animado por este éxtico, exclama Corebo:

“Compañeros, el camino, por donde desde el principio la fortuna nos muestra nuestra salvación, se declara favorable; sigámoslo. Cambiemos de escudos y pongámonos las insignias de los dánaos. Engaño o valor, ¿qué importa contra el enemigo? Ellos mismos nos proporcionarán las armas.”

Dicho esto, se apropia del empenachado casco de Androgeo y de su bello escudo y ciñe a su cintura la espada argiva. Lo mismo hacen, jubilosos, Rifeo y el propio Dimas y los demás jóvenes. Cada cual se arma con los recientes despojos. Avanzamos mezclados a los dánaos, sin el favor de los dioses, y, amparados en la oscuridad de la noche, trabamos incesantes combates y enviamos al Orco a multitud de dánaos. Unos huyen a las naves y echan a correr hacia la segura playa; otros, presa de afrentoso terror, escalan de nuevo el enorme caballo y se esconden en sus conocidas cavidades.

Mas cuando los dioses son contrarios no cabe esperar nada. En aquel preciso instante se sacaba a la fuerza del templo y del santuario de Minerva a la hija de Príamo, la virgen Casandra, el cabello en desorden y levantados en vano al cielo los ojos inflamados de cólera; los ojos, porque a sus tiernas palmas se lo impedían las ligaduras. No lo pudo soportar Corebo, que, enfurecido, se lanza, dispuesto a morir, en medio de la columna enemiga. Le seguimos todos corriendo en apretada falange. Pero entonces los nuestros, desde lo más alto del templo, arrojan sobre nosotros una nube de dardos, y, engañados por el aspecto de nuestras armas y por los penachos griegos, comienzan una horrible matanza.

Al mismo tiempo los dánaos, arrebatados de dolor y de ira al ver que les arribaban a la virgen Casandra se juntan de todas partes y caen sobre nosotros: el valeroso Ayante, los dos Átridas y todo el ejército de los dólopes. Como cuando, girando en contrarios torbellinos, se entrechocan a veces los vientos: el Céfilo, el Noto y el Euro, feliz por los caballos de la Aurora; mugen las selvas y el espumoso Nereo blande iracundo el tridente y agita los más profundos abismos de los mares.

Incluso aquellos, a quienes dispersamos en las tinieblas de la noche, gracias a nuestro engaño, y perseguimos por toda la ciudad, vuelven a aparecer. Los primeros reconocen los escudos y las falaces armas, al par que notan el acento extranjero de nuestra lengua. Pronto nos vemos abrumados por el número. Corebo es el primero en sucumbir a manos de Peneleo, cabe el altar de la diosa guerrera. Caen también Rifeo, el más justo de todos los troyanos y el más estricto observador de la equidad; mas los dioses pensaban de otro modo. Perecen Hipanis y Dimas, traspasados por sus propios compañeros. Y a ti, Pantho, no te protegieron al caer ni tu inmensa piedad ni la tiara de Apolo.

Cenizas de Ilión, llama que consumió a los míos; sois testigos de que en vuestro desastre no hice por evitar ni los dardos de los dánaos ni las vicisitudes del combate y de que si el destino hubiese querido que pereciese, lo hubiera merecido por mi arrojito. Nos alejamos de allí Ifito, Pelias y yo. Ifito ya abrumado por la edad y Pelias lento por la herida que le causara Ulises.

De pronto nos llama un clamor al palacio de Príamo.

Allí contemplamos una descomunal batalla, como si no se combatiera en ningún otro lugar, como si nadie muriera en el resto de la urbe. Vemos a Marte en toda su pujanza y a los dánaos que se encaraman a los techos y fuerzan la entrada formando la tortuga. Se apoyan en las paredes las escalas y, delante de la misma puerta, se obstinan en subir por ellas; con la mano izquierda sostienen los escudos que oponen a las flechas y con la derecha se aferran al alero.

Los dardanidas, por su parte, derriban las torres y la parte más elevada del palacio; con semejantes armas se aprestan a defenderse, cuando ven llegada su última hora, amenazados ya por una muerte ineludible. Arrojan sobre los asaltantes las doradas traveses, noble ornamento de los antepasados. Otros, desenvainadas las espadas, forman apretadas filas debajo de las puertas impidiendo el paso. Siento avivarse en mí el deseo de acudir en ayuda del palacio del rey, de auxiliar a sus defensores y de infundir coraje a los vencidos.

Había una entrada por una puerta secreta y un corredor que comunicaba entre sí las habitaciones de Príamo. Por esta puerta trasera del palacio, cuando todavía estaba el reino en pie, solía pasar sin séquito la infortunada Andrómaca a la recámara de los suegros, llevando al niño Astianante a la presencia del abuelo. Por allí subo a la terraza más alta, desde donde lanzaban inofensivos dardos los míseros troyanos. Al borde mismo de la terraza alzábase una torre que se elevaba hasta los

astros y desde la cual se veía toda Troya y las naves de los dánaos y los campamentos aqueos. Socavándola con hierro alrededor por los puntos más frágiles, es decir, por las desnudas traves de las juntas, la arrancamos de sus sólidos cimientos y la empujamos. Se inclina y de pronto se derrumba con estrépito, aplastando en largo trecho las columnas de los dánaos. Pero otros ocupan el lugar de los que han sucumbido y no cesan de caer piedras ni proyectiles de todo género...

Delante del vestíbulo, en el primer umbral. Pirro saltaba de júbilo, resplandeciente con los fulgores de sus bronceas armas. Tal aparece a la luz, alimentaba con hierbas venenosas, la serpiente a quien los fríos del invierno mantuvieron entumecida bajo tierra; ahora, mudada la piel y brillante de juventud, enroscada el terso lomo con el pecho levantado bien erguida hacia el sol y vibra en su boca la lengua de triple dardo.

Junto con él invaden el palacio y arrojan llamas al techo el gigantesco Perifas, el escudero Automedón, auriga de los caballos de Aquiles, y toda la juventud de Scyros. Al frente de ellos Pirro, blandiendo un hacha de dos filos, despedaza el umbral y arranca de sus goznes las bronceas puertas. Ya ha destrozado una trabe, ha rajado el duro roble y ha abierto una extensa brecha. Descúbrese a la vista el interior del palacio y los largos corredores; divídense los apartamentos de Príamo y de los antiguos reyes y ven hombres armados firmes en el dintel.

El interior del palacio es una confusión de llantos y tumultos desesperados, y las habitaciones más retiradas resuenan con alaridos de mujeres; llega el clamor hasta las áureas estrellas. Despavoridas, corren las madres de un lugar a otro por las espaciosas salas, se aferran con sus brazos a las puertas y las cubren de besos. Con el frío de su padre ataca Pirro; ni barreras ni guardias logran detenerlo. A los repetidos golpes del ariete acaba por ceder la puerta y caen las jambas arrancadas de sus goznes. Ábrese camino por la fuerza; irrumpen violentamente los dánaos invasores, dan muerte a los primeros defensores y van llenando de soldados todos los lugares.

Un espumante río, que ha desbordado las riberas y roto los diques con su impetuosa corriente, y anega enfurecido los sembrados y arrastra por los campos establos y rebaños, es menos violento. Yo mismo vi a Neoptolemo enardecido por la matanza, y a los dos Átridas en el umbral. Vi a Hécuba y a sus cien nueras y a Príamo entre los altares, ensuciando con sangre los fuegos que él mismo había consagrado. Aquellos cincuenta tálamos, promesa de tantos nietos, las puertas, enriquecidas con el oro y los despojos de los bárbaros, vinieron a tierra. Ocupan dánaos lo que el fuego no ha tocado.

Tal vez quieras saber cuál haya sido la suerte de Príamo. Cuando vio la caída de la ciudad ya ocupada, cuando vio forzadas las puertas del palacio y al enemigo en medio de su casa, pónese el anciano sobre sus hombros temblorosos por la edad una armadura a la que estaba desacostumbrado hacía tiempo, cíñese una inútil espada y se lanza a morir entre sus enemigos.

En medio del palacio, al aire libre, había un inmenso altar y cerca de él un laurel antiquísimo que se inclinaba sobre el ara y cubría con su sombra los penates. Allí estaban sentadas en vano junto al altar, abrazando las imágenes de los dioses, Hécuba y sus hijas en apretado grupo; parecían palomas impelidas por negra tempestad. Cuando la reina vio a Príamo revestido con aquellas armas propias de un joven, exclamó:

“¿Qué funesto pensamiento te ha impulsado, desventurado esposo, a ceñir esas armas? ¿A dónde corres? No reclama la ocasión tal ayuda ni tales defensores.

Ni siquiera mi propio Héctor podría hacer nada, si estuviera aquí presente. Ven aquí con nosotras; este altar nos protegerá a todos o moriremos juntos”. Y dicho esto, atrajo hacia sí al anciano y le hizo sentar en el sagrado asilo.

En esto, escapando a la matanza de Pirro, Polites, uno de los hijos de Príamo, va huyendo herido a través de las flechas y de los enemigos por los largos pórticos y cruza los desiertos atrios. Persíguelo Pirro ardiendo en ira; está a punto de echarle mano y alcanzarlo con la lanza. Cuando logra, por fin, llegar a la vista de sus padres, cae delante de ellos y expira anegado en sangre. Ante esto Príamo, aunque siente rondar cerca la muerte, no pudo reprimirse y dio rienda suelta a su voz y a su cólera:

“A ti por semejante delito, exclama, por tal atrevimiento concédante los dioses —si es que hay en el cielo piedad que se ocupe de estas cosas— la recompensa de que te has hecho digno y páguate el premio que te mereces, por haberme obligado a presenciar la muerte de mi hijo y haber manchado con su sangre el rostro de un padre. Aquiles, aquel Aquiles de quien falsamente te dices vástago, no se portó así con su enemigo Príamo, sino que respetó los derechos y la veneración debida a un suplicante, devolvió el cuerpo exánime de Héctor para que fuera sepultado y a mí me devolvió a mi reino”.

Así se expresó el anciano, y disparó sin fuerza un impotente dardo que, repelido al punto por el broncino escudo con un rónico sonido, quedó suspendido sin objeto en la comba del broquel. Le replica Pirro:

“Pues vas a ir como mensajero a contar esto a mi padre el Pélida. No se te olvide relatarle mis tristes hazañas y cómo ha degenerado Neoptolemo. Y ahora, muere”.

Al decir esto, arrastró al pie de los altares al viejo tembloroso que se iba resbalando en la abundante sangre de su hijo, le agarró del cabello con la mano izquierda, empuñó con la diestra la refulgente espada y se la hundió la empuñadura en el costado.

Éste fue el destino de Príamo. Así murió, por capricho de la suerte, viendo a Troya incendiada y a Pérgamo en ruinas, el hombre que fuera un tiempo soberbio dominador de tantos pueblos y territorios de Asia. Sobre la playa yace un tronco corculento, una cabeza separada de los hombros, un cuerpo sin nombre.

Aquí, por vez primera, me invadió un cruel horror. Me quedé sin aliento. Representóseme la imagen de mi querido padre, cuando vi al rey, de su misma edad, exhalar la vida por la herida cruel. Representóseme Creusa desamparada, mi casa entregada al saqueo y la suerte del pequeño Julo. Me vuelvo y observo qué cantidad de compañeros me rodean. Todos han desertado muertos de cansancio: se arrojaron al suelo desde lo alto o entregaron sus cuerpos fatigados a las llamas.

Estaba, pues, completamente solo, cuando divisó a la entrada del templo de Vesta, sigilosamente oculta en aquel lugar secreto, a la hija de Tindaro. El vivo resplandor de los incendios ilumina a este hombre que anda errante y dirige sus ojos por doquier. Ella, temerosa de los teucros irritados por la caída de Pérgamo, y de la venganza de los dánaos, y del resentimiento del esposo abandonado, Erina a la par de Troya y de su patria, se había escondido allá y permanecía sentada en las gradas del altar sin ser vista. Se enciende en cólera mi alma y la ira me empuja a vengar mi patria en ruinas y a castigar a aquella criminal.

“¿De manera que ésta volverá a ver a Esparta y a Micenas, su patria, sin que le pase nada, y disfrutará como reina del triunfo obtenido? ¿Volverá a ver a su esposo,

su casa, a sus padres, a sus hijos, seguida de un cortejo de troyanas y de esclavas frigias? ¡Y Príamo muerto a espada! ¡Y Troya consumida por las llamas! ¡Y la costa dardania tantas veces empapada en sangre! Eso, de ninguna manera. Porque, aunque no sea un título de gloria castigar a una mujer, ni merezca alabanza tal victoria, seré alabado, no obstante, por haber exterminado tan malvada criatura y haberle dado el castigo que se merecía. Me será un placer saciar mi alma con el fuego de la venganza y daré satisfacción a las cenizas de los míos”

Todo esto iba pensando y me dejaba llevar por el furor, cuando, esplendorosa como jamás antes la vieran mis ojos, se me apareció mi venerada madre, nimbada en la noche de una luz resplandeciente. Revelando ser una diosa, tan bella, tan majestuosa como suele mostrarse de ordinario a los moradores del cielo. Me detiene, asíéndome con su diestra, y me dice con su boca de rosa:

“Hijo, ¿qué dolor tan grande excita tu cólera indomable? ¿Por qué te enfureces? ¿A dónde ha ido a parar tu preocupación por mí? ¿Por qué no miras primero dónde has dejado a tu padre Anquises agotado por la edad, y si viven todavía Creusa tu mujer y tu hijo Ascanio? Por todas partes nos rodea el ejército griego y de no haber sido por mi solicitud ya los hubieran consumido las llamas o traspasado la espada enemiga. no ha sido el para ti odioso rostro de la lacedemonia, hija de Tíndaro, ni el tan incriminado Paris, sino la inclemencia de los dioses, sí, de los dioses, la que destruye tanta riqueza y derriba a Troya de tan alta cumbre.

“Mira —voy a disipar por completo la nube que ahora se opone a tu mirada y oscurece tu vista mortal y la envuelve en húmeda niebla; tú no temas las órdenes de tu madre ni te niegues a obedecer sus consejos—: aquí, donde ves esas moles destruidas, esas piedras arrancadas de las piedras, esas nubes mezcla de polvo y de humo, remueve Neptuno los muros con su formidable tridente, sacude los cimientos y arranca de cuajo la ciudad entera. Aquí es la implacable Juno la primera en ocupar las puertas esceas y, furiosa y armada de punta en blanco, llama de las naves al ejército aliado... Mira, la Tritonia Palas ocupa lo más alto de la fortaleza en una nube fulgurante y armada con la Gorgona cruel. El propio Júpiter anima a los dánaos y secunda sus fuerzas. Emprende, hijo, la huida; desiste de tus esfuerzos. Que yo no te abandonaré jamás y secunda sus fuerzas. Emprende, hijo, la huida; desiste de sus esfuerzos. Que yo te abandonaré jamás te dejaré a salvo en el palacio de tu padre”. Dicho esto se ocultó en las densas sombras de la noche.

Aparécensele terribles figuras y los poderes divinos que se oponen a Troya...

Parécenme ver entonces a toda llión pasto de las llamas y que se está desplomando Troya, la ciudad de Neptuno. Como cuando en la cumbre de los montes se esfuerzan a porfía los campesinos por abatir un viejo olmo a repetidos golpes de hacha; el árbol amenaza caer a tierra largo rato y, estremeciéndose a cada sacudida, agita su follaje hasta que, vencido poco a poco por las heridas, lanza un postrer gemido y, arrancado de la cima, viénese al fin a bajo. Desciendo y, conducido por la diosa, paso por medio del fuego y de los enemigos: ábrenme paso las flechas y se retiran las llamas.

Una vez que llegué a la mansión paterna, a nuestra antigua morada, mi padre, a quien deseaba trasladar, antes que otra cosa, a lo alto de la montaña y hacia el cual dirigía mis pasos, se niega a sobrevivir a la caída de Troya y a soportar el destierro.

“Huid vosotros, dice, que tenéis sangre joven y las fuerzas intactas y en todo su vigor... Si los habitantes del cielo hubiesen querido que viviese por más tiempo me

habría conservado mi morada. Ya ha sido más que suficiente para mí haber visto una destrucción de la ciudad y haber sobrevivido a su captura. Deja que mi cuerpo repose aquí así; dame el adiós y vete. Yo mismo buscaré una muerte violenta; tendrá compasión de mí el enemigo y buscará mis despojos. No es difícil renunciar al sepulcro. Ya hace tiempo que prolongo inútilmente mis años, mal visto de los dioses, desde que el padre de los dioses y rey de los hombres me sopló con el viento de su rayo y me tocó con su fuego.”

Persistía en recordar estas cosas y permanecía firme en su propósito. Nosotros, en cambio, mi mujer Creusa, Ascanio y toda la casa, derramando abundantes lágrimas, suplicábamos al padre que no echara a perder todo con él ni hiciera más pesada la suerte que nos acosaba. Se niega y sigue aferrado en su resolución de no moverse de la casa. Quiero lanzarme otra vez a la pelea y, en el colmo de la desesperación, deseo la muerte. ¿Qué otro partido me quedaba? ¿Qué otra suerte cabía?

“¿Acaso esperabas, padre, que sería capaz de moverme yo de aquí dejándote abandonado? ¿Ha podido salir de boca de un padre tan sacrílego consejo? Si es voluntad de los dioses que nada quede de tan gran ciudad y es firme tu resolución y tu deseo de añadir a la perdición de Troya la tuya y la de los tuyos, abierta está la puerta que conduce a esta muerte. Ya pronto estará aquí Pirro, cubierto con la sangre de Príamo; él sabe dar muerte al hijo en presencia del padre y al padre al pie del altar.

“¿Para esto me librate, madre divina, de las flechas y de las llamas? ¿Para que viese al enemigo dentro de mi casa? ¿Para que viese a Ascanio y a mi padre y a Creusa a su lado ser sacrificados uno en la sangre del otro? ¡Las armas, compañeros, traedme las armas! Llama a los vencidos el instante supremo. Devolvedme a los dánaos. Dejad que vuelva a emprender el combate. Moriremos hoy todos, pero no moriremos sin venganza”.

Me ciño de nuevo el acero, embrazaba con mi mano izquierda el broquel e iba a salir fuera de la casa. Pero mi mujer se aferraba a mí en el umbral abrazada a mis pies y me tendía al pequeño Julo.

“Si te diriges a la muerte, llévanos también contigo al encuentro de lo que sea. Y si, dada tu experiencia, pones alguna esperanza en las armas que has tomado, defiende antes que nada esta mansión. ¿A quién abandonas tu pequeño Julo, tu padre, y la que en otro tiempo llamabas tu esposa?”.

Gritando estas palabras, llenaba con su llanto toda la casa, cuando repentinamente se obra un estupendo prodigio: entre las caricias y los abrazos de sus afligidos padres vese brillar una tenue lengua de fuego sobre la cabeza de Julo; sin lastimarlo con su llama inofensiva acarria sus suaves cabellos y va tomando pábulo alrededor de sus sienas. Temblamos, asustados de pavor, sacudimos la encendida cabellera y tratamos de extinguir con agua aquel fuego sagrado. Mas el padre Anquises elevó gozoso los ojos a los astros y extendió sus palmas al cielo, exclamando:

“Omnipotente Júpiter, si eres capaz de moverte a compasión con alguna plegaria, vuelve tus ojos a nosotros. Es todo lo que te pido, y, si por nuestra piedad lo merecemos, danos al fin tu ayuda, oh padre, y confirma este presagio”.

Apenas había pronunciado esas palabras el anciano, cuando retumbó a nuestra izquierda fragoroso trueno y una estrella desprendida del cielo recorrió el espacio atravesando las sombras con una estela luminosa. Vémosla deslizarse sobre el techo de nuestra casa y ocultarse brillante en el bosque de Ida señalando el

camino. Deja detrás de sí largo surco de luz y un penetrante olor a azufre difúndese por los lugares vecinos. Convencido mi padre por este prodigio, levanta los ojos al cielo, invoca a los dioses y adora la estrella sagrada:

“Ya no hay dilación alguna; os sigo e iré adonde me llevéis. Dioses de mi patria, guardad mi casa y guardad a mi nieto. De vosotros viene este presagio y todavía está Troya bajo vuestra protección. Cedo, pues, hijo mío, y no me rehúso a ser tu compañero”.

Cuando acabó de decir esto se oía ya más claro el crepitar del fuego en las murallas y se sentía más cerca el calor del incendio.

“Pronto, padre querido, súbete a mi cuello; te llevaré sobre mis hombros y no me resultará fatigoso este trabajo. Vengan las cosas como vengan, común será el peligro ni habrá más que una salvación para ambos. Acompañeme el pequeño Julo y que la esposa siga de lejos nuestros pasos.

“Vosotros, servidores, retened en la memoria lo que voy a decir. Hay a la salida de la ciudad un promontorio y un viejo templo de Ceres abandonado; muy cerca se levanta un antiguo ciprés, venerado durante largos años por la piedad de nuestros padres. A ese lugar convendremos por diversos caminos. Tú, padre, lleva en la mano los objetos sagrados y los patrios penates; a mí, que vengo de una batalla tan espantosa y de una matanza tan reciente, no me es permitido tocarlos hasta que no me lave en el agua viva...”

Dicho esto, extendiendo sobre mis anchos hombros y sobre mi cuello sumiso el vestido y una roja piel de león y me agacho a recibir la carga. Se agarra a mi diestra el pequeño Julo y sigue a su padre con pasos desiguales; detrás viene mi esposa. Caminamos por lugares oscuros y yo, que antes arrostraba impávido el diluvio de dardos y el ataque de las cerradas filas de los griegos, me asusto ahora al menor soplo del viento. El menor ruido me mantiene en suspenso y me hace temblar a la vez por mi compañero y por mi carga.

Me acercaba ya a las puertas y parecía haber salvado todos los obstáculos del camino, cuando siento llegar de repente a mis oídos un ruido de pasos precipitados, y exclama mi padre, mirando hacia las sombras:

“Huye, hijo, huye, que se acercan. Veo brillar los escudos y los reflejos del bronce”.

No sé qué divinidad enemiga turbó mi ofuscada razón en aquel momento de sobresalto. El caso es que, mientras corro por desviados senderos y me aparto de los caminos conocidos, me fue arrebatada Creusa, mi mujer.

¿Se detuvo a consecuencia de un desgraciado destino, o se equivocó de ruta, o tuvo que sentarse, rendida de cansancio? No lo sé. Desde entonces no la han vuelto a ver mis ojos. Y no advertí su pérdida ni me di cuenta de ella hasta que llegamos al promontorio, a la sacra morada de la antigua Ceres. Una vez reunidos allí todos sólo faltó ella, para desolación de sus compañeros, de su hijo y de su esposo.

¿A qué hombre, a qué dios no culpé, loco de mí? ¿Vi algo más cruel en la destrucción de la ciudad? Confío a mis compañeros la custodia de Ascanio, de mi padre Anquises y de los teucros penates y los dejo ocultos en un recodo del valle; yo me vuelvo a la ciudad y me ciño mis armas refulgentes. Estoy decidido a arrostrar de nuevo toda clase de riesgos, a volver sobre mis pasos atravesando entera toda Troya, y a exponer otra vez mi vida a los peligros.

Comienzo por alcanzar los muros y el oscuro umbral de la puerta por la que había salido, y sigo los trastos de mis pasos a través de la noche recorriéndolo todo con mi vista. Por todas partes se ofrece horror al ánimo; hasta el mismo silencio me

da espanto. Me encamino después a la casa, a ver si, por casualidad, dirigió allí sus pasos. Ya la habían invadido los dánaos y la ocupaban toda entera. Un fuego devorador ascendía hasta el tejado atizado por el viento; subían más altas las llamas y se alzaban furiosas al cielo.

Sigo avanzando y vuelvo a ver el palacio y la fortaleza de Príamo. Bajo los pórticos solitarios del templo de Juno, Fénix y el cruel Ulises, elegidos por guardianes, custodiaban ya el botín. Allí estaban amontonados todos los tesoros de Troya, arrebatados a los templos en llamas y las mesas de los dioses, vasos de oro macizo, y las vestiduras de los vencidos. En una larga fila alrededor se encuentran niños y madres temblorosas...

Hasta me atreví a gritar en la oscuridad, llené de voces las calles, pero en vano pronuncié afligido repetidas veces el nombre de Creusa.

Mientras así la buscaba, recorriendo sin cesar la ciudad toda, se apareció ante mis ojos un triste fantasma: era la sombra de la propia Creusa, aunque de tamaño mayor que de ordinario. Me quedé estupefacto, se erizaron mis cabellos y la voz se pegó a mi paladar.

Comienza entonces a hablarme y disipar mi preocupación con estas palabras:

“¿De qué sirve abandonarse a tan loco dolor, querido esposo? No suceden estas cosas sin permisión de los dioses. No te es dado llevarte de aquí como compañera a Creusa, ni el que reina en el alto Olimpo lo permite. Largo destierro te espera y vasta superficie de mar hasta de surcar. Llegarás a la tierra de Hesperia, donde el lidio Tiber fluye con mansa corriente entre fértiles campos. Allí te están reservados prósperos sucesos, un reino y una esposa real.

“Deja de llorar a tu querida Creusa. No divisaré las soberbias moradas de los mirmidones o de los dólopes, ni iré a servir a matronas griegas, yo, dardánida y nuera de la diosa Venus. La poderosa madre de los dioses me detiene en estas riberas. Adiós ya, y no dejes de amar a nuestro común hijo”.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, me dejó sollozando y queriendo decirle cosas mil, y se desvaneció suavemente en el aire. Tres veces intenté abrazarme allí a su cuello y tres veces su imagen, vanamente asida, se escapó de mis manos, semejante a los sutiles vientos y muy parecida al sueño fugaz. Sólo así regreso a ver a mis compañeros vencida la noche.

Y allí me encuentro, sorprendido, que se les había juntado un considerable número de compañeros nuevos: matronas, hombres, juventud congregada para el exilio, plebe miserable. Habían llegado de todas partes, dispuestos a seguirme, con su ánimo y con sus recursos, a cualquier país a que quisiera llevarlos por el mar.

Ya se estaba levantando el lucero de la mañana sobre las altas cimas del Ida y nos traía el día. Los dánaos tenían bloqueadas las puertas y no nos quedaba esperanza de ayuda. Me alejé y, con mi padre a cuestas, me dirigí a los montes.

camino. Deja detrás de sí largo surco de luz y un penetrante olor a azufre difúndese por los lugares vecinos. Convencido mi padre por este prodigio, levanta los ojos al cielo, invoca a los dioses y adora la estrella sagrada:

"Ya no hay dilación alguna; os sigo e iré adonde me llevéis. Dioses de mi patria, guardad mi casa y guardad a mi nieto. De vosotros viene este presagio y todavía está Troya bajo vuestra protección. Cedo, pues, hijo mío, y no me rehúso a ser tu compañero".

Cuando acabó de decir esto se oía ya más claro el crepitar del fuego en las murallas y se sentía más cerca el calor del incendio.

"Pronto, padre querido, súbete a mi cuello; te llevaré sobre mis hombros y no me resultará fatigoso este trabajo. Vengan las cosas como vengan, común será el peligro ni habrá más que una salvación para ambos. Acompañeme el pequeño Julo y que la esposa siga de lejos nuestros pasos.

"Vosotros, servidores, retened en la memoria lo que voy a decir. Hay a la salida de la ciudad un promontorio y un viejo templo de Ceres abandonado; muy cerca se levanta un antiguo ciprés, venerado durante largos años por la piedad de nuestros padres. A ese lugar convendremos por diversos caminos. Tú, padre, lleva en la mano los objetos sagrados y los patrios penates; a mí, que vengo de una batalla tan espantosa y de una matanza tan reciente, no me es permitido tocarlos hasta que no me lave en el agua viva...

Dicho esto, extendiendo sobre mis anchos hombros y sobre mi cuello sumiso el vestido y una roja piel de león y me agacho a recibir la carga. Se agarra a mi diestra el pequeño Julo y sigue a su padre con pasos desiguales; detrás viene mi esposa. Caminamos por lugares oscuros y yo, que antes arrostraba impávido el diluvio de dardos y el ataque de las cerradas filas de los griegos, me asusto ahora al menor soplo del viento. El menor ruido me mantiene en suspenso y me hace temblar a la vez por mi compañero y por mi carga.

Me acercaba ya a las puertas y parecía haber salvado todos los obstáculos del camino, cuando siento llegar de repente a mis oídos un ruido de pasos precipitados, y exclama mi padre, mirando hacia las sombras:

"Huye, hijo, huye, que se acercan. Veo brillar los escudos y los reflejos del bronce".

No sé qué divinidad enemiga turbó mi ofuscada razón en aquel momento de sobresalto. El caso es que, mientras corro por desviados senderos y me aparto de los caminos conocidos, me fue arrebatada Creusa, mi mujer.

¿Se detuvo a consecuencia de un desgraciado destino, o se equivocó de ruta, o tuvo que sentarse, rendida de cansancio? No lo sé. Desde entonces no la han vuelto a ver mis ojos. Y no advertí su pérdida ni me di cuenta de ella hasta que llegamos al promontorio, a la sacra morada de la antigua Ceres. Una vez reunidos allí todos sólo faltó ella, para desolación de sus compañeros, de su hijo y de su esposo.

¿A qué hombre, a qué dios no culpé, loco de mí? ¿Vi algo más cruel en la destrucción de la ciudad? Confío a mis compañeros la custodia de Ascanio, de mi padre Anquises y de los teucros penates y los dejo ocultos en un recodo del valle; yo me vuelvo a la ciudad y me cifo mis armas refulgentes. Estoy decidido a arrostrar de nuevo toda clase de riegos, a volver sobre mis pasos atravesando entera toda Troya, y a exponer otra vez mi vida a los peligros.

Comienzo por alcanzar los muros y el oscuro umbral de la puerta por la que había salido, y sigo los trastos de mis pasos a través de la noche recorriéndolo todo con mi vista. Por todas partes se ofrece horror al ánimo; hasta el mismo silencio me

da espanto. Me encamino después a la casa, a ver si, por casualidad, dirigió allí sus pasos. Ya la habían invadido los dánaos y la ocupaban toda entera. Un fuego devorador ascendía hasta el tejado atizado por el viento; subían más altas las llamas y se alzaban furiosas al cielo.

Sigo avanzando y vuelvo a ver el palacio y la fortaleza de Príamo. Bajo los pórticos solitarios del templo de Juno, Fénix y el cruel Ulises, elegidos por guardianes, custodiaban ya el botín. Allí estaban amontonados todos los tesoros de Troya, arrebatados a los templos en llamas y las mesas de los dioses, vasos de oro macizo, y las vestiduras de los vencidos. En una larga fila alrededor se encuentran niños y madres temblorosas...

Hasta me atreví a gritar en la oscuridad, llené de voces las calles, pero en vano pronuncié afligido repetidas veces el nombre de Creusa.

Mientras así la buscaba, recorriendo sin cesar la ciudad toda, se apareció ante mis ojos un triste fantasma: era la sombra de la propia Creusa, aunque de tamaño mayor que de ordinario. Me quedé estupefacto, se erizaron mis cabellos y la voz se pegó a mi paladar.

Comienza entonces a hablarme y disipar mi preocupación con estas palabras:

"¿De qué sirve abandonarse a tan loco dolor, querido esposo? No suceden estas cosas sin permisión de los dioses. No te es dado llevarte de aquí como compañera a Creusa, ni el que reina en el alto Olimpo lo permite. Largo destierro te espera y vasta superficie de mar hasta de surcar. Llegarás a la tierra de Hesperia, donde el lidio Tiber fluye con mansa corriente entre fértiles campos. Allí te están reservados prósperos sucesos, un reino y una esposa real.

"Deja de llorar a tu querida Creusa. No divisaré las soberbias moradas de los mirmidones o de los dólopes, ni iré a servir a matronas griegas, yo, dardánida y nuera de la diosa Venus. La poderosa madre de los dioses me detiene en estas riberas. Adiós ya, y no dejes de amar a nuestro común hijo".

Cuando hubo pronunciado estas palabras, me dejó sollozando y queriendo decirle cosas mil, y se desvaneció suavemente en el aire. Tres veces intenté abrazarme allí a su cuello y tres veces su imagen, vanamente asida, se escapó de mis manos, semejante a los sutiles vientos y muy parecida al sueño fugaz. Sólo así regreso a ver a mis compañeros vencida la noche.

Y allí me encuentro, sorprendido, que se les había juntado un considerable número de compañeros nuevos: matronas, hombres, juventud congregada para el exilio, plebe miserable. Habían llegado de todas partes, dispuestos a seguirme, con su ánimo y con sus recursos, a cualquier país a que quisiera llevarlos por el mar.

Ya se estaba levantando el lucero de la mañana sobre las altas cimas del Ida y nos traía el día. Los dánaos tenían bloqueadas las puertas y no nos quedaba esperanza de ayuda. Me alejé y, con mi padre a cuestas, me dirigí a los montes.

LIBRO CUARTO

LA TRAGEDIA DE DIDO

El relato de Eneas acrecienta el amor de Dido. Consejo de su hermana Ana (1-55). Agitación de Dido. Deciden Juno y Venus propiciar este amor (56-128). La cacería y la tormenta. Incidente de la gruta (129-172). La fama llega hasta Iarbas y le da cuenta del amor de Dido por Eneas. Plegaria de Iarbas a Júpiter (173-218). Júpiter ordena a Eneas, por medio de Mercurio, abandonar Cartago, Preparativos para la partida (219-295). Trata Dido de retener a Eneas. Respuesta de éste (296-361). Cólera de Dido. Prosiguen los preparativos de Eneas (362-415). La reina le envía un último mensaje con su hermana. Desesperación de Dido (416-553). Partida de Eneas después de un nuevo aviso de Mercurio (554-583). Desesperadas imprecaciones de la reina Dido (584-629). Suicidio de Dido. Lamentos de su hermana. Piedad de Juno (630-705)

En tanto, la reina, presa hacía tiempo de grave cuidado, abriga en sus venas herida de amor y se consume en oculto fuego. Continuamente revuelve en su ánimo el alto valor del héroe y el lustre de su linaje. Clavadas lleva en el pecho su imagen, sus palabras, y el afán no le consiente dar a sus miembros apacible sueño.

Ya la siguiente aurora iluminaba la tierra con la antorcha febea y había ahuyentando del polo las húmedas sombras, cuando delirante Dido habló en estos términos a su hermana, que no tiene con ella más que un alma y una voluntad:

“Ana, hermana mía, ¿qué desvelos son éstos, que me suspenden y aterran? ¿Quién es ese nuevo huésped que ha entrado en nuestra morada? ¿Qué gallarda presencia la suya! ¡Cuán valiente, cuán generoso y esforzado! Creo en verdad, y no es vana ilusión, que es del linaje de los dioses. El temor revela un alma flaca; pero él ¡por cuáles duros destinos no ha sido probado! ¡Qué terribles guerras nos ha referido! Si no llevase en mi ánimo la firme e inmutable resolución de no unirme a hombre con el lazo conyugal desde que la muerte dejó cruelmente burlado mi primer amor, si no me inspirasen un invencible hastío el tálamo y las teas nupciales, acaso sucumbiría a esta sola flaqueza.

“Te lo confieso, hermana: desde la muerte de mi desventurado esposo Siqueo, desde que un cruel fratricidio regó de sangre nuestros penates, ése solo ha agitado mis sentidos y hecho titubear mi conturbado espíritu. Reconozco los vestigios del antiguo fuego; pero quiero que se abran para mí los abismos de la tierra, o que el Padre onnipotente me lance con su rayo a la mansión de las sombras, de las pálidas sombras del Érebo y la profunda noche, ¡oh pudor!, antes de que yo te viole o de que infrinja tus leyes. Aquel que me unió a sí el primero, aquel se llevó mis amores, téngalos siempre él y guárdelos en el sepulcro”. Dijo, y un raudal de llanto inundó su pecho.

Ana le responde:

“¡Oh hermana, más querida para mí que la luz! ¿Has de consumir tu juventud en soledad y perpetua tristeza? ¿Nunca has de conocer los dulces hijos ni los presentes de Venus? ¿Crees que las cenizas y los manes de los muertos se preocupan de tal fidelidad? En buena hora que no haya logrado doblar tu ánimo afligido

ninguno de los que en otro tiempo aspiraron a tu tálamo, ni en la Libia, ni antes en Tiro, y que despreciases a Iarbas y a los demás caudillos que ostenta el África, rica en triunfos; pero ¿has de resistir también a un amor que te cautiva? ¿No consideras en qué país te has fijado? Por un lado te cercan las ciudades de los gétulos, gente invencible en la guerra, y los númidas, que no ponen freno a sus caballos, y las inhospitalarias Sirtes; por otro un árido desierto y los impetuosos barceos, tan temidos en todos estos contornos. ¿Qué diré de las guerras con que te amaga Tiro, y de las amenazas de tu hermano?... Creo en verdad que el viento ha impelido a estas costas las naves troyanas bajo el auspicio de los dioses y por el favor de Juno. ¡Qué ciudad, hermana, qué reinos los que verás surgir de esas bodas! ¡Qué imperio será el tuyo con ese enlace! ¡Cuánto se sublimará la gloria cartaginesa con el auxilio de las armas troyanas! Tú únicamente imploras a los dioses, y, ya aplacados con tus sacrificios, conságrate a los cuidados de la hospitalidad y discurre pretextos para detener a Eneas y a los suyos, mientras la borrasca y el lluvioso Orión revuelven los mares, y están rotas sus naves y les es contrario el cielo.”

Con estas palabras inflamó aquel corazón, ya abrasado por el amor, dio esperanzas a aquel ánimo indeciso y acalló la voz del pudor.

Lo primero, se dirigen a los templos e imploran el favor de los dioses en los altares. Inmolan, con arreglo a los ritos, dos ovejas elegidas a Ceres legisladora, a Febo y al padre Lio, y ante todo a Juno, patrona de los lazos conyugales. La misma hermosísima Dido, alzando una copa en la diestra la derrama entre los cuernos de una vaca blanca o bien recorre lentamente por delante de las imágenes de los dioses los altares bañados de sangre, renueva cada día las ofrendas, y, escudriñando con la vista los abiertos pechos de las víctimas, consulta sus entrañas palpitantes.

¡Oh vana ciencia de los agüeros! ¿De qué sirven los votos, qué valen los templos a la mujer que arde en amor? Mientras invoca a los dioses, una blanda llama consume sus huesos y en su pecho vive la oculta herida. Arde la desventurada Dido y vaga enloquecida por toda la ciudad. Cual incauta cierva herida en los bosques de Creta que el pastor traspasó desde lejos, sin saberlo, con su flecha, y le dejó hincado el hierro volador recorre ella en su fuga las selvas y los montes dicteos, pero en su flanco lleva clavado el arpón letal.

A veces conduce a Eneas consigo a las murallas y ostenta las riquezas sidonias y las comenzadas obras de la ciudad; empieza a hablarle y se para a la mitad del discurso; otras veces, al caer la tarde, le brinda con nuevos festines, y quiere, en su demencia, oír segunda vez los desastres de Troya, y segunda vez se queda pendiente de los labios del narrador: Luego, cuando ya se han separado, y oscura también la luna oculta su luz, y los astros que van declinando convidan al sueño, gime de verse sola en su desierta morada y se tiende en el lecho antes ocupado por Eneas. Ausente lo ve, ausente lo oye. Tal vez estrecha en su regazo a Ascanio, creyendo ver en él la imagen de su padre, y por sí puede así engañar un insensato amor. Ya no se levantan las empuzadas torres; la juventud no se ejercita en las armas ni trabaja en los puertos ni en las fortificaciones. Interrumpidas penden las obras, y gran ruina amenazan los muros y las máquinas que se levantaban hasta el firmamento.

Cuando la amada esposa de Júpiter, hija de Saturno, vio que Dido era presa de tamaño mal y que el cuidado de su fama no bastaba a contener su ardiente pasión, dirigióse a Venus con estas palabras: “¡Insigne loor alcanzáis en verdad, y magníficos despojos, tú y tu hijo! ¡Grande y memorable hazaña, que una mujer sea vencida por las artes de dos númenes! No se me oculta que temes nuestras murallas y que te

recelas de las moradas de la alta Cartago. Pero ¿cómo acabará todo esto, y a qué conducen ahora tan grandes luchas? ¿Por qué no hemos de concertar más bien eterna paz y un himeneo?

“Ya has conseguido lo que tanto deseabas. Dido arde de amores; un ciego furor ha penetrado en sus huesos. Rijamos, pues, ambos pueblos, unidos bajo nuestro común amparo. Consiente que Dido sirva a un esposo frigio, y sean los tirios la dote que le dé tu mano.”

Venus, conociendo al ardid de Juno, que hablas así con objeto de llevar a las playas africanas el reino de Italia, le respondió de esta manera:

“¿Quién había de ser tan insensato que rehusase tales proposiciones o prefiriese ponerse en pugna contigo? Falta sólo que la fortuna favorezca tus planes; pero dudo si los hados, dudo si la voluntad de Júpiter consentirán que se junten en una sola ciudad los tirios y los desterrados de Troya, y a prueben esa mezcla de pueblos y esa proyectada alianza. Tú eres su esposa; a ti te toca doblar su ánimo con ruegos. Empieza; yo te seguiré.”

Así repuso entonces la reina Juno:

“De mi cuenta es eso; escúchame ahora; voy a decirte brevemente por qué medio podrá conseguirse lo que tanto importa. Eneas y la desgraciada Dido se disponen a ir de caza al monte apenas despunte el sol de la mañana e ilumine el orbe con sus rayos. Yo desataré sobre ellos un negro temporal de agua y granizo, y haré retremblar con truenos el firmamento, mientras recorran el bosque los veloces jinetes y los ojeadores le cerquen de empalizadas. Huirá la comitiva, envuelta en opacas tinieblas. Dido y el caudillo troyano irán a refugiarse en la misma cueva. Allí estaré yo, y, si puedo contar con tu voluntad, los uniré con indisoluble lazo. y Dido será de Eneas. Allí acudirá Himeneo.”

Accedió Citerea sin dificultad a lo que le pedía Juno, riéndose del ardid que había concebido.

*

En tanto la naciente aurora se levanta del océano, y la flor de la juventud sale de la ciudad, llevando con profusión apretadas redes, lonas y jabalinas de ancha punta de hierro, acuden precipitadamente los jinetes masilios y las sagaces jaurías. Los primeros caudillos cartagineses esperan en el umbral del palacio a la reina, que aún se detiene en su alcoba. Vistosamente enjaezado de púrpura y oro, su caballo está a la puerta, tascando impaciente el espumoso freno.

Adelántase por fin Dido, acompañada de numeroso séquito, cubierta de una clámide sidonia con cenefa bordada. Lleva una aljaba de oro, recogido el cabello en dorada redcilla y prendida la purpúrea vestidura con un áureo broche. Síguenla los frigios y el alegre Iulo. A su frente el mismo Eneas, el más hermoso de todos, se reúne a ella y con esto se juntan ambas comitivas.

Cual Apolo cuando abandona la helada Licia y las corrientes del Xanto, y visita la materna Delos, instaure los coros, y, mezclados los cretenses, los driopes y los pintados agatirsos, se revuelven furiosos al derredor de los altares, mientras él recorre las cumbres del Cinto, y ajustando la cabellera suelta al viento la sujeta con delicada guirnalda de hojas y oro, pendientes de los hombros la sonora aljaba tal y no menos gallardo iba Eneas, no menos hermosura resplandecía en su noble rostro.

Luego que llegaron a los altos montes y penetraron en sus más intrincadas guaridas, las cabras monteses se precipitan de las frangosas cumbres, mientras por

otro lado los ciervos cruzan corriendo el llano y abandonan los montes, huyendo reunidos en polvoroso tropel. En medio de los valles el niño Ascanio rebosa de gozo en su fogoso caballo y se adelanta en la carrera, ya a unos, ya a otros, pidiendo a los dioses que le envíen entre aquellos tímidos rebaños un espumoso jabalí o que un rojo león baje del monte.

Empieza entre tanto a revolverse el cielo con grande estrépito. Sigue un aguacero mezclado de granizo, con lo cual los tirios y la troyana juventud y el dardanio nieto de Venus, dispersados por el miedo, van en busca de diversos refugios. Se precipitan de los montes los torrentes. Dido y el caudillo troyano llegan a una misma cueva. Primero la Tierra y la prónuba Juno dan la señal. Brillaron los relámpagos y se inflamó el éter, cómplice de aquel himeneo, y en las más altas cumbres prorrumperon las ninfas en grandes alaridos. Fue aquel día el primer origen de la muerte de Dido y el principio de sus desventuras, pues desde entonces nada le importa de su decoro ni de su fama. No oculta ya su amor, antes le da el nombre de conyugal enlace, y con este pretexto disfraza su culpa.

*

Vuela al punto la Fama por las grandes ciudades de la Libia.

La Fama, la más veloz de todas las plagas, que vive con la movilidad y corriendo se fortalece; pequeña y medrosa al principio, pronto se remonta a los aires, y con los pies en el suelo esconde su cabeza entre las nubes. Cuéntase que irritada de la ira de los dioses, su madre la Tierra la concibió, última hermana de Ceo y Encélado, rápida por sus pies y sus infatigables alas; monstruo horrendo, enorme, cubierto el cuerpo de plumas, que debajo de ellas tiene otros tantos ojos, siempre vigilantes ¡oh maravilla! y otras tantas lenguas y otras tantas parleras bocas, y aguza otras tantas orejas. De noche tiende su estridente vuelo por las sombras entre el cielo y la tierra, sin que cierre nunca sus ojos el dulce sueño; de día se instala cual centinela en la cima de un tejado o en una alta torre, y llena de espanto las grandes ciudades, mensajera tan tenaz de lo falso y de lo malo como de lo verdadero.

Entonces se complacía en difundir por los pueblos multitud de especies, pregonando por igual lo que había y lo que no había: que era llegado Eneas, descendiente del linaje troyano, con quien la hermosa Dido se había dignado enlazarse, y que a la sazón pasaban el largo invierno entre placeres, olvidados de sus reinos, y esclavos de torpe pasión. Estas cosas va difundiendo la horrible diosa por boca de las gentes. Al punto tuerce su vuelo hacia el rey Iarbas, e inflama su corazón y atiza en él las iras con sus palabras.

Iarbas, hijo de Amón y de una ninfa robada del país de los Garamantas, había erigido a Júpiter, en sus vastos estados, cien templos inmensos y cien altares, en que ardía constantemente el fuego sagrado en perpetuo honor de los dioses, y cuyo suelo en torno estaba siempre empapado con la sangre de las víctimas bajo dinteles guarnecidos de floridas guirnaldas.

Inflamado y fuera de sí con aquellos acerbos rumores, es fama que dirigió largas preces a Júpiter, alzando las manos suplicantes al pie de los altares, en medio de las estatuas de los dioses.

“¡Oh Júpiter todopoderoso!, exclamó, a quien la mauritana gente, tendida ahora en pintados lechos, ofrece en sus banquetes el vino de las libaciones, ¿ves esto? ¿Será que te temblamos en vano ¡oh padre! cuando vibras tus rayos? ¿Será

que esos relámpagos, envueltos en nubes, que aterran los ánimos, sólo producen vanos murmullos? ¡Esa mujer que llegó errante a mis fronteras y me compró el derecho de fundar una reducida ciudad, esa mujer, a quien yo di la tierra que habrá de cultivar en las costas y el dominio de aquellos sitios, repele mi alianza y recibe en su reino a Eneas como señor! ¡Y ahora ese Paris, con su afeminada comitiva, ceñida la cabeza de la mitra meonia, y perfumado el cabello, está disfrutando de su conquista, mientras que yo llevo inútilmente mis ofrendas a tus templos y abrigo en mi alma una vana idea de tu poder!”

*

Oyó el Omnipotente al que estas preces le dirigía, abrazado a los altares, y volvió los ojos a las regias murallas de Cartago y a los amantes olvidados de mejor fama; en seguida se dirige en estos términos a Mercurio, y le da estas órdenes:

“Ve, ve, pronto, hijo mío; llama a los Céfiros y vuela a hablar al caudillo dárdano, que se está en la tiria Cartago desatendiendo las ciudades que le conceden los hados; llévale mis palabras en los rápidos vientos. No es ése el héroe que me prometió su hermosísima madre, ni para eso le liberto dos veces de las armas de los griegos: antes bien me prometió que regiría la Italia, futura madre de tantos imperios, resonante de guerras, que habían de perpetuar el alto linaje de Teucro, y sometería a sus leyes todo el orbe. Si no le inflama la ambición de tan grandes cosas, si nada quiere hacer por su propia gloria, ¿puede acaso, como padre, arrebatarse a Ascanio las murallas romanas? ¿En qué está pensando, o con qué esperanza se detiene en medio de una nación enemiga, sin acordarse de su descendencia ausonia ni de los lavinios campos? Que se embarque: tal es mi voluntad; sé tú mi mensajero.”

Dijo, y Mercurio se dispone a obedecer el mandato del gran padre de los dioses, calzándose los talares de oro, que con sus alas le llevan remontado por los aires con la rapidez del viento, cruzando mares y tierras. Luego empuña el caduceo, con el cual evoca del Orco las pálidas sombras y envía a otras al triste Tártaro, les da y quita el sueño, y abre los ojos, que cerrara la muerte; sostenido en él, impele los vientos y surca borrascosas nubes.

Ya volando divisa la cumbre y las empinadas vertientes del duro Atlante, cuya pinífera frente, siempre rodeada de negras nubes, resiste el continuo empuje del viento y de la lluvia. Sus hombros están cubiertos de amontonada nieve del rostro del anciano se precipitan caudalosos ríos, y el hielo eriza su fosca barba. Allí se paró por primera vez el dios nacido en el monte Cilene, sosteniéndose en sus alas inmóviles, y se lanzó en seguida hacia el mar, semejante al ave que vuela humilde, rasando las aguas alrededor de las playas y de los peñascos, donde abunda la pesca. No de otra suerte Mercurio, dejando las cumbres de su abuelo materno, volaba entre la tierra y el cielo hacia la arenosa playa de la Libia, y hendía los vientos.

Apenas tocó con sus aladas plantas las cabañas de Cartago, vio a Eneas, que estaba echando los cimientos de las fortalezas y de las casas de la nueva ciudad. Ceñía una radiante espada con empuñadura de verde jaspé, y de los hombros le caía un manto de púrpura de Tiro, reluciente como lumbré, regalo de la opulenta Dido, obra de sus manos, en que había entretejido delicadas labores de oro.

Al punto se llegó a él y le dijo: “¡Qué ahí estás echando los cimientos de la soberbia Cartago, y sometido a una mujer le edificas una hermosa ciudad, olvidando ¡ay! tu reino y tus empresas! ¡El mismo rey de los dioses, que rige con su

voluntad suprema el cielo y la tierra, me envía a ti desde el claro Olimpo; él mismo me ordena cruzar los raudos vientos para traerte estos mandatos! ¿En qué piensas? ¿Con qué esperanzas pierdes el tiempo en las tierras de la Libia? Si nada te mueve la ambición de tan altos destinos, ni nada quieres acometer por tu propia gloria, piensa en Ascanio, que ya va creciendo; piensa en las esperanzas de tu heredero Iulo, a quien reservan los dioses el reino de Italia y la romana tierra."

Dicho esto, despojóse Mercurio de la mortal apariencia sin aguardar la respuesta de Eneas, y se desvaneció ante su vista a lo lejos, confundiendo con las leves auras.

Enmudeció Eneas, consternado ante aquella aparición, y se erizaron de horror sus cabellos, y la voz se le pegó a la garganta. Atónito con tan grave aviso y con el expreso mandato de los dioses, arde ya en deseos de huir y abandonar aquel dulce y amado suelo.

Mas, ¿cómo hacerlo? ¿Con qué razones osará ahora tantear la voluntad de la apasionada reina? ¿Por dónde empezar a prepararla? Y mil rápidos pensamientos se suceden en su mente y la agitan en todos sentidos.

Después de larga indecisión, este partido le pareció el más acertado: llama a Mnesteo y a Sergesto y al fuerte Seresto, y les manda que con sigilo aparejen la escuadra y reúnan a sus compañeros en la playa, que aperciban las armas y disimulen la causa de aquellas novedades, mientras él, cuando aún nada sepa la noble Dido, ni espere ver roto un tan grande amor, verá qué medios podrán tentarse, cuál ocasión será la más propicia para hablarle y cómo se sale mejor de aquel trance.

Todos al punto obedecen contentos y ejecutan sus órdenes.

*

La reina, empero (¿quién podría engañar a quien ama?) presintió el engaño y supo la primera los movimientos que se preparaban, recelándose de todo en medio de su seguridad. La misma impía Fama fue quien llevó a la enamorada Dido la nueva de que se estaba armando la escuadra y disponiéndose la partida; con lo que enfurecida, inflamada y fuera de sí recorre toda la ciudad, cual bacante agitada al principiarse los sacrificios, cuando la estimulan las orgias trienales, oída la voz de Baco, y la llaman los nocturnos clamores del Citerón: Vase, en fin, a Eneas, y le interpela en estos términos:

"¿Esperabas pérfido, poder ocultarme tan negra maldad y salir furtivamente de mis estados? ¿Y no te contiene mi amor, ni esta diestra, que te di en otro tiempo, ni la desastrosa muerte que espera a Dido? Además, y como si todo eso no bastara, aparejas tu escuadra en la estación invernal y te apresuras a darte al mar cuando soplan los aquilones cruel.

"Dime: aun cuando no te dirigieses a extranjeros campos y a moradas desconocidas, aun cuando todavía permaneciese en pie la antigua Troya, ¿iría tu escuadra a buscar a Troya surcando borrascosos mares? ¿Huyes de mí por ventura? Por estas lágrimas mías, por esa tu diestra (pues todo, misera de mí, te lo he abandonado), por nuestro enlace, por nuestro comenzado himeneo, si algo merezco de ti, si alguna felicidad te he dado, yo te suplico que te compadezcas de este amenazado reino, y si aún los ruegos pueden algo contigo, renuncia a ese propósito. Por ti me aborrecen las naciones de la Libia y los reyes de los nómades; por ti me he hecho odiosa a los tirios; por ti, en fin, he sacrificado mi pudor y perdido mi primera fama, único bien que me remontaba hasta los astros. ¿A quién me abandonas moribunda

¡oh huésped!, pues sólo este nombre queda al que fue mi esposo? ¿Qué aguardo? ¿Acaso a que mi hermano Pigmalión venga a destruir mis murallas, o a que el gétulo Iarbas me lleve cautiva? ¡Si a lo menos antes de tu fuga me quedase alguna prenda de tu amor, si viese jugar en mi corte un pequeñuelo Eneas, cuyo rostro infantil me recordase el tuyo, no me creería enteramente vendida y abandonada!"

Dijo. Subyugado por el mandato de Júpiter, fijos los ojos, Eneas pugna por encerrar su dolor en el corazón; por fin le responde en breves palabras:

"Jamás negaré ¡oh reina! los grandes favores que me recuerdas; nunca me pesará acordarme de Elisa mientras conserve memoria de mí mismo, mientras anime mi cuerpo el soplo de la vida. Poco diré para justificarme; nunca me propuse, créelo, huir secretamente, pero tampoco pensé nunca encender aquí las teas de himeneo ni te di palabra de esposo. Si los hados me permitiesen disponer de mi vida y mis obligaciones a mi entero arbitrio, mi primer cuidado hubiera sido restaurar la ciudad de Troya y las dulces reliquias de los míos; aún subsistirían los altos alcázares de Príamo, y mi mano hubiera levantado para los vencidos un nuevo Pérgamo. Pero ahora Apolo de Grineo me manda ir a la grande Italia, a Italia me envían los oráculos de la Licia. Allí está mi amor, allí mi patria.

"Si a ti, nacida en la Fenicia, te agrada habitar los palacios de la africana Cartago, ¿por qué has de impedir a los teucros que vayan a establecerse en la Ausonia? Justo es que nosotros también busquemos un reino extranjero. Cuantas veces la noche cubre la tierra con sus húmedas sombras, cuantas veces se levantan los encendidos astros, la pálida imagen de mi padre Anquises me amonesta en sueños y me llena de pavor, y pienso en el niño Ascanio, en ese hijo querido, a quien estoy privando injustamente del reino de Hesperia y de los campos que le reservan los hados. Y aún ahora el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter (por mi padre y por mi hijo te lo juro), me ha traído por los rápidos vientos ese mandato. Yo mismo con mis propios ojos vi al dios, bañado de viva luz, entrar en la ciudad y oír su voz con mis propios oídos. Cesa, pues, de agravar con tus quejas tu dolor y el mío; no por mi voluntad me voy a Italia..."

*

Mientras de esta suerte hablaba Eneas, Dido tenía vuelto el rostro, retorciendo la vista a una y otra parte. Luego le recorre de pies a cabeza con silenciosa mirada y exclama así, furiosa:

"No, no fue una diosa tu madre, pérfido, ni vienes del linaje de Dárdano. El Cáucaso, erizado de duras peñas, te engendró y te amamantaron las tigres hircanas. ¿Por qué ¿a qué disimular? ¿A qué mayores ultrajes me reservo? ¿Acaso le ha conmovido mi llanto? ¿Ha vuelto los ojos hacia mí? ¿Ha llorado, vencido de mis lágrimas, o se ha compadecido de su amante? ¿Qué más he de sufrir? Ya ni la poderosa Juno ni el hijo de Saturno ven estas cosas con ojos serenos.

"No hay fe en el mundo. Arrojado a la playa, mísero y necesitado de todo, lo recogí y le di, insensata, una parte en mi reino y salvé su escuadra perdida y libertad de la muerte a sus compañeros. ¡Ah! ¡Las Furias me quemaran, me arrebatan! ¡Ahora son los oráculos de la Licia, ahora es Apolo augur, ahora el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter, le ha traído por los aires ese horrendo mandato, como si los dioses se afanasen por esas cosas, como si tales cuidados fuesen a turbar su reposo!

"Vete, no te detengo, ni quiero refutar tus palabras; ve, busca la Italia en alas

de los vientos; persigue un reino cruzando las olas. Yo espero, si algo pueden los piadosos númenes, que encontrarás el castigo en medio de los escollos y que muchas veces invocarás el nombre de Dido. Ausento yo, te seguiré con negros fuegos y cuando la fría muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás siempre a tu lado. Expiarás tu crimen, traidor; yo lo oiré y la fama de tu suplicio llegará hasta mí en la profunda mansión de los manes.”

Dicho esto, se interrumpe sin aguardar respuesta, y llena de dolor, se oculta a la luz del día y huye de los ojos de Eneas, dejándole indeciso y amedrentado, y cuando se disponía a alegar y a esforzar nuevas razones. Sus doncellas la sostienen, la llevan casi exánime a su marmóreo aposento y la tienden en su lecho.

En tanto, el piadoso Eneas, aunque bien quisiera consolar a la triste Dido y calmar su afán con afectuosas palabras, gimiendo amargamente y quebrantando su ánimo por un grande amor, decide, no obstante, obedecer el mandato de los dioses y va a revistar su armada. Con esto los troyanos redoblan su fervor y desencallan en toda la playa las altas naves. Ya flotan sobre las aguas las embreadas quillas; en su afán de emprender pronto la fuga, traen de las selvas hojosas ramas y maderas sin labrar, que emplean a guisa de remos...

Por todas las puertas de la ciudad se les ve salir en tropel, como las hormigas, cuando saquean un gran montón de trigo, en previsión del invierno, y lo-trasladan a su granero. Va por los campos el negro escuadrón, llevándose su presa por angosta vereda entre la yerba: unas acarrean con grande empuje los granos mayores; otras reúnen las huestes y castigan a las morosas. Hierve con la faena todo el sendero.

¿Cuáles eran tus pensamientos ¡oh Dido! al presenciar aquellos preparativos? ¿Qué gemido exhalabas al ver desde lo alto de tu palacio hervir en gentes toda la playa y mezclarse todos aquellos clamores al estruendo del mar? ¡Cruel amor! ¿A qué no impeles los mortales corazones? De nuevo tiene que recurrir a las lágrimas, de nuevo tiene que apelar a las súplicas y que doblar su orgullo bajo el yugo del amor, para que nada le queda por intentar antes de morir inútilmente.

*

“Ana, le dice, ¿ves ese gran movimiento en la playa? Todos los troyanos acuden a ella; ya las velas llaman al viento y ya alegres los marineros han ceñido las popas con guirnaldas. Si pude esperar tanto dolor, también lo sabré soportar ¡oh hermana mía! Sin embargo, Ana, concede todavía a la desgraciada Dido este único favor, ya que a ti sola demostraba afecto ese pérfido, y aun te confiaba sus secretos pensamientos; tú sola conocías los caminos y la ocasión de penetrar en el corazón de ese hombre. Ve, hermana, y suplicante habla a ese soberbio enemigo. Yo no juré en la Aulide con los griegos el exterminio de la nación troyana, ni envié una armada contra Pérgamo, ni arranqué de su sepulcro la ceniza y los manes de su padre Anquises. ¿Por qué cierra el oído desapiadado a mis palabras? ¿Por qué huye de mí tan precipitadamente? Conceda esta última merced a su desventurada amante; espere una fuga más fácil y vientos más prósperos. Ya no reclamo la antigua fe, que ha violado, ni que se prive por mí de su hermoso Lacio, ni que renuncie a su reino; sólo pido un breve plazo, un poco de descanso y de tiempo para calmar mi delirio, mientras la fortuna me enseña a llorar, vencida y resignada. Ten compasión de tu hermana. Este postrer favor pido y si me lo concedes, mi gratitud, cada día mayor, te acompañará hasta la hora de mi muerte.”

Tales eran sus súplicas, tales los lamentos que su afligida hermana lleva y

vuelve a llevar continuamente a Eneas. Pero él a todos permanece insensible y nada quiere oír. A ello se oponen los hados, y un dios le cierra el oído a la compasión. Como cuando los vientos de los Alpes luchan entre sí por descuajar con su empuje en todas direcciones una robusta y añosa encina, y rugen con furor, y sacudiendo su tronco cubren toda la tierra en torno desgajadas ramas, mientras ella persevera clavada en las rocas, y tanto levanta su copa por las etéreas auras cuando hunde sus raíces en el Tártaro, no de otra suerte el héroe, combatiendo por aquellas incesantes súplicas, vacila a veces, y su gran corazón devora el dolor; pero su resolución persevera inmóvil y en vano le asedian las lágrimas.

Entonces la desgraciada Dido, consternada ante su cruel destino, implora la muerte. La luz del día llena su corazón de amargura, y como para más impulsarla a su propósito de quitarse la vida, vio —¡horrible presagio!— mientras estaba ofreciendo donativos y quemando incienso en las aras, ennegrecerse los sagrados licores y convertirse en impura sangre los derramados vinos. A nadie, ni aun a su misma hermana, refirió aquella visión.

Había además en su palacio un templo de mármol, consagrado a su primer esposo, el cual solía decorar con admirable pompa, ciféndole de blancos vellones y de sagradas ramas. De allí cuando la oscura noche cubre la tierra, pareció que salían voces y palabras de su esposo, que la llamaba, y que muchas veces un búho, solitario en la más alta torre de su palacio, se lamentaba con lúgubre canto, exhalando largos y lastimeros gemidos.

Numerosas predicciones de los antiguos vates la espantan además con terribles avisos. El mismo cruel Eneas se le aparece en sueños y la agita y enloquece; siempre se imagina verse abandonada y sola, y cree ir siempre andando por un largo camino, de nadie seguida, buscando a sus tios por un país desierto. Así panteo demente ve la turba de las Euménides y tiene siempre delante de sí dos soles y dos Tebas, o cual Orestes, hijo de Agamenón, cuando fuera de sí huye en la escena de su madre armada de teas y negras serpientes, y ve sentadas en el umbral del templo a las vengadoras Furias.

Luego, pues, que, vencida por el dolor, se abandonó a la desesperación y resolvió morir, dispuso consigo misma a sus solas el modo y la ocasión de hacerlo. Y componiendo el rostro para mejor disimular, la frente serena y radiante de esperanza, se dirige en estos términos a su afligida hermana:

“Felicítame: ya he discurrido el medio de recobrar a Eneas o de curarme de este amor que le profeso. Hay un lugar, término del país de los etiopes, cerca de los confines del océano y del sol en su ocaso, donde el inmenso Atlante hace girar sobre sus hombros el eje del cielo, tachonado de ardientes estrellas. De allí ha venido y se me ha presentado una sacerdotisa de la nación masilia, antigua custodia del templo de las Hespérides, que guardaba en el árbol los sagrados ramos y daba al dragón manjares, rociados de líquida miel y soporíferas adormideras. Esta promete sanar a su arbitrio con sus conjuros los pechos enamorados o infundir en otros los tormentos del amor; atajar las corrientes de los ríos y hacer que retrocedan los astros; y evoca los manes durante la noche. Oirás a la tierra mugir bajo sus pies y verás bajar los olmos de las montañas.

“Testigos me son los dioses y tú, querida hermana, tú, a quien tanto quiero, de que muy a pesar mío recurro a artes mágicas. Levanta secretamente en el interior del palacio y al aire libre una pira, y coloca encima las armas de Eneas, que el impío dejó colgadas en nuestro tálamo, y todas las prendas que de él me quedan, y el

mismo lecho conyugal en que perecí: manda la sacerdotisa que destruya todos los recuerdos de este hombre odioso.”

Dicho esto, calló y su rostro se cubrió de palidez. Ana, sin embargo, no sospecha que su hermana encubre bajo aquellos desusados sacrificios proyectos funerales, ni se imagina que a tanto llegue su delirio, ni teme que sea entonces mayor su desesperación que cuando murió Siqueo. Así, pues, obedeció sus órdenes...

Luego que se ha levantado en el interior de su palacio una gran pira al aire libre, con teas y ramas de encina, enguinalda la reina aquel recinto, lo corona con fúnebre ramaje y coloca sobre el lecho los vestidos de Eneas, su espada y su imagen, segura de la suerte que le aguarda.

Varios altares rodean la pira, y la sacerdotisa, suelto el cabello, invoca tres veces con voz tonante a los cien dioses infernales, al Érebo, al Caos, a la triforme Hécate, a Diana, la virgen de tres caras; al mismo tiempo derrama turbias aguas para simular las del averno, y el zumo de aquellas vellosas yerbas segadas a la luz de la luna con segur de cobre, que destilan negro veneno, a que mezcla el hipómanes arrancado de la frente de un potro recién nacido, arrebatado a la madre... La reina misma, descalzo un pie y desceñida la túnica, presenta a los altares con sus piadosas manos la sagrada mola, y próxima a morir, toma por testigo a los dioses y a los astros, sabedores de su fatal destino; y si hay algún numen vengador de los amantes burlados, implora su justicia.

Era la noche, y los fatigados cuerpos disfrutaban en la tierra apacible sueño; descansaban las selvas y los terribles mares. Era la hora en que llegan los astros a la mitad de su carrera, en que callan los campos, y en que los ganados y las pintadas aves, y lo mismo los animales que habitan en los extensos lagos que los que pueblan los montes, entregados al sueño en el silencio nocturno, mitigaban sus cuidados y olvidaban sus faenas. No así la desventurada Dido, a cuyos ojos nunca llega el sueño, a cuyo pecho nunca llega el descanso, antes la noche redobla sus penas y reanima y embravece su amor, mientras su corazón fluctúa en un mar de iras. Párase al fin, y hablando consigo misma revuelve en su mente estos pensamientos:

“¿Qué debo hacer? ¿He de exponerme a que se burlen de mí mis antiguos pretendientes? ¿Solicitaré suplicante el enlace con esos nómades, a quienes tantas veces desdeñé por esposos? ¿Seguiré por ventura la armada troyana y me someteré cual esclava a las órdenes de los teucros? ¿A fe que debo estar satisfecha de haberles dado auxilio y que guardan buena memoria y gratitud insigne de los favores recibidos! Pero ¿me lo permitirían acaso, aun cuando yo quisiera? ¿Me recibirían en sus soberbias naves, siéndoles aborrecida? No lo sabes, miserable. ¿No conoces todavía los perjuros de la raza de Laomedonte?

“¿Qué debo hacer, pues? ¿Acompañaré sola y fugitiva a esos soberbios marreantes, o me uniré a ellos seguida de mis tirios y de mis pueblos todos? ¿Expondré de nuevo a los azares del mar, de nuevo mandaré dar al viento la vela, a los que con tanto afán arranqué de la ciudad sidonia? ¡No!, muere más bien, como mereces, y aparte el dolor con el hierro. ¡Tú, la primera, hermana; tú, vencida de mis lágrimas y mi ciega pasión, me has traído estas desgracias y me has entregado a mi enemigo! ¡Pluguiera a los dioses que inocente y libre hubiera vivido, como las fieras, sin probar tan crueles angustias! ¡Ojalá hubiese guardado la fe prometida a las cenizas de Siqueo!” Tales lamentos lanzaba Dido de su quebrantado pecho.

Decidido ya a partir, y todo dispuesto, durmiendo estaba Eneas en su alta nave, cuando vio la imagen del mismo numen que ya antes se le había aparecido; imagen en un todo semejante a Mercurio, por la voz, por el color, por su rubio cabello y juvenil belleza, y de nuevo se le figuró que le hablaba así:

“¿Y puedes dormir en este trance, hijo de una diosa? ¿No ves los peligros que para lo futuro te rodean? Insensato, ¿no oyes el soplo de los céfiros bonancibles? Resuelta a morir, Dido revuelve en su mente engaños y maldades terribles, y fluctúa en un mar de iras. ¿No precipitas la fuga mientras puedes hacerlo? Pronto verás la mar cubrirse de naves y brillar amenazadoras teas; pronto verás hervir en llamas toda la ribera si te coge la aurora detenido en estas tierras. ¡Ea, ve! ¡No más dilación! La mujer es siempre voluble.” Dicho esto, se confundió con las sombras de la noche.

Aterrado Eneas con aquellas repentinas sombras, se arranca al sueño y hostiga a sus compañeros, diciéndoles: “Despertad al punto, remeros, y acudid a vuestros bancos. ¡Pronto, tendad las velas! Por segunda vez un dios, enviado desde el alto éter, me insta a acelerar la fuga y a cortar los retorcidos cables. Quienquiera que seas, poderoso dios, ya te seguimos, y por segunda vez obedecemos jubilosos tu mandato. ¡Oh! asístenos propicio y haz brillar para nosotros en el cielo astros favorables.”

Dijo, y desvainando la fulminea espada, corta de un tajo las amarras. Su ardor cunde en todos al mismo instante; todos se apresuran y se precipitan, todos abandonan las playas; desaparece la mar bajo las naves; a fuerza de remos levantan olas de espuma y barren los cerúleos llanos.

*

Ya la naciente aurora, abandonando el dorado lecho de Titón, inundaba la tierra de nueva luz, cuando vio la reina desde la atalaya despuntar el alba y alejarse en orden la armada.

Vio también desierta la playa y el puerto sin remeros; y golpeándose tres y cuatro veces el hermoso pecho y mesándose el rubio cabello, “¡Oh Júpiter!, exclamó, ¡se me escapará ese hombre! ¡Ese advenedizo se habrá burlado de mí en mi propio reino! ¿Y los míos no empuñarán las armas, no saldrán de todas partes a perseguirlos, y no arrancarán las naves de los astilleros? Id, volad, vengan llamas, dad las velas, manos a los remos...”

“¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvario me ciega? ¡Dido infeliz! ¡Ahora adviertes su maldad! Valiera más que la advirtieras cuando le dabas tu cetro. Ésa es su palabra, ésa su fe, ése es el hombre de quien cuentan que lleva consigo sus patrios penates y que sacó de Troya sobre sus hombros a su anciano padre! ¿No pude apoderarme de él y despedazar su cuerpo y dispersarlo por las olas, y acuchillar a sus compañeros ya el mismo Ascanio, y ofrecerle por manjar en la mesa de su padre?... Tal vez esa lid la victoria hubiera sido dudosa... ¡Y que lo fuese! Destinada a morir, ¿qué tenía yo que temer? Yo hubiera llevado las teas a sus reales, hubiera incendiado sus naves y exterminado al hijo y al padre con toda su raza, y a mí misma sobre ellos...”

“¡Oh sol, que descubres con tu luz todas las obras de la tierra, y tú oh Juno, testigo y cómplice de mi desgracia! ¡Oh Hécate, por quien resuenan en las encrucijadas de las ciudades nocturnos aullidos! y ¡oh vosotras, Furias vengadoras, y oh dioses de la moribunda Elisa, escuchad estas palabras, atended mis súplicas y

convertid sobre esos malvados vuestro numen vengador! Si es forzoso que ese infame arribe al puerto y pise el suelo de Italia; si así lo exigen los hados de Júpiter, y este término es inevitable, que a lo menos, acosado por la guerra y las armas de un pueblo audaz, desterrado de las fronteras, arrancado de los brazos de Iulo, implore auxilio y vea la indigna matanza de sus compañeros. Y cuando se someta a las condiciones de una paz vergonzosa, no goce del reino ni de la deseada luz del día, antes sucumba a temprana muerte y yazga insepulto en mitad de la playa. Esto os suplico; este grito postrero exhalo con mi sangre.

"Y vosotros, oh tirios, cebad vuestros odios en su hijo y en todo su futuro linaje; ofreced ese tributo a mis cenizas. Nunca haya amistad, nunca haya alianza entre los dos pueblos. Alzate de mis huesos, oh vengador, destinado a perseguir con el fuego y el hierro a los advenedizos hijos de Dárdano. ¡Yo te ruego que ahora y siempre, y en cualquier ocasión en que haya fuerza bastante lidien ambas naciones, playas contra playas, olas contra olas, armas contra armas, y que lidien también hasta sus últimos descendientes!"

*

Esto diciendo, revolvía mil proyectos en su cabeza, discuriendo el medio de quitarse lo más pronto posible la odiosa vida. Llama entonces a Barce, nodriza de Siqueo (pues su antigua patria guardaba las negras cenizas de la suya), y le dice:

"Dispón, querida nodriza, que venga aquí mi hermana; dile que se apresure a purificarse en las aguas del río y traiga consigo las víctimas y las ofrendas expiatorias que ha pedido la sacerdotisa; hecho esto, venga enseguida. Tú, por tu parte, cífe a tus sienes las sagradas infulas; quiero consumir el sacrificio que tengo preparado al supremo numen infernal, poner término a mis ansias y entregar a las llamas la efigie del troyano."

Dijo, y la anciana acelera el paso con senil premura. Entretanto Dido, trémula y arrebatada por su horrible proyecto, revolviendo los sangrientos ojos y jaspeadas las temblorosas mejillas, cubierta ya de mortal palidez, se precipita al interior de su palacio, sube furiosa a lo alto de la pira y desenvaina la espada de Eneas, prenda no destinada ¡ay! a aquel empleo.

Allí, contemplando las vestiduras troyanas y el conocido tálamo, después de dar algunos momentos al llanto y a sus recuerdos, se reclinó en el lecho y prorrumpió en estos postreros acentos:

"¡Oh dulces prendas, mientras lo consentían los hados y un dios, recibid esta alma y libertadme de estos crudos afanes! He vivido, he llenado la carrera que me señalara la fortuna, y ahora mi sombra descenderá con gloria al seno de la tierra. He fundado una gran ciudad, he visto mis murallas. Vengadora de mi esposo, castigué a un hermano enemigo. ¡Feliz ¡ah! demasiado feliz con solo que nunca hubiesen arribado a mis playas las dardánias naves!"

Dijo, y besando el lecho exclamó:

"¡Y he de morir sin venganza! Muramos. Así, así quiero yo descender al abismo. Apasiente sus ojos desde la alta mar el cruel dardanio en esta hoguera y lleve en su alma el presagio de mi muerte."

Dijo, y en medio de aquellas palabras, sus doncellas la ven caer a impulso del hierro y ven la espada llena de espumosa sangre y sus manos todas ensangrentadas.

Inmenso clamor se levanta en todo el palacio. Cual bacante, la Fama recorre en un momento toda la aterrada ciudad; retiemblan los edificios con los sollozos y los

alaridos de las mujeres; resuena el aire con grandes lamentos, no de otra suerte que si Cartago toda entera o la antigua Tiro se derrumbase, entregadas al enemigo, y cundiesen furiosas llamas por casas y templos.

Despavorida, exánime, oye Ana los clamores, acude precipitadamente y desgarrándose el rostro con las uñas y golpeándose el pecho a tropella por todos y llama a gritos a la moribunda Dido:

"¡Esto era, oh hermana, el sacrificio que disponías! ¡Así me engañabas! ¡Esto me preparaban esa pira, esa hoguera y esos altares! Abandonada de ti ¡por dónde he de empezar mis lamentos? ¿Te desdeñaste de que tu hermana te acompañase en tu muerte? ¡Ah! ¿Por qué no me llamaste a compartir tu destino? El mismo dolor, la misma hora nos hubiera arrebatado a ambas a impulso del hierro. ¡Y yo levanté esa pira con mis propias manos, yo misma invoqué a los dioses patrios, para que, puesta tú ¡cruel! en ese duro trance, yo no estuviera presente! ¡Te mataste y me matas, hermana, y a tu pueblo y al senado y a tu ciudad! Agua, dad me agua con que lave sus heridas, y si aún vaga en su boca un postremo aliento, le recogeré con la mía."

Esto diciendo, había subido las gradas de la pira y estrechaba al calor de su regazo, entre gemidos, a su hermana moribunda, y le enjugaba con sus ropas la negra sangre.

Dido se esfuerza por levantar los pesados ojos, y de nuevo cae desmayada; por la profunda herida que tiene debajo del pecho sale silbando su aliento. Tres veces se incorporó apoyándose sobre el codo, y tres veces volvió a caer en su lecho; busca con errantes ojos la luz del cielo y gime al encontrarla.

Entonces la omnipotente Juno, compadecida de aquel largo padecer y de aquella difícil agonía, manda desde el Olimpo a Iris para que desprenda de los miembros el alma, afanada por romper su prisión; porque muriendo la desventurada Dido, no por natural ley del destino ni en pena de un delito, sino prematuramente y arrebatada de súbito furor, aún no había Prosérpina cortado de su frente el rubio cabello ni consagrado su cabeza al orco estigio.

Iris, pues, desplegando en los cielos sus alas, húmedas de rocío, que tinte el opuesto sol de mil varios colores, se para sobre la cabeza de la reina: "Cumpliendo con el mandato que he recibido, llevo este sacrificio a Dite y te desligo de este cuerpo."

Dice así y corta el cabello con la diestra. Disípase al punto el calor, y la vida se desvanece en los aires.

LIBRO DUODÉCIMO

ENEAS Y TURNO FRENTE A FRENTE

No obstante la oposición de Latino y de Amata, Turno decide provocar a Eneas (1-18). Turno y Eneas se preparan al combate. Eligen el lugar (82-133). Juno advierte a Iuturna del peligro que amenaza a Turno (134-160). Eneas y Latino se comprometen con solemne juramento a respetar las condiciones y consecuencias del combate (161-215). Disfrazada de guerrero rútilo, rompe Iuturna el pacto (216-256). El augur Tolumnio desencadena el combate (257-310). Eneas herido por una flecha. Turno se aprovecha de su ausencia para atacar a los troyanos (311-382). Vuelve Eneas al combate y provoca a Turno (383-467). Iuturna aleja a su hermano de la pelea. Estragos de Eneas y Turno (468-553). Venus inspira a Eneas la idea de atacar la ciudad de los latinos (554-592). El suicidio de Amata siembra la confusión (593-613). Reconoce Turno a su hermana. Se entera del desastre de los suyos y demanda pelear cuerpo a cuerpo con Eneas (614-696). Vienen a las manos Eneas y Turno. Peripecias del combate (697-790). Júpiter invita a Juno a no luchar ya más contra el destino. Condiciones para que latinos y troyanos formen un solo pueblo (791-842). Júpiter ordena a Iuturna abandonar el campo de batalla (843-886). Muerte de Turno y victoria de Eneas (887-952)

Viendo Turno a los latinos, quebrantados por sus desastres en la guerra, decaer de ánimo, reclamarle el cumplimiento de sus promesas y fijar todos en él sus miradas, arde con indecible coraje y da nuevos bríos a su esfuerzo. Cual en los campos africanos un león a quien los monteros han abierto ancha herida en el pecho, se apresta a vengarse, pasada la primera sorpresa, sacude arrogante la larga melena en la cerviz, rompe impávido el hincado venablo del artero cazador y ruga con sangrientas fauces, no de otra suerte se desliza el furor en el abrasado pecho de Turno, que fuera de sí dirige al rey estas palabras:

o está Turno a la lid; no hay para qué retracten sus palabras los cobardes troyanos, ni rehúsen cumplir lo pactado. Yo vuelvo al campo; tú, padre, ofrece sacrificios a los dioses, y dicta las condiciones del duelo. O con esta diestra precipitaré en el Tártaro al troyano, desertor del Asia —latinos, asistid impasibles y confiados al combate—, y yo solo con mi espada vengaré el común ultraje, o dominen los vencidos, y suya sea mi prometida Lavinia.”

Con reposado continente le responde el rey Latino:

“Oh animosísimo mancebo, cuanto tú descuellas con heroico ardimiento, tanto debo yo proceder con maduro consejo y pesar temeroso todos los azares. Posees el reino de tu padre Dauno y muchas ciudades ganadas por tu esfuerzo; cuentas también con el oro y la voluntad del rey Latino. Otras vírgenes hay en el Lacio y en los campos laurentinos, cuyo linaje no desmerece del tuyo; permíteme, pues, que, depuesto todo engaño, te diga cosas duras, y grábalas bien en tu mente.

”No me era lícito unir mi hija a ninguno de los antiguos pretendientes; así me lo decían a una los dioses y los hombres. Vencido del amor que te profesó, vencido del parentesco que nos une y del llanto de mi afligida esposa, rompí todos los lazos y arrebaté a mi futuro yerno, Eneas, la esposa que le había prometido, y moví contra él

impía guerra. Viendo estás, Turno, cuántos duros trances, cuántas guerras me ha acarreado aquella resolución; cuántos afanes te cuesta, a ti el primero, Dos veces vencidos en recia batalla, apenas guardamos seguros de esta ciudad las esperanzas de Italia; todavía están calientes con nuestra sangre las aguas del Tíber, y las dilatadas campiñas blanquean con nuestros huesos.

“¿A qué recuerdo esto tantas veces? ¿Cuál locura tuerce así mis pensamientos? Si, muerto Turno, estoy dispuesto a llamar a esos nuevos aliados, ¿por qué más bien no ceso en estas guerras antes que de ellas te paren daños? ¿Qué dirán mis deudos los rútuos, qué dirá el resto de Italia, si ¡ojalá desmienta la Fortuna mi palabra! te ocasiona la muerte a ti, que me pides mi hija y mi alianza? Considera los varios trances de la guerra; ¡compadécete de tu anciano padre, que lejos de ti arrastra una triste vida en su patria Árdea!”

No se doblaba con estas palabras la violenta condición de Turno; antes bien con el remedio se exacerba y encona su mal. Apenas pudo hablar, replicó en estos términos:

“Depón, oh el mejor de los reyes, depón, yo te lo ruego, ese cuidado que te tomas por mí, y déjame morir por la gloria. También yo, padre, sé esgrimir las armas con no flaca diestra; también brota sangre de las heridas que yo abro. Alguna vez no tendrá al lado Eneas a la diosa su madre para que con una nube le cubra en su medrosa fuga como a una mujer, escondiéndose ella también en vanas sombras.”

Lloraba entretanto la reina, aterrada con aquellos nuevos aprestos de guerra y moribunda sujetaba entre sus brazos a su impetuoso yerno, diciéndole:

“Oh Turno, por estas lágrimas, por el honor de Amata, si en algo le tienes, yo te ruego que no me arrebates la sola esperanza, el único arrimo de mi desvalida ancianidad; tú eres la gloria y la fuerza del rey Latino; en ti estriba nuestra decadente casa. Una sola cosa te ruego: renuncia a trabar batalla con los teucros. La suerte, sea cual fuese, que te está reservada en este trance, esa misma, Turno, me está reservada a mí; junta mente contigo abandonaré esa odiosa luz del día, ni cautiva verá a Eneas ser mi yerno.”

Inundadas de lágrimas las mejillas, oyó Lavinia estas palabras de su madre, y aumentando con ellas el rubor que abrasaba su frente, se extendió en un momento por todo su encendido rostro. Cual el índice marfil cuando se tinte de roja púrpura, o cual se coloran las blancas azucenas mezcladas entre muchas rosas, tal brillaba encendido el rostro de la virgen.

Clava Turno en ella los ojos, y el amor conturba sus sentidos, con lo que, inflamado más y más su bélico ardimiento, dirige a Amata estas breves palabras:

“¡Oh madre!, yo te lo ruego, no me hostigues con tus lágrimas ni con esos terribles agüeros en el momento en que voy a arrostrar los trances del duro Marte; no es ya en mano de Turno demorar el plazo de su muerte. Idmon, ve de mensajero a anunciar al tirano frigio estas mis palabras, que a fe no lo serán gratas:

“Cuando la aurora del día de mañana colorea el cielo con las purpúreas ruedas de su carro, no saque a los teucros contra los rútuos, descansen las armas de teucros y rútuos. Dirimamos los dos esta guerra con nuestra sangre, y gane en el campo de batalla uno de los dos por esposa a Lavinia.”

*

Dicho esto, retiróse al punto a su palacio, pidió sus caballos y se regocijó viéndolos estremecerse de gozo ante él; caballos preciosos, que la misma Oritia diera

en otro tiempo a Pilamno, y que aventajaban a la nieve en blancura y en velocidad a las auras. Rodéanlo sus diligentes aurigas, que con las huecas palmas les baten el pecho y les peinan las largas crines. Viste en seguida Turno sus hombros con una loriga escamada de oro y blanco oricalco, cíñese la espada, embraza el escudo y corona su cabeza con dos rojos penachos; espada que el mismo dios ignipotente forjara para su padre Dauno y templara aún candente en las ondas estigias. Ase en seguida con briosa mano recia lanza que pendía de una alta columna en medio de su palacio, despojo del aurunco Actor, y exclama blandiéndola:

“¡Ya es llegado el gran momento oh lanza, que jamás burlaste mis deseos! Tiempo fue en que te empuñaba el grande Actor; hoy te empuña Turno. Concédeme debelar el cuerpo y destrozarse con pujante mano la arrancada loriga de aquel medio hombre frigio, y manchar en el polvo sus cabellos rizados con caliente hierro y perfumados con mirra.”

Así se agita furioso, y de su rostro todo saltan chispas; fuego brotan sus feroces ojos. No de otra suerte, cuando se apresta a su primera lucha, lanza un toro terribles mugidos y prueba irritado las astas topando el tronco de un árbol, desgarrando el viento a cornadas, y con la arena que esparcen sus pies prelude la pelea.

Entretanto Eneas, vestidas las armas que le diera su madre, se inflama no menos en fiero ardor bélico y da rienda suelta a su ira, regocijándose, empero, a la idea de terminar la guerra con el pactado duelo. Consuela a sus compañeros, y desvanece los temores del afligido Iulo, declarándoles lo que tiene anunciado el destino; en seguida manda que fieles mensajeros lleven su respuesta al rey Latino, y las condiciones de paz.

Apenas la aurora del siguiente día doró con su resplandor las cimas de los más altos montes, a la hora en que los caballos del sol asoman levantándose del profundo abismo del mar, soplando por la erguida nariz torrentes de luz, rútuos y teucros en número igual estaban ya disponiendo bajo los muros de la gran ciudad el palenque para el duelo. Levantan en el centro hogueras y altares de césped en honor de sus comunes dioses; otros, cubiertas las cabezas con velos de lino y ceñidas de verbena las sienes, llevaban el agua y el fuego para los sacrificios.

Sale primero el ejército ausonio, cuyas armadas haces se extienden por el llano desde las puertas que llenan su muchedumbre; en seguida todo el ejército troyano y el tirreno, con diversas armas, se precipitan también de sus reales, no de otra suerte armados cual si los aguardase recia batalla. Por entre las apiñadas filas circulan rápidamente, con vistosos arreos de oro y púrpura, los capitanes Mnesteo, del linaje de Asáraco, y el fuerte Asilas y Mesapo, domador de caballo, hijo de Neptuno.

Luego que a una señal dada cada cual se retira al espacio que le está señalado, todos hincan las lanzas en tierra y reclinan en ellas los escudos: entonces las matronas, aguijadas de gran curiosidad, y el vulgo inerme y los débiles ancianos, se agolpan a las torres y a los tejados de las casas, mientras otros trepan a las más altas puertas de la ciudad y del campamento.

*

Entretanto Juno, desde la cumbre del monte que hoy se llama *Albano*, y que a la sazón no tenía nombre, ni culto, ni gloria, contemplaba todo el campo y las dios huestes de laurentinos y troyanos, y la ciudad del rey Latino; luego de repente habló así a la hermana de Turno, diosa también, que preside en los lagos y en los sonoros ríos; sacro honor que le concediera Júpiter, alto rey del éter, en pago de su robada virginidad:

"Ninfa, ornamento de los ríos, gratísima a mi ánimo, bien sabes cómo entre todas las vírgenes latinas que han subido al lecho infiel del alto Júpiter tú eres la que he preferido y a quien he dado gustosa un lugar en el cielo. Oye ahora, oh Luturna, y no me inculpes por ello, el dolor que te aguarda.

"Mientras la fortuna parecía consentirlo, y permitían las parcas que todo cediese al lacio, cubrí con mi égida a Turno y tus murallas. Ahora veo al mancebo próximo a arrostrar desiguales trances, veo que se acerca el día que le han señalado las parcas y la enemiga fuerza del hado. Yo no puedo ver con mis ojos esa lid ni los pactos que le seguirán; tú, si algo grande osas hacer por tu hermano, hazlo; debes hacerlo; acaso lleguen mejores días para los desgraciados."

Oído que hubo estas palabras, rompió Luturna a llorar, y tres y cuatro veces se golpeó con la mano el hermoso pecho.

"No es ocasión ésta de lágrimas, prosiguió la hija de Saturno; date prisa, y, si puedes, libra a tu hermano de la muerte, o provoca de nuevo la guerra y rompe los recientes pactos. Mío es este atrevido pensamiento." Después de exhortarla así, dejola indecisa y conturbada la mente con tan dolorosas nuevas.

*

Salen en tanto los dos reyes: Latino, ceñidas las sienes de una corona de doce refulgentes rayos de oro, imagen de su abuelo el Sol, va en un soberbio carro que arrastra una cuadriga, y Turno en otro, tirado por dos caballos blancos, blandiendo en su mano dos dardos de anchas puntas de hierro.

Deja en seguida los reales y va a su encuentro el caudillo Eneas, origen de la romana stirpe, espléndido con su rutilante escudo y sus divinas armas, acompañado de Ascanio, otra esperanza de la gran Roma; el sumo sacerdote, vestido de blanco, lleva en brazos un lechoncillo, y una cordera de largo vellón, y los conduce a las encendidas aras. Vueltos los ojos al sol nascente, traen ambos reyes la sagrada mola, cortan con un cuchillo la cerviz de las reses, y con las copas hacen libaciones en los altares.

Entonces el piadoso Eneas, desvainando el acero, prorrumpe en estas preces:

"Sedme ahora testigos, ¡oh sol y oh tierra de Italia, que invoco y por la que tantos y tan grandes afanes he arrojado! ¡Y tú, oh Padre omnipotente, y oh Juno, hija de Saturno, diosa a quien ruego que me seas menos adversa! ¡Y tú, oh inclito Marte, que riges con tu numen todas las guerras; y oh fuentes y ríos, y oh vosotras, divinidades todas del alto éter y del cerúleo ponto!

"Si la fortuna diere la victoria al ausonio Turno, los vencidos se retirarán a la ciudad de Evandro, lulo abandonará estos campos, y los soldados de Eneas nunca harán armas contra ellos como rebeldes ni talarán a hierro estos reinos. Pero si la victoria se declarase en favor de nuestras armas (como lo creo, y ¡ojalá confirmen los dioses mi creencia!), no mandaré a los itálicos que obedezcan a los teucros, ni reinaré sobre egidas por las mismas leyes ambas invictas naciones, se unirán con eterna alianza. Yo daré a Italia nuestro culto y nuestros dioses; mi suegro Latino conservará sus armas, conservará su solemne imperio, y los teucros me edificarán una ciudad, a la cual dará Lavinia su nombre."

Habló así primero Eneas; luego prosiguió Latino en estos términos, alzando al cielo los ojos y las manos:

"Yo también, oh Eneas, juro por la tierra y el mar y las estrellas, por los hijos de Latona y por el bifronte Jano, por el poder de los dioses infernales y por los

santuarios del inexorable Dite. Oiga estas palabras el supremo Padre, que sanciona los pactos con su rayo.

"Con la mano en el ara, pongo por testigos a estos fuegos sagrados y a todos los númenes de que en ningún tiempo, suceda lo que suceda, quebrantarán los itálicos esta paz, estos pactos, que acepto con libre voluntad; juro que ninguna fuerza bastará nunca a apartarme de ellos, aun cuando un diluvio anegara la tierra y el firmamento se desplomara en el Tártaro.

"Mi palabra es como este cetro (pues a la sazón lo tenía en la diestra), que nunca ya brotará ramas, ni dará sombra, desde que, cortado de raíz en la selva, perdió su madre y al golpe de la segur depuso cabellera y brazos; árbol en otro tiempo, hoy la mano del artífice lo ha guarnecido de magnífico bronce y dado a empuñar a los reyes latinos."

Con tales palabras afirmaba aquella alianza, en presencia y en medio de sus próceres; en seguida, conforme a los ritos, degüellan en la llama las sagradas víctimas, arráncales aún vivas las entrañas y aglomeran en los altares bandejas cargadas de ofrendas.

*

Tiempo ha ya, empero, que aquel combate empieza a parecer desigual a los rútilos, agitados de varios movimientos; y ahora, que lo ven tan cercano, consideran más que nunca desproporcionadas las fuerzas de los dos rivales. Aumenta sus temores el aspecto de Turno, que se adelanta concallado paso y se postra ante el altar, bajo los ojos, marchito el rostro y cubierto de palidez su cuerpo juvenil.

Apenas vio su hermana Luturna que iban creciendo aquellos rumores y mudándose las volubles disposiciones de la multitud, tomó la figura de Camerto, guerrero de alta prosapia, cuyo nombre hicieran célebre el gran valor de su padre y su propio esfuerzo, y metiéndose por medio de las filas va sembrando con maña varios rumores, diciendo así:

"No os da vergüenza, rútilos, exponer por vosotros todos la vida de un solo hombre? ¿No les igualamos en número y fuerzas? Helos a todos allí, troyanos y árcades, y la Etruria, hueste fatal, conjurada contra Turno. Si peleamos con ellos uno a uno, apenas tendremos enemigos para todos. Hasta los mismos dioses llegará la fama del que se consagre en sus aras, y su nombre correrá en vida de boca en boca; nosotros, una vez perdida la patria, tendremos que obedecer a unos soberbios dominadores, en premio de estar nos ahora tendidos y ociosos en nuestros campos."

Estas razones inflaman más y más a la juventud guerrera; sordo murmullo circula por las huestes. Múdanse las voluntades, los mismos laurentinos, los latinos mismos, que antes esperaban el término de la guerra como la salvación del Estado, piden ahora armas, reclaman el rompimiento de los pactos y se conducen de la injusta suerte de Turno.

A estos elementos de discordia añade Luturna otro mayor, cuya señal da en el alto cielo, suscitando un prodigio que exaltó al más alto punto la imaginación de los itálicos. Ocurrió, pues, que volando por el inflamado éter la roja ave de Júpiter perseguía a los pájaros de las riberas y la resonante turba del batallón alado, cuando de pronto, desplomándose feroz sobre las olas, arrebató en sus garras un hermosísimo cisne. Recobráronse los itálicos al ver, oh portento, cómo todas las aves, reuniéndose con grandes clamores y oscureciendo el éter con sus alas, acosan al enemigo, apiñadas a manera de negra nube por las auras, hasta que, vencido por su

empuje y por el peso de su presa, la soltó de las garras, dejándola caer en el río, y huyendo fue a internarse en el firmamento.

*

Saludan los rútilos con gran clamoreo aquel agüero y empuñan las armas.

El augur Tolumnio el primero: "Esto era, exclama, esto era lo que tantas veces pidieron mis votos; acepto el presagio y reconozco en él la voluntad de los dioses. Seguidme, esgrimid las espadas, infelices a quienes un pérfido extranjero tiene aterrados con esta guerra, como a una bandada de débiles aves. Aviva fuerza tala hoy vuestras playas; mas pronto apelará a la fuga, dando la vela a lejanos mares. Vosotros unánimes agrupaos en recio tropel, y acudid a defender con las armas al rey que os arrebatan."

Dijo, y adelantándose disparó un venablo contra los enemigos que tenía enfrente: resuena el rechinante proyectil y certero corta las auras. Álzase al propio tiempo un clamor, revuélvense todas las huestes y el tumulto enardece los corazones.

Va el asta en su vuelo a caer casualmente en medio de los nueve hermosísimos hermanos, habidos por el árcade Gilipo en una tirrena, su fiel esposa, e hiendo a uno de ellos, gallardo mancebo, cubierto de lucientes armas, allí donde el sutil tahallífite el vientre y donde la hebilla muerde los dos cabos de la correa, le atraviesa las costillas y lo derriba en la roja arena.

Sus hermanos; animosa falange, inflamados por el dolor y ciegos de ira, se precipitan unos con espada en mano, otros blandiendo sus dardos, salen a su encuentro las escuadras laurentinas; en seguida se lanzan como un torrente en apiñado tropel los troyanos, los etruscos y los árcades con sus pintadas armas; un mismo bélico furor arrastra a todos.

Ruedan los altares; una tempestad de dardos oscurece el cielo; una lluvia de hierro cae sobre ambos ejércitos. Llévanse las aras y los vasos sagrados; huye el mismo rey Latino, llevándose los dioses ultrajados por el impío rompimiento de los pactos. Unos enganchan los carros o montan de un salto a caballo, y espada en mano acuden a la lid.

Mesapo, impaciente por romper las paces, embiste con su caballo al rey tirreno Aulestes, que llevaba las insignias reales. Caee éste al choque cuando se disponía a retroceder, y tropezando en los altares, va a dar de cabeza y con los hombros en medio de ellos. Acude con su enorme lanza de fogoso Mesapo, y cogiéndole entre los pies de su caballo y alanceándole a pesar de sus súplicas, exclama así:

"Muerto es ya; ésta es la mejor víctima que hemos ofrecido a los grandes dioses!"

Acuden los italos y despojan su cadáver caliente todavía. Corineo coge del ara un tizón y abrasa con él la cara a Ébuso, que acudía sembrando estrago; prende la llama en su larga barba, de que se exhala un fuerte olor. Precipítase en seguida Corineo sobre su conturbado enemigo, y asiéndole de la cabellera con la izquierda, lo derriba en tierra, y sujetándolo así con la rodilla le hinca en el costado la recia espada. Podalirio acosa de cerca con el acero desnudo al pastor Also, que en la primera fila se precipitaba por en medio de los dardos, mas éste, revolviendo la segur, le divide por mitad la frente y la barba, y con su vertida sangre riega sus armas. Un duro reposo y un sueño de hierro abruma sus ojos, que se cierran para eterna noche.

*

En tanto el piadoso Eneas, desnuda la cabeza, tendía a los suyos la desarmada

diestra y los llamaba a gritos, diciéndoles:

"¿A dó os precipitáis? ¿Qué súbita discordia es ésta que se suscita? Ah, refrenad las iras! Ajustados ya están los pactos, arregladas las condiciones: sólo yo tengo derecho para lidiar; dejadme que acuda a la lid y deponed todo temor; yo alianzaré el tratado con mi mano; estos sacrificios me aseguran que mediré mis armas con Turno."

Esto decía, cuando de pronto llega silbando y le hiere una saeta, disparada no se sabe por quién, traída no se sabe por qué empuje. Ignórase cuál azar o cuál dios diera a los rútilos tamaña prez; perdida fue la gloria de aquella proeza, pues ninguno se jactó de haber herido a Eneas.

Turno, viendo a Eneas retirarse del campo y conturbados a sus caudillos, arde en súbita esperanza. Pide sus caballos y sus armas, de un salto se precipita soberbio en su carro, y ase las riendas. En su rápida carrera da muerte a una multitud de fuertes guerreros, derriba a muchos medio muertos, arrolla con su carro a batallones y clava en los fugitivos las lanzas que les ha arrebatado.

Cual el sanguinoso Marte, cuando en la margen del helado Hebro golpea enfurecido su escudo y provocando guerras, lanza sus ardientes caballos, que vuelan por el tendido campo dejando atrás a los notos y al Céforo, treme al batir de los cascos la Tracia hasta en sus últimos confines, y giran en torno, comitiva del dios, el negro Miedo, las Iras y las Acechanzas: tal en lo más recio de la pelea aguija Turno ufano sus caballos humeantes de sudor, insultando a sus enemigos miserablemente sacrificados. El rápido casco de sus caballos esparce sangriento rocío y estampa sus huellas en la tierra empapada en sangre.

Ya había dado muerte a Esténelo, a Támiris y a Folo; a estos dos cuerpo a cuerpo, al primero de lejos; de lejos también a Glauco y Lades, hijos de Imbraso, a quienes su mismo padre había criado en la Licia y vestido de iguales armas, y enseñado a pelear y a correr a caballo más veloces que el viento.

Precipítase por otra parte en medio de la lid Eumedes, hijo del viejo Dolón, raza preclara en armas; revivían en él, con el nombre de su abuelo, el valor y el esfuerzo de su padre, el cual en otro tiempo, habiéndose metido como espía en los reales de los griegos, osó reclamar por merced el carro de hijo de Peleo; pero otro premio dio el de Tideo a su proeza y ya no aspira: Dolón a los caballos de Aquiles.

Apenas le hubo divisado Turno a lo lejos en el dilatado campo, fuele en vano persiguiendo largo trecho con una ligera lanza; logrando al fin atajar su tiro, salta del carro y derriba a Eumedes medio muerto se precipita sobre él, y poniéndole un pie en el cuello, le arranca la espada de la diestra y se la hunde centelleante en la garganta, exclamando:

"Éstos son, troyano, éstos son los campos, ésta es la Hesperia que has venido a conquistar y que ahora mides con tu cuerpo postrado en tierra; ése es el premio reservado a los que osan provocarme con la espada; ¡así levantan murallas!"

Asesta en seguida un dardo y envía a Asbutes a acompañar a Eumedes, y también a Cloreo, a Sibaris, a Dares, a Tersóloco y a Timetes, arrojado por la cerviz de su arrodillado corcel.

Cual al empuje del Bóreas que sopla del monte Edón, retumba el mar Egeo y refluyen las olas hacia la playa y se disipan las nubes en el cielo, tal cejan y sucumben arrollados los escuadrones troyanos por dondequiera que acomete Turno y se abre paso; su propio ímpetu le arrebató, y el aura que sopla de frente a su carro le agita el flotante penacho.

No pudo Fegeo llevar en paciencia tanta audacia y tales bríos, y echándose al

encuentro del carro asió del espumante freno a los velocísimos caballos, torciéndoles la carrera; y mientras arrastrado por ellos, y colgado del yugo, descubre el pecho, alcánzale la poderosa lanza de Turno, que rompiéndole la recia loriga le hiere ligeramente. Él, empero, cubriéndose con el broquel y vuelto de cara a su enemigo, dejábase arrastrar espada en mano, gritando socorro, hasta que el rápido empuje del eje le precipita al suelo y le atropellan las ruedas. Turno entonces va a él y de un revés, dado entre el almete y el peto, le corta la cabeza y abandona en la avena el inerte tronco.

*

Mientras Turno vencedor hace en el campo de batalla tales estragos. Mnesteo, el fiel Acates y Ascanio se llevan a los reales a Eneas ensangrentado y apoyándose a cada paso en su larga lanza. Lleno de ira, pugna por arrancarse del muslo el roto dardo y pide socorro, pero el más rápido: que le sajen la herida con una ancha espada; que abran hasta el fondo el escondrijo del dardo; que le restituyan presto a la pelea.

Ya se hallaba junto a él Iapis, hijo de Iaso, predilecto de Febo, a quien en otro tiempo el dios, llevado de un vehemente amor, dio ufano sus artes y todos sus dones, los agujeros, la citara y las veloces saetas. Él, por prolongar la vida de su desahuciado padre, prefirió conocer las virtudes de las yerbas y los usos de la medicina, y ejercer sin gloria estas artes calladas.

Bramaba Eneas rabioso, apoyado en su robusta lanza, rodeado de una multitud de guerreros y del desconsolado Iulo, inmóvil y anegado en lágrimas, mientras el anciano Iapis, recogido atrás el manto a la manera de los alumnos de Esculapio, cata vanamente con trémula y sabia mano la herida y le aplica las poderosas hierbas de Febo; vanamente también tira del dardo con la diestra y aun logra asirle con recia tenaza. Ni la fortuna la abre camino, ni le asiste su maestro Apolo; y en tanto crece por momentos el horror de la batalla, y amenaza más de cerca el peligro. Ya ven el cielo cubierto de polvo; ya llega la caballería de Turno y caen en medio de los reales una densa lluvia de dardos: hasta los astros sube el triste clamor de los guerreros y de los que sucumben al rigor del duro Marte.

Entonces Venus, condolida del inmerecido penar de su hijo, va a coger en el cretense Ida las vellosas hojas y la purpúrea flor del dictamo, bien conocido de las cabras monteses heridas por veloz saeta. Trájaslas Venus envuelta en oscura niebla, las deslíe con agua en una fúlgida copa, les infunde ocultas virtudes y rocía el remedio con el saludable zumo de la ambrosía y con la fragante panacea; lava el anciano Iapis con él la llaga, sin conocer las virtudes, y de pronto huye del cuerpo todo dolor; restáñase la sangre en el fondo de la herida, y siguiendo de suyo a la mano sin esfuerzo alguno, despréndese la saeta y Eneas recobra el usado vigor.

“¡Luego, luego aprontad sus armas al héroe! ¿Qué os detiene?, exclama Iapis, el primero en inflamar los ánimos contra el enemigo; no es obra de humano auxilio ni de arte maestra esto que habéis visto; no es mi mano, Eneas, la que te salva; obra es de la fuerza superior de un dios, que te reserva a mayores empresas”.

Sediento de lidiar, cíñese el héroe los áureas grebas; maldice toda demora y vibra la lanza. Luego que ha abrazado el potente escudo y vestido la cota, estrecha a Ascanio entre sus brazos, cubiertos de acero, y besándole amorosamente la cabeza cuanto se lo consintió el ceñido yelmo, le habló de esta manera:

“¡Aprende, hijo, de mí, valor y verdadera fortaleza; de otros fortuna! Mi diestra va ahora a lidiar en tu defensa, y luego te asociaré al glorioso galardón de

estos afanes. Tú, cuando llegues a la edad madura, acuérdate de mis hechos, y alienten tu ánimo a seguir el ejemplo de los tuyos, la memoria de tu padre Eneas y de tu tío Héctor”.

Dicho esto, échase fuera del campo en toda su grandeza y majestad, blandiendo una enorme lanza, y con él se precipitan en tropel, Anteo, Mnesteo y toda la muchedumbre, abandonando los reales; envuelve el campo densa nube de polvo y retiembla la tierra bajo sus pies.

Viólos Turno venir desde una altura frontera; viéronlos también los ausonios y un frío terror circuló por la médula de sus huesos. Antes que todos los latinos, oyólos Iuturna, y conociéndolos por el ruido huyó despavorida.

Vuela Eneas y arrastra su negra hueste por el abierto campo. No de otra suerte rueda hacia la tierra desde la alta mar un turbión desprendido del rasgado firmamento; entremécense los corazones de los míseros bradores, presa giando de lejos, ay, ruinas para los árboles, asolación para los sembrados; todo en torno quedará arrasado. Delante vuelan los vientos, llevando sus rugidos hasta las playas. Tal el capitán troyano impele su escuadrón contra los enemigos; trábanse todos cuerpo a cuerpo en apretados pelotones.

Timbreo hiere con su espada al corpulento Osiris, Mnesteo a Arquecio; Acates inmola a Epulón, Gías a Ufento; cae el mismo augur Tolumnio, el primero que asestó sus armas contra los enemigos. Álzase el vocerío hasta el cielo, y desbandados a su vez los rútuos por los campos, vuelven la espalda al enemigo en polvorosa fuga. No se digna Eneas ni dar muerte a los fugitivos ni acometer a los que esperan a pie firme y todavía le asestan dardos; sólo a Turno busca con afán entre la densa polvareda, sólo a Turno quiere pelear.

*

Turbada por su espanto la virgen Iuturna, derriba entre los jaeces a Metisco, auriga de Turno, y le abandona a gran distancia, caído del carro, poniéndose ella en su lugar y tomando en un todo la voz, el cuerpo, las armas de Metisco.

Cual negra golondrina que revolotea alrededor de la gran casa de un rico, recorriendo en su vuelo los altos atrios en busca de menudo pasto para su gárrulo nido, y ora resuena el batir de sus alas en los desiertos pórticos, ora en torno de los húmedos estanques: tal Iuturna va en su carro por en medio de los enemigos, acudiendo a todos lados en su rápida carrera, y ostentando ora aquí, ora allí, su triunfante hermano, mas sin dejarle pelear, y logrando así alejarle del campo de batalla.

En fuerza de dar no menos vueltas y revueltas, pónesele Eneas delante a cada momento, siempre ansioso de cerrar con él y llamándole a gritos por medio de los rotos escuadrones; cuantas veces consigue echar la vista a su enemigo, o prueba a alcanzar a sus caballos alados para la fuga, otras tantas Iuturna tuerce el siempre contrapuesto carro. Vanamente fluctúa su espíritu en un mar de confusiones sobre lo que ha de hacer en aquel trance. Mil varios pensamientos le impelen a encontradas resoluciones.

En esto el rápido Mesapo, que llevaba acaso en la izquierda dos flexibles venablos con puntas de hierro, blande uno de ellos y se lo asesta con certera puntería. Párase Eneas y se cubre con sus armas, doblando una rodilla, con lo que fue el venablo a darle en la cimera del almete, llevándose las más altas plumas del penacho. Subió de punto, con esto, su furor; y hostigado con tales insidias, viendo

que no cesaban de huir los caballos y el carro de Turno, toma repetidas veces por testigos a Júpiter y a sus altares de aquella violación de lo pactado, y se precipita en mitad de la pelea; y terrible con el favor de Marte, no pone límites a sus estragos y suelta todas las riendas a su cólera.

¿Cuál dios, cuál, inspirará mis cantos para que diga ahora tantos acerbos casos, tantos estragos diversos y tantos caudillos inmolados en el campo de batalla, ya por Turno, ya por el héroe troyano? ¡En tal conflicto te pulgo poner, oh Júpiter, a naciones destinadas a vivir en eterna paz!

Eneas, sin más demora, arremete por el costado al rútilo Sucrón (y esta primera embestida afirma en su puesto a los troyanos), y con la fiera espada le traspasa las costillas y las junturas del pecho, que es la parte por donde más rápida penetra la muerte. Turno echa pie a tierra y pelea con Amico, derribado de su caballo, y con su hermano Diores, a quienes hiere, a aquél con una larga lanza, a éste con la espada, y cuelga de su carro las cortadas cabezas de ambos, que se lleva chorreando sangre.

Eneas da muerte, en un solo combate, a tres, Talón, Tanais y el fuerte Cetego, y también al triste Onites, guerrero tebano, hijo de Peridia. Turno inmola a unos hermanos que habían venido de la Licia y de los campos de Apolo, y al joven Menetes, nacido en la Arcadia, que en vano aborrecía la guerra, y cuyo oficio era la pesca a orillas del lago de Lerna, donde habitaba una pobre choza, sin conocer las moradas de los poderosos; su padre cultivaba una heredad arrendada.

Cual dos hogueras encendidas en los opuestos límites de una seca espesura, entre resonantes ramas de laurel, o como dos espumosos torrentes derrumbados de los altos montes corren con estruendo por el llano, arrasando uno y otro su camino, no con menor ímpetu se precipitan Eneas y Turno en medio de la batalla. Entonces más que nunca arden sus pechos en ira; de ellos se les saltan los jamás vencidos corazones, y echan en la matanza el resto de su brío.

Ase Eneas de un enorme peñón, y con él hiere y derriba en tierra a Murrano, muypreciado de su antiguo abuelo y que se decía descendiente de los rayos latinos: cae bajo las riendas y el yugo de su carro, y, atropellado por las ruedas, pisotéanle los ardientes cascos de sus propios caballos, olvidados de que es su amo. Turno cierra con Hilo, que iba a acometerle ciego de furor, y le asesta una lanza a las sienes, cubiertas de un yelmo de oro, atravesándole con ella y dejándosela hincada en el cerebro. No bastó tu diestra a libertarte de Turno, oh Creteo, el más fuerte de los griegos, ni protegieron a Cupenco sus dioses cuando vino sobre él Eneas, que le abrió el pecho con su espada, sin que aprovechase al misero la defensa del herrado broquel.

También a ti, Eolo, te vieron caer los campos laurentinos y cubrir gran trecho la tierra con tu cuerpo; tú, a quien no pudieron postrar ni las falanges argivas, ni Aquiles, el destructor del reino de Priamo, sucumbes aquí; aquí había señalado el destino término a tu vida; tenías un gran palacio al pie del Ida, un gran palacio en Lirneso; en el suelo laurentino tienes un sepulcro.

Todas las huestes, todos los latinos, todos los troyanos se traban en fiera lid; Mnesteo, y el impetuoso Seresto, y Mesapo, domador de caballos, y el fuerte Asilas, y la infantería toscana, y la caballería árcaea de Evandro, todos luchan cuerpo a cuerpo con desesperado brío, sin descanso, sin tregua, en grande y recia batalla.

En esto inspiró a Eneas su hermosísima madre la idea de que se dirigiese a la ciudad de Laurento, de que volviese rápidamente sobre ella sus huestes y con súbito estrago confundiese a los latinos. Él, mientras con vivo afán iba persiguiendo a Turno, por medio de los escuadrones y dirigiendo los ojos por todos lados, vio la ciudad segura al lado de tantos horrores e impunemente sosegada.

Inflámale al punto la imagen de mayor batalla, y llamando a los capitanes Mnesteo, Sergesto y el fuerte Seresto, se sube a un collado, al que acude el resto de los troyanos, sin soltar ninguno el escudo ni los dardos, y puesto en medio de ellos, les habla así desde su altura:

“Hágase al punto lo que voy a decir; Júpiter es con nosotros; nadie tarde en obedecerme, pues la empresa requiere gran diligencia. Si hoy esa ciudad, causa de la guerra y capital del rey Latino, no declara que quiere recibir el yugo y obedecer vencida, la destruiré y arrasaré sus humeantes edificios. ¿Por ventura habré de estar aguardando a que plazca a Turno pelear conmigo, y a que, vencido ya, pruebe fortuna segunda vez? Ahí está, ciudadanos, la cabeza, ahí el alma de esta nefanda guerra. Traed pronto hachas, y reclamad con incendios el cumplimiento de lo pactado”.

Dijo, y todos, impulsados de igual brío, se forman en cuña, y apretados unos contra otros, se encaminan a la ciudad.

Aparecen de improviso escalas y hogueras: unos se precipitan a las puertas y acuchillan a los primeros que encuentran; otros disparan dardos, y con su muchedumbre anublan el cielo. Eneas entre los primeros tiende la diestra hacia las murallas y con grandes voces increpa a Latino; toma a los dioses por testigos de que por segunda vez le obligan a lidiar, de que por segunda vez le hostilizan los itálos y de que aquél es el segundo pacto que han roto.

Suscítase discordia entre los amedrentados ciudadanos; unos quieren que se le entregue la ciudad, que se abran las puertas a los hijos de Dárdano, y traen por fuerza a las murallas al mismo rey; otros se arman y corren a defender los adarves. No de otra suerte cuando un pastor busca y descubre un enjambre metido en esponjosa peña, y la llena de amargado humo, azoradas las abejas se agitan y escurren por sus reales de cera y se embravecen con grandes zumbidos; ondea el negro y oloroso vapor por sus moradas, resuena el interior de la peña con sordo murmullo, y sube el humo por el aire vano.

*

Sobrevino en esto a los fatigados latinos un desastre que llenó de aflicción a toda la ciudad. La reina, que ve desde su palacio venir a los enemigos en son de acometer las murallas y ve que cunde el incendio por las casas y que no aparecen por parte alguna las huestes rútilas ni la gente de Turno, cree, infeliz, que éste ha sido muerto en la batalla. Conturbada su mente con súbito dolor, se acusa de ser la causa primera y criminal de tantas desventuras, y fuera de sí, exhalando en gritos mil su desesperación, rasga con su propia mano, destinada a cercana muerte, su purpúreo manto, y suspende de una alta viga el nudo que ha de poner término horrible a su vida.

Apenas las miserables latinas supieron aquella calamidad, acudieron al palacio en furioso tropel. Lavinia, la primera, se mesa los rubios cabellos y se desgarran las rosadas mejillas; todas alrededor del cuerpo de la reina llenan de lastimeros alaridos el palacio.

Cunde de allí la horrible nueva por toda la consternada ciudad. Acude el rey Latino, rasgadas las vestiduras, amonadado a la vista del cruel destino de su esposa y de la ruina de su ciudad, y cubriendo de inmundo polvo su cabellera cana, se acusa una y mil veces de no haber acogido antes al dardanio Eneas, y de no haberle, de grado, admitido por yerno.

*

En tanto el belicoso Turno, en el otro extremo del campo, persigue a algunos pocos desbandados, ya más lento y cada vez menos ufano de la velocidad de sus caballos. Trájele entonces el aura aquel clamoreo de dolor lleno de vagos terrores e hirieron sus atentos oídos el estruendo y el tristísimo murmullo de la conturbada población:

“¡Ay de mí! ¿Qué desastre aflige a la ciudad? ¿Por qué se elevan tales clamores de todo su ámbito?”, exclama, y párase como insensato, tirando a sí las riendas.

Entonces su hermana Iuturna, que bajo la figura del auriga Metisco, regía el carro, los caballos y las riendas, se vuelve a él y le habla en estos términos:

“¡Oh Turno!, demos alcance a los troyanos por este camino que nos abre nuestra primera victoria: otros defenderán a la ciudad. Eneas embiste a los italos y les da recia batalla: hagamos nosotros fiero estrago en los teucros. No te retiraras del campo ni con menos gente ni con menor honra que Eneas”.

Turno le responde:

“¡Oh hermana!, pues ya ha tiempo que te reconocí, desde que a favor de un ardid rompiste mis pactos y tomaste parte en esta batalla, vanamente, oh diosa, quieres también engañarme en este instante. Mas ¿quién pudo hacerte dejar el Olimpo y arrostrar tamaños afanes? ¿Vienes acaso a presenciar la cruel muerte de tu infeliz hermano? Porque, ¿qué puedo hacer? ¿Qué esperanza me ofrece ya la fortuna? Yo he visto con mis propios ojos sucumbir a impulsos de una gran herida el gran Murrano, el más querido de mis amigos, pidiéndome auxilio. También cayó el infeliz Ufente por no ver mi deshonra, su cuerpo y sus armas están en poder de los teucros. ¿He de consentir (esto sólo falta a mi ignominia) la destrucción de esa ciudad? ¿No ha de desmentir mi diestra las palabras de Drances? ¿Habré de volver la espalda? ¿Y esta tierra ha de ver a Turno huir? ¿Por ventura es un mal tan grande la muerte? Sedme propicios vosotros ¡oh dioses del Averno!, pues se ha apartado de mí el favor de los números celestiales. Alma santa, e inocente de este crimen, descenderá a vosotros, siempre digno de mis grandes progenitores.”

No bien hubo pronunciado estas palabras cuando he aquí que llega a escape por en medio de los enemigos, en su caballo cubierto de espuma, Saces, herido de un flechazo en la cara, implorando el nombre de Turno.

“En ti, oh Turno, estriba nuestra postrera esperanza: ten compasión de los tuyos. Rayo de la guerra, Eneas amenaza derruir y asolar los altos alcázares de Italia. Ya el incendio vuela por las techumbres: a tí, sólo a tí vuelven el rostro y los ojos los latinos; el mismo rey Latino titubea y duda cuál yerno elija, a qué alianza se incline: además la reina, parcialísima tuya, se ha dado con su propia mano desesperada muerte; solos Mesapo y el fiero Atinas sostienen el combate en las puertas, cercadas de apiñadas huestes y de una horrible valla de espadas desnudas, mientras tú paseas tu carro por esta solitaria pradera”.

Confuso Turno con la imagen de aquellos varios desastres, quedó como petrificado, mudo y con los ojos fijos, hirviendo juntamente en su corazón la

vergüenza, el frenesí mezclado de dolor acerbo, su amor, exaltado por las furias y el sentimiento de su propio valor.

Disipadas aquellas primeras sombras y recobrada la luz del entendimiento, vuelve con sombrío ademán los ardientes ojos a las murallas y contempla desde su carro la gran ciudad. Álzase ondeando, de entre las fortificaciones de madera, en furioso remolino de llamas y envuelve una torre que él mismo había labrado con trabados tablones, sustentada por ruedas y defendida por altos puentes.

“Los hados, exclama, los hados triunfan, oh hermana mía, renuncia a detenerme. Volemos adonde un dios y la fortuna adversa me están llamando. Resuelto estoy a pelear con Eneas; resuelto a arrostrar la muerte, por más acerba que sea; no me verás ¡oh hermana! deshonrado por más tiempo. ¡Déjame, te ruego, déjame desfogar, antes de morir, esta rabia que me abrasa!”

Dijo, y saltando ligero de su carro, precipítase al encuentro de las armas enemigas; abandona a su afligida hermana, y con rápida carrera rompe por medio de las huestes contrarias.

Cual peñasco derrumbado de la cumbre de un monte, ya impelido del viento, ya de furioso aguacero, ya carcomido su asiento por los años, rueda al abismo con poderoso empuje y rebota en el suelo, arrastrando en su caída selvas, ganados y hombres: tal se precipita Turno hacia los muros de la ciudad por en medio de los rotos escuadrones, hollando un suelo hondamente empapado de sangre, entre innumerables dardos, que van silbando por el viento. Hace una señal con la mano, y dice así en alta voz:

“Tenéos, rútuos, y vosotros, latinos, deponed las armas. Sea cual fuere la fortuna que nos aguarda, esa fortuna es la mía; justo es que yo solo pague por vosotros la pena del quebrantado pacto y que lidie yo solo”.

Con esto se retiran todos a los lados, dejando en medio un gran espacio.

*

Entonces el caudillo Eneas, oído el nombre de Turno, sale de la ciudad, abandonando el ataque de las altas torres. No se da tiempo para nada y suspende los trabajos del asedio, y, rebosando alborozo, hace retumbar con son horrendo sus armas, tan grande y majestuoso como el monte Atos, como el Érice o como el mismo padre Apenino cuando bate el viento sus relucientes encinas y levanta ufano al firmamento su nevada cumbre.

Ya, por fin, rútuos y troyanos y los italos todos vuelven los ojos al lugar del combate, lo mismo los que guarnecían los adarves que los que estaban batiendo con el ariete el pie de los muros; todos descíen de sus hombros las armas. El mismo rey Latino contempla suspenso a aquellos dos grandes guerreros, nacidos en diversas partes del orbe, prontos a cruzar el hierro en fiera lid.

Tan luego como vieron campo libre, arrójanse de lejos sus lanzas y se arremeten con impetuosa carrera, chocándose escudo contra escudo, hierro contra hierro. Gime la tierra, martillanse uno a otro con las espadas; vense allí en su más alto punto unidos valor y fortuna. Cual en la dilatada selva de Sila o en la cima del Taburno, cuando se topan en furiosa pelea dos toros, se retiran los vaqueros, medrosos, y quédase inmóvil, muda de espanto toda la torada, y dudan las novillas cuál quedará por dominar del bosque, a cuál habrá de seguir toda la manada; ellos, en tanto, con brioso empuje se acribillan de heridas, se traban de los cuernos y uno a otro se bañan con arroyos de sangre cuello y brazos: el bosque enteró retumba

con sus mugidos, que repiten los ecos. No de otra suerte chocan con sus escudos el troiano Eneas y el heroico hijo de Dauno; el gran fragor de sus armas atruena el viento.

Júpiter, en tanto, mantiene la balanza en la fiel y pone en ella los hados de los dos combatientes, para ver a cuál condena el resultado de aquella lid, de qué lado se inclina el peso de la muerte. Da Turno un salto, juzgando la ocasión propicia, y, erguido el cuerpo y alta la espada, tira un tajo a Eneas. Prorrumpan en clamores los troyanos, y los trémulos latinos, y crece la angustia en ambos ejércitos; mas rómpese la pérfida espada, dejando al ardiente rútilo abandonado en aquel trance, sin haber logrado herir a su contrario y sin más recurso que apelar a la fuga, y huye, en efecto, más rápido que el Euro, viendo en su desarmada diestra una empuñadura desconocida.

Es fama que cuando precipitadamente subió a su carro para volar a los primeros combates, dejando inadvertido la espada de su padre, asió en su fogosa impaciencia la de su auriga Metisco, la cual le bastó por mucho tiempo, mientras huían los teucros desbandados; mas cuando tuvo que cruzarse con las armas forjadas por Vulcano, aquella espada, obra de un mortal, saltó al primer golpe, frágil como el hielo; sus pedázos resplandecen sobre la roja arena. Huye pues, Turno desatentado y sin dirección por todo el campo, en raudos giros, pues por todas partes le está cerrada la salida; de un lado le cerca la espesa muchedumbre de los troyanos; por aquí una ancha laguna, por allí las altas murallas de Laurento.

Con no menos ligereza le persigue Eneas, aunque a veces se resiente de su herida, dificultándole el correr, y lleno de ardor acosa con su pie el pie de su acobardado enemigo. No de otra suerte el ventor, cuando encuentra un ciervo atajado por la margen de un río o por el espanto que le produce el valladar de rojas plumas, lo persigue y acosa con sus ladridos; huye el venado desfavorido del engaño y de la escarpada ribera, y busca mil y mil escapes; mas el ligero sabueso de Umbria se le echa siempre encima, a biertas las fauces, pronto a hacer presa de él a cada momento, dando dentelladas, cual si ya le hubiera asido, y mordiendo en vago.

Alzase entonces de los dos ejércitos una gran vocería, que repiten las riberas y el vecino lago, atronando todo el firmamento. Va Turno en su huida increpando a los rútilos, llamando a cada uno por su nombre y suplicando que le traigan su acostumbrado acero; pero Eneas amenaza exterminar en el acto al que intervenga en la lid; aterra a todos, jura que reducirá a polvo la ciudad, y, herido como está, persigue sin tregua a su enemigo. Cinco veces dan la vuelta entera a la arena en un sentido, y otras tantas emprenderán en otro la misma carrera, como quienes no contendían por cosa liviana o de juego, sino por la vida y la sangre de Turno.

Había, por fortuna, en aquel sitio un acebuche de amargas hojas consagrado a Fauno, árbol venerado en otro tiempo de los mareantes, que, salvados de las olas, acostumbraban clavar en él sus ofrendas a aquella divinidad de Laurento y suspender ropas votivas de sus ramas; mas, ignorantes de esto los teucros, habían derribado el sagrado árbol con los demás, con objeto de despejar el campo de batalla. En él quedó fija la lanza de Eneas, que, asestada con recio ímpetu, fue a hincarse en las tortuosas raíces. Bajóse Eneas y pugnó por arrancarla para arrojársela a su enemigo, a quien no podía alcanzar a la carrera: entonces Turno, loco de pavora, "oh Rauno, exclamó, compadécete de mí; y tú, oh tierra excelente, retén esa lanza, si siempre os di el debido culto que los secuaces de Eneas han profanado con esta guerra".

Dijo, y no en vano invocó el auxilio del dios, pues por más que forcejeó contra la tenaz raíz no pudo Eneas arrancarle su presa, y mientras pugna rabioso y se obstina por conseguirlo, la diosa hija de Dauno, trocada por segunda vez en figura del auriga Metisco, acude y entrega a su hermano la espada paterna.

Venus, entonces, indignada de lo que había osado hacer la ninfa, acude también y arranca de la honda raíz la clavada lanza; ellos entonces, erguidos y arrogantes, reparados con nuevas armas y bríos nuevos, fiado uno en su espada, formidable, y poderoso el otro con su lanza, recomienzan, jadeando, la empeñada lucha.

*

En tanto el rey del omnipotente Olimpo habla en estos términos a Juno, que estaba contemplando la batalla desde una rutilante nube:

"¿Cuál será, esposa mía, el término de esta guerra? ¿Qué resta aún por fin? Bien sabes, y tú misma lo confiesas, que Eneas ha de subir al Olimpo, y que los hados le reservan un asiento encima de las estrellas. ¿Qué tramas, pues? ¿Qué esperanza le tiene fija en esta fría región de las nubes? ¿Estuvo bien, por ventura, que profanase a un numen herida abierta por mano mortal? ¿Fue bien restituir a Turno su espada (pues sin ti ¿qué hubiera podido Iturna?) y acrecer la pujanza de los vencidos? Desiste ya de tu empeño, en fin, y déjate vencer de mis ruegos; no te entregues por más tiempo a esa callada pena que te devora, antes bien tu dulce boca deposite en mí tus tristes cuidados. Ya es llegado el momento supremo: hasta ahora pudiste acosar por tierras y mares a los troyanos, encender esta guerra impía, deshonorar la casa real de Latino y ensangrentar las preparadas bodas: te prohíbo nuevos intentos".

Así habló Júpiter, y de esta manera le responde la hija de Saturno, con sumiso continente:

"Porque sabía, oh poderoso Júpiter, esa tu voluntad, abandoné, a pesar mío, a Turno y dejé la tierra; de otra suerte, no me verías sola en esta aérea región devorar indignos ultrajes; antes cercada de llamas, me presentaría en el mismo ejército y arrastraría a los teucros a tremenda lides.

"Confieso que persuadía a Iturna acudir al socorro de su infeliz hermano y aprobé que intentase aún más para salvarle la vida, pero no que recurriese al arco y las flechas: lo juro por la implacable fuente de las aguas estigias, único culto a que están sujetos los dioses celestiales.

"Cedo, pues, en fin, y abandono esa guerra, que ya aborrezco. Una sola cosa, y que no está subordinada a ley alguna del hado, te suplico por el Lacio, por la majestad de los tuyos, y es que cuando un feliz enlace (¡sea!) venga a ajustar las paces; cuando ya hayan unido a ambos pueblos leyes y pactos comunes, no exijas que truequen su antiguo nombre los latinos hijos de este suelo, ni se tornen troyanos, ni se llaman teucros, ni tampoco que muden lengua ni traje. Subsista el Lacio; subsistan siglos y siglos los rayos albanos; sea poderoso el linaje romano por el valor de los italos. Troya pereció: permite que con ella perezca su nombre."

Así le replica, sonriéndose, el Hacedor de los hombres y de las cosas:

"Eres hermana de Júpiter, eres como yo, hija de Saturno, y ¡tales torrentes de ira revuelves en tu pecho! ¡Ea, pues, aplaca ya ese vano furor; te concedo lo que deseas, y vencido y de grado me rindo a tu voluntad: los ausonios conservarán la lengua y las costumbres de sus padres! Conservarán también el nombre que llevan.

Los teucros no harán más que embeberse en ese gran cuerpo de nación. Añadiré a su religión algunos de los antiguos ritos troyanos y formaré de todos ellos un solo pueblo, que se denominará latino. La descendencia que de ahí nacerá, mezclada con la sangre auserna, verá que excede en piedad a los hombres y aun a los dioses: ningún linaje celebrará jamás con igual pompa tus honores.”

Condescendió con esto Juno, inclinando la frente en señal de anuencia, y llena de gozo abrió su mente a otros pensamientos; luego, abandonando la nube en que estaba se remontó al cielo.

*

Hecho esto, revuelve otras ideas en su mente el Padre de los dioses y se dispone a apartar a Iuturna de las armas de su hermano.

Dos plagas hay, denominadas Furias, a quienes la negra. Noche dio a luz en un mismo parto con la infernal Megera, y a quienes, como a ella, ciñó de víboras la cabeza y dio alas ligeras como el viento. Éstas asisten junto al solio de Júpiter, en los umbrales de su formidable morada, y aguijan el miedo en los míseros mortales, ya cuando el rey de los dioses previene horrible mortandad y enfermedades o espanta con la guerra a las ciudades culpables.

Júpiter envió desde el supremo Olimpo a una de ellas, veloz, y le mandó que se presentase a Iuturna como funesto agüero. Tiende ella su vuelo y se lanza a la tierra en rápido torbellino. No de otra suerte, impelida del arco cruzando las nubes, la saeta que empapada en la hiel de fiero veneno dispara el Parto o el Cidón, causa de mortal herida, surca de improviso las leves sombras, silbando veloz; talla hija de la Noche se dirigió a la tierra.

Tan luego como vio las huestes troyanas y los escuadrones de Turno, trocose de pronto en la figura de aquella avecilla que, posada por las noches en los cementerios o en los tejados de las casas abandonadas, importuna las sombras con su lugubre canto.

Así transformada, empieza la Furia a girar con ruidoso vuelo alrededor de la cabeza de Turno, azota el escudo con las alas: con esto un desconocido terror embota los miembros del guerrero; erízasele los cabellos y la voz se le pega a la garganta.

Apenas Iuturna reconoció de lejos el chillido y vuelo de la Furia, mesóse los destrenzados cabellos arañándose el rostro y golpeándose el pecho.

“¿En qué puede ¡oh Turno! en qué puede ayudarte ahora tu hermana? ¿Qué me queda ya, triste de mí? ¿Con cuál arte me será dado prolongar tu vida? ¿Puedo por ventura oponerme a ese monstruo? Huyo, huyo de este campo de batalla. Dejádme, no me aterréis más, impuras aves; reconozco el crujir de vuestras alas, presagio de muerte; ni se me ocultan tampoco los soberbios mandatos del magnánimo Júpiter: ¡así me paga mi robada virginidad! ¿Por qué me concedió eterna vida? ¿Por qué me exceptuó de la condición de morir? Ahora podría poner seguro término a tantos dolores y acompañar en la mansión de las sombras a mi mísero hermano. ¿Yo, inmortal? ¿Y qué dulzura me queda ya en el mundo? ¡Oh hermano mío! ¡Oh, si hubiese alguna tierra bastante profunda para tragarme y sumirme, aunque diosa, en los abismos infernales!” Dicho esto, cubrióse la cabeza con un cerúleo manto, y exhalando dolorosos gemidos fue a ocultarse en el profundo río.

En tanto el grande Eneas acusa a Turno, blandiendo su enorme y refulgente lanza, y clama así con sañudo pecho:

“¿Por qué te detienes ahora? ¿Por qué, Turno, no acudes a la lid? No es ocasión ésta de correr, sino de pelear de cerca con terribles armas. Toma cualesquiera semblanzas; echa mano de todos tus recursos, ya de valor, ya de artificio; pide a los dioses que te den alas para remontarte a los astos o que te sepulten en los huecos senos de la tierra.”

Meneando la cabeza, así le responde Turno:

“No me aterran, feroz enemigo, tus arrogantes palabras; me aterran los dioses, me aterra el enemigo Júpiter.”

No dijo más, y mirando en derredor vio una enorme piedra que por dicha yacía en el llano, término señalado de antiguo a una heredad para evitar litigios: doce hombres de los más forzudos que hoy produce la tierra escasamente hubieran podido sustentarla sobre sus cuellos. Turno ase de ella con trémula mano, se empina cuanto puede, y corriendo precipitado la arroja contra su enemigo; mas es tal su turbación, que ni él mismo sabe si corre o acomete, si levanta la enorme piedra con su mano y la arroja. Dóblanse sus rodillas, helada la sangre se le cuaje en las venas: así fue que la piedra, girando por el espacio vacío, ni cruzó todo el trecho que le separaba de Eneas, ni llegó a herirle.

Y como de noche, entre sueños, cuando un lánguido letargo abruma nuestros ojos, se nos figura que pugnamos en vano por correr afanosos, y en medio de nuestros conatos sucumbimos con doliente angustia, y ni acertamos a hacer uso de la lengua, ni sostienen el cuerpo las acostumbradas fuerzas, ni podemos gritar ni hablar; así a Turno, por más que se esfuerce con valor por hallar camino para salir de aquel trance, le cierra la infernal Furia toda salida.

Entonces mil varias ideas se revuelven en su atribulado pensamiento; tiende la vista a los rútilos y a la ciudad, pero el miedo le ataja y se estremece al amago de la lanza de Eneas. No discurre cómo escapar, ni se siente con bríos para embestir a su enemigo, ni ve su carro, ni a su hermana, que antes le servía de auriga.

Eneas, aprovechándose de su indecisión, con certera mirada vibra contra él su fatal lanza y se la arroja desde lejos con toda su fuerza. Jamás estalló el rayo con tan horrisono estampido. Vuela a semejanza de negro turbión la mortífera lanza, y traspasando las bordes de la loriga y los siete cercos del escudo se le entra rechinando por mitad del muslo; dobladas las rodillas, cae en tierra herido el gigantesco Turno.

Prorrumpen los rútilos en gemidos, retumba en torno todo el monte, y los profundos bosques repiten el estruendo con lejanos ecos. Él, humilde y suplicante, teniendo a Eneas la vista y las manos desarmadas:

“Merezco lo que me sucede, le dice. No te imploro, haz uso del derecho que te da la suerte; mas si alguna compasión puede inspirarte un padre desventurado (y también lo fue el tuyo Anquises), yo te ruego que te compadezcas de la ancianidad de Dauno: devuélveme a los míos, o a lo menos devuélveles mi cuerpo exánime. Venciste, y ya los ausonios me han visto tenderte, vencido las palmas. Tuya es Lavinia; no vayan más allá tus rencores.”

Detúvose con esto el formidable Eneas, volviendo a una y otra parte los ojos, suspensa la diestra, indeciso sobre lo que debía hacer, y ya las palabras de Turno empezaban a ablandarle, cuando se ofrece a su vista en el pecho del caído el infausto talabarte del mancebo Palante, reluciente con sus conocidos resaltos de oro. De Palante, a quien Turno diera muerte después de haberle vencido, y cuyos enemigos y ricos despojos llevaba pendientes de los hombros.

No bien Eneas hubo devorado con la vista aquellos despojos, ocasión para él de acerbo dolor, inflamado por las Furias y terrible en su cólera:

“¿De escaparte me hablas, cuando te veo vestido con estos despojos de los míos?, exclamó. Palante, Palante es quien te inmola con esta herida, y con tu criminal sangre toma venganza.”

Esto diciendo, hundele, ciego de ira, la espada en el pecho. Un frío de muerte desata los miembros de Turno, e indignado su espíritu, huye, lanzando un gemido, a la región de las sombras.

FIN DE

“LA ENEIDA”

LIRICA LATINA

Catulo

Catulo había nacido en Verona, probablemente en el 84 a. C. Su familia poseía bienes de fortuna, lo que le permitió obtener una buena educación literaria, e incluso adquirir posesiones. Sin embargo, muy pronto dos acontecimientos encausaron su creación literaria y su existencia por vías distintas a las que podrían preverse dado su origen y condición familiar. La una, su contacto con forjadores de una nueva expresión poética: los neótericos, artistas literarios que intentaban hallar nuevos moldes para una necesidad expresiva también nueva, que correspondiera a una realidad social cambiante.

La nueva tendencia literaria se hallaba en su apogeo y Catulo no parece haber deseado sustraerse a su atractivo; al contrario, se dejó llevar gustosamente por él. El otro factor determinante de la poesía catuliana es la aparición temprana de una mujer en la vida del artista: Clodia (nombrada por él Lesbia), que lo hizo amar, dolerse, despreciar, enfurecerse o confiar; todos los grados del sentimiento y la pasión amorosa fueron vividos intensa y constantemente por el poeta; esto hizo que sus temas fuesen correspondientes y se mantuviesen inmutables en la lírica de Catulo.

Sin alejarse de su espontánea convicción literaria ni de su trayectoria vital, trazada desde muy joven, Catulo murió posiblemente el año 54 a. C.

La obra que conocemos de Catulo consta de 116 poemas líricos, los cuales, por razones prácticas de estudio, han sido agrupados conforme al metro empleado en ellas: a) Plymetra, textos de corta extensión y de variados metros. Estos poemas han sido llamados también *nugae*, por su carácter aparentemente ligero e intrascendente; b) los poemas de erudición, caracterizados por su amplia extensión y su mayor grado de elaboración; c) los epigramas, que contienen todas las vicisitudes del amor del poeta.

A nuestro juicio, es la predominante presencia de la intimidad catuliana en donde reside su máximo valor literario, pues supo elevar la realidad inmediata de sus sentimientos a un plano trascendente en donde ya no sólo el amor, el dolor, el desprecio o la ira de Catulo lo que se plantea, sino esas mismas pasiones en un sentido humano genérico.

El conocidísimo texto dedicado “A la muerte del gorrión de Lesbia” constituye una expresión de amor mediante un compartido sentimiento de dolor; el “Vivamos y amemos” es un himno de alegría del amor. Los restantes, con excepción de “El ocio es funesto” y “La salud por el olvido”, son también expresión de sentimientos de un individuo, y exaltación del amor, dado en algunas de sus manifestaciones.

III

Llorad, las Gracias y los Cupidillos
y cuanto de hombres hay más seductores.
El gorrión se ha muerto de mi niña;
el gorrión, la delicia de mi niña,
a quien ella amaba más que a sus ojos;
pues era de miel, y tan bien a su ama
cual la niña a su madre conocía;
ni del regazo de ella se apartaba,
mas ora aquí, ora allí, retozando
siempre en torno, piaba a su sola dueña
Que hoy va por la senda tenebregosa,
allí de do niegan que alguno vuelva.
A vosotros mal haya, malas sombras
del Orco, que lo lindo os tragáis todo;
me arrebatasteis un gorrión tan lindo.
Oh acción malvada, oh gorrión pobrecillo.
Hoy -obra tuya- llorando enrojecen
los ojuelos de mi niña hinchaditos.

V

Vivamós, Lesbia mía, y amemos,
y de los más serios viejos las voces
en el valor de un as tengamos todas.
Pueden morir y regresar los soles;
muerta una vez la breve luz, nosotros
dormir debemos una noche eterna.
Dame mil besos, y después un ciento:
luego otros mil, luego segundos cientos;
luego otros mil seguidos, después ciento.
Luego, cuando hecho habremos muchos miles,
los turbaremos, porque no sepamos,
o no pueda aojar algún malvado
cuando sepa qué tanto había de besos.

LI

Que es igual a un dios aquél me parece,
que vence a los dioses él, si es posible,
quien frecuentemente ante ti sentándose
te mira y te oye
dulce riente, lo que todos, mísero,
los sentidos me roba, pues al punto
que te vi, Lesbia, nada me ha quedado;

Mas cae mi lengua; tenue por mis miembros
flama se filtra; las orejas tañen
con ruido suyo; cúbrese con doble
noche mis lumbres.
Catulo, el ocio para ti es funesto
Con ocio exultas, y de más te alegras.
Antes, el ocio reyes y felices
perdió ciudades.

LXV

Aunque a mí débil por el dolor incesante, la pena
de las vírgenes doctas me aparta, Ortalo,
y el dulce fruto expresar de las Musas no puede la mente
del ánimo (ella misma se agita en tantos males;
pues ha poco que en el abismo Leteo la onda fluyente
el palidito pie de mi hermano baña,
al cual, bajo la costa Retea, la tierra troyana,
arrebatao de nuestros ojos, huella;
hablaré: nunca habré de oírte diciendo tus hechos;
nunca yo, hermano más que la vida amable,
te veré en adelante, pero siempre en verdad he de amarte,
cubriré siempre con tu muerte tristes cantos,
como los que cantó, bajo densas sombras de ramas,
la Daulia, gimiendo los hados del muerto Itilo),
mas con todo entre tan grandes pesares Ortalo, te envío,
traducidos, estos cármes de Batiada,
porque no creas que tus dichos, en vano a los vientos errantes
confiados, se salieron, por el azar, de mi ánimo,
cual la manzana, enviada como don furtivo del novio,
corrió desde el casto regazo de la virgen,
que, puesta bajo el muelle vestido por la pobre olvidada,
es sacudida mientras salta, al llegar su madre;
y aquélla presurosa, es seguida en su carrera en declive,
a ésta, triste, el cómplice rubor del rostro fluye.

LXXXVII

Ninguna mujer puede decir que amada fue tanto,
en verdad, cuanto por mí fue mi Lesbia amada.
Ninguna fe en ningún pacto fue nunca tanta
cuanta, de mi parte, fue en tu amor hallada.

XCII

Lesbia de mí habla siempre mal, y no calla nunca
de mí. Muera yo si Lesbia no me ama.

¿Qué señal? Que son también cosas mías: a ella la execro
de continuo; mas yo muera, si no la amo.

CI

Por muchas naciones y por muchos mares llevado
advengo, hermano, a estas exequias miseras,
para donarte de la muerte la ofrenda postrema
y hablar vanamente a tu ceniza muda,
puesto que a ti mismo te me arrebató la fortuna,
ay, mísero hermano a mí quitado injustamente.

OTRAS MANIFESTACIONES EN PROSA

Publio Ovidio Nasón.

En una familia noble de Sulmona, ciudad de la antigua Roma, nació Ovidio el 20 de marzo del año 43 antes de nuestra era y murió en el exilio en Tomis entre los años 14 a 18 de nuestra era.

Publio Ovidio y más tarde Nasón, como apelativo por su gran nariz, fue educado como todos los nobles romanos en las artes y disciplinas del gran imperio, entre las cuales la Oratoria y el Derecho se privilegiaban como las distintivas del ciudadano ejemplar. Algunos de los más afamados maestros de Roma fueron los que instruyeron a Ovidio, entre ellos Plotio Gripo y Quintiliano. Su padre, para quien el oficio de escritor resultaba inútil, logró que estudiara leyes cuyo conocimiento le procuró los cargos de juez, triunviro y miembro del tribunal supremo. Sin embargo, lo que realmente hacía con pasión era escribir. No ambicionaba ni poder, ni bienes; su máxima complacencia era entregarse a la libre reflexión y a la recreación de las ideas en forma bella. Su dedicación fue decir a los demás la esencia de la pasión amorosa en forma de verso.

Ovidio es considerado el poeta del amor, en cuyo estilo pueden observarse la delicadeza y elegancia más cuidadosa para expresar el erotismo más intenso. Los aspectos más escandalosos y más criticados de la sociedad romana se ven en sus escritos como las pasiones más atrayentes y hermosamente seductoras.

Ovidio vivió profundamente la vida galante de su época y es autor de *El arte de amar*, los *Remedios del amor* y múltiples obras en verso así como de *Las metamorfosis*, de las cuales se ofrecen los siguientes fragmentos.

Las Metamorfosis surgen como una actitud consciente de Ovidio hacia los ritos de la Antigüedad que aún en su época no habían desaparecido completamente; nos referimos específicamente a esa humana capacidad mítica del ser humano de transformarse en entidades cuya fuerza aparentemente no posee. Estas entidades generalmente han sido animales temidos o elementos naturales indómitos. Ovidio quiso recrear estos deseos vehementes a los cuales ni siquiera los dioses pudieron renunciar. La obra consta de 246 leyendas mitológicas. En ellas, Ovidio recrea también el movimiento de la naturaleza y plasma una concepción del mundo.

PERSEO

Perseo, llevado por la fuerza de los vientos, tres veces contemplo a Septentrión, y otras tres al ardiente Mediodía, y otras tres Oriente y Occidente. Al fin, el viento le posó en el reino de Atlante, gigante y señor de gigantes, pero siendo él, como soberano, el más gigantesco de todos. Su reino africano, abrasado al sol, guardaba inmensos rebaños y tenía fama por sus árboles con frutos de oro.
“Príncipe —le dijo Perseo—, si os agrada la nobleza del nacimiento, sabed que soy

hijo de Júpiter y que voy a honrar vuestra atención con el ejemplo de mi vida. Vengo a pedir os hospitalidad por esta noche”.

Atlas tenía en la memoria un antiguo horóscopo que le aseguró que un hijo de Jove sería el encargado de robarle los frutos aurinos de sus árboles. Para evitar el cumplimiento de la profecía, rodeó su palacio de un enorme muro y puso de vigilante a un espantoso dragón; además, evitó recibir a nadie que fuese extranjero. Luego que terminó de hablar, Atlante le contestó así: “¡Vete de aquí... Vete si quieres que perdure el recuerdo de tus hazañas... Porque si no te vas pronto, nada valdrá para socorrerte: ni el poder de Júpiter ni tu propio poder.”

“Porque tu soberbia es mucha -replica Perseo— y presumes de tu poder físico... te daré el premio a que eres acreedor.” Diciendo así le presentó la cabeza de Medusa. En el momento de mirarla, espantado, quedó Atlas convertido en una enorme montaña; sus brazos y sus cabellos eran los árboles; sus espaldas las eminencias; su cabeza, la cresta; sus huesos, las piedras. Montaña alta, tan alta —y como él denominada—, que en sus cimas parece que se posa el cielo con todas sus estrellas.

Nada le retenía ya a Perseo en aquellas abrasadas tierras africanas. Pusó las alas a sus pies y se lanzó en un rápido vuelo. Llegó hasta Etiopía, en la cual reinaba Cefeo, en el preciso momento en que Andrómeda, para expiar un crimen de su madre, había de perecer por una injusta sentencia de Júpiter Ammón. Perseo, viendo a esta joven princesa atada a una roca y expuesta a la voracidad de un monstruo marino... quedó enamorado de su belleza y de la bondad que brillaba en sus ojos. No pudo menos que acercarse a ella para preguntarle la causa de su infortunio. “Yo no creo, ¡oh bella princesa!, que merezcas que te aten otras ligaduras que las de mis brazos amantes. Dime tu nombre. Dime tu tierra. Dime la razón de tu cadena y la causa de tu duelo.” Andrómeda callaba. La vergüenza le impedía contestar al hermoso muchacho. Al fin, después de muchos ruegos varoniles, se decidió a decir su nombre, su país y las excesivas vanidades de su madre, comparándose en hermosura con Juno y las Nereidas. Ella siguió hablando hasta que vio salir del mar a un monstruo inmenso. Dio un grito terrible que debió llegar hasta los oídos de sus culpables, pero desdichados padres. Socorrióla Perseo diciéndoles: “Tiempo tendréis de llorar vuestras desdichas. Pero si queréis socorrerla por lo pronto, entregádmela por esposa. Siendo yo hijo de Júpiter, no creo que se me niegue la gracia de su perdón.”

Cefeo y la reina su esposa aceptaron esta proposición y prometieron a Perseo el reino como dote de su hija.

Lo mismo que una embarcación movida vigorosamente por los remeros, así se vio avanzar al monstruo hacia la roca. Perseo se dispuso a la lucha. Se alzó en el espacio y, como un rayo, se dejó caer sobre el lomo de la bestia con la espalda desnuda penetró ésta hasta el puño en el ojo del monstruo. Al sentirse herido se removió iracundo; y la sangre que manaba y el agua que expedía fueron tantas y de fuerza tan enorme, que al salpicar al audaz Perseo pusieron en peligro su estabilidad aérea. Nuevo ataque de éste; y la espada se clava en el vientre de la bestia... Al poco tiempo el océano se tragaba a su alimaña. En la ribera, Cefeo y su esposa, locos de contento, aplaudían a su futuro yerno y redentor de sus dolores.

Andrómeda, ya libre, se da como precio al vencedor. Perseo elevó inmediatamente tres altares para dar gracias a los dioses. En el centro sacrifica un toro al padre de los dioses; en el de la derecha, a Palas, una vaca; en el de la izquierda, a Mercurio, un becerro. Después abraza a Andrómeda Amor e Himeneo les

acompañan con las antorchas encendidas. Un perfume intenso se apodera de todos los olfatos. Se perciben dulcísimas músicas lejanas. Se agitaban los entusiasmos como si fueran banderolas. Abriéndose de par en par las puertas del palacio de Cefeo... y en él ya estaban preparadas las mesas del convite nupcial y el lecho de los desposados. Al final del banquete, cuando ya estaban todos los ánimos arrullados por el optimismo de los vinos, habló Perseo acerca de las costumbres y usos del país. Cefeo rogó que les contara cómo consiguió aquella cabeza de Medusa cuyos cabellos no eran sino víboras. “En el reino del Atlas —dijo Perseo— existe una ciudad fortificada con altas murallas, cuya custodia fue confiada a las hijas de Forcis, que tenían un solo ojo para ambas. Aprovechando el momento en que una de ellas prestaba el ojo a la otra, yo penetré en la ciudad y llegué hasta el palacio de las Gorgonas, adornado con figuras de las fieras y de los hombres a los que la vista de Medusa había petrificado. Para evitar que me encantase a mí yo no la miré sino reflejada en mi escudo. Aproveché su sueño y le cercené la cabeza.”

Preguntáronle después a Perseo por qué Medusa tenía serpientes en vez de cabellos. “Es una historia digna de vuestra curiosidad. Os la voy a contar. Medusa, un tiempo, fue la más amable de las criaturas. Inspiró grandes pasiones. Pero estaba enamorada sobre todo de sus cabellos. Neptuno y ella profanaron un templo de Palas, ante cuyos ojos pusieron su propio escudo para que no viera sus expansiones. Para castigar tamaño desacato, cada cabello de seda y oro de Medusa se transformó en una innumerable víbora... Víboras que, grabadas en su escudo, utiliza ahora ella para vengarse de sus enemigos...”

ORFEO Y EURÍDICE

El dios Himeneo, cubierto con un manto de fuego, en un vuelo largo y pausado, se dirigió hacia las costas de la Tracia, sin que le conmoviera la voz de Orfeo, que le suplicaba un buen agüero para su matrimonio. Este dios asistió a sus bodas, pero con un aire triste, como si no viese muy clara la felicidad de los desposados.

Un suceso confirmó sus temores. Como la bella Eurídice se echase con otras ninfas, en un prado verde cierta vez, un áspid le picó en un talón... y murió muy pocos días después de su matrimonio.

Orfeo, después de haber llorado mucho tiempo la pérdida de su amada esposa, viendo cuán inútilmente suplicaba con sus lágrimas a las divinidades del Cielo, se decide a descender al reino de las sombras para implorar sus deseos a las divinidades infernales. Atraviesa un vasto espacio poblado de fantasmas y se presenta, al fin, ante Plutón y Proserpina, reyes de estos lúubres lugares. Recitando al son leve y dulcísimo de su lira, les hace saber sus penas. “¡Oh, dioses de estos antros en los que nos hundimos los mortales! No creáis que vengo a curiosear en vuestros dominios ni siquiera para encadenar de nuevo al can Cerbero de tres cabezas serpentinas. Mi esposa muerta en plena juventud, es el único móvil de mis acciones. No me hicieron caso los dioses de la luz. Vosotros, que no habéis repudiado al amor, ¡concededme que pueda resucitar a mi Eurídice! Y yo os prometo que cuando los años fatales de la vida normal transcurran... ¡jella y yo volveremos para siempre a este país de sombra y de infelicidad!”

Así recitó Orfeo al son dulcísimo y leve de su lira; música tan sugeridora que perturbó por un momento la existencia infernal. Tántalo se olvida del agua que no puede beber. La rueda de Ixión se para. Sobre su piedra se sienta Sísifo. Titio deja de sentir en su corazón los picotazos de las aves vengadoras. Las hijas de Belo interrumpen su tarea de echar agua al tonel sin fondo. Y hasta en los ojos de las Furias aparece una rara humedad de lágrimas. Plutón y Proserpina, emocionados, no pueden negarle la gracia que pide. Ordenan que se aproxime Eurídice, que aún cojea de la mordedura. Pero le ponen a Orfeo una condición; que no debe volver la cabeza para mirarla hasta que hayan salido del reino de los infiernos.

Delante · el esposo y detrás la mujer, marchan por un sendero empinado, entre paisajes yertos, que conduce al mundo. Les rodean el silencio, la penumbra y el terror. De pronto, sin acordarse de la condición, con ansia de preguntarle si se cansa, Orfeo vuelve sus ojos a ella... Eurídice desaparece al instante. Quiere él abrazarla... y sólo abraza un ligero humo. Eurídice no se queja. Sabe el amor que ha movido a su esposo. Y ya de lejos le envía el último adiós. Orfeo se quedó simbólicamente petrificado, como realmente lo fueron Oleno y Letea. Vanamente intento volver al Infierno. Durante siete días y siete noches estuvo en las riberas del río infernal sin otra compañía que su dolor, pero el inflexible Caronte se negó a pasarle en su barca. Desengañado al fin, se retiró al monte Ródope, y allí durante tres años, no quiso unirse a mujer alguna. Y eso que su historia conmovió tanto a las ninfas que muchas de ellas se le ofrecieron... Supo desdeñarlas cumpliendo el juramento de eterna fidelidad hecho a Eurídice...

Sobre la montaña donde Orfeo se había retirado, la vegetación bien pronto se hizo maravillosa. Y desde que él, en momentos solemnes, empezó a tocar su lira y a cantar, los árboles, sensibles al son y al acento, empezaron a conmovirse con sutuosidad de las frondas. Los laureles, los fresnos, los cipreses, los olmos, las encinas, los sauces, las palmas dieron mejores coronas para los triunfadores. Los madroños tuvieron más rojos sus frutos. Y el pino reverdecía para siempre.

MIDAS

Los sátiros y las bacantes iban con el dios Baco; pero Sileno no había podido seguirle: algunos labradores lo encontraron ebrio y titubeando y le condujeron ante Midas, instruido por Orfeo y Eumolpo en los misterios de Baco. Este príncipe lo recibió magníficamente y lo retuvo durante diez días, que fueron empleados en jolgorios y festines. Al octavo día partieron para Ladia, donde este mismo rey entregó a Baco su huésped. Encantado este dios de volver a Sileno, odenó al rey de Frigia le pidiera todo lo que deseaba. Midas, sin medir lo peligroso de su petición, le rogó que todo cuanto él tocará se convirtiese en oro. Consintió Baco en su deseo, retirándose Midas colmado de felicidad. Por de pronto tomó una rama de árbol, cambiándose al momento en una rama de oro. Arrancó unas espigas de trigo y se transformaron al momento en las más preciosas mies. Apenas tocó las puertas de su palacio, comenzaron a despedir fulgores refulgentes. Al lavarse las manos, el agua que caía tomó un color que hubiera podido engañar a Dánae, Encantado de virtud tan extraordinaria, se entregó a los transportes de su alegría. Cuando fue a la mesa y quiso tomar el pan, se le convirtió en oro. Lo mismo le sucedió con todas las demás

viandas y el vino. Sorprendido por este detalle con el que no contó, rico y pobre a la vez, detestó la opulencia tan funesta y se arrepintió de haberla deseado. En medio de tanta abundancia no podía satisfacer su hambre ni aplacar la sed que le devoraba. "Padre Baco —imploraba—, reconozco mi falta; perdonadme y libradme de un estado que no es bueno sino en la apariencia." Baco, dulce y bienhechor, le concedió de nuevo su petición: "Vete y lava tus manos en el río que corre cerca de la ciudad de Sardes, introdúctete en sus aguas para purificarte del pecado cometido." Midas obedeció, y al perder él la virtud de convertir en oro todo lo que tocaba, se la transmitió al Pactolo, que tiempo después arrastraba arenas de oro. Como este río se desborda con frecuencia e inunda la campiñas, se encuentran en ellas venas de oro que él deja.

Midas, que poco tiempo después odiaba el oro y las riquezas, acompañado de Pan, se dedicaba a los placeres de la vida campestre. El Tmolos es una montaña que se extiende desde Sardes hasta la pequeña ciudad de Hipepo. Es elevada y desde su cima se divisa el mar. Un día que en ella se encontraba este dios muy aplaudido por el coro de las ninfas que escuchaban su voz y los sonos de su flauta, ensoberbecido, desafió a Apolo a tocar su lira, Tocado de vanidad extrema tomó al monte Tmolos por árbitro de combate tan desigual, Para hacerse oír mejor, ese dios derribó todos los árboles de alrededor, respetando tan sólo un corro de encinas repletas de fruto ya en sazón. Pan se sentó y arrancó a su flauta un aire campestre del que Midas quedó maravillado. Después que éste hubo terminado, Tmolos se volvió del lado de Apolo, y toda la pradera siguió el movimiento de su cabeza. Apolo, coronado de laureles y vestido de un largo manto color púrpura, se levantó para cantar en su derredor. Llevaba en la mano derecha el arco y en la izquierda una lira de marfil enriquecida con piedras preciosas, que tocó con tanta delicadeza y maestría que Tmolos, encantado de sus dulces acentos, decidió dar la victoria a la lira de Apolo. Todos los asistentes aprobaron el juicio tan acertado. Midas fue el único que lo encontró injusto. Apolo, no queriendo que oídos tan zafios conservasen por más tiempo figura humana, los transformó en orejas de asno. Nadie se dio cuenta de este defecto, que él ocultaba bajo una tiara magnífica. El barbero fue el único que se lo vio, pero no intentó comunicárselo a nadie. Molesto por este defecto, fue a un lugar despoblado, hizo un hoyo en el suelo y, aproximándose a él lo más posible, dijo en voz baja que su dueño tenía orejas de asno; en seguida cubrió con tierra el tal hoyo, y creyendo haber encerrado para siempre su secreto, se retiró. Al poco tiempo brotaron unos rosales, que publicaron el secreto, traicionando al pobre barbero.

TESEO Y EL MINOTAURO

Minos, vencedor de los atenienses, regresó a Creta, en donde inmoló un sinnúmero de víctimas en honor de Júpiter, conservando en el templo de este dios los despojos de sus enemigos. Minotauro, ese monstruo medio hombre y medio toro, oprobio de la casa de este príncipe, crecía de día en día. Esto era el fruto del amor insensato de Pasífae. Para ocultar a los ojos del público una cosa que llenaba de infamia a él y a su mujer, Minos le encerró en el Laberinto, lugar sombrío y tenebroso, cuyas mil vueltas hacían imposible la salida. Dédalo, el arquitecto más hábil de su época, había de tal forma intrincado unos caminos con otros, que era imposible hallar la salida una vez entrado en él. Tal como el nombre que Meandra en los campos de la Frigia formó dando infinitas vueltas, o como la serpiente en la llanura, que volviendo por

los mismos lugares que ya pasó enlaza los ondulados trazos que marca al deslizarse por el terreno. Dédalo había dotado al Laberinto de tan enreversados caminos que apenas si él mismo podía dar con la salida; en tal Laberinto fue encerrado el Minotauro.

El rey de Creta había condenado a los atenienses a pagarle el tributo anual de siete varones y otras tantas hembras durante nueve años seguidos, para entregarlos a la crueldad de este monstruo. Dos años habían ya pagado los atenienses este tributo. La tercera vez, en el número de estas desgraciadas víctimas se encontraba Teseo; pero he aquí que Ariadna, la hija de Minos; le entregó un hilo que éste ató a la entrada del Laberinto saliendo felizmente después de dar muerte al Minotauro, huyendo con la princesa a la isla de Naxos, donde olvidando toda la gratitud que le debía tuvo la crueldad de abandonarla. Mientras Ariadna se entregaba a la más profunda desesperación, Baco para consolarla de la infidelidad de su amante, le ofreció su corazón y su mano. En el deseo de hacer inmortal el recuerdo de una princesa tan virtuosa, este dios colocó en el cielo la corona que le había dado. De pronto se la vio elevarse, y las perlas de que se hallaba compuesta se cambiaron en astros y formaron esa corona celeste que se ve entre la constelación del Dragón y la de la Serpiente.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

ADRADOS, Francisco R.

Fiesta, Comedia y Tragedia, Barcelona, Editorial Planeta, 1972, 629 pp.

Antología de Autores Griegos y Latinos. Cátulo. Selección del Centro de Traductores de Lenguas Clásicas. México U.N.A.M. 1971 255 pp.

Antología. Textos Clásicos Greco Latinos. Cátulo. Selección de Roberto Heredia Correa José Tapia Zuñiga y Germán Viveros Maldonado. México U.N.A.M. 1978, 646 pp.

ARISTOFANES,

"La Asamblea de las Mujeres" en *Teatro Completo*, Traducción de Emilio Gasco Contell, 2a. Ed. México, El Ateneo, pp. 431-469.

ARISTOTELES,

"Poética" en Valentín García Yebra, *Poética de Aristóteles*, Edición trilingüe, Madrid, Gredos, 1974 (Biblioteca Romántica Hispánica IV. Textos, 8) pp. 126-239.

BERGUA, Juan.

La novela bizantina, Traducción y notas preliminares de, España, Editorial y Gráfica de Senén Martín, 1965.

BONNARD, André

Civilización griega, de la Iliada al Partenón, Argentina, Editorial Sudamericana, 1970, (Colección Índice) 233 pp.

BOWRA, C.M.

Historia de la literatura griega, México, Fondo de Cultura Económica, 8a. reimpresión 1973. (Breviarios No. 1) 215 pp.

CICERON

"La Catilinaria" en *Catilinarias*, Traducción de Rafael Salinas, México, U.N.A.M. 2a. ed. 1963 (Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana) pp. 1-19

DEKONSKI, A. *Historia de la antigüedad. Grecia*, México, Editorial Grijalbo, S.A. 1966, (Colección Norte) 258 pp.

ESPINOSA POLIT, Aurelio

El teatro de Sófocles, México, Editorial Jus, S.A. 1960. (Clásicos Universales Jus Núm. 2) pp. 41-113

ESQUILO

Las siete tragedias México, Editorial Porrúa, S.A. 13a. edición, 1977, (Colección Sepan Cuántos... Núm. 11) pp. 94-117

EURIPIDES,

"Medea" en *Las 19 tragedias*, México, Porrúa, 2a. ed. 1966 (Col. Sepan Cuántos Núm. 24) pp. 51-70

FERRATE, Juan

"Anacreonte", "Safo", "Pindaro" en *Líricos Griegos Arcaicos*, Traducción de, Barcelona, Seix Barral, 1968, 363 pp.

pp. 303, 305, 307, 311, 313, 315, 325, 331.

pp. 239, 241, 245, 255, 261

pp. 343, 345, 347, 349, 351, 353

GILI GAYA, Samuel, *Iniciación en la historia literaria universal*, Barcelona, Teide, 10a. Ed. 1969 288 pp.

HERNANDEZ NAJERA, David

La Tragedia en Grecia México, U.N.A.M., C.C.H. Plantel Azcapotzalco. Trabajo de Complementación Académica 1982. 151 pp.

HOMERO

La Ilíada. Tr. Luis Segalá y Estalella. México, Porrúa, Décima Quinta Edición. 1973, 265 pp.

HOMERO

La Odisea, Tr. Luis Segalá y Estalella. México, Porrúa 12 Ed., 1971, 254 pp.

LONGO,

Las pastorelas de Dafnis y Cloe, Introducción, versión y notas de Lourdes Rojí Alvarez, México, U.N.A.M. 1981.

MILLARES, Carlos.

La novela en la Antigüedad Clásica, Barcelona, Ed. Labor, 1968. (Nueva Colección Labor)

MONDADA, Ana Victoria

"Esquilo", "Hesiodo", "Homero", "Píndaro", "Safo", "Sófocles" en *Literatura Griega*, México, Trillas, 1973 (Serie: Temas de Literatura)

MONTES DE OCA, Francisco.

Literatura Universal México. Porrúa. Vigésima edición. 1977. 356 pp.

Píndaro y otros Líricos Griegos. Tr. Agustín Esclasans. México, Porrúa. 1971. 186 pp.

MUNGUÍA, Salvador

El contexto histórico, social y cultural de los autores griegos, México, UNAM CCH., Plantel Azcapotzalco, Trabajo de Complementación Académica, 1981. 119 pp.

NACK, Emil- WAGNER, Wilhelm

Grecia. El País y el pueblo de los Antiguos helenos. Traduc. de Francisco Payarols. Barcelona, ed. labor, 2a. edición, 1966, 468 pp.

PETRIE, A.

Introducción al estudio de Grecia, México, Fondo de Cultura Económica, 6ª reimpresión 1972, (Breviarios No. 121) 179 pp.

PLATÓN,

"Apología de Sócrates" en *Diálogos (s/trad.)* México, Porrúa, 4a. ed. 1966. pp. 11-26.

PLAUTO,

"Anfitrión" en *Comedias* Introduc. trad. y notas de German Viveros, México, 1ª ed. 1978, UNAM, (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana) vol. I, pp. 1-64.

PUBLIO OVIDIO NASÓN,

Las metamorfosis, IV, V, X, XI, XII. Trad. Federico C. Sains de Robles. en José Luis Martínez, *El mundo antiguo, II Grecia*, México, SEP/Documentos, 1971. pp. 39-46.

VIRGILIO,

"Eneida, Libros I, II, IV, XII" en *Eneida Georgicas, Bucólicas*, traducción Eugenio de Ochoa, México, Porrúa, 8a. ed. 1981, (Col. Sepan Cuántos) pp. 3-348-60, 172-189.



*Universidad Nacional Autónoma de México
Colegio de Ciencias y Humanidades*